



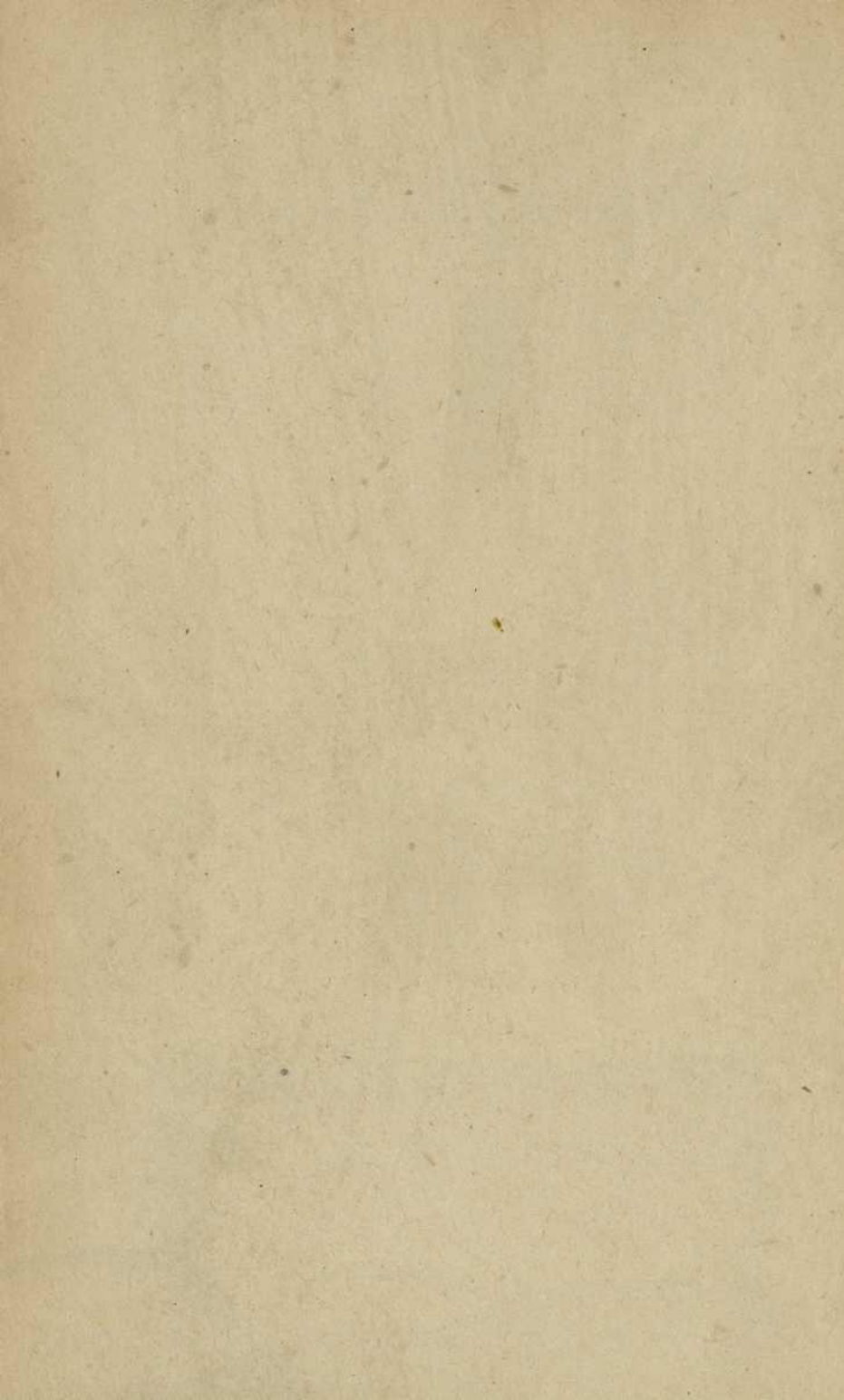
C
609

B.P. de Soria



61063720

C 609





NOVÍSIMA
GEOGRAFIA UNIVERSAL

10/12/18

Onesimo y Eliseo RECLUS

R. A. 13215531
NOVISIMA

GEOGRAFÍA UNIVERSAL

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Cinco volúmenes en 4.º de compacta lectura, con mil grabados de Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc. Mapas en colores.

Tomo II.—ASIA



LA EDITORIAL ESPAÑOLA-AMERICANA

OFICINAS: OLMO, 4

MADRID



1063726

222191 2/ 7



Himalaya: el Gaurisankar. (Dibujo de F. Schrader.)

ASIA

I

Estructura maciza.—Vasta extensión.

El Asia, la más maciza de las cinco partes del mundo, el gran tronco del antiguo continente, está unida á Africa por el istmo arenoso de Suez, y separada de ella por el mar sin anchura que va de Suez á Perim. Del Ural al Cáucaso nada la separa visiblemente de Europa, y ésta no es más que una de sus penínsulas.

Sabido es que en un tiempo Asia y Europa tenían entre ellas un Océano, pero entonces eran una y otra más pequeñas que ahora, faltándoles el terreno del lecho que aquel mar descubrió al desaparecer. Entonces Europa terminaba en la Escandinavia, los Carpatos y los Balkanes, mientras del otro lado Asia comenzaba en los montes de su inmensa meseta central.

Tal como hoy se la limita colocando la línea divisoria entre la Rusia europea y Rusia asiática, tiene 44.580.850.000 de hectáreas (1), casi cinco veces Europa. América sólo tiene

(1) Como hemos unido las islas de la Sonda y las Filipinas á las otras islas de la Megalonesia, hay que descontar de esta superficie unos 200 millones de hectáreas.



38.473.138.000, y Africa 29.823.253.000 hectáreas. De estos miles de millones de hectáreas, los cuatro quintos corresponden al tronco del continente y el resto á las penínsulas é islas. La línea más larga que puede trazarse, desde Suez al estrecho de Behring, tiene más de 10.500 kilómetros. De lo alto del Norte á las puntas del Sur hay 7.000.

No solamente gana en extensión el Asia á las otras partes del mundo, sino que también es el continente por excelencia, el que tiene la espalda más colosal, dominando á su espinazo de mesetas, el monte que se supone el más alto de la tierra, el Radiante—que eso quiere decir el nombre de Gaurisankar—alto de 8.840 metros, doble que el Mont-Blanc; casi tres veces el Maladetta, que es el pico más alto de los Pirineos; cuatro ó cinco veces el Puy-de-Sancy, y 2.006 metros más elevado que el más alto y orgulloso pico de América.

Gracias al área y á la elevación de su meseta central, el Asia sería, por término medio, la más elevada de las cinco partes del mundo si no existiese Africa.

II

Meseta central.—Montes gigantes.

Homero celebra al divino Otos y al ilustre Ephialtes, que quisieron subir al cielo en aventurada ascensión por una escalera gigantesca. Colocaron el Osa sobre el gran Olimpo, y sobre el Osa el Pelión coronado de bosques. No pudieron acabar su empresa, pero aunque hubieran apilado los tres montes thesalios aun les habría faltado un pico de más de 2.000 metros para alcanzar el más noble de los Olimpos, el Gaurisankar, punta suprema del Himalaya, del Asia y del mundo.

En el Karakorum «Piedra Negra», separado del Himalaya por el valle del Indo, el pico de Dapsang, casi igual al Gaurisankar, se alza á 8.615 metros.

El Himalaya, ó «Morada de las nieves», que contempla desde una infinita altura las llanuras inflamadas de la India, levanta en vano la cima más famosa del globo: el Kuen-Lun que se alza tras él al Norte, á 3.825 kilómetros de distancia, es superior á él, según parece, en altura media. Esta cadena, dos ó tres veces más elevada que los Pirineos, y ocho ó nueve veces más larga, es la espina dorsal de Asia. Al Este, el Himalaya y Kuen-Lun se enlazan, no sabemos cómo, á los montes de la Indo-China y Chi-

na. Al Oeste se entremezclan al Hindo-Kuch y al Pamir, ó «Techo del Mundo», meseta de alta base que contempla al Oriente las estepas que sirven de camino á China, y al Occidente los valles, los desiertos, los oasis que conducen á Europa.

Estas cadenas gigantes, este «Techo del Mundo», los Thian-Chan ó «Montes Celestes» que continúan al Nordeste el Pamir, y el Altai, en fin, que prolonga el Thian-Chan, son las espaldas sobre las cuales reposa la gran meseta central de Asia, cuyos fondos más bajos fueron en otro tiempo la copa de un mar interior, igual en área al Mediterráneo, y tan largo como él, aunque menos profundo y ancho. Esta meseta diversa en naturaleza, alturas y latitudes se divide en mesetas secundarias: Meseta del Thibet, la más elevada sobre el suelo entre el Himalaya y Karakorum: Meseta de Khor, igualmente de gran altura entre el Karakorum y Kuen-Lun: Rachgaria ó Turkestán Oriental, entre el Kuen-Lun y Thian-Chan, y una llanura más baja, sobre el Tarim, tributario del Lob, que es un lago sin desagüe, la Mongolia y el desierto arenoso de Gobi ó Chamo, entre el Altai y estribaciones del Karakorum. En diverso grado, según las mil circunstancias del lugar (especialmente la altura sobre el nivel del mar), estas mesetas luchan con un tremendo clima y tienen un terrible enemigo: la sequía. Y no es que no soplen allí los vientos: al contrario, silban á menudo en largas tempestades, pero son coleras áridas, ráfagas frías, huracanes formados por los vientos que bajan de la montaña, y no por los vientos «agotadores de nubes», que vienen del mar. Sacuden los miserables árboles torcidos que osan salir del seno de aquellas tierras bárbaras, levantan arenas, impulsan dunas, arremolinan algunos copos de nieve, pero no traen la lluvia, ni atemperan, ni fertilizan.

Rodeada de montañas, la meseta central guarda para ella el mayor número de sus ríos, aguas escasas por falta de lluvia. Hijas de las altas nieves de los hielos y de alguna tormenta, estas corrientes cruzan valles que sin ellas no tendrían habitantes. El riego las consume, y lo que queda de ellas va á perderse en lagos ó pantanos. Se evalúa en 1.000 millones de hectáreas—justamente la extensión de Europa—el área de las cuencas asiáticas cuyos ríos no llegan al vertedero común del mar.

Estas tierras interiores, maltratadas terriblemente por un clima continental, ofrecen algunos oasis en inmensos terrenos de pasto, y poblaciones turcas, mongolas, tibetanas, unas sedentarias, nómadas otras. El Asia Central tiene un gran signi-

ficado en la Historia. Su pobreza hizo su fuerza, como la fuerza de Inglaterra proviene de la indigencia de sus obreros y de la mortal miseria de los campesinos irlandeses. Huyendo de una patria madrastra, millares y millones de tráfugas han sembrado nuevas Inglaterras en los vastísimos países transatlánticos.

Endurecidas por su guerra contra un suelo rebelde en un clima malo, las naciones de Asia Central se desbordaron también por el mundo, no en inmensas emigraciones, puesto que la indigencia de la Gran Meseta la tuvo siempre casi desierta, sino en *razzias* sin fin, sobre indomables caballos. Desde hace decenas de siglos y hasta los últimos días de la Edad Media, feroces jinetes bajaron en rápido escuadrón de estas tierras altas empujando y arrollándolo todo, hasta el punto de que de choque en choque los pueblos se vieran sacudidos, y dislocados á veces desde el centro de Asia hasta el extremo de Europa, ó sea en Turania, Eslavia, Hungría, Alemania, Francia, Italia, España y Berberia. Bastaban unos millares de aquellos centauros para conmover la tierra. Con ellas Jengis-Khan fundó por cortos años el más grande de los imperios, y más tarde, Tamerlán cubrió de muertos la mitad de Asia. Ayudados por las nómadas de la baja estepa del Turkeistán y por los caballistas alógenos y alofónos que se asociaban á la política de sangre y fuego de estos dominadores, conquistaron la Rusia, la India y la China. Ahora pobres, bonachones y pacíficos, dejan correr el mundo y los rusos y chinos se los disputan para esclavos.

La India y la Indo-China, el Irán, el Turán ó Gran Estepa, la Siberia y la China, rodean esta gran acrópolis del viejo mundo.

III

India.—Indo-China.

Si el globo no tiene nada más triste y sombrío que la Gran Meseta vacía y árida, que pudiera llamarse la *Tierra inhumana*, nada hay en cambio más humano y más brillante que la India. La más exuberante de las penínsulas, un verdadero jardín mágico, se extiende al pie mismo del Palacio de las Nieves (Himalaya). ¿Y cómo no ha de ser incomparable este país, cuando bajo una cálida y blanca luz recibe las lluvias más espesas del planeta, 6, 8, 10, 12 y hasta 15 y 16 metros al año; treinta veces la llovizna que moja los techos de París y convierte su pavimento en un barrizal? Ríos espléndidos creados por el Himalaya, el Ka-

rakorum y otros montes aún desconocidos, que se llaman el Brahmaputra, el Ganges y el Indo, le proporcionan las neblinas que se ven desde sus llanos hermosos, suspendidas de los montes más altos del Universo, y las que no se ven porque las ocultan los montes. Al Sur de los grandes llanos, en el Decan, meseta triangular, la altura del suelo templó los ardores del cielo, y el sol fecunda, en vez de abrasar, un terreno que está bajo el Trópico y tan cerca del Ecuador.

Este admirable imperio estuvo siempre muy poblado. La historia más antigua nos muestra allí reinos, pueblos, tiranos y riquezas. Apenas había guijarros y hierbajos sobre las siete colinas que fueron asientos de la gran Roma, cuando ya la India podía llenar un ancho Pantheon con las estatuas de sus héroes, de sus legisladores y de sus poetas. Hoy el genio indio ha plegado sus alas y la comarca magnífica, donde vive la sexta parte de la humanidad, obedece á una nación de fabricantes y mercaderes acampados en dos islas de Europa: los insaciables ingleses.

La Indo-China, más estrecha que la India, tiene mayor contacto con el mar. Sus ríos, tan grandes como el Ganges y el Brahmaputra, más largos y venidos no se sabe de dónde, la unen igualmente, á pesar de su opulenta tierra, á la frialdad y miseria de la Gran Meseta. Más allá la China saca también sus ríos, su «tierra amarilla» y sus aluviones de la alta llanura central. Como lo indica muy bien su nombre compuesto, la Indo-China es el paso, la transición de la India á la China por las lenguas, las razas y la historia, como por el clima y las plantas. A medida que se camina hacia Oriente, de Firmania al Tonkin, la Naturaleza se hace cada vez más china y la humanidad también. Francia domina en este país Cambodge y Conchinchina al extremo de un enorme río, el Mekong. Domina también sobre Anam, estrecho litoral, y sobre el Tonkin, en la misma frontera del pueblo innumerable de los chinos.

IV

Iran.—Arabia.—Asia Menor.

El Iran ó Eran no deja de tener semejanza con la Meseta Central. Es igualmente un suelo de bronce, sobre un pedestal menos alto, bajo un cielo menos terrible, pero de extremada sequía. ¿Qué humedad podría venirle por el Este de los altos mon-

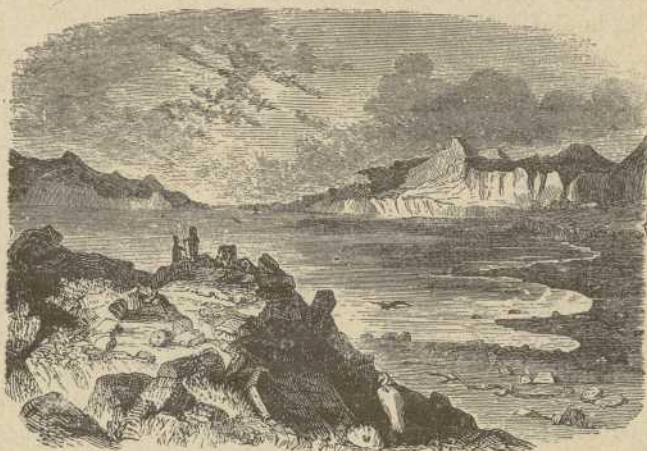
tes que la separan de los desiertos del Indo, ó del Nordeste, donde están los bastiones del Asia Central? Al Norte, el Elbours, donde ruge el enorme volcán del Demavend (5.628 metros), detiene las nubes del Caspio, que llegan en ondas sobre el Ghilan y el Mazenderán, costa que, por lo mojada, es tan palúdica como forestal. Al Noroeste tiene los montes de Armenia, en su mayoría desnudos, monótonos, feos y hasta lúgubres, pero llenos de manantiales, de torrentes, de ríos que se despliegan en límpidos anillos. Estos montes tienen muchos picos que penetran en la región de las nieves eternas, y su roca principal, el Gran Ararat (5.156 metros), es admirable por su majestad, pero quitan al Iran más humedad de la que logran darle. Altas montañas al Oeste le cortan los vientos húmedos que pudieran llegarle casualmente del lejano Mediterráneo, por encima de la arena siria y el aluvión mesopotámico. Al Sudoeste, y finalmente al Sur, sigue el Iran siendo meseta, y meseta muy alta, hasta llegar á las sierras, á cuyos pies se ven á inmensa profundidad las olas del Golfo Pérsico y del Océano Indico, de donde sube muy poca lluvia, pues ya se encargan de atajar su paso las cumbres. Mesetas arenosas ó salitrosas, colinas y collados dispersos en la Estepa, y ni un solo árbol: tal es este pedestal de bronce, poblado en tiempos por una raza «blanca». «caucásica», «aria», ó cualquier otro nombre, igualmente engañador que quiera dársele. Los antiguos iranios se han mezclado mucho con árabes y turcos. Este viejo país está retirado, oculto, olvidado tras sus cortinas de montañas.

Desde los picos del Oeste, el Iran contempla al par otros dos antiguos países, históricos como él: Arabia y Babilonia, que pertenecen una y otra a l'Asia Menor.

La Arabia, vasta península de costas rígidas, sin verdaderos golfos, sin radas, sin islas, está bordeada y acorazada también de montañas que le roban los hálitos casi inflamados de tres mares: al Sur, el Océano Indico; al Oeste, el Mar Rojo, que es un horno; al Este, el Golfo Pérsico, no menos tórrido que el golfo de Oman, unido al Océano Indico. Entre estos montes y otros más áridos, sólo se encuentran valles con un poco de agua y arenales inmensos. En esta naturaleza dura y seca, ha crecido seco y duro, á la luz cegadora del sol, un pueblo que se desbordó por el mundo: los árabes, dueños casi por un momento de la tierra.

El Asia Menor, como el Iran, es una pequeña meseta central rodeada de mares y privada de lluvias, porque desde que

salen del golfo salado esas lluvias tropiezan con las cordilleras litorales. De esto provienen á la vez el clima altitudinario, frío y árido de los llanos interiores, donde viven el turco y el armenio, y la temperatura dulce y cálida que reina, con cierta humedad, en las costas del Mar Negro y del Mediterráneo, donde parece que el elemento griego marcha á la conquista de los valles y quizás de la meseta. Al Sur, bajo un cielo muy cálido, dominan los árabes, tanto en el Libano, corta cadena de montañas, como en el llano elíptico del Tigris y el Eufrates, antigua patria de los grandes imperios. Hoy es una tierra estéril,



El mar Muerto. (Dibujo de Broum.)

sobre la que avanza la arena de Arabia; pero fué fecunda y puede volverlo á ser en alto grado por las derivaciones de sus ríos.

Entre estos árabes se hallan las aguas más bajas de la tierra: las del Mar Muerto, á 394 metros bajo el nivel general del mar. Así Asia posee á la vez el sitio más alto y el más bajo del planeta.

En uno de los valles de esta comarca nació el nombre de Asia que, como el de Africa, no designó en un principio sino un pequeño cantón, un arrabal de ciudad ó de aldea, probablemente la llanura de Epheso. El nombre fué ganando terreno: se extendió al valle del modesto río Caistro, que acaba en esta misma llanura, después á toda la comarca, y en fin, á toda aquella parte del mundo.

La Armenia, enlazada por montañas con el Asia Menor y el Iran, envía sus estribaciones al encuentro del Anti-Cáucaso, y

el Anti-Cáucaso se apoya en la barrera que separa á Asia de Europa, en el formidable hombro del Cáucaso, cuyo pico culminante, el Elbrus, volcán muerto ó que duerme, se alza á 5.660 metros.

V

Tourán ó Gran Estepa.

Entre el reborde del Irán y los valles de la cuenca del Irtych, desde el Caspio hasta el «Techo del Mundo», el Tourán, país de iraníes conquistados, de turcos conquistadores, y hoy de rusos absorbentes, no tiene pueblos sedentarios más que en virtud de sus ríos: el Amu y el Sir, antiguamente llamados el Oxus y el Iaxartes. También en este país es rara la lluvia bienhechora. La poca que cae reverdece sólo por algunos días los pastos de la Estepa, y no despierta siquiera un tallo de hierba en los desiertos heridos de muerte. Si como se ha pretendido—y hay quien dice que está demostrado—los arias vivieron en la Gran Estepa, de seguro que no habitaron más que los oasis y los ríos. O bien el Tourán, más húmedo entonces, no era como ahora la comarca de los vientos fríos ó cálidos, de la helada nocturna, de los tórridos calores, de las arenas sedientas, de los estanques salados, de los huracanes que levantan la duna y la precipitan contra la tienda del nómada ó la ciudad del sedentario.

Que haya visto ó no este país pasar á nuestros pretendidos antepasados—que para muchos de nosotros no fueron más que los primeros balbuceadores de nuestras lenguas—el Tourán pierde cada día algo de lo que le queda de frescura. La sequedad gana terreno en torno del mar Caspio y en toda el Asia Central. Pero se puede sacar mejor partido del Amu y el Sir y de ciertos ríos alimentados por el hielo ó la nieve eternos, pues no hay oasis más bellos que los de estos bajos países alumbrados por un sol ardiente, en latitudes que son las de Nápoles, Marsella ó Burdeos. Es de creer que el ruso llevará el agua salvadora á la llanura sedienta. Para soldar el Tourán á la «Gran Rusia» hay que fijar al nómada turcomano ó kirghis, meterlo en el movimiento, y luego eslavizarlo como al turco ó el persa sedentario, uniendo su destino al de las colonias dispuestas en sabia red. No hay colonias sin tierras, pero en Turania no hay tierras sin agua.

VI

Siberia.

Del Tourán, ya ruso, se pasa á la Siberia por una comarca intermedia, menos ardiente que la Gran Estepa. Es la Estepa del Irtych, regada por ríos, y sobre la cual se abre camino incesantemente el arado de los colonos

La Siberia es el país de las distancias «magníficas». Hay distritos más vastos que toda España. Sus ríos reciben afluentes tan largos como el Danubio. Tres de ellos, el Ob, el Yenisei y el Lena corren silenciosamente al Océano Polar á través de pantanos y bosques cada vez más escasos, y en la orilla del Océano Glacial no se ven más árboles que los troncos arrastrados por la corriente al mar. Uno de estos ríos tiene en su cuenca el más profundo y quizás el más bello de los lagos, el Baikal, de donde sale el Angara, que es como un gran Ródano. Otro río casi tan largo como los tres anteriores, el Amour, que comparten chinos y rusos, desciende al Este y va á perderse en un mar menos helado, aunque muy frío. En la Siberia, que es igual á veinticinco Francias y mayor que Europa entera, se encuentran todos los climas duros, desde el polar hasta el templado frío. Nada falta á la Siberia de cuanto asegura la hegemonía sobre inmensas comarcas: el Norte que no puede rodearse, por sus grandes hielos; las llanuras creadoras, la «Tierra negra», los bosques, las minas, los ríos enormes, el largo invierno que fuerza al trabajo, y por contraste, el brillante y caluroso estío, la naturaleza despierta en pocos días, las hojas en la selva, la hierba en el prado, las cosechas surgiendo del suelo como por prodigio. Puede predecirse que en todo este siglo la inmigración entrará allí por millones de hombres. Entonces el ruso glorificará sus ciudades, nacidas de la noche á la mañana como las setas. Tal hace el yanki con sus *Mushroom cities*, de las cuales es Chicago la más célebre.

VII

China y Japón.

De Siberia á China se va por las mesetas del Centro siguiendo el valle del Amour.

La China pegada á la Meseta Central desarrolla 800 leguas

de costa en el Océano Pacífico, del que aspira los fecundos vapores. Bañada en su centro por un calor dulce es fresca ó fría al Norte, y tórrida un poco al Sur. Reune, pues, todos los climas sin ser extremados. Tiene todas las rocas y todos los suelos, sobre todo la famosa «tierra amarilla», que vale por la «tierra negra» de los rusos y que quizás es el polvo de la Estepa Central del Asia, traído día á día, siglo tras siglo, en alas de los vientos de la Meseta. Esta tierra nutre toda clase de plantas, puesto que la vegetación es hija de los poderes del suelo y las potencias del aire.

Los chinos dicen que su China es el Imperio de las flores: pero también lo es de las frutas. Esta tierra generosa bajo cielos moderados, tenía que crear forzosamente un gran pueblo. Millones de hombres vivían ya en ella, y poseía ciudades perfectamente civilizadas cuando nuestra arrogante Europa no era más que un bosque-pantano con salvajes feroces, siempre en guerra y que vivían en cavernas. Formaban los chinos, en cambio, una sociedad estrictamente regulada por leyes, un mundo letrado, menos conquistador y administrador que los romanos y menos charlatán que los griegos, pero mucho más industrioso que estos dos primeros pueblos de nuestra historia. Obedeciendo á un mínimun de leyes y reglamentos y murmurando pocas veces contra sus mandarines, 450 ó 500 millones de chinos, algo así como la tercera parte de la raza humana, pululan hoy en el Celeste Imperio, hablando dialectos de la misma lengua, profesando una especie de moral práctica más que una religión, é igualmente aptos todos para el comercio, para la agricultura sabia y paciente, para la industria y las artes imitativas.

Dícese que conquistarán en lo futuro al resto de los hombres por una infiltración lenta ó por un empuje de masas compactas. ¡Esperanza ó temor quiméricos! La humanidad de Europa, comprendidos los blancos y sus asimilados de América, Australia y Africa, forman ya un bloque igual á la humanidad china, y que crece más de prisa y con mayor empuje. Antes que los hombres del Río Azul ó del Río Amarillo hayan roturado sus tierras de Mandchuria, que desde hace poco pertenecen en parte á los rusos, y al Noroeste, la alta meseta de donde les viene el polvo del «loess» (Tierra amarilla), la América del Norte tendrá ella sola más yankis, canadienses, franceses y españoles, que cuantos chinos haya en todo Asia. Entonces Europa contará con 500 millones de almas: las islas dispersas de la Oceanía, esporadas infinitas, hablarán inglés; Africa entera habrá sacrificado sus

idiomas, excepto quizá el árabe, en el profano altar del comercio europeo, y será francesa, lusitana, holandesa, inglesa, italiana, y hasta alemana.

Los chinos tienen, es cierto, tres virtudes cardinales: la sabia conducta de la vida, la sobriedad y el amor á la familia, que son tres fuerzas cósmicas capaces de asegurar un inmenso Imperio. Pero las perderán, como nosotros perdemos las nuestras. Con una decadencia igual siempre triunfará el número, y los blancos tendrán el número.

Separado del litoral ruso-chino por un mar casi interior, el Japón es un soberbio archipiélago montañoso, bien regado, con un rico clima insular, bastante cálido al Sur para que en él crezca el naranjo. Provisto de excelentes puertos, habitado por una raza imitadora que ha triunfado sobre Rusia, el Imperio del Japón es la Gran Bretaña de Asia. Pero la Inglaterra ha cogido ya una parte del mundo. El Japón, llegado tarde, no tiene ante sí el porvenir que creyeron los japoneses en los primeros años de su «despertar», cuando abandonando bruscamente la civilización china, se declararon devotos imitadores de Europa, y en la embriaguez de su industria nueva sólo pensaron en fundir cañones y acorazar escuadras. Su triunfo reciente sobre Rusia ha sido inmenso, rápido y prodigioso, como pocas veces se ha visto en la historia; pero los resultados positivos fueron de poca importancia. La insaciable Inglaterra, para quebrantar en Asia á la potencia rival, ó sea á Rusia, se apoya en este pueblo belicosísimo y ansioso de gloria.

VIII

Climas.

Lo mismo China y el Japón que la costa de Asia Menor y la Indo-China, prueban que la vida de Asia está en el litoral y las islas, exceptuando la costa de la Siberia, que con sus bahías, cabos y deltas helados mira á la vacía nada del Polo. Sólo en las orillas de Asia (siempre exceptuando el Asia rusa), soplan las auras tibias, los hálitos procreadores. En ellas cae el jugo de la tierra, la lluvia cálida, tempestuosa, torrencial, arrancada á las urnas del Pacífico y al Océano Indico por las trombas y vientos regulares.

La zona opulenta es la parte menor de Asia. Al clima tórrido sólo alcanza una séptima parte de las tierras, y al polar la déci-

mo séptima. Asia «madre de los pueblos» está bajo un cielo templado, y aún lo estaría más sin la traición de ese gran macizo central que entiera á los largos inviernos tantas llanuras y tantos valles, cuya feliz latitud parecía destinar á las más bellas primaveras.

IX

Razas y religiones de Asia.

Es casi seguro que Asia contiene ella sola cerca de dos terceras partes de la población del mundo, pero estas multitudes de habitantes no están repartidas uniformemente sobre el inmenso territorio asiático, pues se distribuyen según las condiciones del suelo y del clima. Puede afirmarse de un modo general que la densidad de población está en armonía con la abundancia de las lluvias. Allí, donde falta la humedad y como consecuencia las plantas, faltan los hombres también. Más de la décima parte de Asia, arenas, rocas ó mesetas heladas, es absolutamente inhabitable y algunos de sus espacios jamás han sido hollados por la planta del hombre. En cuatro quintas partes del continente asiático el número de habitantes por kilómetro cuadrado no llega á unos veinte. Es en la quinta parte restante, en la India, en ciertas regiones de la Indo-China, en las cuencas del Yang-tze-Kiang y del Hoang-ho, en el Japón, en Luzón y en Java, donde se concentran las grandes poblaciones que dan á los habitantes de Asia una gran preponderancia numérica sobre los pueblos de otras partes del mundo. Más de la mitad de los hombres se hallan reunidos al Sur y al Este de Asia, en un espacio que no representa ni la sexta parte de las tierras emergidas. Por esto, uno de los extremos de Asia, ó sea el Este, presenta por el amontonamiento de su población un aspecto semejante al que ofrece Europa en el Occidente (el otro extremo del Antiguo Mundo) donde están las naciones europeas más pobladas.

Aislados unos de otros por las mesetas frías, las altas montañas y las regiones sin agua, los pueblos asiáticos han vivido más distintos y con menos comunicación entre sí que los pueblos de Europa. Sean cuales sean los orígenes de los europeos, sus rivalidades y sus odios de nación á nación, no por esto han dejado de tener plena conciencia de que pertenecen á

una misma humanidad, y de raza á raza, de iberos á celtas, de eslavos á fineses y de turcos á albaneses, las mezclas y cruzamientos se han verificado en muchas regiones europeas, haciendo desaparecer las diferencias primitivas. En Asia los cruzamientos no han conseguido aproximar y fundir las diversas razas. Es verdad que al Norte se ha verificado la transición etnológica en diversas tribus, entre turcos y mongoles y entre rusos y fineses. Al Oeste, semitas é iranianos se han fundido en Persia y en otros lugares, formando naciones cuyo



Entrada de la Gran Estepa. (Dibujo de Taylor.)

elementos originarios no se pueden discernir con claridad. Indudablemente no quedan en Asia razas que sean completamente homogéneas, y exceptuando las islas de Andaman, no se encuentran individuos que pertenezcan á un tronco étnico puro desde hace millares de años. ¡Pero cuántos contrastes ofrecen todavía las poblaciones en la parte más grande del continente asiático! Los diversos pueblos reunidos, por unos bajo el nombre general de turanianos, y por otros bajo el de fino-tártaros, forman generalmente grupos distintos, separados completamente de otros pueblos por su manera de pensar y su género de vida.

Al Norte del Antiguo Mundo, los samoyedos, las ostiakos y

otras tribus siberianas forman una de las subrazas más difíciles de reconocer.

El Este los manchures y los tonguses, y al Oeste los kirghises y los tártaros representan el tronco turco. Los mongoles y los buriatas, en el centro del continente, son considerados como el tipo por excelencia de la raza mongólica, á la cual se da el nombre de «amarilla», á falta de mejor designación.

En las altas mesetas del interior, los tibetanos forman igualmente un tronco aparte, mientras que en las cuencas de los ríos del Oriente asiático domina la gran nación china, más ó menos mezclada, superior aún por el número á los pueblos más grandes de la tierra y distinta por las costumbres y las ideas de todos los demás tipos humanos. Al Sudeste los malayos constituyen igualmente una de las mayores divisiones entre las razas. En algunas de las islas de la Sonda, así como en la península de Malaca, muestran éstos un carácter que contrasta con el de todos los demás asiáticos. Hasta en el interior de su península, donde no han podido mezclarse con sus vecinos los árabes, que constituyen con los judíos la raza llamada semítica, guardan los malayos con toda pureza su tipo primitivo. En cuanto á las razas de la India, puede decirse que se han superpuesto. Viviendo en el mismo país, las diversas familias que pueblan este territorio, divididas en castas enemigas, han subsistido las unas sobre las otras, sin mezclar jamás su sangre y sus ideas. Los poemas sagrados de los indos nos cuentan cómo las razas llamadas nobles tuvieron que luchar con razas llamadas inferiores, gentes de piel negra y nariz aplastada y también contra otros llamados *Anasikas* (hombres sin nariz), como igualmente con genios perversos, y con monos. La lucha cesó hace miles de años, pero la ley de castas sigue levantando entre los antiguos combatientes su muro de bronce.

Consideradas de un modo general las regiones mejor pobladas del Sur y del Este, corresponden á las naciones asiáticas más civilizadas, mientras que las regiones relativamente desiertas del Norte estaban hasta hace poco habitadas solamente por tribus salvajes. Pueblos nómadas que se hallaban en ese estado transitorio de civilización llamado barbarie, recorrían las mesetas y llanuras de la Asia central. Sin embargo, por una de esas extrañas ilusiones de óptica, de las cuales ofrece tantos ejemplos la historia de los pueblos, las altas montañas del Asia central han sido designadas en las leyendas como la cuna de la humanidad, y la influencia de estos relatos simples y falsos se

encuentra en más de una obra científica. Ha parecido natural que estas altas cimas, morada de dioses en las más antiguas mitologías, hayan sido igualmente la residencia de los primeros hombres creados por aquéllos, y que posteriormente las emigraciones hayan seguido el curso de los ríos, descendiendo desde las fuentes puras que surgen en la región de las eternas nieves. Los indos mirando al Norte, hacia las diademas resplandecientes de su monte Mern, creían que allá arriba los primeros rayos de luz habían alumbrado á sus abuelos reunidos. El monte Ararat, de Armenia, dominando con su cono nevado un inmenso horizonte de cimas y llanuras, fué también para numerosos pueblos la altura donde el padre universal de los hombres puso su pie. Las montañas que forman la línea de separación entre el Oriente y el Occidente de Asia, y que son llamadas «El techo del mundo», fueron veneradas también como lugar de nacimiento de las naciones que se han esparcido por el Asia occidental y Europa. Muchos han visto, en estas mesetas deshabitadas, la cuna de miles de millones de hombres que, después de los orígenes de la raza aria, han vivido al Oeste del Pamir, en Asia y Europa.

Pero estas ilusiones históricas que convirtieron la meseta central de Asia en lugar originario de la humanidad, hace tiempo que se han desvanecido. No es en una región de nieves eternas donde los pueblos deben buscar los rastros de sus antecesores. La geografía de la tradición y de los mitos tiene importancia algunas veces y proporciona al historiador preciosos indicios, pero las más sirve de engaño á los que pretenden seguirla como único guía. No es del centro de Asia, con sus altas mesetas desnudas y sus valles desiertos, de donde ha descendido la civilización que hoy enorgullece á las naciones de Europa. Dejando á un lado la parte considerable que esta civilización debe al medio geográfico en que se ha desarrollado, ó sea á la configuración de Europa tan favorablemente dispuesta, puede afirmarse, sin miedo á equivocaciones, que debemos nuestro origen á la cuenca del Nilo, así como á ciertas regiones inmediatas del Occidente asiático, á los países del Oxus y el Iaxartes, á los valles caucásicos, al Asia Menor, á Siria, Babilonia, Arabia, Persia, Indostán y China. Sin las enseñanzas que recibimos de los asiáticos de estas regiones, sin los oficios que nos legaron sus ascendientes, las plantas y los frutos que nos enseñaron á cultivar y los amigos y los auxiliares que nos proporcionaron en el mundo animal, nos encontraríamos aún en la barbarie más profunda. To-

das nuestras lenguas europeas (exceptuando el vasco) son de origen asiático, y todas fueron traídas por los arios, los fineses y los tártaros, atestiguando con su vocabulario lo mucho que hemos tomado de las civilizaciones orientales. Antes que comenzase entre nosotros la historia escrita, fué inmensa la influencia de Asia sobre las tribus bárbaras que poblaban Europa. Cuando nuestros ascendientes, los griegos, ya dueños de la escritura, anudaron las tradiciones de siglo en siglo, y alcanzando un pleno conocimiento de los tiempos anteriores tomó su desarrollo un carácter nacional, vivieron una vida propia é hicieron sentir su influencia á todo lo que llegaba del extranjero, cambiando su forma y helenizando con esto al mundo conocido. Pero antes de que los griegos naciesen como pueblo é hicieran sentir esta influencia, que abre el período de la presente civilización, ¿de dónde venía el impulso si no de Asia, donde muchas naciones habían ya recorrido toda una era de civilización? Si el estudio comparado de las lenguas nos muestra que casi todos los idiomas europeos tienen un origen asiático, del cual proviene también el zendá y el sanscrito, el examen de las tumbas prehistóricas demuestra igualmente que nuestros abuelos desconocidos procedían también del Asia. ¿Quién les había enseñado el arte de fundir el cobre, de aliar los metales que componen el bronce, y quién más tarde les amestró en forjar el hierro? ¿Quién les trajo sus joyas más preciosas, el oro de sus brazaletes y collares?... Lenguas, religiones, costumbres, instrumentos, animales domésticos, plantas cultivadas, todo vino á ellos del Este, y tal vez por esto, no menos que por la espera de la benéfica luz, nuestros antepasados remotos miraban siempre con veneración en sus ritos hacia el Oriente sagrado. ¿No era por una gratitud instintiva por lo que pedían ser enterrados con la cabeza vuelta hacia el Oriente?...

En los principios de la historia que conocemos, después que Europa consiguió su primer triunfo sobre Asia destruyendo la ciudad de Troya, la civilización helénica se desarrolló en las penínsulas occidentales del Asia Menor, con la misma facilidad que en la Grecia, propiamente dicha. La Europa empezaba realmente en esta parte del continente asiático, región cortada por las aguas del mar Jónico en islas y penínsulas, y que parece pertenecer á la naturaleza europea por sus rasgos geográficos. Es por las ciudades de la Jonia oriental por donde todos nosotros, sucesores de los griegos, hemos recibido la herencia de civilización legada por las naciones asiáticas, caldeos, asirios, medos

y persas. La obra de estos no pereció por completo, pues gracias á sus vecinos los griegos del Asia Menor, una parte de su civilización fué transmitida al resto del mundo. El nombre mismo de Asia, que ahora aplicamos á todo el cuerpo continental que forma más de una mitad del Antiguo Mundo, parece ser de origen helénico. Al principio sólo se llamaba Asia una pequeña parte del litoral asiático del mar Jónico, dependencia histórica de Europa. Aunque este nombre de Asia haya sido explicado diversamente, siendo buscado su origen en diversas lenguas, es probable, según los antiguos autores, desde Homero hasta Herodoto, que sólo se aplicaba á la llanura de aluvión de Efeso. Del mismo modo el nombre de Africa, que era el de una pequeña tribu, al Sur del Mediterráneo, se hizo extensivo á todo un continente.

Después de haber recibido de Asia las lenguas, las ideas y las religiones, por medio de las grandes emigraciones prehistóricas, al convertirse Europa á su vez en mayor, no cesó de mirar hacia los países de donde había venido una gran parte de su vida intelectual y moral. El sentimiento de veneración que inspira el pasado, da un carácter sacro á los lugares históricos y mantiene en ellos una vida ficticia hasta mucho después que la vida real ha huído de ellos. El movimiento de la historia se había retirado hacía mucho tiempo de la cuenca del Eufrates y los valles del Líbano: Atenas primeramente, y después Roma, se habían convertido en los centros de gravedad del mundo, y á pesar de esto, fué en la pequeña Judea, olvidada por la historia, donde nació la religión que había de extenderse poco á poco por todo el mundo occidental. La fe cristiana hace remontar sus orígenes á la aldea galilea de Nazaret y al lugarcillo judío de Bethléem, aunque los apóstoles vinieron á Roma á colocar la piedra sobre la cual debía reposar el edificio de la Iglesia. Es verdad que en el conjunto de su evolución religiosa, el cristianismo se une al pueblo judío por una genealogía material, y que por su parte moral es de origen helénico, así como su dogma está formado de concepciones orientales y griegas, reunidas por la enseñanza de los filósofos de Alejandría; pero dejando esto aparte, no puede negarse que en la Judea estuvo el punto de partida del movimiento cristiano, y que fueron los judíos, entonces como ahora viajeros y traficantes, los que transmitieron de ciudad en ciudad la nueva religión.

Como los geógrafos árabes de la Edad Media lo indicaron ya, uno de los hechos más notables de la Historia es que todas las grandes religiones que han dominado á la humanidad,

exceptuando el budismo, hayan tenido su origen en el Asia occidental. Sin hablar de las diversas religiones arias, del vedismo y del politeísmo griego que nacieron probablemente en el espacio comprendido entre el Olimpo de la Bitinia y el Pamir, las otras religiones famosas que aún dominan gran parte de la humanidad, el mosaismo, el parsismo, el cristianismo y el islamismo, son producto de esos territorios del Antiguo Mundo, vecinos á la zona de grandes desiertos que se extiende del mar Rojo al mar Caspio. Aparte de algunas diferencias de detalle, las soledades de Arabia, Palestina, Caldea y Persia ofrecen el mismo carácter de uniformidad grandiosa. Alejándose de su punto de partida, propagándose bajo los climas más diferentes y acomodándose al modo de pensar de pueblos muy distintos, es como las religiones citadas (el cristianismo especialmente), han acabado por tomar un carácter original que diferencia, á cada una, de las otras religiones procedentes del mismo origen.

El budismo intentó apoderarse por su parte de las regiones occidentales del Asia, y aún guarda el alto valle de Bamian, camino principal de las naciones entre el Indostán y el Asia occidental, vestigios de su paso. En el suelo histórico del Indo-Kohuch, á 2.600 metros de altura, un rey budista, que dominaba la cuenca superior del Oxus, hizo tallar en el flanco vertical de una montaña dos estatuas colosales, tan altas como ésta, con túneles en la parte baja de sus cuerpos, en cuyo interior se purificaban los peregrinos. Otros monumentos religiosos recuerdan también la emigración del culto de Boudha, hacia el Norte y el Noroeste asiático. Actualmente el budismo, mezclado con supersticiones diversas, según el carácter de los pueblos que aceptan sus ritos, reina sobre la China, el Tibet, Japón, Mongolia, numerosas tribus vecinas al lago Baikal y hasta en Europa al borde del mar Caspio. Es la religión más importante del mundo por el número de sus sectarios. Geográficamente el cristianismo es hoy la religión de los pueblos de Europa y del Nuevo Mundo, mientras que en Asia su influencia es casi nula, pues aparte de los armenios, los nestorianos, los maronitas y las tribus convertidas de la Rusia asiática, los únicos cristianos de Asia son los europeos que emigran á ella.

Cuanto á la religión mahometana, nacida más al Sur que el judaísmo y el cristianismo, se ha desarrollado en una área geográfica de enormes dimensiones que se extiende por el Mediodía y el Oriente del territorio cristiano.

Nacida en Arabia esta religión, domina por completo la Palestina, donde surgieron el judaísmo y el cristianismo. Casi toda el Asia occidental pertenece á las diversas sectas mahometanas. En Indostan, los sectarios del Profeta son más numerosos y fuertes que en ningún otro país de la tierra, y su dominación se extiende mucho más allá, hasta el Imperio Chino y el archipiélago de la Sonda. Del mismo modo el Norte de Africa ha sido convertido á la fe de Mahoma, y en el centro de este continente la religión mahometana está siempre en pleno florecimiento. En Europa sólo la siguen los osmanlis de Turquía y los tártaros, con otros súblitos de Rusia. El mahometanismo fué extirpado por el hierro y por el fuego de toda la Europa meridional; pero no sin ejercer antes una considerable influencia sobre la civilización europea.

Los moros de España fueron durante algún tiempo los educadores de los pueblos de Occidente. Además, no fué en vano que durante dos siglos los ejércitos de los Cruzados pelearan contra los sarracenos de Asia, queriendo conquistar la tierra, «santa» por excelencia, patria de Abraham y de Jesús. Esta lucha, con sus movimientos y sus viajes, influyó igualmente en el progreso de las ciencias y las artes.

X

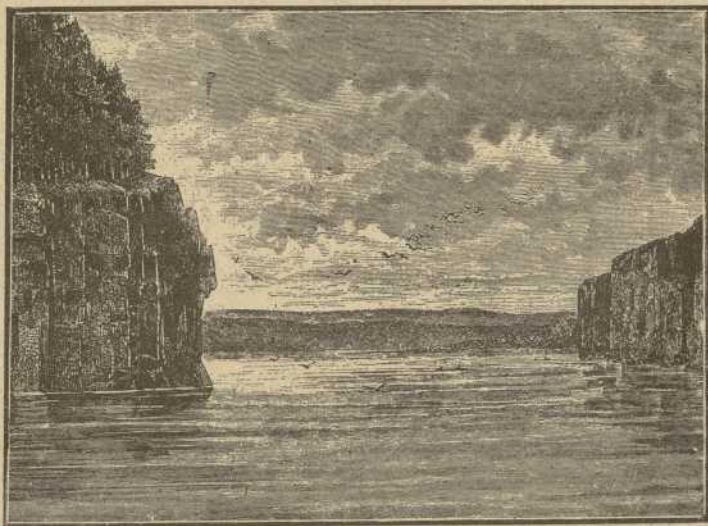
Emigraciones y relaciones de Asia y Europa.

Visto desde cierta altura el gran drama de la historia universal, no es otra cosa que una lucha incesante entre Asia y Europa, con diversas alternativas.

El movimiento inicial pertenece á Asia, pues ella fué la que envió los primeros colonos, dió forma á los mitos religiosos y aportó la escritura. El retorno ofensivo lo inició Europa en los tiempos legendarios, siendo un recuerdo de esto el mito de la expedición de los Argonautas. Pero la primera victoria grande de Europa, que sirve como de punto de partida de la historia esencialmente europea, fué la que consiguieron los libres ciudadanos de Atenas sobre los innumerables esclavos de Dario y Jerges. Entonces se reveló con toda claridad el sentido de la civilización occidental comparada con la de Oriente. La Grecia comprendió entonces (y así lo comprendemos nosotros, sus herederos, en algunos de nuestros grandes días), que el verda-

dero fin de la vida es mantener y acrecentar la libertad, aunque sea á costa de la existencia. Por esto los momentos en los cuales todo un pueblo se muestra digno de esta causa, son siempre los que quedan consignados gloriosamente en la historia de la humanidad. Muchos campos de batallas en los que perecieron medio millón de hombres por los intereses de un rey, están totalmente olvidados, mientras que toda la humanidad conoce los nombres de las Termópilas, Platea, Maratón y Salamina.

Después de estos conflictos que inauguraron la historia del

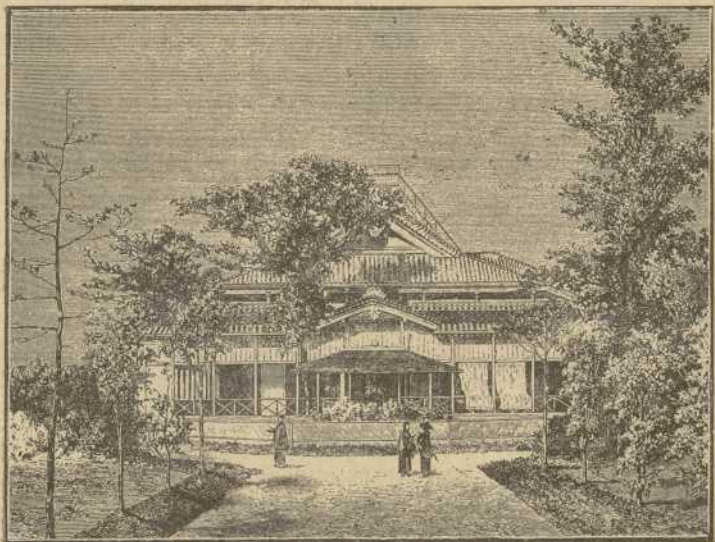


El río Angara. (Dibujo de Taylor.)

hombre moderno, Europa no podía guardar, sin una fuerte oposición, su superioridad naciente. Es verdad que Alejandro conquistó en pocos años toda el Asia anterior y en nuestros días su nombre todavía suena como el de un semidios en Caucasia, Bactriana, al pie del Altai y hasta más allá del Baikal, pero no es menos cierto que si los macedonios penetraron á mano armada hasta el corazón de Asia, fué para convertirse en orientales y para dejar sucesores que intentaron continuar la obra de Darío y de Jerges, queriendo unir la Grecia al continente asiático. Roma á su vez lanzó contra el Oriente sus legiones triunfantes, más no por esto fué menos subyugada por la religión de Cristo, nacida en Palestina é invadida por las ideas y costumbres de las naciones asiáticas. El centro del imperio ro-

mano se trasladó hacia Oriente, estableciéndose en las orillas del Bósforo, como si le atrajese con irresistible fuerza el continente asiático. Mientras que las naciones civilizadas del Sur, arios y semitas ejercían una influencia moral sobre el Occidente, las poblaciones bárbaras de la Europa lindante con Asia y aun de esta misma, contribuían con grandes emigraciones á modificar la raza, sino en la Europa occidental en las extensas llanuras de Rusia.

Cuando el imperio romano fué destruido, el continente



Japón: Un jardín de Yokohama. (Dibujo de Therond.)

oriental cayó sobre Europa, pesando en ella durante mil años. Al Norte, los avaros, los alanos, diversas tribus del Cáucaso, los hunos, los petchenegos, los koumanes, los madgyares y otros fineses, así como los tártaros y mongoles, entraron en Europa por la región de las estepas, y una de estas naciones invasoras fundó en el hemicíclo de los Carpato un Estado que aún subsiste. Al Sur, los árabes, siguiendo la ribera meridional del Mediterráneo, invadieron España, llegando hasta el corazón de las Galias, mientras que entre estas dos grandes emigraciones conquistadoras que se corrían por el Norte y por el Sur, los turcos se apoderaban de la península de los Balkanes, tomando como capital de su imperio la soberbia Bizanzio, que había sido la segunda Ro-



ma. Durante algunos siglos se temió, con razón, que Europa desapareciese bajo el oleaje de los pueblos orientales.

Uno de los fenómenos más asombrosos de la historia fué la rápida constitución, á principios del siglo XIII, del inmenso imperio de los mongoles, el más grande que ha existido en la tierra. Las poblaciones verdaderamente nómadas del Asia oriental, aun comprendiendo en ellas las que son realmente pacíficas, no representan mucho más de cuatro ó cinco millones de individuos. No habiendo cambiado de una manera sensible las condiciones del suelo y del clima desde la Edad Media, puede calcularse con certeza que en la época de las invasiones mongolas las estepas asiáticas, de donde partieron, tenían el mismo número de habitantes que en nuestros días y que la cantidad de hombres válidos para la guerra no pasaría de medio millón en estas regiones del Asia. Les era imposible, además, reunirse para las expediciones de rapiña grandes bandas de guerreros, teniendo que atravesar las inmensas soledades yermas, antes de llegar á Europa. De esto se deduce que los mongoles no pudieron formar nunca los inmensos ejércitos de que hablan, con la exageración del miedo, los cronistas de la Edad Media. El horror que sentían los vencidos aumentaba enormemente el número de los vencedores: los fugitivos se imaginaban multitudes prodigiosas de invasores para explicar así su rápida derrota. Las regiones del Este eran para ellos un inmenso «laboratorio de pueblos», á pesar de que los territorios de Europa, mucho más fértiles y de clima más dulce, producían generaciones humanas en mayor abundancia. Realmente las conquistas mongolas fueron obra de ejércitos pequeños, pero de asombrosa movilidad. Tenían en su favor la rapidez del ataque y la unidad de plan, mientras que las poblaciones de los territorios invadidos estaban esparcidas, sin cohesión, y eran incapaces de resistir en grandes masas, á causa de las ocupaciones agrícolas que las retenían en sus aldeas. El ejército que Jeng's-Khan envió desde Samarkanda en persecución del sultán Ala-ad-din, se componía de 20.000 hombres solamente, y durante tres años este cuerpo de guerreros, exiguo en comparación con sus proezas, recorrió victoriosamente el Khovassan, Persia, Armenia, Georgia, el Cáucaso, Crimea y las campiñas del Volga, antes de volver á reunirse con su señor.

Para llegar á las llanuras de China los mongoles no tenían más que descender de sus mesetas yermas á los valles que recorren los afluentes del Hoang-ho. Varios caminos, que después

fueron obstruidos por la Gran Muralla levantada por los chinos, se ofrecían á ellos como tránsito hacia las fértiles regiones del Mediodía. En cambio, para las regiones occidentales inmediatas al mundo europeo, no había más que un solo camino á lo largo de la base meridional del Altai, camino que conocían por tradición las tribus nómadas y guerreras de Asia, estrecho canal en el que se aglomeró muchas veces el oleaje humano de las grandes invasiones. Hoy un silencio de muerte pesa sobre estos territorios, en otros tiempos tan tumultuosos, que fueron el centro del imperio de los mongoles. El desfiladero al pie del Altai es un desierto. Las poblaciones belicosas que al Norte de la China seguían á los emperadores mongoles, son hoy muy pacíficas: pero en esto ha influido poderosamente la política china, que propagando el lamismo entre los mongoles cercanos á sus fronteras, ha convertido un pueblo de guerreros en un pueblo de monjes.

Pero los rastros de las antiguas emigraciones no se han borrado completamente. Así como entre Asia y Europa las floras y las faunas se entremezclan, del mismo modo las poblaciones asiáticas y europeas se compenetran sin atender á los límites naturales entre ambos continentes. Los samoyedos y los lapones pueden ser considerados como asiáticos á pesar de la situación europea de los países que habitan, y en el interior de la Rusia central varias tribus de mordavos, tchouvaches y tchere-mises se parecen más por sus costumbres á los lejanos ostiakos de Asia que á los rusos que les rodean. Bachkires, tártaros, kirghises y kalmucos viven en Europa, siendo tan asiáticos como sus ascendientes que partieron del más viejo de los continentes. Pero mientras que el Asia etnológica penetró tan profundamente en Europa. llegando por la Escandinavia hasta las mismas riberas del Atlántico, las naciones europeas han hecho á su vez irrupción en Asia, y los eslavos se encuentran en grupos compactos en la vertiente meridional del Cáucaso llegando por sus colonias de Siberia hasta las costas del Pacífico. El mar Egeo y los estrechos del mar de Mármara no han sido nunca un límite etnológico, sino todo lo contrario, pues los griegos se han establecido en toda la costa asiática, siendo más numerosos que lo son los turcos en la orilla europea.

Los asiáticos, que fueron en otros tiempos nuestros iniciadores y maestros, aparecen ahora ante los europeos como un elemento bárbaro. Aunque la civilización que proporcionamos á los asiáticos tiene de malo casi tanto como de bueno, puede decirse

que nuestro continente europeo, el «continente de los arios», es el lugar de educación de los pueblos de Asia.

El movimiento general de cultura ha marchado de Oriente á Occidente, siguiendo el mismo curso que el sol. Este movimiento en una línea única ha cesado ya. Ahora la civilización irradia su influencia en todas direcciones, esparciéndose á la vez en Asia, Africa, el Nuevo Mundo y el continente australiano. Desde hace más de cuatro siglos la preponderancia de Europa en la obra de educar al mundo es definitiva, y los viajes de descubrimiento que establecieron y estudiaron la forma de los continentes y los mares, han permitido á los europeos ejercer una influencia decisiva sobre los pueblos reconocidos en estas excursiones.

Hay que añadir á esto que en todos los territorios descubiertos por los navegantes europeos han comenzado éstos á dar pruebas de su civilización superior, unas veces matando en masa á los indígenas, otras veces capturándolos como esclavos ó engañándolos y depravándolos de mil modos. Es siempre por el odio y los conflictos sangrientos como empiezan las relaciones entre las diversas razas de hombres. Todas las razas se desprecian y se combaten antes de reconocer que forman parte de una misma humanidad.

La acción civilizadora de Asia sobre Europa partió en tiempos remotos de distintos puntos de su litoral. Del mismo modo, en siglos posteriores, la influencia europea partió de las costas de nuestro continente para hacerse sentir en Asia. Los portugueses desembarcaron en el Indostán, Indo-China y el archipiélago malayo; después, los españoles, holandeses, ingleses y franceses establecieron sus factorías y sus fuertes en las costas y las islas.

Actualmente, Chipre es una isla inglesa; el Asia Menor está más ó menos directamente bajo su influencia: varios puntos de importancia estratégica en la Arabia pertenecen á la Gran Bretaña, y ésta vigila todo el borde del golfo de Oman, posee la península del Indostán, la isla de Ceylán, una parte de la Indo-China, y allí donde no ondea francamente su bandera, los soberanos indígenas son más ó menos públicamente vasallos suyos. Hasta recientemente ha enviado una expedición al desconocido y aislado Tibet, sometiendo por la fuerza de las armas al Gran Lama é imponiéndole su protectorado. Francia posee una gran parte de la India transgangética, y Holanda ejerce su soberanía sobre varias hermosas islas inmediatas al continente. España ha

perdido recientemente el vasto archipiélago de las Filipinas y otras islas numerosas.

El Japón es de todos los Estados orientales el que con mayor rapidez se ha transformado, entrando con gran estrépito de victorias en la vida moderna. Su aparición como potencia armada y sus ruidosos éxitos, han asombrado recientemente al mundo.

Todo el Norte del continente asiático está en poder de Rusia, la más grande potencia de la Tierra en extensión de suelo y en número de habitantes, lo que no le ha librado de las terribles derrotas que le ha hecho sufrir el pequeño Japón.

XI

Relaciones entre Europa y Asia.

De las penínsulas y las regiones del litoral donde se establecieron las factorías y colonias de los europeos, el movimiento de anexión política ó comercial penetra cada vez más en el interior de Asia, aun cuando la obra de descubrimiento propiamente dicha esté aún muy atrasada. Existen en la parte central de Asia vastas extensiones que, aunque son conocidas por los geógrafos muy imperfectamente, no son cruzadas por el hombre más que muy de tarde en tarde. Aun en las regiones más visitadas, ¡cuántos puntos permanecen aún oscuros! ¡Cuántos datos que ratificar, lugares y aldeas que ver, y poblaciones que exigen más exacto conocimiento!...

Se sabe que los antiguos europeos, cuyas embarcaciones no osaban aventurarse en el mar de las Indias hasta las playas «del país de la seda», comerciaban penosamente con la «Sérica» por caminos que no conocieron jamás los conquistadores y por los cuales marchaban los mercaderes con sus caravanas. Sería ahora casi imposible encontrar el itinerario exacto de los comerciantes griegos; pero como el gran depósito de mercancías era la ciudad de Bactres, es muy probable que el camino indicado por Ptolomeo penetrase al Este en el alto valle del Oxus, atravesando después la parte meridional del Pamir, para descender por uno de los afluentes superiores del Oechardes, ó Tarim actual, á la cuenca del río conocido en nuestros días con el nombre de Kachgarie. Se ha querido hasta encontrar la «Torre de

Piedra» de que hablan los mercaderes de la antigüedad en el Tach-Kourgan ó «Colina de Piedras» que se encuentra al borde de un afluente del Yarkand, en la meseta del Sirikol, uno de los extremos orientales de la meseta de Pamir. Llegados al principio de nuestra Era actual á su mayor poderío militar, los chinos realizaron la conquista de la Tartaria occidental, y mientras sus ejércitos franqueaban los pasajes abiertos al Norte de Thian-Chan, los comerciantes y peregrinos de su nación atravesaban los caminos más ásperos de los montes llamados «Techo del mundo». El más célebre de estos peregrinos chinos, Hionen-Thasang, relata sus viajes con tal abundancia de detalles, que puede perfectamente marcarse su itinerario sobre un mapa del Pamir.

En cuanto al famoso veneciano Marco Polo, uno de los exploradores más notables que ha producido la humanidad, partió de Bactres, centro de los audaces mercaderes europeos, siguiendo un itinerario poco distinto del de los traficantes griegos, por toda la llanura del Pamir, según él «el más alto lugar del mundo». Después contorneó el desierto de Gobi para entrar en la China propiamente dicha por las fuentes del Hoang-ho. Desde hace más de seis siglos, Marco Polo aguarda aún el viajero que, por haber atravesado el continente asiático de Occidente á Oriente, pueda compararse con él. En este viaje transversal del Asia, sólo algunos han recorrido pequeñas partes de su itinerario. Además, Marco Polo, que una vez en China llegó á ser funcionario distinguido del imperio, pudo visitar y estudiar con toda tranquilidad casi todas las provincias del inmenso Estado. Por sus relatos entusiastas de la China, por sus descripciones de las grandes ciudades y las islas orientales, Marco Polo contribuyó más que ningún viajero á inspirar la pasión de las exploraciones y descubrimientos. El fué quien hizo surgir la ilusión de un mundo esplendoroso, lleno de oro, que perseguía Colón al navegar por los misteriosos mares occidentales. Antes que Marco Polo atravesase las soledades del Pamir, otro camino más al Norte, poniendo en comunicación Europa con Mongolia, era recorrido por un gran número de mercaderes, sacerdotes y embajadores. A mediados del siglo XIII, cuando el imperio mongol, de conquista en conquista, se había extendido rápidamente desde el mar del Sur al mar Negro, el centro de este inmenso Estado se hallaba cercano al Altai. El camino del comercio era el que conducía á Karakoroum, capital del vasto imperio, y este camino era el mismo que habían recorrido

las hordas guerreras demongoles y tártaros, al Norte de Thian-Chan, siguiendo el valle del Iaxartes. Por este camino pasaron Plan de Carpin y Rubruk, enviados de Luis IX de Francia. Los aventureros europeos se agrupaban con sus mensajeros y proposiciones de alianza en torno de la tienda imperial del Gran Mongol, y las relaciones entre el Occidente y el poderoso monarca de Oriente eran tan numerosas, que hasta se pensó en crear una cátedra de lengua mongólica en la Sorbona de París. El poderío mongólico se dividió y dispersó. Karakoroum dejó de ser una capital y sus ruinas se perdieron en la soledad. Sin embargo, el camino á la China por el Norte del Thian-Chan, continuó siendo conocido de los mercaderes. Pegoletti y otros comerciantes europeos los siguieron en el siglo xiv, y probablemente hubiera acabado por adquirir una importancia real para el comercio á no haber ocurrido los grandes descubrimientos que atraieron la atención y la fuerza de Europa.

Cuando la ruta á las Indias por el cabo de Buena Esperanza y la del Nuevo Mundo fueron descubiertas, cuando fué fácil, sin otro peligro que el del naufragio, el ir á las islas del oro, las perlas y las especias, los negociantes cesaron de mirar á estos desiertos temibles del Asia lejana que los separaban de los ricos mercados de China. Los largos y peligrosos caminos de la Tartaria y la Mongolia fueron abandonados, y solamente en nuestros días se han intentado seguir las huellas de Marco Polo: pero los que actualmente acometen esta empresa son numerosos y poseen los potentes medios que proporcionan la ciencia y el respeto que inspira á los indígenas la fuerza de las naciones de Europa. El espacio que queda por descubrir se encoge ante los audaces avances de los viajeros, de año en año, de década en década. La región misteriosa del Pamir es ya conocida en sus líneas generales; la China del Norte y del Oeste, ha sido recorrida en todos sentidos; el Tibet, que era lo más misterioso, extraña monarquía de monjes, jamás hollada por ninguna planta europea, acaba de ser atravesado por una columna inglesa. Sin embargo, aún quedan en Asia algunos puntos por explorar y están sin resolución problemas importantes de geografía general. Puede decirse que el Asia no tiene aún unidad geográfica en sus relaciones con la historia del hombre, pues los espacios del centro sólo son conocidos parcialmente, y el movimiento de pueblos y de cambios comerciales continúa haciéndose marítimamente, agolpándose la vida moderna en los puntos del litoral.



Paisaje siberiano. (Dibujo de Taylor.)

ASIA RUSA

Los países rusos de Asia, cada año más vastos y cuyo crecimiento ha contenido la reciente guerra ruso-japonesa, comprenden la Siberia, el Turkeistán con la Transcaspiana y la Transcaucasia, ó sea 1.700 millones de hectáreas con un poco más de 17 millones de almas. Como área equivalen á dos veces los Estados Unidos sin la Alaska, casi dos veces el Brasil y unas treinta y dos veces Francia. Pero por hermosa que sea y por mucho porvenir que tenga la Siberia, contiene demasiadas tierras árticas ó semipolares, demasiadas estepas y arenales, para valer treinta y dos veces Francia, ó dos veces los Estados Unidos, y menos aún dos veces el Brasil.

No hay, sin embargo, país en el mundo tan obstinadamente calumniado y odiado como la Siberia. ¡Tantos han sido los desterrados políticos que allá se consumieron, en la parte de Berezof ó Iakoutsk, durante los largos días y noches del extremo Septentrión, en el dolor desesperado de su juventud perdida, de su vida abortada!

La verdad es que Siberia, el «Infierno de hielo», es una Rusia más vasta y algo más fría que ésta, con un grande y fértil «Terreno negro», y que, por llenar todo el Norte de Asia y gravitar sobre el continente con el peso del poder ruso, llegará un día á ser temible.

SIBERIA

I

Yermak Timoleief.—La Siberia.

A fines del siglo xvi, Rusia, apenas libertada de los tártaros, tuvo su Francisco Pizarro ó su Hernán Cortés, como cincuenta años antes los había tenido España apenas libre de los moros.

Un cosaco del Don, una especie de jefe de bandidos llamado Yermak Timoleief, arrojado del Volga por el emperador Iván el Terrible, se escapó á los montes del Ural con 840 aventureros, y caminando luego al Este tomó á Isker, ciudad tártara y musulmana. Entonces, para volver á la gracia de su czar, le ofreció su conquista «por todo el tiempo que á Dios le plazca dejar vivir á este bajo mundo».

Resultó que el país conquistado por Yermak Timaleief se parecía á Rusia por sus estepas infinitas y por sus grandes y tranquilos rios. Allí se movieron á su gusto los cosacos cien años después, buscando las minas del oro ó cazando las pieles cada vez más lustrosas cuanto más tierra adentro las buscaban, y así tropezaron con el Amour, afluente del Pacífico y río de los chinos, pueblo entonces casi fabuloso.

Estas inmensidades, aumentadas luego, tienen por nombre Siberia, y este nombre viene de Sibir ó de Sever. *Sibir* era la designación rusa de la ciudad tártara conquistada por Yermak á orillas probablemente del Irtych, 17 kilómetros más arriba del emplazamiento de Tobolsk. *Sever* es la palabra rusa que significa Norte, y la Siberia bien merece ser tratada de tierra del Norte, no tanto porque traspasa el círculo polar cuanto por sus fríos inauditos, sobre todo al Este, desde Irkoutsk y los montes del Lena. Si el nombre Siberia viene de Sibir, debíamos decir Sibiria, y si viene de Sever, Severia.

La Siberia tiene 1.252 millones de hectáreas (una cuarta parte más que Europa), con cuatro millones de habitantes ó tal vez cinco, sin contar los cantones de los gobiernos de Perm, Ufa y Oremburgo, que la administración agrega á la Rusia europea, aunque se extienden en la vertiente asiática.

Se espere Siberia desde el Ural al gran Mar Pacífico, y desde las mesetas del Sur que van secándose y las altas montañas que son los bastiones del Asia central, hasta la orilla del Océano glacial de aguas verdosas que pocos han podido ver, pues los terribles inviernos las ocultan bajo el hielo polar y en el buen tiempo reina un constante choque de témpanos flotantes.

II

Clima.—Sequedad de la Siberia.

De los montes del Sur al Mar glacial casi todo son llanuras, estepas, pantanos ó *tundras*, con ríos muy largos y muy anchos: el Ob, el Yenisei, el Lena, y en la vertiente del Pacífico, el Amour.

De la montaña á la tundra, la tierra extendida en magníficos aluviones no ofrece, por falta de humedad, la exuberancia que era de esperar. Separada casi toda ella del Pacífico por altas montañas, alejada del mar de la India por el abultamiento del Asia Central, y del Atlántico por el relieve de Europa, y teniendo cercano solamente el Océano Glacial que casi nunca está líquido, la Siberia recibe poca humedad. Lluve escasamente en ella (1), cada vez menos, y se va secando. Ríos que antes alcanzaban al Irtych, al Ob, al Yenisei, no llegan ya á ellos y se detienen lánguidos en cualquier paraje de la Estepa.

Muchos lagos han perdido su desagüe y se estrechan cada vez más, convertidos en estanques pantanosos, en barro húmedo, si es que no desaparecen por completo.

Así el bosque, aunque prodigiosamente vasto, está falto de fuerza, de brillo, de frondosidad. No tiene matorrales, lianas, entrelianas, céspedes, insectos, ni aves casi que lo arrrullen. Durante el estío que es tórrido, durante los largos días que duran veinte ó más horas, este bosque, falto de savia, las hierbas de la estepa y los céspedes, todo se seca y está pronto á arder;

(1) De 20 á 50 centímetros, según el sitio; 46 en Tobolsk, 89 en la costa del Mar de Okhotok.

todo se incendia á la primera chispa. El más pequeño fuego que se encienda en el lindero del bosque ó en los campos combustibles, si se olvida el apagarlo, inflamará la pradera, y arderá ésta por los cuatro costados á poco que el viento agite la primera llama. Se han visto incendios correr cien kilómetros devorando hasta doscientos hombres, millares de ganados y toda clase de fieras, osos gigantescos, ciervos enormes, tigres magníficos de cálidas pieles, porque el espléndido felino se acomoda al frío de la Siberia, gracias á su pelo.

Si á la *taiga* (nombre del bosque siberiano), le faltan vigor y amplitud, ¿qué decir de los árboles que se prolongan al Norte en dirección á la tundra, cada vez más flacos, más bajos, más escasos? La tierra, en lurecida por el frío, no les deja ahondar las raíces; el viento Norte retiene sus brotes en la corteza; la nieve de ocho meses los encorva y los hace arrastrarse. A los enfermizos y míseros suceden los enanos, y al fin no quedan más que las matas, la pálida hierba de la tundra, alumbrada por un sol oblicuo ú oculto por largas y lúgubres noches. En el extremo Norte, singularmente hacia el Este, reina la muerte con el frío. En el Ob y el Yenisei, en la Chatanga, la Anabara y el Olenek, más aún en el bajo Lena, y sobre todo á lo largo del Jana, el Indighirca, el Kolyma y el Anadyr, ríos costeros que, pequeños en Siberia, serían entre nosotros Loiras ó Dueros cuando menos, son frecuentes los hielos.

En algunas ciudades, digamos mejor aldeas, pues ciudades no las hay bajo tales cielos, el frío llega á 60 grados bajo cero, con temperaturas medias anuales de 11 bajo cero, como en Jakoutsck; 15 bajo cero, como en Ustíé-Jansk; 16, como en Verkhó-Jansk, donde se ha visto el mercurio bajar á 63 grados bajo cero, y donde los rusos y salvajes, que se defienden contra la naturaleza, pueden ver el termómetro variar 100° en los doce meses, ó sea de más de 60 bajo cero á cerca de 40 sobre cero. Pero el Sur de Siberia, más clemente, tiene sus «*Italías*», en las cuales, sin embargo, tiritan los habitantes durante el invierno.

III

El Irtych.—Ob.—Ural.—Altai.

El Ob tiene como su brazo más largo al Ertchis de los mongoles y al Irtych de los rusos, agua rojiza llena de arcilla.

El Irtych, nacido en tierra china, en una vertiente del Altai,

no es más que un modesto riachuelo cuando recibe por manantiales subterráneos que triplican su caudal un invisible tributo del lago Ouliongour, cerrado en apariencia. Hay, pues, razón para considerar este afluente del lago como la verdadera fuente del Irtych superior ó Irtych negro, que así se llama hasta que llega al Zaizan ó «Noble lago», sabana de agua rusa, á 410 metros de altura. ¿Por qué lago Noble? En virtud, sin duda, de alguna tradición, porque este lago no tiene nada de grandioso. Simple estanque amarillo, sin profundidad, rodeado de tierras bajas y surcado de peces, no está contenido por altas rocas y se esparce á lo lejos en la estación lluviosa. Por término medio cubre unas 183.000 hectáreas, ó sea tres veces el Lemán de Suiza.

Al salir del Zaizan con el nombre de Irtych Blanco, hermosos arroyos procedentes del Altai le vierten su onda clara, jamás desfalleciente, tanto que ya es un magnífico río cuando entra en las gargantas espléndidas de la confluencia con el Bouktharma, llegando al pueblo de Oust-Raménogorsk. Tallados en granitos y esquistos, estos estrechos tienen una grandeza magnífica, en la que se echa de menos, sin embargo, la gracia, la verdura, la vida y los recuerdos que le faltan. No tiene en sus orillas más que algunos árboles encogidos, álamos y sauces.

A 350 metros de su entrada en el llano, corre entre islas, riberas arcillosas roídas por sus crecidas. Cambia mucho de cauce y está siempre trabajando, ahondando, arrastrando, cegando. Lo mismo que él hacen sus afluentes, muchos de los cuales, menguados por la aridez del aire, cesan de aportarle su tributo. De Semipalatinsk á Omsk, roza por su orilla derecha la Estepa de Baraba, uno de los más vastos y mejores dominios agrícolas de la Rusia, sin un guijarro, con bellos árboles que el colono eslavo abate. Pinos y álamos cubren cortados el suelo, y este país que ya se secaba, se secará aún más de prisa: pero de ello no se cuidan los campesinos que vienen á fijarse en este lugar predilecto de la emigración eslava.

Después de pasar por Omsk y al pie de los acantilados de Tobolsk, el Irtych, encuentra al Ob en Samarofsk. Más fuerte que su rival y más largo, ha recorrido al llegar aquí sobre 4.500 kilómetros, ó sea el curso del Danubio, el Loira y el Garona seguidos.

El Ob (1) se forma en el Altai, y primero por el Irtych, y

(1) Mal llamado Obi. La palabra Obi es el genitivo de Ob, nombre verdadero.

luego directamente recibe las aguas de la vertiente oriental del Ural.

A pesar de su longitud y de separar la parte mayor del mundo, ó sea Asia, de aquella en que se apiñan los pueblos europeos llamados superiores, que viven inquietos y armados hasta los dientes, el Ural tiene poca variedad y ninguna grandeza. La línea de divorcio está á veces tan borrosa, que basta un azadonazo ó una paletada de tierra para dirigir su curso hacia Europa ó Asia, según se quiera. Al Norte tiene bosques escasos y pobres. En el centro están las más ricas montañas mineras que se conocen, con oro, hierro, cobre y platino. Al Sur se oculta entre profundas selvas. Fué quizás la patria, y en todo caso el campamento, de los tchoudos ó finlandeses que poblaban la Europa Oriental antes de toda historia. De sus últimos remansos meridionales á las ondas del Caspio y á las montañas de Asia Central, no hay montes, ni siquiera colinas, que separen las llanas extensiones de Siberia de las del Turán. Este hueco entre el Ural y el Caspio, es «la Gran Puerta de los Pueblos».

El Altai lleno de magnificencia, es, por el contrario, una noble aglomeración de montañas. Casi dos veces más bajo que los Thian-Chan ó Montes Celestes, los continúa en la dirección Nordeste, como á su vez, y por el mismo lado, los montes de Sayan continúan al Altai bajo otro nombre más allá del Yenisei. Su cabeza suprema, el Bieloukha, que quiere decir «la Blanca», se alza á 3.350 metros por encima de un glacial, ni largo ni ancho, de donde corre el Katounniya, el mayor de los torrentes que forman al Ob, y que tiene por origen único el hielo eterno del principio de su cuenca.

Es el Altai una cadena muy antigua, compuesta de granitos, pórfidos, serpentinas y esquistos, tendidos á veces en altas franjas semejantes á las capas yesosas de los Ardenes. Rico en minas como el Ural y, como él, patria ó morada de razas indígenas, esconde en sus repliegues, dulces y abrigados, las más bellas de las «Italías siberianas», y los colonos acuden á él en masa como á la Estepa de Baraba.

El Ob, que está formado por el Katounniya, hijo de los hielos, y el Biya, nacido en un lago profundo de la roca altaica, no permanece mucho en la montaña. En Barnaoul su altura no alcanza más de 119 metros; y sin embargo, hay 3.000 kilómetros desde esta ciudad á la desembocadura del gran río Irtych-Ob. Semejante al Irtych, corre formando brazos múltiples sobre un terreno de arcillas, de archipiélago en archipiélago, con una

anchura de 3.000 metros en tiempo seco y de 4.000 en las crecidas de primavera, cuando arrastra más troncos arrancados de los que serían necesarios para formar un gran bosque. Como el Irtych, demuele, transporta, compone y descompone.

Mezcla el Ob con el Irtych sus aguas, menos sombrías que las del río de Tobalsk, y durante mucho tiempo las dos corrientes unidas siguen sin juntar su color. Después el Ob continúa corriendo inmenso en el bosque. El lugar de la confluencia es más septentrional que el mismo Petersburgo. Extendiéndose hacia el círculo polar; poco á poco la selva, formada por árboles monótonos, álamos y sauces, disminuye, se hace enana, se arrastra al fin á ras de tierra, y entonces el Ob, la más larga de las corrientes siberianas y una de las mayores del mundo, entra en una ría de 800 kilómetros que tiene 50.000 metros de orilla á orilla. Esta rada se abre casi enfrente de la Nueva Zembla.

Cinco mil setecientos kilómetros, ó sea diez veces el Garona, y 3.520.000 kilómetros cuadrados (siete veces Francia), con cinco millones de habitantes, tal es el Ob y tal su cuenca, la más vasta del Asia rusa y la que tiene más «tierra negra».

IV

Angara-Yenisei.—Baikal.

El Angara-Yenisei arrastra más agua que el Irtych-Ob (al menos en estío-glacial), al enorme depósito del lago Baikal, tan vasto como sesenta lagos Lemanes; pero es menos largo (5.200 kilómetros) y de una cuenca menos grande, aunque mide 2.800.600 kilómetros cuadrados, ó sea más de cinco veces Francia.

El Yenisei recibe más torrentes de las montañas que el Ob y recoge más nieves. Nacido en tierra china, entra en Rusia para retorcerse en seguida oprimido por los montes altaicos en desfiladeros, donde el río, ya poderoso, se ve reducido á 32 metros de anchura. Lo mismo le ocurre al Ródano en el Jura. De garganta en garganta y de remansos á cataratas, llega á la gran llanura por cerca de Krasnojáck. La onda amarillenta que mezcla al Tonguska alto, su principal afluente, tiene por lo regular un kilómetro, y uno y medio á dos de ancho en estío, y tres ó cuatro veces más durante la gran inundación de primavera. Los dos ríos gigantes no se penetran sino difícilmente y á la larga, ley común de las confluencias, porque pocas veces

dos corrientes vienen de las mismas rocas, de las mismas tierras, y raramente tienen el mismo color y la misma densidad. Duplicado, triplicado quizás por el Tonguska alto, enriquecido luego por aguas como las del Tonguska bajo, igual en longitud á dos Rhin, se une al mar Glacial por una boca de 22 kilómetros, estrangulación de una ría que tiene al comenzar 65 kilómetros de orilla á orilla.

Bajo el nombre de Lelenga, el verdadero Yenisei nace en un torrente de glaciares del Monkon-Sardigk que tiene 3.490 metros y es el pico más alto, no del Altaí propiamente dicho, sino de los montes de Sajau, que lo prolongan. Monkon-Sardigk quiere decir «Monte de Plata», nombre debido sin duda á su glacial que alcanza más de cuatro kilómetros. Estas aguas van á filtrarse á 1.645 metros de altura sobre el mar, en el Kosio, lago de 330.000 hectáreas, diez veces menor que el Baikal, donde va á perderse este emisario del Kosio.

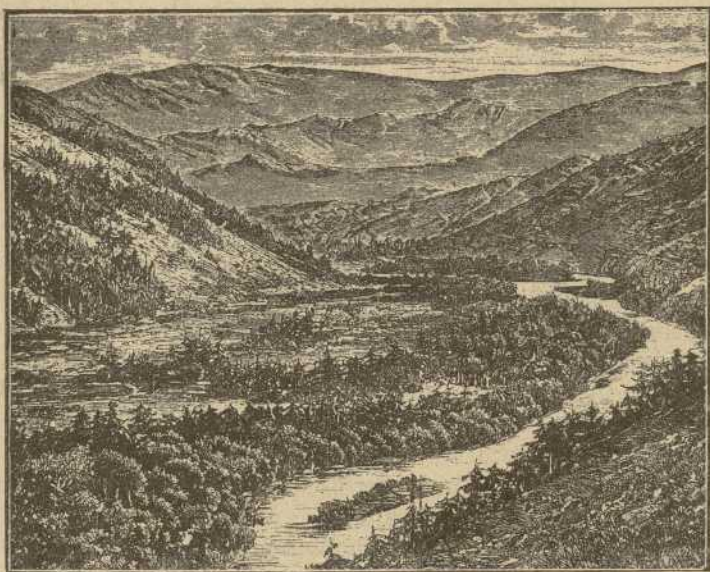
El Monkon-Sardigk, el Kosio y la mayor parte del curso del Selenga, de 1.100 kilómetros de largo, pertenecen á China, ó más exactamente, á la Mongolia. El Selenga inferior y el Baikal son siberianos. Uno de los afluentes, el Orhen, corre en plena meseta mongola, cerca del lugar de Karakoroum, antigua residencia de Jengis-Khan. Karakoroum, ó Campo Negro, no ha dejado más rastro de su antigua grandeza de capital del imperio mongol que un muro almenado y algunos escombros. Aquel cuartel principal de la inmensa caballería mongola (porque el ejército de Jengis-Khan no era más que una aglomeración de hordas á caballo), fué sin duda una ciudad de tierra rodeada de tiendas móviles, una de esas grandes poblaciones mal construidas cuyas mismas ruinas perecen.

A pesar de estar situado á 390 metros de altura, el Baikal tiene simas que son muy inferiores al nivel del mar y la sonda ha alcanzado en él 1.375 metros de profundidad. Recibe las aguas de 32 millones de hectáreas, que son poco terrosas por la naturaleza granítica de su cuenca. Además, todas las impurezas van á perderse en el fondo de este abismo y no lo llenarán tan pronto, pues el Baikal tiene tres millones y medio de hectáreas (1) entre severas montañas y rocas duras como el pórfido, ensombrecidas al par que funeralmente adornados por árboles austeros, cipreses, pinos, abetos, triste selva que tapa ó descubre á trechos los acantilados.

(1) Exactamente 3.497.500.

Esta Mar Santa—los rusos la llaman así (Sviatoic Mere) como los mongoles (Dalai Nor)—se hiela en invierno, de orilla á orilla, tan densamente, que podría soportar ejércitos enteros con caballos y cañones.

Maravillosamente virgen es el agua que se escapa de este lago tan azul como lo es el Ródano á las puertas de Ginebra, y doce veces más poderosa. Bajo el nombre de Angara el admirable río que parte del Baikal y que necesita un frío mayor



Vista del Altaí. (Dibujo de Taylor.)

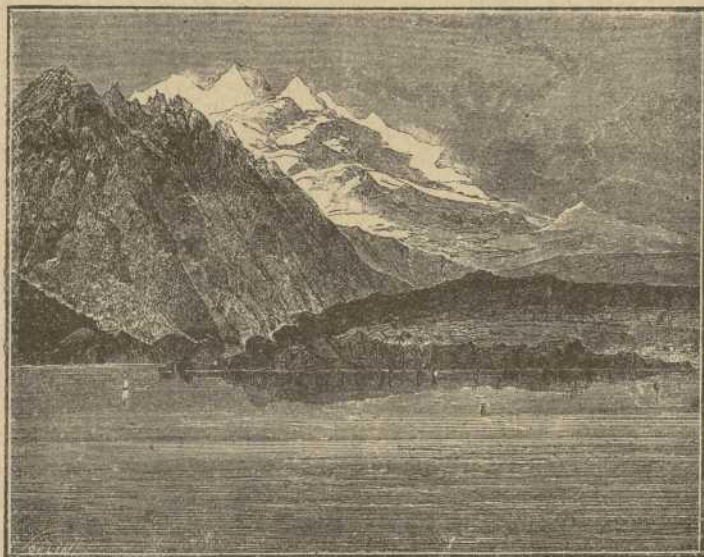
de 30° bajo cero para unir y consolidar todos sus hielos flotantes, corre impetuoso, descendiende en nueve saltos, baña Irkustk y constituye el Tonguska bajo. Le llaman Tonguska porque baña el país de los tonguses.

V

Lena.

También el Lena da su nombre á otro río más largo y ancho que él. Al encontrar al Vitim, que tiene ya 3.155 kilómetros, no ha recorrido aquel más que 1.460, es decir, 695 menos que el otro.

El Lena empieza á 591 metros de altura, en montes de 1.200 metros de la vertiente occidental del Baikal y muy cerca de este lago, pues la distancia es de pocos kilómetros. Este río al cual sólo le falta un clima mejor, rueda majestuoso sus ondas hacia el Nordeste. Frío, puro, apacible, poco rizado por los vientos, y no manchado por residuos de ciudades, el Lena solitario corre por un valle profundo, entre colinas que tienen praderas á sus pies, rocas en su falda y bosques en sus cimas. A largas distan-



Lago Baikal. (Dibujo de Sabatier.)

cias pasa ante las casas de madera de las aldeas rusas, por el seno de un país que en otros tiempos pertenecía á dos naciones libres, el Norte á los yakutas, gentes de lengua turca, el Sur á los tonguses, que hablan un idioma parecido al mandchur. Este río riega á Jakoutsk; recibe sin parecer agrandarse (tan grande es) enormes afluentes: el Oliokma, el Aldán, el Vilioui, y es como un lago que marcha y cuyas orillas se pierden á veces de vista, separadas por 5, 10 y hasta 20 kilómetros. Desagua en el mar Glacial por los brazos de un delta de 2.200.000 hectáreas, frente á la Nueva Siberia, gran archipiélago inhabitado, pues el hombre sólo va á él para pescar entre las dos estaciones del hielo fijo, y para cazar el oso ártico, el reno, la

piel blanca de la zorra polar y los huevos y plumas de un sinnúmero de aves piscívoras. El Lena, de 5.000 kilómetros de largo, riega 250 millones de hectáreas, donde viven apenas 300.000 hombres; de ellos pocos rusos y muchos yakutas.

VI

Río Amour y provincia del Litoral.

Un cuarto río, inmenso, es el Amour que pasa por tierras de pueblos distintos y recibe varios nombres. Los mandchús le llaman Sakhalien-Oula ó el Agua Negra; los yakutas, Rara-Turán ó río Brun; los goldos, Mango; los chinos, Hé-Long-Kiang ó río del Dragón Negro; y, en efecto, sus ondas son negruzcas, ó sombrías al menos.

Está formado por el Argoun y el Chilka; alimentado aquél por largos pero escasos arroyos del territorio chino y más puro y vivo el segundo, bajo cielos húmedos y nacido del encuentro del Onón y el Ingoda, que bajan ambos de los Yablonovos ó Montes de los Manzanos, al Sudeste del lago Baikal. Estos montes poco alegres, poco ricos en arbolado, tienen por corona el Sokhendo (2.813 metros). El Chilka atraviesa las montañas metálicas y auríferas de Nertchinsk, y luego se une al Argoun para llamarse en adelante Amour y separar la Siberia de la China hasta la confluencia del Oussouri.

El río, solitario siempre, pues sus orillas se pueblan con extremada lentitud, pasa ante algunas *staritsas* de cosacos y algunas aldeas de campesinos rusos. Recibe dos grandes corrientes: la amarilla Zeya, en Plagovjechetchensk, y la Boureya. Luego corta las rocas en 170 kilómetros de desfiladeros espléndidos, abiertos en el granito, de bosques de naturaleza libre, y va á tropezar con el Soungari, río enorme de la Mandchuria china.

No parece que el Soungari venza al Amour, como vence el Irtych al Ob, el Tonguska alto al Yenisei y el Vitim al Lena. Sin embargo, en la confluencia el Amour, rápido y claro aunque denso, no ocupa si no el tercio del lecho, dejando al río mandchúr, menos puro, blancuzco casi siempre (1), el aspecto,

(1) El nombre Soungari quiere decir en mandchúr «Flor de Leche».

si no la realidad de una preeminencia. En todo caso el Amour es el más largo de los dos.

Más abajo del Soungari es el Amour uno de los grandes cursos de agua del mundo, pero un río irregular, lleno de bancos de arena, de islotes y cada vez más frío, porque al tropezar con el Soungari, el Amour, obedeciendo al empuje de su rival, toma el camino del Norte y ya no lo deja. Tanto es así, que después de recoger en Khabarofka al Oussouri, rico tributario, y romper nuevas montañas, va á perderse por bajo de Nikolajetsk, en un mar que está helado durante seis de los doce meses. Este mar es más bien un estrecho, la Mancha de Tartaria, que separa del litoral la gran isla Sakhalina. Sin esta desviación se uniría en Vladivostok á ríos casi siempre libres de hielos. Desde la fuente del Kerouloun, brazo mayor del Argoun, hasta la Mancha de Tartaria, el Amour tiene 4.500 kilómetros en una cuenca de 209 millones de hectáreas. En el duro clima de este río se sufren fríos «siberianos», calores «senegaleses» y largas sequías, con una oscilación de más de 80 grados, entre 45 bajo cero y 36 sobre cero. Sin embargo, el tigre y la pantera viven allí, lo mismo que el oso gigante, en las hermosas selvas.

Frente á dos islas japonesas, Nippon y Yesso, y de una isla rusa, Sakhalina, el Litoral, provincia glacial del Norte, se extiende á ambos lados de la desembocadura del Amour, muy fría al Sur y muy húmeda en frente del Nippon, en el mar del Sol Naciente. Rusia tiene allí puertos maravillosos, verdaderos Río-Janeiros, verdaderos Port-Jakesen. El puerto de Vladivostok podría merecer el nombre altivo y arrogante que le han dado sus fundadores, de «Reina de Oriente», pero está bajo un cielo hostil que llora frías nieblas y no tiene detras más que una comarca, aún vacía, con algunos millares de hombres dispersos en la costa y á lo largo del Oussouri, gran río nacido del Kanka, y que más bien es un lago sin profundidad, abarcando 300.000 hectáreas.

Hay allí cosacos venidos de las *stanistas* del Este del Baikal, *synks* ó soldados condenados, galeotes que han cumplido su condena en las minas, campesinos rusos, finlandeses, etc. El poblar este país es muy difícil, á causa de la distancia enorme que lo separa de Moscou la Santa. Un campesino ruso emplea tres años en el camino de su aldea de la Grande ó la Pequeña Rusia hasta su nuevo pueblo del Amour ó del Litoral.

VII

Isla Sakhalina.

La isla ante la cual desemboca el Amour en el Pacífico, tiene por verdadero nombre Krafto, pues los Ainos, sus antiguos moradores, y los japoneses, sus antiguos dueños, así la llamaban. Pero ahora se llama Sakhalina. Hasta hace poco era por entero de Rusia. Recientemente, por el tratado de paz entre rusos y japoneses, éstos han vuelto á ocupar una parte de ella.

Apenas si en verano es una isla; y en invierno no lo es, pues el hielo la une al continente por encima de la estrecha *Mancha* de Tartaria. En el buen tiempo no existe esta soldadura ó puente natural; pero el estrecho no ofrece profundidad para el paso de un buque de guerra.

Larga como Francia, por sus 957 kilómetros de Noroeste á Sudeste, es sin embargo por término medio tan estrecha que su área no alcanza más de 7.500.000 hectáreas. Desde sus orillas, que carecen de buenos puertos, se vé, cuando la niebla y la lluvia lo permiten, una cordillera de 600 á 1.500 metros, con algunos bosques, que ocupa el centro de la isla. Estos bosques, algunos vallecillos cultivables, y, sobre todo, muchas minas de hulla, son las únicas ventajas que ofrece á la ávida Moscovia esta isla de clima lamentable. De todos los días del año, más de doscientos cincuenta transcurren sombríos, bajo un cielo cargado de nubes, rayado de lluvia, lleno de nieblas y con fríos de 37 grados bajo cero. Tal es esta isla, lugar de deportación que pudiéramos llamar la Cayena de los rusos. Más vale la Cayena de los franceses, también lluviosa, pero con hermoso sol.

Rusia envía á Sakhalina los penados que dedica á la extracción de hulla, y para guardar á estos prisioneros mantiene soldados y funcionarios. El resto de los insulares forma diversas poblaciones semi-salvajes: giliakos, orokos, ainos y japoneses. Los ainos, hombres velludos, son los autoctones probables de Sakhalina, como sin duda fueron también los primitivos pobladores del Japón. Los japoneses dominaron allí antes que los rusos. Cuando el «Czar blanco» se declaró amo del bajo Amour, admitió que Rusia poseyera la isla en copropiedad con el Japón. Fué esto como la alianza del puchero de hierro con el puchero de barro. Los japoneses, más débiles, cedieron sus de-

rechos en 1875 al Emperador de toda las Rusias y Siberias, y en cambio recibieron el archipiélago de las Kouriles. Después han cambiado las cosas, y los japoneses, vencedores de los rusos, han vuelto á poner el pie en la isla. En conjunto, Sakhalina tiene unos 15.000 habitantes, casi menos que osos entre los abetos de sus bosques.

VIII

Kamtchatka.

Al Nordeste de Sakhalina, Kamtchatka, semejante al litoral de Vladivostok, tiene puertos maravillosos en bahías de capacidad inmensa. Tal es la bahía de Avatcha. Pero esta ventaja apenas vale nada en aquel clima. En otro lugar situado más hacia el trópico, Kamtchatka sería tan hermosa como Java, Sumatra ó Ceylán y con más grandeza aún.

En esta península, que penetra en el mar como una punta de lanza, arden ó humean soberbios volcanes; el Klioutchef, entre ellos, tan alto como el Mont-Blanc (4.804 metros), y con 330 kilómetros de perímetro en su base. Es un vecino traidor, pero asusta á poca gente, porque la península, aunque muy grande, sustenta apenas algunos millares de hombres rusos ó rusificados.

De unos 40 volcanes, 12 arden aún de vez en cuando en tierra de Kamtchatka, unidos á dos cadenas de islas que también vomitan fuego; la cadena de las Kouriles, que con una docena de cráteres apagados ó despiertos va á unirse á los volcanes japoneses, y la sarta de las Alentienas, cuyas islas levantan más de 30 montañas ignínomas que son como los pilares de un puente sobrenatural que pudiera haber unido Asia y América, ó sea á la península de Kamthatka tierra rusa, con la península de Alaska tierra americana. Esta Alaska fué rusc-americana pero hoy es yanki, lo mismo que las Alentienas, desde una venta hecha por el czar á los americanos, mediante 35 millones de francos.

IX

Diversas razas.—Costumbres, religiones, etc.

Las minas del Ural y el Altai, la busca de pieles, la caza y la pesca han ocupado mucho más á los siberianos rusos que el cultivo del suelo. Ahora, sin embargo, el desierto y la *taiga*

van retrocediendo en esas tierras que el invierno endurece, pero que un rápido estío, ardoroso y casi sin noches, reabre á la fecundidad. La misma vieja selva cae demasiado pronto ante los golpes del hacha. En Siberia como en Rusia, en Escandinavia, en el Canadá y en todos los países del Norte, hay comarcas más vastas que muchas naciones, en las que el suelo es incapaz de animar otra cosa que árboles, prestándoles vida con extrema lentitud.

Desde la más remota antigüedad, la Siberia está habitada por tribus finesas, turcas y mongolas, que se borran de día en día ante el ascendiente de los europeos, y van desapareciendo, ya por exceso de mortalidad, ya por escasez de nacimientos masculinos. De estas tribus unas merodean, cazan y pescan en el Norte, donde lo impone la miseria del suelo; otras, en el Sur, donde la tierra es menos indigente, se han fijado en la gleba. Muchas han adoptado el cristianismo griego. Las tribus turcas profesan el islamismo. Las mongolas, el budhismo puro ó el llamado *chamanismo*; una especie de terror á los espíritus malos que el sacerdote conjura con sortilegios.

Los europeos, el elemento nuevo y único durable (porque esas tribus van desapareciendo), provienen de distintos orígenes, con gran predominio de la sangre rusa, teniendo por principales antepasados á los cosacos y los desterrados de la Rusia europea.

Estos desterrados que son más de 10.000 por término medio al año, pertenecen á todas las razas del inmenso imperio, á la eslava y la tártara, y son de todas las religiones, desde la ortodoxa griega á la musulmana y la adoración de fetiches. Hablan todas las lenguas, del ruso al persa y al rumano, y se componen de todas las clases de condenados, desde el asesino, el envenenador y el falsificador, hasta el noble castigado por defender su patria en un batallón de guadañeros polacos. La unión, sin embargo, se realiza á pesar de esta diversidad. Los siberianos eslavos por su origen común, y absolutamente rusos de lengua, sin diferencias dialectales como ocurre en la misma Rusia, prolongan del Ural al Pacífico la terrible nación rusa que los tártaros y los polacos oprimieron tanto tiempo.

Sin embargo, la Siberia se llena lentamente, y apenas si crece su población, más por el exceso de muertes que por la falta de nacimientos. Las defunciones son numerosísimas, sobre todo de niños. La industria no ensancha sus ciudades ni funda villas fuera de los distritos mineros del Ural y el Altai, y el cam_

pesino que despuebla el bosque, que lo incendia por descuido ó lo abate para calentarse, abre en cambio pocos surcos de arado. Además (y esto no es nada comparado con la rutinaria indolencia del mujik) los siberianos conservan algo del viejo espíritu nómada de los eslavos. De los montes Urales al mar Pacífico hay numerosos millares de vagabundos, campesinos venidos de la aldea, galeotes escapados, soldados desertores, buscadores de oro, aventureros locos, y sectarios errantes, en persecución del país del «Agua Blanca», del Bielovadié, siempre fugitivo é invisible, que es Eldorado de los rusos siberianos.

Todas las tradiciones locales y muchos objetos encontrados en tumbas antiguas revelan el pasado de una relativa civilización de las tribus que habitaban en otro tiempo la Siberia. Estas poblaciones estaban comprendidas en la designación general de tchoudes y no se sabe ciertamente si fueron arios, turcos, fineses ó mongoles. Se encuentran en sus tumbas armaduras, instrumentos de cultivo y otros objetos que demuestran una cultura bastante avanzada. Es casi seguro que los tchoudes fueron numerosísimos y perecieron en su mayor parte durante las largas guerras que precedieron á la invasión de los bárbaros en Europa. Por mucho tiempo fueron sin saberlo los defensores avanzados de Occidente, y desconociendo la existencia de Roma la protegieron durante siglos. Los mongoles que reemplazaron á los tchoudes saben que proceden de éstos, y cuando les preguntan por su patria originaria señalan el horizonte al Sudeste. Actualmente los tchoudes han perdido su nombre, y los últimos restos se funden con las poblaciones indígenas.

De todos los pueblos del Asia rusa el más original y terrible es el de los tonguses, tribus nómadas de pastores y bandidos que habitan la Siberia oriental, extendiéndose por la Mandchuria, y que en la reciente guerra ruso-japonesa dieron mucho que hacer á los rusos por sus expediciones de pillaje. Los rusos han diferenciado y clasificado á los tonguses con los nombres de tonguses «de caballos» ó «de ganados», tonguses «de renos» ó «de perros», tonguses «de las estepas» y tonguses «de los bosques». Algunas familias sedentarias han tomado las costumbres de los rusos, especialmente las que cultivan la tierra; pero la mayoría de su nación se compone de cazadores que forman tribus nómadas. Un trineo y una tienda de pieles constituyen toda su fortuna, y así van desde las fronteras de la China á las riberas del mar Glacial, teniendo por suya una ex-

tensión de muchos millares de kilómetros. A pesar de estos viajes por una inmensa extensión, el tongús sabe volver, á través de montañas y soledades, así que llega la buena época, á los parajes de caza donde dejó sus redes y sus trampas, escrupulosamente respetadas por todos. El más leve indicio dejado por el cazador en el bosque salvaje basta para que le reconozcan los hombres de su raza. Un golpe sobre un tronco, una rama rota, indican la dirección que siguió; un pedazo de madera en medio del sendero, avisa que no hay que ir más allá en este sentido;

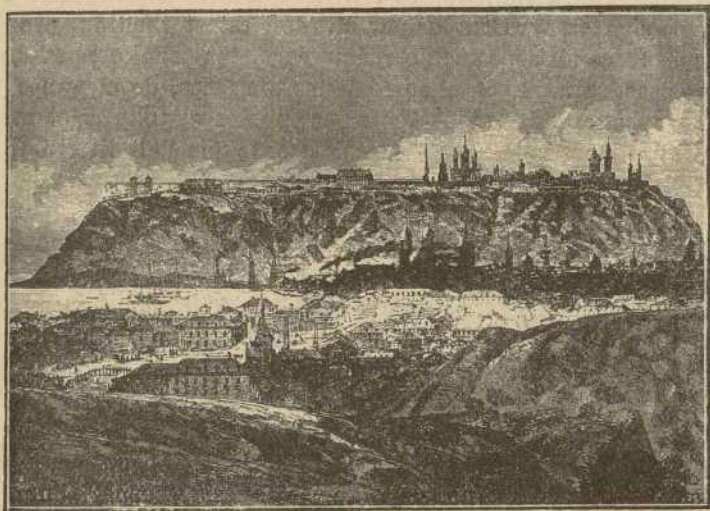


El río Amour entre los montes Khingan. (Dibujo de Grandsire.)

flechas suspendidas en diversas posiciones, equivalen á un lenguaje que entienden todos los tonguses, pues es su escritura. La naturaleza les habla también con una multitud de signos que no pueden comprender los europeos. En ciertos indicios invisibles para los demás, adivinan la presencia de la caza, la proximidad de una fuente, la existencia de frutos ocultos entre el follaje. Muy supersticiosos, como todos los cazadores, ven en cada fenómeno insignificante un presagio de buena ó mala caza, y se guardan mucho de cometer ciertos actos que consideran como enormes pecados. Son éstos el saltar una hoguera, llevar á su cabaña nieve recién caída y hablar durante la mar-

cha, en el silencio de bosques y montañas. Para hacerse propicios á los malos genios les ofrecen libaciones, aunque consuman en ellas las últimas gotas de su provisión de aguardiente.

Las mujeres no pueden parir en el interior de la cabaña ó la tienda. Cuando sienten los primeros dolores, huyen dando gritos hacia el bosque, y solas, sin la ayuda del marido, á riesgo de morir bajo la nieve ó la lluvia que cae casi de continuo sobre este país, las hembras dan á luz á sus hijos. Así lo quiere la costumbre. Llevado á la cabaña el recién nacido recibe el nombre del



Vista general de Tobolsk. (Dibujo de Durand-Brager.)

primer extranjero, hombre ó mujer, que entra en la vivienda; pero esta especie de padrino tiene que pisar antes un tizón ardiente como para purificar de los pecados de su raza al pequeño que acaba de penetrar en la vida. Otros ritos tradicionales se cumplen también en los entierros. Los cadáveres no bajan á la tierra, sino que son expuestos al aire libre, entre ramas de árboles, con la cara vuelta hacia el Oeste.

Mongoles de aspecto, con la cabeza ancha, la cara redonda, los pómulos salientes y los ojos pequeños y oblicuos, los tunguses se distinguen con especialidad por la forma cuadrada de su frente. Entre ellos no se encuentran hombres obesos como entre los mongoles. Sus continuos viajes y su extremada sobriedad no les dejan engordar. Delgados y ligeros hasta en su

edad más avanzada, se deslizan rápidamente con sus rústicos patines y pasan como un relámpago sobre delgadas costras de hielo, en las cuales no osarían aventurarse otros siberianos más pesados; los ostiakos, por ejemplo. Son los tonguses de una especial habilidad en todos los ejercicios corporales, y apenas se reúnen para cualquier fiesta se retan á luchar en carreras y pujilatos. También son muy aficionados á cantar, y sus improvisaciones las acompañan con grandes gestos y violentos manoteos. Igualmente se entregan á la danza con furia, y su enardecimiento es tal que los espectadores de otra raza se sienten arrastrados por ellos en este torbellino, y entonces ofrece un espectáculo risible ver á los ostiakos, pesados como osos, saltando en el corro de los tonguses, de elegante y noble apostura. De todos los siberianos es el tongús el más cuidadoso de su persona. Especialmente los del distrito de Tonguska, llevan un traje admirable por su riqueza de bordados y franjas, que resultaría ridículo en gentes de apostura menos gallarda. Estos trajes tienen cierta semejanza con los más ricos del Japon. El tongús siente simpatía por el japonés, y ha favorecido á éste, siempre que le ha sido posible, en contra de su dominador el eslavo. El uso de la cota de mallas y de un escudo que era antes general en los siberianos, no existe ya entre los tonguses. Su arma ordinaria es el *palva*, largo bastón sobre el cual se apoya para dirigir su trineo, y que termina en un hierro de lanza muy afilado. Se pintan con dibujos parecidos á los de los indígenas de la Polinesia, y especialmente las mujeres se tatúan la cara en varios círculos que la dan el aspecto de una mariposa con las alas plegadas.

Desde que Brand visitó la Siberia á fines del siglo xvii, todos los viajeros celebran las cualidades de los tonguses. Vivos de genio, exuberantes de iniciativa y fogosidad, siempre alegres, aun en medio de la mayor miseria, respetuosos de su propia persona y de la de los otros, gentiles de maneras y poéticos en el lenguaje, serviciales sin humildad, altivos sin ostentación, despreciando la mentira, el sufrimiento y la muerte, los tonguses son, simplemente, un pueblo heroico. No exigen la pena del Talion ni ejercen la venganza como casi todos los pueblos bárbaros; pero viven aún en la edad caballerescas y las ofensas se ventilan en duelos, ajustando los encuentros de los adversarios á las reglas de un ceremonial riguroso. Los tonguses no se han sometido á los rusos con el servilismo de las demás razas de Siberia. Cristianos aparentemente, han guardado sus anti-

guas creencias, sus costumbres y su libertad. «Nuestra fe—dicen—nos manda vivir y morir en el bosque.» Contentos con poco, sobrios extremadamente, saben sufrir el hambre y la sed durante días enteros sin quejarse jamás, sin perder su buen humor, arrostrando las privaciones de un larguísimo invierno. Un solo animal, el reno, y un árbol de ductil corteza bastan para sus necesidades. El reno les da su carne, que los mantiene; su piel, que emplean como vestidura; sustendones, que sirven de hilos; sus huesos, en los que tallan diversas herramientas; y la corteza del árbol la emplean en hacer cajas, espuelas, cunas y tiendas. En otros tiempos no existían entre ellos ricos ni pobres. Hoy, cada familia tiene su rebaño de renos, más ó menos numeroso, y sus deudas en el libro de cuentas del mercader ruso de la vecina factoría.

A pesar de la elasticidad de su carácter y su fuerza de resistencia, disminuye considerablemente este pueblo. Tienen los tonguses muchos hijos y los cuidan cariñosamente; pero las epidemias se ceban en ellos. El hambre mata aun más gente que las enfermedades, y los tonguses, resignados con su suerte, hablan dulcemente de la posibilidad de morir de inanición. En muchos bosques donde antes existían campamentos muy poblados, hoy no se encuentran más que restos de cabañas y féretros con osamentas, suspendidos entre ramas á algunos metros del suelo.

Otros pueblos de la Siberia, originales y dignos de mención, son los vogules, los ostiakos y los samoyedos.

Los vogules, uralianos por excelencia—pues los montes Urales son su patria, después que los rusos los han empujado con dirección al Este, aproximándolos á Europa—guardan de su origen finés los pequeños ojos oblicuos y el antiguo idioma, más ó menos corrompido. Son cazadores en su mayoría y vestidos con gruesas pieles, rematadas por un capuchón ornado á derecha é izquierda con orejas de animales, parecen de lejos bestias feroces de la selva. Pero de cerca su fisonomía es tímida y revela cierto miedo. Se afeitan la cara para que en invierno su respiración no se convierta en colgajos de hielo sobre el bigote y la barba, y su cara, rasurada y plácida, adquiere con esto mayor dulzura. No hay ejemplo de que los vogules hayan desobedecido al mercader ruso que los explota y que, con sus exigencias, hace de ellos verdaderos siervos. Ellos mismos van personalmente á entregar su tributo á las autoridades de las poblaciones y se obligan á todo lo que les quieren exigir. Bastó en

1722 una simple orden de que se hicieran cristianos para que en unos cuantos días se bautizaran todos, asediando á los popes para que los oyesen en confesión. Pero esta conversión, hija del miedo, no fué más que aparente. En nuestros días, después de transcurridos cerca de dos siglos desde este bautismo en masa, las familias vogules tienen sus dioses lares, representados por un cuadrúpedo cubierto de escamas, ó por un hombre enmascarado que ostenta un enorme sombrero. Estas groseras imágenes están fijadas en la corteza de un pino ó un abeto, en cualquier claro del bosque, sitios á los que dan los fanáticos rusos el nombre de Chaitanskaya (Luga de Satán), mientras que los vogules les llaman «Lugar del Señor». Tienen además estos indígenas un gran ídolo nacional, llamado, según ciertos viajeros que han recorrido este territorio, «la Vieja de Oro». El santuario de esta divinidad se encuentra, conforme á las revelaciones de algunos cazadores, en un alto valle del Ural, entre pantanos y bosques sombríos. Las mujeres que pasan por las cercanías de este lugar sagrado, no pueden levantar la mirada del suelo ni fijarse en las cimas de los árboles entre los cuales se oculta el dios. Una mirada les costaría la vida.

Durante la noche de la gran fiesta que le dedican los vogules, los hombres de la tribu se reúnen en torno del ídolo y encienden una enorme hoguera con los bastones de todos. Después, cuando ésta se apaga y vuelve la obscuridad, uno de ellos se acerca á un caballo blanco, atado á un árbol, y lo hiere con su cuchillo. Salta la sangre en una copa sagrada y todos los vogules van bebiendo de ella. La ceremonia se considera fracasada si el caballo muere así que recibe el golpe ó si algún vogul no bebe algo de su sangre, mientras el pobre animal pierde la vida poco á poco. Dicese que los vogules adoran igualmente al sol (culto natural en un país frío, de grandes nieblas), y que para conseguir un tiempo bueno lo invocan con oraciones directas ó por medio de sus *chamanes* ó brujos, en los cuales tienen gran confianza. «Nuestros chamanes—dicen—valen más que los popes. Los popes sólo nos dicen las cosas que hay después de la muerte, y los chamanes nos hablan de las cosas de la vida.»

Lo mismo que otras poblaciones de origen finés, los vogules se tatúan varias partes del cuerpo y la cara con diversas figuras. A pesar de estos tatuajes que representan el pasado de la familia y sus relaciones de parentesco, y á pesar también de su humildad cobarde ante los dominadores rusos, los vogules son los menos sociables de los habitantes de Siberia. Durante el ve-

rano viven en familias aisladas persiguiendo la caza en el bosque. En invierno establecen sus cabañas á una gran distancia unas de otras, sin llegar nunca á aproximarse tomando el aspecto de una aldea. El espíritu de familia está igualmente poco desarrollado entre ellos. El cazador puede tener una ó varias mujeres, según su riqueza; pero la menor disputa rompe el matrimonio y el hombre vive entonces completamente sólo, sin otros amigos que sus renos y su perro. La mayoría de los viejos, abandonados por los suyos, mueren en el aislamiento, de frío ó de hambre. Por esto, entre los vogules, los entierros se verifican sin ninguna solemnidad. Se limitan á abrir una fosa allí mismo donde ha caído el cadáver; pero más generosos que en vida del muerto no dejan los vogules de depositar sobre la tumba, junto con las armas del difunto, una provisión de tabaco y aguardiente, los dos grandes regalos de este pueblo.

La principal nación del Noroeste de Siberia, es la que los rusos y otros europeos designan con el nombre de ostiakos y que se titulan á sí mismo Kondi-khou (gentes de la Konda), ó simplemente Manri, que significa «hombres». El nombre de ostiakos procede del tártaro Ouchtiak que significa «extranjeros». Los ostiakos ocupan la mayor parte de Siberia, ó sea un territorio de más de un millón de kilómetros, y en esta soledad inmensa están esparcidos sus campamentos. En tan colosal extensión no son más que unos 25.000 individuos, según los últimos censos.

Cuando los cosacos emprendieron la conquista de Siberia, los ostiakos, mucho más numerosos que ahora, les opusieron verdaderos ejércitos, pues tenían una relativa organización nacional y habitaban poblaciones construidas regularmente. En sólo una expedición, á mediados del siglo xvi, los rusos destruyeron 41 de estas poblaciones fortificadas, cuyos restos aún subsisten. Actualmente los ostiakos, cazadores y pescadores, viven en cabañas y cavernas, humildemente sometidos á sus amos los rusos y se apresuran á pagar el impuesto cuando lo permite su extrema pobreza. Entre ellos basta que se enseñe al hijo un nudo de cuerdas que representa las deudas que contrajo su padre, para que aquél pague sin objeción alguna. La disminución de la raza es tan rápida en algunos distritos, que se atribuye, no solamente al hombre, sino á la infecundidad de las hembras ostiakas.

La práctica de la poligamia por una parte y por otra el celibato obligado de los más pobres, contribuyen á esta despo-

blación. En otro tiempo debían pagar su tributo al gobierno ruso en peletería, pero los incendios de los bosques y la falta del leñador, disminuyendo la arboleda, han alejado mucho la caza, y los ostiakos se ven obligados á largas expediciones para encontrarla, ó á pagar su impuesto en dinero, lo que aumenta su miseria. La embriaguez es otra de las causas del exterminio de la raza. Los ostiakos se sumen en un estado de embriaguez tan completo y tan largo, que la más estupenda borrachera de los europeos es considerada por ellos como una turbación insignificante. La situación actual de algunas tribus ostiakas es tan lamentable y su muerte por inanición resulta tan segura, que se ha propuesto varias veces á las autoridades el apoderarse de los niños de estos indígenas y repartirlos entre las familias rusas para que sobrevivan, abandonando á su triste destino á los viejos y los hombres ya formados.

La servidumbre y la usura han hecho olvidar á los ostiakos su antigua organización nacional, pero el espíritu de solidaridad es todavía muy fuerte entre ellos, y aunque ya no viven en poblaciones, acampan juntos por centenares y hasta por millares de individuos. Los miembros de esta federación familiar se consideran parientes y se ayudan como si fuesen hermanos. Aunque entre ellos existe la propiedad, pues cada cual se reserva un puesto de caza, los más afortunados comparten esta caza con los que vuelven con las manos vacías.

Cuando una discusión surge entre dos individuos de la misma tribu, lo que es muy raro, pues los ostiakos son de gran honradez, se dirigen á un viejo que juzga la cuestión sin ninguna formalidad jurídica. Cuando el desacuerdo surge entre varias familias, se dirigen al heredero de un «príncipe de los ostiakos» que nombró la emperatriz Catalina II. Ni el príncipe ni los ancianos reciben tributo alguno de su pueblo; pero lo mismo que los sacerdotes, admiten todos los regalos de sus compatriotas.

Desde tiempos inmemoriales cada federación ostiaka tiene sus dioses particulares protectores de la raza, que están bajo la guarda de los *chamanes*, sacerdotes, profetas, curanderos y brujos al mismo tiempo. Bosques enteros se convierten en lugares sagrados, con sus centenares de dioses tallados en los troncos, muchos de los cuales recuerdan por sus formas á los ídolos de la Polinesia. Además, las familias tienen sus dioses lares, tallados como las divinidades superiores en un pedazo de madera, y las más de las veces vestidos de rojo, con una máscara de latón y armados de espada y cota de mallas. Pero por encima de

todos estos dioses de familia y de raza, reina el gran dios, en «el séptimo mundo», revestido de la luz de la aurora y hablando por medio del trueno de las tempestades. Este dios es Tourm, cuyo nombre recuerda á Torm, el dios de los escandinavos, y al Tarann, de los galos. Nadie debe invocarle; es sordo hasta para la plegaria del *chaman* y no se deja dirigir más que por las leyes inmutables de la justicia ó por un destino fatal.

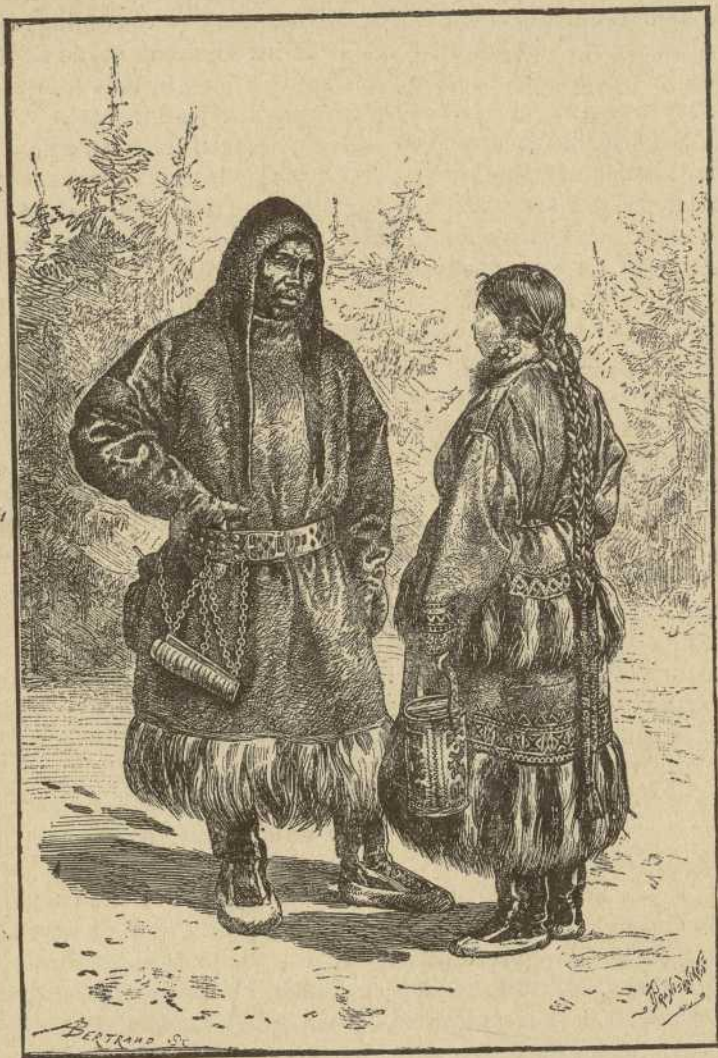
El ostiako sabe que no debe llevarle ofrendas y es á su divino hijo á quien se dirige y á las divinidades inferiores, sacrificándoles renos y corderos y regalándoles ricas pieles. Muchas veces el ostiako les obsequia con su propia vida, matándose. El *chaman*, como todos los sacerdotes del mundo, es el intermediario que sólo los dioses pueden oír, y se dirige á ellos con grandes alaridos y redobles de tambor.

Una cinta en el extremo de un palo colocada ante la boca del ídolo, indica con sus estremecimientos las respuestas de éste. Así puede el *chaman* realizar milagros, que son considerados como tales, no sólo por los ostiakos, sino por muchos rusos establecidos en el país, los cuales consideran á la «religión negra» tan eficaz como la suya de cristianos, aunque aquella obra los prodigios por mediación del demonio. Entre la mayoría de los rusos siberianos, así como entre los demás siberianos de raza mongola, turca ó mandchura, los *chamanes* son una especie de semidioses que gobiernan las fuerzas misteriosas de la naturaleza, conjuran los elementos, curan las enfermedades, conocen los secretos del porvenir y hablan familiarmente con los espíritus malos y buenos de la tierra y el cielo.

Pero este poder sobrehumano no es hereditario como en otras religiones. El *chaman* no escoge á su hijo por discípulo. Si conoce en la tribu á un muchacho enjuto, pálido, enfermizo, atacado de furores epilépticos, aficionado á la soledad y que pasa la noche en vela, lo designa como sucesor. Procura con sus remedios de curandero mágico reglamentar sus accesos nerviosos, y después le hace sufrir un largo período de noviciado durante el cual le enseña el arte de realizar milagros. La magia de los *chamanes* parece que es una verdadera ciencia, en el sentido de que enseña á conocer ciertos fenómenos fisiológicos, explotándolos en provecho de la religión.

Algunas veces los dioses de una familia ó de una tribu de ostiakos van á visitar á los otros dioses sus colegas. Entonces se realizan las grandes ceremonias religiosas, bailando los ostiakos sus danzas guerreras, en las cuales miman escenas de com-

bate y de caza al son de la *dombra*, instrumento de cuerdas. Las danzas se terminan con un festín en el que toman su parte los



Tipos ostiakos. (Dibujo de A. Bertrand.)

dioses, pues el *chaman* les embadurna la cara con sangre de las víctimas. Hay entre los ostiakos dioses malos y fatales; tal, por ejemplo, el de las aguas, al cual se intenta halagar echando

ramas en los ríos. Ideas de santidad y de magia se unen á todo lo que en la Naturaleza se distingue por su tamaño, su fuerza ó su aislamiento. El cedro que se yergue en medio del bosque de pinos, es un árbol santo. El oso, «hijo del dios Taroum» y representación de la Justicia sobre la Tierra, es sagrado para el ostiako, y cuando el cazador mata á este animal le pide perdón por su crimen y durante los cinco días que siguen á la caza debe cumplir ante el cadáver diversas ceremonias, á las cuales en ciertas tribus se unen por extraño contraste, insultos y golpes. Ningún juramento es tan terrible entre los ostiakos como el que se presta por «la mandíbula del oso», ya que el oso todo lo sabe y todo lo ve, lo mismo vivo que muerto. Como la mayoría de las tribus finesas, los ostiakos tienen gran respeto á los muertos y muestran gran cuidado en dejarles sobre la tumba todo lo que necesitaban en vida, el trineo, la jabalina, el hacha, el cuchillo, la piedra del hogar, una provisión de leña y un simulacro de alimentos. Además, los parientes guardan en su casa un maniquí que representa al muerto, y lo visten y lo desahudan, lo sientan á la mesa, lo meten en la cama; pero pasados tres años consideran la muerte como definitiva, ya que el cadáver se ha descompuesto por completo en la fosa, y el maniquí es enterrado al lado de los huesos, en una tumba adornada con cuernos de reno, imágenes esculpidas, campanillas y telas flotantes.

Según su religión, en el cielo, ó sea en «el tercer mundo» no hay enfermedades, ni empleados rusos, ni impuestos que pagar. Pero ¡ay! los ostiakos no pueden penetrar en él: para ellos sólo está reservado «el segundo mundo», situado al otro lado del Océano, más allá del golfo del Ob.

La mujer ostiaka es comprada como una bestia y considerada eternamente impura. Ni siquiera tiene un nombre, y no puede penetrar en el rincón de la tienda donde se guardan los víveres. Hasta en algunas tribus, el marido y los hijos, purifican con fumigaciones el lugar donde se ha sentado. La mujer no hereda jamás, pues forma parte de la herencia, en compañía de los renos y las ovejas. A pesar de este desprecio tradicional, la dulzura de las costumbres ostiakas la pone á cubierto de toda violencia, y el marido la trata las más de las veces con buen humor y cordialidad. En algunas regiones, que son las más pobladas por los rusos, las ostiakas se cubren el rostro con un velo como las turcas, huyendo de todo trato con los hombres, pero en las soledades del interior llevan la cara

descubierta y visten casi lo mismo que las hembras de los samoyedos.

Los samoyedos del Norte de Asia son hermanos de los del Norte de Europa, y viven en torno de los estuarios del Ob y del Tar, y en los bordes del Yenisei. Son como los samoyedos de Europa. pequeños, tímidos, melancólicos, hospitalarios y dulces, pero practican todavía una religión sangrienta y colocan pedazos de carne cruda entre los dientes de sus ídolos. Los samoyedos orientales que se encuentran en la península de Taimir forman otro grupo llamado por los rusos Dikaya-Orda (Horda salvaje), no porque sean estos menos civilizados que los otros, sino porque se han negado á recibir el bautismo y conservan cierta independencia. Estos samoyedos se mantienen á distancia de los mercaderes rusos, de los popes y de los empleados; pero en su marcha hacia el Norte por huir de estos representantes de la civilización, á los que temen como á una plaga, no avanzan nunca hasta las orillas del mar. Consideran la región del litoral como perteneciente por derecho al «pueblo» de los osos blancos, y cuentan con la mayor seriedad que habiendo intentado varias veces apoderarse de este territorio, han tenido que retroceder, vencidos por la sabiduría táctica de los osos que se formaban en filas de doce para pelear contra ocho guerreros samoyedos.

Los mongoles, divididos en diversas tribus, pueblan toda la vertiente meridional del Altai. Los principales representantes de la raza mongola en esta parte de Siberia, son los kalmucos, que se evalúan en unos 20.000 individuos, y, como ellos dicen, forman «una sola familia de hermanos». Eso que llamamos «civilización colonizadora», acabará por hacerlos desaparecer como nación distinta, á pesar de ser tan respetables ó más que sus civilizadores, por su simplicidad, su rectitud y la generosidad de sus costumbres. Los kalmucos han sido llamados por muchos viajeros «los más honrados de los habitantes de Asia». En 1869 pagaban aún tributo al gobierno chino; pero desde dicha fecha pertenecen definitivamente á Rusia.

Puros *chamunistas*, como las otras tribus siberianas, los kalmucos del Altai todavía celebran en las grandes ocasiones sus ceremonias religiosas y sacrifican á sus ídolos animales vivos. Estos ídolos consisten en pedazos de madera que representan hombres con los brazos extendidos, muy semejantes á los ex votos que cubren las paredes de las iglesias de Italia y España, á donde acuden peregrinos. Estas imágenes de los kalmucos,

de colores y formas diversas, figuran los buenos espíritus y los genios malignos que viven entre el cielo y la tierra, en las montañas y en el fondo de las aguas. Las pieles de las liebres, consideradas como impuras por los rusos cristianos, son, al contrario, adoradas como santas por los kalmucos, y las colocan sobre cruces de madera que se convierten de este modo en símbolos sagrados. Cintas de varios colores, suspendidas de las ramas ó flotando al extremo de perchas, representan los espíritus de los antepasados y cada kalmuco da á una cinta el nombre de uno de sus abuelos. Él, entiende la voz de éstos en el susurro del viento; escucha sus consejos, conversa respetuosamente con la cinta, pero jamás repetirá á un extranjero lo que le ha dicho la voz de ultratumba que sólo él puede oír. Cuando marcha cantando, las palabras que repite en voz baja y dolorida son con frecuencia las mismas que le han dicho los muertos.

Aunque los kalmucos son *chamanistas* casi todos, algunos millares de ellos figuran oficialmente como cristianos. Se dice que los bastonazos que propinan á sus mujeres son unas de las principales causas de las conversiones al cristianismo que se efectúan en los pueblos de la frontera. La mujer después de recibir la paliza corre á casa del pope misionero y se hace bautizar para verse de este modo libre de su marido; pero éste no tarda en comparecer, arrastrado por una repentina ternura, y se bautiza á su vez para recuperar á su esposa. Así son conquistadas dos almas para «la verdadera fe», gracias al garrote del marido.

También muchos tártaros de la Siberia están bautizados y son considerados como cristianos á pesar de que siguen fieles al *chamanismo*. La mayoría de ellos han olvidado los nombres de santos que les impusieron en el bautismo y no se conocen más que por sus apodos tártaros, sacados casi todos de la Historia Natural, como Lobo, Perro, Cuervo, Buitre, etc. La vida, las costumbres y la actitud de estos indígenas varía según el lugar donde se encuentran. Para verles como son en realidad hay que buscarlos en sus bosques nativos y no en las aldeas habitadas por rusos.

En general son los tártaros el pueblo de Siberia que más resistencia opone á los rusos y que mejor se defiende de una civilización que trae mezclados con ella muchos elementos destructores. Sin embargo, de algunas tribus tártaras ya no queda más que el nombre.

Los siberianos que viven en el extremo Norte, en la penín-

sula de Bering y en Kamtchatka son los tchouktches ó sea «los Hombres». Su vida cambia con el clima y hasta la habitación varía también según sea verano ó invierno. Todos ellos son cazadores, pescadores ó pastores, yendo de un lado á otro con sus rebaños de renos. Su tipo es el de los mongoles, con la cabeza redonda, la cara ancha y plana, los pómulos salientes y la nariz tan achatada que muchas veces puede ponerse una regla entre las dos mejillas sin tocar á aquella. Aislados casi de la Rusia siberiana, sin ningún relación con sus autoridades, y no veiendo más hombres de raza blanca que los yankis que tripulan los barcos balleneros, saben más de los Estados Unidos que del Imperio Moscovita, del que forman parte. En su idioma existen muchas palabras tomadas del inglés. Este pueblo se divide en dos tribus: la del interior y la de la costa, las cuales contrastan por su género de vida. Los tchouktches del interior que viven de la carne y la leche de los renos, gozan mejor vida que los de las costas. Los hay de ellos que poseen rebaños de 20.000 y 30.000 renos. Estos pastores de renos son grandes viajeros, pues apacientan sus rebaños en miles de kilómetros y han asombrado á muchos viajeros por su habilidad para trazar mapas del país, lo que les permite guiarse con entera confianza en medio de inmensas soledades. Pagan su tributo á una autoridad rusa, que no conocen ni han visto nunca, en pieles de zorra y otros animales. Sólo saben que estas pieles, de mano en mano llegarán á los pies del gobernador de Irkoutsk, al que consideran el primer personaje del mundo, y están muy lejos de imaginarse que éste no es más que el servidor de un monarca que vive en San Petersburgo, y del que jamás han oído hablar. Cualquiera imagen traída por un ballenero de América, inspira veneración al indígena y la cuelga en su cabaña de troncos, con techumbre de pieles de reno tendidas sobre costillas de ballenas, inclinándose y haciendo la señal de la cruz.

El tchouktche, pastor de renos, desprecia al pescador que es más sedentario y menos fuerte y bravo. También es el pescador menos rico y cuidadoso de su persona y tiene que pedir á aquel pieles de animales para sus vestidos y la construcción de su tienda. El pescador es el más expuesto al hambre durante la estación invernal, cuando los hielos cubren el mar y por esto tiene que hacer sus provisiones en el buen tiempo para el período cruel. Seca el pescado, recoge los frutos de algunos árboles enanos y otros hierbas que después de sometidas á fermentación y bien heladas, le sirven de ensaladas de invierno. Tam-

bien desentierra varias raíces y tubérculos duros que le ayudan á engañar el hambre, mientras las viejas retiran de los intestinos de los renos las materias verdes no digeridas aún, las cuales conservan como legumbres, siendo para estos indígenas lo mismo que para los esquimales uno de los platos más apreciados. Pero la principal base de su nutrición consiste en pescado y carne de foca y de morsa, y este hedor, unido al del aceite animal que alumbra y calienta sus viviendas, contribuye á hacer imposible entre ellos la estancia de los europeos.

Los tchouktches fueron en otros tiempos un pueblo belicoso y conquistador. Durante muchos años se defendieron tenazmente contra los rusos, oponiéndose á sus avances, y cuando al fin entraron en relaciones comerciales con ellos, les ofrecían las pieles y demás mercancías en las puntas de sus lanzas. Los mercaderes rusos, deseosos de estar bien con ellos y cansados de una guerra tenaz, no se ofendieron por este trato hostil. Todavía recientemente la tribu de los Oukilon, ha sido expulsada de sus territorios en el cabo Norte por los belicosos tchouktches. Estos llevaban hasta hace pocos años corazas de piel de ballena y cotas de malla fabricadas con madera y marfil, semejantes en su forma á las de los japoneses. Pero la época guerrera de los tchouktches ha pasado ya, y actualmente son los hombres más pacíficos del mundo, prontos al sacrificio unos por otros, llenos de bondad, con un buen humor inalterable que desafía á la desgracia y de una extremada dulzura en todas las relaciones de familia. Ya no matan ahora á sus viejos, como la piedad filial les aconsejaba en otros tiempos, á fin de evitar á estos desgraciados la lucha con el frío y el hambre. Pero según los relatos de los viajeros, aún se matan muchos ancianos por su propia mano para evitar á sus hijos el dolor de asestarles el golpe mortal. Todavía en 1848 el explorador Hooper vió un hijo que acababa de matar á su madre, obedeciendo á los ruegos de ésta, y todos en la tribu elogiaban mucho su acto de sumisión.

Convertidos al cristianismo y «civilizados» por sus relaciones con los balleneros americanos, los tchouktches han abandonado algunas de sus antiguas costumbres, pero aún queman á sus muertos ó los exponen sobre féretros en alto para que los devoren los cuervos. Igualmente sacrifican animales en honor de los genios de las montañas, los ríos y las fuentes termales, y se compran dos ó tres mujeres cuando poseen los renos necesarios para esta costosa adquisición. Gracias al traba-

jo de sus esposas que levantan las tiendas, preparan la comida, cosen y adornan los vestidos, cuidan los trineos y enganchan los renos, no tienen los tchouktches otras ocupaciones que la pesca, la caza y el comercio. Las mujeres parecen esclavas aparentemente; pero en realidad son ellas las que mandan y los hombres las obedecen. Cuanto á los niños son tratados siempre con gran mansedumbre. El padre y la madre los llevan alternativamente en sus espaldas durante la marcha, y cuidan de que no sufran nunca el hambre y el frío. Estos pequeños van tan envueltos en pieles que parecen de lejos una bola atravesada por una barra. La envoltura es tan grande que tienen que llevar los brazos extendidos, sin poder plegarlos sobre el globo de peletería que los cubre.

Muchas mujeres llevan el rostro con tatuaje de diversos colores, y los hombres, desde que están bautizados, se pintan en la frente una cruz latina que sustituye al diente de caballo marino, principal ornamento de los antiguos guerreros. Los que se distinguen en la caza ó la pesca se pintan sobre el pecho un símbolo que atestigua sus hazañas.

Como los tchouktches son los principales intermediarios del comercio más septentrional entre Asia y América, reciben de los pueblos civilizados, especialmente de los yankis, á cambio de sus servicios, instrumentos de pesca y otros útiles con todas las perfecciones modernas, así como armas de repetición. También reciben el veneno más terrible de los pueblos, el fatal aguardiente, y muchos tchouktches, cuando han bebido varias copas, se apresuran á entregar á los comerciantes extranjeros todo el producto de su pesca.

Al borde del mar de Okhotsk se encuentra otro pueblo no menos interesante: los koriakos, descendientes de nómadas arruinados que, al ver perdidos su rebaños de renos, se han dedicado á la pesca y al tráfico con los marinos extranjeros y los comerciantes rusos.

Los navegantes les han enseñado á emborracharse y los mercaderes á robar y á mentir. Viven corroidos por la miseria y los vicios, y no se conoce en la tierra siberiana otro pueblo más degradado que éste. Sin embargo, algunos koriakos que viven lejos de la costa poseen aún rebaños de renos y viven una existencia relativamente independiente. Las familias se asocian generalmente en número de seis ó siete, formando una pequeña república en la que todos son iguales. El jefe, ó sea el *tayon*, que generalmente es el más rico del grupo, dirige á los

demás para escoger el sitio del campamento ó dar la orden de marcha, pero aparte de estos consejos de su experiencia, no ejerce ningún poder. Sin amos y sin servidumbre, estos koriakos del interior son los hombres más hospitalarios y serviciales de Siberia, y en el seno de la familia se portan como excelentes padres y maridos. Aman tanto á sus renos que se niegan á venderlos, y sólo por una necesidad urgente se deciden á matar uno, disminuyendo su rebaño. Las costumbres de los koriakos se asemejan á las de las tribus cercanas. Tienen gran confianza en sus *chamanes*, hábiles juglares que dan en sus juegos asombrosas pruebas de destreza. Los koriakos ofrecen sacrificios á los malos genios únicamente, pues les parece superfluo implorar á los buenos que no inspiran temor. Igualmente adoran ciertas piedras sobre las cuales colocan las cabezas de los animales que han muerto, volviéndolas hacia el lugar del nacimiento del sol. Lo mismo que otras tribus están obligados los koriakos á conquistar á sus esposas, trabajando uno ó más años gratuitamente en la casa de su futuro suegro. Hasta el día del matrimonio, que consiste en un simulacro de rapto, la joven vive guardada por vigilantes ancianas que se sirven de cuerdas, látigos y garrotes para alejar al pretendiente apenas intenta éste hablar á su prometida. También es tradicional entre los koriakos matar á los viejos y á los enfermos para evitarles los sufrimientos de una larga agonía. Todos los koriakos consideran este género de muerte como el fin natural de su existencia, y cuando creen llegado el momento, ellos mismos indican á sus hijos de qué modo les han de dar esta suprema muestra de afecto. Unos desean morir á pedradas, otros escogen la muerte por el hacha ó el cuchillo. Todos los koriakos jóvenes aprenden el arte de dar el golpe fatal sin hacer sufrir mucho á la víctima. Muchas veces practican también el infanticidio. Cuando nacen dos gemelos uno de éstos es sacrificado. Así que un anciano ó un niño han sido asesinados, los cadáveres se queman para que el espíritu no sufra el encierro de la envoltura y pueda esparcirse en el aire.

Muchos koriakos conservan una independencia absoluta y no pagan el *yassak* ó tributo á los empleados rusos. Bien es verdad que ningún pueblo siberiano ha luchado con mayor entereza contra la dominación rusa. En las diversas guerras que los koriakos mantuvieron con los cosacos, aquéllos se mostraron siempre irresistibles é indomables, «como si hubieran hecho un pacto con la muerte». Cuando se veían rodeados de enemi-

gos, más numerosos y bien armados que ellos, y era imposible su victoria, juraban «perder el sol»: degollaban á sus mu-



Hombre y mujer tehouktches. (Dibujo de A. Sirdoy.)

jeres é hijos para evitarles la esclavitud y las torturas; quemaban todo lo que poseían y después se precipitaban sobre los contrarios para morir matando. Ninguno huía, aunque encon-

trase franco el camino; todos caían rodeados de cadáveres de enemigos.

Los kamtchadalos, habitantes de la península de Kamtchaska, pertenecen á otro tronco étnico que los koriakos y son más pequeños que éstos, aunque se les asemejan por su cara redonda y ancha, los pómulos salientes, los ojos diminutos y hundidos, la nariz aplastada, la cabellera negra y la tez cobriza. Su lengua característica se pierde con tanta rapidez como disminuye su raza. En algunas comarcas de Kamtchaska la población se ha unificado mucho, siendo ortodoxa en religión. Ascienden á unos 3.000 los habitantes de Kamtchaska, y son, por lo general, hombres de dulces costumbres y muy honrados, excepto en las poblaciones donde los mercaderes rusos les han enseñado la astucia y la mentira en fuerza de engañarles. Sus casas invernales están abiertas siempre para el extranjero; jamás se fatigan de prestar servicios y olvidan con facilidad las injurias. A pesar de su miseria y de los malos tratos que los dominadores les hacen sufrir, jamás pierden su buen humor. Acostumbrados á vivir sin amos se sublevaron contra los rusos en 1731 y 1740; pero desde entonces han desistido de todo intento de rebeldía, y el más modesto representante de la autoridad es acogido por ellos con un respeto que raya en adoración. Conservadores por exceiencia, no abandonan en sus viajes un sendero trazado por sus padres hasta que viene á cortarlo un accidente de la Naturaleza. Nada tienen del carácter heroico de los koriakos, y sus cantos quejumbrosos, que parecen haber comenzado por una imitación de los gritos de las aves marinas, no celebran el recuerdo de antiguos combates. El amor, el trabajo, los viajes en trineo, la caza y la pesca, son los únicos temas de esta poesía popular.

En sus danzas imitativas remedan admirablemente los movimientos de los animales; saltan como el reno, corren como la zorra y hasta se lanzan al agua para nadar como la foca. Las prácticas de su antigua religión están abandonadas. Apenas se oye hablar, de tarde en tarde, de algún perro sacrificado por los kamtchadalos á los malos genios que hacen huir el pescado y la caza. Algunas ceremonias que fueron en otros tiempos actos religiosos, se han trocado en representaciones dramáticas. Sus supersticiones no se distinguen en nada de las de otros pueblos siberianos. Como éstos, tienen cuidado al perseguir á un animal de no pronunciar su nombre, pues esto atrae el fracaso y la desgracia.

Sin sus perros, la vida invernal de los kamtchadalos sería muy triste. En verano, estos perros que por su talla, su pelaje y su cabeza parecen lobos y que ladran como éstos, buscan su alimento en los bosques y al borde de los ríos, extendiéndose á considerables distancias; pero así que caen las primeras nieves, vuelven fielmente al *balazan* ó cabaña de sus amos. No hay animales más valerosos y más duros para sufrir la fatiga y el hambre. Se les ha visto muchas veces arrastrar un trineo (*narta*) durante cuarenta y ocho horas sin comer otra cosa que algunos pedazos del cuero de sus arreos. Un tiro de once perros, corre ordinariamente de 60 á 80 kilómetros por día arrastrando á un hombre y un peso de 180 kilogramos. En algunas ocasiones, un perro sólo ha corrido en un día una distancia doble ó triple. Durante el largo invierno, cuando los ríos están helados y el mar es inabordable á causa de las densas brumas y las tempestades, son los perros los que sostienen las comunicaciones y la vida social entre las aldeas ó campamentos de Kamtchaska. Sin estos animales, cada grupo de familias se encontraría bloqueado y aislado en sus viviendas subterráneas.

En este territorio de Kamtchaska no hay más población que Petropavlovsk, antigua plaza fuerte con menos población que una aldea de Europa, pues no tiene más que 500 habitantes. Sirve de puerto de expedición para las pieles de los osos marinos que se matan en la isla del Comendador, y que van á los Estados Unidos, donde las preparan. En esta insignificante capital de Kamtchaska, se muestran con orgullo los monumentos erigidos en honor de Bering y La Perouse, los dos navegantes ilustres que han dado sus nombres, el uno al estrecho que separa Asia de América, y el otro al estrecho que pone en comunicación los mares de Okhostsk y del Japón. Las fortificaciones de Petropavlovsk, hoy arruinadas, rechazaron á los buques ingleses y franceses que durante la guerra de Crimea fueron á atacar esta población rusa, perdida en el punto más extremo y lejano del Antiguo Mundo.

En la Mandchuria rusa, cuya capital es Vladivostok, quedan aún varios pueblos indígenas en un estado rudimentario de civilización. Entre éstos figuran los goldos, pueblo tímido que imita á sus vecinos los chinos rapándose la cabellera, á excepción de una mecha, que se balancea en lo alto de su cráneo. Los goldos subsisten del pescado que sus ríos les proporcionan en abundancia. Excelentes remeros, viven tanto tiempo sobre el agua como en tierra. Cuando los ríos están agitados, na-

vegan sobre grandes barcas, con la proa cuadrada; pero si el tiempo es bueno, se les ve pasar veloces como una flecha sobre pequeños esquifes de ligera corteza. No cultivan la tierra ni conocen las verduras, y en sus cambios con los mercaderes adquieren el arroz y la miel, entregando pieles de zibelina. Los goldos aman mucho á los animales, y una multitud de perros y de cerdos, alimentados con pescado como los amos, rodean sus cabañas. Además guardan en construcciones bajas de piedra, osos, lobos y zorros, y meten en jaulas ocas, patos silvestres y águilas. Varias supersticiones religiosas, basadas en esta última ave de rapiña, han valido á los goldos el apodo de «Aguiluchos», que les dan los mandchures. El tigre hace frecuentes visitas á las aldeas de los goldos, y éstos, en su adoración á los animales, no se atreven á combatir con él y le llaman «Señor», teniéndolo por representante de una tribu real que domina el «Espíritu de las Montañas», ó sea el Chauchen de los chinos y los mandchures.

Cuenta un viajero que durante el invierno de 1857, un tigre iba todas las noches á tomar su ración, consistente en dos perros, que los goldos de una aldea le dejaban respetuosamente en las afueras de ésta. Los desgraciados, no teniendo más víctimas que ofrecer al terrible visitante, se preparaban ya á sacrificar á sus hijos, cuando un destacamento de cosacos, pasando casualmente por la aldea, les desembarazó á tiros de este huesped incómodo.

Los goldos pertenecen al gran pueblo de los tonguses, de los que ya hablamos, y del mismo origen son los mangounes que viven en las riberas del bajo Amour. Estos se asemejan á los goldos en religión, costumbres y la afición á enjaular las águilas y otros animales; pero son más civilizados que aquéllos, gracias á la influencia rusa. Las casitas que elevan sobre las fosas de sus muertos, denotan cierto gusto artístico y están adornadas con graciosas estatuillas.

Los nigidal que viven aislados junto á un afluente del Amour, parecen descender de gentes que fueron más civilizadas que ellos. Estos nigidales son los más honrados y verídicos de todos los que forman el vario pueblo tongús, y para evitarse las trampas y engaños de los mercaderes rusos y mandchures, se han refugiado en regiones de difícil acceso. Poseen un gran número de objetos preciosos y telas bordadas al estilo chino, que atestiguan su antiguo esplendor, y se niegan á venderlos guardándolos para sus casamientos y entierros. En mu-

chas de estas tribus ha durado la edad de piedra hasta hace pocos años, fabricando con pedernal toda clase de armas y objetos. Todavía en época reciente, una tribu cercana al Ousouri, enviaba á los coreanos centenares de miles de flechas que eran muy apreciadas por la excelencia de la piedra que sustituía al hierro.

Los tonguses que habitan el litoral entre el Amour y el golfo de Pedro el Grande, son goldos también; pero los rusos les llaman *tari*, abreviatura de un largo nombre chino que significa «Gentes vestidas de pieles de pescados». Los que guardan las antiguas modas, llevan efectivamente ropas confeccionadas con pieles secas de salmón y adornadas de vistosos dibujos; pero la mayoría de los *taries* se visten como los otros tonguses con pieles de cuadrúpedos y telas de fabricación rusa. Los *tari* son muy honrados y de carácter firme, pero no han podido conservar su independencia económica, y la mayor parte de ellos están sometidos á la dominación de los *mandri*, inmigrantes chinos establecidos en el país, que son sus verdaderos amos en el sentido económico, á despecho de los rusos. Ellos son los que han enseñado á los *tari* los trabajos agrícolas; pero al mismo tiempo se aprovechan de su producción apoderándose de ella como prestamistas y mercaderes. Ellos son también los propietarios de las minas, los patrones de las barcas de pesca y de todo lo que produce algo en el país. Para poder casarse los *tari*, tienen que pedir una licencia particular al mercader chino y este vende á buen precio este permiso en papel amarillo oficial.

El mercader preside también los entierros, y mediante una buena cantidad adorna la casa del *tari* muerto con tapices que representan al dios Budha. Con esta opresión explotadora los *tari* disminuyen rápidamente. Sólo ascienden ya á centenares y antes de pocos años habrán desaparecido como raza distinta. Además, los mercaderes les toman todas las mujeres. En cambio los chinos crecen con una rapidez pasmosa en la Siberia sud-oriental.

Otra tribu del bajo Amour son los *giliakos*, que parecen hermanos de los que pueblan la isla Sakhalina y parientes de los misteriosos *ainos*, de los que ya hablaremos al describir el Japón y que han sido objeto de tantas discusiones entre los etnologistas. Los *giliakos* no tienen la cara abierta y franca de la mayoría de los tonguses, y sus pequeños ojos brillan con un fulgor sombrío. Tienen la nariz aplastada, los labios gruesos, los pómulos salientes, los cabellos negros y la barba muy fuer-

te. Son más salvajes que los tonguses, aun cuando entre ellos se encuentran forjadores de hierro, mecánicos y hasta escultores. Los viajeros que los han estudiado de cerca, dicen que son falsos, ladrones y vengativos. Aparte de esto muestran un gran



Goldos: hombre y mujer. (Dibujo de Pranishnikoff.)

amor á la libertad; no reconocen amos y se gobiernan por las costumbres. Es la tradición la que reglamenta sus fiestas, la partida para la caza, los casamientos y los entierros. Las novias, compradas al padre desde que tienen cuatro ó cinco años, son mantenidas y educadas á costa del prometido hasta que llegan á la mayor edad. En algunas tribus queman á los muertos; en

otras se suspende el féretro de los árboles ó se le coloca sobre un tablado cerca de las cabañas. El alma de todo giliako se refugia en el cuerpo de su perro favorito, y así que engorda este animal es sacrificado sobre la tumba de su dueño. El fuego es respetado como cosa divina. Por nada del mundo transportará un giliako una brasa de una cabaña á otra: el fuego no debe salir del hogar, que es sagrado gracias á él. El oso, llamado kotr, representante de Krom, señor de los cielos, es una de las principales divinidades; pero los impíos giliakos, acosados por el hambre, tienen muchas veces que matar y comerse á su dios lo mismo que los ostiakos. Capturan al animal durante el invierno, buscándolo en su propia caverna. Después de reconocer que el oso está en su refugio, hacen una abertura en el hielo y se apoderan de aquél por medio de un lazo de cuero. Luego lo arrastran, dando horribles gritos para aturdir á la bestia, que aún está medio dormida. El oso capturado permanece prisionero y lo engordan con pescado. El día de su matanza celebran una fiesta en su honor y después lo degüellan en un simulacro de combate. Lo mismo que los goldos, los giliakos guardan las águilas en jaulas y las alimentan con pescado como á los osos. También cazan el lobo, pero es para exterminarlo, atribuyéndole una influencia funesta.

Todas las tribus siberianas mencionadas desaparecerán forzosamente en breve plazo. Aunque la colonización rusa se verifica en este inmenso territorio muy lentamente por las dificultades del terreno y más aún del clima, la población eslava, cada vez mayor, absorbe á los indígenas, en los cuales se ceba el hambre.

En la isla Sakhalina, la población indígena, compuesta de giliakos, casi ha desaparecido ó vive esclava de los pescadores japoneses. Los 15.000 habitantes de la isla son japoneses ó rusos. Estos, que son casi todos empleados militares ó deportados, viven contra su voluntad en una isla de lluvias, de nieves y de nieblas, que apenas produce para su subsistencia, teniendo que recibirlo todo de fuera.

X

Ciudades de Siberia.

La Siberia no tiene ninguna población que llegue á cien mil almas, y las más grandes de sus ciudades no son más que enormes villorrios de casas de madera.

Irkoutsk (45.000 habitantes), está á una distancia tres veces mayor de San Petersburgo que de Pekín. Ocupa la orilla del río Angara, á 370 metros de altura, en un país muy frío, pero que posee dos maravillas: el lago Baikal y el río Angara. El crecimiento de esta ciudad se verifica con gran lentitud.

Tomsk (38.000 habitantes), situada en la mitad del camino entre San Petersburgo y Pekín. En esta población está la única Universidad de Siberia.

Tobolsk, la ciudad más conocida del país siberiano, ofrece un aspecto imponente, con su Kremlin ó castillo, edificado sobre una colina vecina al río Irtych, desde la cual se domina toda la ciudad. A pesar de su aspecto imponente, el vecindario que la puebla no llega á 30.000 habitantes. Durante siglos ha reinado sobre Siberia como capital única, pero ahora no es más que el centro de una provincia.

Iekaterinbourg (38.000 habitantes), es una ciudad de industriales y mineros, situada casi en Europa, y de la cual dependen territorios enclavados en nuestro continente.

Además posee Rusia como ciudad principal de sus tierras siberianas más avanzadas sobre el Pacífico, la plaza fuerte de Vladivostok, que ya mencionamos y que tanto figuró en la reciente guerra con el Japón.

En la Mandchuria tiene Mukden, y tenía antes de la guerra la fuerte plaza de Port-Artur, de la que se apoderaron los japoneses después de un sitio tan tenaz como heroico.

Siberia está cruzada por el ferrocarril transiberiano, una de las líneas férreas más largas del mundo, prodigiosa obra de los hombres. Este ferrocarril que ensoberbeció á Rusia, dándola gran arrogancia al principio de la guerra con el Japón, contribuyó en parte á su fracaso.



Una comida de kirghises. (Dibujo de V. Wassnetzoff.)

TURKESTÁN RUSO

I

Dos países del mismo nombre.—Turkestán siberiano y Turkestán turco.

El Turkestán ruso, con todas sus dependencias, tiene una extensión de 350 millones de hectáreas (ó tal vez un poco más) con cinco ó seis millones de almas. Es cinco veces más grande que Francia y siete veces menos populoso.

Al Norte, las provincias de Semipalatinsk, de Akmolinsk, de Tourgai y de Ural corresponden á las estepas de los kirghises. Cerca de 190 millones de hectáreas, que se extienden en su mayor parte hacia el Irtych, fueron separadas de la Siberia, de que forman, en realidad, parte integrante. Al Sur, las provincias de Semirietché, de Ferghana, de Samarcanda, del Sir-Daria y el territorio Transcaspio, corresponden al Turkestán propiamente dicho, ó *país de los turcos* por otro nombre, aunque la

comarca contiene muchos habitantes que no son turcos ni de nombre, ni de lengua, ni de origen.

El lazo común de estas dos regiones es la gran nación nómada de los kirghises, cuyo verdadero nombre es el de kazaks. Los rusos, en su avance continuo, se encontraron un día con este pueblo de lengua turca y agrandaron después su dominio con dirección á la India. Después de someter una de las cuatro hordas que componen la nación, pudieron contener y domar más tarde á las otras tres. Como los kirghises vagan por toda la llanura que media entre los aluviones siberianos y las riberas del Sir, los ejércitos del Czar lograron llegar hasta este río, después ganaron el Amou y, por fin, los montes del Afghanistan.

De las cuatro provincias del Turkeistán siberiano (con cerca de dos millones de almas), la del Ural se extiende desde este río hasta el lago Aral y el mar Caspio; las de Tourgai y de Akmolinsk arrancan aproximadamente de la cuenca del Irtych-Ob y continúa por el Tobal y el Ichim; la de Semipalatinsk sigue las márgenes del Irtych. Perteneciendo por el territorio y por la historia á la Siberia, [conservan íntima relación con el Turkeistán, porque los kirghises, elemento esencialmente turco, imperan allí. Del mismo modo, en las comarcas del Sir y del Amú, conquistadas no ha mucho, los eslavos son inferiores en número á los alofones, turcos ó persas (1).

II

Los montes Celestes.—El Pamir.

El Turkeistán siberiano se extiende hacia el Irtych, y el verdadero Turkeistán se apoya en los montes Celestes y en el Pamir.

Los Montes Celestes, ó Thian-Chan, están cubiertos de nieve, á pesar de la sequedad de su zona, porque se elevan á las enormes alturas de 5.000, 6.000, 7.000 y 7.500 metros, mereciendo el nombre de Celestes por destacarse en el azul del cielo con sus cumbres siempre blancas.

El macizo llamado de Thian-Chan que hasta hace pocos años

(1) Las provincias de Akmolinsk, de Semipalatinsk y de Sernieché se han reunido formando «El gobierno general de las Estepas».



se creyó volcánico, avanza sobre vastas mesetas que son una provincia turcófona de lengua monosilábica. Domina la Ozoungaria y la comarca de los Seis Ríos ó Kachgarias, por otro nombre llamada el Alto Turkeistán ó Turkeistán del Este, que se puede llamar «el Turkeistán amenazado», porque á pesar de la elevación *celeste* de los Thian-Chan éstos no le defienden de la intrusión de los eslavos. Cuando llegue el día irrevocable de la conquista, sus gargantas abrirán paso á los ejércitos rusos.

Katan, Bogdo-choro, Ala-Tau Dzungar, Bogdoola, Montes del Rey de los Cielos (Tengrí-Khan), Alatan de la Sombra, Cresta de Kachgar, Alai, Transalai, etc., bajo estas denominaciones y otras aún por nosotros desconocidas, forman los Montes Celestes un prodigioso dedalo de sierras, que al Nordeste, el Torbagatai (3.400 metros), liga al Altai, y al Suroeste une el Pamir al Hindu-Kuch, al par que al Karakorum y al Himalaya, que son los montes más altos del Universo.

Con error se ha supuesto que el Imperio Esloavo tiene en el Cáucaso sus más altas montañas, su frontón más altivo, sus más eternas nieves. Los Montes Celestes, que superan al Cáucaso en 2.000 metros quizás, con glaciares y neveras sin número, suponen una carga más pesada sobre el viejo Continente.

Su extensión conocida iguala en dos veces la del territorio francés, y (Escandinavia aparte) supera á cuanto la Europa eleva de montañas y mesetas, desde los bosques de abetos, donde brillan las fuentes del Dniester y habitan cosacos y tártaros, hasta las malezas de los Algarbes, tanto tiempo pisadas por los moros.

¿Qué altivo y desnudo Goliath, cubierto de hielo, domina estos gigantes coronados de nieve, entre grupos montañosos, de macizos, de crestas, de tajos, entre rocas abruptas y bravías, en este caos estéril, desmantelado, triste, aterido, ingrato al hombre y casi siempre desierto? Se suponen 7.340 metros al Tengri-Khan, ó Rey de los Cielos, que altivo se eleva al oriente del lago Issik; 7.500 al Kaufmann, bautizado con el nombre de un general ruso que conquistó más extensas tierras que ningún otro en el Turkeistán; 7.750 al Tagarma, que probablemente sólo tiene 6.480. El Kaufmann impera en el Transalai, el Tagarma en el Kizil-Jart. El Transalai y el Kizil-Jart, dominan el Pamir.

El Pamir, llamado Bam-i-dunya ó Cumbre de la Tierra, tiene 4.000 metros de altura media. Sobre esta Cima del Universo soplan todos los vientos fríos, afluye la nieve en torbellino.

de los cuatro puntos del horizonte, y los ríos descienden por sus faldas para verterse al Occidente y Oriente en inmensos lagos. ¿Quién creará que esta sublime meseta, tan cercana á los astros, este enorme depósito de nieve, este país de los lagos, se va secando visiblemente, como toda el Asia, mal llamada Central, puesto que al Oeste confina con Europa? Así es, sin embargo: muchas cuencas carecen de líquidos caudales; muchos lagos han desaparecido para siempre. El Pamir, muy poblado de bosque, se divide en varios montes de nombres turcos.

III

Llanuras del Turán.

Mucho más secas que los Montes Celestes y el Pamir, las llanuras se extienden á los pies de estos hacia el Occidente, llegando al mar Caspio, en forma de campos, que tienen un clima terrible é inhospitalario. Las estepas del lago Balkach y las del Turán, que llevan hasta el mar de Aral dos ríos gemelos, conocen fríos de 30 y 35 grados bajo cero, y calores de 40 á 44. El año tiene los climas del Polo y del Trópico, pero este último, por desgracia, sin las lluvias tropicales. Lluvea muy poco en el Turán, y lentamente las lluvias son cada vez más raras.

El desierto se extiende desolado, esperando tal vez que una potente labor de irrigación lo reduzca, pero sin que sea posible hacerlo desaparecer nunca. Aun en los distritos en que el riego es más abundante, apenas una onceava parte del suelo puede transformarse en tierra hospitalaria, y no llega á la centésima, acaso á la milésima parte la porción donde por medio de diques se puede retener algún torrente de nieve líquida ó practicar un pozo siempre expuesto á cegarse. Sólo dos ríos y algunos arroyos logran sembrar de verdura el campo hasta la línea del horizonte.

Al presente, el desierto, en su extensión más estéril, ocupa la gran mitad del país bajo que separa la cuenca del Irtych-Ob, al pie de los montes de Irán, llamándose «Estepas del Hambre», Ak-Kum ó «Arenas Blancas», Kizil-Kum ó «Arenas Rojas», Kara-Kum ó «Arenas Negras», todas desnudas, grises ó negras, rojas y blancas. Estos desiertos tristes podrían ya que no fertilizarse, perder al menos un poco de su desolación. Bastaría con que allí, donde la arena es movediza el hombre plantase árbo-

les pequeños y espinos, ya que no el bosque compacto que resiste al cielo sin lluvia, á la tierra sin agua, al aire tempestuoso, al paso brusco de lo tórrido á lo polar y de lo polar á lo tórrido.

Pero en vez de dejar trabajar á la Naturaleza inmortal, en lugar de darla tiempo para que cree bosques de saksaul, que es un árbol de resistencia heroica, abaten los hombres cuanto la llanura trata de producir, lo que da la duna, y cada vez se extiende más el yermo y se seca la tierra.

No se ven allí praderas, cultivos, jardines, ni vida, sino á orillas de los ríos y de los escasos canales de riego que los sangran. Cuando el Sir y el Amou corren entre orillas demasiado elevadas para poder sacar de ellas un canal, aparece la tierra tan yerma y maldita á cien metros del río, como si estuviese á veinte leguas.

En el Turán el viento azota arenas saladas y rojas arcillas, silba en los arroyos y las lagunas, pero no ahuyenta los mosquitos, tormento de las noches de verano, y á veces trae en sus alas escuadrones de saltamontes. No se ven árboles. Del mar de Aral al río Ural no se encuentra más que uno. Y la distancia entre ambos puntos es de 500 kilómetros.

Los turcomanos, jinetes asombrosos, infatigables centauros, á cuyas sangrientas hazañas ha puesto freno Europa, están muy orgullosos de esta aridez de su patria. «Nunca—dicen—dormimos á la sombra de un árbol ni á la sombra de un rey.»

No teniendo bosques donde ocultar su sueño, tan pronto ahitos como hambrientos, el tigre, el lobo y el jabalí moran en el laberinto de juncos ó matorrales, ante unos ríos sin cocodrilos ni hipopótamos.

IV

El Balkach.—El Issik.

Los montes Thian-Chan forman el río Ili, sin el cual no existiría el lago Balkach. Sujetan al río Issik entre dos cordilleras y envían el Sir al mar de Aral. Del Pamir descende el Amour.

El Ili, de 1.500 kilómetros de largo, nace del encuentro de dos grandes torrentes de los glaciares, el Tékes y el Rounghés. Riega la Dzoungaria, amplio valle en el mejor camino de Europa á China, y pasando del imperio chino al dominio eslavo, va en forma de delta á llenar casi solo el lago Balkach, porque de

los siete ríos que dan á este lago el nombre de Semirietche (1), sólo el Ili trae mucha agua. Lo que el lago recibe fuera de esta gran corriente no es nada en verano y bien poco cuando la lluvia numedece por casualidad los horizontes de la Estepa.

El Balkach, que es tan pantano como lago en una gran porción de su contorno y sin más profundidad que 21 metros máximamente, se halla á 238 metros de altura. De 500 kilómetros de largo y mucho menos de ancho, no le quedan ya más de 1.180.000 hectáreas; pero ha debido ser inmenso, llegando hasta el mismo Aral, del cual le separan ahora 900 kilómetros. Si ha disminuído, débese á la influencia del Ili, y, sobre todo, á la fuga de sus aguas que bebe gota á gota la serena aridez del clima. Este lago de claras aguas, demasiado saladas para ser potables, tiene por triste contorno las estepas desnudas, las arenas movedizas, los deltas de los arroyos. Su ribera del Norte es más alta que la del Sur y más firme.

El Issik (2) marca sobre poco más ó menos el centro de los Montes Celestes al occidente del «Rey de los Cielos», entre dos altas cadenas de los montes abigarrados ó Alataou: el Alataou del sol (Rhoughéi), y el Alataou de la sombra (Terskei); éste al Sur, aquél al Norte. Así, en un país menos grandioso, pero más alegre y cercano al mar, en la Kabylia africana, tenemos igualmente los Illoula-on-Malou ó Illoula del lado de la sombra, y los Illoula-ou-Samer ó Illoula del lado del sol.

El nombre de Issik significa caliente, y, en efecto, aunque no tiene este lago afluente visible, recibe al par que torrentes fríos, abundantes fuentes calientes que le impiden helarse. Su sabana á 1.500 metros sobre el nivel del mar, puede tener 650 kilómetros de perímetro, aunque haya singularmente disminuído y siga aún descendiendo visiblemente (3). Ha dejado huellas de su antigua existencia á 80 kilómetros de su orilla, ó sea á 50 metros por encima de su nivel actual.

(1) Palabra rusa compuesta que significa los Siete Ríos.

(2) Mal dicho lago Issik-koul, porque koul en turco significa ya lago.

(3) Dos metros en diez años.

V

El Sir.—El Amou.—El Ouzboi.—El Aral.

El río que los antiguos llamaban Iaxartes, el Sihoun de los persas y los árabes, y actualmente el Sir, baja de los Montes Celestes, especialmente del «Alatón de la sombra», con el nombre de Narin, de aguas azules, que recibe de los torrentes de las mesetas y montañas, depurados por lagos. Por precipicios aún desconocidos, desciende al llano al encuentro del Río-Negro (Kara-Daria), y engrosado por él llega á ser el Sir que se extiende en canales por el Ferghana, que fué lago un tiempo. Desde aquí, en vez de recibir agua, la da y la pierde; la evaporación lo sorbe, las derivaciones lo sangran y los extensos tributarios empequeñecidos por el tiempo no le alcanzan ya. Tales son el Tchou y el Agua Amarilla (Sari-sou), que la sequía borra y convierte en tristes pantanos. Sin embargo, en el punto en que se divide en brazos lleva todavía 885 metros cúbicos por segundo en la estación seca y 2.500 por término medio durante el año. La mitad se evapora ó filtra durante el camino, en los diversos brazos, á través de arenales y pantanos, bajo un cielo de bronce. La otra mitad va hasta el Aral. Pronto ni una gota de su linfa llegará á este lago, porque la red de canales la aprovechará toda para el riego de la Estepa. Su longitud es de 2.500 kilómetros.

El Amou como el Sir, tiene 2.500 kilómetros. Los antiguos le llamaban Oxus. Es el Djihoum de los árabes y los iraníes. Riega el Pamir entre el Alai al Norte y el Hindou-Kouch al Sur, ambos inmensos é igualmente altos y á sus grandes neblinas y escarchas debe su linfa abundantísima. Más grande que el Sir arrastra de 976 á 27.400 metros cúbicos por segundo, 35.000 por término medio del año, aunque también tiene que atravesar la Estepa sin encontrar una sola corriente de refuerzo. Todos los arroyos de derecha á izquierda mueren antes de llegar á sus orillas. Ningún hilo de agua alcanza á llevarle el homenaje del Zarafchan, ni el del río Merv á quien ya no surte tampoco el arroyo de Heral, incapaz igualmente de forzar el paso del desierto. El Zarafchan «donador de oro», como lo indica su nombre persa, sale de un glacial magnífico, como no lo tienen

los Alpes. En brazos de los canales dispensa el agua al hermoso valle donde el agua es oro.

El Amou arrastra agua amarilla. Uno de los lagos de que emana, el Victoria de los ingleses, es un lago amarillo (Sari-Koul), á 4.236 metros sobre el mar. Entre otras turbias corrientes recibe el Sourgh-ab de aguas rojizas. Su carga de aluviones y sus altas crecidas en la estación de los días más largos, hacen de él un río benéfico, un reparador, un Nilo igual en poder á este Júpiter del Africa. En el Kharezm ó país de Khiva, á su izquierda, da anualmente 7.000 millones de metros cúbicos de agua á 1.060.000 hectáreas de llanuras, que son gracias á él milagrosamente fecundas.

Es probable, ó más bien casi seguro, que el Amou comunicaba antes con el Caspio por medio del mar de Kharezm ó Khovarezm y el largo cauce tortuoso del Ouzboi. Del mar de Khovarezm, singularmente empobrecido hoy por la creciente aridez del aire, queda únicamente el lago-pantano de Sari-Kamych. Del Ouzboi solo queda un surco en el desierto, un cauce sin agua, á veces cubierto por la duna que el viento trae y lleva por la Estepa implacable. Su curso, que fué de más de 500 kilómetros, se reconoce á trechos por las ruinas de varias kichlaks, ó aldeas. Se pensó en restablecer sus antiguas aguas vertiendo el Amou en esta serie de hondonadas interrumpidas. La obra es posible, pero ¿para qué?... Mejor es regar.

Cuando el Amou corría al Caspio, bien fuese en parte ó por entero, el mar de Aral estaba reducido al único tributo del Sir ó á la mitad de este tributo, y menos aún, porque se cree que el viejo Iaxartes enviaba aguas al Amou por el lecho que aún existe visible y que se llama Yeni-Daria. Dicho mar debia por entonces cubrir un área más pequeña que el Aral actual, si es que no era periódicamente una sarta de lagunas, olvidada en las relaciones de los viajeros.

Hoy, aunque absorbe todo el Sir y todo el Amou y los arroyos que escapan al ardor de la Estepa, el verde mar de Aral mengua considerablemente. En la actualidad el Aral Dzhiz, como dicen las gentes de lengua turca ó el mar Azul (Sinieie More) de los rusos, tiene 1.350 kilómetros de perímetro, 6.578.000 hectáreas, de 10 á 15 metros de profundidad media y 63 de profundidad máxima.

El Oust-Ourt, que lo separa del Caspio, es una mereta inhabitada, de 200 á 250 metros de altura, que cae en talud sobre el llano y estos dos mares.

VI

Turánios—Iranios.—Eslavos.

De tiempo inmemorial iranios y turánios se encontraron en el Turán.

A los turánios pertenece la mayoría. Supónese que son dos por uno en el conjunto del país, superioridad que les quitará con el tiempo «la avalancha» rusa.

Entre ellas hay además 360.000 turcomanos (1) ó más exactamente turemenos, turcos de nombre y turcos de lengua, pero que no lo son de origen.

Como durante muchos siglos han matado, incendiando, robando y violado en tierra de Irán, la sangreiranía no ha cesado de comunicárseles por medio de las esclavas persas. Desde el Caspio al pie del Hindo-Kousch, el espacio por donde erraban antes tenía la extensión de Francia. Ahora son más sedentarios y viven menos del merodeo y el asesinato. Rusia los mantiene quietos, pacíficos, prudentes y buenos. La toma del Gœk-Tépé, que era su ciudadela, y la ocupación de Mero, han quebrantado su ímpetu de bandoleros. Obligados á convertirse de nómadas en sedentarios, comienzan á apacentar rebaños y á distribuir el agua vital en los jardines de los oasis, en vez de degollar campesinos, raptar iraníes y correr á rienda suelta contra las caravanas.

Los Kara-Kalpaks ó «Bonetes Negros,» igualmente turcos, han cesado hace mucho de galopar sobre el país. Buenos campesinos, en número de 50.000 (2), tienen sus pacíficas aldeas en las márgenes del Bajo Amou y en las riberas orientales del Aral, entre el turbulento turcomano y el kirghis obeso y apático.

Los kirghises ó kazaks, en número de dos millones, amigos del caballo, bebedores de leche de camella y de burra, se dividen en cuatro hordas, lo que, según la etimología, significa

(1) De 1.200.000 aproximadamente en que se estima toda la nación turcomana en Asia rusa, en Persia y en los khanatos de Bokhara y de Khiva.

(2) De los 300.000 que hay en el imperio de todas las Rusias.

cuatro campos, de la palabra mongola *ordou*, campo, ejército, séquito del príncipe. Este pueblo habla un turco excelente, pero su origen es complejo. Sus antepasados formaban parte de la multitud furiosa de gentes mongolas que Jengis-Khan llevaba a la



Un kirghis a caballo. (Dibujo de V. Wassnetzoff)

conquista del mundo. En las mujeres, y entre los «huesos blancos», es decir, los nobles, por oposición a los «huesos negros» ó gente de bajo origen, la mayoría de las caras han conservado la huesosa fealdad de la raza mongola.

Con sus dos millones de población, sus caballos de mala fama, pero de fuerte y resistente naturaleza, los kirghises, que

tienen las piernas arqueadas de oprimir el lomo de las yeguas, forman la masa mayor de caballistas pastores que hay en el mundo. Demasiado dislocados como pueblo para ser ahora peligrosos, blandos é indolentes de espíritu, no inspiran ya temor á los rusos que los envuelven y penetran. En los puntos en que estos asiáticos están más en contacto con los esclavos hacen uso de la lengua rusa, aun al hablarse entre ellos.

Otros turanis turcos, los 350.000 á 400.000 bourouts, se llaman también «kirghises negros», y de hecho son verdaderos kirghises, con su buen lenguaje turco y viviendo en las asperezas y hielos de los Montes Celestes en vez de cabalgar sobre la gran llanura de la Estepa. La sangre mongola les ha modificado. Al lado de ellos y entre ellos viven sus parientes los kalmukos, que habitaban hace ciento treinta años las arenas y las rocas del bajo Volga, en la Rusia Europea y que reemprendieron en 1731 el camino del Asia central. Fué aquella una odisea trágica, pero no todos perecieron en el camino, y muchos de sus biznietos tienen hoy los montes Thian-Chan por morada.

Los ouzebegs, un millón próximamente, gozaban cierto imperio antes de llegar los ejércitos del Czar blanco y lo tienen aún ó parecen tenerlo sobre los estados que no están formalmente anexionados al enorme bloque de las Rusias. Su dialecto turco, el ouigour ó djatai, es un turco perfecto, más turco que el osmanlí de Constantinopla ó de Anatolia, pero su sangre no tiene la unidad de su idioma, modificada como está con los siglos por elementos mongoles, y más aún por las mujeres iraníes que los turcomanos arrastraban á los mercados de Khiva, de Bokhara, y de toda ciudad capaz de comprar con buen dinero muchachos fuertes y niñas graciosas. Además, los ouzebegs no han dejado de unirse con las familias más ó menos persas, más ó menos mestizas, que pueblan en gran número sus ciudades.

Después de haber mandado tanto tiempo sobre el Sir y el Amou, acostumbrados á decir: «Quiero» y ver correr la sangre, los ouzebegs podrían ser todavía malos y corrompidos. Sin embargo no lo son, semejantes en esto á la buena raza de los turcos que es pesada, pero grave, recta, siempre sencilla y rústica.

Los sartos, ciudadanos del Turkestán, llevan dos sangres en sus venas, teniendo muchos suranis é iraníes entre sus antepasados, más de éstos que de aquéllos. En virtud de su calidad de tenderos y comerciantes, estos «perros amarillos» (1) no tie-

(1) Como dice el juego de palabras kirghis: *Sari-it*.

nen, ciertamente, ni nacionalidad, ni tipo definido, ni lengua propia. Cosmopolitas, tejen sus redes para pescar al cliente, y en unos sitios hablan turco y en otros persa.

Bajo el nombre de *galtchas*, sus medio hermanos los *tadjiks* (1) ocupan como cuerpo de nación el Pamir y en general el «Kohistán» ó país de las montañas, sobre el alto Amou y el Zarafchan. Hacen honor á la vieja raza del Irán por su estatura, sus facciones, su probidad y su viveza de espíritu. En la llanura, donde se les encuentra mucho entre los traficantes ó entre los propietarios del suelo, se admira su barba hermosamente negra, su cara varonil y agradable, pero se teme mucho la elasticidad de su conciencia.

El número de rusos, nuevos propietarios del Turán, aumenta constantemente con la inmigración. Dícese que son de 20 á 30.000 esclavos los que vienen cada año á reforzar la joven Rusia del Turkeistán, pero no se puede comprobar por medio de censos públicos la exactitud de esta cifra. Estos colonos rusos son enviados por todos los gobiernos rebosantes de la Grande ó la Pequeña Rusia: como son Tchernigof. Koursk, Orel, Tambof, Veronega, Saratof, Samara, Perm, Oufa y la Siberia del Irtych-Ob.

No hay duda de que el «moscovita» restaurará por medio de la paz civil el arbolado, y el riego sobre todo, en este vasto país que antes tenía un número enorme de habitantes en sus bellos jardines. «En otros tiempos—dice la leyenda—un gato podía saltar de techo en techo desde Tchémkent hasta el Aral.»

Entre las costumbres tradicionales de todos los pueblos mencionados, las de los turcomanos son las más dignas de mención. Habitan la mayoría de ellos en tiendas de fieltro, elevadas en medio de la llanura, y según el número de éstas se aprecia la importancia y la riqueza de la tribu. Tapices y cojines forman todo el mueblaje de estas tiendas. El traje consiste para los dos sexos en una camisa de seda roja, que cubre todo el cuerpo, desde las espaldas á los talones. Los hombres añaden á esto el *tchapan*, semejante á la bata de casa de los occidentales y se cubren la cabeza con un gorro de pieles. Este traje les defiende del frío de las estepas, pero oculta y desfigura su gallardía. Aunque son excelentes jinetes no ofrecen sobre la silla la elegancia de los cosacos. Ordinariamente las mujeres no llevan

(1) Esta palabra persa quiere decir «coronados».

otro vestido que una larga camisa; pero cuando quieren adornarse, anudan una gran faja de vivos colores á la cintura, se calzan botas rojas ó amarillas y lucen brazaletes, pendientes y collares. Algunas veces, como las indias de América, cuelgan de su nariz pesados anillos. Además se prenden al pecho estuches de amuletos, semejantes á cartucheras, que acompañan sus pasos con un tintineo argentino. Piezas de moneda, piedras de vivos colores, verdaderas ó falsas, y varios ornamentos de plata cuelgan en profusión de su pelo, hasta el punto de que su rostro encerrado en un marco pesadísimo de brillantes baratijas, parece el de una imagen cristiana en su capilla. Las mujeres de los turcomanos no ocultan su cara como las demás mahometanas. «Pobres mujeres de las ciudades—dicen ellas—que tienen que ir á todas partes con la cara tapada.»

Ya hemos dicho que los turcomanos se enorgullecen «de no dormir á la sombra de árboles ni de reyes». Hay entre ellos individuos que toman el título de *ak-sikal* (barba blanca), de *bay* ó *bey* y hasta de *khan*, suprema dignidad de príncipe; pero esto no pasa de ser una simple vanidad, pues nadie piensa en tributar homenaje á estos guerreros si no se distinguen por una bravura especial ó por una riqueza que les permita prestar granos á los otros. Los que se titulan «los buenos», que significa los ricos, los hombres de experiencia, los combatientes más bravos, gozan de cierta influencia cuando se trata de adoptar una decisión común para la paz ó la guerra, pero no tienen ninguna autoridad como jueces y nadie va á ellos á quejarse de un robo, de una injuria ó de cualquier otro perjuicio. La ofensa se venga personalmente cuando se puede y las guerras se perpetúan entre familia y familia, á menos que una compensación monetaria no repare el delito primitivo. Agrupándose unos con otros libremente, se separan cuando les parece bien, sin responsabilidad alguna ni obedecer otras leyes que las reglas de conducta transmitidas de generación en generación, desde un tiempo inmemorial. La vida en las estepas consagrada por el *deb* ó la costumbre, ha formado verdaderos hombres libres. Los turcomanos se distinguen de sus vecinos los persas y los afghanos por una honradez más severa y costumbres menos impuras. Unicamente en la guerra, que convierte en fieras á los hombres, dan libre curso á su violencia y su crueldad; pero en las relaciones ordinarias de la vida son de una honradez notable. Entre ellos no es el acreedor, sino el deudor, el que conserva el recibo de la suma prestada á fin de acordarse siempre de su débi-

to. El acreedor no necesita el documento, pues sabe que jamás se le ocurrirá al otro negar la deuda.

Los turcomanos han guardado la costumbre, general en otros tiempos, que consiste en hacer preceder el matrimonio de un simulacro de raptó, recuerdo de los usos primitivos. Envuelta en un largo velo y llevando en los brazos una cabra y un corderillo, la joven desposada monta á caballo y huye rápidamente, intentando con bruscas desviaciones librarse de la persecución de su prometido que la sigue á la cabeza de una banda de jinetes amigos. Después de dos ó tres días de matrimonio, la joven debe simular una segunda fuga y vivir durante un año con sus padres para dejar á su esposo el tiempo libre y que pueda robar hombres de las tribus enemigas, pagando su dote en cautivos.

Es esta una deuda de honor, de la que nadie se libraba hasta hace pocos años, antes de que los rusos dominasen el país. Todos los demás acontecimientos de la vida turcomana van acompañados de iguales ceremonias simbólicas. No lloran á sus muertos; pero durante un año, á la hora precisa en que falleció el difunto, todos los días, los parientes exhalan en coro interminables lamentos sin interrumpir un instante sus ocupaciones, y sin cesar de gemir siguen comiendo, bebiendo ó fumando, preocupándose de quién gime mejor. Cuando el muerto era un gran guerrero, levantan sobre sus huesos un túmulo ó *yoksa*. Cada valiente de la tribu trae siete paletadas de tierra, y así es como surgen poco á poco los montículos de 8 á 10 metros que se encuentran esparcidos en la estepa.

Todos los turcomanos figuran como mahometanos; pero los más fanáticos son los de la frontera persa, que encuentran en su celo religioso un pretexto para sus incursiones de pillaje y la dura servidumbre que imponen á sus cautivos. Hace medio siglo aún se aventuraban en ruines barcas sobre el mar Caspio capturando esclavos en la costa de Bakou, y para evitar estas excursiones fundaron los rusos su estación naval de Achou-rade. Algunos distritos persas han sido casi despoblados por los turcomanos, y los habitantes que aún permanecen en ellos se encierran en poblados que parecen fortalezas al amparo de centinelas que velan noche y día para dar el grito de alarma.

En algunos campos avanzados las torres de madera de los vizias se elevan cada cien pasos. Se evalúa en más de un millón el número de individuos capturados en Persia por los turcomanos durante un siglo, llegando á vivir á la vez 200.000

esclavos en el Turkestán. ¡Ay del pastor persa que osaba aventurarse en los terrenos inmediatos á los turcomanos! Estos bandidos que estaban al acecho en cualquier pliegue del terreno le cortaban la retirada, empujándolo hacia el Turkestán cargado de cadenas. Hordas enteras de nómadas no tenían otra ocupación que el bandidaje, el tráfico de hermosas persas á las que hacían esclavas, y la guerra con otras tribus turcomanas. Para librarse del azote de este bandolerismo hereditario, los pueblos del Sur tuvieron que levantar en otros tiempos una muralla de muchos centenares de kilómetros, cuyos restos aún se ven hoy en el ángulo Sud-oriental del mar Caspio. «¿Dónde está tu alma?»—preguntaba una mujer á un héroe turcomán. Y éste respondió: «Mi alma está en mi espada; mi alma está en una flecha de oro.»

El saqueador de profesión, el turcomán «negro» no se digna hacer más que un trabajo: amaestrar su caballo, que es su compañero de fatigas y peligros y desde lo alto del cual «no conoce padre ni madre», según una frase del país. Sus manos las consideraría deshonoradas si las emplease en el cultivo de la tierra. Esto, según él, es faena de mujeres y esclavos. Cuando los jinetes parten en medio de la noche para un *alauzán* ó correría de pillaje (porque estos caballeros del robo aman las tinieblas como las bestias feroces), un *ichan* ó derviche vagabundo los bendice implorando los favores del cielo sobre su noble empresa. Los cautivos enfermos y los viejos son degollados, no solamente porque carecen de valor, sino porque su sangre place al dios de los ejércitos. Cuanto á los sacerdotes que caen prisioneros, los turcomanos les respetan la vida porque podrían lanzar un maleficio que influyese fatalmente en sus expediciones.

En otros tiempos, la mayor parte de los prisioneros traídos por los turcomanos estaban destinados á perecer miserablemente en la más baja servidumbre; pero, lentamente, muchos de estos esclavos y sus hijos fueron elevándose por su inteligencia, su ductilidad y su astucia, hasta colocarse por encima de sus señores. Vendidos en los mercados de Khiva y de Bokhara, muchos persas llegaron á convertirse en ricos negociantes, altos empleados y administradores de distritos. En algunos khanatos, aún independientes, son ellos los que desempeñan las funciones más delicadas y mejor retribuidas.

Desde que ha sido abolida la venta de esclavos persas en los bazares de los khanatos turcomanos, las capturas de hombres son simples secuestros, pues los cautivos recobran su libertad

mediante una suma. En otros tiempos, algunos jefes del Khorassan, cuando no tenían esclavos que negociar vendían á sus propios súbditos.

En los últimos años estas costumbres de pillaje han disminuido mucho. Contenidos los turcomanos por el ejército y las flotillas de Rusia, forzados á respetar las fronteras de los estados protegidos por los rusos, Khiva y Bokhara, no encuentran otra expansión para sus instintos rapaces que la frontera de Persia; pero también aquí tropiezan con una resistencia dura, pues el gobierno persa ha establecido varias colonias de kurdos belicosísimos, en los valles más avanzados, y éstos, tan guerreros como los turcomanos saben defender bien su nueva patria. Esto hace que los turcomanos, de escarmiento en escarmiento, vayan abandonando sus antiguas costumbres y vuelvan su vista á la tierra. Los antiguos bandidos se convierten en jardineros ó se dedican á criar gusanos de seda.

La moral de este pueblo ha cambiado también, y los turcomanos actuales cuando hablan con los viajeros se defienden con insistencia de las acusaciones de bandidaje que se formulan contra ellos. Ya no tiene aplicación á la mayoría de las tribus el antiguo proverbio turcomán: «Si los bandidos atacan la tienda de tu padre, ponte al lado de ellos y toma tu parte del botín.» Sin embargo, los antiguos instintos aún reaparecen entre ellos. Una querella por el amor de una mujer, una disputa sobre bienes, bastan para matar y Luir después á la estepa, reanudando la vida errante de los ascendientes.

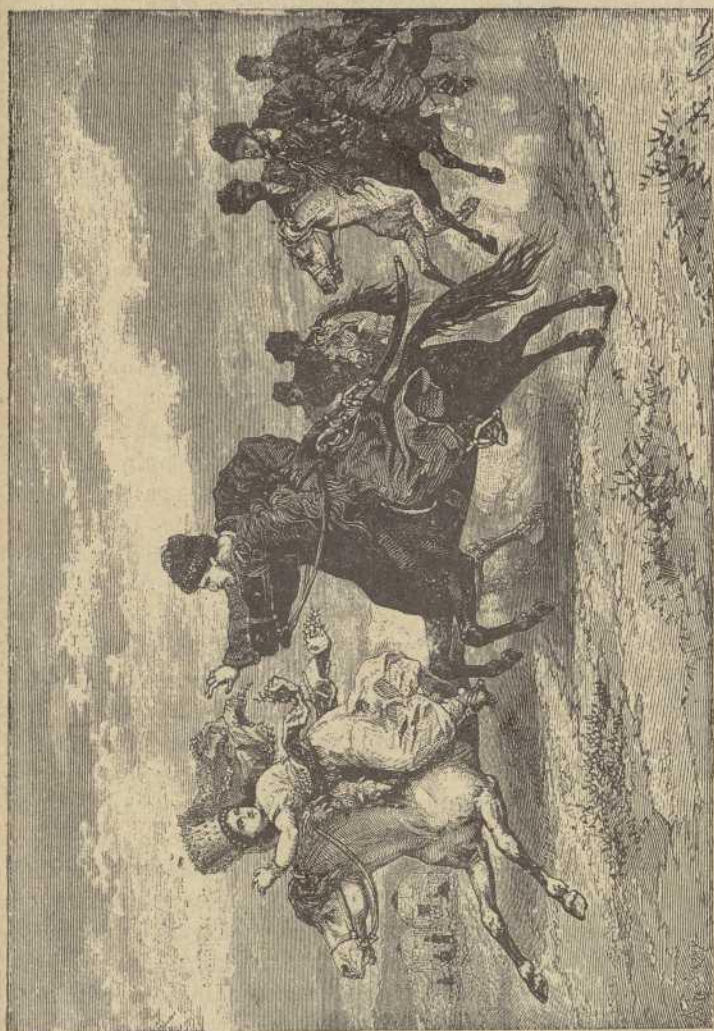
Los kirghises, que son como ya digimos, el pueblo más numeroso del Turkestan ruso, tienen también costumbres originales. Según ellos, el nombre de kirghis significa «Cuarenta muchachas», y dicen descender de cuarenta jóvenes y un perro rojo que las fecundó, simbolo éste sin duda de su vida errante y salvaje. Se dividen en cuatro hordas: la Grande, que es la más antigua y vive al Sur del lago Balkhach; la Mediana, de tribus errantes; la Interior, que ocupa las estepas de Orenbourg, y la Pequeña que penetra hasta la Rusia europea, y á pesar de su nombre es la más numerosa de todas. Han sido vanos todos los intentos del gobierno ruso desde los tiempos de Catalina II por dar á los kirghises un khan de su raza que los gobierne. Todos los príncipes de esta clase, escogidos por Rusia entre los de su raza, han sido depuestos y degollados. Lo mismo que entre los turcomanos, los kirghises se dividen en grupos, éstos en clanes que están en perpetua guerra civil, y en

familias de cinco á quince tiendas. Cada uno de estos *aouls* ó pequeñas comunidades, vive con toda independencia, no reconociendo aparte del poder de los conquistadores rusos, que evita cuidadosamente, otra autoridad que la de los jefes de familia y los árbitros nombrados por ellos en caso de diferencia. Los rusos quieren hacerles pagar un tributo de rublo y medio por familia; pero les es muy difícil descubrir todos los campamentos ocultos intencionadamente en los repliegues del terreno, en las dunas, en las isletas de los pantanos y las frondosidades de los bosques. Además, los campamentos que encuentran, están muchas veces abandonados, á causa del cambio de habitación de los nómadas del invierno al verano. Por este motivo la estadística es muy imperfecta y resulta imposible hacer un censo exacto.

Careciendo de jefes, todos los kirghises creen pertenecer á la nobleza. Su orgullo aristocrático no tiene límites. Cuando dos kirghises se encuentran, la primera pregunta que se dirigen mutuamente es ésta: «¿Cuáles fueron tus siete abuelos?» Y todos, hasta el niño de ocho años, saben contestar citando la genealogía hasta el séptimo ascendiente. Los que cuentan algún khan entre sus antecesores (y hay algunos kirghises que descienden directamente del temido Jengis-Khan), tienen buen cuidado en distinguir los que fueron «Huesos blancos», de la muchedumbre popular de los «Huesos negros». Los kirghises realmente nobles, á los cuales concede el gobierno ruso diversos privilegios, nombrándolos «sultanes» y eximiéndoles del impuesto, viven rodeados de un grupo de *teleugoutas*, ó sea fugitivos, extranjeros é hijos de esclavos que constituían en otro tiempo sus pequeños ejércitos para las guerras intestinas, y que en la actualidad cultivan las tierras del amo y cuidan sus rebaños. Estos servidores son muy despreciados por los nómadas libres, y viven aparte, en campos separados, alrededor de sus señores y odiados por la masa del pueblo.

Los *biis* ó «ancianos», jueces elegidos, á los cuales se dirigen todos voluntariamente en los casos difíciles, son preferidos á los «sultanes» y á los funcionarios rusos. Los «Huesos negros» tienen la nobleza colectiva que les da la historia de su clase, y se conocen por una marca especial, semejante al *totem* de los indios, que conservan religiosamente de siglo en siglo. Cada tribu se distingue igualmente por un grito particular que lanzan sus miembros para reunirse en sus fiestas y sus disputas. La lengua de los kirghises, que es de origen turco, ha

sufrido escasas modificaciones exteriores. Cuanto al origen de esta raza, han discutido mucho los etnologistas, pero parece seguro que procede de los mongoles, los tártaros y los turcos.



Ceremonia de una boda en el Turkestan. (Dibujo de Roux.)

Son de cuerpo poco esbelto, rechonchos, el cuello grueso y corto, el cráneo ancho y falto de elevación, la cara aplastada, los pómulos salientes, la nariz achatada, los ojos pequeños y oblicuos, la barba rala y la piel oscura, de un moreno sucio. La

obesidad es muy común entre los kirghises, y los nobles de la nación la consideran como un privilegio de su majestad. Están, por regla general, dotados de una gran fuerza física, pero son perezosos, muelles, sin habilidad y sin gracia. Su marcha es pesada por su gran volumen y porque la mitad de su vida la pasan sobre el caballo, lo que hace que tengan todos las piernas muy arqueadas. En algunas tribus las madres tienen costumbre de poner cojines entre las piernas de sus hijos de pañales, á fin de arqueárselas desde los primeros años, preparándolos así para su vida de jinetes. Los kirghises tienen el aire triste. Rara vez se encuentran entre ellos hombres que tengan el buen humor de sus vecinos los bachkires y la mirada audaz de los turcomanos. Los más son de una pereza inaudita: no hacer nada constituye su alegría y su gloria. En las canciones kirghises las mujeres celebran su propio trabajo y la pereza señorial de los hombres. Habitadas á una labor regular, las hembras son más graciosas que sus maridos y les sobrepujan en condiciones morales. Los días de fiesta gustan de adornarse con gorros de terciopelo y de brocado, cubiertos de placas de metal, bordados y perlas, y prolongan sus trenzas hasta los talones con cintas y crines de caballo. Hacen uso del carmin y del blanco, pintándose el rostro más que las mujeres de Europa, y hasta para enrojecer sus carrillos los frotan con plantas corrosivas.

Los kirghises de las grandes estepas son pastores armados y asombrosos jinetes. Un suceso cualquiera les hace cambiar de patria, emprendiendo lejanas expediciones. No hay suelo que los retenga. En vano el gobierno ruso, para fijar su residencia, ha construido casas para los «sultanes», queriendo convertirlos en personajes. Aunque muy satisfechos de este honor, los «Huesos blancos» han seguido viviendo bajo la tienda, dejando en estas casas los objetos que atestiguan su riqueza y su civilización. Solamente los más miserables, los que se ven obligados por el hambre á vivir como siervos en las colonias de cosacos, se resignan á vivir en casas de madera. Los kirghises presienten que una vida sedentaria en el interior de edificios será el signo de la pérdida de su libertad. La vivienda tradicional del kirghis es una simple empalizada cubierta de tela roja para los «sultanes», de fieltro blanco para los ricos y de fieltro ordinario para los «Huesos negros». Los más pobres reemplazan el fieltro con cortezas de árbol, cañas ó hierbas. En media hora, un campamento entero desaparece y camina hacia el Norte al

principio del verano, y hacia el Sur en los primeros días del invierno.

Los kirghises no tienen las aficiones batalladoras de sus vecinos los turcomanos. Sin embargo, resistieron mucho tiempo á los invasores rusos, hasta el punto de hacer durar la guerra más de cien años, con intermitencias de paz armada. Su última insurrección fué en 1870, en la cual destruyeron varias colonias rusas y sitiaron el fuerte de Alexandrovsk. Sin embargo, los kirghises son pacíficos por naturaleza. Sólo por vengar insultos, satisfacer antiguos rencores ó aprovechar una ocasión propicia al pillaje, emprenden de tarde en tarde sus *barantas* ó expediciones armadas, en las cuales se limitan á robar caballos. No hacen uso de sus armas, generalmente, más que para la caza. Apasionados cazadores, persiguen y matan el lobo en la estepa á golpes del látigo, que es su eterno compañero y que resulta una arma terrible por su tralla de agudos alambres. Saben amaestrar el halcón, el buitre y hasta el águila real para la caza, pero el empleo de este último animal resulta muy peligroso. Muchas veces el águila, al remontarse en libertad buscando desde lo alto el lobo, el zorro ú otra bestia cualquiera oculta en los accidentes del terreno, vuelve á caer sobre su dueño, no conociéndolo, y lo derriba del caballo, hundiéndolo las garras en su carne é intentando con el pico arrancarle los ojos. Los kirghises se titulan musulmanes, pero tal descuido muestran en las prácticas religiosas, que mejor parecen *chamanistas* como otros pueblos de Asia. Algunos contestan á las preguntas de los viajeros afirmando que no tienen religión alguna ni se preocupan de esto. Antes de la llegada de los rusos no tenían ninguna mezquita, y son éstos los que han levantado templos, queriendo halagar así la religiosidad musulmana de los kirghises, en la que creen de buena fe. Sólo los mercaderes y los ricos se han acordado de que son musulmanes, en vista de que los rusos en todos los tratados y documentos hablan de Alhá, creyendo seducirles con esto; pero la gran masa de la nación permanece indiferente en materias religiosas. Únicamente las supersticiones ejercen cierto poder sobre ellos. Temen al mal de ojo y cuidan de adornar con cintas multicolores la cabeza de los recién nacidos para preservarles de maleficios. Todo encierra para ellos un presagio bueno ó malo. La caída de un hilo sobre una piedra blanca ó negra, el tono amarillo ó rojo de la llama que se eleva cuando el aceite se esparce sobre el fuego, y otras insignificancias de la diaria existencia son sig-

nos que anuncian el porvenir. Los kirghises intentan conjurar á los malos espíritus ofreciéndoles sacrificios, y para esto atan á las hierbas, las cañas, los matorrales y las estacas fijas en el suelo, caballos, trapos y cintas. En la montaña suspenden igualmente de las ramas de los árboles, piezas de sus vestidos, cerca de las fuentes medicinales. Los que emprenden un viaje ó parten para la guerra, cosen detrás de su gorro uno ó dos saquitos conteniendo plegarias escritas que deben proporcionarles á la vez suerte y valor.

De todas las prácticas mahometanas, la poligamia es la que se ha aceptado con mayor entusiasmo, no por la muchedumbre de kirghises pobres, incapaces de pagar más de una vez el *Kalim* ó precio de la esposa, sino por los ricos que poseen centenares ó millares de animales. Así como el rapto de la mujer es una ficción y una ceremonia entre los pueblos semibárbaros, en los kirghises es una realidad, pues son muchos los que roban de veras á las jóvenes como botín de guerra. Casi siempre van á raptarlas en las tribus kalmucas de Thian-Chan, satisfaciendo así la antigua costumbre, según la cual debe tomarse la mujer á viva fuerza en una nación enemiga. Por tales raptos durante siglos y siglos, se explica la semejanza de estas tribus turcas con sus vecinos de raza mongola. Las costumbres nacionales que se han conservado mejor, son las relativas á los muertos. Los entierran lanzando terribles gritos, y cuarenta días después renuevan la ceremonia con igual vehemencia. Luego de transcurridos cien días, repiten el entierro, y vuelven á repetirlo al final del año, y nueve años después. Los parientes se golpean lanzando gemidos desde la mañana hasta la noche, durante un año, ante un maniquí cubierto con las ropas del difunto. Los montículos funerarios que se levantan en lo alto de las colinas adornados con lanzas y crines flotantes, son objeto de veneración. El suelo de algunas colinas desaparece por entero bajo los monumentos de todas formas elevados en honor de los muertos; pirámides, torrecillas, cúpulas, pórticos. Las madres hacen representar en la tumba la cuna de su hijo muerto, y los hijos imitan la figura de la tienda donde trabajaba su madre. Los kirghises hacen sus genuflexiones y murmuran sus plegarias al pie de estas tumbas, llamadas *kurgmes*, y dejan en ellas telas, víveres y dinero. Los viandantes pobres pueden apoderarse de estas ofrendas, que son como una limosna del muerto, pero á su vez tienen que dejar algo para el que pase después de ellos.

Los kirghises, como buenos caballistas nómadas, desprecian la agricultura. El que de ellos cultiva la tierra, es un hombre degradado, que renuncia á las alegrías de la vida y la libertad. Algunos kirghises, que son agricultores cerca de los acantonamientos de cosacos, pierden el título y el traje de tales á la segunda generación, y se visten á la rusa, llamándose cristianos. La ganadería es la verdadera industria de los kirghises puros. El caballo es su más preciado tesoro, y en verdad que merece este entusiasmo, pues aunque de fea apariencia, es fuerte y sobrio, corre 80 kilómetros todos los días, sin esfuerzo alguno, come lo que encuentra y se acuesta en la arena, sufriendo pacientemente el calor ó el frío. Muchos jinetes kirghises, en caso de necesidad, hacen 300 kilómetros en 34 horas, cambiando de caballos.

Los kirghises-negros, menos numerosos que los blancos llamados kazaks, viven en un estado de mayor barbarie y están más mezclados con los mongoles. Sus mujeres son consideradas por los rusos como las más feas del país. No se velan el rostro, y su mirada se escapa con cierta arrogancia de sus párpados estrechos y cortados obl'cuamente. Sobre sus cabellos tiesos y duros como crines, se colocan una cofia semejante á la de las turcomanas, cubierta de medallas y monedas que resuenan á cada movimiento. Sucias y borrachas, se guardan con cierto temor supersticioso de lavarse y de limpiar las vasijas de sus cocinas de otro modo que con los dedos, por miedo «á espantar la abundancia». Los kirghises negros (que nada tienen de negros), carecen de la vanidad aristocrática del resto de su raza, y entre ellos no hay «Huesos blancos». Sin embargo, sus jefes ó *manips* se han hecho dueños en ciertas tribus de un inmenso poder, con derecho de vida y muerte sobre sus administrados. El recuerdo de las glorias de otros tiempos perdura entre ellos y sus poetas, sus improvisadores, alrededor de los cuales se reúne la muchedumbre en los campamentos, cantan aún los seculares *batirs*, en los cuales se habla de héroes que atravesaban mil hombres de una lanzada y levantaban con solo una mano la montaña donde dormía su prometida. Nada era más fácil para los héroes de aquellos tiempos.

Estos kirghises están en íntimo contacto con los kalmucos de Thian-Chan, y se confunden con ellos, formando un pueblo en el que hace enormes estragos la viruela. La temen tanto, que no se atreven entre ellos ni á nombrar siquiera esta enfermedad. Durante el invierno, la familia atacada por ella es fa-

milia perdida. El frío, añadiéndose á la enfermedad, no perdonaba á ninguno de los habitantes de la *kibitka*. Todos perecen, y jamás se presenta un heredero á recoger los objetos que quedan en la vivienda apestada. Para preservarse de la enfermedad, los kalmucos que entran sin saberlo en una *kibitka* de varolosos, se emborrachan con aguardiente al volver á su casa, mientras los parientes y amigos, armados de látigos, les golpean hasta hacer saltar sangre de sus carnes enrojecidas, arrojando de este modo á los malos espíritus de la enfermedad que pueden haber penetrado en su cuerpo. Los kalmucos contrastan con los kirghises por la poca atención que prestan á sus muertos. Casi nunca los entierran. Se limitan á arrastrarlos á alguna distancia del campamento, y los abandonan sobre la arena. No es raro entre ellos ver á un perro hambriento volver á la tienda con un pedazo de cadáver en la boca y devorarlo tranquilamente ante la familia del muerto.

En el rico valle del Ili, entre el Thian-Chan y el Alataoun, están los tarautchi, pueblo de agricultores de raza turcotártara, los cuales, aunque musulmanes de nombre, ignoran casi por completo esta religión y se guían por costumbres tradicionales. Sus mujeres llevan el rostro descubierto. Los sibos ó chibos, que forman una nación compuesta de ocho «banderas» ó tribus, fueron mandchures de pura raza, pero están hoy mezclados por sus cruzamientos con mujeres kalmucas. Entre estas razas han ocurrido los más feroces exterminios que se conocen en la historia, desapareciendo en ellos razas enteras. En 1758 los mandchures mataron, sin distinción de edad ni sexo, á todos los dzoungares que habitaban el llano de Ili, ó sea más de un millón de personas. Un siglo después, en 1865, los mandchures fueron pasados á cuchillo, no quedando con vida más que los niños. Ciudades populosas convirtiéronse en ruinas, y de creer los relatos de los indígenas, más de dos millones de seres perecieron en esta destrucción. El valle del Ili, que contaba su población por millones, tiene ahora unos 130.000 habitantes.

Los uzbeks, muy mezclados con los persas, dicen descender de la célebre tribu nómada llamada la «Horda de oro» por las hojas doradas de que estaba revestida la tienda de su Khan. Se jactan de ser el pueblo más antiguo y más noble de esta parte de Asia, y son los únicos musulmanes apasionados y sinceros entre las naciones indiferentes que los rodean. Comparando á los uzbeks y á sus compatriotas los tadjiks, se notan grandes diferencias. Los primeros son francos, honrados y animosos; los segun-

dos, astutos, hábiles y enredadores, reclutándose entre ellos el sacerdocio del país. En las dos mil mezquitas del distrito de Zarafcham no se encuentran cincuenta *mollahs* ó sacerdotes que no sean tadjiks. Estos llaman con desprecio «cabezas duras» á los uzbeks, fundándose en lo grueso de su cráneo. Para mostrar el contraste entre los caracteres de uzbeks y tadjiks, cuentan los habitantes del país que una princesa asediada por dos pretendientes, uno uzbek y otro tadjik, prometió su mano á aquel que más pronto trazase un canal de riego á través de la Estepa del Hambre. El uzbek se puso honradamente á trabajar, abriendo el foso para el canal, y á costa de grandes esfuerzos lo continuó hasta una cascada que aún se ve hoy; pero le faltó el tiempo para terminar su obra. El tadjik se dió menos trabajo. Antes del día fijado para la terminación de la obra extendió una fila de esteras de junco sobre el desierto, y cuando la princesa subió á lo alto de su torre para ver de lejos el brillo de las aguas, el astuto pretendiente le mostró su obra, que resplandecía al sol como si fuese una faja de agua, y se apoderó de su mano. Desesperado el infeliz rival, lanzó al aire su pala de infatigable obrero, y al caer le partió la cabeza, á pesar de tenerla muy dura como todos los de su raza.

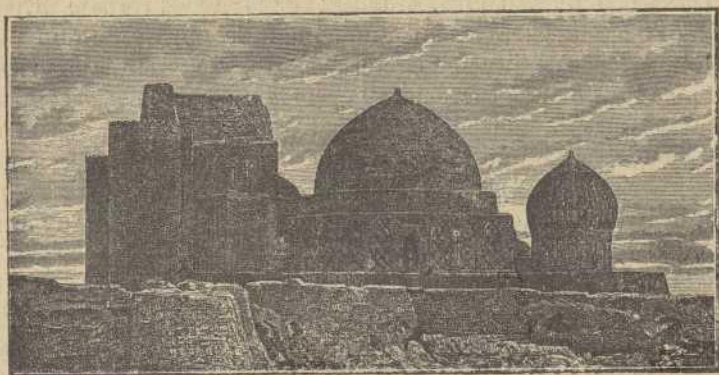
Los sartos son otra raza mezclada que vive con la de los uzbeks y en la que predominan los persas, como entre los uzbeks predominan los turcos. Por un juego de palabras, *sani-it*, se les llama «perros amarillos», y el que da una de sus hijas como esposa á un sarto, es generalmente despreciado. «Cuando alguien llegue á tu casa y te pida pan, ten la certeza de que es un sarto», dice un proverbio del país. El rebajamiento en que los dominadores sucesivos del país tuvieron siempre á los sartos, les hace ser miedosos, embusteros y falsos. En general, se parecen mucho á los judíos, tanto por la fisonomía como por el carácter. Son aficionados á comerciar con el dinero, y su condición de usureros, en trato continuo con gentes de varias razas, les hace ser más avanzados y progresivos que los uzbeks, que les desprecian.

Los galtchas, montañeses sedentarios de la vertiente occidental del Pamir, son de origen iranio, pero de raza muy mezclada. Sus jefes se titulan descendientes de Alejandro Magno, y los súbditos se creen nietos de los soldados del rey macedonio. Los galtchas, nombre que significa, según ellos, «los cuervos famélicos», y, según sus vecinos, los tadjiks de la llanura, equivale á «los desgraciados» ó «los pobres diablos», llaman la

atención por la desmesurada anchura de su cráneo, la finura y belleza de su nariz ligeramente encorvada y el firme dibujo de sus labios.

Los galtchas contrastan por su honradez y franqueza con los sartos y los tadjiks, que son los astutos de la llanura. Entre ellos la hospitalidad es segura, y cada una de sus aldeas es una vasta posada para los viajeros. La esclavitud no existe entre ellos; todos los galtchas son libres y se gobiernan por ellos mismos.

Los «barbas blancas», que deben este título á la estimación que todos sienten hacia su recto juicio, á pesar de la autoridad



La mezquita de Harvet en Turkestán. (Dibujo de Taylor.)

moral que ejercen, acatan sin esfuerzo alguno las decisiones de la mayoría. Es raro que los galtchas tengan más de una mujer, aunque su religión autoriza la poligamia; pero, á pesar de esto, la mujer no es igual al hombre. En caso de herencia, mientras los hijos heredan dos tercios, la hija sólo percibe uno.

Los tadjiks del alto Turkestán, aunque musulmanes, conservan la religión del fuego y son ellos indudablemente los que han propagado el culto de las llamas, de pueblo en pueblo, hasta lo más extremo de Siberia. Se celebra entre ellos una fiesta del fuego ó del sol, en la cual se encienden hogueras semejantes á las de la fiesta de San Juan en Europa. Todos los que saltan por encima de ellas se purifican. Los enfermos deben dar tres vueltas á la hoguera para curarse, y cuando la debilidad no les permite esto, fijan sus ojos en la llama, mientras los sacerdotes los exorcisan, sacándoles del cuerpo los espíritus de la

dolencia para que huyan hacia «los desiertos y los lagos». Entre ellos está, además, prohibido soplar en la luz, pues el impuro aliento del hombre no debe tocar la llama, que es la pureza por excelencia. Los indígenas adquieren la costumbre de apagar las teas que les alumbran, con un movimiento de sus manos. Junto á la cuna del recién nacido ó el lecho del muerto conservan una antorcha encendida. Entre los galtchas y otras tribus del Turkestán que no son arias, existe también la costumbre de no comenzar una comida sin arrojar al fuego, como tributo, un pedazo de carne y unas gotas de bebida.



Niños de una escuela musulmana en Bokhara. (Dibujo de Renjat.)

La influencia rusa va cambiando lentamente la fisonomía de estos pueblos del Turkestán. En medio de ellos se establecen colonias de eslavos dedicadas á la agricultura. El cosaco se entrega al pillaje, y cuando no encuentra ya nada que coger, dedícase á agricultor, al mismo tiempo que cria abejas, corta los bosques, caza y pesca.

VII

Ciudades.

La capital del Turkestán ruso, llamada Tachkent, es una ciudad populosa con unos 130.000 habitantes. En ella dominan, por el número, los sartos.

Situada sobre un suelo en el que los temblores son frecuentes, está rodeada de canales surgidos del río Tchirtchik, afluen-

te de la derecha del Sir, que muchas veces antes de llegar á él ve su agua devorada por la sequedad ardiente del suelo y el cielo. Esta ciudad, aunque orgullosa de su renombre y su relativa importancia, está construida en su mayor parte con adobes secos al sol, como la más humilde aldea del africano Sahara. Tachkent está en el punto medio de la zona de tierras de regadío, fértiles y habitadas que se extiende desde las campiñas de Samarkanda á los valles de «los Siete Ríos». Caminos fáciles la ponen en comunicación con los valles superiores del Sir, el Talas y el Tchou.

Después del asalto victorioso de Tachkent por el general ruso Tchernaiiev al frente sólo de 1.900 hombres, conquista facilísima que apenas si costó víctimas, las imaginaciones esclavas se inflamaron pensando en este país nuevo, y los aventureros acudieron en grandes bandadas, y la ciudad se convirtió en capital del Turkeistán ruso. Fué una nueva California para los mercaderes de Moscou y San Petersburgo. La literatura rusa describe á muchos de estos *tchaketis*, que después de haber hecho fortuna rápidamente y sin escrúpulos en la capital del Turkeistán, volvieron á Rusia á ostentar y dilapidar sus riquezas.

Pero los días prósperos de esta explotación han pasado ya, y la mayoría de los rusos que actualmente viven en Tachkent son militares y empleados. Aunque estos son pocos en número comparados con los indígenas, el barrio ruso ocupa una parte considerable de la ciudad. Las anchas calles polvorientas, las filas de árboles que las flanquean, y las casitas blancas á la europea, contrastan con las pequeñas construcciones de techos planos que habitan los sartos. Las grandes plazas con jardincillos de flores dan á la ciudad un aspecto semejante al de las poblaciones de construcción reciente en los Estados Unidos y Australia. En el Turkeistán la madera es escasa y los albañiles no tienen otro material que ladrillos de barro secados al sol. Los techos están formados con ramas de sauce y cañas, cubiertas con una capa de arcilla y de musgo que en primavera se matiza de flores. Mientras dura la estación seca, la casa se sostiene bien; pero cuando llegan las fuertes lluvias, la tierra, hinchándose, hace estallar el techo y todo él se viene abajo. Los habitantes cuidan casi todos los días de la conservación del techo para no despertar en su dormitorio bajo la lluvia. Las casas no tienen más que un solo piso, y los edificios más elevados, como son los palacios y mezquitas, corren gran peligro en este suelo de frecuentes temblores. Las ruinas de los edificios se cubren

rápidamente de arbustos y florecillas. Los canales corren como arroyos por las calles, entre sauces melancólicos y ruinas viejas é informes, que son casi iguales á las casas nuevas.

Samarkanda (38.000 habitantes), está situada á 655 metros de altura en un valle delicioso. La mitad de su población es tadjike, y reina sobre lo que fué el antiguo Imperio de Tamerlán, el temible exterminador cojo. Fué este conquistador de raza mongola, quien hizo del turco la gran lengua del Asia central, escogiéndola en vez de su lengua materna, que era el mongol, y del persa, que hablaban sus provincias más ricas y civilizadas. De la antigua Samarkanda, famosa en la historia por las conquistas mongolas y en la poesía por sus fantásticas riquezas, no quedan más que cúpulas y minaretes y las soberbias ruinas de los grandes palacios del tiempo de Tamerlán.

Esta ciudad debe su nombre ha haber sido construída cerca de las ruinas de Markanda, que levantó Alejandro Magno: á esta designación primitiva unióse el nombre del caudillo árabe Samar, que en 643 se apoderó de ella, implantando el islamismo. Residencia de la dinastía de los Samanidas, se convirtió, entre mediados del siglo ix y principios del xi, en «el asilo de la paz y la ciencia», siendo una de las ciudades del mundo que por sus Universidades y Escuelas contribuyó más al desarrollo de los conocimientos humanos. Era también una de las principales ciudades de Asia por el número de sus habitantes, pues cuando sus muros fueron derribados por el terrible Jengis-Khan, tuvo para su defensa un ejército de 110.000 combatientes. Después del paso de este exterminador, quedó reducida á una cuarta parte de su antiguo vecindario, ó sea á unas 25.000 familias; pero la ciudad se levantó poco á poco hasta convertirse en el centro del inmenso Imperio de Tamerlán. Después fué devastada por los nómadas, y á principios del siglo xviii era un gigantesco amontonamiento de ruinas con sólo un habitante. Todavía, al poblarse de nuevo, quedan en torno de ella vastas extensiones con ruinas imponentes, restos de edificios que cubren las colinas cercanas y constituyen el orgullo de la ciudad. De lejos se perciben por encima de las murallas las grandes cúpulas azules y los minaretes de mezquitas y palacios, destacándose sobre un horizonte de montañas blancas en invierno y violáceas ó azuladas en el estío. Al Nordeste de la ciudad, la colina de Tchoupan-ata que sustenta pintorescas ruinas y la tumba de un santón, patrón de los pastores, domina á Samarkanda y sus jardines. Al pie de esta altura se bifurcan los grandes cana-

les de irrigación; el Agua Blanca (Ak-daria) y el Agua Negra (Kara-daria).

Los rusos han edificado un hermoso barrio á estilo europeo; pero únicamente recorriendo el dédalo de callejuelas estrechas de los barrios mahometanos, con casas de arcilla, es como se comprende lo que fué Samarkanda en sus tiempos de grandeza. No hay en el mundo escuelas que puedan compararse por su poderío y por la riqueza de su arquitectura con los *medressé* de Samarkanda. Actualmente ya no son escuelas más que de nombre, y las rentas procedentes de las tierras del *vakouf* sólo sirven para sostener á los *mollahs*, ó maestros, y á los *montevalis*, ó ayudantes. El plano de estos edificios es de una simplicidad notable. Todos están precedidos de un pórtico ojival, ancho y profundo, que invita á entrar á las muchedumbres, y se eleva soberbiamente sobre las casitas bajas que están inmediatas, á las que parece proteger con su sombra. El pórtico, adornado con una faja de arabescos y sostenido por pilares cuadrados, está dividido en tres pisos iguales, decorados con tanta elegancia y variedad como los tapices persas. Las líneas se entrelazan sobre las paredes barnizadas y multicolores, formando figuras de asombrosa diversidad. Algunas representaciones del león persa atestiguan la nacionalidad de los primeros arquitectos, y versículus del Koran, en letras kuficas de oro, se mezclan al mosaico.

En la profundidad tenebrosa de la ojiva rodeada de este cuadro brillante, se perciben vagamente otros bordados arquitectónicos de porcelana, y las aberturas, igualmente ojivales, que dan acceso al edificio. Torres redondas y esbeltas, muchas de las cuales ya no tienen la cúpula bulbosa que las coronaba, se remontan por encima de las naves de las mezquitas y de los *medressé*. A cada lado de la fachada, separadas de ella por pequeñas arcadas ó por espacios libres, se levantan columnas redondas, adelgazándose suavemente hasta llegar al capitel que las termina, y no menos adornadas de losanges blancos y azules que el cuerpo principal del edificio. Son éstas las dos columnas simbólicas de los monumentos orientales que, mejor que toda estatua alegórica, representan ante los ojos del pueblo sometido á servidumbre, la *Ley* de los sacerdotes y la *Fuerza* de los reyes.

La plaza principal de Samarkanda, llamada el Kohistan, donde bulle una multitud abigarrada de paseantes y vendedores con vistosos trajes orientales, tiene tres de los más hermo-

sos *medressé*, de la ciudad: el Chir-dar (los Dioses Leones), el Tilla-kari (el Vestido de Oro) y el *medressé* de Oulong-beg, llamada así en honor del soberano que lo hizo construir en 1420. En él estuvo la famosa escuela de matemáticas y astronomía, que hizo de Samarkanda en el siglo xv una de las ciudades santas de la ciencia. La mezquita más espléndida de la población, y de toda el Asia central, es el Chah-riuden (el Rey Vivo), llamada así por un defensor del Islam que, según la tradición, duerme bajo una de las piedras de los cimientos del edificio, pero despertará algún día para reconquistar al mundo, sometiéndolo á la fe del Profeta. Un *medressé* que hizo elevar Bibi-Kanim, una de las mujeres de Tamerlán, lo han convertido los rusos en cuadra y almacén de algodón; pero aún se ve en él un púlpito de mármol, al que subían á gatas los enfermos para recobrar la salud, y en un rincón del claustro la tumba de la soberana. El temible Tamerlán reposa en la cripta de otra mezquita, el Gour-emir, situada sobre una eminencia vecina á la ciudadela y coronada por una cúpula bulbosa de rara elegancia. La tumba está cubierta por un bloque de piedra verde, y del lado que mira á la Meca, un mástil de bandera, con una cola de caballo, recuerda el poderío de este hombre que no tuvo rival en la historia como destructor y apareció como un dios ante las naciones aterradas. Su maestro, sus nietos y otros descendientes reposan en torno de él. Un poco más allá están las tumbas de sus mujeres, y las inscripciones grabadas en los muros hablan de la gloria de Tamerlán. Una de éstas amenaza todavía. «Si yo viviese, el mundo temblaría de terror.»

Samarkanda, la ciudad de las mezquitas, con su población fervorosamente religiosa, ostenta con orgullo el título de «Cabeza del Islam». La Meca es «el corazón». Además, la dan los títulos de «Rostro de la tierra» y «Jardín de los Bienaventurados» á causa de las numerosas tumbas de santos esparcidas en su campiña.

Al Sur del grado 38 de latitud, ó sea bajo el mismo sol que la Sicilia, pero en un clima distinto, tristemente pródigo en vientos glaciales ó ardores asfixiantes, se asienta una ciudad en «las Arenas Negras» á 270 metros de altitud sobre el Mourgh-ab la cual conoce los calores de 45 grados á la sombra y también la alfombra de nieve de Diciembre y Enero. Es Merv, más célebre que rica y bella.

Merv la turcomana acaba de abrir sus puertas al ruso, después de haberlo desafiado mucho tiempo amparada en la pro-

tección de un desierto que juzgaba infranqueable. Ciudad antigua, fué en la Edad Media otra Samarkanda, otra Bokhara.

Estudiantes de todas lenguas iban á ella á aprender en árabe lo que los sabios musulmanes habían traducido ó glosado de la ciencia griega. Hoy es muy poco científica, nada industrial y no la queda más que la fertilidad de su oasis, famoso en el Irán como en el Turán. Este «jardín de Oriente» debe la vida á las aguas invernales del Mourgh-ab, que viene de muy lejos. Deshielos ó crecidas de tempestad hacen en tal época grande y rápido su torrente que, detenido por un dique, y conducido por 425 ó 450 kilómetros de canales, se distribuye en los mejores suelos del territorio merviano, el cual tiene 557.600 hectáreas, con 250.000 hombres.

VIII

Bokhara y Karateghin.

Con el Turkestán ruso y el Turán sometido, linda un Turkestán llamado independiente, pero que no lo es en realidad, puesto que obedece al menor signo del Czar blanco. Bokhara y Khiva saben perfectamente que sus khanes son khanes en holganza, pues nada tienen de príncipes y soberanos como lo indica su título.

Atenta hoy al mandato de un Sultán *Kafir*, ó sea impío, Bokhara fué el «alto sostén de la fe», la antorcha del Islam, el emporio de las escuelas musulmanas reputadas por más sabias, al par que ciudad comercial, cita de caravanas, poderosa metrópoli, con canales, frondosos jardines, verjeles y suntuosos palacios.

«Sobre el suelo sagrado de Bokhara y Samarkanda se debía andar, no de pie, sino de cabeza»—dice un antiguo proverbio. Hoy Bokhara es una ciudad de 70.000 habitantes y de ellos 50.000 son iraníes. La «ciudad de los templos» ha perdido la fuerza de sus muros y el esplendor de su oasis. La opulencia de Samarkanda hizo su pobreza. Mientras más sangra al río «distribuidor de oro» la reina del Kohistan, menos agua vierte el río vivificante en los canales ó *ariks*, que dan la vida á Bokhara. Sucia, malsana, consciente de su caída, viendo sus ruinas, y sentada tristemente al borde de los canales exhaustos, ya no es Bokhara el asilo de la ciencia árabe. Por cierto

que, cuando la ciencia árabe brillaba allí como un faro, sus sabios eran iraníes. Los niños de sus escuelas pasan hoy los años de la aurora de su vida salmodiando con voz gangosa los versículos de un libro árabe que no comprenden siquiera: el *Koron*, dictado por Dios. Al par que la onda deja de llegar á los *ariks*, las arenas, libres del *siksaul*, marchan en dunas al encuentro de la ciudad, amenazada de dormir un día bajo colinas.

Su khanato, al que se señalan 23.900.000 hectáreas y unos 2.130.000 habitantes, comprende dos regiones muy desemejantes y contrarias. Al Noroeste el país de Bokhara, en el que los ouzbeks dominan, y donde se extiende el llano insalubre, árido, lejos de los canales y que parece condenado á muerte por el implacable desarrollo de las dunas. Al Sudeste el Karateghin que es un soberbio «Kohistan», rebosando aguas, lleno de céspedes lujuriantes y que tiene por pastores y labradores á los galtchas, hombres de lengua persa.

IX

Khiva.

El otro satrapado de Rusia, el khanato de Khiva ó país de Kharezmi, está en la orilla izquierda del bajo Amou. Supónese que moran en él de 600.000 á 700.000 hombres, en 5.780.000 hectáreas, ó mejor dicho, en los 13.500 kilómetros cuadrados que riegan los canales alimentados por el río con pródiga generosidad.

No hay oasis más hermoso que el jardín de Kharezmi, limitado por las «Arenas Negras» al Sur, y del otro lado del Amou por las «Arenas Rojas». Tampoco existe sombra más fresca entre los desiertos ardientes que la de sus árboles vigorosos, con las raíces húmedas en todo tiempo por el agua sacada del Tchingerit y el Ingrik, que son los dos canales principales. Bien distribuido, el Amou podía renovar todos los años la juventud de 6.500.000 hectáreas.

Es la miserable metrópoli de este khanato condenado, Khiva, poblada de ouzbeks ó iraníes. Antes debía su riqueza, no sólo á la excelencia de su oasis, sino al mercado de esclavos arrancados de sus hogares persas; pero ya no se venden hombres, mujeres ni niños en sus bazares. Bruscamente desperta-

da de sus sueños por el cañón de los rusos, la ciudad ha caído de nuevo en la indolencia oriental, y permanece triste, adormecida en su fanatismo. Puede decirse de ella que fué, no que es.

X

Turkestán de los Afghanes: Badakchan, Koundouz, Khoulm.

Al pie del Hindou-Kouch, ó Cáucaso indico, sobre arroyos y torrentes que corren á la orilla izquierda del Amou, un millón de hombres obedecen á los Afghanes ó Pouchtous, pueblo grosero que vive tras del mismo Hindou-Kouch, sobre altas mesetas que el invierno carga de nieves.

Como en el resto del Turkestán, ese millón de asiáticos procede de la fuente irania ó de la turania. Al Este, ó sea en la montaña, en la vertiente del Pamir, hay también tadjiks y se habla el puro persa-arcáico. Al Oeste, mientras más cede el monte al llano, y los torrentes nacidos de crestas menos nevadas se detienen lejos del Amou, que desea tragarlos, más domina la sangre turca. Así el Badakchan, que ve á su oriente los taludes del Pamir, es completamente iranio. Este bello país, fresco y fértil, toca á la cuenca del Indo, y aquí es donde los Titanes hubieran debido poner monte sobre monte para llegar al cielo, pues son enormes. El Hindou-Kouch, macizo de montañas que lo separa de la India, cubre á tales alturas el horizonte, que sus dos grandes gargantas se abren á 4.800 y á 5.100 metros de altura.

Al Oeste de esta comarca, en el Koundouz, dominan los ouzbegs. No se encuentran aquí las aguas corrientes, los verdes prados, la sombra densa del feliz Badakchan. El río venido de la garganta famosa de Bamian se seca de arriba á abajo.

Más seco aún es el Khoulm, al Occidente del Koundouz. El Khoulm fué la Bactriana, donde reinaba Bactres, la antiquísima ciudad, el Oum-el-Bled ó «Madre de las Ciudades», como dicen los árabes. Borrada del mundo por Jengis-Khan, proveedor de tumbas, Bactres, hoy Balkh, que fué la Meca de Zoroastro, no es más que un informe montón de ladrillos.

Al Oeste del Khoulm, la aridez del suelo aumenta, la montaña es más baja, y el agua de curso más corto. Se acercan las «Grandes Arenas Negras».



Valle del Ingour. (Dibujo de Taylor.)

CAUCASIA

I

El Cáucaso y el Anti-Cáucaso.

El Cáucaso es semejante á unos Pirineos. Su río Kouban es el Adour, y su río Koura equivale al Ebro español.

Bien es verdad que estos Pirineos son mucho más altos que los nuestros y separan no dos países, sino dos partes del mundo. Además son tan largos como si los Pirineos, partiendo de Biarritz, con otra orientación que nuestros montes hispano-franceses, acabasen entre Cerdeña y Sicilia, teniendo de largo 1.200 kilómetros. Los Pirineos sólo tienen 430. Pero la anchura del Cáucaso, que llega de 100 á 200 ó 250 kilómetros en una, dos y hasta cuatro cadenas paralelas, no sobrepuja á la de los Pirineos, que, como es sabido, se ramifican muy en el interior de España, en Aragón, y sobre todo, en Cataluña.

La parte de Poniente de esta cadena, orientada de Noroeste á Sudeste, difiere en todo de su parte de Levante. El Cáucaso comienza en lugares que son ribereños al mismo tiempo del Mar Negro y del Mar de Azof, en la península de Taman, célebre por sus cien volcanes de barro, país más abundante en bahías y estanques que la tierra firme. De estos llanos á los desfiladeros

del Darial, dominados por el Kazbek (5.043 metros), donde hay siete glaciares, la montaña estrecha, cinco ó diez veces más mojada y más nevada que al Este, tienen neveras, campos de hielo, grandes y violentos torrentes que dan nacimiento al Ingur, al Rion, al Kuban y al Terek, á los ríos, en fin, más principales del Cáucaso, exceptuando el Koura.

Pero en la parte occidental del Cáucaso, entre picos de noble forma, bajo vastas nieves, y con bosques más espesos que los de los Alpes, de los que quizá provienen nuestro nogal y la cepa de nuestra vid, esta cordillera carece de bellos lagos de cascadas imponentes, y los glaciares retroceden por el momento ó para siempre por la desecación progresiva del centro entre la Europa y la Asia. Cuando es la naturaleza la que, fiel á alguna ley cósmica, devora el hielo «eterno», nada se puede hacer para impedirlo. Pero, ¿por qué viola el hombre la magnificencia de los bosques? ¿Por qué desafía así al porvenir con las impiedades de la tala?

En esta mitad de la cordillera, sobre un contrafuerte que mira al Norte, se alza el Elbrouz, la «Cima de hielo» (1), viejo volcán ahora frío y mudo. Por sus 5.660 metros es el gigante del Cáucaso y también de Europa, al menos para los que no miran el Cáucaso como realmente separado de nosotros por llanuras muy bajas, al par que realmente ligado á Asia por las masas del Anti-Cáucaso.

En la garganta del Darial ó «Puerta del Cáucaso», á lo largo del naciente río Terek, que es el camino que conduce de Europa á Tiflis en Asia, cae tres veces menos agua que sobre las vecinas crestas del Euxino. Siguiendo adelante hacia el Sudeste, la lluvia disminuye lo mismo que las nieblas, y con ellas el verdor y espesura de los bosques, mientras que el Cáucaso, ensanchándose cada vez más, se rompe hasta formar un caos poderoso y profundamente esculpido por los meteoros que se llama el Daghestan, nombre turco y persa que quiere decir «País de las Montañas».

Desde los altos picos, desde los acantilados del Daghestan, se ve el mar Caspio á los pies, la península de Apcheron, que tiene manantiales de petróleo milagrosamente abundantes, con lenguas de fuego, y la naftosa y bituminosa Baku, ciudad sin sombra, presa de los vientos y el polvo. Allí el cielo es de bronce; sólo caen 232 milímetros de lluvia al año, por 2.398 que caen

(1) Elbrouz, corrupción de Sal-Bouz, en turco: Cima de hielo.

en Kutais y 3.000 y hasta 4.000 en las altas grupas del Cáucaso de Occidente. En el interior, entre las cadenas del Anti-Cáucaso, el verdadero maná del cielo es aún más escaso que en Baku. Ielizavetpol sólo recibe 209 milímetros, y Aralikh, al pie del Ararat, 152; sequía propia del Sahara. Se concibe que en un aire tan árido la zona de las nieves, de indefinida duración, empieza muy en lo alto. Así, á pesar de su gran humedad en las vertientes del Darial y el mar Negro, la línea de perseverancia es mucho más alta (1) en el Cáucaso que los Pirineos.

Con el Elbrouz y el Kazbek, las puntas más altas y bellas del Cáucaso son, el Koch-tan-tau (5.211 metros), el Dikh-tau (5.159), el Uchba (5.027), terminado por dos picos de indescriptible belleza, y el Tetnuld, parecido á la Virgen ó Jungfran de los Alpes. Al Mediodía del Cáucaso, los macizos llamados Anti-Cáucaso van á anudarse á la red montañosa de Armenia, de Persia y de Asia Menor. Distingúense allí el Abul (3.299 metros), antiguo volcán que corona una lúgubre meseta perdida en las lavas: el Ala-Goz (4.095 metros), otro volcán muerto que era antes gran vomitador de lava y cubre los afluentes del Araxe, y el más grande de todos el Ararat (5.157 metros), volcán vivo al Sur del Araxe, al final de la Caucasia.

II

El Rion.—El Koura y el Araxe.

El Cáucaso Occidental envía al mar Negro, muy profundo en la parte del Asia, primero los cortos torrentes de la Abkhazia, luego el Ingur, el Rion y el Tchoroukh.

Los torrentes de la Abkhazia caen más que ruedan al mar, pues la abrupta sierra, llena de nieve, está muy próxima á la opulenta ribera marina, que es de clima dulce, pero demasiado húmeda y palúdica.

El Ingur saca mucha agua de sus montañas, que tienen glaciares y neveras en su cima y abajo profundas selvas, bajo un cielo cargado de nubes. De los circos de arriba pasa al valle por 80 kilómetros de desfiladeros terribles, de un ancho de 5 á 10 metros, siempre entre rocas sombrías, granitos, esquistos, con árboles inclinados á 200 y 400 metros de altura sobre el negro horror del precipicio.

(1) Una diferencia de 600 metros.

El Rion, antes Phase, en la Mingrelia, que se llamó Cólquida, es un gran río, que nace en campos de hielo inmensos, ruge en las gargantas y se desliza silencioso por las llanuras palustres, acabando en un delta cerca del puerto de Poti, donde sus aluviones obstruyen cada vez más la entrada. Cae en él tanta agua tibia y libre y tanta nieve fundida, que lleva al mar más de 500 metros cúbicos por segundo.

El Tchoroukh vale tanto casi como el Rion, así como su país, el Laristan vale tanto como la Mingrelia, por la humedad de sus montañas.

El Ingur, el Rion y el Tchoroukh hacen su viaje en tierra georgiana.

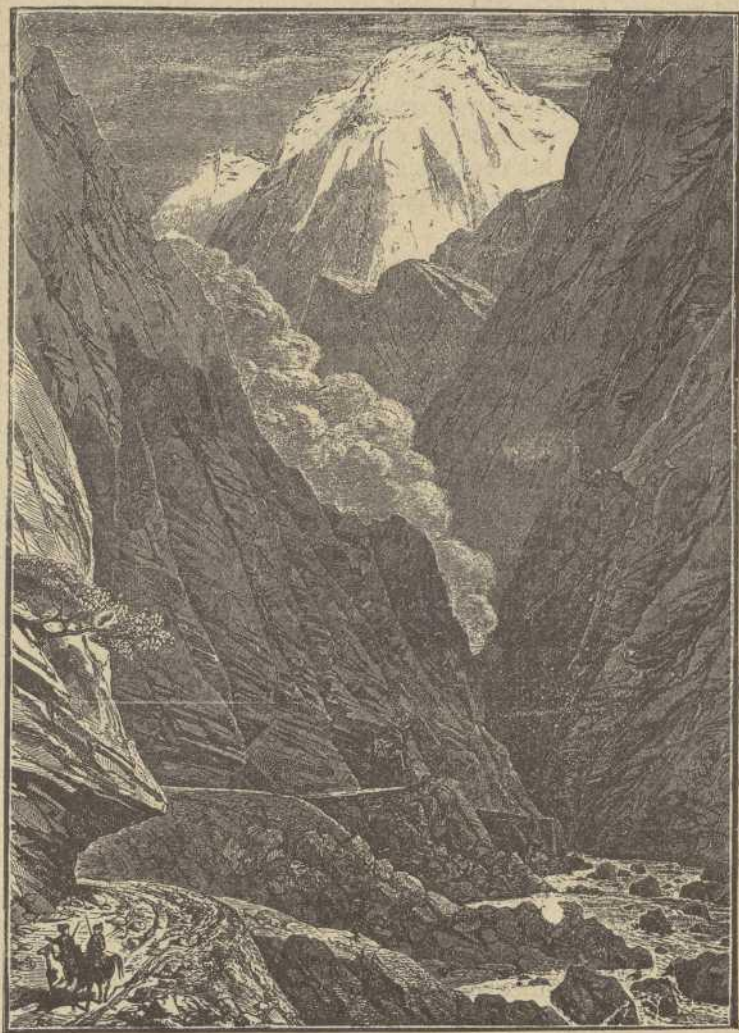
El Koura, más largo y vuelto hacia el Oriente, es georgiano también en su curso superior, y luego es turco hasta el Caspio. Su gran afluente, el Araxe, que es primero armenio, acaba en turco también. Se entiende que esto es por la lengua hablada á orillas de dichos ríos y no por la dominación política. El Czar de los rusos reina sobre todos estos ríos.

El río que los georgianos llaman en su dura lengua Mtkvari, ó sea el Koura, nace en el Anti-Cáucaso, en el país de Kars, á 3.109 metros por encima del mar. Se retuerce en las entrañas de la meseta volcánica, donde descuella el Abul, y luego descendiendo 163 metros por una escalera de saltos y cascadas. De los hielos del Cáucaso recibe más agua que de sus montañas nativas. Aparte de los más altos picos, su cuenca, su aire y su suelo son de una tal sequedad y tantos canales le roban su linfa y la de sus afluentes, que aun unido al Araxe, que es tan grande como el Koura, no lleva éste más de 194 metros cúbicos por segundo en el estío y 694 por término medio al año, probablemente menos que el Rion, cuya cuenca es diez veces más pequeña. Sin embargo, riega un gran espacio de montañas que tienen picos iguales ó superiores al Mont-Blanc. Aunque su agua es impura, entre amarilla y roja, el Koura no tiene poder suficiente para disminuir con sus sedimentos el lago Caspio. En treinta y tres años (1) sólo le ha ganado 13.500 hectáreas, ó sea unas 400 por término medio al año.

Antes corría sólo al Caspio, sin juntarse con el Araxe, entonces independiente, y, según afirman, dicho afluente tiende á volverlo á ser, inclinándose á la derecha. El Araxe, hijo de las mesetas armenias, tiene su origen en el Bingoldagh ó «monte delas

(1) 1829-1862.

mil fuentes». Lo mismo que al Koura, lo estrangulan negros desfiladeros. Río *haikano* por excelencia, ó sea armenio, pasa al



Desfiladero de Darial ó «Puerta del Cáucaso». (Dibujo de Blanchard.)

pie del Ararat, monte *haikano* también. Más abajo, en el país de Ordonbad, desciende unos 400 metros de salto en salto y se une al Koura en las aridísimas estepas del Mongan, campo salvaje,

amarillo y polvoriento, que el riego hará florecer. Uno de sus afluentes de la izquierda, el Zanga, río de Erivan, le lleva durante la fusión estival de las nieves el tributo del lago Gok-Tchai, que quiere decir en turco «Agua azul». Este lago, de 137.000 hectáreas y 110 metros de profundidad, llamado Sevanga por los armenios, no tiene desagüe durante los meses fríos del año, meses que aún son más tristes que fríos en esta altura de 1.932 metros, entre pórfidos y lavas grises, rojas y negras, sin césped que vista las rocas, sin bosque que esparza las melodías del viento. El alegre verde falta en la armonía del «Agua azul».

III

Clima.

El azul de este lago Sevanga, reflejando el azul de las montañas con blancas nieves, sería una cosa maravillosa si los céspedes enternecieran su grandeza; pero el Gok-Tchai duerme bajo el cielo más seco del Anti-Cáucaso. No lejos del lago y mil metros más abajo, el abominable Erivan, tiene fríos de 33 grados bajo cero que hielan la vida, calores de 45 grados que la secan, y nada de lluvia para rejuvenecer la tierra. Excepto en la vertiente del Ponto-Euxino, que es muy húmeda, los climas transcaucásicos se parecen todos al del Erivan. Los hay aún más helados que los del Erivan, y más abrasadores, más secos, más feroces.

IV

Pueblos y lenguas.

En el Cáucaso más de 150 picos traspasan las nubes á 3.000 metros. Si Plinio dice verdad, contábanse allí en su tiempo tantas tribus, lenguas y dialectos en sólo la Cólquida, que se necesitaban para vivir en Dioscurias 130 intérpretes.

Aún hoy el Cáucaso es un campamento de pueblos; una Babel de lenguas. Sólo en el Daghestan, entre 500.000 hombres se hablan 30 idiomas, y de los 30 uno sólo se usa en 28 cabañas que forman la aldea de Innoukh. Pero en justicia, estas 30 lenguas no resultan todas inconciliables. Muchas, que son simples

dialectos, penetran unas en otras, de modo que la triple decena se puede resumir en cinco «verbos inconmensurables» ó que pasan por tales. ¿Por qué tantas tribus, tantos clanes, tantas lenguas? Por la razón de que el gran monte Cáucaso, situado entre dos mares, entre dos mundos, entre dos caminos de naciones, fué siempre el asilo de los pueblos vencidos en las llanuras y mesetas que rodean esta altura magnífica.

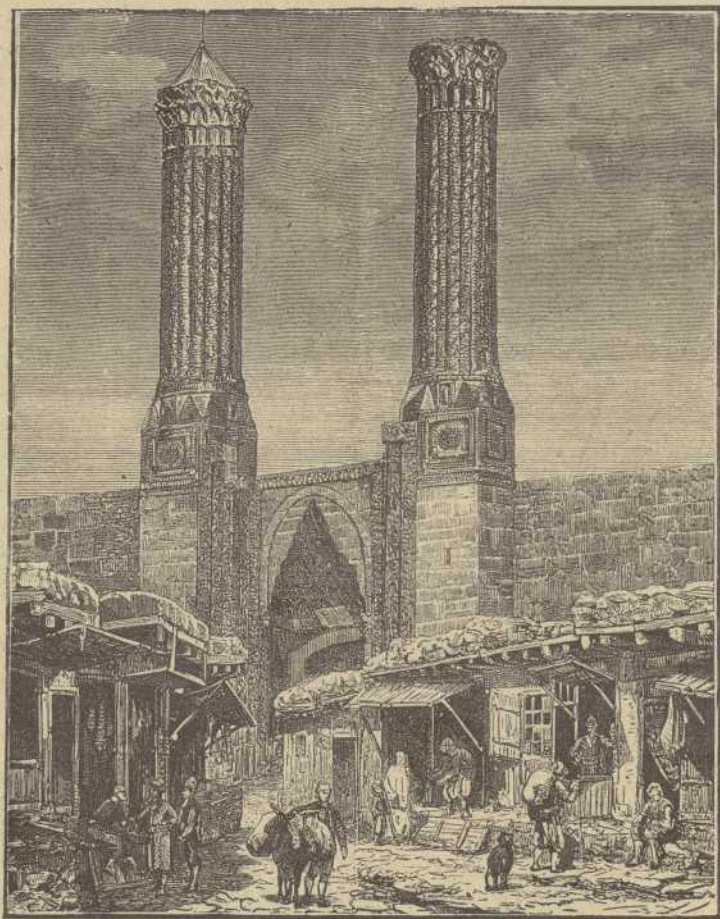
V

Los tcherkesses.—¡Plaza á los esclavos!

Todos estos despojos de las luchas humanas se tropezaron sin penetrarse, hallando cada uno, en picos y crestas, un *sanctasanctorum* inviolable para todos, excepto para el ruso, que después de emplear dos siglos en la conquista de la montaña la ha limpiado al fin de sus más valientes defensores. Quinientos mil hombres, tcherkesses ó circasianos, los más soberbios productos de la raza humana, y muchos abkhazes, hermosos, aunque no tanto, han desertado de los campos de sus padres abandonando las cimas tradicionales. Los abkhazes han huido al Mediodía de la cordillera; los tcherkesses al Norte, entre el Mar Negro y la cima argentada del Elbrouz, en la cuenca del Kouban, río que corre entre monte y landas y vierte por término medio 1.126 metros cúbicos de agua al mismo tiempo en el Ponto-Euxino y el mar de Azof, á la salida de un delta de 675.000 hectáreas.

Estos fieros batalladores llevan, como los albaneses, todo un arsenal de armas en la cintura. Bandoleros y secuestradores, vendían de buen grado sus bellas hijas á los grandes señores turcos y á los ricos burgueses de Oriente para que llenasen su harem. Profesan hacia el ruso el odio del vencido al vencedor, del robado al ladrón, del musulmán al cristiano. Fugitivos ó rechazados han ido á perderse, desde 1864, en las tierras del Gran Sultán, allí donde quiera que el turco ha consentido alojarlos para reforzar el elemento osmanlí (como en Asia Menor) ó perturbar al elemento cristiano (como en Bulgaria). Han muerto quizá por centenares de miles, siendo odiosos á sus vecinos, á quienes trataban con dureza de ásperos montañeses apasionados de la guerra y la venganza. El ruso les

ha tomado tierras, prados, valles, y los que restan hoy como pacíficos en las comarcas sometidas, donde vivieron sus antecesores doscientos años sobre las armas, cantan su canción eslava

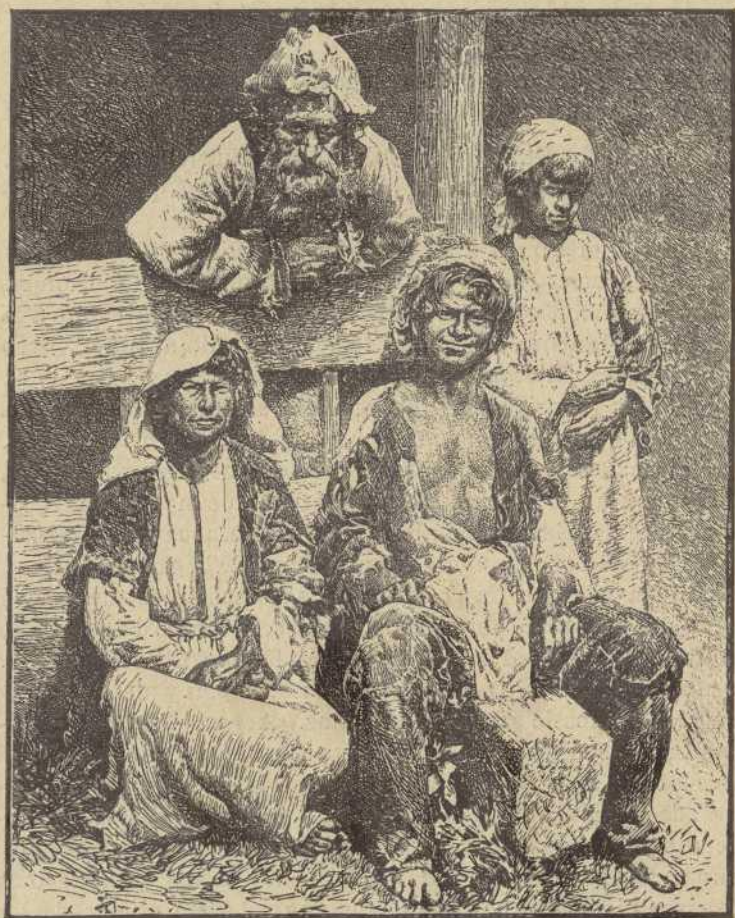


Una mezquita en Erzeroum. (Dibujo de Th. Deyrolle .)

ante los cementerios abandonados. Sólo en un año 54.000 colonos, grandes rusos ó pequeños rusos, han ido á reemplazar á otros tantos muertos ó desterrados. La Eslavia es un mar que se extiende, y sus olas, hasta ahora, sólo han retrocedido en el Extremo Oriente ante los japoneses.

En el centro, y al oriente de la cordillera, los rusos han ex-

terminado menos á los caucasianos. Siempre quedan tcherkesses kabardos en lo alto de un gran afluente del mar Caspio, el Terek, río de unos mil metros ó más de caudal, inestimable



Tipos del Cáucaso. (Dibujo de Franishnikoff.)

por el riego que presta á las estepas de su curso. Al lado de estos kabardos, raza magnífica, habitan los osses ó irones, raza fea. El Daghestan conserva también sus antiguos pueblos; los doscientos mil tcherkesses que bajo el mando de Chamil resistieron todavía á los ejércitos del Czar blanco cuando los circasianos habían ya cubierto de moribundos todos los caminos de su doloroso

éxodo. Al Este de los tetchenes subsisten los lezghianos, que se estiman en 500.000, formando numerosas clanes de lenguas diversas.

VI

Georgianos.

Gentes de la Kakhetia, Inmerianos, Mingrelinos, Svanos, Souanethas, Lazos, todos, en fin, los georgianos, poseen la belleza de los más hermosos caucásicos.

Viven en el Koura alto, el Ingour, el Rion, el Tchoroukh y en el Asia turca, hasta más allá de «la Imperial» Trebizonda. Estos *gronsianos*, como los llaman los rusos, no entraron á la fuerza en el Imperio eslavo. El temor y el odio al infiel, turco ó persa, los empujaron á los brazos del gigante ruso, y en 1799, el rey de los georgianos legó su pueblo al emperador ruso, á quien desde entonces sirve la nobleza fielmente en la guerra. A favor de la paz, que apenas si conocían antes estos hombres, han aumentando mucho. No por eso dejan de invadirlos Europa y Armenia. Europa siembra el país de cosacos y colonos rusos, que pasan rápidamente, según dicen, de la grosería eslava á la finura oriental. La Armenia les envía armenios que son los judíos del Cáucaso, banqueros, usureros, hombres de negocios, prontos á arruinar al deudor, apoderándose del último céntimo. Poco á poco las tierras de los *gronsianos*, nobles y plebeyos, pasan á las manos de estos prestamistas. «Aryas» ó no, los georgianos, que son hermanos posibles y probables de los tcherkesses y los lezghianos, han permanecido cristianos mientras sus padres, de sangre «antigua», se hicieron en fechas diversas mahometanos, tibios primero, fanáticos al fin. En su lengua, que es muy ruda, llámanse los Kartvel. Rota hoy en día, hasta formar diversos dialectos que trata de dominar el viejo idioma de los poetas y teólogos «del florecimiento», la lengua georgiana no tiene relación, según parece, sino consigo misma. Ni «arya», ni turcomongola, ni semítica, es quizás lo único que resta de ese antiguo lenguaje, antes muy extendido, y que como el celta, es el último despojo de un gran buque que creyó, sin duda, tener por divisa: *Fluctuat nec mergitur!*

VII

Turcos.

Devorados como los georgianos por la usura armenia, los turcos y tártaros de la Caucasia habitan la parte media y la base del Koura, y el medio y el bajo Araxe. Tienen allí, cual en todas partes, virtudes que son raras en Oriente y aún en el orbe entero, como son bondad, sencillez, honradez y tolerancia, aunque figuran como fervientes musulmanes. Bastante políglotas hablan un turco casi sin mezcla, y á veces el árabe, el ruso y el persa. Esta es la lengua materna de sus vecinos del monte Lenkoran, los cuales, ribereños del Caspio, se extienden en la frontera de Persia.

VIII

Armenios

Al Sur de los georgianos y de los turcos, en la cuenca del Koura, y más aún en la del Araxe, los armenios se dan á sí mismos el nombre de haikonos, y llaman Hayasdan á su país, que comprende también tierras extracaucásicas, ó sea en la Turquía asiática los montes del lago Van y la región de las ramas originarias de Eufrates, y en Persia, pequeños cantones. Pero desde estas dos comarcas, el turco sunnita y el persa chiita, tienden á agruparse subiendo hacia el Norte al través del dominio rruso y cristiano, donde el sentimiento nacional armenio, adormecido largo tiempo, se despierta poco á poco. Se les evalúa en tres ó cuatro millones, dispersos á lo lejos, en Asia, Europa, Turquía, Rusia y Hungría. Sólo en Constantinopla hay 200.000.

Sin embargo, es prudente no elevarlos á más de dos millones de hombres; 1.500.000 como grueso de la nación alrededor del Ararat y los restantes esparcidos, y por lo general desnacionalizados de lengua, aunque no de religión, pues son obstinadísimos en la secta cristiana que profesan. Por esta fidelidad, sin traición á sus viejos ritos y sus plegarias, se asemejan mucho á

los judíos, y no menos que los hijos de la «Antigua Alianza», son comerciantes en el alma y usureros sin vergüenza, emboscados en sus viviendas para saquear igualmente al turco, al tártaro, al georgiano y aún al ruso.

Donde los armenios no han acabado por adoptar las lenguas del país (especialmente el turco de Constantinopla y otros lugares del Asia anterior), hablan un idioma muy antiguo, pariente de los nuestros, y sobre todo del zendá (que es el iráneo de otros tiempos), erizado de consonantes, duro entre los más duros, plástico y potente. El idioma armenio ha sufrido algunos arañazos durante los miles de años que lleva en contacto con las lenguas semitas; pero el tiempo ha cambiado menos el verbo que ha mezclado la raza con mil elementos en ese oscuro conflicto de los pueblos que ocupan el movedizo Oriente, llamado «inmutable» tan injustamente.

IX

Usos y costumbres del Cáucaso.

A principios del siglo XIX las relaciones entre los diversos pueblos de la Caucasia eran tan insignificantes, que los caminos desde el Mar Negro al Mar Caspio, seguidos en otros tiempos por los mercaderes griegos, romanos y genoveses, estaban completamente olvidados. En 1823, después de muchos siglos, se realizó este viaje, que equivalía á un acontecimiento geográfico.

Aun en los tiempos presentes las comunicaciones son muy difíciles entre una y otra de las vertientes del Cáucaso. Sólo un camino carretero une las dos mitades de la Caucasia, y esta ruta se ve con frecuencia destruída por accidentes de la naturaleza, caída de peñascos y avalanchas de nieves.

El camino del Darial, conocido por los antiguos con el nombre de «Puerta del Cáucaso», es efectivamente una puerta de enormes rocas, cuyas entradas estaban defendidas por viejas fortalezas que ahora han reemplazado los rusos con puestos fortificadas.

En el estrecho litoral del Mar Caspio, entre sus ondas y las abruptas escarpaduras del Cáucaso, se abría otro camino más fácil para los conquistadores y las emigraciones de los pueblos

que iban de Asia á Europa ó de Europa á Asia, camino que también estaba dominado por grandes fortificaciones.

La ribera del Mar Negro que confina con la Caucasia Occidental, tenía igualmente otro camino, pero éste no ha servido desde los tiempos de la dominación romana, y en aquella época ponía en comunicación las dos mitades del imperio de Mitridates, el famoso rey del Ponto. En este camino se ven todavía restos de los puestos militares antiguos, que los abkares respetan supersticiosamente como «altares de los gnomos». Pero desde los tiempos del imperio bizantino esta ruta fué abandonada, y durante siglos obstruida por abruptos accidentes del terreno y poblada por tribus belicosísimas, fué inaccesible á toda expedición. Únicamente por el mar, cuyas aguas permanecieron libres, pudieron los griegos, genoveses, turcos y rusos hacer el comercio con las poblaciones del Cáucaso, conservando en sus transacciones las armas en la mano.

Sólo á fuerza de incesantes combates se ha podido forzar el muro del Cáucaso, pasando de una vertiente á otra. Terribles enemigos esperaban á los expedicionarios en los desfiladeros y cumbres, y como consecuencia de cada avance, algún pueblo vencido, pero no domado, iba á refugiarse en un valle remoto, de difícil acceso, separándose para siempre de sus hermanos de raza y lengua.

Bien sabido es cuán costosa ha resultado para Rusia la conquista del Cáucaso, prolongándose durante dos siglos. Sólo después de partir el país, construyendo caminos militares de enorme extensión y sembrando el terreno de puestos de cosacos prontos á saltar sobre la silla de sus corceles á la menor alarma, han podido dominar el país. El gran poeta Pousckine cuenta como se aventuraban los rusos por estos caminos todavía en 1830. Viajeros, obreros y mercaderes tenían que esperar algún convoy escoltado por un verdadero ejército, que iba de fuerte en fuerte, aprovisionando á las guarniciones en épocas fijas. Se marchaba lentamente, en medio del polvo, con la mirada atenta y las armas prontas, siguiendo el interminable rosario de rebaños y carretas de chirriantes ejes: nadie osaba separarse unos cuantos pasos de los escuadrones de cosacos, y la etapa diaria no excedía de 16 kilómetros. Los enemigos estaban ocultos en todos los accidentes del terreno, prontos á caer sobre el convoy en una galopada de muerte al más leve descuido. Pero estas expediciones repitiéndose con lenta regularidad acabaron por desmembrar á los enemigos, haciendo perder su cohesión.

á los tribus belicosas. Además, los bosques donde se ocultaban los montañeses para tirar sobre los rusos han sido destruidos.

«Si yo pudiese—decía Chamil, el caudillo heroico de los caucasicos—ungiría con óleo santo los árboles de mis bosques y con miel perfumada el barro de mis caminos, pues los árboles y el barro son mi mayor fuerza.» Pero aunque los barrizales continúan como en los tiempos de Chamil, los árboles han disminuído mucho, la montaña ya no es inaccesible y las tribus cayeron en la servidumbre. Un canto del poeta ruso Lermontof nos muestra el Cáucaso irguiéndose con el orgullo de su grandeza impenetrable y despreciando á los enanos que llegan de las llanuras eslavas pretendiendo escalarlo. Pero cuando los ve armados de palas, picos y hachas, removiendo el suelo para abrir caminos, y cortando árboles, el gigante se estremece hasta sus más profundos cimientos y adivina que llegan los días de esclavitud.

Ya hemos hablado de la gran variedad de los pueblos que ocupan el Cáucaso como restos del pasado.

Los tcherkesses que habitaban la vertiente septentrional del Cáucaso, vencidos por los ejércitos del Czar Nicolás, no quisieron someterse al yugo del dominador, y antes que habitar la llanura que les ofrecían los rusos, prefirieron emigrar en masa. Solo 76.000 aceptaron las condiciones del vencedor. Este, contento de desembarazarse de tales enemigos, les facilitó los medios para la partida, empujándolos hacia los dominios del Sultán de Turquía, y en los valles que «restaron vacíos», según frase del gobierno ruso, vinieron á establecerse numerosas colonias de agricultores eslavos. El éxodo de los tcherkesses fué un desastre. Ascendían á más de medio millón estos emigrantes, y una gran parte murió en el largo camino, de hambre y enfermedades. El resto, establecido por fin en varios dominios del Sultán, tuvo que luchar con la aversión de los vecinos que miraban con malos ojos á estos extranjeros, altivos, belicosos, habituados á la rapiña y sin costumbres de trabajo.

Aunque sólo queda en Caucasia un número relativamente pequeño de tcherkesses, ó sea los que se sometieron al ruso por miedo á la incierta emigración, comprando con la servidumbre el derecho á permanecer en su patria, estas tribus son consideradas como el tipo de la raza caucasiana. Su resistencia enérgica ante los invasores rusos, ha valido á estos montañeses caucasicos una reputación de heroismo igual á la de los pueblos mas

valientes de la tierra. Sus tradiciones caballerescas, la simplicidad patriarcal de sus costumbres, la belleza física y la elegancia de sus formas, hacen de los tcherkesses los primeros del Cáucaso. Desgraciadamente carecen de afición al trabajo y apenas les es posible la vida en la paz. Su mismo nombre de tcherkesses, significa, según los etimologistas, «Bandoleros» ó «Caballeros del camino». Pertenecen indudablemente al mismo origen que los georgianos, lezghianos, tchetchenes y otros pueblos del Cáucaso que no se sabe ciertamente si son arios ó productos de la mezcla de diversas razas. Hermosos por lo general, con una imponente belleza varonil, son esbeltos, breves de talle y anchos de espaldas. Su rostro ovalado de tez clara y ojos brillantes, está coronado con una pródiga cabellera negra. También abundan entre ellos el pelo castaño y el rubio.

Se atribuye su apostura erguida á la costumbre que tienen las madres de nutrir á sus pequeños, colocándolos de espaldas sobre una tabla. Hombres y mujeres se creen deshonrados por la obesidad ó cualquier otro defecto de su cuerpo, y cuando sufren esto, que consideran como una desgracia, se abstienen de presentarse en las fiestas públicas y las reuniones populares. Convencidos de que la belleza es un privilegio de su raza, los tcherkesses se casan raramente con mujeres que no sean de su misma sangre. El traje de los tcherkesses, de una singular coquetería, sienta perfectamente á estos hombres esbeltos y ligeros. Con el tiempo se ha convertido en un traje nacional, pues lo usan todos los caucasianos y sirve de uniforme á los mismos cosacos rusos. Hasta los judíos pacíficos visten la *tcherkeska*, ó sea la elegante túnica, con el pecho ornado de cartucheras, que son inútiles para ellos.

Lo mismo que los albaneses del Pindo, con los cuales tienen gran semejanza, los tcherkesses respetan la venganza como cosa sagrada y tienen la ley del Tali6n como ley suprema. La sangre reclama sangre; el matador debe ser sacrificado, á menos que no rescate su crimen con dinero ó consiga raptar un niño de la familia de su enemigo para educarlo como si fuese su propio hijo, devolviéndolo después á la casa paterna.

La sustituci6n de las marcas de propiedad en los caballos, es considerada como un crimen inaudito, y debe también pagarse con sangre. Las guerras de familia á familia duran entre los tcherkesses muchísimas generaciones, mas á pesar de esta lucha incesante han mostrado siempre repugnancia á refugiarse en casas de piedra. Contando con la fuerza de su brazo

no habitan más que cabañas de madera ligeramente construidas. Nunca realizaron sus venganzas en presencia de las mujeres, seres sagrados que, con sólo un gesto ó una lágrima, podían evitar la muerte. A pesar de este respeto, el padre ó el marido tenía sobre ellas, en otro tiempo, el derecho de vida y muerte, pudiendo matarlas sin responsabilidad alguna.

Siguiendo la antigua costumbre, tan generalizada en los pueblos primitivos, el joven se apodera por la fuerza de la mujer que desea por esposa, raptándola de la casa paterna. Todas las muchachas tcherkesses saben por adelantado que al llegar á la pubertad abandonarán la casa de su padre, bien raptadas por un amante, bien vendidas por la familia para el harem de un señor turco; pero esta expatriación, que es ya una costumbre, no les causa emoción alguna. Hay que tener en cuenta que, según las tradiciones del país, la entrada del harem es el camino del poderío y la riqueza, y recordando á ciertas caucásianas que llegaron á ser esposas de sultanes, toda joven tcherkesse ve en la esclavitud amorosa y el encierro, el medio de llegar á esposa legítima de un gran personaje turco, conquistándolo con su belleza, sus elegantes maneras y la poesía de su lenguaje. Mientras que las otras hembras orientales que llenan el harem han nacido esclavas, las caucásianas han vivido una parte de su existencia como mujeres libres y esto forma su principal encanto.

Cuanto á los muchachos, hasta hace poco eran educados las más de las veces no por sus padres, sino por un *atilik* ó maestro, escogido especialmente en vista de sus cualidades físicas y morales, su valor, sus buenas maneras, su elocuencia y su habilidad para manejar armas y caballos. Los padres desconfiaban de su propia ternura, temían mimar á sus hijos y daban á éstos un segundo padre, encargado de hacerlos excelentes jinetes, valientes cazadores del animal y del hombre, y de enseñarles los preceptos del arte de expresarse simplemente, con elocuencia y poesía.

Cuando terminaba la educación del joven, volvía á la casa de su familia, mas no por esto dejaba de venerar al *atilik* como un verdadero padre. En otros siglos era por un robo ficticio (resto singular de los costumbres bárbaras) como el *atilik* se encargaba del niño. Tres días después de su nacimiento se apoderaba de él, pero había de ser en presencia de siete testigos, los cuales afirmaban por medio de juramento, cuando el adolescente volvía á su casa, que era el mismo que se había lle-

vado el maestro. Así se fué formando este pueblo, que según sus tradiciones «es el más bien educado de la tierra». Aunque muy



Soldados georgianos. (Dibujo de E. Burnand.)

orgullosos de su libertad, los tcherkesses no fueron nunca iguales entre ellos. Estuvieron siempre divididos en tres castas: la de los príncipes y la de los nobles, en perpetua guerra intestina, y la de los simples agricultores y guerreros. Pero todos

ellos se agrupaban en *tleouch* ó «fraternidades», y estas asociaciones de hombres dispuestos á sacrificarse unos por otros hasta la muerte, fueron las que dieron á los tcherkesses su gran fuerza de resistencia ante los invasores rusos. En la llanura especialmente fué donde los nobles gozaban mayor autoridad, y en ciertos lugares llegaron á constituir un régimen casi feudal. Pero los labriegos sometidos á ellos huyeron de sus exacciones, refugiándose entre los tcherkesses de la montaña y fué en vano que los nobles los reclamasen. Con motivo de esto se originaron grandes guerras, que tuvieron por consecuencia la derrota de los nobles y el que muchos de estos solicitasen el auxilio del extranjero. Mas abajo de las tres clases libres trabajaba la muchedumbre de esclavos, compuesta de prisioneros de guerra y refugiados. La voluntad de los hombres libres, expuesta en las asambleas populares, se convertía en ley, y los príncipes y nobles eran sus ejecutores. Los sacerdotes, que figuraban en el mismo rango de los señores, no tenían más que una débil influencia, pues las religiones, muy mezcladas en el país, hacían á los tcherkesses paganos por sus antiguos dioses y cristianos ó mahometanos por sus cultos oficiales. Como paganos, adoraban á Chiblé, dios del rayo, de la guerra y de la justicia, y en su honor sacrificaban, después de la victoria, los más hermosos corderos cogidos en sus pillajes. Veneraban además los árboles heridos por el rayo, y todo criminal fugitivo encontraba bajo su ramaje un asilo sagrado. Las divinidades de los aires, de las aguas, de los bosques, de los árboles frutales y de los rebaños, emanaciones todas del Gran Espíritu, tenían también su culto y recibían sus ofrendas, consistentes cuando menos en algunas gotas de licor solemnemente derramadas. Para implorar la bondad del mar y pedirle que fuera clemente con los navegantes amados, la madre, la esposa ó la prometida confiaban sus presentes al agua que baja rugiendo de lo alto de la montaña. El torrente transportaba en sus saltos estas ofrendas al mar Negro, y el mar contestaba con el silbido de sus vientos y la ascensión de sus nubes.

Tal era la religión de los antiguos tcherkesses; pero hasta mediados del siglo XVIII los príncipes y los nobles se llamaron todavía cristianos, arrodillándose en las iglesias, cuyas ruinas se ven aún esparcidas en las cumbres de las colinas. Uno de sus caudillos, el *cheik* Mansour, que los rusos enviaron á morir en la isla Solovetz, entre los hielos del Mar Blanco, hizo de todos sus conciudadanos fervientes musulmanes sunnitas. La

influencia de los khanes, que por entonces dominaban á Crimea, se agitó en el mismo sentido y la fe mahometana se hizo cada vez más ardiente entre los tcherkesses, á medida que aumentaba su odio contra el ruso cristiano, invasor de su patria. Sin embargo, las costumbres antiguas se mantuvieron en la familia y la poligamia musulmana apenas se generalizó en el país. El guerrero tenía vergüenza de visitar á su mujer en presencia de los compañeros, pues los matrimonios, aunque no eran secretos, se consideraban como un hecho del que no debía hablarse entre hombres.

Los abkhares, que conservan, apenas modificado, el nombre de abares, con el que les conocían los griegos, se dan á sí mismos el título de Absoua, ó sea el «Pueblo», por excelencia. Antes de las grandes emigraciones del Cáucaso ocupaban casi toda la vertiente meridional de esta cordillera y rebasaban en algunos puntos las cumbres de las montañas para extenderse por los territorios de los tcherkesses. Los dialectos que hablan se parecen mucho á los de sus vecinos, pero un gran contraste separa á ambos pueblos en su apariencia y sus costumbres. Los absoua son más pequeños que los tcherkesses, de piel más morena y cabellera más negra. La mayoría tiene las facciones irregulares y el gesto duro y salvaje. Su sangre no es tan pura como la de sus vecinos. Los esclavos de su raza, hombres y mujeres, eran vendidos á los turcos por la mitad del precio de los circasianos. No tienen la apostura caballeresca de los tcherkesses; pero, como ellos, gustan de vivir del producto de su espada y durante mucho tiempo su oficio preferido fué piratear. Antes de que el Ponto-Euxino se convirtiese en un mar ruso, sus largas embarcaciones, que marchaban lo mismo á remo que á vela y cuya tripulación se componía de ciento á trescientos hombres, avanzaban audazmente sobre las costas de la Anatolia, Crimea y Turquía de Europa, llegando hasta la puerta del Bósforo para saquear y cautivar hombres. Un gran número de absouas se vendieron en Egipto como soldados, llegando á estar representados por una muchedumbre en el famoso cuerpo de los mamelucos. Algunos de ellos alcanzaron á ser importantes personajes.

Los absouas, lo mismo que los tcherkesses, se agrupan en confederaciones guerreras, divididos en príncipes, nobles y hombres libres, confiando á las manos de los esclavos todos los trabajos penosos de la agricultura.

Entre algunos de estos grupos el dinero era todavía desco-

nocido antes de la invasión rusa, y el signo de cambio estaba representado ordinariamente por una vaca, siendo los becerros que naciesen el interés del capital. Con frecuencia ocurría que pasados algunos años un pequeño empréstito era satisfecho con la entrega de todo un rebaño. Solamente en 1867 esta moda primitiva de ejercer la usura fué reemplazada por el método todavía más cruel que practican los pueblos «civilizados». Se-
mejantes á los tcherkesses en religión, los absouas son todavía paganos por su modo de pensar y por ciertas prácticas, guardando dentro de su fe mahometana algunos restos del antiguo culto cristiano. Veneran las cruces de las iglesias, comen carne de cerdo, cuelgan en los templos ex-votos consistentes en corazas, armas y vestidos, y aun en nuestros días una capilla construída según la tradición por el apóstol Pablo, sobre una montaña aranzada del camino de Maroukh, es uno de sus grandes lugares de peregrinación. Pero el templo más respetado por ellos es el bosque frondoso: de las ramas de los robles suspenden sus mejores ofrendas y á su sombra pronuncian sus más solemnes juramentos. En otros tiempos colocaban también sobre estas ramas los féretros de sus muertos, y creían que la explosión de los gases del cadáver alejaba para siempre á los demonios. Su piedad por los muertos es extremada. Las tumbas son mejores y más cómodas que las casas de los vivos.

Actualmente algunos millares de absouas ó abkhares residen todavía en los altos valles meridionales del Cáucaso. Como todos los habitantes de estas montañas, miraban en otro tiempo hacia el Mediodía como lugar de la civilización, pues allí estaba la Georgia que producía las armas y las telas, y les enviaba su lenguaje literario. Hoy se ven obligados á mirar al Norte, al territorio del ruso dominador, de donde llegan los terribles *ukases* que reglamentan su destino, los temibles ejércitos y las expediciones de trabajadores que les reemplazan en la posesión de la tierra. Grandes rusos, pequeños rusos y cosacos pertenecientes á las dos familias eslavas, toman parte en este enorme movimiento de emigración al cual da el gobierno un carácter esencialmente militar, organizando á los colonos en compañías, batallones y regimientos. Puede decirse que todo el Cáucaso occidental está cultivado por rusos.

Una parte del Cáucaso la ocupa un pueblo de cosacos procedentes del bajo Dnieper que huyeron de Rusia en el siglo xviii. Al llegar, en número de 30.000, fueron bien acogidos por los tcherkesses, pero no tardaron en luchar con éstos, pa-

sando de amigos á conquistadores. La guerra que se entabló entre los antiguos y los nuevos poseedores del suelo fué una guerra de sorpresas. Los cosacos elevaron reductos en los puntos estratégicos, torres de vigía y *stanitzas* fortificadas en toda la línea del Kouban; pero á pesar de estas precauciones tuvieron que luchar mucho contra un enemigo que les sorprendía, arrastrándose por los espesos cañaverales del río. Los cosacos hubieron de acostumbrarse á este género de guerra de sorpresas, saltando como tigres sobre el enemigo. Así se formaron las temibles *plastouni* ó compañías de exploradores que fueron el terror de las vanguardias enemigas en las guerras sostenidas por Rusia con otras naciones. Habitados á combatir á los tcherkesses, los cosacos acabaron por asemejarse á ellos en maneras, costumbres y trajes. Sólo con un gran conocimiento del país, y no menos perspicacia, puede hoy un viajero distinguir al cosaco de los montañeses circasianos.

Al mismo tiempo que su lucha contra los tcherkesses, la cual duró setenta años, los cosacos comenzaron contra la naturaleza hostil un combate que aún está muy lejos de su término. Poblaciones, aldeas, canales de regadío, caminos, todo había desaparecido del país. Cuando ellos llegaron á establecerse en él no quedaban más que ruinas informes, estudiadas ahora por los arqueólogos que intentan establecer el emplazamiento de las ciudades mencionadas por los historiadores antiguos. Una gran parte de este país sólo puede ser repoblada muy lentamente. Mientras unas estepas carecen completamente de agua, otras la reciben con tal abundancia que permanecen todo el año convertidas en charcas á causa de la horizontalidad de su suelo. En el delta del Kouban, donde las fiebres son permanentes, la mortalidad resulta considerable, llegando en algunos años á sobrepujar á los nacimientos. Por término medio, una tercera parte de los niños muere al año de su nacimiento, y de tres á cinco años sólo sobrevive una mitad de la generación.

Las *stanitzas*, ó aldeas de cosacos, son muy curiosas por su organización.

Los cosacos no se reparten la tierra en propiedades distintas, «Juntos la hemos conquistado—dicen;—juntos la hemos defendido y á todos pertenece.» La comunidad decide cada año qué parte del suelo será dedicada á tal ó cual cultivo. Sólo la huertecita de verduras, situada frente á la cabaña, es propiedad exclusiva del cosaco. Sin embargo, los oficiales, habiendo dejado de ser elegidos por sus hermanos de armas, perciben,

con arreglo á sus grados, al recibir su nombramiento directamente del Gobierno, lotes de tierra, llamados *khoutor*, que contribuyen á realzar su prestigio. Un general recibe 1.653 hectáreas; 436 un oficial superior; 218 un oficial subalterno, y 33 un simple cosaco. Los lotes de los soldados son los que constituyen la propiedad común.

En la vertiente septentrional del Cáucaso viven los kabardos ó kabardinós, del mismo origen aproximadamente que los tcherkesses, pero diferenciándose mucho de ellos por el idioma. Guardan en su existencia actual mucho de su antigua vida nómada, pues prefieren dedicarse al pastoreo de caballos y corderos que al cultivo de los campos. La tierra es todavía para ellos de propiedad común; pastos y bosques están aún sin repartir, y cada uno sólo tiene derecho á los surcos que ha abierto con sus propias manos. Si deja de cultivar su tierra, ésta vuelve inmediatamente á poder de la comunidad. El robo es entre los kabardos una hazaña gloriosa, siempre que el robado sea un enemigo ó un extraño á la tribu, y que el ladrón no se deje sorprender. Si lo cogen, es objeto de las risas y las ironías de todos. A despecho de las leyes rusas, el novio debe raptar á su novia que, sin esta violencia, se consideraría deshonrada. Pocos días antes de la boda, el joven se desliza en la habitación de su amada y la invita á que le siga. Cuando vuelven ante sus padres implorando perdón, toda la tribu celebra su huida como una muestra de respeto á las antiguas costumbres.

Los kabardos fueron en otro tiempo la primera nación de la Circasia, pero hoy sólo ascienden á unos 35.000, pues la situación geográfica de su país, abierto á todos los ataques exteriores, les hizo disminuir rápidamente. Los kabardos entran de jóvenes en el ejército del Czar, y entre ellos se reclutan los soberbios soldados tcherkesses, que en las grandes ceremonias oficiales llaman la atención, haciendo galopar sus nerviosos é infatigables caballos, y llevando con natural elegancia el enorme gorro de pieles y la amplia *tcherkeska*, túnica ceñida estrechamente al talle y con el pecho ornado de cartucheras.

Estos kabardos, al volver al país sirven para disolver lo poco que resta de su antigua nacionalidad, pues se muestran orgullosos, no de su independencia, como lo hacían sus abuelos, si no de su servidumbre militar cerca de los Czares.

Los ossetas viven como los kabardos en la cuenca del Terrek, pero no han osado aventurarse en las llanuras. Son más

numerosos que los kabardos, pues los censos rusos les hacen ascender á 120.000. Constituyen una de las naciones más fuertes del Cáucaso, y los sabios han discutido mucho sobre su origen. Designan á su pueblo con el nombre de Irón, que recuerda el de Irán, dado á la Persia. Las gentes de Irón hacen uso de camas, mesas y sillas, cucharas y tenedores, lo que no es frecuente entre los demás montañeses del Cáucaso: además saludan á la europea, estrechan la mano como en los países de Europa y beben una cerveza semejante á la de los labriegos alemanes. Sus viviendas tienen cierto parecido con las pequeñas granjas de los Alpes. Fisicamente son inferiores á sus vecinos de las montañas y no pueden compararse con ellos en valor, dignidad y altivez. Su antiguo oficio consistía en venderse al que daba más, y entraban como soldados en los ejércitos de los bizantinos, georgianos y persas, los cuales enviaban á sus montañas agentes reclutadores. Los mercenarios, cuando volvían á su país derrochaban en orgías el importe de su botín. Estas costumbres hicieron que el osseta sólo se preocupase del pillaje, considerando como muy honrosa la profesión de bandido. Cuando los rusos invadieron el territorio su defensa fué muy débil, pero el valor que les faltó para sostener su independencia lo tienen para seguir robando audazmente, á despecho de las autoridades eslavas. Casi todos ellos se titulan musulmanes, pero al mismo tiempo adoran fervorosamente á San Nicolás y al profeta Elías. En el transcurso de unos siglos han cambiado tres veces de religión. Durante la Semana Santa del rito cristiano, los ossetas hacen ofrendas de pan y manteca ante los altares de los bosques sagrados, en las grutas y en las capillas ruinosas de su antiguo culto, comiéndose la carne de las ovejas muertas en sacrificio.

Después de los kabardos y los ossetas, el pueblo más numeroso de las cuencas del Kouma y el Terek es el de los Tártaros-Nogai, que vagan por las estepas orientales, al borde del mar Caspio, entre lagunas de agua salitrosa que desborda el invierno y que el sol y el viento secan en verano. Los nogai son verdaderos nómadas. Viven bajo la tienda de fieltro como sus vecinos los pobres kalmukos de Starropol y de Astrakán, y cuando se ven obligados á cambiar de pastos, meten á sus hijos en banastas, que cuelgan de los flancos de sus camellos, colocan á sus mujeres sobre la giba del animal y emprenden la marcha á través de las soledades. Las escenas del Asia Central se repiten de este modo en las orillas del Caspio. Los nogai,

muy mezclados con los kalmukos, tienen, á semejanza de los mongoles, la cara aplastada, los pómulos salientes, los ojos pequeños y oblicuos, la frente alta y la barba rala. Son dulces y bondadosos, pero tenaces y rutinarios, enemigos de todo cambio, y no se eslavizan más que en las riberas de los ríos, allí donde la industria, la pesca y el cultivo los ponen en contacto con los rusos, ó la pobreza les obliga á trabajar como mercenarios bajo las órdenes de cosacos y armenios.

En el Dughestan ó Caucasia oriental viven los tchetchen...

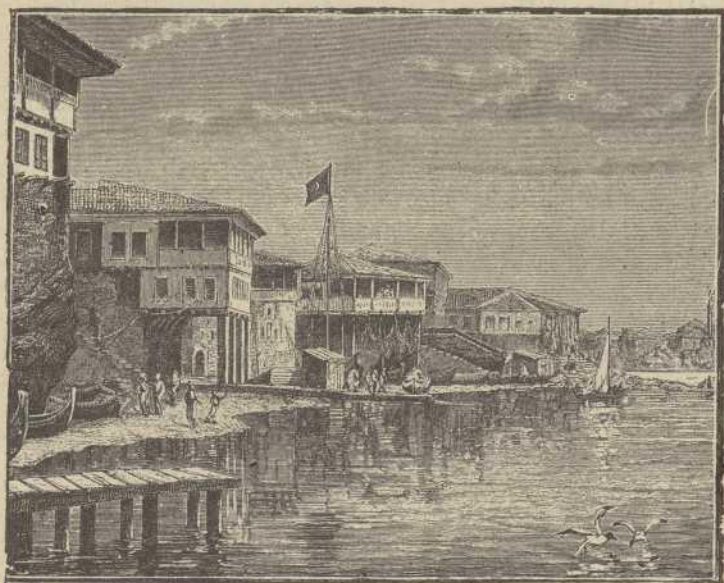


Un bazar tcherkesse. (Dibujo de A. Ferdinand.)

unos 140.000, divididos en 20 grupos que hablan dialectos distintos. Se parecen mucho á los tcherkesses, pues, como éstos, son fieros, esbeltos y elegantes, gustando mucho de la riqueza y suntuosidad de los vestidos, que llevan con gran soltura. Los más de ellos tienen la nariz aquilina, la mirada inquieta y dura, pero son magnánimos y conservan siempre una gran dignidad en su lenguaje y sus maneras. Son gentes que matan, pero sin insultar. Las mujeres de los tchetchenes, muy graciosas y bellas, visten una túnica elegante, que marca bien el talle, y anchos pantalones de seda rosa. Llevan en los pies babuchas amarillas, en las muñecas brazaletes de plata, y un velo, cayen-

do sobre sus hombros, oculta en parte su cabellera. Las viviendas de los tchetchenes son, en su mayoría, verdaderos cubiles, fríos, sombríos y húmedos. Algunas están abiertas en el suelo; otras han sido formadas con piedras y ramajes. Antes de la invasión de los rusos estos montañeses vivían agrupados en pequeñas repúblicas, semejantes á los cantones de Suiza.

Los montañeses del Daghestan, y especialmente los tchet-



Tiflis: orilla del Koura. (Dibujo de Th. Deyrolle.)

chenes, fueron los que con más tenacidad se defendieron de la invasión rusa.

Sus costumbres de pillaje les habían preparado para la guerra. «Nosotros somos todos iguales», dicen con orgullo estos montañeses; y efectivamente no existían entre ellos otros servidores que los cautivos hechos en la guerra. Muchas veces se casaban éstos con las hijas de sus amos y recobraban así su condición de hombres libres. Los tchetchenes llevan su altivez hasta el fanatismo y su hospitalidad no tiene límites, aunque se ofrece mezclada con las prácticas más extrañas. Muchas veces los viajeros han visto galopar hacia ellos desenfrenadamente, desde lo alto de los campamentos, bandas de jinetes disparando por encima de sus cabezas tiros de pistola y de fusil. Después se de-

tienen á unos cuantos pasos y saludan al extranjero con un *salamelech* respetuoso, cuando momentos antes parecía que iban á asesinarlo. En una sociedad como esta de hombres armados, la ley de la sangre es la única que se respeta, á pesar del código ruso. El asesinato, el pillaje y el robo á mano armada, se castigan con la muerte del hombre. Algunas veces el ofendido perdona con la condición de que el culpable se deje crecer el cabello, y aquél se lo rasura, haciéndole prestar después juramento de fraternidad sobre el Koran. Las grandes fiestas tradicionales son períodos en los que debe suspenderse toda venganza. Cuando un montañés se entera de que su caballo ha desaparecido, requiere sus armas, se envuelve en una tela de lana blanca que sirve de mortaja, toma una moneda para pagar á un sacerdote que recite la oración de los muertos y parte en busca del animal. Casi siempre el ladrón se ha desembarazado de la caballería, vendiéndola en una aldea lejana. Al ver al antiguo propietario, armado para un combate á muerte, el nuevo poseedor le devuelve la bestia, pero toma á su vez la mortaja y la moneda y se va en busca del que le vendió el caballo, y que tal vez es el ladrón. Entonces el sacerdote es llamado para que rece la oración de los difuntos y se entabla la lucha mortal; pero si el vendedor no es el ladrón y ha sido engañado á su vez, se encarga de emprender el camino, presentando á otro estos terribles símbolos de un combate sin piedad. Así, de visita en visita, la muerte acaba por encontrar su víctima, á menos que el ladrón no sea un extranjero que viva al otro lado de las montañas.

Otra costumbre atestigua la firmeza de la fe de este pueblo en la inmortalidad del alma. Cuando en vísperas de una boda muere uno de los novios, la ceremonia no se suspende por esto, y el muerto es unido con el vivo por un matrimonio que algún día se ratificará en el cielo. El padre no por esto deja de entregar la dote convenida.

Después de la conquista rusa que tanto tuvo que luchar con estos pueblos, y de haber terminado la heroica resistencia montañesa en 1859, dirigida y sostenida por el caudillo Chamil, han vuelto á reaparecer entre estos pueblos del Cáucaso las luchas de familia y de tribu, con su acompañamiento de crímenes y violencias. Este es el territorio, entre todos los inmensos dominios rusos, que da mayor contingente de homicidas.

En la Transcaucasia central la preponderancia y el número pertenecen á los georgianos, descendientes de los iberos de que nos habla Estrabon. Las figurillas que ahora se encuentran

en las antiguas tumbas de este país representan exactamente el mismo tipo y los mismos peinados de los habitantes actuales. Nada ha cambiado en dos mil años. Como estado político, la Georgia ha tenido sus períodos de florecimiento y de gloria militar. Especialmente en el siglo XII, bajo los gobiernos de David *el Reparador*, y de la reina Tamara, la Georgia dominó todo el Cáucaso. El nombre de Tamara es popular desde el mar Negro al mar Caspio. En todos los valles y montañas la famosa reina es objeto de leyendas innumerables y de cantos populares. La mayoría de las ruinas son designadas como restos de sus palacios ó fortalezas. Como soberana, la imaginación popular la ha colocado al lado de Alejandro, y como santa al lado de San Jorge y el profeta Elías. Pero el período dominador de la Georgia cesó pronto, dividiéndose la nación en guerras intestinas, á las que puso fin la invasión rusa, apoderándose definitivamente del país en 1802.

El territorio georgiano está dividido en tres partes perfectamente marcadas por bosques y montañas. Al Este la vertiente del Koura, en el Centro las del Rion y el Ingour, y al Oeste la del Tchroukh. Los habitantes de estas tres regiones geográficamente separadas, han seguido naturalmente diversas evoluciones políticas.

Desde el siglo X que existe una literatura georgiana ó karteliana, compuesta de obras religiosas, poéticas, dramas, tratados científicos y traducciones extranjeras. La centralización rusa ha cortado para siempre este movimiento secular, llevándose á San Petersburgo todos los archivos y bibliotecas de Tiflis y reemplazando con el idioma eslavo la antigua lengua karteliana.

Las kartelianos, á excepción de un grupo que profesa el mahometismo, son todos cristianos del rito griego, y hasta tienen su patrón, San Jorge el Caballero, al cual se atribuye el nombre de Georgia dado á este país.

Muy firmes en su religión, los georgianos han resistido á todas las persecuciones que les hicieron sufrir por su cristianismo las invasiones turcas y persas. La arquitectura bizantina de sus iglesias, introducida de Armenia, tomó en la Edad Media, ó sea en los tiempos de pujanza nacional, un carácter muy interesante. Casi todas estas iglesias fueron construídas de modo que pudiesen servir de fortalezas, con grandes subterráneos en los que se refugiaban pueblos enteros.

A pesar de la fecundidad del suelo georgiano y de no ser muy

densa su población, ésta vive en la miseria, sin otra fortuna que los rebaños.

Uno de los rasgos más característicos del pueblo georgiano es su amor al canto y á la danza. Ni su talento musical, ni la dureza de su lengua se prestan mucho al canto, y, sin embargo, el georgiano pasa gran parte del día acompañándose del *daíra* ó tamboril, y de la *balalaika*, especie de guitarra de tres cuerdas. Puede decirse que la mayor parte de sus movimientos van acompañados de un ritmo musical. Trabajando los campos, los hombres dispersos en grupos, cantan versos que se refieren á sus labores, y á medida que avanzan aceleran su canto y los movimientos se hacen cada vez más rápidos. Cuando llegan al final del surco se detienen, y volviendo sobre sus pasos reanudan la canción. Algunos amos despóticos, venidos de Rusia, quisieron imponerles silencio, pero han tenido que desistir, pues sin el auxilio de la música, los georgianos trabajan menos y peor.

Tienen también los georgianos sus fiestas á campo libre, semejantes á las peregrinaciones de la Europa católica. A pie, á caballo ó en carretas de ruedas chirriantes, la población se dirige al santuario venerado que casi siempre está en un bosque de encinas. Las canciones, la danza, los festines, el comercio y las ceremonias religiosas, se realizan al mismo tiempo. Los peregrinos se presentan cantando y se hacen quitar por el sacerdote el anillo de hierro que llevan al cuello como signo de esclavitud momentánea al santo patrón. Así que quedan libres, sacrifican en honor de la imagen el cordero ó el toro que les ha de servir para su banquete. Con frecuencia una doncella, «novia de San Jorge», se precipita vestida de blanco en el suelo y todos los que desean entrar en la capilla tienen que pisarla.

Los armenios y los tártaros musulmanes, venidos á estas fiestas para traficar, se sienten arrastrados muchas veces por el fervor religioso y toman parte en los cantos y ceremonias. Las danzas profanas suceden á las sagradas y adquieren muchas veces el carácter de combates. Los vencedores se apoderan de las fajas de los vencidos, se visten sus amplios *bourkas* y se cubren la cabeza con sus *papaches*. En otro tiempo los combates simulados que se libraban en las calles de Tiflis para solemnizar el recuerdo de la expulsión de los persas, degeneraban en verdaderas batallas que cubría de cadáveres el lugar de la fiesta.

Los georgianos de la montaña, llamados *kheosures* y *pchaves*, tienen costumbres semejantes á la de los pieles rojas y

otras tribus salvajes de América y Africa, costumbres que los empleados y los sacerdotes rusos aún no han podido desterrar. Las mujeres deben parir, con arreglo á la tradición, en una cabaña abandonada, sin que las auxilie nadie, ni aun el marido. Este, á lo más, ronda por las cercanías, y cuando oye gritos de su mujer, la contesta, disparando tiros de fusil para que cobre nuevos ánimos. Después que nace la criatura, algunas muchachas, advertidas por el padre, se deslizan furtivamente en la cabaña al amanecer ó al anochecer, llevando á la parturienta pan, leche y queso. La mujer, considerada como impura, permanece durante un mes en la cabaña, que es destruída por el fuego cuando aquélla la abandona. El padre es felicitado por todos y se verifican grandes festines á su costa, en los cuales no puede tomar parte. Es una vergüenza para la mujer parir antes de los cuatro años de matrimonio, así como que los otros partos se repitan en intervalos menores de tres años.

La hembra que da á luz un hijo sin haberse casado debe suicidarse. Además, la costumbre exige que toda familia no tenga más de tres hijos. Las dificultades de la lucha por la vida en un país de frío y de nieve, explican esta prudencia de los khevsures, los cuales, sin embargo, no apelan al infanticidio, como en otros tiempos los svanes del Cáucaso occidental. Los khevsures aman mucho á sus hijos, aunque la costumbre les prohíbe acariciarlos en público. Los niños reciben casi siempre nombres de animales salvajes: «Oso, León, Lobo, Pantera», símbolos de su valentía futura, mientras que las niñas son designadas con palabras de cariño: «Rosa, Perla, Esplendorosa, Hija del Sol, Solecito, Sol de mi corazón.»

Los más de los matrimonios los contratan los padres cuando los futuros cónyuges aún están en la cuna; pero, á pesar de esto, los jóvenes practican la ceremonia del rapto, como si alguien se opusiera á la unión, y cuando ésta se verifica, los esposos evitan durante meses presentarse juntos en público. Los divorcios son muy frecuentes entre ellos y el ejemplo de los mahometanos ha acabado por introducir la poligamia en algunas familias khevsoures. Los ritos en los entierros ya no se observan como en otros tiempos. Antes estaba prohibido dejar morir á ningún pariente dentro de la casa. Los moribundos debían cerrar sus ojos frente al sol ó las estrellas, y su último suspiro se mezclaba con el viento. En presencia del cadáver los parientes debían fingir gran alegría, y sólo algunas horas después del fallecimiento prorrumpían en llantos y alaridos de dolor. Cuan-

do un niño moría antes de ser bautizado, frotaban su cadáver con ceniza.

Orgullosos de llamarse cristianos, los khevsoures lo son de una manera muy original. Su principal dios es el dios de la guerra; pero entre los dioses secundarios y los ángeles, tienen la Madre de la Tierra, el Ángel de la Encina y el Arcángel de la Propiedad. Celebran el viernes como los mahometanos, se niegan á comer carne de cerdo, aborrecen á los gallos, veneran los árboles sagrados y ofrecen sacrificios á los genios de la tierra y del aire. Tienen sacerdotes encargados de exaninar á los enfermos, de rociar á la muchedumbre con la sangre de las víctimas, de anunciar el porvenir, de preparar la cerveza sagrada, y á estos personajes acaban por pertenecer todas las riquezas del país, objetos preciosos, medallas antiguas y vasos de plata cincelados. Los khevsoures no se despojan sin pena de los objetos que sirven de adorno á sus personas, pues distintos á los touches, que van siempre vestidos de negro, aman los trajes vistosos, de colores chillones, con franjas y lentejuelas. Son los únicos entre todos los pueblos de la tierra que han conservado la costumbre de cubrirse con cotas de mallas, cascos y guanteletes de acero, presentando el mismo aspecto que los caballeros de la Edad Media. A principios del siglo xix llevaban aún en sus guerras la rodela y la camisa de hierro. Todavía el viajero se asombra, al ver surgir en su camino hombres vestidos de acero, y se imagina que son hijos de los Cruzados, que el empuje de los sarrazenos aisló y agrupó en estos valles del Cáucaso.

Es la «ley de la sangre» la que obliga á los khevsoures á cubrirse de mallas de hierro. Los que temen una venganza del vecino surgen con toda clase de armas defensivas y ofensivas, camisa de hierro y broquel, puñal, sable y fusil. Su diestra está cubierta con un guante de acero erizado de puntas, arma de terrible golpe, cuyas huellas llevan en la cara casi todos los hombres del país.

Los tártaros, menos numerosos que los georgianos en la cuenca del Koura, ocupan, sin embargo, casi toda la parte oriental más allá de Tiflis, y en algunos distritos se mantienen fuertemente agrupados sin mezcla alguna. Por sus costumbres se asemejan más á los persas que á los turcos. Su religión mahometana les permite la poligamia, pero rara vez la practican, y sus mujeres trabajan libremente con la faz descubierta. Uno de sus rasgos más característicos es la tolerancia religiosa. Los musulmanes chiitas y los sunnitas no se molestan. El odio que

divide á estas dos grandes sectas del mahometismo en otros países del Islam, no existe entre los tártaros de Caucasia. Son igualmente tolerantes para los cristianos, y en muchas poblaciones de vecindario mixto los funcionarios municipales son alternativamente armenios ó tártaros, sin que surja protesta alguna. Hasta en la frontera de Persia, donde se celebran las fiestas chiitas con más fervor y aparato, los cristianos pueden acudir á ellas sin que nadie les moleste, y los cosacos hacen caracolear sus caballos entre las músicas y las procesiones. Sin embargo, los actores sacros, que ante la muchedumbre se lamentan de los martirios sufridos por la familia del profeta, se dejan arrastrar algunas veces por su fanatismo, atormentándose por sí mismos de un modo atroz. A la cabeza de las procesiones marchan las cofradías de «los Acuchillados», envueltos en sudarios mortuorios. Siguiendo la cadencia de la marcha, se golpean la frente con un sable afilado, la sangre desciende en hilos de la herida y el filo del hierro vuelve á caer en el mismo corte, haciéndolo cada vez más profundo. Pronto una máscara de sangre, que se ennegrece y coagula al sol, cubre la cara y no se distingue de ella más que el blanco de los ojos extraviados y el marfil de los dientes entre los labios contraídos por la mueca desgarradora del sufrimiento. Otros fanáticos rodean su cráneo de clavijas de hierro hundidas en la carne, se pasan cadenas de hierro por la nariz y las orejas, colocan espadas en sus hombros que á cada movimiento penetran más en la piel y se adornan con espejos clavados profundamente en el cuerpo. Muchas veces estos desgraciados no pueden sufrir más, y caen cubiertos de sangre, mientras los derviches y los sacerdotes, cuyo papel es mucho más fácil, siguen excitando á la muchedumbre con plegarias, cantos y gritos.

Otros chiitas, no menos celosos, habitan al lado de los tártaros ciertas partes de la Transcaucasia oriental. Son los antiguos dueños del país, los persas, que bajo el nombre de tatos se han quedado en grupos compactos. Pueblan los alrededores de Bakou y se esparcen por el reverso septentrional del Cáucaso, hasta cerca de Kouba. Casi todo el distrito de Lenkoram, en la frontera persa, pertenece igualmente á la raza irania, por el origen de su población compuesta de taliches, hombres que viven aún medio salvajes en la región de las montañas.

Los armenios son el pueblo más numeroso del Cáucaso. Falta de unidad política y de independencia, se han esparcido por todo el mundo oriental, desde los tiempos de Herodoto, que los

encontró en Babilonia. Cuando su país fué presa de los conquistadores, prefirieron como ellos dicen, «hacerse extranjeros en tierra extranjera, que permanecer esclavos en su patria.» Ya hemos dicho que por su carácter cosmopolita, sus costumbres y su rapacidad son iguales á los judíos. Tienen una literatura propia y una parte de sus riquezas la dedican al mantenimiento de escuelas, medio seguro de sostener las tradiciones de su raza. La más célebre institución de los armenios es el convento que el monje Mekhitar ó «el Consolador», fundó en 1717, cerca de Venecia, en la isla de San Lázaro. En él se publican muchos libros armenios y existe una preciosa biblioteca. La religión cristiana de los armenios se aproxima á la iglesia católica romana, aunque guardando algunas de sus prácticas tradicionales.

El pueblo armenio al ser convertido en masa al catolicismo en el siglo iv por Gregorio I el «Iluminador», no perdió por esto sus tradiciones. Aun en nuestros días, como en tiempos de Zoroastro, adora el fuego divino. El día de la fiesta anual, una pareja de recién casados besa en un vaso de bronce todo lo que la tierra produce de mejor, flores diversas, espigas de cereales, pámpanos, ramas de laurel. En todos los actos importantes de la vida miran hacia el sol como para solicitar su fuerza. Los novios vuelven la cara hacia él como tomándolo por testigo de su amor; los enfermos le piden la salud, los moribundos le dirigen la última mirada y bajo sus rayos se entierra á los muertos. Fuera de las grandes fiestas los armenios llevan á la iglesia, ó bajo los árboles sagrados, toros y corderos coronados de flores, rodeados de cirios encendidos, y los degüellan con acompañamiento de cánticos y plegarias. Esto es indudablemente el sacrificio al dios Mithra, legado por la antigua religión á la nueva.

El «Katholicos», nombre del jefe espiritual ó patriarca de los armenios, ejerce su poder en nombre de una gran reliquia que posee: la mano derecha del mártir Gregorio. Nombra los obispos de las diócesis, que casi siempre son monjes, y habla como superior á los patriarcas de Constantinopla y Jerusalén. De aquí la gran importancia que concede el Gobierno ruso á la posesión del monte Ararat y el monasterio venerado de Etchmiadzin, donde se eligen los patriarcas. Apoderándose de esta tierra, célebre en Oriente, posee la persona y la autoridad del señor espiritual de más de dos millones de hombres. Por esto el Gobierno de San Petersburgo, poco tolerante por lo ge-

neral con toda religión que difiere de la suya, trata con grandes miramientos al «Katholicos».

Considerados los armenios en su parte física, difieren poco de los georgianos. Unicamente sus rasgos fisonómicos son más pronunciados, su cuello más corto y grueso, y un gran número de ellos son muy obesos á causa de su vida sedentaria. Una espesa cabellera cubre su cráneo y la de las mujeres aparece siempre adornada con flores. Los armenios tienen los ojos grandes, negros y lánguidos, lo que les da un aspecto dulce y melancólico. Aunque pacíficos por naturaleza, saben repeler valientemente los ataques, y así lo demostraron en la guerra de independencia que durante siete años sostuvieron en el siglo XVIII contra los persas, en las montañas de Karabagh, y después en algunas insurrecciones contra los turcos. En la vida ordinaria ningún armenio lleva armas, mientras que el georgiano no sale de casa sin un arsenal de pistolas y puñales. Pero precisamente el hombre desarmado y pacífico ha sido el que mejor ha cuidado de conservar su libertad. El armenio no conoce nobles, elige libremente á sus jefes y siempre ha sabido sustraerse de la condición de siervo.

Este pueblo ha merecido elogios, tal vez desmesurados, pero que tienen algún fundamento. Lord Byron dijo con su exageración de poeta: «Las virtudes de los armenios son de ellos; sus vicios los han recibido de otros.»

X

Población y ciudades de la Caucasia.

Los armenios contribuyen con 900.000 habitantes á la población de la Caucasia; los georgianos, con más de 1.300.000; los turcos, con 1.500.000, y los rusos, con 2.400.000. Estos últimos no eran más de 840.000 en 1858, en frente de 1.400.000 de leshghianos y otros montañeses, reducidos hoy á un millón. Hay también 120.000 persas. 7.300.000 habitantes en 47 millones de hectáreas, de las cuales 22 millones y medio están en la vertiente Norte, equivalen á un hombre por cada seis á siete hectáreas. La Caucasia estuvo mucho más poblada. Por cálculos se calcula que tuvo 16 millones de almas en el siglo XIII, y seguramente alimentará con facilidad tantos caucásicos como en la Edad Media, cuando estén disciplinadas sus aguas para regar los campos de la estepa y los valles.

Erivan, capital de la Armenia rusa, situada en los bordes del río Zanga, que irradia varios canales de regadío, era una ciudad de lengua turca cuando hace algunos años Rusia la arrebató á los persas. Febril, triste, con el grandioso monte Ararat en su horizonte, tiene cerca el gran convento de Etchmiadzin, centro religioso de la nación de los armenios.

Sobre la meseta que forma el Koura, Kars (12.000 habitantes), recientemente conquistada, amenaza las altas llanuras de Anatolia, la cuenca del Eufrates y el Tigris. El ruso forja allí las cadenas futuras del Asia Anterior. Situada á 1.850 metros sobre los mares, esta ciudad está asentada sobre un zócalo de negruzcos basaltos.

La capital es Tiflis, á 367 metros por encima del mar, en tierra georgiana, sobre el Koura. Tiene 90.000 habitantes y es la población más abigarrada del mundo. Está compuesta de más de 35.000 armenios, menos de 25.000 georgianos y unos 20.000 rusos.

Tiflis puede llamarse «la Caliente», no sólo por sus aguas termales, sino por su situación en un desfiladero de esquistos desnudos, que la convierten en una caldera hirviente. Sus habitantes tienen que buscar un poco de aire respirable en los jardines de los alrededores. La población se compone de hombres en unos dos tercios, lo que explica la corrupción y monstruosidad de las costumbres observadas por muchos viajeros. Toda esta muchedumbre sin familia llena las calles, sobre todo en las inmediaciones de los bazares, donde se reúnen los mercaderes de todas razas y trajes, agrupándose, según los objetos que venden: armas, copas, tapices, sederías, paños ingleses ó rusos y «artículos de París».

Los armenios, joyeros muy hábiles, fabrican joyas de exquisito gusto oriental. Los baños de Tiflis son otro punto de reunión y el centro de la vida social para las damas rusas, armenias y georgianas. Allí cuidan de su *toilette* y se tiñen los cabellos. Tiflis carece de monumentos célebres, pero posee un notable Museo de Historia Natural.



El monte Ararat. (Dibujo de Taylor.)

Asia Menor ó Turquía Asiática

I

Nombre.—Extensión.

Cuando la palabra Asia se extendió desde el país de los sardos, y luego desde Efeso á las regiones vecinas, abarcando por fin á todo el continente, se creó la expresión de Asia Menor para oponerlo al gran bloque de comarcas, no todas conocidas ni aun de nombre, que eran Persia, Arabia, el Indo, el Ganges y más allá las playas fabulosas cuyos nombres y reyes se ignoraban.

También hubiera podido llamársela Asia griega poco antes de nuestra Era y algunos siglos después. Los helenos colonizaron ó atrajeron á su lengua países alófonos, y notablemente dos tierras semíticas, la Siria y la Judea, donde los libros sagrados de la «Nueva Alianza» fueron escritos en griego, mientras los de la «Antigua Alianza» lo habían sido en hebreo. Más allá del Eufrates y los montes, su influencia irradió hasta la

misma Bactriana, donde un rey griego «embelleció mil ciudades» en un reino fundado por veteranos de Alejandro.

La madre de las ciudades, Bactres, la irania, tuvo sus escuelas griegas, focos de arte y de ciencia, y también sus mentideros de retóricos, con sus necios, sus gramáticos y sus pedantes. Pero «el empujón de los pueblos» arrojó á los bárbaros turanis contra las brillantes ciudades de los helenos y sus asimilados, y ahora los turcos reinan políticamente en Asia Menor al par que forman el núcleo de los campesinos de las altas mesetas. De aquí el legítimo nombre de Turquía Asiática.

El Asia turca comprende unos 190 millones de hectáreas con 16.350.000 habitantes, número bastante hipotético. Quitando los territorios recientemente conquistados en la Arabia, le quedan al Asia Menor cerca de 125 millones de hectáreas y más de 15 millones de almas en tres regiones naturales, que son la meseta de Anatolia, la cuenca del Tigris y del Eufrates, y la Siria.

II

Armenia y Anatolia.—Ararat y Taurus.

La meseta de Asia Menor se une á la de Armenia, con la cual forma una sola é igual región de clima violento. Una línea trazada desde el fondo del golfo de Iskandéroun, ó sea de Alejandría al lago Ourmia, delimita bien este alto país por el lado del Sur.

Al extremo Este, en los mismos límites de la Turquía de Europa y en la frontera de tres potencias, ó sea entre el ruso, el turco y el persa, álzase el soberbio monte Ararat, aislado y negro porque está hecho de lavas, blanco porque tiene glaciales y descuella 800 metros por encima de la región de las nieves eternas. Sin embargo, da poca agua á sus valles. La ceniza volcánica, la escoria, la arena, las porosidades y las grietas aspiran sus aguas. ¿Van éstas acaso invisiblemente por el Norte al río Araxe, próximo vecino del monte Ararat?

Teniendo 5.157 metros de altura, reina este monte sobre todo el Anti-Cáucaso macizo, que corre paralelamente al Cáucaso por encima de los valles del Rion y del Koura. Para encontrar una altura mayor hay que ir 440 kilómetros al Noroeste hasta el Elbronz, que mira al Mar Negro y á las bajas estepas de Rusia, ó 850 kilómetros al Sudeste hasta el Demavend, que ve al mar

Caspio y las altas estepas de Irán. Es, pues, un señor del espacio, es la «Madre del Mundo», como dicen los armenios, que le llaman Massis y lo reverencian como montaña santa. Cuentan que Noé descendió allí del arca, plantó la viña al pie del monte, fundó cerca á Nakhitchewan y se proveyó de sal en la roca de Koulpi, vecina del Araxe y uno de los más prodigiosos bloques salinos que hay en la tierra. Tomando á la letra estas tradiciones, los persas han dado al Ararat el nombre de «Monte de Noé», Koh-i-Nouh.

Tiene grandeza la comarca que se despliega al Occidente de este titán, grandeza sombría bajo un clima áspero. Armenia ha perdido, ó tal vez nunca tuvo, los bosques inmensos que necesitaría para ablandar su cielo frío y seco, para cubrir sus crestas, sus picos y flancos grises, sus secas arideces. Al monte sucede el monte, y la tristeza á la tristeza.

Los arroyos y torrentes de sus sierras, los deshuelos, las retumbantes tormentas ruedan entre orillas sin sombra. Pero desde 3.000 metros á 2.000, 1.800 y 1.500, los torrentes se estrellan en cascadas, y como son innumerables, se unen en grandes ríos. El Chatt-el-Arab, producto del consorcio del Tigris y el Eufrates, lleva en parte aguas armenias y es uno de los grandes ríos de Asia.

Hacia las fuentes del Eufrates se alzan, menos altivas de lo que realmente son, á causa de la elevación de su pedestal, unas montañas de más de tres mil metros. Al Sur de Erzeroum, el Bingol (3.200 metros) es el primer depósito del Araxe. En su cima, cuenta la leyenda armenia que está el Paraíso, perdido por nuestros padres, y el lago de la Vida Inmortal, lago en el que sólo han bebido los hombres de la fábula, lago oculto como la legendaria fuente de Juventud. El que bebe sus aguas es vencedor de la muerte.

Entre estos montes de la Armenia, más de uno recuerda con leves humaredas que en otro tiempo ha lanzado llamas, y todo el país es de lavas, basaltos, traquistos, cráteres vacíos ó encerrando lagos profundos é inmóviles, fuentes calientes y gargantas entre rocas, cuyo color rojo y negro conserva reflejos del antiguo incendio. Es un país con temblores de tierra y posee viejos volcanes como el Tandourek (3.565 metros) y el Sipan (3.600) que aislados se agrandan.

En la Anatolia los montes se enlazan ó se separan confusamente, con nombres diversos, la mayoría turcos, persas, kurdos ó griegos, antes y ahora torcidos y corrompidos. Otros nom-

bres pertenecen á lenguas desaparecidas de este suelo siempre hollado por los pueblos. Los antiguos llamaban á estos montes Taurus y Anti-Taurus, nombre que debía conservárseles para tener así en este rincón de Asia el Líbano y Anti-Líbano, el Cáucaso y Anti-Cáucaso, el Taurus y el Anti-Taurus. El pico culminante del Taurus es el Erdchich, el Argea de los Helenos, sobre la meseta de Kaisarieh, en otros tiempos Cesárea, en el centro próximamente de la Anatolia. Su altura de 4.000 metros, intermedia entre los Alpes y los Pirineos, soporta en aquel clima nieves, que ya no son iluminadas por llamas desde que se extinguió el volcán que en ella existía. El Hassan-Dagh (2.400 metros) vecino al mar de Chipre, el Metdesid (3.500 metros) y muchos otros montes de lava han cesado de vomitar sus entrañas. La altura del zócalo quita á estos picos una parte de su grandeza, porque las mesetas anatólicas tienen ya 900 á 1.500 metros sobre el nivel del mar, y unos 1.000 por término medio. Así el Argea pierde á la vista más de 1.000 metros de su verdadera talla.

Las cordilleras del Taurus, calcáreas ó volcánicas, tienen algunas vertientes silvestres de pinos y cedros, con panteras y á veces tigres, pero raramente leones. Los altos llanos cerrados á la lluvia, sin la cual toda vida aborta, se extienden á lo lejos en estepas sedientas, bajo un clima sin benignidad, como todos los que barre á grandes alturas el viento penetrante, frío, furioso, brusco é inclemente de los montes nevados. Cuando cesan sus rachas, el sol lo aplasta todo con su pesado calor. Todo río que no tiene por cuna montes dispensadores de lluvias, arrastra lánguidamente sus pesadas aguas.

Los *tchai* y los *sou* (1) de la meseta, unos acaban en alguna laguna cerrada; otros al llegar al reborde caen con violencia en el Mar Negro, el Mediterráneo ó el Eufrates. Así van al Ponto-Euxino el Tchourouk, que es ahora ruso por su valle inferior y su desembocadura junto á Batoum; el Yechil-Irmak, ó «Río Verde», antes Iris, que acaba en un gran delta; el Kizil-Irmak, ó «Río Rojo», antiguo Halys, agua un poco salobre como lo indica su nombre griego, y que desde su nacimiento á la desembocadura hace cinco veces el camino que seguiría marchando en línea recta, y el Sakaria, antiguo Sankarios, menos largo que el Kizil-Irmak, pero con más caudal, aunque por la desecación de la Anatolia haya dejado de recibir una porción de lagos dulces ó sala-

(1) Palabras turcas que significan: agua, río.

dos desde que, detenidos en lo hondo, se concentran faltos de ensanche y renovación. Este conjunto de estanques amargos tiene por nombre Touz Gol, que quiere decir en turco «Lago de Sal». De 100.000 hectáreas de extensión y más mineralizado que el mismo Mar Muerto, apenas si cubre en estío su limo amargo, bajo dos metros de agua pesada é inmóvil.

Al Mar Egeo, y más al Sur al Mediterráneo, acuden ríos muy potentes en aluviones, aunque breves en longitud, pequeños de fondo y débiles de volumen. El Ghediz, que fué el Her-mos, amenaza cegar con su barro el puerto de Esmirna, sol-dando la orilla Norte á la del Sur de la bahía. El Kutchuk-Mendéreh ó Pequeño Meandro, se llamó el Kaistros. El Bou-youk-Mendereh ó Gran Meandro, saca quizás por segundo 200 metros cúbicos de su cuenca de 2.390.000 hectáreas, recorrien-do 390 kilómetros. Su curso es muy sinuoso.

Colmando en dos mil trescientos años 32.500 hectáreas de mar en el orgulloso golfo de Mileto, ha hecho de aquellas aguas, que surcaron tantos buques fundadores de colonias en toda orilla mediterránea, un pantano siempre creciente, fétido y generador de fiebres. La «madre de las ciudades», Mileto, ya no existe.

Viene luego el Ak-Sou (Río Blanco), antiguo Kestros, que sin duda recibe por galerías ocultas de a subroca el tributo del grande y hermoso lago de Eggherdir (900 metros de altura). No tiene emisario aparente, como le sucede á otra vasta cuenca al Sudeste, el Beicher ó lago de Kereli (á 1.500 metros), y á otros muchos cuya agua se filtra por agujeros de su fondo en la obscu-ridad del mundo interior. El Keupro-Sou (Río del Puente), lle-vó el nombre de Eurimedonte, lleno de sonoridad. El río Manav-gat, llevó el de Melas y el Gok-Sou (Río Verde), el de Kalykad-nos. El Tarsoustchai ó río de Tarsos, era el frío Kydnos, nacido de hermosas fuentes en la roca, á la sombra de cedros gigantes y de la tupida cúpula de los plátanos. El Sehioum, de formidables cascadas, armoniosas y luminosas hasta en sus abismos, era el río Saros, que arrastra 250 metros cúbicos por segundo, tributo de 2.240.000 hectáreas en un curso de 450 kilómetros. El Dji-houn, cuyos desfiladeros valen por los del Seihoum, es el anti-guo Píramos. Más seco que su rival y vecino, no da por segun-do más de 95 metros cúbicos, teniendo un curso igual en su cauce superior (2.415.000 hectáreas). Ambos han disminuido singularmente el grandísimo golfo de Cilicia, nombre que se da frecuentemente al golfo de Alejandreta. «Un día vendrá—pro-

clamaba el oráculo—en que el Píramos de olas plateadas alcanzará á los bordes sagrados de Chipre.»

Entre los lagos del Asia Anterior, el lago de Van, el Tops de los armenios, triunfa en tamaño y belleza. A 1.625 metros de altura, al pie de Sipan-Dagh, cubre 369.000 hectáreas, y no toda la nieve de sus montes se funde en estío. Sus ondas saladas, con potasa y carbonato de sosa, no tienen desagüe visible. Se escapan por galerías, ocultas sin duda, hacia algún tributario del alto Tigris. Estas *katavothra* (salidas), no le roban tanta agua como le aportan los torrentes. Indudablemente van creciendo, tal vez porque llueve ahora más en Armenia, meseta que recibe sobre 500 milímetros de lluvia al año. Esto es mucho para un Asia que no es la India, la Indo-China, China, Japón, ni las islas. Ya el lago en su crecida amenaza á Erdchich y se acerca á Van, población de 30.000 habitantes, antigua y negra al pie de una enorme roca.

III

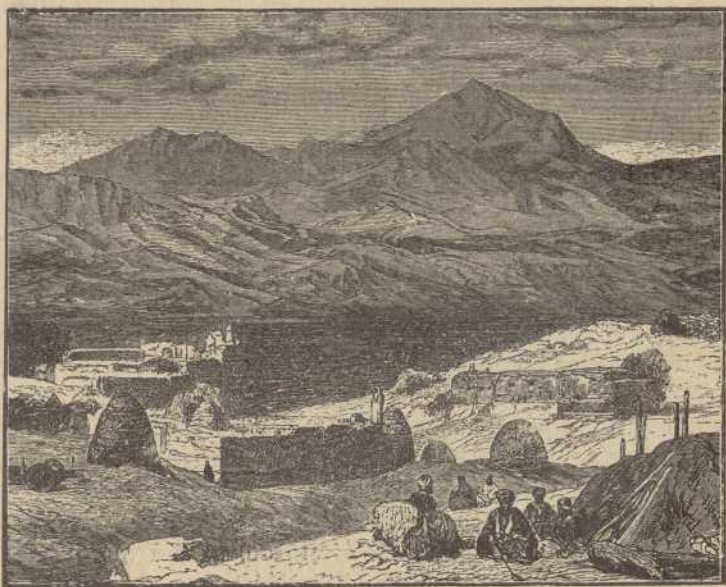
Clima.

Cuando de estos altos llanos bajamos con el curso de los ríos hacia el Ponto-Euxino, el Mediterráneo ó la cuenca del Eufrates, todo cambia bruscamente en el último recodo de los desfiladeros de las montañas. Hemos abandonado como lo hace el torrente, de cuesta en cuesta, las mesetas de la parte de Erzeroum (cuya temperatura media no alcanza los 6° 5'), donde las cabañas enterradas en el suelo no dejan ver sino sus techos borrados por la nieve del invierno. Si caminamos hacia el Septentrión, hacia el Mar Negro, encontramos un clima medio de 14 grados, en una costa húmeda y dulce cuando no soplan los vientos del Norte que envía la estepa rusa. Nos hallamos en medio de admirables vergeles, *agatch deniz* (1), como dicen los turcos. De allí recibió Europa, según dicen, más de un árbol frutal.

Marchando hacia el Mediterráneo vamos al encuentro de lo tibio, de lo claro, de lo azul, en el aire, en el cielo, en el mar. Sobre las colinas se ve lo áspero y brillante de las rocas y el gris pálido del olivo, porque este es el clima mediterráneo, caro á Minerva, cuyo árbol prospera igualmente del Betis al Meandro.

(1) Mar de árboles.

Esmirna, ejemplo de estos bellos parajes, tiene por temperatura media anual 18°7. A veces ve, sin embargo, nieves en sus jardines de rosas, y la palmera no entrega sus palmas al viento sino mucho más al Sur, á partir de la «apocalíptica Patmos», pequeña isla frente á la boca del Mendére. Más allá, en la costa meridional de Lycia y Cilicia, el clima es francamente cál-



Montes del Kurdistan. (Dibujo de J. Laurens.)

do, abrasador, casi egipcio, con una temperatura media anual de 21 grados.

Bajando hacia la cuenca del Eufrates hallamos la naturaleza seca, implacable, cruelmente luminosa, y por cerca que estemos de la Armenia y lejos de la Arabia, entramos en un «Arabistán» verdadero, donde el cielo, la tierra y el hombre son árabes, ó al árabe se inclinan.

En suma, cualquiera que sea el esplendor de los gloriosos valles donde despertó el genio griego, Asia Menor tiene tres enemigos: el cielo brusco, con frecuencia inclemente; el aire seco, avaro de lluvia, y el suelo febril.

IV

Turcos.—Griegos.—Armenios.—Kurdos.

Contiene la meseta de Turquía Asiática unos 10 millones de almas, ó tal vez algo más, entre turcos, nación preponderante, armenios, griegos, kurdos y naciones menores.

Los turcos ú osmanlis, en número de siete millones—¿quién los ha contado?—habitan las altas mesetas del interior, sedentarios, seminómadas ó del todo errantes, bajo el nombre de Yuruks, en centenares de tribus que abriga la tienda de pelo de cabra. En ellos se comprende á diversos mulsumanes que no tienen nada de osmanlis, bosniacos y búlgaros, georgianos y circasianos, albaneses en gran número y hasta millares de negros. Los turcos, que están acreditados de valientes, laboriosos, buenos para los hombres, dulces con los animales, verídicos y serios, avanzan ganando terreno hacia el Oriente sobre los armenios y otros pequeños pueblos, y quizás sobre los kurdos. Pero al Oeste, hacia el Mediterráneo, disminuyen visiblemente á pesar de su fuerza tenaz y de su vida de labor y pastoreo. Están agobiados de impuestos y saqueados por los funcionarios. Ellos solos proveen de soldados al ejército del sultán magnánimo. Entre ellos el infanticidio desembaraza á la mujer culpable y á las familias pobres. En su lucha con el usurero, el tendero, el hombre de dinero y el hombre de negocios—que es un griego casi siempre,—sucumben fatalmente y se van porque son los mejores.

Además, no estudian su lengua, no la fortifican á cada momento con libros y canciones, no la despiertan del sueño que duerme junta con el árabe y el persa, á quienes deben tanto, mientras que sus vecinos los griegos, orgullosos de su lengua, multiplican las escuelas hasta en las aldeas más insignificantes.

Los osmanlis desaparecen de más de un valle donde antes estaban casi solos. Sus campos van á poder de los cristianos, sus ciudades se vuelven villorrios, sus pueblos ruinas de cabañas, sus cabañas un nombre que se borra.

En la parte anterior de la península, sobre todo en las vertientes del Bakyr, el Ghediz, el Pequeño y Grande Meandro, el Gherenis y el Kodjai, los griegos ganan rápidamente te-

rreno sobre sus enemigos los turcos. Aún no son más que 400.000 sobre 600.000 turcos puros y 300.000 yuruks nómadas; pero cada hora los aumenta al mismo tiempo que amen-gua á sus rivales y dueños. Puede preverse el día en que los ríos del país correrán por tierra helénica como en los tiempos en que se llamaban Kaikos, Hermos, Meandros, Indos y Xanthos. Tanto en estos ríos como en las islas de la costa y el resto del Quersoneso, hay ya un millón de helenos, y quizás el porvenir casi sombrío en Europa para los herederos de Agame-non, rey de reyes, les reserva hermosos días en el Asia anterior. Lo mismo podrá, en fin, sonreír el destino en las llanuras más elevadas del Anti-Cáucaso á los 800.000 armenios que cultivan y trafican á lo largo del Eufrates superior, en la comarca natal del Araxe y en los contornos del lago de Van, dueños ya del negocio, de la hacienda y cada vez más del suelo, del que se apoderan con préstamos usurarios.

Al Mediodía de ese lago de Van, pueblan los kurdos las altivas montañas que dominan las mesetas de Asia Menor, el Irán, y desde lo más alto, la Mesopotamia, en la que se unen el Eufrates y el Tigris, siendo mayor este último río gracias á los torrentes que le envía el Kurdistan.

En estas montañas que son sus Alpes, los kurdos, gentes de presa, bandoleros endurecidos, raza enérgica, obedecen á regañadientes á Turquía y á Persia, y su mayor placer fué siempre desvalijar á los hombres de la meseta y de la llanura en los dos imperios de que ellos dependen; al Noroeste el imperio del Sublime Sultán, y al Sudeste, el imperio del Chah Sublime. Pastores, labradores y muchas veces soldados mercenarios, los kurdos practican un islamismo sunnita muy grosero (1). Usan una clarísima lengua irania matizada de árabe y siríaco, elementos que, entrados después en el lenguaje, no afectan al fondo del idioma kurdo, de origen ario, como son arios ellos por parentesco con los persas.

Además se han mezclado siempre con turcos, armenios, árabes y todas las razas que vivieron y pasaron por el Irán y el Asia anterior. Desde sus frías aldeas bajan sus familias á fijarse en la estepa irania, en la Anatolia, en el curso medio del Kizil-Irmak, en el Taurus, en la Siria del Norte y en la Mesopotamia septentrional. No guardando tenazmente su lengua, dismi-

(1) Un tercio de ellos á lo más profesan el chiismo persa.

nuyen en provecho de los osmanlis y los iranios. Entre todos hay dos millones en Asia, de los cuales 500.000 en Persia. Esto sin contar los louris, sus hermanos de lengua, y los bakhtiaris, sus hermanos de raza á lo que se cree.

V

Islas griegas.—Mitilene, Chio, Samos y Rhodas.

Cuatro naciones (griegos, turcos, armenios y kurdos) se comparten la meseta del Asia Menor, pero sólo los griegos habitan las islas de Mitilene, Chio, Samos, Rhodas, Chipre y otras más pequeñas que fueron tan graciosas en pasados tiempos, cuando daban poetas al mundo encantado, artistas y sabios, al par que hombres de presa y caballeros de industria.

Mitilene ó Mytilini, la Midillu de los turcos, fué la antigua Lesbos, célebre por sus voluptuosidades. ¿Pero cuándo esta isla griega no ha sido voluptuosa?... De 160.000 hectáreas y con 45.000 habitantes, domina el golfo de Esmirna, frente á la orilla en que florecieron Phoea, que fundó á Marsella, y más tierra adentro, la real Pergamo. Su Olimpo se alza á 925 metros.

Chio, la Sakys turca, tiene 100.000 hectáreas, y contaba 60.000 habitantes antes del reciente temblor de tierra que hundió su ciudad y sus pueblos. Cinco mil osmanlis contemplaban allí los trabajos y los negocios de 55.000 griegos, y sin embargo, la guerra de la Independencia no había dejado un solo heleno en Chio, pues el turco mató ó llevó á la esclavitud á todos los cristianos de la isla. Sobre las calvas rocas donde se alza á 1.258 el San Elías, es decir, la montaña del Sol que existe en casi todas las islas griegas, las viñas surgen inundadas de calor, de luz, y de esas viñas sale un vino moscatel delicioso. Los chiotas, marinos ahora y antes piratas, tienen el genio del comercio. «Se necesitan dos judíos para un griego, y dos griegos para un chiota», dice el refrán.

En Samos, á 2.000 metros del litoral en que brillaba Efeso, hay 44.000 hombres sobre 46.800 hectáreas en torno del Kerki, montaña de 1.750 metros, que conserva hasta la primavera la nieve del invierno. Oficialmente tiene el rango de «principado tributario». Es un vivero de griegos, y ya Samos ha dado 15.000 samitas al litoral del Asia anterior. De Samos salen los mejores

marineros de Grecia, y una gran parte de su población vive navegando por el Mediterráneo.

En el «buen tiempo de los griegos» tuvo Rhodas durante muchas olimpiadas la preponderancia sobre el mar, ó más exactamente, sobre el Mediterráneo oriental. En la Edad Media se ilustró por los combates de sus caballeros de San Juan de Jerusalén contra los turcos, entonces todopoderosos. La resistencia encarnizada, así como el ataque, duraron ciento doce años, has-



Lago y fortaleza de Van. (Dibujo de J. Laurens).

ta 1552. En este duelo á muerte, Europa tenía por campeones á los «latinos». Y como entonces estaba menos dividida que hoy contra sí misma, y frente á los infieles sólo contaba con un corazón y un alma, hacía apasionados votos por el triunfo de los caballeros españoles, franceses, italianos, que eran su vanguardia en Rhodas. Estos días sangrientos reviven en los escudos de la famosa calle de los Caballeros, en Rhodas, plaza de armas de aquellos héroes vestidos de hierro. La isla del tamaño de 115.000 hectáreas, tiene 27.000 habitantes amenazados de morir bajo las ruinas de sus casas, como ocurrió en los temblores de tierra de 1851 y 1863. El Altaíro (1.240 metros), que domina sus cortos



valles, no tiene la alta majestad del Taurus de Lycia, que á través de las olas, desde la ciudad de Rhodas y desde los puertos de la costa de Oriente, se ve alzarse en el aire á unos 3.000 ó 3.200 metros.

VI

Chypre.

La isla de los Cuernos, así llamada por sus largos promontorios, ¿tuvo alguna vez tres millones de almas, en tiempo de los griegos, como algunos suponen? En este caso, que es de los más dudosos, no le queda más que una doceava ó treceava parte en el tiempo actual de la dominación inglesa; después de los romanos, los bizantinos, los venecianos, los franceses, los templarios y los turcos, que sucesivamente la han poseído. Apenas si la «Tierra Cornuda» sostiene 200.000 chipiotas en 931.100 hectáreas de un suelo degradado, con peladas rocas ó palúdicos valles.

Pero si la tierra que dió su nombre al cobre y al ciprés, si la isla de Venus con sus templos de Paphos, de Idalia y de Amathonte, ha perdido sus bosques del llano, conserva aún sus selvas de pinos en su Olimpo ó Troodos, de 2.010 metros, blanco de escarcha hasta en el verano.

Su mejor amigo es el sol que madura sus famosos vinos, entre los cuales figura á la cabeza el de la *Commanderia*. Como dice el poeta Beranger: «El vino de Chypre ha creado á todos los dioses.»

Su peor enemigo es también el sol, en este grado 35, con largas estaciones sin lluvias, y á veces la terrible mandíbula de la langosta que lo devora todo. Pero la selva, soberana reparadora, podría restaurar estos montes y refrescar los valles sobre toda la gran llanura, la Messaria (1), que está desarbolada, fea, abrasada, triste.

El río de la Messaria, el más largo de la isla, el Pedias, pasa por Nicosia ó Levkosia (20.000 habitantes), capital de Chypre, y va á perderse en el mar, al Norte de Famagusta, ruina del poderío veneciano. Tiene más de 100 metros de ancho, pero lleva poca agua. A veces no se ve ni una gota en su cauce de arena. La isla

(1) El verdadero nombre, Mesorea, quiere decir: «Entre montes.»

es pobre en agua corriente, pero gracias á una capa impermeable bajo rocas porosas, los manantiales son abundantes. Los de Kythea y de Chytrea hacen de su valle un paraíso de grandes naranjos, de limoneros, de soberbios olivares, de moreras. Cree el vulgo que estas aguas vienen en sifón por debajo del mar, de los montes de Asia que están frente á Chypre. Y es posible que tenga razón el vulgo, aunque el mar tiene allí unos 300 metros de fondo, y la Cilicia dista más de 100 kilómetros.

Chypre, tierra griega, tiene hoy por dueños á los ingleses. Incapaces de colonizar en Oriente, los rojos insulares no llegarán á quitar á la isla su nacionalidad helénica.

VII

Turcos y griegos.—Sus costumbres.

Turcos, en el lenguaje usual, son todos los musulmanes sedentarios del Asia Menor, cualquiera que sea su origen. Los albaneses que después de cumplir su servicio militar se quedan en el país; los bosniacos y búlgaros musulmanes que por las guerras últimas de Turquía fueron trasladados al Asia; los tártaros nogai, emigrados de Crimea, y hasta los africanos negros introducidos por la trata de esclavos en otros tiempos y que han conquistado su libertad, todos son turcos.

Ningún mapa podría dar idea de la confusión de los pueblos, mezclados en un mismo espacio, y, sin embargo, tan distintos. Aún en los distritos ocupados por una misma raza, la gente vive muchas veces dividida en tribus, mirándose con recelo y tratándose como enemigos. Cada grupo, al vivir aparte, quiere distinguirse por el traje ó por las armas. Los turcos ó turcomanos, que en esto han llegado á mayor grado de originalidad, son los zeibek de las montañas de Misoghis. Descendientes de una de las primeras bandas de conquistadores turcos que invadieron el país, muéstranse orgullosos de la gloria de sus abuelos, y á excepción de los viejos que toman el traje de los campesinos, buscan los demás imponerse por el brillo de sus vestiduras bordadas, la anchura de su faja, la altura de su gorro de sedas diversas y la dimensión y riqueza de sus armas. Muchos los tienen por bandidos injustamente. Hijos de guerreros guardan sus tradiciones de honor y practican la hospitalidad, pero con gran orgullo. Su nombre significa «somos nues-

tros propios príncipes» y creen de buena fe que el mundo les pertenece. En vano el gobierno turco ha querido prohibirles el uso de sus vestiduras principescas, igualándolos con el resto de la población. Antes prefieren hacerse bandidos que obedecer.

El gobierno ha apelado á otro medio para disciplinarlos, halagando su orgullo militar y haciendo que ingresen en el ejército. Millares de ellos han muerto en los campos de batalla de Bulgaria, en la última guerra con los rusos.

Los verdaderos turcos, ó sea la parte de la antigua nacióⁿ

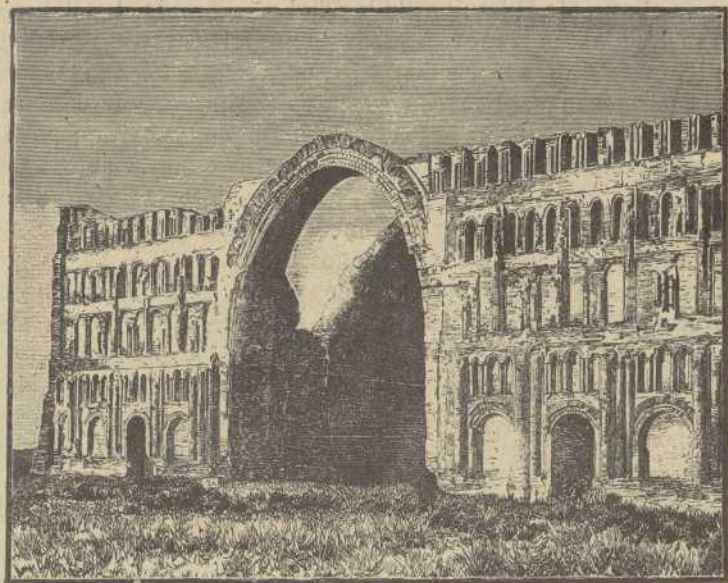


Ruinas de Palmyra: pórtico de las columnas. (Dibujo de Ph. Benoist.)

turcomana que se ha acostumbrado á la vida sedentaria, se encuentran con mayor pureza en la Anatolia que en la Turquía de Europa. Tienen generalmente la tez morena, los ojos negros, la cabellera oscura, los pómulos un poco salientes y una gran fuerza física, pero acompañada de muy poca habilidad y de una marcha grave y lenta. Entorpecidos por sus vestiduras demasiado amplias, no ofrecen la esbeltez y ligereza del persa. Es raro encontrar entre ellos enfermos crónicos. Sus costumbres sobrias mantienen la salud. La mayoría tiene la cabeza aplastada por detrás, lo que se explica por la posición que de pequeños les hacen guardar en la cuna.

En la costa asiática del Bósforo, frente á Constantinopla, donde la raza está menos mezclada, los osmanlis se muestran aún con todas sus condiciones naturales. Se sienten mejor en esta ribera asiática que en la europea, que sólo está á unos cuantos kilómetros, pero en la que subsisten confundidos con tantas poblaciones extranjeras.

El turco, cuando aún no ha sido corrompido por el exceso de poder ó degradado por la opresión, aparece como uno de



Ctesiphon: Arco de Chosroes. (Dibujo de Taylor.)

los hombres más simpáticos por el conjunto de sus cualidades. Jamás engaña, y esta misma honradez hace que sus vecinos el griego, el sirio y el persa se burien de él como de un sér inferior. Esa muchedumbre pedigüeña, corrompida y vil, que asalta al viajero en los puertos de Oriente, se compone de levantinos de las más diversas procedencias; rara vez ó nunca se ve en ella á un turco.

Los que han recorrido la Turquía Asiática muestran un grato recuerdo de la hospitalidad turca, sobria en palabras, pero sincera y franca.

Cuando un extranjero se presenta ante la puerta, el jefe de familia le ayuda á descender del caballo, extiende en el sitio de

honor su mejor tapiz para que repose, y alegre de poder serle útil, prepara inmediatamente la comida. Respetuoso, pero sin bajeza, cual corresponde á un hombre que se respeta á sí mismo, no dirige nunca al visitante preguntas indiscretas. De una tolerancia absoluta, se guarda de iniciar discusión religiosa alguna, siendo en esto distinto del persa, que no sabe hablar si no aborda cuestiones teológicas. Al turco le basta su propia fe y considera una falta de educación interrogar al huésped sobre sus creencias.

En el seno de la familia, la bondad y la probidad del turco no se desmienten nunca. A pesar de que el Koran autoriza la poligamia y de que los pachás y grandes señores tienen las mujeres por docenas, el turco de Asia se limita á vivir con una sola compañera, que es la madre de sus hijos, y existen poblaciones enteras donde no se conoce un solo caso de poligamia. Es verdad que en los campos el turco agricultor toma una segunda esposa «para tener una siryienta más que le ayude» y que en las poblaciones los pequeños industriales se casan con varias «para aumentar, sin grandes gastos, el número de sus obreras». Pero tenga una ó varias mujeres, el turco es más respetuoso con sus deberes conyugales que los cristianos.

Digase lo que se diga por costumbre y por preocupación religiosa, la familia turca, con una ó varias mujeres, no está menos unida entre los osmanlis musulmanes que entre los cristianos de Europa. Dueña absoluta en el interior de su casa, la mujer turca se ve siempre tratada con bondad. Los hijos, por pequeños que sean, son considerados como iguales en derechos, y sin ridiculeces de niños mimados, con una gravedad superior á sus años, toman parte en la conversacion de los mayores. Cuando llega la hora del juego, corren, luchan, saltan y dan cabriolás con no menos entusiasmo que los niños de Europa. La bondad natural de los turcos se extiende hasta los animales domésticos. En algunos distritos los asnos tienen derecho á dos días de descanso por semana y se observa respetuosamente esta costumbre. En los corrales colocan perchas para que la cigüeña vagabunda tenga donde reposar sin que nadie la inquiete. Cuando se visitan las casas de una población ocupada por las dos razas preponderantes, turcos y griegos, no hay que preguntar por la nacionalidad de los que las habitan. El techo del turco es siempre el que escoge la cigüeña.

Aunque descendientes de la raza conquistadora, en la cual se reclutan todos los funcionarios importantes del Estado, no

por esto los turcos están menos oprimidos que las otras naciones que pueblan el imperio, con la agravante además de que carecen de embajada europea que los defienda y nadie interviene en favor suyo. Los armenios, que por su cualidad de usureros, son los encargados de recaudar los impuestos, abruma á los pobres osmanlis que además sufren otras calamidades. Cuando pasan por sus aldeas funcionarios ó soldados, tienen la obligación de atender gratuitamente á todas sus necesidades, y esta hospitalidad forzosa los empobrece tanto como un pillaje general. Por esto, si el rumor público anuncia el próximo paso de empleados ó militares, los campesinos huyen á los bosques y á las gargantas de las sierras.

Además el reclutamiento para el ejército pesa únicamente sobre los turcos, como un honor que los mata. Los reclutas turcos no celebran su partida con cantos y banquetes como en otros países. Casados casi todos, desde dos ó tres años antes, cuando el sargento reclutador viene por ellos, tienen que dejar padres y esposas y todos los lazos de la familia se rompen á la vez. En las regiones de la Anátolia oriental, donde existen vías férreas, cada tren que parte lleno de quintos provoca escenas desgarradoras. Las pobres mujeres turcas, madres y esposas, se lanzan á las ventanillas locas de dolor, queriendo dar el último beso, saludando con flores y ramas de olivo á los que se van, tal vez para siempre, con los ojos húmedos y el rostro sombrío.

Debilitados y diezmados por todas estas calamidades, los turcos corren el peligro de verse vencidos por los griegos, raza dotada de una iniciativa fuerte. No pueden luchar con estos que les odian y en las transacciones pacíficas se vengan de las persecuciones que les ha hecho sufrir el Sultán en las islas. Además los turcos se baten contra ellos con armas inferiores.

La mayoría de los turcos sólo conoce su propio idioma, mientras que el griego habla muchas lenguas. Son ignorantes y simples ante un enemigo hábil y astuto. Sin ser perezoso el turco no gusta de apresurarse. «La prisa es del diablo y la paciencia de Dios» dice habitualmente. El *kief*, un tabaco embrutecedor es su placer, y sueña fumando, mientras deja vivir á su cuerpo la vida de las plantas, sin la fatiga de pensar y de querer. Mientras tanto su rival, que guarda la voluntad para el momento preciso, sabe aprovecharse de sus horas de descanso. Hasta las buenas cualidades del turco se vuelven contra él. Honrado y fiel á su palabra, trabaja hasta el fin de su vida para librarse de una deuda, y el comerciante se aprovecha de esto abriéndolo.

le largos créditos que le esclavizan por toda su existencia.

Entre los negociantes del Asia Menor circula este refrán: «Si quieres prosperar, presta al cristiano la décima parte de su fortuna, y al musulmán el doble de lo que tenga.» Por esto puede decirse que el turco no posee nada en realidad. Todos los productos de su trabajo van al usurero: sus tapices, sus cosechas, sus rebaños y hasta su tierra, pasan poco á poco á manos del extranjero. Todas las industrias del país, excepto el tejido, le han sido arrebatadas, privándole de participación en el comercio marítimo y empujándolo hacia el interior para que continúe la vida nómada de sus abuelos, conductores de caravanas ó de rebaños.

Hace tiempo que la opinión occidental ha gritado á los turcos: «¡Fuera de Europa!» El Sultán aún permanece en Constantinopla, pero la gente europea no se da cuenta de que lentamente se está cumpliendo su deseo. Ascienden á muchos centenares de miles los osmanlíes que han abandonado las islas y la Turquía europea, perdiéndose en el Asia, empujados por la marea cada vez más creciente de los griegos. Pero he aquí que los fugitivos se ven también amenazados en su refugio de Asia. Un nuevo grito les persigue: «¡A las estepas!»; y se piensa con alarma si también va á cumplirse esta segunda amenaza, si no es posible una conciliación entre las razas, y si la civilización solo puede cumplir sus fines á costa del sacrificio de poblaciones enteras, que son precisamente las que se distinguen por su honradez, su valor tranquilo y su tolerancia.

Los griegos que pueblan Turquía no pueden hablar con mucha seguridad de la pureza de su sangre. Descienden de los antiguos jonios, pero muchos pueblos extranjeros que entraron en el círculo de atracción de la primitiva Grecia se han fundido con ellos. El signo distintivo de la nacionalidad griega en el Asia Menor no es la raza, ni aun la lengua, sino la religión en sus formas exteriores. El lazo de unión de todas estas sociedades griegas, es el patriotismo. Se sienten unidas por vínculos de fraternidad con los griegos que pueblan la cuenca del Mediterráneo y que figuran como nacionalidad independiente, y en sus esperanzas miran más á Atenas que á Constantinopla, que es la capital del país que habitan.

Ningún pueblo se cuida del porvenir como los griegos de la Anatolia, los cuales piensan á todas horas en «la gran idea». ó sea la resurrección de la antigua Grecia. Para esto cuidan escrupulosamente de la educación de los niños, y no muere un

rico entre ellos que no dote á alguna escuela con parte de su fortuna. En esto son iguales á los armenios. El asunto principal de toda población habitada por griegos, es la marcha de las escuelas. Los comerciantes, después de haber tratado sus negocios, discutiendo precios y expediciones, acaban por hablar de los métodos pedagógicos, apreciando los méritos y servicios de los profesores que tienen á sueldo. Cuando un extranjero los visita, se apresuran á mostrarle sus establecimientos escolares, sus asilos, y le ruegan que examine á los niños, consultándole sobre las cuestiones de la educación, á la que confían el porvenir de su raza. De lo que más cuidan es de infundir en la juventud el amor á la nacionalidad griega y el deseo de resucitar su preeminencia. Todos los alumnos aprenden el griego antiguo y leen los clásicos para conocer los tiempos de grandeza y de gloria que hicieron á sus antepasados los educadores del mundo. Todos estudian la historia moderna, y especialmente los hechos gloriosos de la guerra de la Independencia, sostenida por los griegos contra los turcos. Bajo la mirada indiferente del turco que los gobierna, los griegos se exaltan pensando en el día que podrán expulsar al ósmanlí de su territorio. El trabajo de reconquista se prepara en los bancos de la escuela. Poco á poco y pacíficamente se va realizando la revolución política.

Los griegos se han apoderado en Turquía de la mayoría de las industrias y de todas las profesiones llamadas liberales. En las ciudades son médicos, abogados y profesores. Todos los intérpretes y periodistas de Turquía son griegos y poseen el monopolio de la dirección de la opinión pública de Europa, pues cuanto sabemos de la Asia turca es por mediación de ellos. A pesar de los siglos de barbarie y opresión que ha tenido que sufrir su industria, se revela todavía en sus productos el buen gusto y la armonía de formas de los antiguos griegos.

En todas las poblaciones de Asia, la mayoría de los griegos se visten, como ellos dicen, «á la francesa», con trajes sin gracia, imitados de los de Europa, y muestran repugnancia á lucir la túnica bordada, los bombachos y la faja, como un signo de vulgaridad. Hasta hace dos siglos los griegos estaban condenados por los turcos á no llevar más que trajes negros.

Otra de las ventajas de los griegos sobre sus dominadores es su extremada movilidad. Un griego representa la actividad de veinte turcos. Marino y viajero, el heleno de nuestros días, como en tiempo de Herodoto, se encuentra en todas partes.

Antes del despertar de la nacionalidad griega en Asia Me-

nor, el comercio de ésta pertenecía por completo á los extranjeros, casi todos católicos latinos, establecidos en Esmirna y otros puertos del litoral, á los que se daba el nombre de «levantinos». Eran entonces los únicos intermediarios entre los turcos de la Anatolia y los puertos de Occidente, pero la actividad cada vez mayor de los helenos y las facilidades de la navegación, han disminuido considerablemente la influencia de los levantinos, los cuales acabarán por desaparecer, así como la jerga que les sirve de idioma, llamada «lengua franca», compuesta de italiano especialmente, provenzal, español y francés, con los nombres locales en griego y turco.

Otra jerga levantina está próxima á desaparecer en el Asia Menor: el *spaniole*, dialecto empleado por los descendientes de los judíos expulsados de España, muy mezclado con palabras hebreas. Ningún español lo podría entender en nuestros días.

VIII

Kurdos y armenios.

Esparcidos en una gran extensión del país, los kurdos no ofrecen un tipo físico igual, y seguramente son originarios de diversas razas. Unos son producto del cruzamiento de turcomanos y turcótartaros; otros proceden de la mezcla de turcos y persas. Algunas tribus, consideradas como de origen armenio puro, pasan por ser antiguas comunidades cristianas convertidas al islamismo.

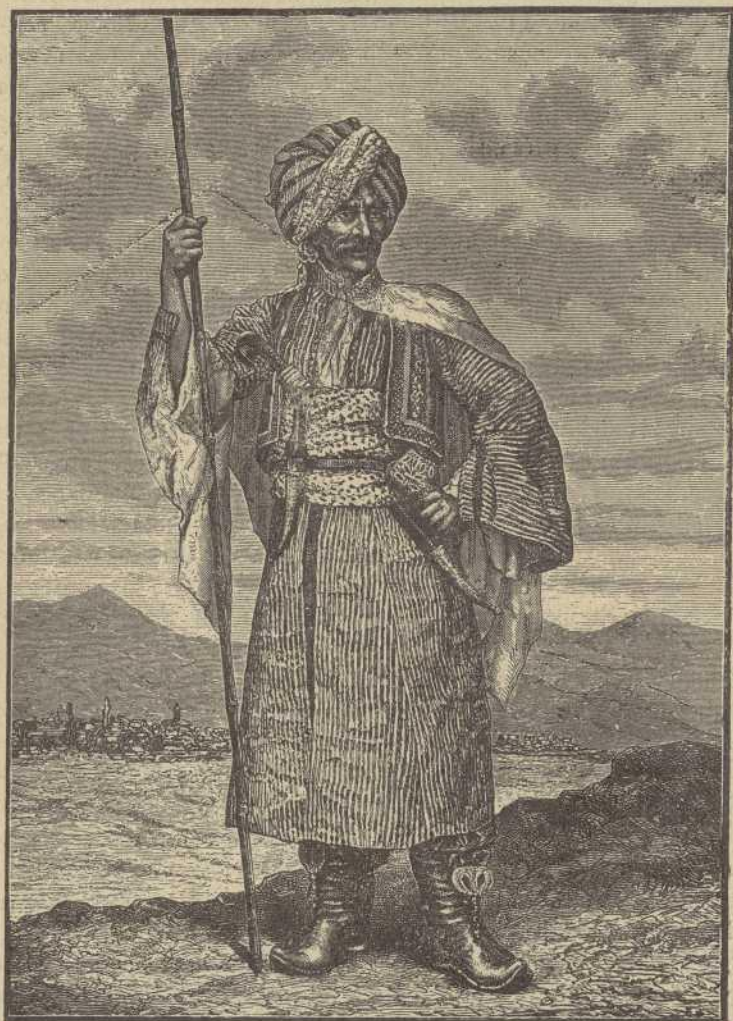
Casi todos los soldados turcos acantonados en las montañas de los kurdos se casan con mujeres del país. La diversidad de las fisonomías responde á la diversidad de orígenes. Unos kurdos son feos y groseros, mientras que otros rivalizan con los tcherkesses en hermosura varonil y porte elegante. Los que viven junto á los lagos de Ourmiah y Van, descendientes de los *Koudraha* mencionados por los antiguos autores griegos, son de estatura media, fuerte osamenta y rasgos enérgicos bien marcados. Pero los kurdos de la frontera persa tienen generalmente la frente deprimida, las cejas largas y muy separadas, la boca grande, la barba prominente y la nariz extremadamente aguileña, con las aletas muy carnosas. Los kurdos, como muchos persas, se tiñen sus barbas crespas y sus cabelleras de rojo ó negro. Aparte de esto, no es raro encontrar entre ellos hom-

bres de cabellos rubios y ojos azules, hasta el punto de asemejarse á los alemanes.

El conjunto de la fisonomía kurda se parece, según Duhouset, que ha estudiado á este pueblo detenidamente, «á la del animal carnívoros», más no por esto carece de belleza. Los niños son muy graciosos, y en las caravanas pintorescas de nómadas llaman la atención sus cabecitas crespas y sonrientes surgiendo de los sacos atados detrás de las sillas, sobre la grupa de los caballos. Las mujeres, que nunca ocultan su cara con velos, son por lo regular de una belleza severa y formas robustas, con largos cabellos de un negro intenso que armonizan con su morena palidez. Por desgracia, algunas de ellas se adornan como las indias, colgándose de la nariz un anillo de oro. Son tan valerosas como los hombres, y toman las armas lo mismo que éstos cuando su pueblo se considera en peligro. Aman las joyas y los trajes deslumbrantes, pero cuando los adquieren no los pueden ostentar, pues los maridos se los reservan para su uso. El kurdo busca las telas bordadas de oro con chillones colores, los gorros altos con espléndidos chales enrollados, y al peso de su traje añade el arsenal de su faja, pistolas, cuchillos yataganes, el fusil que lleva en bandolera y la larga lanza adornada de flechas y cintas, en la que se apoya. Para los combates el kurdo tiene buen cuidado de armarse con menos aparato y mayor ligereza. Los comerciantes de Bagdad hacían gran tráfico en otros tiempos, enviando á las montañas de los kurdos cañas de bambú para las lanzas y pieles de rinoceronte para los escudos.

Existen entre ellos dos castas: los *Kermani*, ó sea los nobles, y los *Guaran*, ó cultivadores. Estos, que son cuatro ó cinco veces más numerosos que los nobles, pasan como los restos de una antigua nación vencida y sujeta á servidumbre. En algunos distritos son efectivamente como esclavos, y sus dueños tienen sobre ellos derecho de vida y muerte. Sin otra misión que cultivar la tierra, los *guaran* no pueden elevarse á la categoría de guerreros, y cambian de amos con indiferencia, según la diversa suerte de éstos. Los nobles ó guerreros kurdos se considerarían deshonorados si empleasen sus manos en el cultivo de la tierra. La sola ocupación tolerable para ellos en tiempo de paz es el pastoreo, siguiendo sus rebaños á caballo, pertrechados de todas sus armas. El pillaje y la guerra, unas veces por cuenta propia y otras como mercenarios, son las únicas ocupaciones dignas de un noble, aparte de la pastoral. En muchos distritos

los nobles se distinguen por la capa roja que ostentan. Son menos hermosos que sus siervos los *guaran*, pues tienen el cuerpo

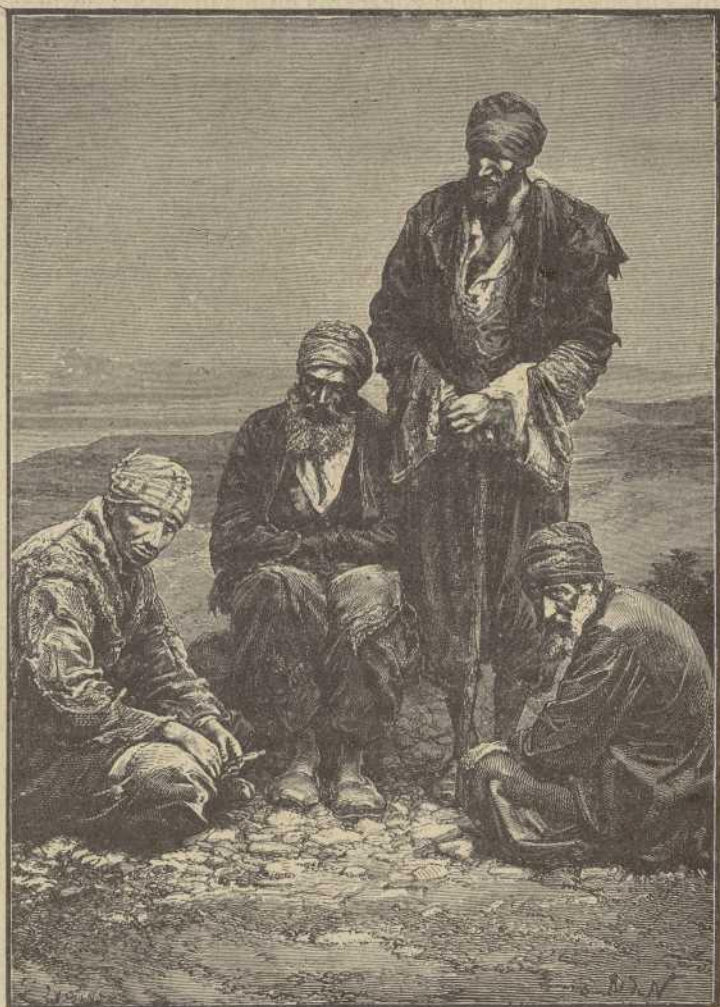


Jefe kurdo. (Dibujo de Th. Deyrolle.)

macizo y pesado, la cara con ángulos muy salientes y los ojos muy pequeños y hundidos. Los *guaran*, más dulces y de cara regular, se aproximan al tipo griego.

Existe entre los kurdos gran variedad de idiomas distintos.

Un kurdo de las montañas de la Cilicia, apenas si puede entender á un kurdo de Kopet-dagh. Todas estas lenguas son rudas y



Judíos de Babilonia. (Dibujo de A. de Neuville.)

resuenan como una serie de explosiones. Unos cuantos cantos populares que celebran las montañas, los ríos y los héroes, constituyen toda la literatura de este pueblo. Los misioneros yanquis han añadido á esto una traducción de la Biblia en kurdo

y algunas otras obras religiosas. Su nombre de «Kurdos» es de origen persa y significa los «Fuertes», los «Poderosos».

Ni los beduinos, ni los apaches, ni los patagones, sobrepujan á los kurdos de las tribus guerreras en los instintos de pillaje y en el arte para satisfacerlos. El jefe, cuyo castillo domina siempre, como un nido de águilas, la entrada de los desfiladeros, mantiene una banda de ladrones que recorre los caminos de los alrededores y le trae el botín. El robo á mano armada es considerado como el acto noble por excelencia, y en cambio desprecian el contrabando, que es fácil de realizar en este país montañoso, donde se encuentran las fronteras de tres estados: Turquía, Persia y Rusia. Este tráfico prohibido les parece impropio de su dignidad. Sin embargo, la yuxtaposición de límites la aprovechan para organizar sus expediciones de pillaje, tan pronto en un país como en otro, para hacer caer la responsabilidad sobre sus vecinos y dejar la frontera entre ellos y las tropas que les persiguen.

Cuando se trata de satisfacer el odio de raza y de religión que sienten contra los armenios, los kurdos se encuentran en su verdadero elemento y preparan alegremente sus expediciones de bandidos. Para evitar á estos vecinos peligrosísimos, se han despoblado muchos distritos habitados por armenios. En alguna región de las mesetas, las ciudades grandes y los grupos de poblaciones pequeñas habitadas por armenios, viven como sitiadas por los kurdos. Nadie osa aventurarse más allá de los jardines de los alrededores.

Las penas terribles que las autoridades turcas imponen á los bandidos, y entre las cuales figura la hoguera y el empalamiento, no aterrorizan á los kurdos belicosos; antes bien, los excitan, lanzándolos á terribles represalias que obligan al gobierno turco á enviar verdaderas expediciones militares. Entre los kurdos hay una secta religiosa que prohíbe severamente robar á los vivos, pero permite despojar á los muertos. De aquí que los sectarios se crean autorizados para matar á todos aquellos cuya fortuna les tienta. Sin embargo, la mayoría de los bandidos kurdos respeta la vida humana. Su deseo es robar, y más de una vez dejan víveres y vestidos á los pobres en las aldeas que pasan á saco.

No derraman la sangre voluntariamente más que para vengar un insulto personal ó hereditario; pero cuando se proponen cumplir este deber de la venganza, para ellos sagrado, sienten tal acometividad que se les ha visto atacarse y degollarse

en el interior de las mezquitas, en el momento de la oración. Los jefes, que son obedecidos ciegamente por sus tribus, tienen á todas horas la mesa puesta y devuelven en forma de festines los presentes que reciben y una parte del pillaje. El extranjero es bien acogido siempre que se presenta como huésped.

Considerados en masa, á pesar de sus costumbres guerreras, los kurdos son más honrados y ofrecen mayor seguridad que sus vecinos de otras razas. En general, respetan mucho á sus mujeres y las conceden más libertad que los turcos y los persas. Pero el trabajo incesante hace envejecer á las mujeres kurdas prematuramente, y se dice que muchas madres, para evitar á sus hijas una vida de miserias las matan apenas nacen. Jamás los kurdos han vendido sus hijas para el harem como lo hacen sus vecinos los tcherkesses.

A pesar de todas sus cualidades varoniles, los kurdos están destinados á perecer. Ya disminuyen rápidamente fundiéndose con los pueblos vecinos. Los siervos cultivadores, que constituyen la masa principal, huyen cuanto pueden de la casta guerrera, y ésta se extingue, agotada por un género de vida que consiste en luchar por todo y contra todos. Además, los odios religiosos contribuyen igualmente á su destrucción, pues los kurdos son sunnitas fervientes y esto hace que peleen frecuentemente con los persas, chiitas entusiastas, y que por ser más numerosos los persiguen y los aplastan.

En las mesetas habitadas por kurdos y armenios los cultos más diversos y extraños han dejado sus vestigios. Junto á los mahometanos y cristianos existen aún herederos inconscientes del antiguo mazdeismo. Los Kizil-bach ó «Cabezas rojas», que ascienden á 400.000, son considerados como cristianos por los musulmanes, ya que beben vino, no velan el rostro de sus mujeres y practican las ceremonias del bautismo y la comunión. Aparte de esto, según dicen sus vecinos, celebran fiestas nocturnas, donde, al extinguirse las luces, reina la promiscuidad más completa entre hombres y mujeres. De aquí el nombre de Terach Sonderan, «Apagadores de luces», con el que también se les designa. El jefe religioso de los «Cabezas Rojas» reside en el monte Dersim, cerca del río Mourad.

Hay otra secta, la de los chemsich, llamada de los «Adoradores del Diablo», que sólo tiene unos 50.000 creyentes y está esparcida en un espacio muy considerable, llegando una de sus colonias más avanzadas hasta el Bósforo, frente á Constantinopla. Odiaos, execrados por sus vecinos de todas razas y re-

ligiones, unas veces obligados á combatir y otras á huir ante sus perseguidores, reducidos por el hambre y por las enfermedades más aún que por la espada, los chemsich han podido sostener, sin embargo, durante muchos siglos sus pobres comunidades no teniendo, como los judíos, un cuerpo de tradiciones escritas ni la historia de un pasado de independencia. Los chemsich, llamados también yeridi, no tienen más apoyo que su fe y el recuerdo de las luchas del día anterior para continuar las del día siguiente. No hay abominación que no se les atribuya por los musulmanes. Las imaginaciones inventan á costa suya. Sus ceremonias difieren según el país. En unas partes bautizan á sus hijos y hacen la señal de la cruz; en otras practican la circuncisión. Unos ayunan, mientras que otros, «adoradores del Diablo», comen en todo tiempo. Aquí reina la poligamia; más allá una monogamia estrecha. Antes se vestían todos de azul; ahora aborrecen este color y se visten de blanco.

El lazo común de todos los yeridi de diverso origen que se amoldan por miedo á los cultos del país que habitan, es la adoración del rey Fénix, Señor de la Vida, Espíritu Santo, Fuego y Luz que representan bajo la forma de un pájaro con cabeza de gallo puesto sobre un candelero. Su primer ministro es el Arcángel Lucifer, el lucero de la mañana, al cual no han dejado de respetar, no obstante su caída y su desgracia. Dicen que siendo ellos unos desgraciados no pueden abandonar al gran ángel caído, y que lo mismo que esperan ellos su salud por la bondad divina, confían en que el gran desterrado volverá á ocupar su rango como jefe de los ejércitos celestiales. Tienen sus dudas sobre si Moisés, Jesús y Mahoma no han sido más que encarnaciones de este sér superior que vagaba lejos de su patria, el cielo, y creen que ahora ya está en él y es el encargado de cumplir de nuevo como ministro supremo las órdenes de dios legislador.

Los yeridis tiemblan de espanto al escuchar que musulmanes y cristianos blasfeman del Arcángel Lucifer, maldiciéndole. El nombre de «Satán» no lo pronuncian nunca. Es el mayor de los insultos. Hasta en su conversación evitan juntar las sílabas que puedan recordar este nombre. Su Papa reside en el pueblecillo de Baadli, sobre una roca escarpada, y en Lalech es donde vivió su Profeta, su *melek* Taous, cuya efigie se muestra á la muchedumbre en las grandes ceremonias. Por la mañana, cuando el sol se eleva en el horizonte, los peregrinos saludan la luz prosternándose tres veces.

Los misioneros católicos y protestantes que han visitado á los yeridi, y que naturalmente debían estremecerse en presencia de los adoradores del diablo, se muestran unánimes en presentarlos como muy superiores, moralmente, á sus vecinos nestorianos, sunnitas ó chitas. Son de una honradez perfecta en su vida privada. Cuando se declara la guerra muéstranse destructores y aficionados al pillaje; pero en tiempos de paz son respetuosos hasta el escrúpulo con la propiedad ajena. Al dar hospitalidad al extranjero, le rodean de toda clase de atenciones. Son bondadosos unos con otros, dulces y fieles en el matrimonio y muy asiduos en el trabajo. Las poesías que cantan al labrar el suelo ó al descansar á la caída de la tarde, son unas veces fragmentos de epopeyas que celebran los altos hechos de sus abuelos, y otras veces estrofas de amor llenas de sentimiento ó invocaciones melancólicas como ésta: «El chacal no desentierra más que cadáveres; respeta la vida; pero el pachá sólo se alimenta con sangre de jóvenes. El es quien separa al prometido de su novia. ¡Maldito sea el que separa dos corazones que se adoran! ¡Maldito sea el poderoso que no conoce la piedad! ¡La tumba no devuelve sus muertos, pero el Angel Supremo escucha nuestro grito!»

Hay varias sectas cristianas entre las poblaciones del Kurdistán. La principal es la que se designa ordinariamente con el nombre de nestorianos, nombre que no es aceptado por estos sectarios, pues se titulan «Nazarenos mesianicos», ó simplemente «Nazarenos». Su lengua es efectivamente un dialecto arameo, procedente del antiguo siriaco. Los misioneros han tenido la idea de enseñar el hebreo á los niños del país, y lo poseen con una asombrosa facilidad, casi puede decirse que sin aprenderlo. Son aproximadamente 200.000, mucho más numerosos que los yeridi, y están extendidos, como éstos, en un vasto territorio. Probablemente pertenecieron á su secta los nestorianos de China, de los cuales no queda más que el recuerdo y los Nazarenos-Moplah de la costa de Malabar, que conservan aún el siriaco como lengua sagrada y reconocen por jefe al patriarca de Babilonia, residente en Mossul.

No se sabe en qué época los nazarenos ó nestorianos de Persia y del Kurdistán turco abandonaron su patria siriaca para establecerse en medio de unas poblaciones tan diferentes por la raza, la lengua y las costumbres. Este suceso fué indablemente antes de la Hegira mahometana. Cuando los musulmanes invadieron el territorio, no se tomaron el trabajo de recorrer la re-

gión montañosa de Djoulamark, entre los dos lagos de Ourmiah y Van, donde los nestorianos tenían sus fortalezas y sus comunidades importantes. Independientes de hecho estos cristianos, permanecieron tranquilos hasta que en 1843 los kurdos musulmanes, alentados por las autoridades turcas, cayeron sobre ellos. Las poblaciones nestorianas fueron pasadas á saco, los hombres capaces de defenderse fueron muertos, las mujeres quedaron cautivas y los muchachos fueron circuncidados y hechos musulmanes para convertirlos en enemigos de sus propias familias. Hoy no tiene Turquía súbditos más sumisos que estos cristianos del Djoulamarck. Lo mismo que los kurdos se dividen en dos clases: los nobles, llamados *assireta*, y los cultivadores, que son casi esclavos. Toda una jerarquía de sacerdotes dirige á este pueblo bajo el patriarcado de un obispo-rey, designado bajo el nombre de *Mar Chimoun*, que significa el «Señor Simón». El orden de herencia en la sucesión de este pontificado va de tío á sobrino. Durante el embarazo, la madre del futuro patriarca se ve sometida al régimen vegetariano que es el de los sacerdotes. Si sufre engaño en su esperanza y da á luz una hija, ésta nace destinada fatalmente á la vida religiosa.

Los nestorianos se preocupan poco de las sutilidades teológicas sobre la naturaleza humana y la naturaleza divina de Jesucristo que tuvieron como consecuencia el cisma de Nestorius. Pero las diferencias en las ceremonias del culto han bastado para crear odios seculares entre ellos y las demás sectas religiosas.

Los caldeos, que son los cristianos de la Mesopotamia y el Zagros, y viven en las regiones bajas, alrededor de Diarbekir y al Norte de Bagdad, se han unido desde el siglo xvi, al menos oficialmente, al catolicismo romano. Han conservado, sin embargo, algunas prácticas de su antiguo culto y sus sacerdotes se casan, á excepción de los grandes dignatarios.

Cuanto á los nestorianos, se mantienen fieles al culto nazareno de Siria, pero desde 1831 están bajo el protectorado de los Estados Unidos, que han establecido unos sesenta centros de propaganda en el país. Muchas veces estos americanos protegen con su influencia y prestigio á los montañeses cristianos de los desmanes de turcos y kurdos.

IX

Ciudades.

El Asia Menor no tiene capital.

Todas sus poblaciones obedecen á una ciudad que, no solamente no pertenece al Asia anterior, sino que está enclavada en otra parte del mundo. Esta ciudad es Constantinopla, capital europea, pero que también lo es asiática, pues separada de Asia por un brazo de mar más estrecho que muchos ríos, tiene sus arrabales de la orilla izquierda, llamados Scutari y Uskudar, en el otro continente.

Hay unos 100.000 hombres en esta Stambul de Anatolia, ó sea la Constantinopla asiática, y desde ella el Stambul europeo, situado en frente, en el territorio de la Rumelia, brilla como una ciudad maravillosa. Los buenos osmanlis de la ciudad del sultán gustan de escoger los seis pies de tierra de su eterno descanso bajo los cipreses del inmenso campo de los muertos de Scutari, ó sea en la tierra asiática. ¿Es esta piedad filial una veneración por la tierra de Asia, de la que vinieron y donde van á volver después de quinientos años de guerras, las más feroces y más vanas de la historia?

A unos cien kilómetros al Mediodía de Uskudar, Brussa (60.000 habitantes), hablaba con orgullo de sus 365 mezquitas, cuando en 1865 un temblor de tierra derribó las casas de la oración y las del trabajo, porque Brussa tiene sus industrias. Extiéndese á 305 metros de altura al pie de un monte noblemente regular, vestido de bosques, con nieves en la frente; el Olimpo (2.500 metros), aglomeración de granitos lleno de manantiales. Fué la capital de los turcos hasta 1360, en que Amurat I hizo de Andrinópolis su residencia. Mientras fué la metrópoli de los osmanlis en toda la gloria de su juventud, llenóse de palacios y mezquitas, recibió poetas, legistas, sabios, profesores y «hombres de El Libro» ó teólogos del Koran. Vió nacer la literatura turca y crecer el idioma de los otomanos con amplias influencias del árabe y del persa.

Cinco veces mayor que Brussa es Smirna, la Ismir de los turcos. Tiene 200.000 habitantes, de los cuales son 140 000 griegos, 40.000 turcos y buen número de cosmopolitas, por los cua-

les se ha extendido mucho el francés. Por su número de almas, por su comercio, que hace de ella el principal centro de cambio entre Europa y Levante, Smirna es, y seguirá siendo mucho tiempo, la primera ciudad de esta costa. Su golfo está profundamente hundido al Norte de la ribera donde reinó la elegante Efeso, donde traficó Mileto, madre de unas ochenta colonias griegas, y muy al Sur del litoral, donde el Kas-Dagh (1.769 metros), antes monte Ida, contempla los campos donde estuvo Troya.

Estas tres ciudades mayores se hallan en la costa ó cerca de ella. Tras ellas viene Kaisarieh, ciudad de 50.000 almas, á 950 metros de altura, al pie del Argeo, cerca de un corto afluente del Kizil-Irmak. Antes vivía; ahora vegeta en una de esas mesetas donde se agitaron tantas razas, primeramente las naciones cuyos nombres balbuceamos apenas, arreglados al griego; luego los semitas, los turanis de todas las hordas, los eranios, los griegos, los armenios y los mismos celtas, porque allí estuvieron los galatas ó galos (1), cuya lengua duró cinco ó seis siglos en los llanos de Ancyra.

Ancyra es hoy Angora (40.000 habitantes), ciudad á 870 metros de altitud, célebre por sus gatos de largo pelo. Erzeroum (20.000 habitantes), la Gareme de los armenios, cerca del Eufrates occidental, ó sea de una de las dos ramas madres del río, está á 1.960 metros por cima del mar. Así en invierno descien-de allí la temperatura á 25 grados bajo cero, mientras que en sus largos y atroces calores alcanza el estío hasta 44 sobre cero.

X

País de Eufrates.—Mesopotamia.

Dejando la meseta del Asia Menor entra el Eufrates en una amplia comarca baja, que es al mismo tiempo la del Tigris. Esta cuenca es la Mesopotamia, que tiene el tamaño de Francia, con cinco ó seis millones de almas.

Fué la tierra histórica, orgullosa de sus palacios, de sus estatuas colosales, de sus ciudades gigantescas de ladrillos, de sus canales sin número, de las poblaciones «donde 120.000 niños no sabían distinguir su mano derecha de la izquierda».

(1) En el año 278 antes de J. C. pasaron á Asia.

Assiur, Nimroud, Ninive, Babilonia, Seleucia, Ctesiphon y luego la Bagdad de Harum-al-Rachid y de los grandes Califas de «Las mil y una noches». Quedan ruinas y ruinas de ruinas de todo este pasado; geroglíficos de ladrillo y suelo maldito allí donde no corren los canales y pantanos, ó donde éstos se han roto. También quedan árabes, turcos, persas, que ya no son los uranios de antes, puros adoradores del fuego; kurdos groseros en el monte, beduinos rapaces en el llano y *fellahs* sin



El Eufrates. (Dibujo de F. Thomas.)

cariño á la tierra. ¿A qué sudar durante toda la vida, bajo el abrasador sol babilonio, para enriquecer á los gobernadores generales de la Sublime Puerta?

La región está claramente limitada: al Norte, por el Cáucaso y el Anti-Cáucaso; al Este, por los Alpes del Kurdistán, que los griegos llamaban Montes Nevados. Al Oeste, sus arenales incandescentes, sus *hamadas* ó mesetas de dura roca van á tropezar con los *djebels* de la Siria. Al Sur confunde sus arenas con las de la ardiente Arabia, y al Sudeste el delta de su río muere en el Golfo Pérsico. Demasiado guardada de los vientos marinos por el Norte, Oriente y Occidente, se extiende libremente al sol del Mediodía.

XI

Eufrates y Tigris.—Chatt-el-Arab.

En la pendiente del Dumli, entre porfidos y esquistos, á unos 2.530 metros, surge el Eufrates de una fuente muy fría, de que habla mucho la leyenda armenia. Ba'io el nombre turco de Kara-Sou, «Agua Negra ó Morena», ó bajo el de Furat (1), serpentea por la meseta de Erzeroum, lago seco del que sólo quedan algunos pantanos. Luego bulle en desfiladeros de incomparable grandeza ante el pueblo de Eghin. Así corre hacia otro Eufrates más largo y abundante, el Murad, nacido cerca de Bayezyd, en una cadena de 3.568 metros, y que, tortuoso, ha pasado al Norte del lago Van.

Reunidos ambos brazos, emprende el río el paso del Taurus por gargantas de 150 kilómetros de largas y 550 metros de profundidad, con un ancho, según los sitios, desde muchos centenares de metros á 30 metros escasos. Baja por trescientas caídas, saltos y cascadas á la llanura de Mesopotamia, que los árabes llaman el-Djézireh, «la isla», entre el Eufrates y el Tigris y que, mejor aún, los viejos caldeos llamaban Aram-Nebarain ó «Siria de los dos ríos». Allí rueda, salido de sus prisiones, por una pendiente que lo llevaría al Mediterráneo por Alepo. En Biredjik se ve ya á 155 kilómetros de este mar, pero su ribera derecha tropieza con las arenas de un desierto que renuncia á vencer y se decide á torcerse al Sudoeste, teniendo al Norte una tierra rica, con dos Nilos en vez de uno, y al Sudoeste una inmensidad vacía, arenas y peñascales, mesetas calcinadas por el sol que cae allí pesado, eterno, sobre la polvorienta Arabia.

En uno de los oasis de este Sahara del Asia anterior, la antigua ciudad de Palmira alza aún las columnatas de lo que fueron sus palacios y templos en otro tiempo, en una soledad espléndida de muerte.

Entre palmeras, en torno de las islas y bajo una lluvia de luz, el Eufrates se desliza tan pronto durmiente como hervoroso, disminuido por las gigantescas norias y canales que lo sangran. Uno de estos canales, el Hindiah, le roba casi la mitad de

(1) De donde viene el nombre de Eufrates.

su caudal para llevarlo al Nedjef, lago pantano, vecino al mar, de 100 kilómetros de largo por 30 á 50 de ancho. Este Nedjef no devuelve al Eufrates todo el río que le ha sacado, porque una buena parte va á perderse independientemente en el Golfo Pérsico, sin pasar por el Chaff-el-Arab. Además, en las dos orillas, vastos pantanos se alimentan del río de Babilonia, lo que es causa principal de la inferioridad del Eufrates cuando encuentra al Tigris.

A su derecha tiene un afluente casi tan largo como él, pues su curso arranca de la ciudad santa de Medina en la Arabia del Norte; pero el río de este cauce, el Oued-er-Ruman, no corre ya. ¿Cómo podría hacerlo, teniendo por toldo la bóveda cruel, fatalmente serena, que el sol abrasa todo el día y donde se cuentan todos los astros por la noche? El Oued-er-Ruman, que tiene 2.000 kilómetros de largo, no vierte visiblemente, al menos en el Eufrates, tanta agua como una de nuestras pobres fuentes de jardín.

El Tigris, muy rápido, «marcha tanto en un día como un buen andarín en siete», y parece traer su nombre de una vieja palabra persa que quería decir «la flecha». Allí donde nace, en una montaña no muy elevada, domina á 400 metros una garganta retorcida por donde pasa gruñendo, como ahogado en la profundidad, otro río que ha recorrido ya 500 ó 600 kilómetros. Este río es el Eufrates, inferior en caudal al Tigris, á pesar de su exceso de longitud. No arrastra ni la mitad de agua que su «gemelo», pues el Eufrates llega á la cita de Korna con 2.065 metros cúbicos por segundo, y el Tigris con 4.656. En la unión de los dos ríos, el Eufrates no tiene más que 125 metros de ancho, mientras el Tigris, más profundo, agita sus ondas entre orillas separadas por más de 200 metros.

El Tigris tiene dos ramas madres: el Didjle ó Tigris occidental, la mayor, y el Botan ó Tigris oriental. Apenas se reúnen las dos ramas, se hunde el río ya poderoso en largas gargantas calcáreas ó basálticas. Baña á Diarbekir, á Mossul y recibe por su izquierda los vastos torrentes de los montes kurdos, generosos proveedores de nieve que se alzan á 4.000 metros entre el Iran y la Mesopotamia, ó sea entre la tierra alta que mantenía á Cyro, cuando la tierra baja había ya devorado á Nimroud y Semiramis. El Tigris absorbe al Gran Zab, testigo de la batalla de Arbela, al Pequeño Zab y al Djala. La gran ciudad, asentada en su orilla, es Bagdad. Khorsabad, Kooundjouk y Nimroud, ruinas de piedra, son sus ciudades muertas. En el Eufrates, cerca de Hilleh, se hunde lo que queda de Babilonia.

En Babilonia las ruinas son de ladrillo, porque la «Puerta de Dios», ó sea Babil, situada en tierra de aluvión y lejos de rocas, construída para una inmortalidad más corta que Ninive y sus compañeras asirias, que construyeron con ladrillo, tierra y mortero. Babilonia no es más que escombros, un nombre, nada, mientras que cerca de ella Kherbella brilla aún gloriosamente.

Esta ciudad sagrada de los musulmanes chiitas, irrenconciliables enemigos de los musulmanes sunnitas, recibe al año hasta 12.000 peregrinos orgullosos de haber atravesado las grandes mesetas, cumbres y torrentes sin número, dos ríos y llanuras asfixiantes para murmurar una plegaria ante la tumba de Hussein, hijo de Ali, nieto de Mahoma. Tal es la santidad de este suelo, donde vertió el mártir su sangre, que los chiitas, por lejos que vivan, hasta en el extremo de la India, tienen el supremo deseo de enviar á Kherbella sus despojos.

Fétidas caravanas, sembrando á veces la peste alrededor, llevan á Kherbella los cadáveres ó los huesos desenterrados de los que desean reposar en paz junto á Hussein.

Cuando los dos ríos llegan frente á frente, después de comunicarse por ramas de unión, primero del Eufrates al Tigris y luego al revés, no se mezclan del todo. El Eufrates, clarificado por los pantanos, es menos tardío é indolente que el Tigris.

Hubo un tiempo, ya muy lejano, en que marchaban por dos diferentes vías al mar, sepulcro común de los ríos. Ahora van juntos por el Chatt-el-Arab (1), corriente de 6.696 metros cúbicos de caudal medio por segundo, de 500 metros de ancha y de 6 á 10 de profundidad.

El Chatt-el-Arab (Eufrates y Tigris juntos), pasa á una legua de Basora, ciudad decaída, y se termina en delta en el Golfo Pérsico, después de haber dejado en su orilla derecha ó turca (la izquierda es persa) un bosque de palmeras que es el más vasto del mundo. El esbelto árbol se cuenta allí por millones, sobre un frente de 60 kilómetros por 5, 6 y hasta 10 de fondo.

El «Río de los Arabes» es gran acarreador de despojos. Ya ha colmado grandes rincones del Golfo Pérsico, uniendo así los cuatro ríos antes independientes: Tigris, Eufrates, Kerkha y Kharoun. En tres mil años su barro y su limo han avanzado 150 kilómetros sobre el mar, ó sea unos 50 metros por término medio al año.

(1) Es decir: «El río de los árabes.»

Absorbe al Kerkha y al Kharoun, bajados de los montes del Louristan y del Khouzistan que unen las Alpes de los kurdos, á las montañas de Farsistan ó verdadera Persia, y separan la cuenca del Eufrates, extendida á sus pies, de la meseta de Irán, colocada á sus espaldas. Son dos hermosos ríos. El Kharoun tiene un solo encuentro con el Chatt-el-Arab, en Mohammera, por un canal que deja al río un poco de la onda kharouniana, y luego va á verterse en el Golfo Pérsico por una desembocadura propia.

Del nacimiento del Eufrates al término del Chatt-el-Arab hay, contando los rodeos, cerca de 2.500 kilómetros, y la cuenca tiene de 20 á 25 millones de hectáreas.

XII

Pueblos y ciudades.

No sabemos lo que queda aún de la sangre de los pueblos que establecieron en este país sus famosos imperios, pueblos que se alababan de durar inmortalmente, mientras sus gobernantes se creían sabios, porque eran dichosos, y justos porque eran fuertes. Afortunadamente pasó el tiempo de esta justicia y esta sabiduría.

Cayó Ninive. Su suelo de escombros ha estado proporcionando desde hace tres mil años pedazos de enormes edificios, estatuas y bajorelieves de una calma y una barbarie grandiosas.

La esplendorosa Babilonia, cuyo monarca «fué pesado en la balanza y hallado ligero», se eclipsó ante el astro naciente de la Persia. De gloria del mundo se convirtió en ciudad de provincia, y después de haber visto morir á Alejandro, se hundió para siempre entre sus muros de 24 kilómetros por cada lado, que encerraban 57.000 hectáreas, ó sea más de siete veces el moderno París.

Estas poderosas naciones eran en gran parte de lengua semítica. Iban helenizándose ya cuando el mundo cambió de curso al engrandecerse Roma. Después de las artes griegas, el Aram Neharaim recibió los ejércitos romanos y vinieron después parthos, persas, árabes, mongoles y turcos, todas gentes de poca clemencia, que, asesinando y atropellando, pasaron de grado ó por fuerza á través de las familias y turbaron la pureza de la sangre caldea.

En el Kurdistan, compuesto de altos montes, dejaron los asirios mucho suyo. En la llanura la sangre árabe domina evidentemente junto á la persa y la turca. Cerca de Harran hay aldeas que hablan aún el antiguo siriaco. De este idioma se sirven también, pero sin comprenderlo, y sólo en sus ritos, como ya hemos dicho, los 200.000 nestorianos, en los que algunos han creído ver alguna de las diez tribus desterradas de Israel.

No llegan á dos millones y medio los hombres que habitan la cuenca del Tigris y el Eufrates, dejando aparte la meseta de Armenia y los montes del Kurdistan. En el llano casi todos hablan árabe; en la montaña reina el kurdo.

En la cuenca que bordea el Tigris estuvo Seleucia, y están las ruinas de Btesifon. En Seleucia residieron, antes de habitar Antioquía, los suntuosos reyes de Siria, dueños, de hecho ó de nombre, desde el Bósforo hasta el Indo. Ctesifon fué capital de los parthos, y posee aún la más bella de las portadas persas, despojo de un palacio de Chosroes. La ciudad más importante del Tigris es Bagdad. Fué por quinientos años asiento de los Califas, cabeza del imperio árabe, reina de las letras y las artes, escenario de los cuentos maravillosos de «Las mil y una noches». ¿Tuvo, como se ha dicho, dos millones de almas? Hoy sólo tiene 100.000: árabes, iraníes y hebreos, que trafican con Turquía, Arabia, Persia, el Turkestán y la India. Oficialmente la llaman «Casa de la Paz», Dar-es-Salam. Pero más bien puede llamársela «Casa de la Peste».

Bagdad fué construída en la orilla derecha del Tigris; pero se extendió en forma de arrabales y jardines por la orilla opuesta y con el tiempo se ha convertido esta parte en la verdadera ciudad. Dos puentes de barcas, de unos 250 metros de largo, unen ambas orillas en los puntos donde el río es menos ancho. En otros tiempos, Bagdad estaba formado por unas cuarenta villas unidas. Hoy apenas ocupa el caserío una parte del recinto fortificado. Más de una mitad de la ciudad se compone de ruinas, entre las cuales caminan las caravanas como si estuviesen en el desierto. En las calles se ven amontonamientos de escombros, alternando con grupos de palmeras. Muchos barrios sólo tienen cabañas miserables. Sin embargo, Bagdad, examinada en conjunto, es una de las poblaciones más prósperas del imperio turco. Muchos buques de vapor, ingleses y turcos, hacen el comercio por el río entre Bagdad y Bassora. La ciudad, aparte de comerciar con los productos agrícolas del interior, tiene los dátiles, las legumbres y frutas de sus jardines,

ramosas en todo el Oriente, y vende á precios enormes sus hermosos caballos y sus asnos blancos con manchas rojas.

La peste se ha enseñoreado varias veces de esta ciudad. En una de las epidemias llegó á perder las tres cuartas partes de su vecindario. Los turcos resultan extranjeros en Bagdad, que es su capital de la Mesopotamia. Sólo están representados en ella por funcionarios y soldados. La ciudad es árabe por patriotismo local y por idioma. También son muchos los judíos, como en todas las poblaciones de Mesopotamia.

Mussoul (60.000 habitantes) está á orillas del Tigris, cerca de la meseta donde se alzó Ninive, á 20 kilómetros al Sudoeste de Khorsabad, famoso palacio asirio, cuyos muros tenían 100 metros de alto y 75 de espesor. También está á 30 kilómetros al Norte de Nimroud, que fué, bajo el nombre de Calach, la capital antinínivita del imperio de los asirios.

Diarbekir (50.000 habitantes) se halla también al borde del Tigris, á 686 metros de altura, en un país de lengua turca, pero los armenios, kurdos y árabes forman la mayor parte de su vecindario.

XIII

Siria.—Líbano.—Anti-Líbano.

Entre el Mediterráneo y el desierto de Palmyra, la Siria extiende de Norte á Sur sus montes famosos: el Líbano y el Anti-Líbano, separados por la depresión profunda que los antiguos llamaron Coele-Siria ó Siria-hueca, y que hoy los sirios llaman El-Bekaa ó el «Valle de las Moreras». Por término medio, esta hondonada alcanza 1.000 metros por debajo del nivel del mar, y está situada entre montañas de 2.000, 2.500, 3.000 metros, y tal vez más.

El nombre Líbano parece venir de la palabra hebrea *laban*, «blanco como la leche», sin duda á causa de sus cumbres cubiertas de escarchas, que no son eternas, puesto que su más alta cima, el Timaroun (3.067 metros), no guarda todo el año la capa nevada del invierno. A 2.240 metros de altura la magnífica selva de cedros del Líbano, que fué antes el más célebre de los bosques de Oriente, no tiene más que 400 árboles, de los cuales sólo hay cinco gigantescos, que no se sabe como guardar de la imprudencia de los campesinos, la codicia de los leñadores ó

la locura de los viajeros; árboles retorcidos, nudosos, venerables, rajados de vejez.

Formado de granito, basalto, caliza y yeso, el Líbano sigue al Mediterráneo, á veces de cerca, á veces á 25, 30 ó 40 kilómetros de distancia, y le envía una serie de torrentes, cuyos furoros duran poco y cuyas cascadas callan casi todo el año por falta de agua. Hay algunos pequeños cocodrilos en las desembocaduras de dos de estos *nahrs* torrentosos (1). Junto al litoral, espléndidos manantiales daban de beber en otros tiempos á las grandes ciudades fenicias, y ahora abrevan rebaños, riegan oasis, ruedan molinos ó alegran la soledad con su rumor. En la alta montaña los pequeños torrentes surgen frecuentemente de la roca viva. Así sale de la piedra el Narh-Ibrahim, antiguo Adonis, el Narh-el-Kelb, que se llamó Lykos, y las puras fuentes del Nar-Kasimiyeh, antiguo Leontes.

El calcáreo Anti-Líbano, rico en álamos, bordea un mar de arenas, como el Líbano orla un mar de agua. Su Gran-Hermum, uno de los desiertos menos desnudos de Siria, se alza á 2.760 metros. Cadena orgullosamente crestoneada, envía hermosas aguas á Damasco, filtra eternamente las lluvias y las nieves de las que el Jordán saca la onda brillante de sus primeras fuentes y marca con grandeza al Norte el extremo del país judío, cuyo fin meridional es el Mar Muerto. Al Sur de este mar, en tierra de Egipto, en una península unida á la Judea por los recuerdos de una misma historia, y al Norte del Mar Rojo, entre los golfos de Suez y de Akabah, el granítico y bellissimo Sinaí se alza en picos imponentes que reciben los nombres de Serbal, «de las siete puntas», monte de Moisés, monte Horeb y monte de Santa Catalina (2.250 á 2.599 metros). A sus pies se abren barrancos sin agua sobre el desierto ó sobre los dos golfos.

XIV

Jordán.—Mar Muerto.

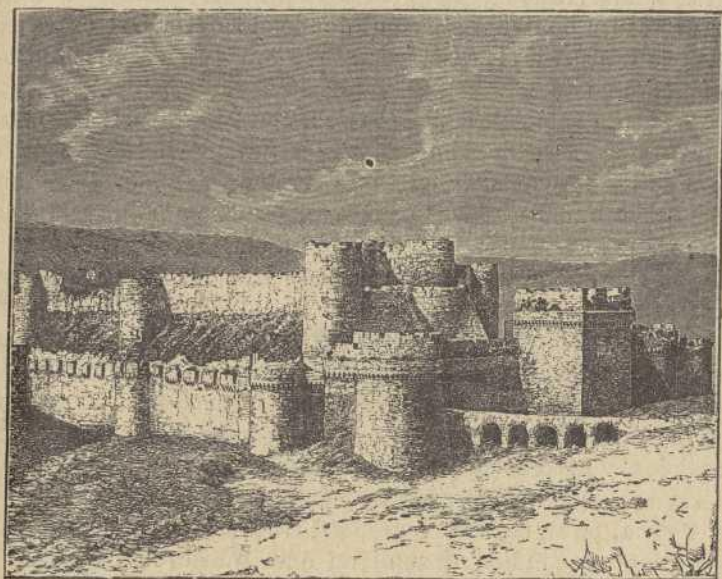
El río de Siria es el Oronte; el de Palestina es el Jordán.

El débil Oronte refluye en lagos que son pantanos mefiticos, pasa por las ruinas de la triste Antioquía y separa del Anti-Tauros el Líbano, ó más bien los montes de Ansarieh, rocas yesosas que continúan el Líbano hacia el Norte.

(1) *Nahr* quiere decir río en árabe.

Antioquía, que ahora tiene 22.000 habitantes, fué la tercera ciudad del mundo, y en sus buenos tiempos no se inclinó ante Roma ni ante Alejandría.

El Jordán, apenas de 150 kilómetros de largo, tiene por valle una abertura de la tierra que acaba en la más profunda de las depresiones conocidas. Su fuente madre, muy poderosa, se escapa del basalto en Tell-el-Kadih, al pie de un gran fresno y



El castillo de Karat. (Dibujo de Taylor.)

una gran encina, á 160 metros de altura, formando un claro torrente de 10 metros de ancho. Es la fuente Dan, donde empezaba la patria judía que dice la Biblia va desde Dan á Berseba. Dos veces menor es la segunda fuente, la fuente de Banias, que brota en la caliza. Y tres veces más débil la tercera, el Hasbani, largo arroyo de aguas turbias que encuentra al Jordán en su nacimiento.

En hebreo, *yordan* quiere decir «que baja», y en efecto, el Jordán corre rápidamente. En su primer lago, el Houleh, se halla sólo á dos metros por encima del nivel del mar.

Este lago, llamado por la Biblia «las Aguas de Merom», puede tener seis kilómetros de largo y otro tanto de ancho cuando la estación seca lo disminuye. La segunda laguna jordaniana tie-

ne 1.750 hectáreas. Se llamó lago Tiberiades, lago de Geneza-reth, mar de Galilea y mar de Kinnereth. Ahora es el Bahr-Tabarieh de los árabes, y brilla á 208 metros por debajo del nivel del Océano, con 250 metros de extrema profundidad. La superposición de capas regulares de guijarros que existe en el fondo de sus aguas, hace pensar que este minúsculo Mediterráneo, un poco salobre y antes más vasto, se comunicó tal vez con el Mediterráneo grande por la llanura de Esdracón. Esta llanura es un opulento aluvión, donde el río Kison se extravía antes de ir á perderse en el mar al pie de los altivos promontorios del Carmelo.

El Jordán sale del Bahr-Tabarieh, con 25 á 20 metros de anchura. Luego serpentea entre zarzales y tamarindos, apacible fuera de las dos caídas que tiene. Corre por el fondo de Ghor, valle desierto, encajonado, profundo, que desafía los vientos, que recoge los rayos del sol sirio, los reconcentra y los multiplica tanto, que la temperatura media anual es allí de 34 grados, por 17 que tiene Jerusalén. Este valle forma, pues, una pequeña zona tropical en medio de la templada. Sus plantas, peces y pájaros son los mismos de la zona tórrida de África.

El Cheriát-el-Kebir, ó «Gran Abrevadero», que es el nombre que los árabes dan al Jordán, bebe las aguas de hermosos manantiales, y las crecidas regulares aumentan su caudal medio, diversamente evaluado entre 30 y 69 metros cúbidos por segundo. Podría, pues, regar la región del Ghor y hacerla un extenso jardín; pero los judíos no supieron ó no quisieron canalizarlo y los fellahs no pueden ó no quieren. Al Oeste costea las montañas de Israel, de donde le llegan cortos arroyos. Al Este se extiende la Transjordania, que le envía largos torrentes, cuyas raras ondas son hijas de las tempestades y no de los manantiales. Su pobreza es grande en tiempo seco; á veces no llevan ni una gota de agua, pero el país es soberbio y de grandes horizontes, con hermosas ruinas romanas del más puro estilo. El más grande de estos *oheds*, el antiguo Hieromax, baja del Djebel-Haou-rau (1.752 metros) serie de volcanes extinguidos, continuados por los del Safa, que derrocharon océanos de lava, pero que ya no dan cenizas, vapores, ni fuego. La roca fluida que de ellos partió, no se ha desmenuzado al solidificarse, y ninguna selva ni hierba alguna oculta el rojo infierno petrificado de Safa.

El Jordán cae en el Mar Muerto, lago en disminución, grande aún, de 92.600 hectáreas, separado del Mar Rojo por un umbral de 180 kilómetros de longitud, que tiene 632 metros de

altura sobre el lago israelita y 240 sobre el golfo arábigo llamado Bahr-Lout ó «mar de Lot» por los árabes. Esta sabana de agua se prolonga exactamente de Norte á Sur en el valle del Jordán, teniendo 75 kilómetros con 10 ó 15 de anchura.

El espejo de sus aguas pesadas brilla á 186 metros por debajo del Tabarieh, ó sea á 394 bajo el nivel de los Océanos. Al Occidente el verde sombrío de la Judea yesosa y calcárea que sube hacia Jerusalem, oculta á su orilla de Poniente el ocaso del sol de la tarde. Esta montaña es blanca, mientras que al Oriente se eleva la cadena del Moab, roja-negrizca ó sangrienta, hecha de basaltos y porfidos en solemnes alineamientos. Una de sus cimas, el Nebo, mira al país luminoso y desolado que debió parecer á Moisés tan vacío como grande, cuando desde la más alta roca contempló por primera y última vez los horizontes de la tierra prometida.

Se ha acumulado acerca del Mar Muerto fábula sobre fábula: se han llevado á la mayor exageración sus horrores, la fealdad de su agua, de su aire, de sus montes y riberas.

Sus aguas hondas, de 300 á 399 metros en la cuenca septentrional, tienen una profundidad media de 330 metros, casi la máxima del lago de Ginebra. En la cuenca meridional su profundidad es escasa.

Varias capas del terreno que rodea á este mar, situadas á diversas alturas, todas paralelas, muestran por sus conchas marinas que fueron antiguas playas ó antiguos niveles. Teniendo en cuenta que la más elevada de estas líneas está en el cerro que marca el nivel del mar, puede suponerse que en un tiempo el lago Tiberiades, el valle del Jordán, la llanura de Esdraeion y el Mar Muerto eran un solo y mismo golfo del Mediterráneo.

Las aguas del Mar Muerto son saladisimas y están muy cargadas de substancias enemigas de la vida, entre otras, el betún, de donde proviene el nombre de lago Asfaltides, dado al pequeño mar judío. En él no hay plantas ni peces.

Desde los montes desgarrados de la Judea y el Moab los *oueds* se inclinan hacia este mar en rápida pendiente. Barrancos sin agua, abruptas escaleras de roca bajo un sol sin piedad, las orillas del lago consternan por su aridez salvaje. La menor fuente basta allí para crear un oasis.

Sin separarse gran cosa de sus ondas desiertas, en este antiguo reino de Judea, que otras veces «chorreaba leche y miel». muchas gargantas donde antes florecían la rosa de Saron y la mirra de los valles, se ven tan secas como las orillas del mar Mal-

dito. El suelo que da la espiga, la higuera, el olivo y la viña, cubre poco el esqueleto de las rocas. Las montañas del reino de Israel han conservado mejor su antigua abundancia. Siria tampoco ha perdido sus fuentes, los arroyos que corrían del Líbano, cantados por Salomón, sabio sultán, algo loco, que fué el poeta del «Cantar de los Cantares».

XV

Pueblos de Siria y Palestina.

La Siria fué habitada por tribus semíticas de origen, ó al menos de lengua. En tiempos de Jesucristo la vemos camino de la helenización. Desde entonces las invasiones lo han revuelto todo en ella, creando una multitud en la que las religiones son diversas, las razas mezcladas, pero que habla el árabe, á excepción de algunos pueblos que mascullan el siriaco. Los mahometanos dominan en la llanura. En el Líbano septentrional, sobre todo en la vertiente Oeste, viven 200.000 maronitas católicos, murmurando en sus ceremonias un antiguo lenguaje que ya no comprenden. Los 120.000 drusos, raza enérgica, pueblan el Líbano meridional, emigrando cada vez más el semi-desierto de los montes Haouran. Lo mismo que los maronitas, á las que degüellan siempre que pueden, los drusos descienden probablemente de los antiguos sirios. Se distinguen de los otros libanianos por un cuerpo más huesoso, y hay entre ellos mayor número de ojos azules y cabellos rubios ó rojos. Ni musulmanes ni cristianos, despreciando á unos y otros, constituyen los drusos «un pueblo cerrado». No buscan fuera mujeres, ni reclutan discípulos para su religión, que recibieran de un profeta especial.

¡Quién diría que esa tierra donde hay tan pocos cristianos, tan pocos europeos, tan pocos hombres que no piensen en árabe, es quizá la que costó más sangre cristiana á Europa, la que más apasionadamente deseó ésta y donde más ejércitos envió, derrochando inútilmente más fe y más entusiasmo! La conquista de América le arrebató menos marinos, capitanes aventureros y apóstoles vestidos de hierro. Del inmenso esfuerzo de las Cruzadas nada visible queda en el suelo sirio, excepto las ruinas feudales. No quedan ni los hijos auténticos de las familias nobles que allí alzaran castillos, ni ciudades pobladas por biznietos de aquellos Pouillaus que fueron con sus

mujeres los únicos «colonos» de Tierra Santa; ni el francés de los caballeros, ni el italiano de los emigrantes de la Pulla. Los castillos que levantaron nuestros padres en la cresta de los montes, en la roca de las colinas, en lo alto de los desfiladeros, tenían hermosos nombres franceses de la lengua de la Edad Media propia para palabras compuestas: Beaufort, Blanchegarde, Chateauneuf, Montréal, Chateau-Pelerin, Pierre-du-Desert. Hábalos en las cuatro grandes baronías cristianas de Antioquía, Trípoli, Jerusalén y Edessa. Hábalos entre los Ansarieh en el Líbano; en los montes de Israel; sobre las piedras de Judá; entre el mar y las aguas sagradas del río que Josué pasó á pie enjuto; entre este río y el desierto eufrático; en la Lenoria abrasada del Ultra-Jordán, hecha de basaltos, rocas, arenas y valles, raramente mojados por los chubascos y nunca por las corrientes. De estos castillos muchos están arruinados, algunos quedan en pie, mejor conservados que el palacio de los Enguerrando, casi reducido á un torreón. Pierre-du-Desert (Piedra del Desierto) domina aún los horizontes ultrajordanescos. El Kasak, ó fuerte del Ausarieh, vacío y mudo sobre su otero, mira todavía al país del Oriente. Los mismos infieles que la arrebataron á los Caballeros Hospitalarios hace más de seiscientos años, reconocerían fácilmente esta ciudad feudal donde se albergaban miles de guerreros. Tal como la vieron, cimitarra en mano, en aquella hora de embriaguez y triunfo, tal la hallarían ahora en el último ocaso del Islam. Los siglos han pasado sin cambiar nada su fisonomía.

Créese que vivieron 10 millones de hombres en los 25 ó 30 millones de hectáreas de Siria, Palestina y Transjordania. Hoy no hay quizá millón y medio. Los unos son musulmanes en la ciudad, los otros más ó menos cristianos en el campo, al par que adoradores de los astros. Los demás san maronitas, cristianos, siriacos, drusos, judíos, armenios, chiitas metualis, beduinos transjordanios, kaujars ó campesinos cisjordanicos, etc. La gran mayoría profesa el islamismo sunnita.

La población llamada «árabe» de Siria y Palestina no merece este nombre más que por el dialecto que habla, pues desciende de los antiguos habitantes del país. Los conquistadores llegados de Arabia no exterminaron á los indígenas. Les dejaron sus campos y sus casas, limitándose á exigirles un tributo, sin mostrar interés porque se convirtiesen al mahometismo.

La mayoría de los siriacos se apresuró á hacerse musulmana, como se había hecho cristiana, bajo el régimen imperial

de Bizanzio; pero su conversión al Islam fué tan poco profunda como la de siglos antes á la fe de Cristo. Lo que se buscaba en realidad, con estas distintas formas de religión, era vivir y guardar la propiedad del suelo. En el fondo los *fellahs* tienen un sentimiento religioso, tradicional, anterior á todas las creencias dominadoras del país, anterior al mismo judaísmo. Como en los tiempos en que los profetas hebreos lanzaban sus maldiciones contra los adoradores de las cumbres, siguen los siriacos teniendo como fetiches los grandes árboles y las cavernas de las montañas. Esta adoración la ocultan bajo formas estrictamente musulmanas. Los lugares santos designados por ellos con el nombre de *makam*, los cubren con cúpulas blancas que abriga las tumbas de los jefes ó profetas. Estos *cheikh*, estos *nabi* que llevan generalmente el mismo título del lugar, son las antiguas divinidades, á las cuales han puesto designaciones más recientes y hasta nombres cristianos. Las prácticas de adoración son las mismas de hace tres millares de años. Aun se degüellan corderos ante la roca sagrada. Los ancianos de la tribu ejecutan ante el *makam* ó «estación» sus danzas sagradas: pedazos de tela son colgados como ex votos de los arbustos cercanos. En el *makam* se encienden lámparas sagradas, y sobre todas las colinas inmediatas es señalado con una pirámide el lugar hasta donde alcanza la luz. En el recinto sagrado la hospitalidad es inviolable hasta para el infiel. El nombre de la divinidad indígena no se pronuncia, ligeramente como el de Allah. Nadie presta un juramento en falso ante el santuario patrio: la muerte sería su consecuencia inevitable.

Las antiguas religiones cananeas elevaban también dolmenes, menheires y círculos de piedras. Los árabes los respetan como venerables altares del pasado, y gustan saludar desde ellos al sol que surge.

La población de Palestina como la del Asia Menor, se compone de dos elementos distintos, pero yuxtapuestos en todas partes; los beduinos errantes, hombres de guerra y rapiña, y los *fellah*, habitantes de las aldeas y los arrabales de las grandes poblaciones. En algunas ciudades, que más que esto son grupos de bazares y jardines, como Gaza, se encuentran mezcladas la casa del ciudadano, la barraca del *fellah* y la tienda del árabe beduino.

Los beduinos disminuyen rápidamente, pero no hace muchos años aún franqueaban el Jordán en expediciones de pilla-

je para saquear las villas de la llanura de Esdraelon. Las principales tribus de las mesetas trasjordanicas, son los Adwan (unos 11.000 individuos) y los Beni-Sahkr ó «Hijos de las Rocas», menos numerosos, pero igualmente temibles. Los beduinos que pueblan la península del Sinai, llamados generalmente Towarah «árabes de Tor», son unos 8.000 y se les cree descendientes de los amelekitas ó amalecitas, que los hebreos fugitivos de Egipto vencieron en Raphirdin, al pie del monte Serbal. Muy unidos al suelo patrio, los towarah vuelven siempre á los mismos lugares para establecer su campamento de invierno ó de verano. Sus mujeres se tatúan en azul el labio inferior y adornan lo demás del rostro con figuras geométricas.

Los *fellah* de Palestina, llamados generalmente *koufar* (gentes de los pueblos), son despreciados por el árabe á causa de su lenguaje incorrecto, y más aún por su servilismo, consecuencia inevitable del género de vida que llevan. Es rarísimo que se verifiquen matrimonios entre estas dos razas. Y, sin embargo, los *fellahs* son, por regla general, bien formados y de fisonomía agradable. Las mujeres de Nazareth y las de Bethlehem, gozan renombre de hermosas, lo que se explica, con más ó menos razón, por una mezcla de sangre con elementos europeos. Se ven rara vez personas contrahechas en las aldeas de Siria y Palestina; pero la lepra reina aún entre los *fellah* y cada población grande tiene un arrabal para los infelices roídos por la repugnante enfermedad. En ciertas partes de Palestina las mujeres adúlteras son todavía apedreadas como hace dos mil años y se enseñan abismos donde fueron precipitadas algunas de estas desgraciadas por los más antiguos y venerables vecinos del pueblo. Si en los campos no han cambiado las costumbres, en las ciudades sí que se nota alguna modificación, pues en ellas se establecieron los conquistadores árabes y después los que se designa con el nombre de turcos y que son kurdos, armenios y tcherkesses. La esclavitud no se ha abolido aún, y esto contribuye á la mezcla de la población. Damasco posee todavía sus bazares, donde se venden africanos. A pesar de las mezclas que ha sufrido la raza, ésta se distingue por rasgos característicos. Los sirios tienen generalmente el rostro regular, aunque un poco largo, la nariz bien dibujada, los labios ligeramente salientes, los ojos hermosos, en figura de almendra y en toda su fisonomía una extremada movilidad. Todos los viajeros reconocen que los sirios son dignos de sus ascendientes los fenicios, pues muestran una inteligencia extraordinaria.

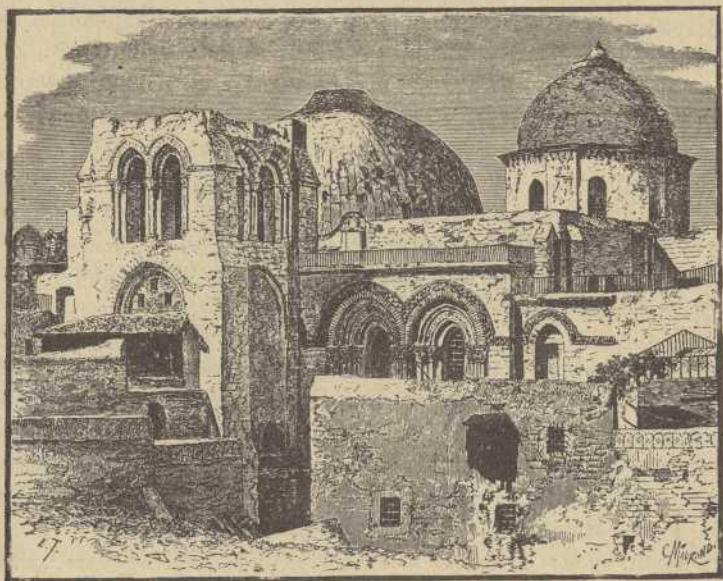
A pesar de los largos siglos de servidumbre que han sufrido, poseen una maravillosa iniciativa y una extremada facilidad de comprensión. Han nacido comerciantes y mienten con la mayor naturalidad en asuntos de dinero. «La mentira es la sal del hombre», dice uno de sus refranes de pueblo oprimido. Los habitantes de Damasco son los más árabes de todos los sirios, lo que se explica por sus constantes relaciones de comercio con la Meca. El lenguaje árabe es allí más puro que en el resto de Siria, pero, sin embargo, el antiguo siriaco se mantiene en algunas aldeas vecinas.

A lo largo de la costa septentrional de Siria están los ausarich ó «pequeños mahometanos», unos 180.000 individuos, pastores y agricultores, divididos en tribus que no profesan los mismos dogmas. Se dice que la mayoría adora á un dios compuesto de cinco personas. Se prosternan ante los grandes árboles y adoran al sol y la luna, los dos «príncipes de las abejas», ó sea de las estrellas. Para ellos la mujer es el sér más inmundo de la creación. «Dios—dicen—ha creado á los diablos con los pecados de los hombres, y á la mujer con los pecados de los diablos». Más vil que el mismo demonio, la mujer no tiene derecho á rezar, y cuando la nombran en la conversación con otros sirios, piden perdón por haber mencionado un sér tan inmundo. La costumbre de deformar con un vendaje la cabeza de los niños, es muy común entre los ausarich.

Los drusos habitan, como ya dijimos, los valles del Líbano meridional y del Hermon. Como los ausarich, se llaman mahometanos para vivir en paz con los dominadores, pero sus dogmas se separan mucho del islamismo, creyendo en sucesivas encarnaciones de Dios que ha bajado al mundo en forma de profetas y sultanes de terrible memoria. Los drusos se ven obligados por los preceptos de su moral á ser verídicos en sus palabras y honrados en sus actos. Pero esto sólo debe ser en sus relaciones entre ellos. Con los extranjeros les es permitido todo, hasta matarlos sin cometer pecado, siempre que esta muerte sirva á la causa nacional. Aparte de esto, se distinguen de sus vecinos por la rectitud de su conducta y el buen trato que dan á sus mujeres. En ninguna parte del Oriente son éstas tan respetadas. Sus derechos en el matrimonio y sus derechos como propietarias, son iguales á los de los hombres. Por la instrucción son superiores, pues casi todas ellas conocen la lectura y la escritura y figuran entre la clase de «sabios» ó iniciados en los misterios de su religión. Las familias estrictamente monógamas se limitan á tener

cierto número de hijos. El rico no puede tener más de cuatro hijas, y el pobre, dos. Los drusos van vestidos de obscuro, con cierto gusto, pero sin ostentación, y son tan corteses en su lenguaje, que no se hablan sin darse recíprocamente el título de *cheiku*, ó señor

Los maronitas, que viven unidos á la Iglesia latina á pesar de la diferencia entre sus dogmas y ritos, reciben su nombre del patriarca Maron, que constituyó su iglesia en el siglo VII. Durante las Cruzadas se hicieron aliados de los euro-



Jerusalén: Iglesia del Santo Sepulcro. (Dibujo de Therond.)

peos ayudándoles contra los mahometanos, y poco á poco modificaron su doctrina, poniéndola de acuerdo con la de los extranjeros, á los que acompañaban en los campos de batalla. En 1215 reconocieron la autoridad del Papa, y desde entonces se les considera como protegidos especiales de las naciones católicas de Europa. Francia protege á los maronitas desde tiempos de Luis XIV, y esto ha bastado para que Inglaterra proteja á los drusos. De aquí los choques y guerras entre ambos pueblos de que ya hablamos. A miles se han degollado, y en 1860 tuvo que enviar Francia una expedición militar al Líbano, que restableció la calma. Trece mil cristianos maronitas fueron asesina-

dos por los drusos. Atraídas á los lugares de la matanza por los montones de cadáveres mal enterrados, las bestias feroces, hienas, lobos y onzas, volvieron á apoderarse del país, y aun pasado mucho tiempo nadie osaba viajar sin escolta.

El clero es muy poderoso en el país maronita. Unos doscientos conventos, dispuestos generalmente por parejas, uno de hombres al lado de uno de mujeres, están esparcidos en todos los valles del Líbano, teniendo en torno fértiles campos y buenos bosques. Los sacerdotes se casan; pero si quedan viudos no pueden tomar nueva esposa. Los monjes nombran á los obispos y éstos al *batrak* ó patriarca, bajo reserva de la aprobación del Papa. La masa de la población se dedica á la agricultura. Los artistas y todos los que ejercen alguna otra profesión intelectual son griegos. El traje maronita es menos elegante que el de sus vecinos los árabes y los drusos.

Los judíos son los más extranjeros en este país, que perteneció á sus antecesores y que ellos consideran como su patria. De seis millones de hebreos, sólo unos 40.000, ó sea la centésima cincuenta parte, residen en su primera patria. Ahora son Polonia y Galitzia el centro del judaísmo.

Hasta hace algunos años los hebreos de Palestina eran todos mangrabinos y «spanioles», descendientes de los judíos expulsados de España por la Inquisición; lo mejor de la raza; los sefardim ó «gentes del Libro». Pero desde mediados del siglo xix comenzaron á afluir á Jerusalem judíos de otras partes de Europa, deseosos de morir en la patria de sus remotos abuelos. Según una creencia hebrea, el día del juicio final los enterrados en «Tierra Santa» resucitarán inmediatamente, mientras que los otros se verán obligados á abrirse, como los topos, un pasaje subterráneo hasta el sitio donde les llame la voz divina. Con arreglo á la tradición talmudica, es en Safed donde el Mesías colocará su trono, y por esto, en la base del antiguo volcán se ha establecido la principal colonia hebraica de Palestina. Tiberiade, donde renacerá el Mesías, tiene también numerosos colonos judíos «que conservan siempre su lámpara encendida». Otros millares se han agrupado en torno del templo de Jerusalem.

Campo de batalla entre las diversas confesiones religiosas, que tienen por fundador á Jesucristo y reclaman su tumba, la tierra de los antiguos judíos ha recibido, no solamente numerosísimos misioneros, sino además colonias de agricultores europeos. Las más ricas son las de los protestantes suavos, esta-

blecidos cerca de Jaffa y en Khaifa al pie del monte Carmelo. Estos colonos pertenecen á la secta de «los templarios», que esperan la venida del Mesías y quieren ser los primeros en acudir á su llamamiento.

Especuladores griegos y europeos se hacen conceder vastos territorios en las regiones más fértiles. La miseria crece en las campiñas, las aldeas se depueblan de indígenas y en las ciudades crecen las colonias extranjeras.

El hambre devasta con frecuencia este país.

XVI

Ciudades.

Alepo, la Heleb-ech-chachba «Alepo la pintarrajeada», según la llaman los árabes, es la capital de Siria. Tiene 110.000 habitantes. Equidistante del Mediterráneo y el Eufrates, es el punto de paso y descanso de todos los que viajan entre ambos puntos, por el camino más corto. De aquí la grandeza de Alepo, grandeza bastante disminuída desde que un terremoto derribó parte de esta «Reina de Oriente».

Alepo elévase encantadora á 380 metros de altura, en el seno de árboles y verdores, sobre los canales que surgen del Koveik, torrente que termina á varias leguas en el pantano del Melakh, mucho antes de llegar al Eufrates que era anteriormente su tumba.

A 700 metros sobre el mar está Damasco (150.000 habitantes). Se halla al pie oriental del Anti-Líbano, cerca del desierto, sobre el río Barada de 20 metros de ancho, frío, gris y rápido. Ya no fabrica sus famosas hojas de acero, ya no tiene sus Califas, jefes del imperio árabe que allí residieron durante cien años después de vivir en Medina y antes de trasladarse á Bagdad. Pero ha conservado sus jardines, sus frescas aguas; «Abana y Parpar, más bellas que todas las aguas de Israel», según dice en la Biblia un sirio á un judío.

En el litoral, en una comarca admirable, está Beirout (85.000 habitantes), puerto de Damasco, del que lo separan 150 kilómetros. Beirout no recuerda sino de muy lejos la antigua riqueza de Sidon, hoy Saida, y de Tyro, hoy Sour, sus vecinas al Mediodía. También está Jaffa, ciudad cuya única importancia consiste en ser el puerto más cercano á Jerusalem.

Jerusalem (45.000 habitantes), la El-Kods de los musulma-

nes, arde bajo el sol, rodeada de un árido horizonte, á 50 kilómetros á vuelo de pájaro del Mediterráneo, á 25 del Mar Muerto, á 750 metros por encima del primero y á 1.144 por encima del segundo, teniendo á su vista los montes del Moab, azules por lo lejanos. La ciudad de David languidece sobre sus calizas colinas que son insignificantes, pero cuyos nombres no se borran jamás de la memoria humana. Sion, que sostenía el Templo, fué la colina sagrada de los israelitas; el Gólgotha, ó Calvario, es la de los cristianos. Entre la meseta de la ciudad y el monte de las Olivas, en una garganta ardiente, el Cedron moja á veces, cuando sobreviene algún repentino chubasco, los guijarros de su cauce, seco camino que conduce al Mar Maldito.

Jerusalén es por excelencia la ciudad de las cúpulas. Esta es su principal belleza. La madera de construir es tan rara en Jerusalén, que siempre hubo que adoptar en ella un estilo arquitectónico en el que la piedra fuese el principal elemento. La mezquita de Omar es uno de los edificios más elegantes del Asia turca. Cerca de ella está el «Muro de los llantos», una pared, resto del antiguo templo de Salomón, á la que van á llorar los judíos.

Los monumentos religiosos de los cristianos se elevan en la parte Norte-occidental de la ciudad, entre la puerta de Bethlehem y la de Damasco, sobre el emplazamiento de un antiguo templo de Venus. Allí se encuentran reunidos, en un mismo conjunto de construcciones de diverso estilo y edad, casi todos los lugares venerados que tradiciones diversas, unas recientes, otras del tiempo de las Cruzadas ó del siglo de Constantino, designan como teatro de las escenas de la Pasión. Iglesias, capillas y criptas forman un dédalo de naves y galerías, iguales tal vez á la vista, pero que pertenecen á diversos cultos. A excepción de los protestantes, todas las grandes confesiones religiosas representadas en Palestina tienen su parte de propiedad en torno del Santo Sepulcro. La nave principal donde se encuentra «el centro del mundo», marcado por un pilar en un círculo de mármol blanco, es propiedad de los ortodoxos griegos. Los franciscanos tienen también su iglesia. El Calvario está dividido en dos capillas, una de los latinos y otra de los griegos. La cripta de Santa Elena pertenece á los cristianos de Abisinia, pero los armenios tienen derecho á poseerla en alquiler por algunos días, y los latinos se han quedado con una capilla lateral. Coptos y sirios ruegan en un recinto particular. En fin, los turcos, aunque musulmanes, tienen también un si-

tio dentro del templo; el cuerpo de guardia, y muchas veces sus soldados con la bayoneta calada, tienen que imponer el orden á los fanáticos de las diversas sectas cristianas que por exceso de fervor vienen á las manos.

Bethlehem, «la casa del pan», según su nombre, está situada á ocho kilómetros de Jerusalem y vive de la industria de objetos sagrados. Gran parte de sus vecinos recorren el mundo vendiendo rosarios, medallas, pedazos de cruz, y hasta el polvo de las calles de su pueblo.

Por la belleza de su situación, el agua de sus fuentes y el esplendor de sus jardines, Naplousa, situada á 675 metros de altura, es una pequeña Damasco. Llamóse antes Sichem, vecina de Samaria, que fué rival de Jerusalem, reina de Efraim, capital de Israel y cabeza de las diez tribus contra Judá y Benjamín. La Samaritana decía á Jesús, sentado en el brocal del pozo de Sicar: «¿Cómo tú que eres judío me pides de beber á mí que soy samaritana?... Los judíos no tienen relaciones con los samaritanos...»



Un campo de peregrinos. (Dibujo de Vuillier.)

ARABIA

I

Mar Rojo.—Golfo Pérsico.

El nombre de Arabia es antiquísimo, muy anterior á la existencia de Francia y acaso de la Galia. Antiguas tribus semitas llamaron Arabah, ó por otro nombre *Uanura desierta*, á la región pedregosa situada al Sur de Tadmor (Palmyra), entre las palmeras del Eufrates y las negras lavas del Djebel-Hauran. Después este nombre de Arabah, emigrando hacia el Sur, se hizo extensivo á toda la península, á todo El-Djezireh, como dicen los árabes.

Arabia tiene 315 millones de hectáreas en su total extensión. Carece de límites definidos al Norte, donde se pierde en el desierto de Siria. Por las otras partes se detiene ante las olas del mar: al Oeste, el Mar Rojo; al Sur y al Sudeste, el Océano Indico, y al Este, el Golfo Pérsico.

El Mar Rojo separa la Arabia del Africa. No tiene más que

200 á 250 kilómetros de ancho; pero posee una profundidad de 2.271 metros y un largo de 2.200 kilómetros desde el Golfo de Suez al estrecho de Bab-el-Mandeb, que la lleva al Golfo de Aden, el cual á su vez conduce hasta el Océano de las Indias. Allí se eleva Perim, pequeña isla volcánica desde la cual Inglaterra vigila el gran camino marítimo entre Oriente y Occidente.

El Mar Rojo es un claro y hermoso espejo, tan puro y transparente, que á 20, 25 y 28 metros de profundidad se admiran en una media luz encantadora las verdes algas, las praderas de hierbas marinas y los bancos de coral.

Arabia es, ante todo, un extenso horno limitado por los montes reverberantes de Asia y Africa, tan bellos por sus contornos y su brillante color, como áridos y desnudos. Tiene el Mar Rojo algunas corrientes de agua, visibles ú ocultas, pero ni un solo río ó torrente perpetuo que afluya á él. Sus aguas son las más calientes del mundo, llegando á los 32 grados. Cae sobre ellas el sol de un modo tan terrible, que el Mar Rojo se secaría en unos cuantos siglos si el Océano Indico no las penetrase constantemente con sus ondas, del mismo modo que el Atlántico provee al Mediterráneo. Sin el estrecho de Bab-el-Mandeb se convertiría el Mar Rojo, en tiempo de las lluvias (prodigiosamente raras en este clima), en una *sebkha*, es decir, en un pantano laguna, y en el verano estaría seco, con una inmensa eflorescencia de sal.

En esta estrecha extensión de agua, caldeada por un clima asfixiante que no se presta á la navegación, abundan los bancos de arena, los altos fondos, los corales, las plantas rojizas; pero no previene de esto el nombre de Mar Rojo, sino de algo hasta hoy desconocido.

Lo mismo que ocurre entre el Mar Rojo y el Golfo de Aden, el Golfo Pérsico comunica con el Golfo de Oman, por el estrecho de Ormuz. Está situado entre dunas y acantilados, al pie de montes sin verdor alguno, abruptos, quemados, soportando unos la meseta de Arabia, y otros, los más altos, la meseta de Irán. El Golfo Pérsico está lleno de bancos de arena como el mar de Suez, y también calentado terriblemente por el sol; pero se diferencia de aquél en que recibe uno de los ríos más caudalosos del planeta, el Chatt-el-Arab, capaz de convertirlo, con la ayuda de los siglos, en un pantano y acaso más tarde en un llano extraordinariamente fecundo. El Golfo Pérsico, tan abundante en peces, no tiene más que 24.800.000 hectáreas, con una profundidad de 40 á 80 metros solamente. Aquí y allá, sobre todo en los alrededores de las islas Bahrein, la ostra perlera se cría en las ro-

cas del fondo. Veinticinco mil pescadores se dedican á turbar esta vida obscura y contemplativa, gastando su juventud y su vigor en la persecución del precioso molusco, no para su provecho, sino en beneficio de unos cuantos patronos.

Es un oficio terrible. Perla á perla, van recogiendo collares y diademas, para ayudar á la vanidad de nuestras mujeres, la ruina de nuestras casas y el esplendor de nuestras fiestas.

II

El Dahna.—Los Nefud.—Nedjed y Tehama.

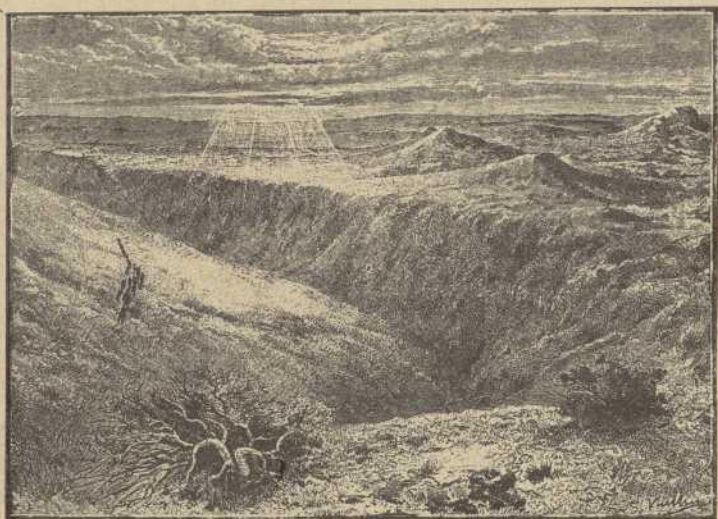
Sobre estos dos Golfos, ó sea sobre el Océano, se levantan las montañas rígidas, desnudas, incendiadas, estériles, que sostienen las llanuras de la Arabia interior. Casi siempre bordean de cerca la ribera. A sus pies, y á lo largo de los tres mares, el sol agobia tres litorales malsanos, conjunto de dunas, de tierras bajas, de cortos valles donde los *nedjs*, ó ríos, no son «los caminos que andan» de que hablaba Pascal, sino caminos por donde se marcha á pie y sin mojarse, porque no tienen más aguas que las pluviales, tan poco frecuentes en Arabia. Generalmente la estación seca dura de ocho á nueve meses, sobre todo en el Centro y en el Norte de la península, y después viene el tiempo de las tormentas, no muy abundantes. Casi todo el año transcurre sin una gota de agua, y en algunos distritos pasan dos ó tres años sin lluvia.

El león no encuentra donde beber, y tampoco la gacela, el leopardo ó la pantera. Torrentes, cuyo cauce pudiera contener un Danubio, se secan de tal modo que en vano se abren pozos para encontrar el agua. No es posible, en efecto, que se conserve una gota de agua bajo la arena, después de doce, quince y diez y nueve meses sin nubes, en un clima tan calcinante que la temperatura se eleva á 53 grados á la sombra como en Moka. Muchas veces han muerto en Aden los marineros de insolación, sólo por atreverse á cruzar una calle ó una plaza á las horas de sol.

Entre los montes árabes hay muchos que deben su origen á la fusión y la expansión de las rocas interiores: pero todos los volcanes se han extinguido. Las cumbres más elevadas que se conocen en torno de la Arabia (todavía no se las ha medido y apenas se han estudiado) parecen ser las que se levantan al Este, en el

horizonte de Mascata, en el Oman, donde el Djebel Akhdar acaso mida 3 017 metros. El Hadramut y el Tsahura se elevan á 2.400, y los picos del Yemen á 2.600, á 2.800 y á 3.000. En cuanto á los macizos interiores son aún más ignorados que los de la costa.

Djebel Akhdar, las cimas del Hadramut y las del Yemen, lugares frescos por su altitud, dominan la más caldeada y vasta soledad de Arabia; el Dahua ó Desierto Rojo, ó Ruba-el-Khali, inmensidad de arena y piedra; arena sobre todo. El mismo ára-



Un «fuldj». (Dibujo de Vuillier.)

be, tan valiente para resistir el sol y los vientos abrasadores, no podría arrostrar las inclemencias de esta inmensidad sin una fuente si no tuviese el camello, que puede andar 200 kilómetros al día y 1.200 por semana sobre la ardiente arena, bajo el cielo abrasador, á grandes pasos cadenciosos, comiendo poco y no bebiendo nada. De este desierto parte el Pequeño Nefud, que rodea el Nedjed ó meseta de la Arabia central, y va á unirse al Norte del monte Chomer ú otro Dahna. Este Dahna, Dahna del Noroeste ó Dahna menor, lleva comúnmente el nombre de gran Nefud. Al Norte, más allá del bajo fondo del Djof, comienza la llanura de rocas, la Hammada, entre el Eufrates y el mar Rojo. Las arenas rojas de los dos Nefud, á veces muy profundas, y también, sin duda, las del Dahna mayor, no están, como se

decía, arregladas en olas paralelas, sino dispersas en macizos irregulares, llenos de *fuldj*, es decir, de depresiones en forma de herradura con 5, 10, 20 y hasta más de 60 metros de profundidad. La más leve lluvia cubre de hierbas y de arbustos estas arenas, que no tienen la eterna esterilidad de la Hammada pedregosa y que hasta se mostrarían fértiles si el cielo no fuese avaro en lluvias.

El Nedjed, meseta de pastos sembrada de sierras calcáreas, algunas de las cuales alcanzan hasta 3.000 metros, es, como los antiguos decían del Yemen, una Arabia feliz, con manantiales, aguas corrientes, horas de la noche ó de la mañana frescas, frías á veces, y rara vez copos de nieve. Siguiendo hablando como los antiguos, si los Nedjed, el Yemen y algunas comarcas menos secas, menos descarnadas que las otras son la Arabia feliz, el Dahna y los Nefud son la Arabia desierta, y la Hammada del Norte es la Arabia Petrea.

III

Los árabes.—Universalidad de su lengua.

La Arabia, «Africa del Asia», ha producido una fuerte raza, la de los árabes, hombres secos, delgados, bronceados, ágiles, graciosos, tan bellos como puede serlo un hombre, y vestidos con simple majestad.

Esta raza, sin embargo, no ha conservado su pureza de origen y su unidad—si alguna vez la ha tenido en algunos rincones del Yemen y de Hadramant—porque en las demás regiones se ha mezclado con sangre de la India, del Irán ó del Africa.

Al comenzar el siglo VII sus tribus adoraban los astros y las fuerzas obscuras, ó hacían profesión de judaísmo. Un vidente, Mahomet, es decir, el *alabado*, los convirtió al Dios único. Muerto este profeta, los árabes se lanzaron á la conquista del mundo, exclamando: «No hay más Dios que Alá, y Mahomet su profeta.» Cien años después, «los hombres de la tierra» habían sometido «á los pueblos de arcilla» (1), y sus caballos llegaron á beber en el Vienne francés, vecino del Loira.

Este Imperio, conquistado en un siglo «en nombre del Cle-

(1) Los árabes nómadas llaman con desprecio «hombres de arcilla» á todos los pueblos que viven en casas de tierra ó de piedra.

mente y Misericordioso», se extendía desde el Indus hasta Coimbra, del Techo del Mundo al Sahara central, del Cáucaso á la Abisinia. Era tan grande ó mayor que el Imperio romano. Pero el mundo árabe estaba formado por demasiados pueblos, con demasiadas lenguas y demasiados climas, y pronto se desmembró por todas partes. A mediados del siglo xi el mundo árabe no comprendía ya más que Arabia, Siria, Egipto y hasta cierto punto España, que era más bien berebere. Entonces fué cuando 250.000 hi'alianos, que habían partido del Nilo, se esparcieron como un torrente sobre el Moghreb, desde la Syrte al Atlántico, é hicieron de la Berberia una tierra casi árabe, que lo hubiera llegado á ser en absoluto sin la llegada de los franceses al Atlas, extendiendo su posesión de Argelia.

Hoy el árabe es lengua nacional en Arabia, en el Eufrates y el Tigris inferior, en Siria y en Egipto. Con el bereber y el francés se habla en todo el Moghreb, es decir, en la región de Trípoli, en Túnez, en Argelia y en Marruecos, sin contar á Malta, cuyo idioma es el árabe. En el Sahara, hasta el río Senegal y el Tumbuctú, se habla en todos los oasis el árabe, al par que la lengua berebere. En el Sudán hace constantes progresos merced á la caza de esclavos, al comercio, al proselitismo, porque no hay que olvidarlo, el árabe es la lengua sagrada de los musulmanes. Mahoma habló este viejo idioma casi sin vocales, enérgico, poético, extraordinariamente rico, extraordinariamente gutural, y en árabe escribió el Koran. Gracias á este libro, el verbo del profeta se extiende por todos los países mahometanos, entre los iraníes del Iran y del Turan; entre los turcos de Europa, del Asia Menor y del Turkestán; en la India, entre los malayos, y hasta en China y Siberia, entre los tártaros de Kazán y los comores.

Orgullosa de la santidad de la lengua elegida por Allah para comunicar con el hombre, dice el musulmán: «Las huris del jardín de las delicias y los ángeles del cielo comprenden el turco, pero no hablan más que el árabe.»

Al lado de estos hombres, árabes por la lengua, por el origen ó por ambas cosas á la vez, millares de hombres son árabes á medias, porque en su calidad de islamitas recitan el Koran todos los días, y millones de hombres lo son también á medias en toda la extensión de las tierras conquistadas, aunque no conservadas por los héroes de la guerra santa, porque en su sangre circula aún la sangre ismaelita. Podrían en conjunto formar una gran nación los europeos, africanos y asiáticos des-

cendientes de los árabes, tanto sicilianos, italianos, españoles, portugueses y franceses del Mediodía, como bereberes, negros, cafres, abisinios, turcos, persas, indos, malayos y chinos.

El café, los perfumes, los dátiles, la goma, el caballo, el asno, el camello y las perlas son toda la fortuna de la Arabia, y también la plata que traen todos los años á las ciudades santas los ciento ó ciento cincuenta mil peregrinos que llegan á ellas á visitar los santuarios.

La Arabia ocupa un espacio igual á una tercera parte de Europa, y, sin embargo, apenas tiene cinco millones de habitantes, fanáticos en su mayoría, como conviene á los guardianes del *sancta sanctorum* del islamismo. Los hay sedentarios y nómadas; 1.500.000, según dicen, se dedican á buscar fuentes, pastos y caravanas. Estas últimas las roban y destrozan, á no ser que vayan á visitar las ciudades santas de la Meca y Medina.

El elemento que no es árabe y musulmán se compone de judíos é indos, que trafican en los puertos del Mar Rojo, y de negros, que son los más numerosos. En un distrito meridional del Nedjed forman una tercera parte de los habitantes; en otras regiones una cuarta, y en el país de Mascata una quinta. Hombres libres, ó esclavos bien tratados por sus amos, su sangre enturbia de día en día la noble sangre árabe y transforma constantemente la esencia misma de esta raza magnífica. Por efecto de los enlaces entre el negro y el árabe, ó por una antiquísima comunidad de origen, los árabes del Mediodía se asemejan tanto á los abisinios como á sus compatriotas del Nedjed. En muchos países los hombres del Norte y los del Mediodía difieren bastante. Diferían, sobre todo, durante la infancia de esta nación, cuando los hímjares ó sabeos, llamados también los árabes meridionales, padres quizá de los fenicios, hablaban un lenguaje que los septentrionales apenas comprendían.

Aparte de Hedjaz, Asir, Yemen y Ahsa, que dependen de Turquía, y de Aden, que depende de Inglaterra, la Arabia es independiente, y sus tribus, gobernadas por una aristocracia militar, hacen á su capricho la guerra ó la paz.

IV

Hedjaz y Asir.

El Hedjaz, á orillas del Mar Rojo, encierra el Bled-el-Aram, ó país vedado á los profanos, la cuna del islamismo, donde se elevan la Meca y Medina, las ciudades santas que distan entre si 375 kilómetros.

La Meca (45.000 habitantes), está á 85 kilómetros de Djedda (17.000 habitantes), puerto del Mar Rojo, donde la temperatura del día tiene, por término medio, 30°,92, y la de la noche 28°,28. La ciudad sagrada languidece entre montes desgarrados, sin árboles, sin aguas vivas. Pero todos los años se anima con la llegada de 120.000 peregrinos y ejércitos de camellos. De todos los países musulmanes del mundo llegan lo mismo el ciudadano que el nómada, el blanco, el amarillo, el cobrizo, el mulato, el negro, el fanático, el excéptico, el curioso, el pobre, el príncipe, el faquir, el visionario, el hombre de San Luis del Senegal, el de las Comores, el malayo, el sahariano, el turco, el tártaro, el chino de Yun-nan, para venerar la piedra que dejó en aquellos lugares el ángel Gabriel.

La Mekka ó la Bekka, como la llamaban las tribus de la época preislámica, es también designada con el sobrenombre de «Madre de las ciudades», y podría llenarse un volumen con los títulos innumerables que la han dado los fieles. Es á la «Piedra Santa» (á pesar de los inconvenientes de su posición geográfica) á lo que debe su calidad de metrópoli de la Arabia. y el ser el punto de cita de todas las naciones de religión musulmana. Su terreno ardiente y seco se ve á veces invadido por grandes inundaciones de un barranco cercano. Una ciudadela domina á la Meca. Las calles, más anchas que en la mayoría de las poblaciones árabes, para poder dar paso á las enormes muchedumbres de peregrinos, convergen todas á la plaza central, ocupada por la masa cuadrilátera de la santa mezquita Mesdjid-el-Haram.

El edificio, monumento sin belleza, que ha sido reparado muchas veces á causa de las inundaciones, es un amontonamiento de construcciones bajas, con cúpulas y minarettes, formando una vasta columnata en torno del gran patio interior.

Los escolares se agrupan bajo las arcadas en torno de sus maestros; los predicadores peroran, y durante las fiestas de la peregrinación anual, la muchedumbre de extranjeros agita su encontrado oleaje entrante y saliente. En el centro del patio se eleva la Kaaba ó «el cubo», masa cuadrangular de unos 12 metros de altura, cerrada por una puerta de plata que se abre tres veces al año para los peregrinos. En el muro exterior, cerca de la puerta, está encuadrada la famosa «piedra negra», aerolito cuyos pedazos rotos se hallan retenidos por un aro de plata. Es la piedra santa que el ángel Gabriel entregó á Ismael, padre de los árabes, y que el día del Juicio hablará para atestiguar en favor de los que la han besado con labios puros. Por encima de este edificio un enorme velo de seda negra, regalo del padichah de Constantinopla, flota en largos pliegues. Este temblor del velo es obra, según los peregrinos, de las alas invisibles de los ángeles que vuelan en torno de la Kaaba y que se le llevarán un día ante el trono de Allah. Cuatro oratorios se elevan en los cuatro ángulos del santo cubo. Son los lugares de plegaria de las cuatro sectas del mahometismo: los chafitas que viven en Siria y entre el Eufrates y el Tigris; los hanafitas, que son afghanos y turcos; los malackitas, casi todos africanos, y los haubalitas, que proceden en su mayoría de la Arabia. En una de las capillas brota una fuente abundante, el Zemzem, agua santa que surgió del suelo para apagar la sed de Agar é Ismael, cuando estos vagaban desesperados por el desierto. Esta agua un poco salitrosa, cura, según los fieles, todos los males, y en las ciudades de Oriente los musulmanes ricos se la procuran sin reparar en gastos. El químico Fraukland, que la ha analizado, dice que «jamás ha visto un agua más sucia de materias orgánicas». Durante las peregrinaciones hay siempre frente á la Kaaba siete ú ocho mil personas, hombres y mujeres.

Cuando todos se inclinan á la vez como doblados por un viento de tempestad, golpeándose el pecho y recitando sus plegarias con frenesí, esta multitud abigarrada de gentes tan diversas ofrece un espectáculo único. Los extáticos piden á gritos la muerte para continuar en el paraíso el divino arrobamiento que los invade al contemplar la piedra santa. Otros fanáticos se arrancan los ojos, no queriendo que sus pupilas se ensucien con espectáculos profanos después de haber visto el más sagrado de los lugares. Al entrar los peregrinos en el recinto, una de sus primeras ceremonias es correr siete veces en torno de la

Kaaba, dando las vueltas de derecha á izquierda y tocando al pasar cada vez la piedra negra. En los tiempos preislámicos los fieles corrían completamente desnudos, y al arrojar sus vestiduras arrojaban sus pecados. Mahoma confirmó esta ceremonia de las siete vueltas, pero suprimiendo la obligación de desnudarse. Sin embargo, al llegar á la última etapa, cerca de la Meca, los peregrinos tienen que abandonar sus vestiduras ordinarias y cubrirse con una simple camisa, el *ihram* ó *mohram*, y así deben arrostrar el frío de las noches ó el calor de los días, hasta que realizan todas las ceremonias de la visita.

Estas ceremonias no se completan, y los visitantes no pueden tomar el título de *kadji* con que se envanece todo peregrino, si no van á invocar á Allah sobre las pendientes de la santa montaña de Arafat, que se eleva á siete ú ocho horas de marcha, al Nordeste de la Meca. Solo tiene 60 metros de alta sobre las llanuras que la rodean, pero su base abarca varios kilómetros. Debe su santidad tradicional á una fuente abundante que surge de una grieta de la roca y que captó la sultana Zobeida, esposa de Haroun-ar-Rachid, el monarca de «Las Mil y una noches», para llevarla á la Meca por un acueducto subterráneo. Pero el canal se ha roto en el transcurso de los siglos y la ciudad recibe poca agua.

El día en que toda la muchedumbre de peregrinos, engrosada por los habitantes y la guarnición de la Meca, sube al monte Arafat, éste parece pequeño para tanta gente. Unos 70.000 peregrinos, casi todos sobre su camello, se juntan en este lugar y la llanura se cubre de beduinos, muchos de los cuales llevan con ellos sus rebaños de ovejas para venderlas á los hadji, como víctimas de sacrificio. Todos quieren rogar sobre el Arafat, donde según la leyenda el padre universal Adán aprendió de los ángeles la primera oración.

Todos encuentran sitio, por grande que sea la muchedumbre. Según los fieles, la montaña se hincha prodigiosamente y no queda un buen musulmán que no encuentre donde poner los pies. Cuando se presentan los peregrinos, millares de mendigos les aguardan y extienden á sus pies grandes pañuelos para recibir las limosnas.—«¡Piensa en tu deber peregrino!»—gritan reclamando lo que consideran un derecho. Cuando la ceremonia comienza todos se empujan para oír, ó ver al menos, al Kadí de la Meca, agitarse y gesticular sobre la giba de su camello. Al elevar el predicador sus brazos al cielo implorando la bendición divina sobre la muchedumbre, millares de voces lan-

zan á coro el mismo grito: *Lebeik Alla kouma Lebeik* (Estamos á tus órdenes, ¡oh Dios!) Después, todos se precipitan montaña abajo. Viendo de lejos á esta multitud de hombres en camisa blanca, lanzándose de peña en peña, se cree contemplar una catarata de espuma. Al volver hacia la Meca es costumbre en un desfiladero lanzar piedras contra la pared de rocas. Esto equivale á apedrear á Eblis, ó sea al diablo. Enormes montones



Un intérprete en Aden. (Dibujo de Hadamard.)

de guijarros se han aglomerado en este lugar, donde por tantos siglos sufre la pedrea el pobre Eblis. Mas lejos se verifican los sacrificios y, según su fortuna, cada peregrino degüella una ó dos bestias. La sangre forma arroyos en la arena y nubes de cuervos y buitres se abaten sobre los despojos, sin esperar á que los últimos peregrinos abandonen esta carnicería al aire libre.

Medinet-en-Nebi, que significa la «Ciudad del Profeta», ó simplemente Medina, «la Ciudad», por excelencia, no cede en santidad más que á la Meca en todo el mundo musulmán.

No confiere el título de hadji á los que la visitan y los musulmanes no tienen la obligación de ir á ella una vez en su vida como á la Meca; pero «una plegaria en su mezquita vale

tanto como mil fuera de ella». Lo mismo que la Meca, ocupa Medina el centro de un territorio sagrado: el Houdoud-el-Haram, de unos 300 kilómetros cuadrados, en el cual «todos los pecados están prohibidos» y «no se puede cazar ni matar otros animales que los infieles». En Medina son aún más intolerantes con las mujeres que en la Meca. No les está prohibido el acceso á la mezquita; pero sólo pueden entrar en ella de noche.



La Meca: vista de la Kaaba. (Dibujo de Tomaszewicz.)

La ciudad está situada en el reverso oriental de las montañas que separan el Tenama de la meseta central. A corta distancia de ella se detienen las capas de lava porosa surgidas del cráter del Ohod, la montaña famosa que debe ser un día transportada al Paraíso, como teatro que fué de la victoria alcanzada por Mahoma sobre sus enemigos. Al Este y al Oeste se elevan otras cimas, de las cuales una de ellas es el Aira, donde el Profeta estuvo próximo á perecer de sed. Esta montaña será precipitada en el infierno

Grupos de palmeras alegran la campiña allí donde el agua de los pozos basta para el riego. El frío es muy sensible en Medina, que está á una altura de 1.000 metros. Según cuentan, Mahoma decía á los suyos: «El hombre que soporta con pacien-

cia el frío de Medina y el calor de la Meca, merece un puesto en el Paraíso». La ciudad, propiamente dicha, más pequeña que la Meca, es un óvalo rodeado de muros y terminado al Noroeste por un gran castillo. Un barranco que atraviesa los arrabales y se pierde en el desierto ha causado graves daños á la ciudad con sus inundaciones. Medina no tiene ningún edificio notable, y hasta su famosa mezquita, El-Haram, es una construcción de las más simples. En ella se ve la tumba del Profeta, rodeada de una verja que sólo los grandes dignatarios pueden franquear de tarde en tarde. Los peregrinos, al hacer esta visita, pueden convencerse de la falsedad de una leyenda esparcida en todo el mundo, según la cual la tumba del Profeta flota en el aire suspendida entre la fuerza de varios imanes. La mezquita de Medina posee además las tumbas de Abon-Bekr, de Omar y de otros santos ilustres del Islam. Algunas veces, los peregrinos chiitas han ensuciado estas tumbas arrojándolas excrementos ocultos en telas preciosas. Estos actos de fanatismo han provocado en varias ocasiones la degollación de todos los persas residentes en Medina.

El puerto de Medina en el mar Rojo es Yambo, situado á 200 kilómetros en línea recta hacia el Sudoeste. Se le da el nombre de «Yambo del mar» para distinguirla de «Yambo de las palmeras», que se encuentra en un oasis á 30 kilómetros al interior.

Al Sudeste del Hedjaz, el Asir es región caliente por su litoral bajo y tierra templada en las alturas de sus *djebels*, desgarrados en múltiples gargantas.

V

Yemen.—Aden.—Hadramaout.—Ahsa.—Nedjed y Oman.

Al Sudeste del Hedjaz está el Yemen, llamada en otro tiempo Arabia Feliz. Tiene mucho menos de *tehamas* que de regiones elevadas. Desde sus montañas se vé á lo lejos azulear en Africa las rocas escarpadas de la Abisinia que ilumina el sol poniente. Famoso en otros tiempos por sus perfumes, el Yemen lo es hoy por su café de Moka, el mejor del mundo y el más escaso. El gobernador turco de este país reside en Sana, á 2.130 metros sobre el nivel del mar (20.000 habitantes), ciudad fresca, á veces fría, llena de hermosos palacios.

Sana es una de las mejores ciudades de la Arabia. Muy lim-

pia, con calles anchas, con numerosos jardines públicos ó particulares, que se abren á todo el mundo, posee monumentos notabilísimos, palacios que hacen pensar en los de Florencia por sus nobles proporciones. De sus cincuenta mezquitas las hay muy grandiosas, y una de ellas rivaliza con la Kaaba en santidad.

La ciudad está dividida en tres distritos, cada uno con su muralla particular dentro del recinto fortificado, que es común. Los barrios, habitados por árabes y judíos, tienen un aspecto pintoresco, pero junto á éstos hay calles casi europeas, donde viven los funcionarios turcos. Existe también un hospital moderno, con laboratorios, etc., establecimiento realmente extraordinario en este rincón de la Arabia.

Así como España mira á Marruecos al otro lado del Estrecho de Gibraltar, el Yemen mira el Danakil y la Abisinia al otro lado del estrecho de Bal-el-Mandeb, en tierras de Africa.

Aden (35.000 habitantes) contempla estas costas del Africa, asentada en las orillas del Golfo, al cual ha dado su nombre. Poderosamente defendida y armada, y muy comerciante desde que pertenece á los ingleses y abriga los navíos que van de Occidente á Oriente y de Oriente á Occidente, es un lugar más que tórrido, es un horno reverberante, entre arenas blancas y lavas sombrías. Vivir en ella equivale á una asfixia lenta.

Al Este de Aden, en el Golfo de Aden y en el mar de las Indias, Hadramut eleva sus montañas. Por encima de su *teham* están sus montes y sus montañeses, raza pobre y pululante, con cantones tan poblados como los de Europa Occidental.

Así como el Yemen ocupa la parte Sudoeste, el Oman posee la del Noroeste. Su litoral bordea á la vez el Océano Indico, el Golfo de Oman y el Golfo Pérsico. El imán soberano del país reside en Mascata, puerto muy seguro, en un corte de las lavas rojas, cerca del Djebel Akhdar. Este soberano, sin autoridad en nuestros días, dominaba en la extensión de tres largas riberas, no solamente en Asia, sino también y principalmente en Africa, en el litoral de Zanzíbar, hoy en poder de ingleses y alemanes. Mascata no se descubre á los ojos de los marinos hasta que éstos vuelven un promontorio fortificado que defiende su puerto. La ciudad es bastante higiénica para ser árabe, y su población se compone de gentes de todas razas y colores, atraídas por el comercio.

Ahsa, litoral ardiente, limita el Golfo Pérsico, enfrente de la costa de Persia, habitada también por tribus árabes. Este Golfo tiene tanto derecho como el Mar Rojo á llamarse arábigo. De

su fondo brotan abundantes fuentes que para nada sirven y que serían muy benéficas si naciesen un poco más tierra adentro.

En el Nedjed reinan los ouahabitas, que tienen su capital en Er-Riyad. Esta secta moderna del Islam pretendió que la religión de Mahoma volviera á su primitiva sencillez, sueño desvanecido, como tantos otros.

Después de haber conquistado la Meca, Medina y Damasco, retrocedieron hasta su Nedjed y fueron vencidos, pereciendo su imperio en flor. Aun en los tiempos de ardiente proselitismo hicieron la guerra al tabaco más que á las ma'as doctrinas. Fumar era para ellos el más grande de los crímenes.

En el Norte del Nedjed, un sultán que se cree, según dicen, el más poderoso de la Arabia Central, reside en Hail, á 1.067 metros sobre el mar, en el Djebel Chomer ó Monte del Hinojo, que es muy semejante al Sinaí.

VI

Camellos, caballos y hombres.

Para los animales domésticos de carga, de silla y de carrera, Arabia es el primer país del mundo, aunque no conoce el elefante y apenas posee el buey. No existen en la Arabia camellos salvajes como en las estepas del Turkestán; pero posee las variedades más numerosas de este inseparable compañero del hombre. El país de Onnan es la patria de los dromedarios más veloces, pero cada provincia tiene los suyos propios y alaba sus especiales cualidades.

La leyenda árabe dice que el camello y el datilero fueron creados por Allah al mismo tiempo que Adán. El camello toma parte en los fiestas y hasta en las ceremonias religiosas del árabe. Montado en un camello proclamó sus doctrinas Mahomet, y sobre un camello hablan los predicadores á la muchedumbre en días de peregrinación.

Cuando nace un camello, el árabe lo toma en sus brazos y grita á la familia: «Nos ha nacido un hijo.» Efectivamente, como un hijo lo cuidan, y cuelgan amuletos de su cuello para que alejen el mal de ojo. Jamás el árabe pega á su camello. Lo anima en su marcha con la voz, con el canto; le habla como á un camarada, le cuenta larguísimas historias durante el camino, no permite que nadie le insulte y considera como dicha contra su

propia persona toda palabra mala dirigida á su animal. El camello es muchas veces causa de venganzas. La sangre del camello reclama la sangre del hombre que lo mató, como si fuese la de un hermano ó un hijo. Existen en árabe de 700 á 1.000 palabras para designar cariñosamente á este animal. El vagabundo del desierto paga con esto su deuda de agradecimiento á la bestia, sin la cual no podría huir, refugiándose en las soledades y manteniendo su fiera independencia. Si el árabe no tuviese el camello, habría caído en la servidumbre, ocupando el mismo lugar de los *fellahs*, á los que tanto desprecia, y que empujan su arado en los bordes del Nilo ó del Oronte.

El árabe se contenta con poco; pero lo poco que posee es excelente. Sus dátiles, sus perfumes, su café, son los mejores del mundo. Del mismo modo, sus animales domésticos son los más hermosos y en ninguna parte viven tan unidos al hombre. Los perros, así como los camellos, pertenecen á la tribu, á la familia y participan de su suerte con una abnegación sin límites. El asno de Arabia es también un animal noble, y su nombre no es un insulto como en los países occidentales, donde esta bestia degenerada no guarda ni la estatura ni la arrogancia de movimientos que en la tierra árabe.

La montura por excelencia es el caballo y los caballos de la Arabia son reconocidos como superiores á los de todos los países. En Nefoud y en las estepas árabes vecinas á Siria y al Eufrates es donde se ven los corceles más elegantes de formas, más vivos y ardientes en la marcha, más fieros de aspecto y al mismo tiempo más dulces y dóciles á la mano ó á la voz del jinete.

Pero estos caballos admirables sólo se ven en una pequeña parte de la Arabia, pues en el resto faltan los pastos sabrosos y las aguas abundantes. Estos caballos, aunque mantenidos en el aislamiento, han degenerado algo y hoy son muy pequeños, pero «verdaderos leoncillos» por su energía infatigable. Su verdadera patria está en la región de las hierbas, en la Arabia del Norte, vastísimas praderas semejantes á las Pampas de la Argentina. En toda esta Arabia septentrional las tribus han velado por conservar pura su raza caballar. Sólo los montefik y otros pueblos de la baja Mesopotamia se han sentido impulsados, por el amor á la ganancia, á cruzar sus caballos con los de Persia y Turkeistán para obtener animales de mayor talla que venden muy caros á los mercaderes de la India.

El caballo árabe de pura sangre, tal como hoy se ve, espe-

cialmente entre las tribus de los Anarch, es de talla mucho más pequeña que el caballo inglés: tiene la cabeza más gruesa que éste, la boca más fina, el ojo más grande y dulce, el lomo más corto, los músculos más salientes y las piernas más finas. Uno de los signos característicos de la raza es llevar la cola siempre horizontal durante la marcha. Es indudable que en un hipódromo serían vencidos por cualquier caballo europeo de los dedicados á las carreras; pero donde hay que admirarlos es en los largos viajes, cuando tienen que hacer uso de su prodigiosa resistencia y «vivir del aire», como dijo el poeta. Los caballos árabes criados en medio de la familia, camaradas de juego de los niños que pasan entre sus piernas, no habiendo recibido de sus amos más que caricias y buenas palabras, y jamás golpe alguno, son la misma dulzura. No se les ve nunca encabritarse ó caer voluntariamente al suelo para desprenderse de su jinete. Llenos de confianza en el que los dirige, que es su mejor amigo, le obedecen en todo, no se espantan de nada y se precipitan alegremente en el peligro. El caballo estimado debe pertenecer á la *Khamsa*, ó sea á una de las cinco razas *Kehilan*, que la tradición reputa como descendientes de las cinco yeguas favoritas que montaba el Profeta. Otras razas en número de diez y seis, aunque inferiores, son lo suficientemente nobles para que el origen del animal procedente de ellas se afirme con testigos, y lleve pendientes del cuello en un saquito las pruebas auténticas de su origen. En esto no son posibles los fraudes en Arabia. La genealogía de un caballo es cosa tan sagrada que impone respeto hasta al embustero más vil. Aparte de las cinco grandes razas y las diez y seis medianas, todos los demás caballos son *hadich*, ó «desconocidos». Por hermosos que parezcan carecen de importancia y jamás un árabe consentirá que animales de pura sangre se alien con estas bestias sin abuelos. A causa de este escrúpulo la raza pura se extingue poco á poco, y sólo los *cheikhs* más ricos pueden con grandes esfuerzos mantener sus cuadras.

El árabe de las estepas cuida de la pureza de su propia raza como de la de su caballo. Muy simple en sus costumbres y en su lenguaje, no por esto es menos aristócrata, orgulloso de su origen, de la «sangre azul» que circula por sus venas, desde tiempos anteriores á la historia. Jamás ha sufrido un yugo como otros pueblos, y por el goce secular de su libertad no tiene igual en toda la tierra. Hace miles y miles de años que sus ascendientes corrían las soledades como él las corre hoy. Este

pueblo ha conocido desde que nació la embriaguez de la carrera interminable en un espacio sin obstáculos. Son los hombres de la tienda, «el pueblo de tela y de fieltro», como ellos se llaman con orgullo al despreciar á los habitantes de las ciudades, el triste y cobarde «pueblo de arcilla». Al turco que pretende dominarlos y hacerles pagar un impuesto, le desprecian y le odian.

El nombre de beduinos, que los europeos creen que es despreciativo, aplicándolo á las bandas que viven de la rapiña y la mendicidad en torno de las ciudades del litoral mediterráneo, es el verdadero nombre de estas nobles razas de pastores que se consideran los primeros hombres del mundo. Los verdaderos beduinos son, por lo general, de talla mediana, bien proporcionados, de una singular delgadez, lo que se explica por su género de vida; pero muy ágiles y mucho más fuertes de lo que se cree en el primer momento viendo sus miembros enjutos. Casi negros, ó de un gris ceniciento, sus rasgos fisonómicos son de una gran regularidad. Tienen la cara ovalada, el cráneo con frecuencia irregular y puntiagudo, la frente alta, los ojos negros y penetrantes. La costumbre de encoger el párpado y guiñar el ojo para librarse del sol, mirando á lo lejos en el horizonte, da un aspecto extraño á sus pupilas. Lo mismo que los Pielas Rojas, tienen los beduinos ojos de lobo, y esto hace que se les atribuya una ferocidad que las más de las veces no está en su carácter.

El matrimonio entre primos es regla entre los árabes. Lo mismo ocurre entre los persas, y por esto, en una conversación de gentes corteses, á la esposa se la llama siempre «la prima». Los beduinos envejecen rápidamente. Su piel se arruga y endurece al aire. A los cuarenta años su barba blanquea; á los cincuenta son viejos inútiles. Muy pocos llegan á los sesenta años. En cambio, su corta vida se interrumpe rara vez con enfermedades.

Los más sobrios de los hombres, que son los beduinos, gozan la salud más robusta. Desde su infancia se acostumbran á dormir en tierra, á sufrir el calor del medio día, á subsistir sin largo sueño y sin comida abundante. No beben licores fuertes ni conocen otro líquido, aparte del agua, que el *lebben*, leche agria que estimula ligeramente sin embriagar. No comen más que una vez al día y la suma de sus alimentos es mínima, comparada con el alimento diario de cualquier occidental. Volney evaluaba en unos 170 gramos la comida diaria del beduino,

comprendiendo en esto carne, frutas y granos. Así como la mayoría de los pueblos tienen cantos para glorificar el vino, la cerveza y las grandes comilonas, las canciones del árabe relatan las victorias de éste sobre el hambre. «Yo soy el Hijo de la Paciencia», dice un poema heroico de la Arabia, y efectivamente, la paciencia es la principal virtud del beduino, pero puesta al servicio de su pasión y su entusiasmo. Arrostra el hambre, la sed, el frío, el calor, la fatiga extremada de las largas marchas sin una queja. Enfermo ó herido se retira á un rincón como un animal y sufre en silencio, igualmente preparado para la curación que para la muerte. Muy dulce con las mujeres y los niños, no se abandona á la cólera más que contra los fuertes. Cuando vence al enemigo no es cruel ni rencoroso.

Pero el beduino tiene un vicio capital: la avaricia, ó más bien dicho, la avidez de metales. Ama las monedas relucientes y sonoras: la plata y el oro le deslumbran. Pero todo esto lo ama como un niño, admirado de su esplendor. De aquí que, á pesar de su avidez, el árabe de la estepa coloca sus deberes de hospitalidad por encima de su afición á la ganancia. «El dinero perdido se encuentra:—dice un refrán del país—pero el honor, una vez se pierde, ya no se encuentra.» El huésped es sagrado en el campamento del árabe. Hasta el enemigo irreconciliable es bienvenido cuando llega á tocar una cuerda de la tienda.

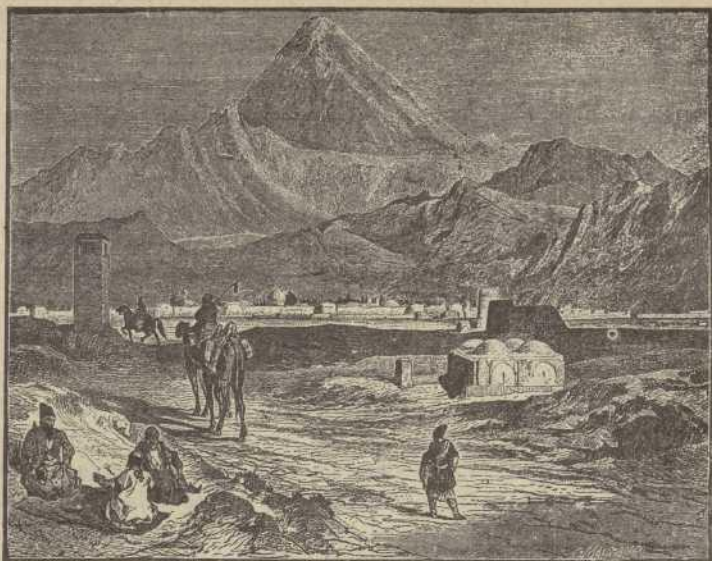
El beduino no tiene amo. No depende más que de su tribu ó su familia. Si el árabe se junta con sus hermanos de raza, es porque le gusta, porque tiene en ello interés ó lo considera un honor. Pero si prefiere vivir sólo en el desierto y bajo su responsabilidad, nadie se opone á ello. Cuando en una tribu surgen discusiones, la mayoría y la minoría se separan amablemente y así van dividiéndose los antiguos pueblos hasta lo infinito, volviendo á agruparse según sus nuevas afinidades. La patria colectiva que constituye la asociación de los intereses, se traslada incesantemente con los grupos de las tiendas. Las tribus se entrecruzan, se forman, se deshacen y vuelven á erguirse como las olas del mar. Cada tribu tiene su cheik, ó jefe, que con frecuencia es descendiente de una larga serie de abuelos gloriosos, ó ha sido elegido por sus riquezas, que le permiten cumplir en nombre de toda la tribu los deberes de hospitalidad. Su función principal, después de la de recibir á los huéspedes, es juzgar las diferencias de sus administrados con ayuda de los ancianos de la tribu. Las sentencias que da no tienen ninguna sanción.

El sentenciado puede cumplirlas ó puede sustraerse á ellas huyendo de la tribu ó quedándose, porque nada le importa la opinión de los demás, en cuyo caso se convierte en un *baoual*, un hombre «fuera del honor».

Muchas veces las tribus eligen á un hombre prudente y sabio si viven en tiempo de paz; pero si se aproxima una guerra eligen á un *aghid*, «un guía» que los lleve al combate, presida su pillaje y proteja su retirada.

Los árabes sedentarios que ocupan las poblaciones son iguales á los nómadas y solo se diferencian en las costumbres.

Se repite con frecuencia que los árabes no han cambiado en 3.000 años. Es indudable esto en lo referente á las tribus del desierto, donde las condiciones del medio son tales, que el género de vida no puede modificarse. Pero en las poblaciones y en los terrenos cultivados, el beduino ha cambiado bastante, influyendo en el curso de sus ideas los acontecimientos de la historia. Su fanatismo musulmán también se ha amortiguado mucho.



El Demavend. (Dibujo de J. Laurens.)

PERSIA Ó IRAN

I

Meseta de Iran ó de Eran.

La meseta de Iran ó de Eran se extiende desde el mar Caspio al Océano Indico, desde la cresta ó la pendiente de los montes que descienden hacia el Tigris hasta el corte de los que dominan el valle del Indus. Teniendo esta meseta cerca de 275 millones de hectáreas, su extensión es cinco veces mayor que la de Francia. Persia ocupa próximamente las dos terceras partes de la meseta de Irán, ó sea 165 millones, al Oeste de la alta llanura. El Oriente de esta meseta, desmembrado, forma dos Estados, el Afghanistan y el Baloutchistan.

Coronado de montañas que lo resguardan del viento marino, el Iran, en su conjunto, es un llano muy seco, sobre todo en su centro y al Sudeste. Rara vez caen lluvias que provengan del Mar Caspio ó del Golfo Pérsico. El horizonte es claro, el

cielo sereno. Los vientos, sin embargo, abundan mucho, soplando furiosamente, frios aún durante el verano, arrastrando torbellinos de polvo ó de nieve, pero sin traer casi nunca el bienhechor nublado, hasta el punto de que la mitad de la meseta no recibe por año más que 10, 12 ó 15 centímetros de agua. En algunos parajes de la montaña recibe hasta 20, 25, 30 ó 40, y también en el Mazenderan, litoral de 600 kilómetros de largo por 15 ó 20 de ancho. Formando brutal contraste con el Sur de esta cadena, continuos aguaceros, muy espesos, arrojan cinco veces más agua en los valles de la vertiente opuesta, que miran á la meseta don le está la capital, Teheran. Del Golfo Pérsico, separado del Caspio por 700 kilómetros de Norte á Sur, suben también vapores en escasas ondas sobre la sierra costera del Farsistan, existiendo allí, aunque en más corto litoral, una zona análoga á la costa del Caspio, la de Ghilan y de Mazenderan, pero mucho más seca. En las montañas del interior parece como que el cielo favorece especialmente, sobre todas las aguas, las que se vierten torrencialmente en el lago de Ourmia.

Desde que, viniendo del mar, ó de los bajos fondos de Chatt-el-Arab, se trasponen las crestas de las sierras, el desierto invade la llanura con la claridad de sus horizontes, la tristeza de sus soledades, el brillo de sus arenas, la dureza de sus arcillas secas y el reflejo de sus lagos y pantanos salobres. Cipreses, álamos y plátanos anuncian desde lejos el canal, rara vez la fuente viva, y en ese canal bebe un pueblo construido con barro é insalubre á causa de las aguas estancadas. A veces las macizas ruinas, las techumbres de los palacios, los fragmentos de acueductos, las murallas de jardín, los escombros y el abandono de un lugar cuyo nombre se ha borrado de la memoria irania, evocan con esplendor la antigua historia del Iran, cuando sus pueblos no habían perdido aún nada de su esencia, mezclándose con los árabes y turcos, cuando sus llanos estaban mejor regados, tanto por la Naturaleza como por el hombre, sus valles más poblados, y sus colinas más verdes y llenas de árboles.

II

Elburs.—Demavend.

El macizo que se interpone entre el Caspio y la meseta persa, el Elburs, tiene unos 700 kilómetros de longitud, con cerca de 110 de anchura.

Más largo que los Pirineos, más alto y no menos complicado que los Alpes, se levanta en el horizonte de Teheran, teniendo al Noroeste un volcán nevado é inactivo, el Demavend (5.628 metros), igual á la altura del Cáucaso próximamente. Los persas *instruidos* le asignan una altura de 30.000 metros (!). Su verdadero nombre es Divband ó «Mansión de los Dioses». Los iraníes lo han creído siempre poblado de genios y figura en todos sus mitos y leyendas.

El Elburs, Olimpo iraní, es el Albordji de los libros sagrados del Iran, el padre de todos los ríos terrestres nacidos de la inagotable fuente del Arduisura. Esta líquida vena, surgida del trono divino, era más inagotable que la fuente de Juventud buscada por los conquistadores de América. No solamente devolvía la juventud, sino que los muertos, merced á su influjo milagroso, volvían también á la vida. Esta fuente bañaba el Paraíso persa, donde crecían flores y árboles maravillosos. Hoy el Elburs, lejos de verter en la llanura aguas eternamente vivificantes, priva al Iran de las lluvias del Norte, pues le roba millares de arroyos, mientras que en su vertiente septentrional los ríos abundantes y superabundantes se convierten en pantanos (1). Ghilanianos y Mazenderanianos serían felices en sus huertos de naranjos, de limoneros, de gránados, de palmeras con cercas de hayas, de fresnos y encinas, si estas aguas no produjesen las fiebres, si su suelo no fuese un suelo espasmódico y movedizo, que á veces se hunde y se desploma, y si no estuviera poblado de fieras y explotado por el recaudador de impuestos y los jueces.

De todos los manantiales del Iran el más importante es la fuente de Ali, Tcheshmeh-i-Ali (3.000 litros por segundo), en una montaña al Sudoeste de Astrabad.

De todos sus ríos, el mayor nace en los montes del Kurdistán, corre después por la meseta y perfora, en fin, el Elburs después de costearlo durante 200 kilómetros. Ha aumentado con sus depósitos, 25 kilómetros mar adentro, la antigua orilla del Caspio. Llámante en su curso alto Kizil-Ouzen, y en su curso inferior Sefid-Roud. Kizil-Ouzen, ó «Río Rojo» es nombre turco. Sefid-Roud, ó «Río Blanco» nombre persa. Y, en efecto, desde lo que alcanza la historia, iraníes y turanis se disputan el Iran, sobre todo el Iran del Norte.

Hay sabios que sostienen que el Albordji sagrado, «el ombli-

(1) El nombre Ghilan significa en persa «país de pantanos».

go de la tierra», no es el Elburs, sino el Pamir. Entonces el ancho río que allí hizo nacer la leyenda persa no sería el Arvand, sería el Sir ó el Amou.

III

Lago de Ourmia.

El Elburs se liga al Anti-Cáucaso hacia el Noroeste por los montes donde truena el Savalan (4.844 metros), volcán casi siempre nevado que reparte las aguas de sus vertientes entre el Sefid-Roud, el Araxe y el lago de Ourmia.

El lago de Ourmia, que es el Dariatcha, ó pequeño mar de los Persas, pasa de 400.000 hectáreas, pero tiene poco fondo: 14 metros donde más, cinco por término medio, y decrece porque el hombre no deja correr francamente hasta allí los torrentes de sus montes, entre los cuales destella á lo lejos el nevado Ararat. Al desviar los torrentes por campos y jardines, el Ourmia recibe menos agua, y la que tiene en su cuenca, á 1.289 metros sobre el mar, se reconcentra y se hace cada vez más salada y yodada, en lo que supera ya á la onda espesa y amarga del mismo Asfaltides. Como el Mar Muerto, el Ourmia no tiene peces. Así se mineralizan y secan los estanques sin desagües aunque les llegue, como al Ourmia, el tributo de 5.500.000 hectáreas de una región menos árida que otras muchas del Iran, sobre toda la inmensa meseta irania 140 á 145 millones de hectáreas, pues no tienen desagüe al mar, y de ellas 88 á 89 millones pertenecen á la Persia.

IV

El Farsistan.—Gourmsir y Sarhadd.

La región llamada el Demavend, de la que ya hemos hablado, tiene un rival al Sur del país, en el Farsistan, que es la verdadera Persia, como su nombre lo proclama (1).

Allí el Kouh-i-Dinar se eleva á alturas eternamente blancas, entre inmensos campos de hielo. A esta latitud, que es la de Alejandría, una escarcha sin deshielo anual prueba una altura

(1) Farsistan quiere decir «país de los persas».

de 5.000 á 5.500 metros ó más. Desde la orilla del Golfo Pérsico, por encima y más allá de otros poderosos montes, se ven brillar estos picos, entre los cuales se esconde á quince ó veinte leguas de Kazeroum, el valle de Chab-Bevan, alabado por los persas como uno de los cuatro paraísos terrestres. Los otros tres son Damasco, Samarcanda y el Nahr-el-Obollah, valle del país de Bassora.

Al pie meridional de las cadenas del Farsistan, del Laristan y el Kouhistan, tan empinadas que sus senderos son escaleras, se extiende hasta el Golfo Pérsico, cálido como el mismo Mar Rojo, un estrecho litoral abrasado por un sol excesivo y muy palúdico. Los persas le llaman el Gourmsir, por oposición al Sarhadd ó Alta Meseta. Es como en Méjico *la tierra caliente*, dominada por la *tierra templada*.

Del Farsistan al Kurdistan, por el Kuzistan, el Louristan y el Ardilan, el soporte de la meseta se rompe en bellas montañas de 3.000 á 3.500 metros, en algunos sitios calcáreas y yesosas, con alineamientos paralelos, y en otros volcánicas, pero sin bocas encendidas. Estas montañas son las proveedoras de los ríos que dan al Tigris su grandeza, y que llevan los nombres de Pequeño Zab, Djala, Kerkha y Kharoum. A este río, Sapor, el emperador de la Persia, le puso un dique colosal á la salida de las gargantas de Ahouas. Retenida en estanque el agua de las crecidas, regaba la baja llanura, convirtiéndola en un jardín.

V

Desiertos de la Meseta.

Las sierras dividen la meseta en submesetas, y con frecuencia parten el desierto en varios subdesiertos salpicados de oasis grandes y pequeños. Tal es al Este de Teheran, el Gran Desierto Salado, y cerca de las fronteras afghanas, el Detch-i-Naoumed ó «Llano de la desesperación». Al Norte de los montes de Kirman, está el *Lout*, ó Soledad, temible, temido, prodigiosamente seco, terriblemente ardiente, y como tantos otros desiertos, sin lluvia, sembrado de *kouvir*, charcos salados en los que se reunen algunas aguas de los deshielos y de la tempestad, para secarse en seguida. En fin, existe también el Decht-i-Kouvir ó Llanura salada de Yezd, de donde los adoradores del fuego, hu-

mildes descendientes de Cyro y de Chosroes, esperan ver salir un día, como conquistador, vengador, juez y pontífice á Yezdidjerd, su rey, destronado por los árabes en la primera mitad del siglo VII. Con él acabó la Persia antigua, que se hizo desde entonces musulmana, mezclándose al árabe, y luego al turco por completo. Bajo latitudes saharianas, estas soledades tienen duros inviernos, pero sus estíos sofocan tanto en los campos petreos como en los pantanos salinos evaporados y en las movedizas dunas donde no arraiga el pino. Muy diversa es la altura de las mesetas y submesetas. Aquí 1.500 metros, allá 1.000, 800, 600; en el Lout 380, y en algunos huecos sólo 150 y aun 120. La altura media es, pues, de 1.200.

VI

Los persas.—Su lengua.

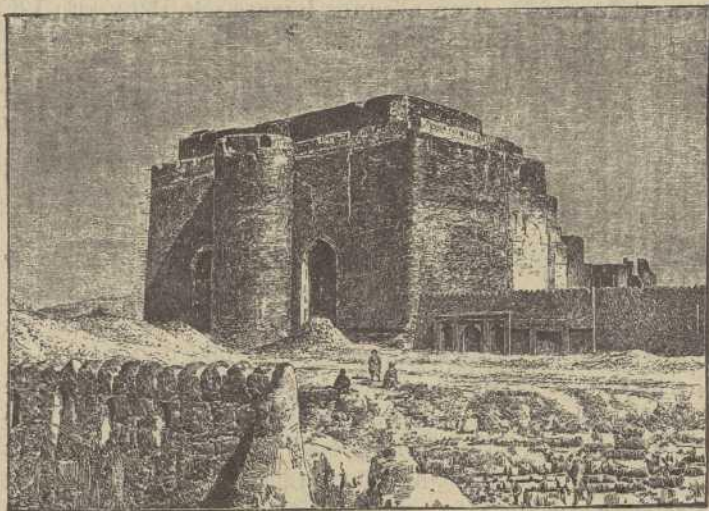
El Iran es una comarca histórica. Su población, nacida de la misma sangre «aria» que la India y la Europa cantó desde su infancia los mismos cantos que los padres de nuestras lenguas, y se posternó ante los mismos fantasmas divinos.

Largo tiempo ocupó el primer lugar en Oriente. Esto apenas puede creerse hoy viendo á los persas tan míseros, indolentes y olvidados, en su duro clima y su avara y seca tierra, perseguidos por el hambre, hollados en su casa y despreciados fuera. Casi desconocidos, los persas brillaron de pronto en el mundo. Bajo Cyro vencieron á Babilonia, soberana de las ciudades, y reinaron desde la India al Helasponto, sobre 50 millones de hombres. Su imperio duró dos siglos, hasta las victorias de Alejandro el Macedonio. No era para vivir más. La fuerza bruta lo había compuesto de pueblos enemigos, separados por montes y desiertos, y sin contar el ruso, el armenio y los idiomas de diversas pequeñas naciones, hay tres lenguas oficiales que se encuentran mutuamente traducidas en las rocas y en tablas de esas inscripciones cuneiformes, cuyas letras ennumeran los falsos triunfos de tal ó cual «rey de reyes». La primera lengua aria era el persa, la segunda el medo, idioma turaní, y la tercera el asirio, verbo semítico.

Los persas se dan el nombre de tadjiks, es decir, «los coronados», ó tal vez «los invencibles». Se mezclaron á la historia de Grecia, pueblo que les cerró el paso en Europa; á la de Roma, que

detuvieron en el camino de la India; á la de los árabes, que le impusieron una nueva fe, y más tarde á la de mongoles, turcos, indos y europeos en fin.

Si en otro tiempo algún afortunado ó ambicioso de los que dictan el porvenir á los pueblos hubiese llevado la capital de los persas á uno de los caminos que van de las mesetas iránias á los campos del Oxus, hacia Herat por ejemplo, hubiera quizá unido indisolublemente á los tadjiks del Sir y el Amou, con los de la inmensa tierra que va desde las gargantas próximas á



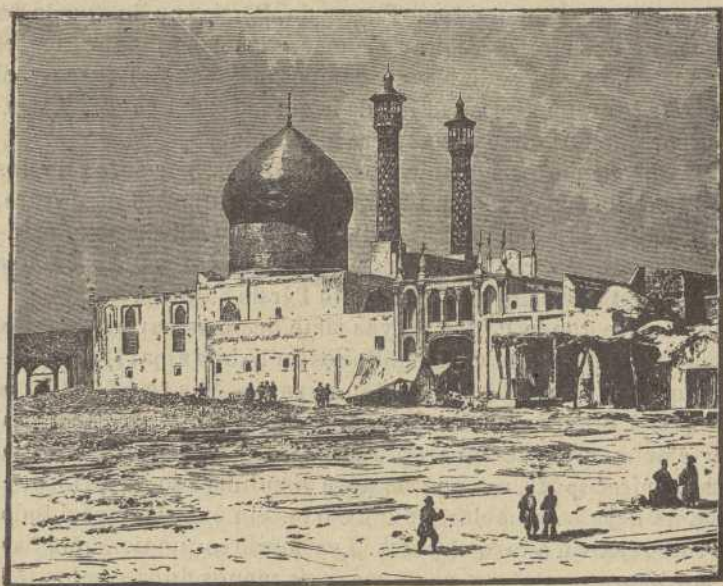
Fortaleza de Tauris. (Dibujo de Taylor.)

Babilonia hasta los desfiladeros vecinos de la India. Estos hermanos ahora dispersos, al agruparse, hubieran prevalecido sobre los turcos que los azuzaban, y la Persia de hoy contendría el Iran, Turan y Pamir, mientras que en realidad no posee ya ni siquiera toda la patria persa. Como lengua y como sentimiento nacional, sólo el zócalo meridional entre el Caspio y el Mar de la India es verdaderamente iranio. En cuanto á la raza está muy mezclada, aún en los sitios en que más pura ha permanecido. Colocada en este antiguo pasaje de los pueblos, ha recibido toda clase de elementos, en número infinito: árabes, judíos, kurdos, armenios, turcos, georgianos, circasianos, afghanes, indos y hasta negros y negroides de Africa.

Dice un proverbio turco: «Nada hay mejor que el joven per-

sa y el caballo maldavo». En efecto; los tadjiks son hombres bellos, graciosos, de ojos expresivos, barba negra, fina y abundante. Hablan muy bien y son maravillosamente corteses, pero aman y practican la ciencia de la mentira. Tienen viva inteligencia y magnífica memoria, sobre todo para su pasado de gloria y grandeza. Pero, ¿cómo resucitar ese pasado, cobardes como son, entre pueblos valientes como el turco, el afgano y el árabe?

El idioma persa descende del antiguo pérsico, hermano del



Tumba de Fatma á Koun. (Dibujo de Taylor.)

zenda que se hablaba en el Este de la meseta, mientras que la lengua de los vencidos en Marathon reinaba en el Oeste del Iran. Como hermano del zenda también lo fué del sanscrito. Pero ha perdido tantas bellezas, se ha mezclado tanto con el árabe (1) y turco, y con tantas palabras distintas, que puede llamársele el inglés de Oriente. Pero los poetas persas Hafiz, Firdou y Saadi, hacen las delicias de los orientales.

«La mejor lengua—dicen en el Iran—es el árabe. Conocer el turco es buena ciencia; el persa es una música, lo demás re-

(1) De diez palabras, cuatro son árabes.

buznos del asno.» En ninguna parte pronuncian el persa más puramente que en Chiraz.

No hace aún doscientos años era una de las lenguas más extendidas del mundo. Se empleaba con preferencia en los palacios del Gran Mogol; corría de una punta á otra del Imperio Indio como lengua política, literaria y social; los letrados y gentes de alto rango lo usaban en todos los países musulmanes, desde Constantinopla á Bengala, desde el mar de Aral al Golfo Pérsico y del istmo de Suez al Bam-i-Dounya. Pasaron aquellos tiempos. En la India el persa desaparece ante el indostánico; en el Asia turca lo olvidan. Fuera de Persia no le queda ya (aparte una soberanía literaria), más que el Afghanistan y el Turkestán, donde se habla en competencia con el turco y el ruso por los numerosos *tadjiks* de la ciudad y del campo y también por muchos sartos de sangre mezclada.

De cuatrocientos á quinientos mil kurdos, parientes de los *tadjik* por la lengua si no por el origen, que no es seguro, viven en los Alpes del Kurdistan. El Norte y el Noroeste, principalmente el Azerbaidjan, están llenos de turcos. La cuenca del Araxe tiene armenios y el Golfo Pérsico árabes.

Estímase que la Persia, cuyas siete décimas partes pertenecen al desierto, tiene cinco millones de habitantes (1) y se supone que más de 2.500.000 hablan el persa. Mas de 1.500.000 se sirven del turco en el Khorassan, Azerbaidjan y en general al Norte del camino de Teheran á Hamadan. En la misma capital es de uso frecuente, aunque siempre disminuye su imperio, pues hasta ha dejado de hablarse en la corte. Sin embargo, casi todos los turcos saben ahora el persa. Los hombres que tienen el turco por lengua natal son en su mayoría menos finos que los *tadjiks*; pero mayores, más fuertes de cuerpo, más rectos de conciencia y de sentimientos más elevados. Francos y altivos tienen la mentira á deshonor. Separados de los osmanlis de Anatolia por la diferencia de secta (profesan el *chiismo*, y los anatolios el *sunnismo*), no ponen en peligro la nacionalidad irania. Vienen en tercer lugar los kurdos, que son muchas centenas de millares de hombres en sus montañas, y á los kurdos hay que unir sus parientes de lengua, los *louris* del Louristan, en la Kerkha Alta. Cálculanse los árabes en 300.000. En cuanto á los armenios, que la emigración á los dominios rusos ha reducido, constituyen un elemento mínimo.

(1) No seis, ó siete, ú ocho, según ciertos viajeros.

De Persia salió una de las grandes religiones de la antigüedad, la de Zoroastro y los libros sagrados del Zend, adoración del sol y de los astros, culto del buen genio Ormuzd y temor y reverencia de Ahriman, el genio del mal. Tal es el mazdeísmo, al que le quedan pocos fieles, los cuales son llamados «adoradores del fuego», guebres y parsis, ó farsis, es decir, persas; y en efecto, son los únicos iraníes que no han traicionado á la antigua Irania. No llegan á 8.000, y de ellos hay 6.500 en Yezd y aldeas vecinas. Pero fuera del Iran forman clanes de comerciantes ricos en las grandes ciudades de la India, principalmente en Bombay, isla de Ceylán, Aden, en el mar Rojo, Turquía Asiática, costa oriental de Africa y hasta en Port-Louis, en la Isla de Francia. Se les puede comparar á los judíos, puesto que, como ellos, están aferrados al viejo dogma y, como ellos, son traficantes y andan dispersos.

Los persas, casi todos musulmanes chiitas, sectarios de Alí, detestan á sus hermanos sunnitas aún más que á los cristianos é idólatras. Los sunnitas, turcos, egipcios y berberiscos, son, sin embargo, tan buenos mahometanos y «hombres del libro» como ellos. Pero así es la humanidad: se odian más los vecinos que los extraños.

En el pasado siglo una secta removi6 profundamente la sociedad persa: la de los babistas, llamada así por su maestro el mirza Alí Mahomed, más conocido por el nombre de Bab, «Puerta». Esta secta tenía una aspiración social nueva, un ideal de dulzura y de comunismo. Las mujeres tomaron partido por el babilismo con gran entusiasmo. Cuando Bab formuló sus doctrinas, ni él ni sus discípulos soñaban con solicitar el poder; pero en 1848, año de revoluciones en todo el mundo y de agitaciones populares, Persia tuvo también sus sublevaciones, en las que tomaron parte los babistas. La mayoría de éstos fueron pasados á cuchillo, y los que restaron tuvieron el intento de vengarse asesinando al Chah. Este dió entonces la orden de matarlos á todos, y los ministros tuvieron una idea atroz: distribuir los prisioneros entre los grandes señores cortesanos del Chah para que demostrasen su fidelidad con los suplicios que preparasen á las víctimas. Los cortesanos rivalizaron en celo, procurando que los tormentos pareciesen extraordinarios. Unos prisioneros fueron cortados vivos á pequeños pedazos, lentamente, hasta quedar el esqueleto al descubierto; otros fueron herrados á fuego en manos y pies y murieron bajo el látigo: niños y mujeres caminaron entre los verdugos con las carnes desnudas y chirriantes, bajo

un manto de mechas encendidas. Sobre el silencio de la muchedumbre aterrada sólo se oían los gritos de los verdugos y el canto cada vez más débil de las víctimas: «En verdad; de Dios venimos y á él vamos á volver.» Estos martirios no han acabado con el babismo. La secta cada vez más numerosa y audaz se mantiene en secreto y prepara sus venganzas. Ya ha matado á un chah y perturba la tranquilidad de los actuales gobernantes que ven en el babismo la certeza de una revolución más ó menos próxima.

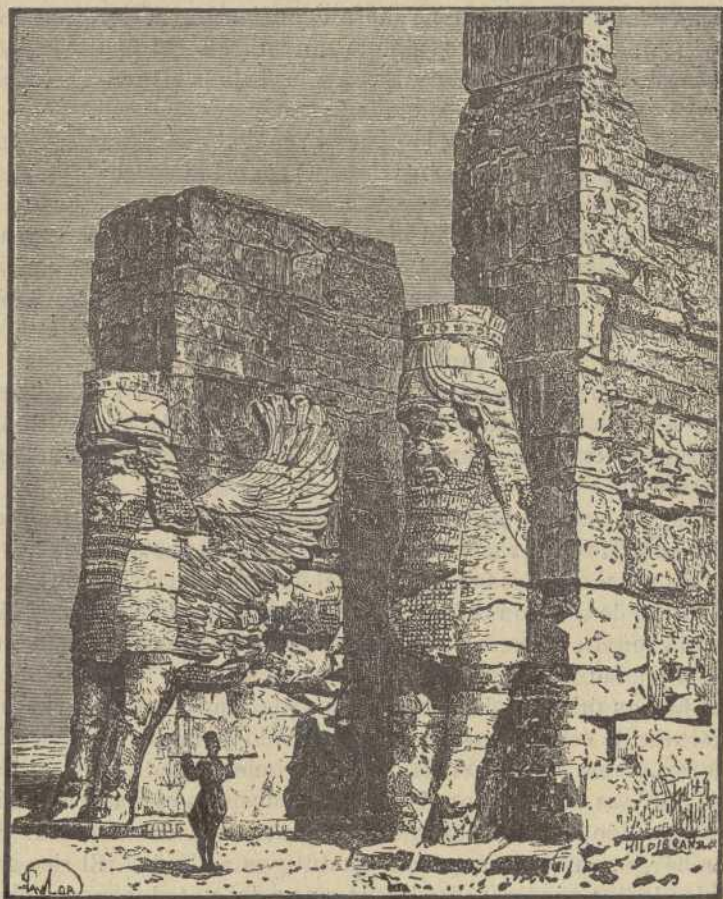
VII

Ciudades.

Así como el árido y seco Madrid pide frescura y vida á los canales del Manzanares, torrente del Guadarrama, el seco y árido Teheran (210.000 habitantes), ó mejor dicho, Tihran, es decir, «la Pura», recurre á los canales venidos de la alta montaña. Está emplazado Teheran á 1.161 metros de altitud sobre un suelo salino á la vista del Demavend. Se halla á 15 kilómetros de la cadena de Elbours, á 110 del Mar Caspio, y casi en la línea de separación del elemento iraní y el elemento turco. En estío el chah ó emperador, y, según dicen, unas 40.000 personas, servidores, palaciegos y parásitos, huyen de esta ciudad de casas de tierra, de sus fiebres, sus calores de horno y sus chinches venenosas y van á instalarse, bajo la tienda, en los frescos valles de la montaña. Los chahs veranean de este modo desde 1793.

Teheran es una ciudad moderna, heredera de la Rhai de los árabes, la cual á su vez fué fundada sobre las ruinas de la antigua Rázhés. Los muros de Rhai, que abarcan unos 36 kilómetros, todavía se ven en la campiña cultivada, cerca de Teheran. Esta capital está como ahogada dentro de un recinto fortificado copia del de París, pero menos sólido á causa de sus materiales, pues está abierto por un sinnúmero de brechas. Es una buena defensa para una insurrección, pero completamente inútil para una guerra. Por encima de estas murallas no ve el viajero cúpulas ni minaretes: la mayoría de las casas están construídas con tierra apisonada. Sólo se adivina que Teheran es una gran ciudad por la hermosura de las puertas, grandes ojivas con esbeltas columnas y vistosos azulejos. Los persas, á pesar de su decadencia, han guardado su originalidad artística y en esto exceden á todos de los pueblos orientales.

En el interior de la ciudad se nota la lucha de dos influencias: el antiguo espíritu tradicional y la manía de imitación de Europa. El gran bazar se parece á todos los de las ciudades



Persepolis: toros alados con cabeza de hombre. (Dibujo de Taylor.)

orientales. Es un barrio separado con turtuosas callejuelas, cada una de las cuales pertenece á artesanos del mismo oficio ó mercaderes que venden iguales artículos. Pero en las cercanías del palacio real hay muchas tiendas á estilo europeo que pretenden imitar á los establecimientos de París. Casi toda la ciudad es un dédalo de callejuelas tortuosas y sucias, de cuya

limpieza se encargan los perros vagabundos y los chacales. En los nuevos barrios de Teheran se han levantado muchas casas á la europea y existen bulevares adornados con árboles, por cuyo centro circulan elegantes carruajes.

La principal belleza de Teheran consiste en sus jardines á la oriental, apacibles retiros donde murmuran las fuentes entre masas de flores. El que dormita en ellos bajo la tienda de seda se cree á cien leguas de toda ciudad.

De la nueva capital á la vieja, ó sea de Teheran á Ispahan, el camino pasa por la industriosa Kachan (30.000 habitantes), ciudad próspera.

A 1.432 metros sobre el nivel del mar está Ispahan ó Isfahan (90.000 habitantes). Es en Persia lo que Moscou es en Rusia con relación á San Petersburgo. Esta ciudad, del gran chah Abbas, que tuvo 600.000 almas y fué «la mitad del mundo», es mucho más irania que Teheran, que la ha destronado, como Moscou la santa es mucho más eslava que San Petersburgo. Colocada en el centro de la Persia habitada, está al borde del Zajende Roud, torrente que se filtra en la meseta, luego reaparece y vuelve á perderse.

Ispahan es célebre en el mundo por sus famosas rosas, y en ella compusieron sus versos los más famosos poetas persas. Durante muchos años fué el principal depósito del Asia Central y el punto de reunión de todos los comerciantes. Inglaterra y Holanda tenían numerosos representantes en Ispahan. Aún hoy es la ciudad más industriosa de Persia.

La conquista de Ispahan por los afghanos, las guerras por librarse de estos invasores, y el traslado de la capitalidad á Teheran, como consecuencia del advenimiento de la nueva dinastía kadjare, arruinaron la ciudad, y después el hambre ha interrumpido varias veces la obra lenta de su restauración. Sin embargo, su bazar mantiene su antigua actividad. El rico gremio de los pintores no ha degenerado, y todovía son miles, manteniendo la pureza del estilo iranio en las mezquitas, colegios y pabellones que rodean la gran plaza Maidan. Una avenida de cuatro kilómetros que atraviesa la ciudad, bordeada de palacios, jardines y kioscos, es el orgullo de Ispahan, y se termina dignamente en un puente de 34 arcadas, cubierto por una elegante galería. Ispahan es la ciudad más interesante de Persia, aunque se disputa la importancia histórica y artística con su rival Chiraz.

Columnas, estatuas gigantescas en las que la forma del ani-

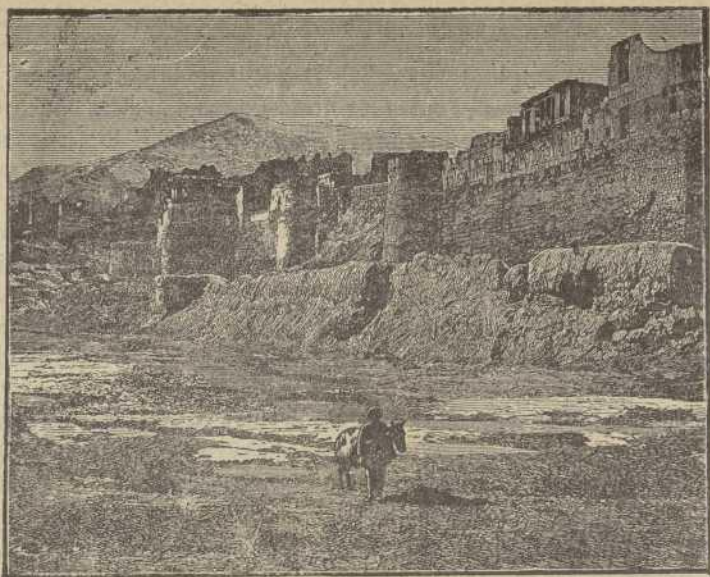
mal se mezcla con la del hombre (representado éste, como es natural, por la cabeza), grandes muros, inscripciones borrosas rocas puntiagudas, una llanura inmensa: he aquí lo que resta de Persópolis, soberbia capital de Persia, cuando Persia era otray con otros persas. Incendiala por Alejandro de Macedonia, el cual quiso dar gusto á una bella griega deseosa de ver arder tan altivas moradas. Persepolis está en el sitio llamado los Palacios de Djemchid (Tak-i-Djemchid), ó Cuarenta Columnas (Tehilminar), al borde de la llanura palúdica de Merv, que recorre el Band-Emir, afluente del Niris, agua salina, sin profundidad, sobre un fango pútrido, pantano entre montes calcáreos, armoniosos de líneas, soberbios de color á la puesta del sol. Al Sud-oeste de la ciudad muerta se alza la ciudad viva, Chiraz (32.000 habitantes), que es «la Atenas del Iran», la morada de la ciencia, la academia del buen decir.

Los montañeses del Farsistan, que es su provincia, fundaron la hegemonia persa. Chiraz está á 1.350 metros sobre el mar, espléndida de lejos, sórdida de cerca, á la vista de desnudas rocas cálidamente coloreadas, en medio de pinares, cipreses y palmeras. Los orientales exaltan su clima y el olor de sus rosas; pero su aire abunda en fiebres y su suelo es movedizo.

En otro país distinto, al Noroeste del imperio, en tierra habitada por turcos y armenios y en un suelo mal seguro cuyas sacudidas la han conmovido varias veces, está Tebriz, ó Tauris, la Kandsag de los armenios, que alcanza á Teheran en número de habitantes y la supera en industria, trabajo y animación. Las aguas que corren por canales en sus frescos jardines bajo un clima frío, á 1.800 metros de altura, van á abismarse en el lago de Ourmiah. Tuvo, según dicen, en otros tiempos 500.000 habitantes.

A 930 metros de altura, Meched (70.000 habitantes), glorioso santuario del Khorassan, ve crecer de año en año la multitud de peregrinos que van á orar ante la tumba del iman Riza. Cada vez más sagrada para los chiitas, rivaliza con la supersanta Kerbela de Babilonia, como lugar de toda gracia y bendición.

Yezd (40.000 habitantes), ciudad de industria, marca aproximadamente el centro de la Persia en pleno desierto. Las arenas marchan sobre ella, como sobre otras tantas ciudades del Iran, amenazadas de morir enterradas.



Bala-i-hissar: ciudadela de Caboul (Dibujo de Roux.)

Países separados del Irán

AFGHANISTAN

I

Hindo-Kouch.—Hilmend y Hamoun.

El Afghanistan continúa la alta meseta de la Persia hasta la India y los montes del Asia Central. Al Oeste nada lo separa del Irán, y el viajero, al llegar á la frontera común de los dos países, ve á ambos lados las mismas planicies de arena, los mismos llanos de piedra, las mismas lagunas saladas, y á lo lejos, montes de igual color y aspecto.

Pero al Este y al Norte la tierra de los afghanos tiene altivos límites; al Norte, sobre todo. Allí se levanta el Hindo-Kouch (1)

(1) Bajo esta forma, dicho nombre significa «Matador de los Indios»; bajo la de Hindo-Koh, «Monte de los Indios».

ó mejor dicho, la cadena que lo continúa hacia el Oeste, siempre decreciente, á medida que se aleja del «Techo de Asia», de la suprema excrecencia de tierras. Este «bajo Hindo-Kouch», sobre el que reina la cumbre Koh-i-Baba (5.486 metros), ó «Padre de los Montes», separa el Afghanistan verdadero (el de la meseta y los altos valles, el del Hilmend y de Caboul) del «Pseudo-Afghanistan», conquistado á los ríos que van al Oxus, y que, por ser sorbidos en su camino, no mezclan su linfa á las fangosas aguas del gran afluente del Aral. Por el curso de sus aguas, por su historia y por su destino probable de despertarse ruso, el mejor día el «Pseudo-Afghanistan» pertenecerá al Turkestán.

Entre el Afghanistan y la India la barrera del Este no resulta grandiosa sino vista desde el llano, á orillas del Indus. Contemplada desde el mismo Afghanistan, que se extiende en larga estepa al Occidente, la cadena de Solimán —tal es su nombre— se remonta en el cielo sin magnificencia, porque la elevación de la meseta le quita la mitad de su altura. Además, situada tan cerca del Himalaya, ¿qué significan los 3.560 metros, altura del Pirgoul, al más alto pico de este extremo oriental? Al Norte de la cadena de Solimán, y al Sur del Hindo-Kouch, el Sefid-Koh, ó «Monte-Blanco», aislado ahora del «Techo de Asia» por la cortadura del Caboul, tributario violento del Indus, es casi igual á nuestro Mont-Blanc de Europa por los 4.761 metros de su pico Sikaram.

El río Caboul, hijo de las altas nieves, arrastra mucha agua, y más aún su afluente el Kounar, que tiene en su cuenca el macizo mayor del Hindo-Kouch. Pero el río más largo del Afghanistan es el Hilmend (1.110 kilómetros), cuya cuenca alcanza 50 millones de hectáreas, tamaño de Francia; pero es una Francia continental en la que los Saharas tocan á las Siberias, y en la que es raro el llano, pobre y dura la tierra. Nacido hacia el Koh-i-Baba, el Hilmend no conoce el mar. Corriendo al Sudoeste, riega el Gernsillé, país cálido por oposición á Serdsil, ó país frío. Luego, lo que le dejan el sol y el suelo, que es bien poca agua, va á verterlo en el lago Hamoun, triste laguna salobre entre juncos y espinos á unos 400 metros sobre el nivel del mar.

El Hamoun fué mucho más grande. Bajo el cielo devorador del grado 30, árido como el cielo de la Libia, aún disminuirá este lago hasta borrarse por completo. Si el Hilmend muere pobre es por haber dado mucho, y lo mismo que él sus afluentes, de los cuales el principal es el Argandad, que tiene en

en su cuenca numerosos canales que hacen verdear los valles y sin los cuales el Afghanistan no dispondría más que de pastos secos

En vano extiende este país sus tierras en zona templada. En calidad de tierra absolutamente continental, separada del mar por las más altas asperezas de Asia, sufre igualmente los extremos del frío y del calor. Tan bárbaro es allí el invierno como cruel el estío. Es un clima inícuo. «¡Oh, Alá!—exclama el poeta.—¿Para qué has hecho el infierno? ¿No tenías á Ghazna?» (1). Otro lago más grande que el Hamoun (2) al Oeste recibe torrentes menores que el Hilmennd. Y muy lejos, al Nordeste, un Caspio mucho más pequeño, el Ab-Islada ó «Agua Dormida», á 2.150 metros de altura, recoge lo que los campos dejan por casualidad de tomar al río de Ghazna.

II

Los afghanes ó pachtanah.

El Afghanistan responde en parte á lo que los antiguos llamaban Aria, Aracosia y Drangiana. Sobre sus mesetas de clima «feroz», pero saludable, excepto en los contornos mefíticos del lago Hamoun, vive un pueblo que no se ha contado nunca, que se ha calculado en seis, ocho y hasta diez millones de habitantes, pero que no debe pasar de cuatro millones incluyendo el Pseudo-Afghanistan de Ultra-Hindo-Kouch, en una extensión de 72 millones de hectáreas.

Los afghanos son de origen desconocido. Quizás vinieron del Norte, de un país que es provincia persa, del seco Khorassan, vecino de las Arenas Negras, de las cuales se separan las últimas sierras que lleva el Hindo-Kouch hasta el Caspio, frente al gigante Cáucaso.

Llaman ellos á su país Poukhtoun-Khwa y se dan el nombre de pachtanah en su lengua, que es el poukhton ó pachtou, el cual tiene lazos de parentesco con el idioma firdousi, y más aún con las lenguas arias de la India. Sin embargo, aunque hermano ó primo de estos idiomas armoniosos, estalla en soni-

(1) Preténdese que en esta ciudad, situada, no obstante, á 2.356 metros de altura, el calor puede llegar á 55 grados á la sombra.

(2) Esta palabra significa «extensión».

dos roncós y es tan duro, tan desagradable al oído, que Mahoma le llamó «la lengua del infierno», á pesar de que él hablaba el árabe más rudo y gutural.

Endurecidos por su clima, vigorosos, groseros, bravos, sanguinarios, vengativos y casi todos ellos hombres morenos, sacudieron el yugo persa á mediados del siglo xviii. Desde entonces, su cielo terrible, sus montes caóticos, sus estepas hambrientas y sedientas, sus torrentes sin puentes que se pasan en balsas sobre barriles vacíos ó por vados traidores y fríos, los han preservado de una nueva esclavitud. Sus enormes vecinos, el ruso y el inglés se los disputan, é Inglaterra ha sostenido con ellos una guerra reciente, pero sin llegar á reducirlos. Domados por el falso amigo del Norte ó por el falso amigo del Este, el imperio eslavo se juntaría con el imperio universal inglés, y sobrevendrían indudablemente grandes conflictos en Asia.

«Acercándose á cualquier pozo del desierto—dice un derviche del país—se oye siempre ruido de disputa. Son un inglés y un ruso que se disputan la conquista. Y junto á la boca del pozo está el afgano con una gran piedra para romperles la cabeza.»

En una tierra tan montañosa como ésta y con un pueblo tan turbulento, no es posible hacerse obedecer. Los afganos se dividen en muchas pequeñas «naciones» ó zai, que á su vez se subdividen en tribus y clans (kheil).

Suponiendo que el Afghanistan normal, sin el Trans-Hindokouch, pero con la montaña de los Dardos y Siab-Pochs, tenga próximamente 4.200.000 hombres, los afganos constituyen la mitad, ó sea 2.100.000 personas en 400 kheil. Su «nación» más poderosa es la de los 700.000 duranis, que conquistó y cimentó el país, si tal puede decirse del Afghanistan, donde al lado de los 2.100.000 afganos divididos de tribu á tribu y de clan á clan, hay 800.000 persas burgueses ó campesinos de su Kohistan y su Seistan; más de 600.000 mongoles auténticos, que en su mayoría hablan el iranio, como los tadjiks y parsivanes; más de 100.000 turcos y turcomanos, 150.000 shiah-pochs y 300.000 dardos, etc. A pesar de esta división los afganos, en el sentido extenso de la palabra, profesan la misma religión musulmana (salvo diferencia de sectas), tienen la misma lengua nacional, el poukhtou, y la misma lengua literaria, el persa.

Los afganos muéstranse muy aficionados al canto y la mú-

sica, siendo las flautas uno de los objetos que más compran á los mercaderes del Indostán. En la mayoría de las tribus el afgnano se distingue por la solidez de su cuerpo y la fuerza de su musculatura. Tiene la cabeza prolongada, los pómulos salientes, una nariz grande, el labio superior muy grueso, cejas espesas, y la barba y la cabellera duras y negras. Todos tienen la mirada firme y fiera, y son bruscos, groseros y negligentes en el adorno de su persona. En tiempo de paz son hospitalarios. «El que no abre su puerta al extranjero no es buen afgnano», dice un proverbio del país. Las mujeres son respetadas y dirigen el hogar como dueñas. «Ve á enriquecerte á Hiud; ve á divertirte á Cachemira, pero toma tu mujer en Afghanistan», dice otro proverbio.

Las diversas tribus afgnanas que tienen un patriarca por jefe, son una especie de pequeñas repúblicas que viven autónomamente unidas en conjunto por el respeto á la soberanía del Emir que reina sobre Afghanistan. El soberano no es en realidad más que el primer khan entre los khanes que rigen las tribus. Aunque gobernado por el emir arriba y por el khan ó djirga abajo, el afgnano se muestra orgulloso de su libertad. «Nosotros somos todos iguales—dicen.—Preferimos nuestras discordias, nuestras alarmas y que la sangre corra si es preciso antes que tener un amo.» Ciertas tribus se hacen todavía la guerra por venganza de familia. Además, la política internacional y la oculta influencia de las potencias de Europa, producen entre ellos terribles divisiones. Hay un partido favorable á los ingleses y otro enemigo fanático de los extranjeros.

III

Ciudades.

Caboul, la capital actual del Afghanistan, es una ciudad muy antigua, «la más antigua de todas las del mundo», dicen los indígenas, añadiendo que fué en ella donde cayó el demonio cuando lo arrojaron del cielo. Además enseñan cerca de la ciudad «la tumba de Caín», probando así la antigüedad de Caboul.

Lo cierto es que existía en tiempos de la expedición de Alejandro con el nombre de Ortospana ó «Campo blanco». En la época de Ptolomeo es cuando empieza á designársela con el nombre de Caboura. Aunque no fuese ahora residencia del

emir, no por eso dejaría de atraer á los mercaderes de Oriente, pues ocupa una posición favorable en la vía histórica de la India á la Bactriana, en el centro de fértiles planicies.

La ciudad construída á la salida de un desfiladero que cierran antiguas fortificaciones, ocupa una anchura de tres kilómetros en la orilla meridional del río que la da su nombre. El barrio militar de Bala Hissar ó de «Alta fortaleza», estaba rodeado de una gran fortificación que los ingleses destruyeron en parte en su expedición de 1880. En este barrio está la ciudadela, en lo más alto, y abajo el palacio del emir, cuyas murallas encierran hermosos jardines. La ciudad está atravesada por gran número de murallas interiores que la parten y dividen en innumerables celdas como el panal de una colmena. Caboul no tiene más calles regulares que las de sus bazares; los artesanos están establecidos en los arrabales. Es una ciudad de aspecto oriental, pero sin monumentos notables.

Candahar (60.000 habitantes), ó Kand, á 1.066 metros, de altura tiene sus vergeles sobre canales derivados del río Argandab.

Hérat (50.000 habitantes), la «ciudad de los cien mil jardines», á 820 metros, bajo un aire puro, saca por nueve canales su agua del Heri-Roud. Es éste uno de esos largos ríos que el viejo Paropamisus envía hacia el Oxus, sin que lleguen nunca. Se pierde en la linde de las Arenas Negras, no lejos de Merv, entre los turcomanos, hoy sometidos. Situada Hérat en el camino del mar Caspio al Indus, llámanle la primera llave de la India, y á Caboul la segunda; llave que han tomado ó querido tomar cincuenta veces muchas gentes. El país de Hérat, donde se reunían en un tiempo la Parthia, la Hircania y la Bactriana, es una región de montañas sin verdor, con algunas tierras de regadío, morada de persas, afghanos y turcomanos, pero dominando los persas.

IV

Kafiristan.—Dardistan.

La interposición de altos montes de difícil acceso aísla el Afghanistan verdadero de los países conquistados más allá del Hindo-Kouch; pero el Kafiristan y Dardistan, en que no dominan los afghanos, parece, sin embargo, que deben pertenecerles, dada la dirección de sus profundos valles que se abren en la ribera del Caboul.

Adosado al Hindo-Kouch, el Kafiristan, prodigiosamente montuoso, encierra tal vez 150.000 habitantes en cinco millones de hectáreas. Sábese (y no se sabe más), que estos hombres, llamados siah-pochs ó «Vestidos de Negro», tienen los ojos azules y rubio el cabello y la barba, lo que da á su cara un aspecto evidentemente «europeo». Descienden, sin duda, de una tribu que dejaron en estos Alpes los creadores de nuestras lenguas cuando las emigraciones dispersaron parte de los arios por el Iran y la India Septentrional. Para algunos sabios clásicos, descienden de desertores del ejército de Alejandro Magno.

Los siah-pochs son paganos, y como tales odiados y odiadores. Detestan á sus vecinos los musulmanes, que los aborrecen á su vez, dándoles el nombre de kafirs, «infieles» (como los cafres en el Africa austral); y de kafirs, viene el título de Kafiristan. Su lengua es «aria», cercana del sanscrito; pero el ponkhton, muy extendido entre ellos, es su idioma popular del Kafiristan y el Dardistan. Esta región, poblada de dardos, se extiende al Este del Kafiristan hasta el Indus, en un caos de inmensas montañas, que convergen al Caboul, ó al río donde el Caboul afluye, es decir, al Indus. Posee el Tiritch Mir, supremo monte de más de 7.500 metros de alto.

BALOUTCHISTAN

I

Baloutchistan ó Brahuistan.—Brahuis y Balutchis.

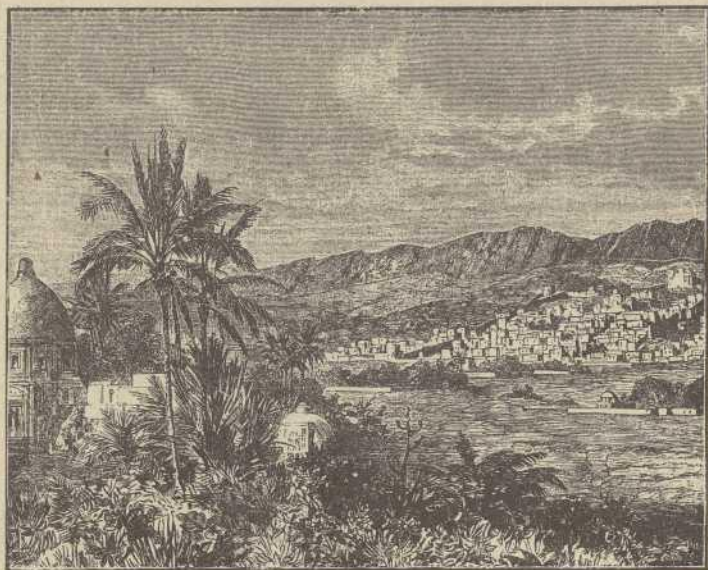
Dos razas hay en esta comarca: los brahuis y los balutchis. Los primeros, más numerosos, son más antiguos en el país, poseen la gran ciudad Kelat, y dieron á estas tierras su familia más poderosa. Aunque los balutchis sean más ó menos «arios», y los brahuis no lo sean, debíase preferir el nombre de Brahuistan al de Baloutchistan.

El Baloutchistan, antigua Gedrosia, comprende 27 millones y medio de hectáreas, con sólo 350.000 almas.

Sometidos primero á los persas, luego á los afghanos, pertenece hace poco más de un siglo á tribus libres en apariencia, pero que están bajo el protectorado británico, con guarniciones

anglo-indias en varios sitios, y especialmente en Quettah, camino de Kelat á Candahar. Inglaterra se ha dignado cubrirlos con la sombra de sus alas

Hay en el golfo de Oman una costa volcánica, encendida, asfixiante, estéril, muy estrecha, casi desierta, el Mekran. Detrás de esta costa existen montañas cortadas á pico, y del lado de Oriente, por encima del valle del Indus, los Hala ó Khirtar, de 1.500 á 2.100 metros de altura. Detrás de estos montes hay una



Kalat: vista general. (Dibujo de Slom.)

meseta de guijarros, dunas y pastos secos, que va hacia los altos llanos de Persia y el Afghanistan, en sierras calcáreas que se elevan muy al Norte, de 3.000 á 3.650 metros. Eso es tod el Baloutchistan: tierra de bronce; falsos ríos, que son cuencas secas; surcos de fuego; falsos lagos, que son pantanos desecados; montaña pelada y cielo de horno. A punto estuvo este país de devorar el ejército de Alejandro á su vuelta de la India. Desde ninguno de estos picos vieron los macedonios de la Falange un valle que les recordase la Europa natal.

Esta región seca, que en verano se sofoca entre el polvo levantado por el simoun, se pierde en invierno en la inmensidad blanca, sobre la que se arremolina la nieve. Cuando viene

el deshielo, los torrentes se hinchan y se convierten en ríos, pero pronto el agua se agota y el *oued* muere, dejando charcos que buscan el leopardo sediento, el oso negro, el lobo, la hiena, el jabalí, la gacela y el asno salvaje que atraviesa galopando el llano resonante.

La secta sunnita del Islam, reina casi sola en las ciudades y en las tiendas de fieltro de los nómadas, divididos en multitud de tribus, clanes y subclanes, cuyos serdars, ó jefes, reconocen más ó menos la soberanía del khan brahuí de Kélat. De estas tribus, unas, al Este, pertenecen á la nación de los brahuís, hombres pacíficos, muy morenos, que hablan un lenguaje dravidiano, pariente de muchas bellas lenguas del Dekkan ó de la India meridional. Otras, al Oeste, al Norte y Noroeste de los brahuís son de la raza de los balutchis, gentes arrogantes, bien formadas, robustas, ágiles, indisciplinadas, con un idioma próximo del persa, no se sabe bien de qué origen, quizá del Norte de la Arabia, quizá de los montes del Kurdistan, quizá según una tradición de los djabels de la Siria, si es que no es de todos estos sitios al mismo tiempo, porque se manifiestan muy mezclados desde árabe hasta de mongol. Hay numerosos Dhevars, campesinos, iranios de lengua persa que cultivan el suelo y lo riegan como pueden con fuentes, algibes y canales subterráneos. Ellos, la corte y los grandes son los que emplean el idioma persa elegante, florido y muy arabizado.

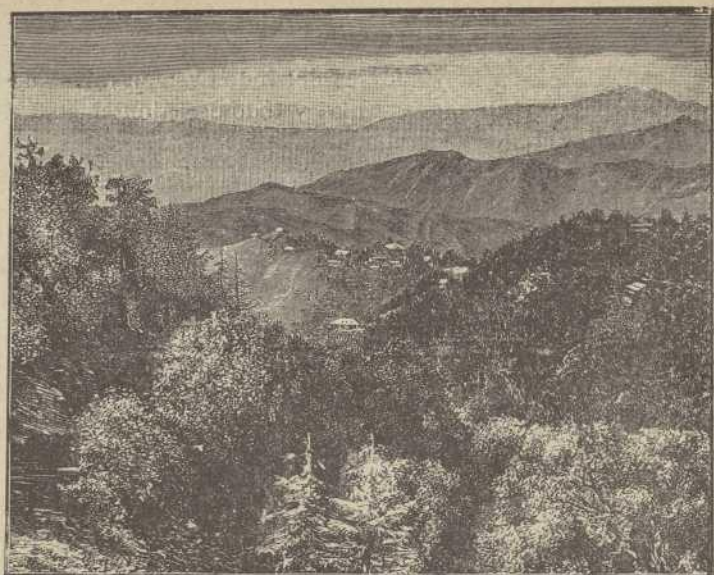
Kélat (14.000 habitantes) ó Kalat, es la capital del Baloutchistan, á 2.042 metros, bajo un cielo brusco y frío, con más de dos meses de nieve, y recibe sus aguas de una fuente que brota con la misma abundancia de un río. Este nombre de Kalat significa castillo, fortaleza. Se encuentra mucho en el Asia musulmana, en el Africa árabe y berebere y en la misma España, como, por ejemplo, Calatayud.

En Kalat reside el Khan, que gobierna aparentemente y no es más que un servidor de los ingleses, los cuales, seguros de la debilidad del país, ni siquiera tienen guarnición en la capital. Hace tanto frío en Kalat, que el trigo y la cebada maduran mucho más tarde que en Inglaterra, á pesar de que se halla 25 grados más al Ecuador que las islas Británicas. Junto á Kalat existen las ruinas informes de tres ciudades considerables, lo que prueba que en tiempo inmemorial esta región de la meseta asiática tuvo gran movimiento.

La población de Gandava es de una importancia reciente, como lugar de guarnición inglesa y como punto de veraneo

del Khan. Gracias á la vía férrea del Indus y á su ramal de la llanura de Katchi, Gandava, Kalat y todo el Baloutchistan del Norte, comunican con el mar por el puerto de Karatchi.

El khan de Baloutchistan es, desde el primer Tratado con Inglaterra en 1841, un funcionario á servicio de la Gran Bretaña. Por dicho tratado que le impuso en la citada fecha una columna de 1.260 soldados ingleses, el khan, vasallo sumiso de Inglaterra, tiene que seguir los consejos del militar inglés que reside en su corte y recibe un sueldo anual que comenzó por ser de 125.000 francos y ahora es de 250.000. Inglaterra, para apoderarse mejor del país, ha robustecido la autoridad del khan, acabando lentamente con los pequeños jefes de tribu que mantenían este país en un régimen feudal.



El sanatorio de Simla. (Dibu. o de G. Vuiller.)

INDIA

I

Grandeza de la India.

Tiene cerca de 375 millones de hectáreas, ó sea siete veces Francia. En su suelo, que está inculto en sus dos terceras partes, hay 275 millones de hombres. Al Norte están los más altos picos de la Tierra, á cuyos pies, como hijos de sus nieves, corren tres grandes ríos; y al Sur de estos ríos, al final de tórridas llanuras hay nuevos montes, vestidos de bosques, en vez de estar coronados de nieve como la cadena titánica del Norte. Después de esos montes se extiende una vasta meseta triangular, tropical por sus latitudes, templada por su altura. Un contorno de 12.000 kilómetros, entre tierras altivas y playas fangosas, arenosas ó rocosas, á lo largo de un mar atormentado por los ciclones, tal es la India, la «Sudazana», ó «la Bella de ver», reina de riqueza y de fecundidad.

También ¡ay! es preciso decir, madre de la fiebre, del cólera, de la lepra, de las hambres y los ciclones... Lejos del paso de las aguas corrientes y de los canales que las dan expansión, largos y ardientes soles queman con frecuencia la cosecha de comarcas enteras. Entonces millones de hombres perecen (no miles, sino millones), y provincias enteras contemplan estupefactas el espectáculo que tantas veces vió el mundo antiguo y el de la Edad Media, el hambre, los hombres desfallecidos, muertos ó moribundos, el tifus, la fiebre, la peste. Así el hambre de 1868 se llevó cinco millones de personas, y la de 1877 consumió cuatro millones.

Los ciclones matan menos, pero su rápido furor es terrible. En un momento se pone negro el cielo y sopla el viento como si quisiera desgarrar la tierra. Llegá el ciclón de todas partes, sube, baja, se hunde, se revuelve y llena rugiendo todo el espacio. El mar se hincha; los ríos, de rechazo, suben tres, seis y hasta diez metros, y sus ondas, rompiendo por el llano, lanzan sobre los campos buques de alto bordo. En el otoño de 1876, á media noche, durante un ciclón, un golpe de marea ahogó á más de 200.000 personas en el fango del delta del Ganges, y de los cadáveres putrefactos de hombres y bestias germinó el cólera, terror del mundo.

Al lado de hambres, ciclones y cóleras, grandes enemigos que la Naturaleza opone, tiene la India otros más pequeños y oscuros: la serpiente oculta, el tigre escondido.

Serpientes de tierra y de agua, ochenta especies de reptiles venenosos, se arrastran por los bosques, pantanos y campos de la India. Todos los años mueren de su veneno más de 25.000 personas y algunos cientos de millares perecen entre las garras de las fieras. El hombre—ojo por ojo, diente por diente—sacrifica todos los años millares de tigres, leopardos, lobos y osos. Toda selva tiene sus tigres devoradores de hombres, que merodean alrededor de las chozas, y á veces llegan hasta á los arrabales de las ciudades. Desde que estas bestias feroces conocen nuestra carne, no les gusta otra. Si la India no tuviera tantos bosques, juncales y espesuras nacidas del fango, el hombre acabaría por destruir á este enemigo con más facilidad que á la serpiente. A ésta es más difícil buscarla y vencerla.

El león, muy escaso ya en la India, no tiene la majestuosa melena de su hermano el de Africa. El elefante va también sien-

do raro. El rinoceronte, con uno ó dos cuernos sobre la nariz, relincha pateando los fangos del delta gigantesco, en el que se unen el Ganges y el Brahmaputra.

II

Himalaya.—Karakorum.

Himalaya quiere decir «Morada de las nieves». El *hima* sanscrito es el *hiems* (1) latino. El límite inferior de las nieves perpetuas oscila en la vertiente de la India, entre 4.800 metros por el Oriente, donde llegan los hálitos cálido-húmedos del Golfo de Bengala, y 5.650 metros por el Occidente, en que los vientos son secos y continentales. Una inmensa capa de escarchas persistentes, nieves y hielos, blanquea estos montes soberanos con cientos y cientos de picos que se alzan á 5.000 y 5.500 metros.

El primero entre sus hermanos es el «Radiante» (8.840 metros), el Gaurisankar de los indos, el Tchingopamari de los tibetanos, el Everest de los ingleses, que no han vacilado en descoronar de su bello nombre sonoro al monarca de todos los picos del mundo, rey amenazado, no obstante, en toda su majestad, pues se sospecha que 80 kilómetros más allá dos montes del Sikkim son más altos que él.

El Kintchindjinga (8.478 metros) ó las «Cinco nieves brillantes» lleva cinco grandes glaciales sobre sus cumbres. El Davalaghiri ó «Monte Blanco» (8.180 metros) usurpó algún tiempo el rango y honor del primero de los picos. Así ha ocurrido en casi todas las cordilleras: Alpes, Pirineos, Andes, etcétera. Los picos que están delante dominan con más aislamiento, majestad y sereno poder, que otros que están detrás de ellos y son más altos.

El Karakorum, separado del Himalaya por el valle del alto Indus, alza el monte Dapsang (8.615 metros), al cual se da el rango de segundo en la tierra, admitiendo que el Gaurisankar tenga el primero, como en rigor puede aún creerse. Créese (sin certidumbre completa) que el Karakorum, inferior al Himalaya en altura de sus cimas, le supera por la elevación de sus gargantas (2).

(1) De donde viene *invierno*, del latín *hibernus*, por *himernus*.

(2) 5.700 metros entre Cachemira y el Turkestán, ó sea 275 por encima de la más alta garganta himalaya.

En todos estos montes supremos, los glaciales son dignos de los titanes que los soportan. El mar de hielo de Baltoro en el Karakorum, al pie del Dapsang, tiene 56 kilómetros de largo. Los de Bialo y Tchogo pasan de los 50. Muy vastos son también los de Saïtchar y de Karakorum ó Mustagh, los del soberbio macizo de Zankar, y en Cachemira el Baltistan y otros tales, padres de turbios é indómitos torrentes que corren al Indus «macho», al Chayok ó Indus «hembra», á los afluentes del Indus y



El Indus en Attok. (Dibujo de H. Clerget.)

á los tributarios del Ganges y el Brahmaputra. Los más grandes de estos campos invernales no platean el Himalaya del Este que es el lluvioso. Brillan en el Himalaya seco, el del Oeste, allí donde la «Morada de las Nieves» y el «Eboulis Negro» se encuentran en olas, en remolinos de piedra, de picos, de grupas, donde las nieves se tienden en neveras y en glaciales.

La vertiente meridional de estas sierras, frente á un sol más cálido, parece que debía tener menos nieves que las pendientes septentrionales, y precisamente ocurre lo contrario. Esto es porque en el Himalaya, primera y más alta barrera del Sur, tropiezan, empujadas por el viento, las nubes y vapores que vienen del Mediodía, y las mesetas del Tibet, detrás de la cordi-

llera, son de una sequedad maldita, porque el aire ha dejado toda su agua en el Himalaya meridional. De ahí la inferioridad del Tibet y la superioridad de la India. En el primero los valles son secos, áridos, helados, ventosos, de 3.500 á 4.500 metros de altura. En la segunda las lluvias son exuberantes, y se cuentan de diez y seis á veinte metros de agua al año en la montaña de Tcherra Pondji.

III

Indus, Penjab ó Cinco ríos.

Al pie mismo del Himalaya se extiende el linde pantanoso del Terai; matorrales, espesos forrajes, miasmas y nieblas. Por encima de estas marismas, en los jardines mezclados de bosque, los ingleses han construido sus sanatorios, estaciones elevadas en las que el europeo va á curarse, con el aire fresco de arriba, de los venenos absorbidos en el aire cálido de abajo.

Al Noroeste, el río Indus rodea el Himalaya para entrar en la India. A 1.400 ó 1.500 kilómetros del Indus, en la otra extremidad del arco de círculo descrito por la cordillera, el río Brahmaputra rodea igualmente las gigantescas montañas. Entre estos dos ríos corre el Ganges «divino».

Antes de penetrar en el país bajo, el Indus ó Sind ha corrido detrás del Himalaya por una alta meseta y después por el fondo de gargantas siniestras, anchas apenas para dejarle paso entre rugidos. Durante 800 kilómetros, se llama, en monosílabos tibetanos el Sin-ka-bab, es decir, «Las fauces del León», y también el Tsou-fo ó «Río macho», por oposición al Tsou-mo ó «Río hembra», es decir, al Chayok, que desciende de los bastiones del Karakorum. Desde su nacimiento en el Nanga-Parbat (8.113 metros), corre al Oeste y se diría que quiere ir á morir al Caspio ó al Aral. Luego, cambiando de horizonte, toma el camino del Mar de Oman. En 1841, el Nanga-Parbat, coloso cubierto de glaciales, se derrumbó por un lado en el Indus y lo hizo refluir en lago.

Cuando se rompió este dique de rocas y tierras desprendidas, el torrente que inundó el valle llevaba tanta agua como puede llevar en todo un año un río de 20 metros cúbicos por segundo, y muy lejos de allí, en Attok, á la entrada del país bajo, el Caboul retrocedió 32 kilómetros ante las altas olas del Indus renovado.

La pendiente del Indus es tal, que nacido á 6 700 metros sobre el nivel del mar, corre ya sólo á 271 antes de la mitad de su viaje de la montaña al mar, cuando encuentra al Caboul junto á Attok.

El Caboul, río mucho más corto que el Indus, pero más caudaloso en dominios iguales, es la verdadera puerta á la India. Siguiendo su curso han llegado siempre los invasores de la brillante península. Por allí espera Inglaterra la aparición de las vanguardias de cosacos. Allí llegará un día el gran camino de Europa á la India.

Después de atravesar algunas otras gargantas, el Indus, río de los desfiladeros, entra en la llanura del Pendjab, que se extiende al Este hasta el Ganges, de río en río, y al Sur hasta las dunas del desierto de Thar, desplegadas en líneas paralelas bajo el cielo menos nebuloso de la India, con solo 15 centímetros de lluvia al año.

A la mitad del camino, entre el Caboul y el Océano, encuentra el Indus á su derecha una corriente superior en apariencia, aunque inferior en volumen, el Pendjab, es decir, los «Cinco Ríos»; y en efecto, cinco aguas se confunden en él: Satledj, Bias, Ravi, Tchinar y Djhilam. En vez de cinco eran siete cuando esta cuenca se llamaba Sapta Sindavah, «los Siete Ríos». El Satledj recibe al Bias. El Ravi y el Djhilam forman el Trimab, ó «Tres Aguas», y á su vez, Satledj y Trimab forman el Pendjab, de un caudal de 500 metros cúbicos en tiempo seco, volumen que la travesía de las tierras cálidas reduce á 336 metros, llevando entonces el Indus á la confluencia 420.

Aumentado con el Pendjab, el Indus corre ante el muro desnudo de los montes indo-persas Sefid-Koh, ó «Montes Blancos», Soulainan Dagh (3.560 metros) ó Koh-i-Sourkh, es decir, «Montes Rojos», y los Khirtar ó Hala, que forman el borde de la meseta del Iran. Luego deja á la izquierda los arenales del Thar. Su delta, de 8.000 kilómetros cuadrados, que forma 12 brazos, es un triste fondo de pantanos y arenas, al cabo de los cuales el que llaman, á su entrada en la India, Aba-sind, ó «Padre de los Ríos», se ensancha, hinchado de aluviones, porque su corriente está muy cargada de despojos. Estos elementos sólidos prolongan muy lentamente el Indus hasta el fin de lo que pudiéramos llamar una Holanda tórrida. Si la Naturaleza ó el hombre dieran otro curso á sus aluviones, podría rellenar el Ram de Catch, que es tan pronto mar como desierto. Cuando el Océano, atravesando el obstáculo de las arenas, penetra en

él, es un gran golfo de orillas bajas. Cuando se retira durante la estación seca, es un Sahara duro, efflorescente de sal, sin más aguas que los lagos engañosos á flor de tierra.

El Indus tiene más de 3.000 kilómetros. El área de su cuenca ocupa una superficie doble que Francia. El «Padre de los Ríos» lleva por término medio 5.550 metros cúbicos de agua por segundo, 17.500 en las crecidas y un minimum de 1.156 en el estío.

IV

Ganges y Brahmaputra.—Assam.—El delta colerágeno.

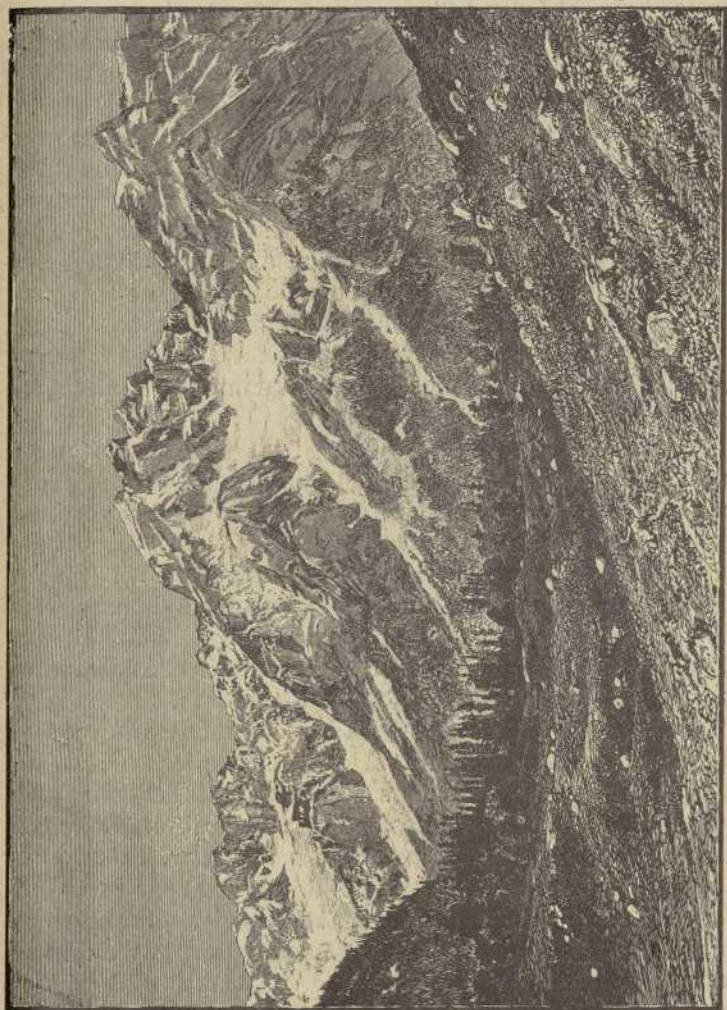
El Ganges, más corto que el Indus, riega una cuenca poblada por cien millones de hombres.

Río sagrado, su nombre es santo. Sólo murmurándolo con reverencia queda un creyente purificado. Los que se lavan en su onda quedan limpios de pecados. Dejándose arrastar muerto por su corriente, está uno seguro de las felicidades celestes de la otra vida. Así en la antigua India y hasta en nuestros días, el Ganges ha llevado ó lavado en sus aguas legiones de cadáveres. Los ingleses han prohibido este viaje de los difuntos, y sólo de noche se atreven aún los fanáticos á confiar al río la carne de su carne.

El torrente inicial, ó al menos el señalado como rama madre, se llama el Baghirati Ganga. Brota á 4.206 metros de altura en una gruta de hielo bajo un apiñamiento de grandes montes con inmensas nieves, dominados por el gigante Kidarnath (6.960 metros). El rival del Baghirati, el Alaknanda, verdadero origen del río mil veces bendito, baja del macizo Ibi Gamin (7.733 metros), que en tibetano significa «la Abuela de las nieves». En Deoprayag, ó «Confluencia Divina», los dos torrentes se unen y queda hecho el Ganges.

Durante varias leguas de carrera desenfrenada, de precipicio en precipicio, baja de las nieves eternas á los llanos donde al estío sucede la primavera y á ésta el estío, extendiéndose por lo que es el jardín, el vergel y el granero de la India. A la salida de los montes, en el santísimo lugar de peregrinación de Hardwar, que visitan al año 70.000 fervientes, su altura no pasa de 311 metros, á pesar de los 2.000 kilómetros que aún le quedan que recorrer hasta el Golfo de Bengala. Ya poderoso, un canal le qui-

ta cerca de seis séptimos de sus aguas, ó sea, por término medio, 230 metros cúbicos por segundo, para el riego de 1.800.000 hectáreas, á lo largo de 500 kilómetros, hasta Cawnpore. Desde



Los montes de Karakorum en los valles de Chigar. (Dibujo de G. Vuillier.)

Hardwar á Djamna, el mayor afluente del Ganges es también un Ganges, el Ram-Ganga.

Junto á Allahabad une sus turbias ondas á las del Djamna, que han serpenteado al pie de los palacios de Delhi y de Agra. Es creíble que este hermano del Ganges, 300 kilómetros más

largo que él (1), fué antes hermano del Indus. Entre ambos ríos se extiende una llanura que parece infinita, y que domina el curso del río de Delhi.

La confluencia de estas dos corrientes, que son anchas como dos veces el Loire en Tours, es uno de los lugares de la India más venerados por los indos. Allí van por millares á lavar sus faltas en las aguas sagradas.

Vecina del abrazo de estos dos ríos, Allahabad es el punto de unión de largos caminos de hierro, al par que el sitio más natural para metrópoli del imperio anglo-indio, si es que dura el tal imperio y el gobierno tiene la prudencia de abandonar la venenosa Calcutta, que es una estufa en medio de pantanos.

Desde allí el Ganges es muy grande, aun en estío, á pesar de las abundantes sangrías que los canales hacen á sus ramas superiores. Costea campos de arroz, de índigo, de caña de azúcar y de algodón, fecundos siempre gracias á él. Pasa por Benares, ciudad santa, donde todos los años van millares de peregrinos á bañarse en sus ondas.

Las aguas del Gogra, vasto río himaláyico nacido en el Nanda-Devi (7.813 metros); las del Sona, venido de los secos montes de la India Central, y tan caprichoso que á veces no lleva más que 17 metros por segundo, y las lluvias repentinas lo hinchán hasta 49.000. Recibe al Baghmati, junto á Patna, al Gandak y al Kosi, tres grandes torrentes himaláyicos.

A 480 kilómetros del mar (2) penetra en los pantanos de un delta de 8 millones de hectáreas, que es también el del Brahma-putra. Su cuenca cubre 93 millones de hectáreas.

El Brahmaputra, que reúne las aguas de montes aún desconocidos, rodea al Norte y luego al Oeste los montes Khasia y los Garro (1.962 metros), pendientes las más mojadas del mundo por sus ocho meses de chaparrones, el aire siempre húmedo y sus frondosos bosques tejidos y festoneados de lianas. Estos montes estaban unidos á los del Dekkan. Rotos luego por su mitad y arrastrados al mar, abrieron un amplio pasaje, y de esta brecha ha hecho el tiempo las llanuras en que Ganges y Brahma-putra se esparcen en delta.

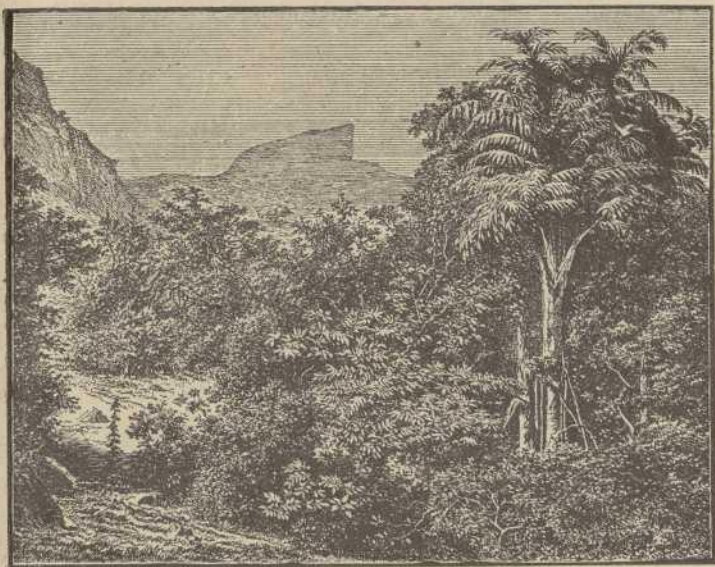
El Brahmaputra ó «Hijo de Brahma», reúne los *di* ó ríos menores, de los cuales el más importante es el Dihong, de 1.550 metros cúbicos por segundo, y hasta 10.000 y 12.000 en creci-

(1) 1.400 contra 1.100.

(2) Siguiendo el curso del agua.

das, y que sigue al gran torrente del Tibet oriental, el Dzung-Bo. Mucho tiempo se ha creído que el hermoso río de los birmanos, el Iraóuaddi, podía reclamar con tanto derecho como el Brahmaputra este torrente Dzung-Bo como rama original, pero las últimas exploraciones en aquel país de montes erizados y tenebrosas gargantas han probado que el Brahmaputra es hijo legítimo del torrente tibetano.

Otro ancho *di*, el Dibong, lo refuerza casi al par que el Loit



En los Ghates: la cumbre del Dukeis-Nose en Kandallah. (Dibujo de Lancelot.)

ó Río Rojo. Desde entonces, entrando en el Assan, tiene casi todo su poder. En Assan corre este río pocas veces por un solo lecho; tanto, que el viajero no se forma justa idea de la «verdad» del río. En uno de los pasajes en que marcha por entero entre dos orillas, ó sea en Gauatti, tiene 1.509 metros de ancho, 16 ó 17 de profundidad, y un caudal medio de 15.000 metros cúbicos, que no baja nunca de 9.000 y pasa en las crecidas de 30 ó 35.000. De Gauatti al mar hay 800 kilómetros. Antes de encontrarse con el Ganges, absorbe el Brahmaputra grandes ríos himaláyicos, sobre todo el Manas del Bhoutan y el Tista del Sikkim. Se debe, pues, creer que de los dos autores del delta es el más poderoso el Brahmaputra. El Ganges no es más que su feudatario.



Cuando se dispersa abarca todo el horizonte. La red de sus brazos tiene tan pronto 20 kilómetros como 40 y hasta 100.

El Assan es una de las llanuras más surcadas de ríos y arroyos, que aparecen como los más cálidos de la tierra. Respirase allí un aire pesado y miasmático. Llueve de Marzo á Noviembre ó á Diciembre. Durante dos tercios del año, ríos, arroyos, riachuelos y pantanos se hinchan y se unen en lagos en la baja marisma, donde pacen rebaños de bonachones rinocerontes llevados al campo como bueyes. Cubren de agua fangosa los *pollars*, charcos donde crece el arroz; invaden el bosque llano cuyo aire vibra de mosquitos, cuyos pantanos están llenos de sanguijuelas y hatracios rampantes, y se extienden junto á la guarida, la madriguera, el cubil y el escondite, porque los bosques de Assan albergan monos y chacales, jabalíes enanos, osos, búfalos, pequeños y grandes felinos, el tigre, el leopardo, el elefante salvaje y un sinnúmero de serpientes. En cuanto á los hombres, aún rudimentarios en casi todos estos sitios, bajo los diversos nombres de Kolcho, Mikir, Bodo, Khassia, Garro, Naga, Kouki, Louchai, etcétera, pertenecen á muchos orígenes; pero tibetanos de raza, indo-chinos ó dravidianos, se constituyen poco á poco, gracias á la inmigración de los *coulis* (1), en un pueblo que hablará probablemente el bengalí, lengua aria.

El delta de los dos ríos gemelos, el Banga de los indos, ó sea nuestro Bengala, está detenido hace mucho en su crecimiento hacia el Oeste y el Sur, por un foso marino de 100 á 500 metros de profundidad, el Gran Golfo sin fondo, el Great Swatch of no Ground, situado á 130 kilómetros de la línea de las bocas. Allí se sepultan fangos, detritus, y en las inmediaciones islas enteras de barro. Este abismo submarino, que no se llenará sino en remotas edades, recibe los brazos del doble río. El Ganges propio ó Padma, es decir, «Flor de Loto», brazo oriental, se mezcla con el Brahmaputra. El Baghirati, brazo occidental, sustrae por canales el agua del Padma, y con el nombre de Hongli, baña á la activa Calcutta. El Hougli, Ganges comercial, lo será hasta que se verifique una nueva revolución de los limos del-táicos. Esta tierra desmigada, casi líquida, está en eterna destrucción y en eterna renovación.

El Ganges y el Brahmaputra unidos, van al mar de Bengala por una infinidad de canales fangosos; pero muchos de ellos se arrastran estrechos, tortuosos y casi sin agua, mientras el

(1) Venidos sobre todo á cultivar el árbol del té.

Maghma, formado del Padma y casi todo el Brahmaputra constituyen un río gigante con un caudal quizás de 30.000 metros cúbicos por segundo.

El delta del Ganges y el Brahmaputra unidos es una malla de ríos silenciosos que una brisa violenta hace sonar y soliviantarse á veces; una red de islas donde rondan el tigre, el elefante, el leopardo y el rinoceronte; un caos de lagos amargos, charcas fangosas, tierras fluidas, aguas terrosas, ríos inciertos for-



Cultivadores cachemirianos. (Dibujo de E. Zier.)

mados por una inundación, destruidos por otra, campos incul-tos y arrozales. Es como un feto de la tierra y de las aguas, so-bre todo en el Sanderband, su región más palustre, al borde mismo del mar. Bajo el húmedo calor y en la tibia putrefacción, los venenos se agitan. Allí nació el cólera, allí puede nacer cualquier gran enfermedad del porvenir.

La región recorrida por los tres grandes ríos Indus, Ganges y Brahmaputra entre el Himalaya, casi infranqueable al Norte, y los montes Vindhya, fáciles de salvar al Sur, es la India cálida, situada cerca de la mitad del país. Por la abundancia de sus cosechas y el brillo, la fuerza y la frondosidad de sus plantas, sus terrenos se inclinan á dos polos. El polo de la infecundi-

dad, el Sahara indio, es el desierto de Thar, junto al delta del Indus. Así se llegue del Norte, del Sur, del Este ó del Oeste, el jardín se convierte en desierto, la selva en arenal sin límites. El polo de la fecundidad, el delta pútrido, eléctrico, húmedo, tempestuoso de Bengala, toca á la Metrópoli, á Calcutta. Ciento ochenta millones de hombres, ó sea las dos terceras partes de los habitantes de la península, viven en esta India del Norte, ó «India cálida», que es, sin embargo, menor que la India del Sur ó Dekkan.

V

Dekkan.—Ghates.—Inmensas lavas.—Ríos excesivos.

La India meridional, el triángulo bañado por las olas, el Dekkan, es decir, el Mediodía (1), se extiende bajo el Trópico y aun se acerca mucho al Ecuador por su punta final. Por término medio hace allí menos calor que en la India gangética. Sin embargo, comparada con ésta es la India templada, salvo en la estrecha franja de las costas, porque á lo largo de la orilla, en el mar de Oriente y de Occidente, los vientos no disminuyen el calor tropical y á veces lo aumentan cuando del Océano se elevan espesas nubes eléctricas.

Es una meseta de 300 á 1.000 metros de altura formada, sobre todo, de *gneiss* y profundas capas de basalto (2). Las rocas y cenizas volcánicas cubren 50 millones de hectáreas. Soportada esta meseta por los montes Ghates, lleva el nombre de Balaghat, que le dan en la India, y significa «sobre los Ghates» por oposición, al país de la costa llamado Payinghat, «bajo los Ghates». La palabra Ghates quiere decir escalera.

Esta tierra, seca casi siempre, sólo recibe en Pouna, por ejemplo, 60 centímetros de lluvia al año, mientras que en las vertientes marinas de Malabar, cargadas de árboles de tek, sándalo y ébano, caen de cuatro á siete metros de agua. Huérfana de bosques, de suelo oscuro, gris, rojo ó amarillento, con largos y monótonos movimientos de terreno, gastado por el hombre y la Naturaleza, no tiene ya la belleza virginal y ha perdi-

(1) Dekkan es la corrupción de *Dakchina Patha*; la mano derecha; el país de la derecha mirando á Levante.

(2) 200, 500 y aun 1.000 metros de espesor.

do el espectáculo de las iluminaciones volcánicas. Sus hornos se hallan extintos. Los más terribles estaban al Oeste, entre Nasik y Pouna, por encima de la playa, en la cual el puerto de Bombay trafica con toda la tierra.

Montes diversos sostienen «la meseta del Mediodía». Al Norte se levantan los Vindhya, ni altos ni orgullosos, con 710 metros cuando más. En esta larga cadena que continúan al Sur los Narbadah, se detienen al mismo tiempo el Dekkan y el dominio de las lenguas dravidianas. Más allá de los Vindhya, cordilleras y macizos, algunas montañas como el Aravali, de 1.723 metros, ó simples colinas, van á perderse en el desierto de Thar, soledad abrasada, ó bien como los montes del Bundelkhand, van á acabar en las llanuras del Djamna y el Ganges. Paralelos á los Vindhya, entre Narbadah y Tapti, los Saptoura ó Mahadeo, es decir, «el Gran Dios» (1) suben á 1.360 metros.

No es allí donde hay que buscar las más altas cimas del Dekkan, sino mucho más lejos, al Sur, entre los *gneiss* y porfidos, que terminan en la punta austral de la península, ó parecen terminar, porque en realidad los montes de Ceylán son su continuación por debajo del agua. El Anamoudi, en los Anamalah, alcanza 2.697 metros, y en los Nilghiri, el Dodabetta se alza á 2.670. El Pal Ghat, el Gap (2) de los ingleses, es un pasaje de 130 metros ó más de altura, que va de la costa de Malabar á las anchas llanuras de Cavery, las cuales bajan insensiblemente hacia la costa de Coromandel.

Anamoudi y Dodabetta forman parte de los Gathes Occidentales, lavas muy castigadas por la lluvia y que dominan el litoral del mar de Oman, á lo largo de 1.300 kilómetros, entre el cabo Comorin y la desembocadura del Tapti, en la bahía de Cambaya. Fuera de estos *gneiss* y porfidos del Sur, la hilera de los Gathes Occidentales no tiene sino alturas modestas de 500 metros por término medio. Los Gathes Orientales, en la orilla del Golfo de Bengala van desde la ribera izquierda del Cavery al fango mortífero del delta del Ganges. Más humildes aún, apenas llegan á 400 metros de altura media. Dominan los bajos valles de los ríos dekkanianos, cuyas fuentes están en los Gathes del Oeste.

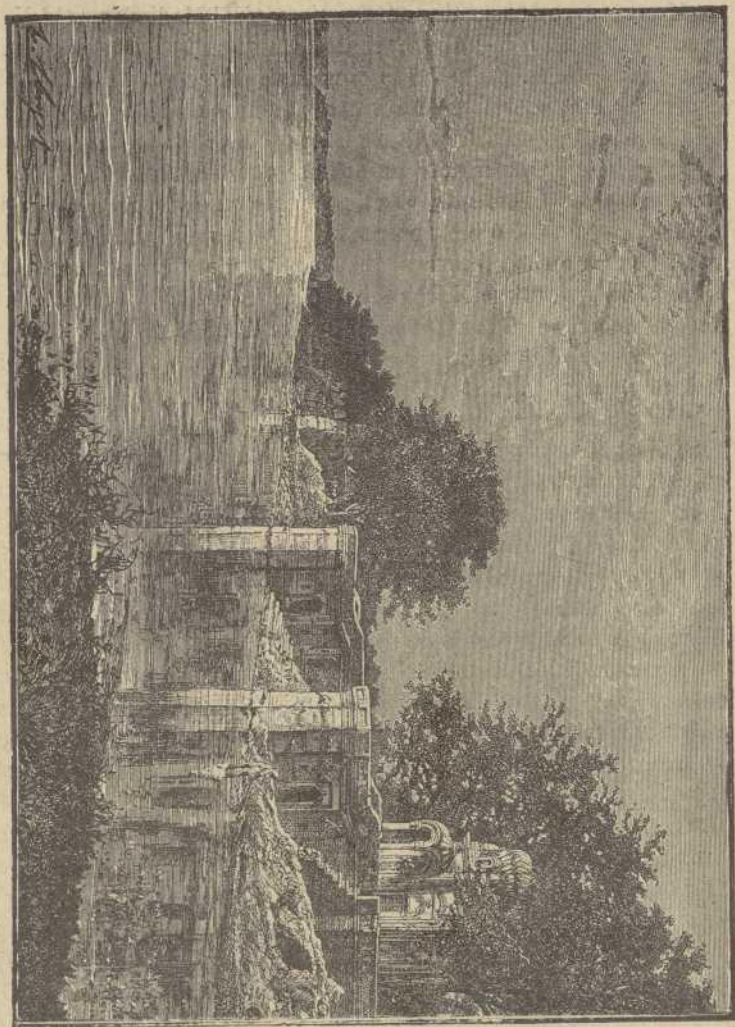
Mahanaddi, Godavery, Kistna. Narvadah, Cavery, Tapti; he aquí los nombres de los ríos dekkanianos. Tres de ellos, Ma-

(1) El Mahadeo, montaña consagrada á Siva.

(2) Lucha, cortadura.

hanaddi, Narvadah y Tapti, acaban fuera del Dekkan en tierra aria y no dravidiana.

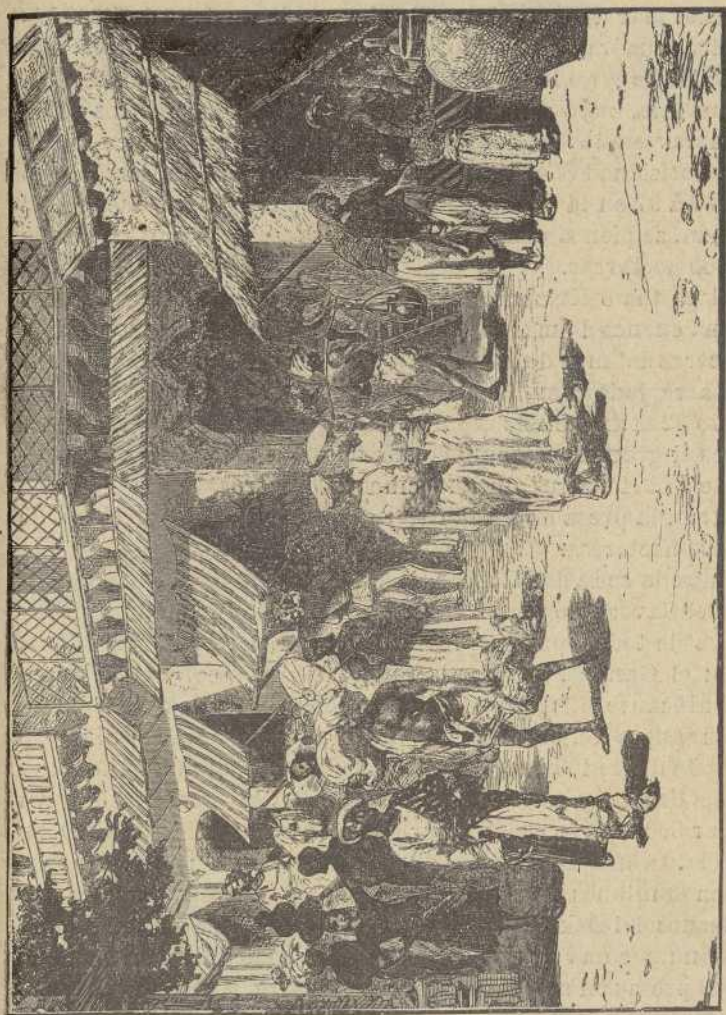
El Mahanaddi, por otro nombre el Gran Ru, recorre 836



El Ganges en Cawnpore. (Dibujo de H. Clerget.)

kilómetros en una cuenca de 10 millones de hectáreas, y termina con otros torrentes costeros en los canales de un delta de 13.000 kilómetros cuadrados. En extremo desigual, este río lleva unas veces sólo 31 metros cúbicos por segundo y otras veces

50.000. Se ha procurado corregirlo al salir de los montes con tres diques que almacenan agua para fecundar 320.000 hectáreas. El país de Orisa, que atraviesa antes de ir al mar, cuenta por mi-



Una encrucijada de Te. hi (Dibujo de A. J. euville.)

llares los santuarios para todos los dioses de la India, y recibe peregrinaciones de los fanáticos de todos los cultos. Allí, en Djag-ganath, 4.200 sacerdotes arrastran por la arena de la playa durante días y días un carro enorme con una pagoda de madera,

dedicada al dios Vichnú, y nunca falta algún loco que se arroje debajo de las ruedas sagradas.

El Godavery, en su curso de 1.450 kilómetros, recoge los torrentes de una cuenca de más de 30 millones de hectáreas y entra en el mar de Bengala por los brazos de un delta de 4.000 kilómetros cuadrados. Nacido en el reborde occidental de la meseta, al Este y no lejos de Bombay, este río, prodigiosamente inconstante, cuyo caudal oscila entre 60 y 40.000 metros cúbicos, atraviesa las Gathes orientales por una garganta en que la onda aprisionada tiene 37 metros de profundidad en tiempo seco y de 67 á 97 en la crecida. En uno de los rios de su cuenca, el Khanan, se piensa construir una presa para la irrigación de 160.000 hectáreas.

El Kistna ó Krichna, que recorre cerca de 1.300 kilómetros en una cuenca de más de 24 millones de hectáreas, nace aún más cerca del mar de Bombay que el Godavery. Tan fantástico y desarreglado como los demás del Dekka, lleva este río tan pronto 32 metros cúbicos por segundo como 33.620, dando entonces el gran espectáculo de sus saltos y rápidos en una pendiente de 124 metros, durante cinco kilómetros. En un punto de su curso, la presa de Anakatt, retiene agua para el riego de 400.000 hectáreas.

Entre la costa de Malabar (1) al Oeste y la de Coromandel al Este, el Cavery no tiene rival en la India del Sur, la más encantadora de todas, puesto que el Himalaya es terrible; el Indus, árido; el Ganges, tórrido; la India central, seca, y el Dekkan, insignificante. Llegado al extremo reborde de las mesetas de Maisur (Mysore), el salto de Sivasamudram ó «Mar de Sira», lo precipita desde 100 metros en el valle inferior, al que siguen una amplia llanura y luego un ancho delta. Por diversos brazos lleva al mar 500 metros cúbicos por segundo en el estío y 13.500 en crecida, tributo de un viaje de 760 kilómetros en una comarca de ocho millones de hectáreas. Menos extravagante que sus hermanos del Dekkan, el Cavery debe algo su marcha tranquila á las numerosas presas de riego de su cuenca. Hay más de 37.000 presas en solo la comarca de Mysore, y dicen que 63.000 en la presidencia de Madras. Existen más de 12 millones de hectáreas de la India inglesa regadas por derivaciones de los ríos ó por estanques de reserva.

El Narbada, gracioso río hijo de los montes de Amarkan-

(1) Corrupción de Malyavar, «Montes numerosos».

tak (1.014 metros), corre sin grandes rodeos hacia el Occidente durante 1.300 kilómetros. Pasa, cayendo por una cascada de ocho ó nueve metros, por la admirable galería de las Rocas de Mármol, junto á Djabalpur. Allí, todavía pequeño (20 metros de ancho), huye rápido durante tres kilómetros entre paredes mármoreas de resplandeciente blancura, de cien pies de alto, sin bosques, sin un árbol, sin hierba siquiera; sólo el mármol puro, reflejado por el agua clara. Casi desnudas, después de haber estado espléndidamente vestidas de árboles inestimables como el teck y el sándalo, las montañas narbadenses envían á su río, cuando sop'a el monzón, torrentes extraordinarios, y la corriente de las Rocas de Mármol, tan humilde en la estación seca, llega á arrastrar 70.600 metros cúbicos por segundo. El Narbada no tiene la amplitud del Ganges ni su cuenca capaz de 100 millones de hombres; pero su cantidad sobrepaja á la del mismo río de Benares. Dentro de veinte años las almas sedientas sólo beberán sus aguas, los peregrinos lavarán en ellas sus pecados y sus llagas los enfermos, porque el Ganges, según la religión del país, no tiene cuerda de santidad más que para cinco mil años y este plazo está á punto de expirar.

El Tapti, río de Surate, corre al Mediodía del Narbada, paralelo á él, mucho más corto, en una cuenca más chica, y se pierde también en el golfo de Cambaya. Llega á arrastrar 25.400 metros cúbicos por segundo y desciende en estío á unos cinco ó seis metros.

Así es el Dekkan, que habitan más de 100 millones de hombres, ó sea dos quintas partes de los «indios».

VI

Climas de la India.

La India tiene todos los climas: el del polo en el alto Himalaya; el cálido ó templado en los montes medios; el del Trópico en Bengala, el Ganges y los litorales; el del Sahara en el desierto de Thar y en el Pendjab; pero como los calores atroces de estas dos últimas regiones están compensados con descensos de temperatura que llegan á cero grados, la temperatura media del año no alcanza allí á la de sitios menos asfixiantes en estío, á la de Madras, por ejemplo, donde el mercurio no sube de 42°,50 y no baja de 17.

En el Himalaya, en los Aravali, los Vindhya, los Satpura y los Gathes, la altura de los parajes refresca el clima. Una ciudad de los Nilghiri, Utakamund tiene por temperatura media al año $13^{\circ},3$, mientras que cerca, en las llanuras inferiores, Trichinopoli, dos veces más ardiente, señala al año una temperatura media de $29^{\circ},3$.

Esta tierra del sol incendiario es también la de los chubascos más espesos y negros. El monzón, viento regular que sopla de Junio á Septiembre, trae nublados y más nublados, y parece que el Océano quiera vaciarse sobre la tierra. Pero no toda la India tiene parte en este bienhechor diluvio que, como el de la *Biblia*, intenta elevar los mares quince codos sobre los más altos montes. Hay vastos cantones, privados por las sierras de los hálitos del golfo, donde no llueve nunca ó casi nunca. En el cabo Comorin cae un metro de lluvia al año. El Dekkan recibe en unos sitios medio metro, en otros dos ó tres, mientras que en la vertiente marina de los Gathes del Oeste, la lluvia anual pasa de siete metros en los parajes de Bombay.

La famosa Tcherra Pondji fué favorecida en 1861 por 20 metros 44 centímetros de lluvia. Y aún puede creerse que hay por allá sitios más mojados que la «Ciudad de los Arroyos» (1).

V.I

Los Arias.—Sanscrito, pali, ourdou.—Idiomas dravidianos.

Antes de la era histórica, la India perteneció á negros ó negroides, á los dasyous, á los mletchas, autóctonos semejantes quizá á la pobre raza australiana. Algunas de estas tribus primeras viven aún en los montes de la India Central ó del Dekkan. Tales son los Bhils, que pasan de un millón, los Todas, reducidos á unos cuantos centenares, y los Gonds, de donde viene el nombre de Gondwana (2).

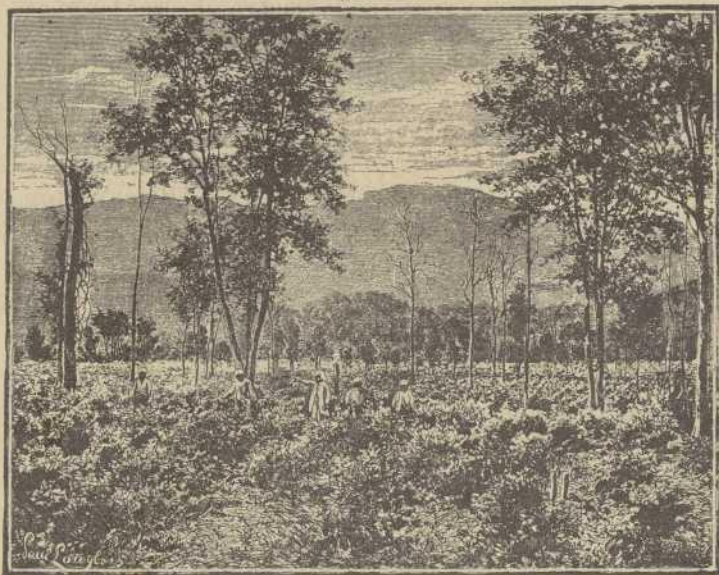
A estos indígenas sucedieron hombres más poderosos que por su alianza con los aborígenes crearon los pueblos dravidianos ó dravirianos de la India meridional, que hablan aún hoy lenguas esencialmente diferentes de las de la India septentrional. Estos hombres vinieron quizá del Tibet por el Brahma-

(1) Significado de Tcherra-Pondji

(2) Provincias centrales.

putra, y más probablemente de la meseta del Iran, que ha conservado hasta hoy una nación cuyo idioma se acerca á las lenguas dravidianas, el Brahounistan ó Balutchistan. Luego, poblaciones procedentes créese que del Turan, llegaron por el paso de Caboul, se establecieron en el país del Indus hasta los montes Vindhya, y dieron nacimiento á la raza de los djats.

A su vez estos conquistadores diversos fueron sometidos por



Una plantación de té en la India. (Dibujo de Paul Langlois.)

unos invasores blancos, los arios, venidos no se sabe bien de qué parte del Asia del Noroeste.

Estos arios ó arias, que iban á remodelar la India, se habían separado hacia el año 2000 antes de nuestra era de sus hermanos los iraníes, y luego por la gran puerta del Occidente, el valle de Caboul, habían traspasado los umbrales del país del Indus y del Ganges.

Sin duda eran pocos é incapaces de absorber, pero tenían la superioridad de las armas. Su lengua era magnífica y resonaba en himnos brillantes á sus jóvenes dioses. Semejantes á los conquistadores que derrocaron imperios enormes, los arias se apoderaron de la India subhimaláica y avanzaron al Sur á través de la multitud autóctona, de los turanis ó djats y de las diversas naciones dravidianas.

Los vencedores no exterminaron á los vencidos, y éstos, con ayuda del tiempo, entraron en la raza conquistadora. La cara blanca de los arias (si realmente eran blancos), se hizo morena, casi cobriza, pero la lengua ágil y sonora de los invasores, su religión, sus ideas, sus instituciones, sus costumbres, conquistaron de prójimo en prójimo todo el Aryavarta ó «país de los arias», es decir, las cuencas del Indus y el Ganges. El Dekkan, en cambio, mantuvo casi todas sus razas y sus lenguas.

Los tiempos anteriores á la conquista de Alejandro nos muestran en los dos ríos célebres ciudades opulentas llenas de hombres apasionados por los sueños de la filosofía y hablando la más hermosa lengua de la tierra, el sanscrito, más rico, más fuerte, más elegante, más amplio y sonoro que el mismo griego, y con epopeyas inmensas, el Mahabarata y el Ramayana, poemas de cien mil y tantas líneas salpicadas de versos admirables.

Florece entonces en su verde juventud la religión de Brahma, que tiembla hoy de decrepita.

Quinientos sesenta años antes de la era cristiana, un hombre de sangre regia, nacido al pie de los montes de Nepal, Sakyasinha, ó «el león de Sakya», salió de la vida contemplativa, con el nombre de Sakya-muni, ó el Solitario, el asceta de Sakya proclamó hermanos á todos los hombres y maldijo las castas que dividían y dividen aún á los indos. Su doctrina se hizo una religión, y ésta tomó de su fundador, á quien la admiración de los neófitos llamaba Budha, ó «Sabiduría», el nombre de budhismo, bajo el cual está hoy extendidísima y muy distante de su primera sencillez por la exegesis de sus doctores y los ritos de sus sacerdotes. El tiempo y el uso han hecho de ella un conjunto de fórmulas, un rosario de rezos y plegarias, quitándole su primera significación.

En los siglos VII, VIII y IX de nuestra era, el budhismo se extinguió lentamente en la India. Actualmente esta religión, la más practicada del mundo, no radica ya en la tierra del Ganges, pero cientos de millones de hombres la practican en el Nepal, el Tibet, Ceylán, Indo-China, China, Mongolia, Mandchuria, Japón, Asia Central, Siberia y aun á orillas del Volga. El idioma pali ha desaparecido de la India, al par del budhismo, que oraba y cantaba en esta lengua. Pero habiendo tenido el honor de llevar las parábolas y sentencias del santo predicador á los oídos de los pueblos, este idioma de una comarca del Ganges inferior ha quedado como el lenguaje sagrado del budhismo. Aun hoy, innumerables sacerdotes lo musitan, sin enten-

derlo, en templos, capillas y claustros de la mayor parte de Asia. En esta vieja liturgia viven también los despojos de otro verbo más antiguo que el pali, jirones del sanscrito, que prestes y monjes comprenden aún menos que su lengua ritual.

El sanscrito es el verbo religioso de los brahmanistas, el estudio constante de los brahmanes, ó sacerdotes de Brahma. Es también, como fué en Europa el latín en la Edad Media, el idioma «común» de la India, el órgano de las relaciones entre los sabios, los letrados, los hombres de buen tono de la península, tanto en «Aryania» como en «Dravidia».

En su origen, el pali era al sanscrito lo que es un *patois* herizado, duro, grosero, campesino, á la lengua limada que emplean los reyes, los prelados, los jueces, los escritores y los poetas. Era una jerga despreciada desde lo alto por los «sanskritistas», un lenguaje «prascrito», lo que quiere decir natural y vulgar, mientras que el sanscrito significa perfecto. Sin embargo, el sanscrito ha muerto antes que los idiomas prascritos, y éstos, bajo diversos nombres, viven aún. Lo mismo ocurrió en el Occidente. El orgulloso latín, en un principio lengua de la conquista, del mando, del derecho, y luego de la religión, ha perecido, dejando el sitio á cinco ó seis hijas de la *lingua rustica*, que fué el *caló*, la jerga del imperio.

Después de la aparición de Budha, y antes de la *razzia* de Alejandro el Grande, el aria indo, salpicado de elementos amarillos y negros y muy indigno ya del nombre de blanco, aparece enervado por las languideces de su clima. Ya dice con el proverbio: «Mejor sentado que de pie, y mejor acostado que sentado, y mejor que acostado, muerto.» Y con las *Mil y una noches*: «El que entra en la noche y en la muerte acaba su mal, porque la dicha no está en el movimiento.»

El Islam, que trastornó tan profundamente el Asia Anterior, Egipto, Africa Menor y durante muchos siglos la Europa, no tuvo fuerza para conquistar la India como había conquistado Persia y Siria, el Nilo y el Mohgreb, Sicilia é Iberia. Pero desde el siglo ix la tierra arya vió bajar de las mesetas iránias ó balutches, por la vía del Caboul, invasiones de mahometanos pertenecientes más ó menos á una de tres razas; la irania, la árabe y la turani; afghanes, brahaninos y balutchos, persas, turcos de las diversas Turquías y árabes. Estos musulmanes, mezclándose á los aryas ó «aryanizados» del país, han hecho del Noroeste de la península una comarca mucho más musulmana que brahmanista.

En el siglo xvi un descendiente de Tamerlán fundó el célebre imperio mahometano de Delhi, cuyas maravillas tanto gustaba Europa de escuchar. El imperio del Gran Mogol desapareció á su vez. Luego de los portugueses, holandeses y franceses,

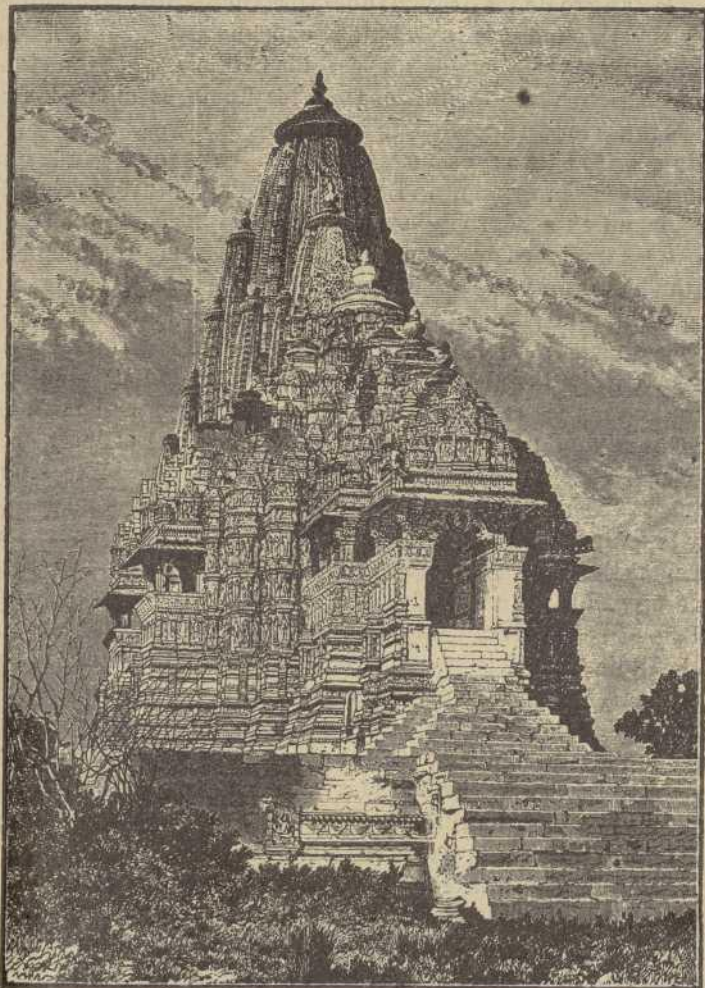


Bombay: obreros del mercado de algodón. (Dibujo de A. de Neuville.)

Inglaterra tomó preponderancia en la India, y hoy todo lo que los ingleses no poseen allí directamente, les pertenece bajo una falsa apariencia de autonomía.

Como razas, hay que distinguir la India septentrional y el Dekkan. En la India septentrional, en el Aryabhoumis, el

Aryadesa y Aryavarta (1), la sangre llamada arya tomó parte en el nacimiento de los pueblos que viven en el Ganges, el Indus



El templo de Maadeva en Kajraha. (Dibujo de E. Thevenaz.)

y el Brahmaputra. Pero esto no fué con preponderancia, como se decía, puesto que la sangre arya se ahogó casi en un mar de

(1) Tierra de los aryas, en sanscrito.

elementos de toda especie, unos hasta cierto punto de la misma naturaleza, como el persa, el afghan y el europeo moderno; otros más alejados, como el árabe y elementos heterogéneos, como la sangre de los dravidianos, tibetanos, turanis, mongoles, y sobre todo de los autóctonos de piel negra. En el Dekkan, donde penetraron poco los «aryas», los habitantes siguen siendo más ó menos lo que eran cuando los hombres amarillos se mezclaron á los autóctonos negros.

En cuanto á los arios modernos (puesto que se entiende que los europeos son arios), no llegan á la humilde proporción de uno por mil en este prodigioso imperio de la India, donde reina una de las naciones de Europa. Los ingleses, que proporcionalmente vienen más de Escocia que de Inglaterra é Irlanda, no son más que 89.000, comprendiendo al ejército. Mandan, administran, juzgan, hacen los negocios, comercian, dirigen las fábricas y vigilan las plantaciones de té, de algodón, de todo arbusto de grandes rendimientos. No han sabido dar al mundo, como los españoles y portugueses en América, una poderosa raza intermedia entre conquistadores y conquistados, inglesa por la lengua de sus padres, india por sus costumbres, por sus afectos y la aclimatación al suelo materno. Los eurasis ó eurasiáticos, como llaman á los mestizos de inglés en la India, son poco numerosos. Sus padres los desprecian, ellos odian á sus padres, desdeñan á sus madres y no están ligados por nada á Inglaterra ni á la India. Inactivos y vanos, buscan los empleos tranquilos, las oficinas, los escritorios, los puestos fáciles. Los eurasis de la India francesa son mejores física y moralmente, y las eurasiáticas son á veces muy bonitas. Los eurasis de la India portuguesa tienen la piel bronceada y aun negra, y no temen entregarse al trabajo manual. Todos juntos, mestizos de europeo y de india, no llegan quizá á 500.000

La lengua más general de la India no es el inglés, sino el ourdon, amenazado sin embargo en su preponderancia. El nombre «ourdon», palabra mongola que significa «campo», recuerda como nació este idioma. En el ourdon, es decir, en el campo, ó si se quiere en los palacios del Gran Mogol, en Delhi, resonaban tres lenguas: el mongol, lengua materna de la dinastía; el persa, lengua literaria y distinguida de Asia; el árabe, lengua religiosa de los mahometanos. De su matrimonio con el habla del país, el *indi*, dialecto proscrito, nació el ourdon, y este ourdon fué el lenguaje de los príncipes y señores, de los grandes personajes, de los soldados y de todo lo que representa-

ba poder, dominación, gobierno, corte, diplomacia. Luego los ingleses recurrieron á él para comunicarse con sus súbditos en el gran imperio políglota que habían conquistado á los emperadores de Delhi. Pero el indí ó indostani, hablado por más de 110 millones de hombres, reclama la preeminencia sobre aquel lenguaje oficial, preferido hasta nuestros días por las altas clases de la India musulmana.

El indí, que es el idioma más hablado y la lengua general de los brahmanistas; el bengalí, del que usan 50 millones de hombres en Bengala; el mahratti, que reina en el Suroeste del Dekkan; el pandjabi y el sindi, verbos del Panjab y bajo Indus; el gudzarati, que resuena en la Gudzarate; el ouriya, lengua vulgar del Orisa, etc, etc., y en fin. el ourdon, tales son las lenguas aryas de la India que reinan sobre 230 millones de hombres, desde los montes iraníos á la costa Indo-China y del Himalaya hasta más allá de Goa en la costa occidental y de Gajam en la costa oriental.

En el Dekkan vibran las lenguas dravidianas absolutamente extrañas al sanscrito y sus derivados. Dícese que son parientes en grado lejano de los idiomas del Asia del Norte, del Ostiak más que de ningún otro. El telinga ó telougou, muy dulce y armonioso, sirve á 17 millones de personas en el Godavery, el Kitsna y el Panar del Norte. Retrocede ante el tamoul ó tamil, que hablan 17 millones de dravidianos en Madrás, Pondichery y Karikal, en el Sur de la península y en el Norte de la isla de Ceylán. El tamoul increíblemente rico y flexible, á la vez que dulce y fuerte, pasa por ser el «sanscrito dravidiano». Siete millones emplean el canarís en la cuenca superior del Kistna. El malayalam, de que usan 204 millones, ocupa el litoral malabar, al Oeste del Tamoul. Con el toulouva y otros idiomas poco extendidos, hay 55 millones de dravidianos, que acabarán, se cree, por convertirse todos en tamilizantes ó telingafenos. Quizá quede solo el tamil.

El inglés, que sólo conocen en la India siete millones de hombres, debe gran influencia á su calidad de idioma de la alta sociedad. de la política, de los periódicos principales, pero no puede reemplazar al indí, hablado por tantos hombres como ingleses hay en el resto del mundo.

VIII

Religiones y castas.

A excepción de más de 50 millones de musulmanes y de siete millones de budhistas y cristianos, la India profesa el brahmanismo, la religión de sus viejos himnos y de sus grandes poemas. Adora á Brahma, el sér preexistente cuyo trono corona la fabulosa montaña de Merou, centro de la tierra y pretendida fuente del Indus y el Ganges. Brahma crea y Viehnú conserva. Siempre en avatares (1) se ha presentado bajo mil formas diversas. Siva destruye. Es el gran dios (Mahadeo) y el más adorado de todos. Luego vienen Kali, diosa de la muerte; Indra y Krichtna, que invocan los pastores; Rama, etc. etc. Los pequeños dioses y demonios son legión. Los animales, en cuyos cuerpos se encarna á menudo la divinidad y donde se refugian por metempsícosis los espíritus de los muertos, son más respetados, más amados de los indos que los hombres sus hermanos. La vaca, por ejemplo, es extremadamente venerada. Hay, ó hubo en este país, tan amigo de nuestros mudos compañeros de la vida, hospitales para las bestias viejas ó enfermas, como nosotros tenemos nuestros lazaretos para incurables ó inválidos. Nuestro desprecio altivo por las vidas inferiores es una abominación para los indos, que llaman á Europa el infierno de los animales, nombre que justifican la barbarie de nuestros mataderos, la brutalidad de nuestros carreteros y las hazañas de nuestros cazadores.

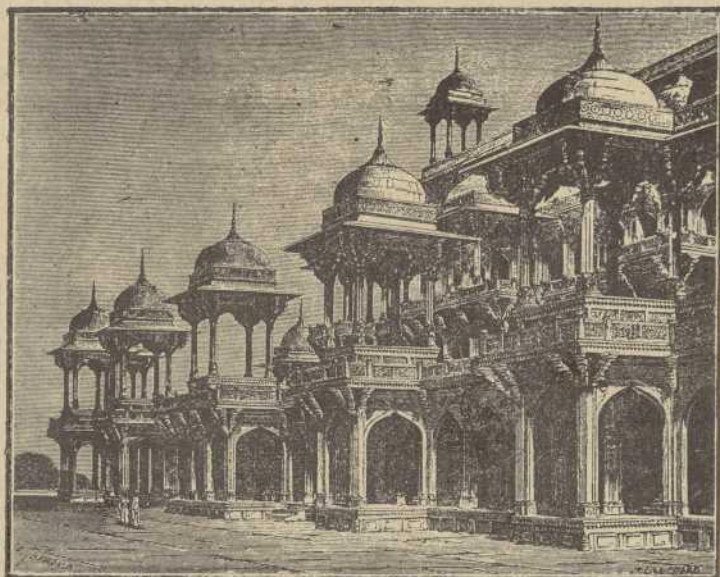
Mientras que así se respeta á los animales, una dura jerarquía ha encerrado y encierra aún á los hombres en castas que de alto á bajo se desprecian y de abajo á arriba se envidian y se odian.

La casta superior, la de los brahmanes ó sacerdotes de Brahma, representa más que otra alguna á las antiguas aryas, aunque muy mezclada, á pesar del orgullo sacerdotal y de raza. Esta casta mira con soberbia á la casta de los kchatryas.

En su origen, los kchatryas, ó guerreros, eran aryas, precisamente los que conquistaron el país. Destruídos por los brahmanes en un día, que fué funesto para la raza blanca en la In-

(1) En transformaciones.

dia, fueron reemplazados por otros guerreros de sangre no arya, por los djats turanis. Más tarde esta casta recibió en su seno á otros batalladores, cuya patria precisa desconocemos: los radjputas, de origen arya. Los descendientes de estos últimos, que penetraron en la India por la puerta de Caboul, han dado su nombre al Radjputana, país que ocupa los últimos bastiones de la India Central, por encima del desierto de Thar y los llanos



Agra: mausoleo de Akber. (Dibujo de Therond.)

de Agra. Son los más, «hombres» de los indios de la India, con los sikhs del Pendjab, pero muy dispersos en medio de sus viejas conquistas. Como en Africa los peuls, han perdido toda cohesión y poder.

A su vez, los kehatryas no tienen estimación por los vai-chyas, gentes de tienda y propietarios, última de las clases nobles. Después de éstos vienen los descendientes de los negros, ó negroides autóctonos, y de los invasores pre-aryos, que se aliaron con ellos, los impuros sudras, que son campesinos, obreros y criados. En fin, los mismos sudras tienen á quien despreciar lo mismo que á ellos se les desprecia, pues más abajo que ellos pululan las gentes sin casta: los parias.

Tal es la división clásica; pero en realidad, en los tiempos modernos, las castas viven en este orden descendente.

Brahmanes, labradores, mercaderes, hombres de industria ó de oficio. Cada casta se divide en una infinidad de sub-castas é infra-sub-castas, correspondientes á veces á un grupo infinitesimal, á una profesión, á una situación social, derivadas de una antigua conquista ó una antigua sumisión. Después de la última de estas infra-sub-castas vienen las gentes sin casta.

Así todos se abominan, cada uno dentro de la esfera de donde el uso y la ley le prohíbe salir.

Este monstruoso monumento de iniquidad vacila ya. Los 50 millones de musulmanes y una quinta parte de los indios no reconocen la división de castas. Entre los indos, estas divisiones van perdiendo su vigor draconiano.

IX

Ciudades.

Dividida en tres presidencias, Bengala, Bombay, Madras, y en Estados feudatarios, la India tiene tres grandes ciudades de más de cien mil almas, sin contar sus arrabales.

Calcutta reina en la presidencia de Bengala, al par que en toda la India, y es la residencia del virrey inglés. Construída sobre el Hougli, brazo del Ganges, á 128 kilómetros del Golfo de Bengala, debe su fortuna á Inglaterra. Antes de la conquista no había allí más que un pantano desierto, reemplazado hoy por una ciudad de 972.000 almas comprendidos los alrededores.

Su barrio rico, muy aireado y brillante, le vale el nombre de «Ciudad de los Palacios»; pero el terrible sol, el suelo blando y la inmundicia de las aguas son allí emisarios de la muerte y puede decirse que merece también el nombre indígena, que los ingleses han corrompido, y el nombre irrisorio que le han dado éstos por asonancia. En la lengua del país se llama Kali Kota, ciudad de Kali, la diosa cruel. Y sus conquistadores, sus fundadores mejor, viéndola morada de la enfermenad y la agonía le llamaron irónicamente «Gólgata». Durante ciertos meses, Calcutta envenena y extermina al europeo. Administración, altos personajes, ingleses ricos se refugian entonces en la capital de «estío», en Simla, encantador sanatorio situado á 2.160 metros

de altura en el Himalaya, entre Satledj y Djamna, es decir, entre las cuencas del Indus y el Ganges.

La antigua capital de Bengala, Murchidabad, junto al Baghirati, llamado más abajo Hougli, fué más grande que París, con un recinto de más de 50 kilómetros. En 1815 tenía aún 165.000 almas. Cincuenta años han bastado para convertirla en una ciudad de provincia, olvidada, abandonada.

Ganda, otra antigua metrópoli de Bengala, alzaba igualmente sus muros en el delta de los dos grandes ríos. Sus ruinas cubren de 11.000 á 12.000 hectáreas. El orgulloso París no tiene más de 8.000 (1).

Bombay (850.000 habitantes), corrupción de Moumbai, nombre real, y heredera de Surata, tan comercial en otros tiempos, ocupa una pequeña isla litoral de arena y basalto en la orilla del Océano, al pie de los Gathes occidentales. Esta capital de presidencia es uno de los puertos más traficantes del mundo. Como Calcuta, rival á la que espera eclipsar, Bombay no tiene viejas raíces en la tierra, pues no data más que de 1661. Fué terrible para el europeo, que se consumía allí en algunos años, si no moría á los pocos meses. Llegaba á decirse: «Dos monzones en Bombay son la vida de un hombre.»

Elefanta, isla vecina, debe á esta vecindad una fama que no tendría de estar en otro sitio, porque en la India hay, en Ellora principalmente, grutas religiosas más bellas que las de Elefanta, con esculturas más «infinitas» de dioses, hombres, animales verdaderos, bestias fantásticas, árboles, lianas, flores fabulosas, combates, victorias, procesiones, triunfos, tallados en el basalto ú otra roca cincelable.

En la estación cálida, Bombay deja de ser la capital de su presidencia, y las autoridades se trasladan á Dekkan ó Pouna, ciudad de 150.000 almas, situada á 563 metros de altura, en la confluencia de los dos ríos de la cuenca del Kistna. Pouna está entre los mahrattas, gentes de lengua arya, que iban conquistando la India cuando sobrevinieron los ingleses y pusieron de acuerdo á vencedores y vencidos, apoderándose de unos y otros.

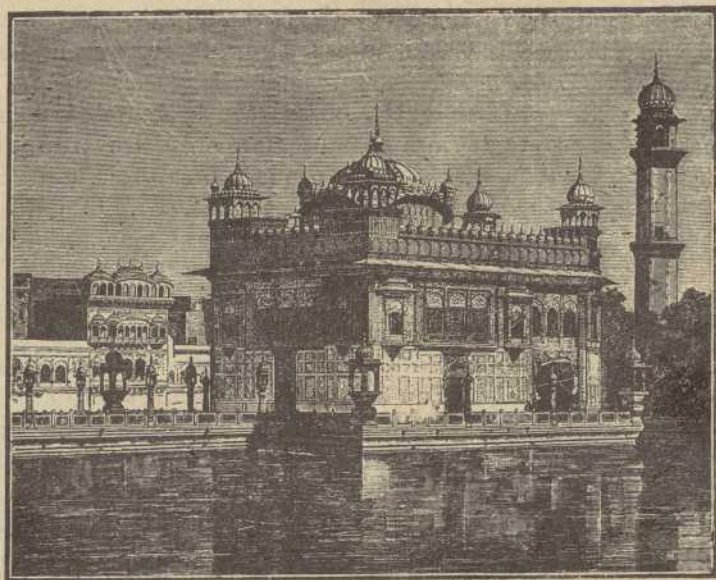
En la costa de Coromandel, sembrada de cocoteros, Madras tiene 450.000 almas. No se conoce peor rada que la suya en una orilla rígida y escarpada.

Haiderabad (400.000 habitantes), población mayor del Dekkan, sobre un afluente á izquierda del río Kistna, está poco ale-

(1) Entre muros, sin los alrededores.

jada de Golconda, la ciudad que tallaba y vendía tantos diamantes y que era famosa por sus piedras preciosas, como el Perú por su oro.

Luknow (275.000 habitantes), está á orillas del Goumti, tributario del Ganges. Poco antigua para la India, porque nació en el siglo xvi, esta capital del ex reino de Aoudh, país esencialmente «in lo», habla el mejor indostánico. Es la reina de las ar-



El templo de Amritsar. (Dibujo de Therond.)

tes y del bello lenguaje. Para la India es París, es Atenas, rodeada de campos exuberantes.

Benares (225.000 habitantes), la ciudad santísima de los indos, extendida en media luna sobre el Ganges, tiene sus mil setecientas pagodas, sus cuarenta mil brahmanes y faquires, y su río, agua de salud para los innumerables peregrinos.

Gwalior (200.000 (?) habitantes), al Sur de Agra, sobre un torrente de la cuenca del Djamna, debe el nombre de Gibraltar de la India á su fortaleza encaramada en una abrupta colina, á más de 100 metros sobre el llano.

En el Djamna, no lejos de las arenas del Thar, la ciudad de Delhi (200.000 habitantes), fué bajo el Gran Mogol la primera

de las residencias reales. No hay noticia de ciudad que haya perecido tantas veces para renacer siempre. Ya en remota antigüedad, bajo el nombre de Indraspatha, ó la ciudad de Indra, ocupó un alto rango en la India. La Delhi moderna no tiene más que doscientos cincuenta años. El Chah Djahan la fundó, y de esto su nombre de Chahdjahanabad (1), rara vez pronunciado. Desde hace dos docenas de siglos, los monumentos soberbios,



Palacio de Lahore. (Dibujo de E. Therond).

luego las ruinas severas y después los escombros se amontonan sobre ese campo de vida que resulta campo de muerte. Las 11.500 hectáreas donde Delhi, heredándose siempre á sí misma, ha pasado de ser Indraspatha á Chahdjahanabad, son un museo del arte indo, desde las formas primitivas hasta la graciosa arquitectura nacida del genio de la India, aliado al de la Persia musulmana.

Patna (175.000 habitantes), «la madre del opio», en medio de adormideras, borda el Ganges en una veintena de kilómetros.

En el Djamna, la joven Agra (165.000 habitantes), que no

(1) Es decir: ciudad del Chah Djahan.

cuenta más que tres siglos, era en los días del gran Abker una capital espléndida. Admiranse allí algunos de los más bellos monumentos de la India, fortalezas, palacios, mezquitas, mausoleos, arcos triunfales, y, á lo lejos, inmensos escombros.

La salubre Bangalore (180.000 habitantes), en el Dekkan del Sur, está á 924 metros sobre el nivel del mar, en la meseta de Maisour.

Amritsar ó Lago de Inmortalidad (160.000 habitantes), reposa sobre un canal del río Ravi. Metrópoli religiosa de los sikhs, recibe su nombre de un estanque sagrado que encierra un templo de esta secta, fundada en el siglo xv por un revelador que predicaba en nombre del Dios único. Los sikhs han luchado bravamente con los ingleses, de los que ahora son los mejores mercenarios, con los gourkhas del Nepal.

Cawnpore (150.000 habitantes), ciudad nueva, en el Ganges; debe todo su renombre á los recuerdos de la sublevación de 1857, en la que los ingleses estuvieron á punto de perder la India.

Lahore (176 000 habitantes), capital del Pendjab, en el Ravi, muestra algunos monumentos contemporáneos de los sangrientos emperadores de Delhi, y posee su famoso palacio.

Allahabad (160.000 habitantes), ó «la ciudad de Dios», capital de las provincias del Noroeste, mira á los llanos en que el Ganges y el Djamna se encuentran.

Djaipur (100.000 habitantes), tiene por río al Banas. Este subafluente del Ganges viene del país de Oudeipur, ciudad cuyos reyes, primeros entre los potentados radjputas, se desdeñaban de dar sus hijas al plebeyo que se llamaba el Gran Mogol.

Cachemir ó Sinagar (1) (120.000 habitantes), servía de residencia estival al Gran Mogol en un país alabado por su dulce clima, su cinturón de montes nevados, sus lagos y el valle donde serpea el Djhi'am. Situada á 1.595 metros sobre canales del antiguo y «fabuloso» Hydaspe, es la «Venecia oriental». También es la ciudad de los plátanos, como otras lo son de las palmas. Plátanos gigantescos, álamos, olmos y nogales dan sombra á villas y palacios. El aspecto de estos es sublime cuando se los ve en lo alto de los gigantes de la sierra, y gracioso cuando se contemplan abajo, en el valle que los poetas indos, persas y árabes han llamado obra maestra de la Naturaleza.

La monumental Ahmedabad (130.000 habitantes), muy decayda desde el siglo xvii, bordea un tributario del Golfo de

(1) Este nombre quiere decir «Ciudad del Sol».

Cambaya. Es la capital del Goudzarate, país que encierra en profusión templos soberbios levantados por los djainas, especie de budhistas, que son la secta más constructora de la India.

Bareilly (115 000 habitantes), entre el Ganges superior y el Himalaya, ha perdido mucho de su grandeza pasada.

Surata tiene 110 000 almas, y tuvo 800 000 cuando era ilustre, comercial y lujosa entre todas, con su río Tapti, á 30 kilómetros del mar de Occidente. Pero ese río no la sirve de nada por ser poco navegable y tener una fuerte barra.

Barola (100.000 habitantes), es la residencia de un gaikwar despota, que se titula independiente, al borde del Visvamitra, no lejos del Golfo de Cambaya, pero que en realidad es un servidor de los ingleses.

X

Estados independientes.

Los dos únicos Estados independientes de algún poder, el Nepal y el Bontan, cubren las pendientes meridionales del Himalaya. El primero al Norte del Ganges; el segundo al Norte del Brahmaputra.

El Nepal, de unos 15 millones de hectáreas, mucho más largo que ancho, va desde el bajo y palúdico Terai á las cimas de los principales picos himaíyicos. Tiene, en su estrechez, todos los climas, todas las naturalezas, todos los contrastes. Cálculanse sus habitantes en tres millones de hombres, indos al Oeste, tibetanos en el Centro, y al Este, mestizos de estas dos razas. Los indos son brahmanistas y los tibetanos budhistas. El indí tiende á ser la lengua general, pero aún se hablan diversos idiomas, y el principal, el neouari, es pariente del tibetano y, por consiguiente, de carácter monosilábico.

Khatmandou (75.000 habitantes), la capital, está á 1.327 metros sobre el nivel del mar. Tiene, según dicen los indígenas, la forma de «la espada de Dios», porque está prolongada en la orilla del río.

Montones de escombros obstruyen las calles, y la mayoría de las casas, construídas con ladrillos rojos, son verdaderas sentinas. Muchas elevan dos ó tres pisos, pero carecen de escalera, comunicándose por medio de trapas y cuerdas. El palacio real, ó *darbar*, se compone de edificios bajos agrupados en des-

orden y precedidos de pórticos que abrigan extrañas esculturas. Numerosas pagodas elevan por todas partes sus cúpulas, campaniles, pirámides y techos cubiertos de tejas vistosas ó de bronce dorado, llevando en sus ángulos, como en los templos chinos, racimos de campanillas, que suenan al ser agitados por el viento. Vistos de lejos algunos barrios de la ciudad, parecen no ser más que una vasta pagoda. Por todas partes se abren pequeños santuarios, sucios de la sangre de las víctimas que se ofrecen en sacrificio: gallos, patos, cabras y búfalos. A trechos se yerguen monolitos, sosteniendo estatuas de príncipes y dioses que protege una serpiente de bronce con la cabeza amenazante.

A cinco kilómetros de esta ciudad se eleva el Baddhnath, el templo budhista más grande de Nepal, enorme cúpula rematada por una torre sobre la que está pintada la figura del dios, con una pirámide en escalones, coronada por una especie de tiara. Es la pagoda de los lamas tibetanos que visitan el Nepal todos los inviernos.

Al Este del Nepal, el Rhoutan, ó sea el otro Estado independiente, está separado de él por el Sikkim, pequeño país de 695.000 hectáreas, que las «Cinco nieves brillantes» (1) proveen de una eterna agua fría y violenta. Pero aunqueno existieran allí glaciales, siempre el agua correría á torrentes; de tal modo impulsan los monzones la lluvia contra la alta montaña coronada de selvas frondosas.

Poblado por 60.000 hombres de raza tibetana, el Sikkim tiene por ciudad á Dardjiling, lugar de salud á más de 2.000 metros de altura y capital en estío de la presidencia de Calcutta. Los ingleses se han apoderado de esta ciudad mediante una renta anual de 75.000 francos.

El Bhoutan abarca poco más de 3.500.000 hectáreas con quizá 100.000 residentes tibetanos, como lo proclama el nombre mismo del país, que significa: «Fin de los bhouts ó bods, habitantes del Tibet.»

Está pegado á los muros himaláyicos, que alzan al cielo las puntas del Tchamalari y otros picos de 7.000 á 7.500 metros. Como el Sikkim, envía grandes torrentes al Brahmaputra. Su ciudad se llama Tarisondon, «la Santa ciudadela de la Fa.»

El gobierno de este país está moldeado á semejanza del Tibet, en una especie de monarquía sacerdotal.

(1) El Kintchindjinga.

El soberano vitalicio, semejante al Gran Lama que reina en el Tibet, recibe el nombre de Tchoigyal ó sea «el Rey de la Ley». A la muerte de este budha, su consejo de *leuchen* ó ministros busca durante un año ó dos el niño en el cual se ha dignado Dios encarnarse, y casi siempre lo encuentra en la familia de alguno de los grandes dignatarios del país. Al lado de este monarca espiritual está el *deb*, especie de guerrero encarga-



Plaza de Pondichery. (Libro de A. d. Bar.)

do del poder ejecutivo, cuya autoridad sólo dura tres años. De él dependen los dos principales *peulo* ó gobernadores: el del Bhoutan occidental y el del Bhoutan oriental, que tienen sus capitales respectivamente en las ciudades de Paro y de Tougso.

La capital de Bhoutan es la ciudad de Tarison Ion, situada en un circo de montañas al borde del Tchín-Tchón. El palacio está rodeado de naranjos, y el viajero se creería en Bengala si no viese en el fondo los montes nevados.

El poder del «Rey de la Ley» no se extiende más allá de la cuenca del Manas y hasta algunos afluentes orientales de este río no pertenecen á su jurisdicción. Entre su estado y las tribus independientes del Himalaya oriental se interponen los dominios de los lamas radjahs, ó sea los «sacerdotes reyes», que se

llaman vasallos del Dalai Lama del Tibet, pero que en realidad son soberanos, gracias á la distancia en que viven de Lassa, capital del Tibet, y la dificultad de comunicaciones por encima de las crestas himalayás. Muchas veces se hacen la guerra entre ellos, y según el resultado de sus batallas, cambian los límites de sus posesiones sin avisar siquiera á su soberano.

XI

India portuguesa.

Triste resto de las conquistas del gran Albuquerque y tantos otros grandes capitanes lusitanos, la India Portuguesa no abraza hoy más que 335.000 hectáreas con 500.000 almas.

Vil'a Nova de Goa (18.000 habitantes), que los indígenas llamaban Pandjim, está sobre la rada de un río bajado de los Gathes occidentales, á ocho kilómetros del Océano, casi donde el litoral del mar de Bombay comienza á tomar el nombre de costa de Malabar. Ha reemplaza lo como capital de la India portuguesa á la Antigua Goa, que tenía por sobrenombre la Dorada. «Orgullosa de sus victorias, Goa Dourada, reina de todo el Oriente, pone un freno de acero á los gentiles adoradores de los ídolos» (1). Perdida hoy entre los cocoteros, tuvo 200.000 hombres alrededor de su palacio de la Inquisición. Lo que hoy es Bombay, fué ella en el siglo de su gloria.

Diu (12.000 habitantes), en la costa del Goudzarate, proporciona á Mozambique, en Africa, trabajadores, ó como dicen en todas las colonias de plantación, *coulis*, nombre que viene de una tribu de este mismo país de Goudzarate, los kalis, de que Bombay saca muchos de sus cargadores.

Al Norte de Bombay, en las ruinas de Bassein, que fué una ciudad portuguesa de 60.000 almas, el héroe lusitano Albuquerque duerme en una tumba oculta en la enramada. En tiempos de este bravo guerrero, Portugal dictaba la ley en Oriente, sobre todo á lo largo de la «célebre costa de la India, donde la gente lusitana ha alcanzado victorias, tomando tierras y ciudades. Vivirá largos siglos en medio de naciones varias é infinitas provincias, unas mahometanas, paganas otras, con leyes escritas por el demonio» (2).

(1) Camoens.

(2) Camoens.

XII

India francesa.

¿Qué queda á la Francia en esta India que estuvo á punto de despertar un día francesa?

Cinco villas ó villorrios que le está prohibido fortificar, 51.100 hectáreas, y 290.000 indios y musulmanes, con algunos cristianos. De éstos, hay 1.660 que son «franceses de la India», un poco ateizados, pero blancos, y 1.535 mestizos de buena figura y porte.

Pondichery, capital, cerca del grado 12 de latitud, tiene 153.000 almas, comprendiendo en esta cifra todas las aldeas de un territorio de 29.122 hectáreas, compuesto de jirones perdidos en el dominio inglés. Su verdadero nombre, Pondoutcherry, es el equivalente de Neufbourgo en la lengua tamoul, que reina allí sin exclusión del francés, puramente hab'ado por muchos indios. Está la ciudad al borde de una playa recta de la costa de Coromandel. Sin puertos, casi sin rada, es una fortuna que no conozca los ciclones, tan frecuentes en aquel litoral.

Karikal, en la misma costa de Coromandel, junto al grado 11, domina 13.515 hectáreas con 109 aldeas, en las que viven 92.500 personas, también de lengua ta noul. Está sobre el Arselar, brazo del delta del Cavery.

Yanaon, en el delta del Godavey, á 11 kilómetros del mar de Bengala, habla el telougou. Los 5.500 yanaoneses ocupan 1.429 hectáreas, entre los grados 16 y 17 de latitud, bajo un cielo de eléctrica y pesada humedad, en una costa donde los tifones son frecuentes.

A 25 kilómetros de Calcutta, fuera de la tierra dravidiana, en país aryo, Chandernagar lleva en realidad el nombre bengali de Tchandranagar, que quiere decir «ciudad de la luna», y el de Tchondannagar ó «ciudad de los Bosques de Sándalo». Situada en el mismo brazo del río que Calcutta, ó sea en el Hougli, donde llegan los buques de menos de tres metros de calado, la «ciudad de la luna» abarca sólo 940 hectáreas y tiene 23.000 almas, resto de 100.000 que tuvo. Pero es encantadora; bellos árboles adornan allí las ruinas, á las que parecen sostener y que, en realidad, derrumban.

Chandernagor es la única ciudad extradravidiana de nuestra India. Se habla el malayalam en Mahé, puerto fangoso de la costa de Malabar, que tiene, con cuatro aldeas anexas, 8.500 habitantes en un territorio de poco menos de 6.000 hectáreas.

XIII

Ceylán.

La piriforme Ceylán (1), que tiene 6.398.000 hectáreas, mira al Dekkan meridional por encima del estrecho de Palk y del Golfo de Manaar, lavando las aguas de uno y otro las rocas, arenas y lodos en que se pesca la perla durante la primavera.

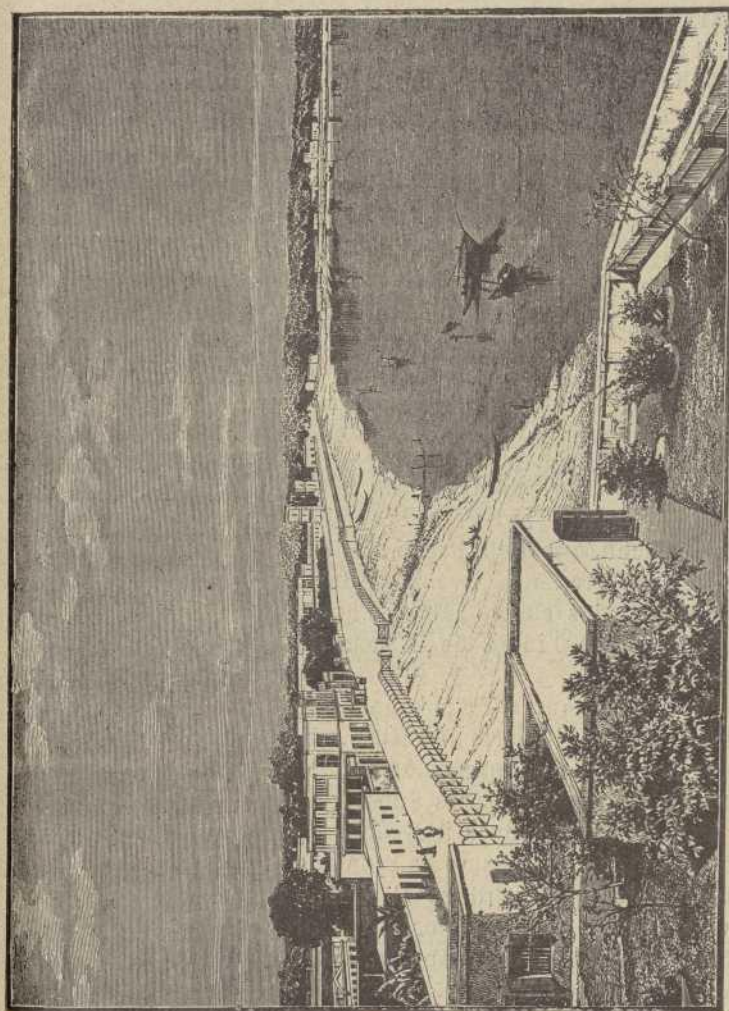
El mar que separa del continente de Asia á esta isla, no tiene más que una escasa profundidad, y aun así está lleno de escollos, islotes y bancos de arena que forman como una especie de istmo roto llamado el puente de Rama. Sin embargo, á pesar de la proximidad de la India y de la delgadez del estrecho, Ceylán, por sus animales y sus plantas, se parece menos al Dekkan que á la lejana Madagascar, y ciertos sabios, pródigos en hipótesis, han pretendido que esta isla asiática, la vasta isla africana y las islas Seychelles, formaron parte de un solo y mismo continente que duerme hoy bajo el mar de las Indias.

Igual á la India, la fecunda Ceylán se distingue por plantas poderosas y magníficas. En el Norte de la isla, el imperio de los árboles es de la palmera; en el Sur existen 20 millones de cocoteros. La canela, tan provechosa á los holandeses cuando poseían á Ceylán, ha desaparecido casi; pero el café ha ocupado su lugar y hace la fortuna de sus nuevos dueños los ingleses, que se meten en todas partes.

En las tierras bajas, que abarcan todo el Norte de la isla, el clima ceylanés es de los más embriagadores y enervantes, con 27 á 28 grados de temperatura media; pero á 1.000 ó 1.500 metros de altura existe una primavera eterna. El Pedrotallagalla (2.558 metros) es la más alta montaña de Ceylán, formada de *gneiss* ó de granitos, donde las tempestades del monzón caen en grandes chaparrones, sobre todo en la vertiente Oeste del pico de Adán.

(1) Corrupción de Sinhala (*dvipa*): «isla de los Leones.»

En este punto de la costa occidental caen, por término medio, al año seis metros de lluvia, mientras que Manaar en la



India francesa: Chandernagor. (Dibujo de J. Moynet.)

amplia llanura del Norte no recibe sino un metro. Estimase en dos metros la lluvia media de la isla, pero Ceylán no tiene ningún vasto *Ganga* (1). El primero de todos, el Mahavelli

(1) Río.

Ganga ó Ru de las Grandes Arenas, llega á la espléndida bahía de Trincomali, después de 215 kilómetros de curso en una cuenca que sólo tiene un millón de hectáreas.

De 250 á 300 metros más bajo que el Pedrotallagalla, el Samanala ó Pico de Adam, se termina en una roca en obelisco á la cual se sube por escalas y cadenas. Budhistas, brahmanistas, mahometanos y hasta chinos se encaraman allí en peregrinación para adorar una marca en la roca, una huella donde los budhistas ven el pie de Budha, los brahmanistas el pie de Siva, los mahometanos al pie de Adam, los chinos al pie de Fo, y los portugueses vieron en su tiempo el pie de Santo Tomás. Durante los ciento cincuenta años que Portugal dominó la isla, hasta de Colombo por los holandeses en 1656, la raza lusitana tan profundamente á este país, que aún se habla en las ciudades un portugués corrompido y Ceylán contiene 100 católicos por 50.000 protestantes.

El budismo es allí la religión de 1.900.000 hombres, y el tercio de las mejores tierras ceylandesas pertenece á los conventos budhistas.

Bajo el nombre de Lanka la isla es reverenciada de lejos por los pueblos que han conservado la doctrina de Sakyamuni, ó mejor dicho, que han hecho de ella un formulario imbécil, que en nada recuerda el espíritu del Budha, y en el que sueñan sin cesar las cuatro palabras que nadie comprende. Hay en Ceylán 600.000 indos de la secta de Siva y 20.000 musulmanes.

Cuando Ceylán, la Trapobana (1) de los griegos, no formaba aún parte del imperio de Lisboa, obedecía á príncipes indos descendientes de conquistadores que habían tomado el país quinientos cuarenta y tres años antes de Jesucristo. Hacia el siglo XII, bajo estos reyes indígenas resplandecía una civilización cuyos monumentos no ha igualado la moderna. Entre los juncales y lagos de verdura el tiempo no ha reducido aún á polvo los armoniosos edificios, los bajorelieves, las estatuas de Pollanaroua, ciudad del gran Prakrama. En medio de los bosques de infinitos bejucos, Anaradjapoura, hoy Anouradha, más antigua y más vasta aún, muestra junto á su higuera de dos mil años el inmenso templo subterráneo de Mihintala y las ruinas de una pagoda de ladrillo de las que podría

(1) Corrupción de Tamraparni, «brillante como el cobre», quizá á causa del color rojizo del suelo.

hacerse un muro de un espesor de un pie y 10 de alto, que fuese desde Londres á Edimburgo. Preténdese que su recinto tenía 100 kilómetros. Su campo de ruinas es inmenso.

Los ceylandeses al Norte de la isla, donde no hay montañas ni grandes ríos, corrigieron la Naturaleza con la creación de más de treinta lagos y más de tres mil algibes, cuya mitad está hoy abandonada. El dique de Padivil tenía 25 metros de alto y



Ceylán: cocoteros. (Dibujo de A. de Bar.)

18 kilómetros de largo; su espesor, de 10 metros en lo alto, era de 70 en la base.

Sobre los tres millones de ceylandeses hay en el Sur y el centro más de dos millones de cinghaleses, salidos del cruzamiento de los autóctones con indos, malayos y árabes. Son hombres pequeños, de color rojizo entre blanco y negro, repletos de carne, bien formados, buenos y generosos en su hospitalidad. En su lengua, que parece fué dravidiana, ha acabado por prevalecer la influencia arya, gracias al sanscrito, órgano de la civilización, y al pali, órgano de la religión. Los cinghaleses tienen la desgracia de poseer en este último idioma poemas budhistas con la friolera de 500.000 estrofas.

En el Norte viven 800.000 tamils originarios del Dekkan,

principalmente de la costa de Malabar. Sin contar estos hijos del continente, fijados en la isla, hay gentes de la misma lengua, de 60.000 á 160.000, que vienen á trabajar en la cosecha del café, todos los años, en las plantaciones. Semejantes al kabila que va á segar á la llanura ó al gallego de España que, hoz en mano, desciende de sus montañas y va á sufrir el martirio del calor para ganar cien reales al cabo de la cosecha, dejan



Tipos cinghaleses (Dibujo de E. Bayard.)

estos indos sus aldeas de Dekkan y franqueando el Estrecho alquilan sus servicios á los grandes propietarios ceylandeses. Así el número de tamils aumenta rápidamente en la isla. De 1871 á 1881 se elevaron de la quinta á la cuarta parte de la población y parece que el porvenir les pertenece. Es además una raza abundantísima la de estos dravidianos que dan á todas las colonias, sobre todo á las inglesas, el mayor número de coulis, no chinos ni negros.

En cuanto á los emigrantes no dravidianos de la India, parten casi todos de orillas del río santo, de los alrededores de Benares y de Patna.

Doscientos mil ceylandeses son de origen árabe ó más bien descienden del cruzamiento de inmigrantes árabes. Ciento cin-

cuenta mil deben su origen á la unión de los indígenas con los antiguos amos europeos, portugueses ú holandeses, menos de éstos que de aquéllos, y la lengua neerlandesa hace mucho que ha desaparecido de Ceylán. Los burghers (1), como se llama á los mestizos holandeses, se han hecho fervientes ingleses, desde que Inglaterra domina á Ceylán. Hablan inglés y ayudan á los ingleses en administraciones y expedientes. Los cruzados de lusitano, más fieles á sus padres, no piden empleos á los dominadores del país, tanto por indolencia como por ignorancia, y la mayoría trabaja con sus manos en oscuros oficios.

En los distritos del centro pululan los negros veddahs, de cabeza pequeña, pueblo débil que se halla ya al borde de la fosa, muy retirado, de costumbres castas y nada agresivo. Hablan una lengua casi cinghalesa y puede decirse que veddahs y cinghaleses fueron antes una sola y misma nación de raza dravidiana, sólo que los veddahs, por su alejamiento, no recibieron elementos nuevos. Eran bárbaros y bárbaros se quedaron, siendo muy dignos de su nombre, que significa «cazadores», ó por mejor decir, «arqueros». En nuestros días, aún en este siglo de ametralladoras, persiguen al elefante, al leopardo, al jabalí, al oso, el ciervo y el cuervo, sin más armas que la flecha de un arco, duro de tender, como el de Ulises. Poco á poco estos trogloditas pasan á la lengua tamil que les abre más vastos horizontes.

El único verdadero puerto de Ceylán se abre en la costa oriental, en Trincomali. El gran punto de cita de los correos está, sin embargo, en el Sur de la isla, en Punta de Gales, y la capital inglesa en la orilla occidental, es Colombo, ciudad de 100.000 almas en una mala rada, en la desembocadura del Kalani.

Es únicamente capital en tiempo fresco. En la estación cálida el gobernador y las gentes de su séquito suben á Kandy, ciudad del interior, á 518 metros de altura, en el seno de los montes, en un recodo del Mahavelli Ganga. Colombo nada tiene de extraordinario. Es una ciudad moderna.

(1) Palabra holandesa que significa «los burgueses».

XIV

Islas Laquedivas.

En frente de la costa de Malabar, al Norte del grado 10, las islas Laquedivas (5.200 hectáreas), archipiélago del coral, emergen de un mar profundo, con sus cocoteros y plátanos no regados por fuente alguna.

Infieles á su nombre, Lakeha Dvipa, que significa «Cien mil islas», no son en realidad más que doce, ocho habitadas y las otras bancos, arrecifes, rocas y arenas que casi borra la marea alta. De 10.000 á 11.000 hombres las habitan, cruzados de sangre árabe y hablando el malayalam.

Los comerciantes árabes daban en otro tiempo á este archipiélago el nombre de «Islas del hilo», porque la principal industria de sus habitantes es trenzar cables para los barcos, con la fibra de los árboles.

El animal que más abunda en estas islas es el ratón que causa grandes daños en las plantaciones de cocoteros.

XV

Islas Maldivas y Tchagos.

Al Sur de las Laquedivas, al Mediodía del grado 8, las islas Maldivas se extienden en 886 kilómetros, casi otro tanto que Francia. Y, sin embargo, todas juntas, á la hora de marea baja, no roban al mar más que 500.000 hectáreas y 90.000 en la marea alta. Lo mismo que á las Laquedivas, se hace innumerables á las Maldivas. Su pseudo-rey, que obedece á Inglaterra, se titula modestamente el «monarca de las Trece provincias y de las Doce mil islas». Pero apenas si hay 500 islitas y sólo 175 pobladas. Vívase allí á la sombra del cocotero, sobre arena y coral, á orillas del mar ó de la laguna, en torno de la que están las islas madreporicas en círculo. Originarios de los cinghaleses, cruzados de árabe y africano, los 150.000 insulares de las Maldivas hablan un *patois* cinghalés y profesan el mahometismo.

Estas islas Maldivas, llamadas también islas del Malabar, son

en su mayoría formaciones madreporicas expuestas á grandes crisis. Con frecuencia se derrumban montes y desaparecen playas. Los habitantes viven de los frutos del cocotero y beben el *toddy*, ó vino de palmera. Su principal riqueza es la porcelana caonri, que pescan por medio de aparatos primitivos. Las conchas las entierran en la arena hasta que se corrompe su carne, luego las lavan, y las hacen servir como moneda, más agradable á la vista que nuestras piezas de cobre. El pescado salado es la mejor exportación del país.

El archipiélago de Tchagos estuvo deshabitado hasta 1791, en que se establecieron en él varios emigrantes franceses de la isla Mauricio para dedicarse á la fabricación de aceite de coco. La isla más importante de este archipiélago es la de Diego García, que lleva el nombre de su descubridor español. Ella sola contiene los dos tercios de la población del archipiélago. Las familias son raras, pues el número de mujeres es reducido. Sólo tres veces al año visita un barco correo esta isla principal del archipiélago de Tchagos, que hasta ahora no tiene otra utilidad que proporcionar aceite de coco en gran cantidad á las fábricas de Europa.



Un molino de arroz (Dibujo de Robín.)

INDO-CHINA

I

Presión de la India.—Presión de la China.

Morada de pueblos cuya gloria no ha tenido gran expansión (exceptuando á los malayos dispersos en un inmenso archipiélago), este vasto país carece de nombre nacional.

Ninguna de sus tribus ha logrado formar una nación preponderante, y la vasta península transgangética no lleva el nombre de ninguna de ellas. Comprende esta península á los mrammas ó birmanes, taises ó siameses, los laocios, los malayos, los cambodgianos, los conchinchinos, los annamitas y los tonkineses, pero jamás han constituido ni Birmania, ni Siam, ni Laocia, ni Malacia, ni Camboíge, ni Conchinchina, ni Anam; ni Tonkín.

Sólo lleva este país un nombre geográfico que indica su posición, y que resulta muy adecuado por cierto, porque la Indo-China es, ante todo, la transición entre la India y la China.



A medida que del delta de Bengala se avanza hacia Oriente, se ven, por lo general, hombres cuya semejanza con los chinos va acentuándose, al mismo tiempo que se atenúa su carácter indo. Y cuando se llega al Tonkín parece que se está en una provincia de la China meridional, pues su lengua se asemeja bastante á la del viejo y populoso imperio.

Lo que no indica este nombre de Indo-China es que esta parte de continente forma también el eslabón intermediario entre el Asia y el gran archipiélago Megalonésico, que desde el mundo indio lleva al mundo australiano, menos poblado y menos grandioso.

II

Costas, montes, ríos.

La Indo-China tiene una extensión de 218 millones de hectáreas, con 35 ó 36 millones de almas.

Entre el mar de la India y el mar de la China, arrancan de los distritos ignorados ó mal conocidos por los europeos del Himalaya oriental, ó Sin-chan, macizos montañosos, de donde provienen sus aguas. Hacia el Sur penetra la Indo-China entre ambos mares, formando una península de 12.000 kilómetros de largo y muy estrecha, sobre todo en su raíz y hacia su parte media.

Con una superficie un tercio inferior á la de la India y llena de bahías, la Indo-China posee mayor extensión de costas. Pocas comarcas del globo son tan fecundas y gozan de un cielo tan creador; pocas tienen tan buena situación. Pero, por desgracia, de sus arroyos, de sus bosques, de sus pantanos y de sus fuentes de eterna vida, no sale la salud, sino la enfermedad.

Tiene pocas llanuras, y este es su principal defecto. Los valles de sus grandes ríos están separados por abruptos montes que hacen de cada país un lugar aislado. Estas cadenas de montañas se extienden del Noroeste al Sudeste, y sería vano tratar de describirlas, porque son muy poco conocidas.

Su altura no suele exceder de 2.500 á 3.000 metros, al menos en la Indo-China meridional; pero la Indo-China del Norte, apoyada en el Himalaya, tiene picos de gran altura y se le suponen 4.175 metros al Dufa-Bum, en la frontera septentrional de la Birmania. Las montañas de la península de Malaca son un

pequeño mundo aparte, cortado por una depresión de los montes indo-chinos. Sus picos culminantes no pasan de 2.000 metros.

Tiene la Indo-China entre sus ríos dos de magnitud considerable, con delta, gran corriente y largo curso. Uno, el Iraouaddi, corre en Birmania; otro, el Mékong, que desemboca en la ribera donde naufragó Camoens, pertenece á Francia. Se ha navegado por él hasta llegar á la China; pero el principio de su curso es todavía un misterio. El Salonem, río birmano, tiene también gran caudal. El Menam, río siamés, es de menor importancia.

A las orillas de estos ríos un sol tropical, funesto á los europeos, ilumina una vegetación espléndida de plantas, que son las mismas de la India, la China y Java. Allí se encuentran animales corpulentos como el elefante y el rinoceronte, ó esbeltos y ligeros como el tigre, y hombres de razas y lenguas diferentes.

Al Oeste de Siam, la antigua influencia de la India se revela en nombres de lugares, montes y ríos, que son de origen sanscrito. Una nueva influencia, la de Inglaterra, tiende á hacer de este país una dependencia de la India.

Calcutta es la ciudad de donde emana el poder y la luz. Los ingleses de la India dominan una parte de la comarca, y por su influjo el elemento indio crece cada año, sobre todo en tiempo de hambre, y millares de ribereños del Ganges vienen á trabajar en las faenas agrícolas. El bengalés, una de las lenguas arias de la India, gana terreno de día en día en la Indo-China.

En suma: hay en la Indo-China un Occidente más ó menos anglo-indo-biránico; una región central chino-thaisiana en Siam; un Oriente franco-annamita-chino, y un Sur chino-malayo en la Península de Malaca.

Políticamente comprende esta península: la Indo-China inglesa, el Siam, los estados Malayos más ó menos dependientes de Inglaterra y la Indo-China francesa, poseída francamente por la República de Francia ó protegida, y con monarcas más ó menos dependientes.



El Iraouaddi. (Dibujo de Paul Huet)

INDO-CHINA INGLESA

I

Birmania.

La Birmania inglesa, arrebatada poco á poco á los birmanos, no comprendía recientemente más que tres provincias:

El Arracan, larga y estrecha comarca del Golfo de Bengala, que recibe una lluvia de tres á seis metros por año.

El Pegú, valle y delta del río Iraouaddi.

El Tenasserim, zona estrecha entre los montes de Siam y la costa marítima.

Tiene en conjunto 26 millones de hectáreas, con más de cuatro millones de habitantes que aumentan rápidamente por la inmigración de los indos agricultores y por las numerosas familias que abandonan la Birmania libre trasladándose á la que no lo es. Los indígenas dicen: «En la Birmania inglesa las villas se convierten en ciudades, y en la Birmania birmana las calles se convierten en aldeas.» La capital es Rangun.

De pronto los ingleses, con su brusquedad habitual, han confiscado la Birmania independiente, y agregándola al núcleo formado por sus tres provincias, han restablecido la integridad birmana, en provecho de la insaciable Inglaterra. Como las fronteras entre la ex Birmania, libre del yugo sajón y el populoso imperio chino están todavía mal definidos, no se puede evaluar justamente la extensión y la población birmana, pero aproximadamente se calculan en 68 á 70 millones de hectáreas y ocho millones de almas.

II

Iraouaddi.—Salouen.

La Birmania, gobernada hasta hace algunos años por un déspota, esclavo solamente de su fantasía imperial y real, se extiende de Norte á Sur en las márgenes del Iraouaddi y del Salouen, sus dos grandes ríos.

El Iraouaddi no contiene, como se ha supuesto, el gran torrente del Tibet oriental, el Dzang-Bo, mas no por esto deja de ser un gran río. Cuidadosamente medido durante diez años, conduce al mar Indico un caudal poderoso, 13.600 metros cúbicos por segundo, con 1.300 y 56.000 en sus extremos máximo y mínimo, lo que equivale al Danubio, el Ródano y el Rhin juntos.

Sin embargo, en algunos parajes no tiene más de 50 metros de ancho, pero con ondas de 75 metros de profundidad y vertiginosamente rápidas. Corre con más velocidad que el caballo: á razón de seis leguas por hora. En la Birmania, que aún era recientemente birmaniana, busca las soberbias ruinas de viejas capitales: en la Birmania, ya de antiguo inglesa, fluye ante Prome, y á 220 kilómetros del Océano se abre en un delta de 4.600.000 hectáreas que inunda constantemente el río, terriblemente activo en sus aluviones amontonados por las crecidas. Ninguna inundación ha cubierto la cuenca del Iraouaddi sin cambiar la situación de las islas de barro, de arcilla y de arenas y sin modificar la red confusa de sus brazos y cauces vivos ó muertos y de los pantanos de Birmán. En nuestros días, el Iraouaddi se vierte en el mar por nueve vías principales. Su verdadero nombre aryo, Airavati, quiere decir «río de los elefantes».

Para ir desde el Iraouaddi al Salouen, que corre paralelamente al Este, es preciso llegar hasta el Pegú-Yoma ó cordillera del



Paisaje de las islas Gran Andaman. (Dibujo de A. de Bar.)

Pegú, que no es muy alta, descender al valle de Sittang, río muy secundario, cuya cuenca, no obstante, es grande, y ascender al Pungloun, cuya cima alcanza hasta 3.190 metros, y seguir todavía un largo espacio descendente.

El Salouen es menor que el Iraouaddi porque sus sierras gozan de menos lluvias. Nace en las mesetas de la China meridional. Sucesivamente chino, birmano y siamés, pasa aún en su curso inferior por depresiones extraordinarias, midiendo de orilla á orilla 30 metros, á pesar de lo cual es un río cuyas crecidas llevan 20.000 metros cúbicos por segundo.

III

Los myamas ó birmanes.

Los habitantes de Birmania se llaman á sí mismos myamas ó bamas, en otro tiempo mramnas, y su nombre proviene de Brama.

Esta suposición permite á los birmanes creerse originarios de la India, de las benditas orillas del Ganges; pero sus rostros achatados, de aspecto mongol, desmiente este origen. No es fácil encontrar entre ellos la nariz aguileña, los grandes ojos y las barbas patriarcales de los indostánicos.

Son pequeños, ágiles, robustos, valientes, de ánimo jovial, descuidados y pródigos, sin odio ni rencores. Su lengua, el birmano, muy mezquina en formas, tiene el monosilabismo del chino, pero es menos pobre, gracias á la influencia de los hermosos idiomas de la India. Los birmanos hablan indistintamente diversas lenguas.

Una lengua llena y sonora que no es hermana ni pariente del birmano y de origen más noble, el pali, sirve para los rituales de su religión, y en algunos sitios de idioma oficial. Las grandes ciudades suelen por esto tener dos nombres: un nombre vulgar ó birmano, y un nombre más elevado, ó, por decirlo así, acaadémico, en pali. Este último se emplea sólo en estilo administrativo. Decir que el pali es la lengua oficial y religiosa, es decir que el budhismo impera en Birman.

Los myamas dominan por el número en la comarca oriental. Pero con ellos viven otras razas: un millón de karens, más de 200.000 de chames, parientes de los siameses, diversos pueblos semibárbaros y aun completamente salvajes, 300.000 indios agricultores que aumentan todos los años y 15.000 europeos.

Los karens hablan un lenguaje monosilábico y numerosos

dialectos y se dividen en diversos grupos que se denominan según el color de sus vestidos blancos, rojos y negros. Todos tienen un aspecto mongólico.

IV

Ciudades.

En Birmania las capitales nacían antes por un capricho real y morían por fantasía del soberano.

En Mandalé (190.000 habitantes), á cuatro kilómetros del río Iraoua ldi, estaba el palacio del emperador cuando Inglaterra se apoderó de Birmania. Hacía cuarenta años que Mandalé había quitado la capitalidad de Birmania á la ciudad de Amarapura ó «ciudad de la Inmortalidad», próxima al mismo Iraouaddi.

Amarapura hacia el fin del siglo XVIII, sucedió á la ciudad de Ava, Ratnapura en pali, ó «ciudad de los Diamantes», que hoy es un campo de ruinas con restos de templos y cúpulas blancas ó doradas, desde donde se ve el lugar de la «ciudad de la Inmortalidad», hacia el Noroeste, á dos leguas solamente. Estas dos ciudades, reinas de los myamas, nacieron y murieron juntas, y cerca de ambas se levanta la joven reina, ó sea Mandalé.

Esta soberbia llanura, donde el Iraouaddi describe una gran curva, es el núcleo vital de la Birmania.

Ava, que reinó durante más de cuatrocientos años, á partir de 1364, había arrebatado el cetro á Pagán, otra ciudad ribereña del Iraouaddi, pomposa metrópoli que elevaba, dice la leyenda, 9.999 pagodas en el cielo luminoso de la Birmania, mil de las cuales existen todavía. Aparte de los edificios religiosos y militares, apenas quedan restos de lo que fueron Pagán, Ava, Amarapura y Sagain, en otro tiempo capitales de los myamas.

¿Qué puede quedar en estas ciudades después de algunos siglos, de las casas de bambú, simples cabañas, donde habitan los birmanos pobres, y de las casas de madera que habitan los birmanos ricos?

Después de Mandalé, que reina sobre la Birmania, Rangun, ciudad de 180.000 habitantes, tiene la primacía sobre las ciudades de la Birmania anexionada. Cercana al mar, está surcada por tres ríos, ó tres brazos del delta del Iraouaddi.

V

Colonia de los Estrechos y península de Malaca.

La colonia que los ingleses llaman Establecimientos de los Estrechos (Straits Settlements), comprende una tierra continental en tres fragmentos: Wellesley, Toulou-Sagar y Malaca, y dos islas ribereñas, Pulo-Pinang y Singopour, con una extensión total de 6.761.200 hectáreas y 925.000 habitantes, malayos, chinos, indios, eurasiáticos y blancos, estos últimos en número de 2.000 y los eurasiáticos de 8.000. En la península dominan los malayos y en las islas los chinos.

De estos tres fragmentos de tierra firme, sólo Malaca es ilustre. El territorio de Wellesley y el de Toulou-Sagar no han dejado nada notable en la historia.

Malaca, en otro tiempo poderosísima, pasó de los malayos á los portugueses, después de los lusitanos á los holandeses y por fin, de los holandeses á los ingleses, que la poseen hoy, pero á pesar de la actividad británica, la ciudad de Malaca no ha resucitado aún. Hoy tiene una población de 20.000 almas, y se habla en ella un lenguaje malayo con mezcla de portugués. De la sangre holandesa, que es de difícil cruzamiento, no queda nada. En cambio es profundo el rastro dejado por los aventureros del Tajo y del Miño. Se reconoce esto en los apellidos de familia, tan comunes en la tierra portuguesa, Souza, Carvalho, Pereira, Almeida, Andrade, Teixeira, Albuquerque y el inevitable Da Silva; pero estos hombres bronceados, negruzcos, bastardos de Guimaraes, hablan un lusitano con casos invertidos, donde el verbo no tiene más que una sola persona y tres tiempos, el presente, el pasado, que se forma con la partícula *já*, y el futuro con la partícula *logo*. Así se forman, seshacen y acaban las lenguas.

VI

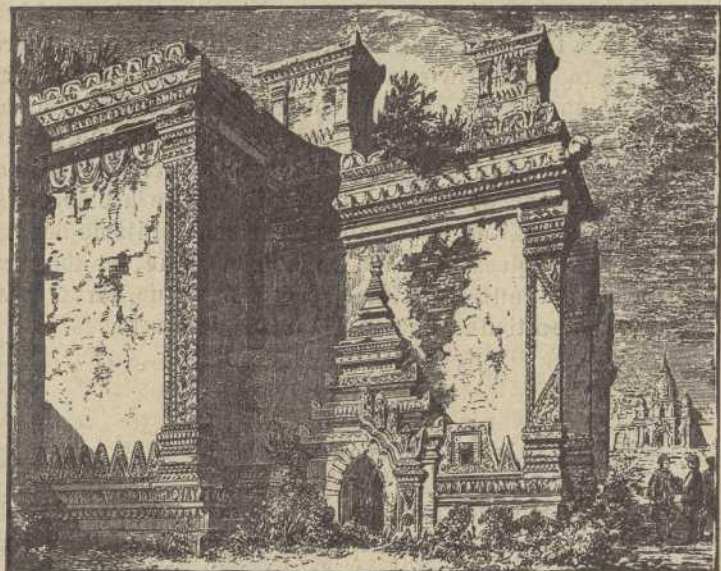
Pulo-Pinang.

Pulo-Pinang, ó isla de los Arqueros, enfrente y no lejos del litoral de Wellesley, tiene montes de 1.000 metros, y es bastante salubre. Inglesa desde hace cien años, no ha conservado su nombre cortesano, y terriblemente banal, de Isla del Príncipe

de Gales que le pusieron; pero la capital aún lleva su título de Georgetown.

Los chinos equivalen ellos solos en número á todos los demás elementos, que son los malayos, los tamiles inmigrados de la India meridional, los 4.500 djaoui-pekans, mestizos de tamiles y malayos, los ingleses, los demás blancos de Europa y los eurasiáticos.

Allí está el Seminario católico del Extremo-Oriente, de don-



Ruinas del templo de Pagán. (Dibujo de Lancelot.)

de salen misioneros que son de una fe maravillosa. Pero el Oriente, sea malayo, indio ó chino, no admite fácilmente el cristianismo.

VII

Singapour.

Singapour, ó «ciudad de los Leones», al Sur de la península, se ha convertido en uno de los lugares más importantes de inmigración de la China, y de esta isla insalubre, perteneciente á Inglaterra, la raza tenaz que adora á Confucio ha hecho una tierra tan china como el mismo Imperio Celeste.

Mucho menores en número á los chinos, siguen á éstos los malayos, los tamiles, los javaneses, los blancos y la turba cosmopolita. Singapour, cuya existencia cuenta más de setenta años, es un puerto excelente en el *Mar de los Pasajes*, que así puede llamarse el conjunto de canales por los cuales se abre el Estrecho de Malaca sobre el piélago que bate al Oeste á Sumatra, y al Este á Borneo.

Inglaterra tiende á dominar toda la península de Malaca, á nivelarla bajo su comercio todopoderoso, y especialmente á desnacionalizarla, no en su provecho, sino en el de la China, que es aquí la fuente de los hombres, del trabajo y del dinero. Pero por el momento la península depende todavía en gran parte del reino de Siam, que aún conserva su antigua independencia. Toda la parte que rige Inglaterra, toda la que depende de Siam y la que obedece á diversos príncipes, contiene 1.600.000 personas, en un área de 25 millones de hectáreas. Se ha propuesto cortar en la parte septentrional el istmo de Kra, lengua de tierra que separa á la India de la China, los dos parajes más ricos del mundo. El macizo que hay que cortar para abrir el istmo no tiene más que 30 metros de altura.

VIII

Islas Andaman y Nicobar.

En el trayecto del arco de círculo que une el delta del Iraouaddi con la punta septentrional de Sumatra, se desmorona en el mar la cadena de los Andaman y de los Nicobar.

Las islas Andaman, con 649.500 hectáreas y 15.000 habitantes, pertenecen á Inglaterra. A ellas son enviados los condenados á diversas penas en la India. En sus bosques pululan los andamones y mincopios, raza negra, de pequeña estatura. La tierra más continental del archipiélago, entre los 10 y 15° es la isla Gran Andaman, con una longitud de 250 kilómetros y una anchura de ocho ó diez veces menor. Tiene un monte de 900 metros de altura.

Al Sur de las islas Andaman, las islas de Nicobar, abundantes en fiebres y pobladas de malayos, pertenecían á Dinamarca, que las cedió á Inglaterra. Sus 177.100 hectáreas, con una cima de 720 metros, son la patria de 5.500 salvajes, altos, robustos, y el asilo forzoso de los presidiarios de la India que mandan allí los ingleses.



Una calle de Bangkok. (Dibujo de Barclay.)

SIAM

I

Siam: el Menan.

Siam, reino despótico separado del imperio birmánico en el siglo xviii, bordea el golfo de Siam, que penetra en la tierra con una amplitud de mar, entre la península de Malaca al Oeste y las costas siamesas cambodgianas y cochinchinas al Este.

Este golfo, que tiene 1.500 kilómetros de costa, no recibe ya al Mékong, gran río en parte siamés, cuyos aluviones han arrebatado grandes espacios al Océano, pero sí al Ménam ó «mar de las ondas», río menor que el Mékong, y, no obstante, poderoso, como lo indica su nombre, sobre todo su nombre completo, Tchau-phyamé-nam, ó sea: «Príncipe, jefe, madre de las aguas».

El Ménam, nacido en los confines de la Birmania, pertene-

ce por completo á Siam y baña su brillante y ruidosa capital. Fuertes barras de arena cierran la entrada de sus canales imposibilitando el acceso de los navíos.

El reino de Siam se extiende en 76 millones de hectáreas y no posee más de cinco á seis millones de habitantes; pero hay que considerar que la mayoría de los siameses se aglomera en el valle y en el delta del Ménam, especie de Holanda, fertilizada por los desbordamientos periódicos de este río y cubierta de canales practicados por los chinos.

El resto del país, desierto inmenso, bosques y montañas, sería muy productivo si lo cultivasen, porque tiene suelo profundo, calor y agua de los montes.

II

Thai, chinos y laocianos.

Entre los cinco ó seis millones de habitantes hay dos millones de siameses, 150.000 chinos, esparcidos en las ciudades y en los pueblos dedicados á la industria y á la banca, un millón de laocianos, 500.000 malayos y 300.000 cambodgianos, cifras todas en cierto modo hipotéticas, pues no existe ningún censo.

Los laocianos á orillas del Mékong medio y los chan sobre el alto Ménam, pertenecen á la nación de los thai. En el fondo, los siameses del país de Bangkok son laocianos amoldados á la administración oriental, es decir, á la servidumbre muda y á la cortesía china, que equivale á la mentira.

El pueblo reinante de los siameses, exuberante, según dicen, de cualidades intelectuales y morales, afectuoso y jovial, carece de belleza física, conservando el sello chino, como su lengua completamente monosilábica. El budhismo reina tíranicamente en este país en el que se reverencia al sakyamouni de la India, bajo el nombre de Sommonacodum, en soberbias pagodas que se construyen amorosamente con toda suerte de esplendores, pero una vez elevadas se las abandona á su suerte, no reparándolas jamás.

Los *talapoins*, ó prelados de Budha, son muy honrados por los dos reyes que hay en Siam.

Bangkok, sin ser Esparta, tiene á la vez dos reyes en el trono, pero el primero sólo es verdaderamente rey.

Aunque thai significa hombre libre, los thai no conocen

apenas la libertad más que de nombre. Se dice que *sàremival*, que equivale á reinar, en el lenguaje del país significa también



Ruinas de Angkor. (Dibujo de Thérond.)

literalmente «devorar al pueblo». Una gran parte de la nación es esclava por causa de las deudas.

Los elefantes son muy numerosos en los bosques del Laos y en algunas partes de la cuenca del Ménam. Cerca de la antigua

capital de Siam, que fué Ayouthia, se verifican todavía grandes cazas reales, y centenares de elefantes son capturados en una expedición. Los siameses los domestican y los guían con tanta habilidad como los indios. Además tienen una veneración por los elefantes «blancos», cuya blancura es obra más de su imaginación que de la realidad. Los siameses son los más fervientes budhistas después de los habitantes del Tibet. No matan ningún animal, no rompen un huevo, no comen carne más que cuando la bestia ha sido sacrificada por otros. El cuervo es uno de los animales más respetados, pues ven en él un sér sobrenatural. Sobre el techo de cada cabaña habita el touk-hai, un pájaro de manchas rojizas que limpia la casa de insectos y ratas, y lanza gritos estridentes á intervalos regulares, sirviendo de reloj doméstico.

El color ordinario del traje de los siameses es un azul casi negro. Su turbante, que tiene unos quince metros, después de arrollado á la cabeza, cae en franjas sobre la nuca. Las mujeres se adornan con joyas de plata, diademas, pendientes y botones de artística labor que fabrican en el país. En muchas poblaciones son los sacerdotes los que se dedican á este trabajo.

Los chinos llaman «Bárbaros blancos» á los siameses, considerándose muy superiores á ellos.

El rey de Siam se llama «Amo de la Tierra» y «Amo de la Vida». Su poder es absoluto. Posee todas las tierras de su reino como único propietario y puede expulsar á sus habitantes. Si éstos, que se titulan «hombres libres», utilizan las plantas, el agua, los árboles, las piedras y todo lo que se encuentra en los límites del reino, es porque el soberano se ha dignado autorizarles para ello. Igualmente dispone de la vida de sus súbditos, y si no corta las cabezas de todos es por su inmensa bondad. A pesar de tanto poder, tiene que ajustar su vida al tiránico ceremonial de un libro que sirve de regla á su conducta. El segundo rey, que es siempre próximo pariente del primero, goza del título y de los honores y atributos de la majestad real, pero no del poder, pues su papel es simplemente decorativo.

III

Ciudades.

La capital, Bangkok, que es medio china, ciudad de 600.000 almas, se llama en pali Thanabouri, y tiene por denominación oficial Si Ayouthia Maha ó «Gran Ciudad de los Angeles». Ha reemplazado á Ayouthia, metrópoli destruida hace más de ciento cincuenta años por los pegouans, y que está situada á orillas del Ménam, lo mismo que Bangkok. Ayouthia reinó de 1350 á 1767. Después de muerta ha dejado ruinas magníficas, tan bellas por la naturaleza como por el arte.

Bangkok está rodeada por los canales de su río, impuro y profundo. En el seno de un delta llano como los *polders* holandeses, anegado muchos meses del año por las crecidas, la ciudad, confusamente construida sobre islotes fangosos, es una Venecia oriental, con casas de madera y templos búdhicos con techos de tejas pintadas.

Una gran parte de la población vive en el río, en barcas que equivalen á casas. Cuando estalla un incendio, cada cual corta las amarras de su casa y va á anclar más lejos. Estas barcas están adornadas con pinturas y esculturas y su techo es de tejas doradas.

Los barrios de Bangkok, construidos en tierra firme, se han modificado mucho, y alrededor del palacio real son de aspecto europeo. El mismo palacio es de arquitectura italiana.

Las grandes curiosidades de Bangkok son sus pagodas. El templo de Xetuphon contiene una estatua de Budha que llena una nave de 60 metros. Todos los templos guardan valiosos tesoros. En los alrededores de las pagodas están los osarios, adonde van á parar los cadáveres de los que no tienen familia ni amigos que los entierren. Los perros y los buitres los devoran casi á la vista de la gente sin que ésta se impresione. Hasta muchos siameses ricos legán cuando mueran una pierna ó un brazo para sustento de los animales, cumpliendo de este modo los preceptos de caridad universal enseñados por Budha.

Otra metrópoli, muerta como Ayouthia, majestuosa en su soledad, Angkar, fué la reina del gran pueblo casi olvidado de los khmers. Se levanta al Sudeste del reino, en el Cambodge sia-

més, cerca de Tomlé Sap, gran lago que une al río Mékong un arroyo cuya corriente, según la altura de las aguas, va del río al lago ó del lago al río. Los khmers, que estaban orgullosos de su ciudad, dejaron en ella monumentos que nos abruman con su grandeza y su arte

Templos para arrodillarse ante el Indra ó ante Visnú, dioses de la India; casas de príncipes; avenidas grandiosas; caminos rectos llenos de estatuas; terrazas; escaleras guardadas por monstruos de piedra; lagos artificiales; bustos gigantescos de Budha; enormes cuerpos de animales reales ó quiméricos: en ninguna parte, ni en Egipto, son más elocuentes los últimos testigos del paso de una nación poderosa en el silencio del desierto de Angkor. Estas ruinas que ataca el bosque tropical, están próximas al Cambodge, que Francia protege hace veinte años.



Rada de Saigón. (Dibujo de Th. Weber.)

INDO-CHINA FRANCESA

I

Ex imperio de Annam.

El ex imperio de Annam no es ya ni sombra de lo que fué. El delta del Mékong, ó sea lo que llamamos Cochinchina francesa, pertenece directamente á Francia. El Tonkín recibe también las órdenes de la República bajo una apariencia de protectorado. La Cochinchina annamita, estrecho litoral, se ve obligada á obedecer á Francia, y Francia la protege. Otro tanto sucede en el Cambodge. De esto resulta que Francia manda en total á unos 20 millones de hombres en un territorio de más de 52 millones de hectáreas, ó sea la misma extensión de Francia.

La Cochinchina francesa y el Cambodge tienen por río el Mékong. El Tonkín envía sus aguas al Río Rojo. El Annam no confía al mar sino breves corrientes, tan cerca está la mon-

taña del mar, corrientes pobres, porque el monzón del Sudoeste agota sus lluvias en la vertiente occidental de dicha montaña que da al Mékong.

II

El Mékong.

Como del Nilo, cuyas fuentes se ignoraron tantos siglos, ignórase aún dónde esconde el Mékong su nacimiento y sus primeros glaciares. Todo lo que puede afirmarse es que nace entre China y Tibet, entre el Saloneu birmano y siamés, al Oeste, y el Yang-tsé-kiang chino al Este, y que bajo un nombre fantástico (1), como los chinos los prodigan, se retuerce en terribles pasos, en tenebrosas profundidades. Cuando penetra entre los laocianos, hermanos rústicos de los siameses, es ya grande. Cuando entra en el Cambodge es inmenso. En su travesía del Laos se dirige dos veces al Oriente, como para ir á perderse en el mar del Tonkín, frente á la isla china de Hainan, y hasta se acerca á 45 leguas; pero su pendiente lo lleva dos veces hacia el Sur, tan pronto en grandes ensanches del cauce (hasta más de 20 kilómetros de anchura en una red de brazos), tan pronto por estrechos extraordinarios (hasta 100, 50 y aun 40 metros solamente de orilla á orilla), pero entonces tiene más de 100 metros de profundidad.

Grandes rápidos esparcen ó concentran sus aguas, según los caprichos de la roca. Los mayores están en los terrenos gredosos, en el Semoun, gran tributario; las últimas depresiones bruscas del nivel preceden de cerca la llegada del río á Cambodge, formando las caídas Salafo y Papenglo ó cataratas de Kong. Al pie de la última caída el Mékong sufre ya los efectos de la marea, y en adelante se interna en el mar.

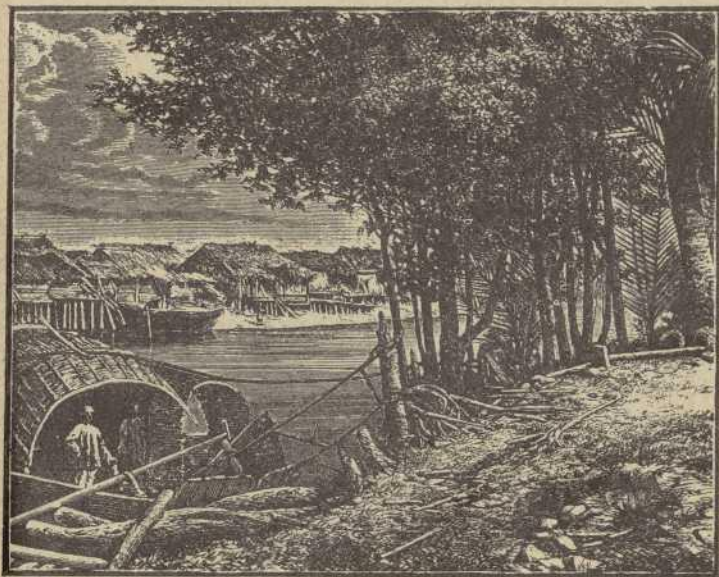
Ante Pnom-Penh, capital del Cambodge, el Mékong se divide en río Anterior, en río Posterior y en Tonlé-Sap. Anterior y Posterior corren por el Sur hacia el Océano; Tonlé-Sap al Norte, durante 115 kilómetros, con 700 á 800 metros de anchura media, hacia un gran lago de orillas movibles, que se llama con el nombre del río, Tonlé-Sap.

El río Tonlé-Sap avanza ó se retira como el mar. Cuando

(.) Río del Gran Dragón.

sopla el viento del Sudoeste, pródigo en lluvias, corre con profundidad de 20 metros hacia el lago, y la lleva, mientras dura la crecida, un caudal considerable de 35 á 36.000 millones de metros cúbicos de agua. De agua y de barro, á decir verdad, pues el Mékong arrastra en sus ondas 1.400 millones de metros cúbicos de barro por año, creyéndose que llenará el lago del Camboche en el espacio de dos siglos.

Mientras que se efectúa esta desaparición de la gran laguna,



Un brazo del Mékong en Vinh-Lon. (Dibujo de A. de Bar.)

el depósito intermitente de las crecidas del río transforma en una cuenca de 110 kilómetros de largo, de 25 de ancho y de 13 á 14 de hondo á unas 160.000 hectáreas. Con los últimos días de Septiembre termina la crecida del Mékong. Entonces el río baja, y el río Tonlé-Sap, volviendo sobre Pnom-Penh, deja en seco casi todo el lago, al mismo tiempo que lo consumen los rayos del sol, á excepción de la parte central, que es un vivero inagotable de peces comestibles.

Abajo de Pnom-Penh, el río Anterior y el Posterior, de 200 kilómetros de largo, entran en Cochinchina y se entrelazan por arroyos ó canales á los brazos del Vaico y del Donnai, pe-

queños ríos. hoy casi independientes del grande, pero que en otros tiempos sólo fueran sus brazos deltáicos. La tierra de todo este delta, inconsistente, anualmente remojada y removida, merece su antiguo nombre cambodgiano de Tuc-Khmau, es decir, «el Agua Negra» ó «el Barro».

¿Qué caudal vierte al Océano disminuyendo de día en día este «Capitao dos aguas» según le llamaba el altísimo poeta portugués? Aún no se le ha evaluado bastante para saberlo exactamente. Quizás 12.000, 15.000 metros cúbicos, como el Ganges ó el Iraouaddi, con mínimas de 2.000 y 2.500 y máximas de 75.000. Es un gran río, al que se le supone una longitud de 3.500 á 4.000 kilómetros.

III

Baja Cochinchina.

Con relación á la Grande, ó mejor dicho, Larga Cochinchina ó Cochinchina annamita, la llamada Baja Cochinchina, Pequeña Cochinchina ó Cochinchina francesa, está al Sudoeste, bajo los grados 9, 10 y 11 de latitud Norte, y, por consiguiente bajo un cielo tropical, casi ecuatorial.

Los annamitas, que la colonizaron en los últimos siglos (1) rechazando á los cambodgianos, sus antiguos dueños, le dan el nombre de «País de las seis provincias» y, menos administrativamente, el de «País de Gia-Dinh».

Es una región de seis millones de hectáreas en comarcas de dos naturalezas.

Al Oeste, en el centro y al Sur, es la Tierra Baja, el gran delta del Mékong, con su río Posterior y los cinco ó seis brazos del Anterior. Al Nordeste de este gran delta de barro están Vaico y Donnai.

Al Nordeste y al Este está la Tierra Alta, alta relativamente, pues no es un Himalaya. «La dama negra» (2), cumbre de la Cochinchina francesa, sólo se eleva á 834 metros.

En estos seis millones de hectáreas viven aproximadamente 1.950.000 personas. ¡Cuánto sitio queda aún en un país tan fértil, húmedo y cálido! Pero no aprovechará nada á los franceses. No

(1) Desde 1650.

(2) En annamita: «Nui-ba-dinh.»

es aquello una Argelia donde los europeos puedan establecerse cómodamente después de las pruebas de aclimatación. Allá no pueden vivir las gentes del Norte. Y menos es aún un Canadá, donde mil hombres se convierten en 25.000 en ciento veinte años.

En el suelo cochinchino, 25.000 blancos se reducirían á mil en un siglo, respirando un aire húmedo, tórrido, siempre pesado, agobiante, enervante, sin calores secos y sanos, sin fres-



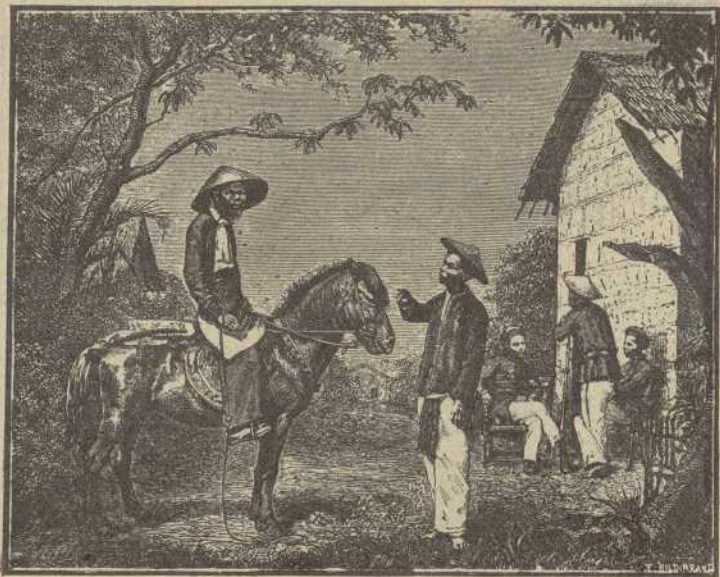
Confluencia del Mékong y el Tonlé-Sap. (Dibujo de Sabatier.)

cura que da reposo, sin hielo que vigoriza. En Saigon el frío mayor del año no pasa, por término medio, de 27 grados sobre cero, y la temperatura máxima es de 29°,85, con 1,74 metros de lluvia al año. Así, aunque ya se extiende Francia hoy por toda la Indo-China oriental, y aunque llegue un día á expedir cargamentos de arroz á todos los puertos del mundo, esta colonia, que no merece ni siquiera tal nombre, porque no es más que una factoría, no despertará nunca entre los franceses el amor que despiertan el viejo Canadá ó la joven Argelia. La tierra sometida desde 1859 (1) no vale lo que perdió Francia en América

(1) Toma de Saigon en 1859.

cien años antes (1), ni quélla en que desembarcó en 1830 (2). No aumentará su número ni su fuerza si las escuelas no expulsan del país el pobre idio na unisilábico de cochinchinos y tonkineses ante la lengua de Francia.

De 1 950.000 habitantes, más de 1.750.000 son cochinchinos, más de 100 000 cambodgianos, 80.000 chinos, muchos embrutecidos por el opio y algunos miles de europeos, casi todos franceses ó mestizos franco-annamitas. Los cochinchinos, que son



Soldados de caballería de Saigón. (Dibujo de P. Fritel.)

annamitas mezclados de cambodgianos, chinos y malayos, se parecen muchísimo á sus hermanos de la Cochinchina protegida y del Tonkin. No hay que pedirles ni gran estatura, ni fuerza física, ni altivez de carácter. Poseen, al contrario, piernas cortas, pómulos salientes, nariz aplastada y ojos oblicuos, pequeños y tirantes. Su cuerpo tiene agilidad; su espíritu, inteligencia y astucia; su carácter, paciencia, bondad, amor á la familia, gusto por el estudio. Hablan un dialecto annamita, lengua

(1) Pérdida de Quebec en 1759.

(2) La Argelia.

monosilábica, casi china. Creen en Budha, ó lo aparentan. Cultivan el arroz, metiéndose en agua hasta la cintura, ayudados en sus trabajos por búfalos salvajes, á quienes obligan á obedecer, pero que acometen á los europeos.

En los bosques malsanos la pantera acecha recogida y pronta á abalanzarse, y también el tigre, que es espléndido.

Colonia de China más que de Francia, la Cochinchina recibe gran número de emigrantes chinos que se apoderan de todos los oficios, hacen todos los negocios, y no trayendo mujeres se mezclan con las indígenas y mejoran la raza para los combates de la vida práctica.

Saigon (1) la capital, tiene 60.000 almas con su barrio chino, Chalon (2). Aunque situada muy en el interior sobre un afluente del Donnai, los más grandes barcos llegan hasta ella.

IV

Cambodge.

Sometido desde 1863 al protectorado de Francia, Cambodge pasa por obedecer á un rey que gobierna en apariencia á 1.500.000 hombres, sobre 10 millones de hectáreas próximamente.

Provincias regidas fingidamente por los reyes de Siam, pero no siendo en realidad mas que un reino feudatario de Francia, he aquí todo lo que sobrevive del gran imperio de los khmers, tan poderoso un día y del cual restan, hacia el lago Tonlé-Sap, campos de maravillosas ruinas con algunos de los más bellos monumentos de la humanidad. A juzgar por los templos de Angkor, el pueblo de Mahanacor (3) floreció del siglo x al xiv y entonces fué cuando construyó para la eternidad, si la eternidad bajo el clima de la Indo-China pudiera durar más de algunas miserables centurias.

En tiempos de su fuerza y esplendor el imperio de los khmers remontaba á lo lejos el río Kampoutchea, palabra de que los portugueses hicieron la menos dura de Cambodge. Reinaban sobre las comarcas, que hoy son el reino de Siam, y sobre todo

(1) La Gia-Dinh de los annamitas, el mismo nombre del país.

(2) A siete kilómetros de distancia.

(3) Esta palabra cambodgiana significa «Gran Reino».

el delta de su inmenso río, hasta el sitio en que la costa cochinchina se dirige francamente hacia el Norte.

Los cambodgianos, por miedo á los annamitas y siameses, que querían quitarles su independencia repartiéndose su territorio como si fuese una colonia oriental, se echaron en brazos de Francia.

Bajo la influencia de la India fueron grandes y fecundos los cambodgianos y sin duda deben algo de su sangre á la sangre de la península gangetica. Su lengua es arya.

Superiores por el carácter á los pueblos de su alrededor, siameses, cochinchinos y annamitas, estos ribereños del Mékong y el Tonlé-Sap constituyen sólo las tres cuartas ó las cuatro quintas partes del Cambodge. El otro cuarto lo completan chinos y annamitas. Estos continúan pacientemente la colonización que les ha valido ya la Baja Cochinchina (1). Aquéllos vienen á hacer fortuna en las ciudades, de las cuales es Pnom-Penh la principal.

Pnom-Penh (15.000 habitantes), capital del Cambodge, domina los «Cuatro Brazos» en una situación casi única en el mundo.

Llaman «Cuatro Brazos» al sitio en que Tonlé-Sap, el río Anterior y el Posterior, se separan del Mékong. Es un Nilo mayor que el Nilo, en un aluvión mucho más amplio.

V

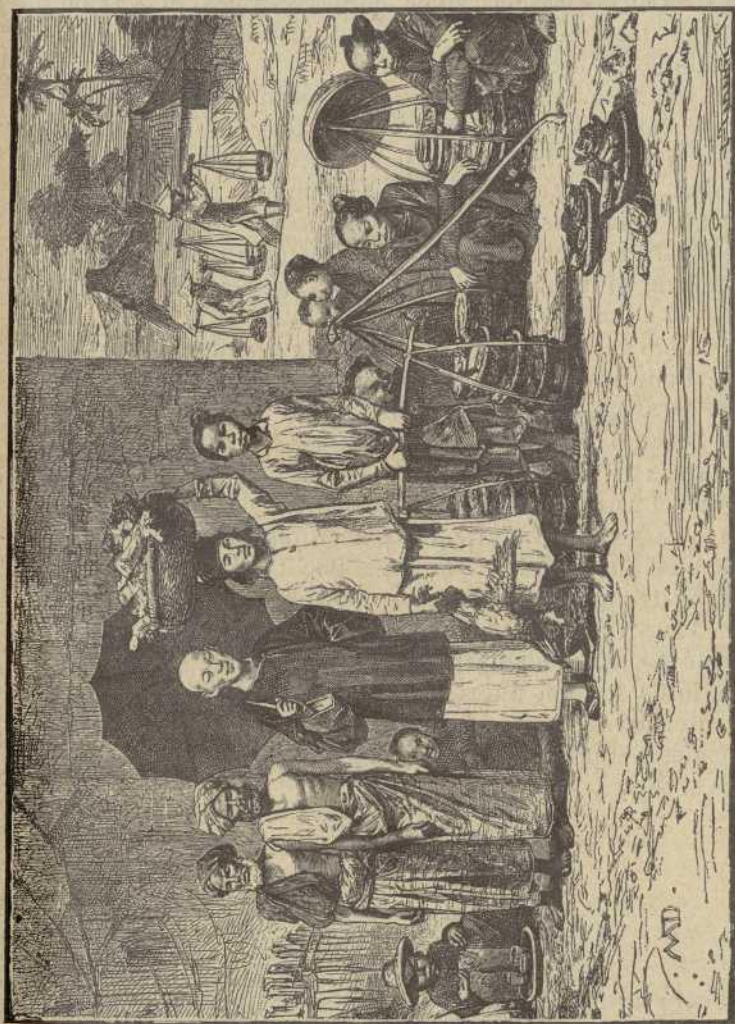
Annam.—Annamitas.

De la Cochinchina francesa, delta del Mékong, al Tonkín, delta del Songkoi, extiéndose el Annam de Norte á Sur, cerca de diez grados desde el 10°, 30' al 20°, y en el otro sentido desde la orilla oceánica á la orilla izquierda del río Mékong á través de montañas aún poco exploradas que separan claramente dos climas. El del Este, desde la cumbre de la sierra á la orilla de las olas es brillante y seco. El del Oeste, sometido al monzón, es muy húmedo. Así la vertiente oriental no tiene sino pobres torrentes; pero en la occidental corren grandes ríos á confundirse con el enorme Mékong.

Entre las bahías (algunas muy bellas), que van á buscar al Este los pequeños ríos costeros hay una admirable, la bahía de Tourane, al Sudeste de Hué, rodeada de montes. Según la hora,

(1) Estimase su inmigración en 600 al mes.

según el día, brumoso y límpido, y el cielo nublado ó resplandeciente, semeja esta bahía á los *fiord* de Noruega, á los lagos de



Mercedo de Saigón. (Dibujo de D. Maillart.)

Suiza, al Golfo de Nápoles ó la bahía de Río Janeiro. Es vasta, segura, profunda, capaz para las mayores flotas.

Por Tourane comenzó la conquista francesa de la Indo-China. Francia estuvo allí dos años (1858-1860), y no dejó más que un cementerio de soldados y marinos, muertos por el pesado

clima. Pero si el Annam prospera puede crearse allí una gran ciudad.

Tan estrecho como ahogado en su costa por montes innacesibles, en cuyas mesetas viven hordas salvajes, el Annam no contiene más que cinco millones de hombres en más de 26 millones de hectáreas.

De estos annamitas apenas se conoce el origen. Atribúyese á los japoneses, á los malayos, y aun á los chinos, á los que semejan mucho por fuera y por dentro. Además lo deben todo á la China, administración, usos y costumbres, maneras é ideas, filosofía, religiones y doctrinas. Su lengua no es en el fondo sino un dialecto chino, y en caracteres chinos la escriben. lo mismo que en la letra nacional, que es igualmente ideográfica.

Así el annamita, reconociendo la autoridad y superioridad del hombre del Imperio del Medio, llama al chino «mi tío».

A sí mismos se dan el nombre de Giao-chi, cuyo significado se presta á controversia.

En cuanto al nombre de Annam, por Ngan-nan, quiere decir «la Paz del Mediodía», el «Sur pacificado, apacible». El país de Hué, el Annam propiamente dicho, con exclusión de la Cochinchina y el Tonkin, tiene dos nombres oficiales: Nam-ky, ó región del Sur, siendo el Tonkin el Bac-ky, ó región del Norte, y Drang-trong «camino interior» por oposición al Tonkin, que es el Dang-ngoai, ó camino exterior.

Hué (60.000 habitantes), capital de Cochinchina y de todo el imperio de Annam antes de la llegada de los franceses, bordea, no lejos del mar, un río de escasa profundidad. En su ciudad está el principal núcleo de guarnición francesa que domina el país.

VI

Tonkin.—El río Rojo.

Entre fronteras que son indecisas por un lado y en el otro desconocidas, el país del Norte (Bac-Ky) de los annamitas de Hué, lo que llaman su Camino Exterior (Dang-ngoai) ó sea el Tonkin francés, ó Tong-king, puede tener de 10 á 12 millones de hectáreas.

Tong-King, corrupción de Dong-king, quiere decir la «Cor-te de Oriente», nombre que llevó la gran ciudad del país, Ha-

noi, por oposición á una corte de Occidente (Tay-king), fortaleza destruida.

En su parte llana, en el delta compuesto de inagotable aluvión rojo, es semejante al hormiguero chino con las casas, ligeras, bajo esbeltos árboles. Las aldeas y las ciudades se tocan. Por eso hay 12 millones de almas, más de una por hectárea, en un país cuyas regiones altas es á n casi desiertas.

Birmanía y Siam limitan el Tonkín; ó mejor dicho, de este lado se extienden tierras, aún poco visitadas, cuyas hordas están obligadas á obedecer á la poderosa Inglaterra, protectora de los birmanos ó á los dos reyes impotentes de Siam. Al Norte confina con la China del Mediodía, por una tortuosa frontera, mientras que al Oriente mira á Hainan, isla china. No sólo confina con China, sino que es casi china, más aún que el propio Annam.

Con 650 kilómetros de litoral bordea el Tonkín el golfo Tonkinés ó Mar de Hainan, mar intranquilo, sublevado por los tifones, y á pesar de sus latitudes (18° á 21° ó 22°), velado á menudo por brumas y nieblas en el invierno y al comienzo de la primavera. En el Noroeste de dicho mar ó golfo, islas grandes ó pequeñas, más de éstas que de aquéllas, emergen á millares en la línea de Nordeste á Suroeste, enfrente de los recodos de la orilla. Uno de estos recodos, la bahía de Allong, es tan grande y segura que se le predice el reinado marítimo y comercial del Tonkín. Estos archipiélagos, apretado dédalo, entre arrecifes é islas altas cubiertas de bosques, son un asilo de piratas chinos, annamitas y malayos. Pronto estas islas serán sólo colinas, montes aislados en medio del delta que crece á expensas del golfo de Tonkín, el cual tiene ya poca profundidad. Esta mide unos 20 metros por término medio y raras veces llega á 100

Este delta crece de prisa en virtud del barro traído continuamente á los *cua* (1) por los *song* (2), de los cuales los dos principales son el Río Rojo y el Thaibinh, que llegan al mar por sus numerosos brazos. No se ha perdido (gracias á los escritos chinos) todo recuerdo histórico de la época en que Hanoi, tan alejada hoy de la orilla (3) estaba al borde mismo de las olas. La comparación de los delineamientos actuales de la costa con los que nos marcan los antiguos y los modernos documentos, se-

(1) Desembocaduras.

(2) Ríos.

(3) A cerca de cien kilómetros.

ñala una progresión anual de 48 metros, ó sea un kilómetro en menos de veintiún años.

El Thai-binh, al Norte del Río Rojo, no es una gran corriente. Salido del Babé, lago de vasta extensión durante las lluvias, pero reducido á tres charcas en la sequía, se llama Song-kau (Song-kao) en su curso superior y medio. Luego, abajo de Bac-ninh se confunde con el Río Rojo, después se dirige en numerosos arroyos deltáicos, ninguno perfectamente navegable y no comunica profundamente con el Océano. Lo mismo les ocurre á las bocas del Río Rojo del Song-koi, nacido entre los chinos en el montañoso Yun-nan y muy difícilmente navegable á partir de Mang-hao, población yunnanisa. En el Tonkín, entre Hang-hoa y Sontay, se le unen dos grandes corrientes, el Río Negro, nacido en gargantas de granito, y el Río Claro, onda verde, transparente, que es tanto más bella en este Tonkín estropeado por aguas impuras y fuentes maléficas, no sólo en el delta, que sólo tiene brazos fangosos, sino en la montaña, llena de minerales. Después de este último tributario que parece mezclarse á disgusto con él, el Río Rojo tiene mil metros de ancho. La marea lo remonta hasta más arriba de Hanoi. Su contramarea es en la estación de las lluvias la inmensa crecida de las olas rojas, que subiendo de cinco á seis metros, sumerge el delta y borra todo lo que no son caminos, calzadas, cercas de arrozales, diques que rodean los pueblos, oteros y colinas que fueron en otro tiempo islotes del mar y son ya «montes» del delta.

VII

El Monte.—El Bosque.

El delta, región viva del Tonkín, es un don hecho por dos regiones casi muertas, el Monte y la Selva, tan desconocidas hasta hoy, que la Francia conquistadora no sabe aún cómo dirigir sus batallones por estas partes.

El Monte ó Meseta se levanta al Norte y Noroeste del país, desde el linde septentrional del delta hasta la frontera del Kouang-si y del Yun-nan, provincias de China. Allí viven lejos del mundo, más allá de los desfiladeros, sin ríos navegables, sin caminos ni sendas que á ellos lleven, los ciudadanos de Touyen-kouang, de Thai-ngouyen, de Cao-bang, de Lang-son. Allí na-

een el Thai-binh y el Río Claro. ¿Qué alturas tiene este monte, ó mejor, este caos de montes inexplorados? 1.200 ó 1.500 metros en los picos ya hallados y quizá 2.000, 2.500, hasta 3.000 (?), yendo hacia el Yun-nan.

La Selva, montaña también, pero con más arbolado que el Monte, es la comarca que corta el Río Negro, entre la orilla derecha del Río Rojo y la vertiente oriental ó tierra de Mékong. Sábese que las cumbres alcanzan allí 1.000, 1.800 y, sin duda, 2.000 metros.

Sólo traspasando esta «Selva», y dominando sobre el Mékong



Correo annamita. (Dibujo de E. Burnand.)

grandioso, llegará la Indo-China francesa á la plenitud de su ser. Necesita poseer ese río y Louang-Prabang, llave de la península. Sin esta ciudad, que pretende ser siamesa, y sin el alto Mékong, la Indo-China francesa es un imperio abortado.

Tal como es, resulta un hermoso dominio, y en este dominio nada parece valer tanto como el Tonkín con su delta infatigable, sus arrozales, su «Montaña», que se cree eminentemente mineral, aquí ferruginosa ó cobriza, allá veteada de oro, plata y estaño; más allá pródiga de hulla. Otra preciosa ventaja: el clima no es constantemente tórrido. Aun en el delta, la media de Enero (14°,3) no llega á la mitad de la media de Junio (31°,4) y Hanoi ve bajar el mercurio á 7°,6.

Bajo el grado 21, es verdaderamente un frío de invierno que cura del despiadado estío tonkinés.

VIII

Tonkineses.

Los tonkineses son poco diferentes de sus otros hermanos annamitas de la Cochinchina de Hué, ó de la de Saigon. Hay algunas diferencias dialectales entre el idioma del Río Rojo y el del Mékong inferior; pero en lo demás, cuerpo (1), cara, actitudes y aptitudes, hábitos y costumbres, leyes, usos, ideas, religión, supersticiones, literatura, admiración fanática de la China, é imitación de los chinos, todos estos monosilabizantes se parecen, sean de Hanoi, de Hué ó de Saigon.

Hanoi (100.000 habitantes), tiene diversos nombres. Oficialmente es la ciudad del Dragón Rojo (Tham-lang-tham). También es «el Fuerte del Norte» (Bac-thanh), y «el Gran Mercado» (Ke-cho) y «la Corte de Oriente» (Dong-King). Otro tanto ocurre á las demás ciudades annamitas, que casi todas tienen tres nombres: un nombre administrativo, otro chino y otro usual. Hanoi quiere decir: «entre las aguas». Esta capital del Tonkin bordea uno de los brazos mayores del Song-Koi, á 556 kilómetros al Norte-Noroeste de Hué. Su huerta milagrosa no decae, pero su río la traiciona. Falto de regularidad de profundidad y de una desembocadura constante, honda y cómoda, no le trae barcos que calen más de dos metros.

Muchos viajeros llaman á Hanoi «el París de Cochinchina». De una aldea vecina provienen los muebles esculpidos, las lacas é incrustaciones de nácar que recuerdan el trabajo japonés. La mayoría de las casas están construídas con ladrillos y piedra; las calles se hallan pavimentadas de mármol y hermosos paseos rodean la ciudad, así como un dique de defensa contra las inundaciones. En un barrio extremo miles de chinos comercian con el opio. La vasta fortaleza de Hanoi, construída á fines del sig'o XVIII por oficiales franceses aventureros, ha sido tomada dos veces por las tropas de Francia en 1873 y 1882.

(1) El tonkinés es un poco más alto y mejor hecho que el cochinchino.



Curso del Hoang-ho. (Dibujo de Lancelot.)

EL IMPERIO CHINO

INTRODUCCIÓN

La China y el resto de la Tierra.

En el Oriente del continente asiático, la China con la Corea y los archipiélagos vecinos, forma como un mundo separado que encierra un anfiteatro de alturas y montañas de un circuito de 10.000 kilómetros. De la Mandchuria á la Indo-China, el Chanyan-alin, el Duse-alin, el Jingan, el Kentei, el Tannu-ola y el Ehtag-Altai, el Thian-chañ, el Tsung-ling, el Himalaya y los montes salvajes que atraviesan los ríos de la península transganguética, están alineadas en semicírculo alrededor de esa cuarta parte del continente asiático que se llama el Imperio chino. El Japón ha tomado el nombre del «País del Sol naciente»; pero con relación al conjunto del mundo antiguo, también

la China mira hacia el Oriente. Su inclinación general, indicada por el curso de los ríos, se dirige al Océano Pacífico. Con razón, pues, la China y el Japón han recibido de los occidentales el nombre de Extremo Oriente, que se extiende además á la Indo-China, á las Filipinas y á las islas de Sonda.

Comparadas con el Asia occidental, si las comarcas orientales del continente disfrutan ciertos privilegios, tienen también grandes desventajas como territorios civilizados. El contraste mayor entre el Occidente y el Oriente se nota en el litoral. Del lado del Asia Menor y de Europa, las tierras aparecen cortadas en numerosas penínsulas; además, grandes islas y archipiélagos sirven de prolongación á las penínsulas ó se extienden delante de las costas. Carece la China de esta asombrosa variedad de líneas. Desde las costas de la Mandchuria rusa á las de la Conchinchina, sólo se destaca del tronco continental de Corea, como península de considerable extensión, y únicamente penetra en el interior de las tierras un golfo acreedor al nombre de mar, el Hoang-hai. Verdad es que animan las aguas del Pacífico, á lo largo de la costa china, dos grandes islas, la Formosa y la de Hainán, además del magnífico archipiélago del Japón. Pero nada representan estas islas y estas penínsulas del Oriente asiático, al lado de las Cícladas y las Sporadas de Grecia y de Italia, de las Islas Británicas, de la Escandinavia y de toda Europa, que en sí mismo no es otra cosa sino una vasta península donde por doquiera penetra la brisa del mar llevándole sus lluvias y su dulce temperatura.

No se explica la gran civilización que el pueblo chino ha alcanzado por la riqueza de su territorio en articulaciones exteriores.

Pero los ríos suplen en ella al mar. Si el conjunto de la China ofrece pocos accidentes en sus límites, en cambio las grandes corrientes navegables, que la dividen en islas y penínsulas interiores con ramificaciones y canales, le dan ventajas parecidas á las que tiene Europa para facilitar sus comunicaciones. El Yang-tse-kiang y el Hoang han reemplazado al mar Egeo y al Tirreno para el transporte de alimentos y hombres, y de igual manera servían para que los pueblos pudieran comunicarse entre sí y civilizarse. Antiguamente disfrutaba China el privilegio de poseer el territorio agrícola más extenso en climas templados. La América del Norte y Europa, que actualmente tienen igual superficie de tierras cultivables, estaban no hace mucho tiempo cubiertas de bosques, que á fuerza

de grandes trabajos han ido desapareciendo. Encuéntrase en la China la inmensa extensión llamada «Tierra amarilla», que constituye una región inmejorable para la agricultura, y donde, naturalmente, debieron desarrollarse las costumbres pacíficas que son patrimonio del trabajo de los campos. A esta región se unieron otros territorios agrícolas que tenían distinto suelo, clima diferente, formas animales y vegetales diversos, y lentamente la vida civilizada tomó posesión del vasto dominio que se extiende desde las desiertas llanuras de Mongolia hasta las riberas del golfo del Tonkín. Pudo introducirse gran variedad en los cultivos; cambiáronse los productos entre las provincias; todas las mejoras parciales fueron útiles al conjunto del país, y cada conquista local contribuyó á la civilización de la China y los países limítrofes. Comparando el Asia oriental con el mundo occidental, se ve que la China se distingue de Europa por la unidad geográfica. Desde las tierras amarillas del Norte hasta las llanuras que atraviesa el Yang-tse en las fronteras de la Indo-China, los pueblos tienen un centro de gravedad común, y, por consecuencia, su civilización debía desarrollarse pronto en esta «Flor del Centro», trasladándose después al Japón y á Formosa.

Pero si eran fáciles las comunicaciones desde la China del Norte á la del Mediodía, y si los habitantes del gran continente podían navegar sin gran dificultad hacia Formosa y el Japón por los estrechos del Pacífico, ocurre lo contrario en la parte del Asia oriental, casi enteramente cerrada por la parte de Occidente. En la antigüedad prehistórica, los antepasados de los chinos, los indios, los caldeos y los árabes debieron vivir en vecindad y tener frecuentes relaciones, ya que todos estos pueblos han heredado las mismas concepciones astronómicas; pero estas relaciones de vecindad, que demuestran la existencia de una civilización común, sólo pudieron darse en una época en que el mundo antiguo era mucho más húmedo, cuando las actuales regiones áridas y desiertas del Asia central permitían á los pueblos de las opuestas vertientes aproximarse con más facilidad. Entonces la cuenca del Tarim, rodeada ahora de arenas y en cuyos oasis viven escasos pobladores, pertenecía aún al mundo ario y la civilización de sus habitantes se unía á la de la India. Después que las naciones, agrupadas en las dos vertientes del Pamir, descendieron á las llanuras dejando que se ensanchasen las zonas desiertas y las estepas, que sólo atraviesan hoy los pastores, los centros de la civilización se separaron. El

centro vital de la China se fué acercando gradualmente al Pacífico, mientras que igual movimiento se iniciaba en sentido inverso en Occidente hacia Babilonia, el Asia Menor y Grecia. El aislamiento fué completo, y durante largos siglos no existieron relaciones de comercio ni cambio de ideas entre las vertientes oriental y mediterránea de aquel continente. Tan sólo por el eco de rumores lejanos sabían los pueblos de ambos extremos del mundo antiguo, que otras naciones habitaban más allá de los ríos y de los lagos, las alturas, las montañas, los bosques y los desiertos; y la imaginación transformaba los hombres de aquellos lejanos países en monstruos extraños ó terribles.

Las dos civilizaciones se desarrollaban en ambos extremos del continente, sin conocerse, sin ejercer recíproca influencia, siguiendo evoluciones paralelas y sin embargo diferentes entre sí, como si hubieran nacido en dos planetas distintos. Hubo tiempos en que la China meridional tuvo más relaciones con las dispersas islas del mar del Sur que con las regiones del Occidente, á las cuales se encuentra unida por la masa continental. Los rasgos característicos de su raza prueban que en la parte del Mediodía llegaron los chinos á mezclarse con las tribus que pueblan las tierras oceánicas.

Sin embargo, la muralla de altas mesetas y de montañas que ciñe al imperio chino presenta amplias brechas. Hállanse unas abiertas en las comarcas del Mediodía y otras en dirección del Norte, sin que tampoco sean inaccesibles sus nevadas montañas. Cruzan el Altai, Thian-chan, Tsung-ling, Kuen-lun y Nan ling, senderos por donde transitan los mercaderes, desafiando el frío y la fatiga. En las vertientes de estas mesetas, y aun en sus alturas mismas (hasta una elevación de 3.000 y aun de 4.500 metros), se encuentran habitantes, y puede irse desde una vertiente á otra encontrando seres humanos ó por lo menos restos de su permanencia ó su paso. Pero estas mismas poblaciones de las montañas, por la barbarie de sus costumbres, son otro obstáculo que se une al que opone la aspereza del suelo á las relaciones entre los pueblos. Antes que los europeos de Occidente entablasen relaciones directas por medio de la navegación con los ribereños de los mares orientales, y realizaran de un modo definitivo y permanente la unidad del antiguo mundo, tan sólo en épocas raras, cuando ocurrían los grandes desprendimientos de la humanidad asiática, ó cuando el poderío del imperio chino se hallaba en la plenitud de su fuerza expan-

siva, pudieron establecerse relaciones directas á través de los pueblos bárbaros que vivían en las cimas intermedias; y sólo así, por efecto de una tensión tan fuerte, pudo la chispa saltar del metal al metal, á pesar de la espesa capa de aire que los separaba. Pero son muy raros estos destellos luminosos que han revelado la existencia de unos pueblos á otros pueblos, teniendo escasa influencia en la vida de la nación china, que durante millares de años se ha desarrollado sola, con sus propios recursos, completamente aislada del resto de la humanidad.

La primera gran revolución interior de la China, cuyo centro de vibración se hallaba fuera de sus fronteras, se efectuó al introducirse las religiones de la India. Las antiguas doctrinas de Lao-tze no ocultan la influencia que en ella han ejercido los dogmas del Indostán. Algunos de sus preceptos son idénticos á los de los libros sagrados de los indos, y en todos ellos se ve compenetrado el mismo sentimiento de humanidad y manse-dumbre universal. Además, Lao-tze no cita nunca los personajes de la historia china como modelos de virtudes ó como ejemplos dignos de imitación. El conjunto de sus doctrinas no se liga al pasado de su país por ningún vínculo tradicional. La tradición hace viajar á Lao-tze por las regiones situadas al Occidente de la China, y la leyenda dice que desde una de las montañas del país de Jotán fué llevado al cielo.

Era tan difícil franquear la barrera de las montañas entre la China y el Indostán, que las comunicaciones sólo podían efectuarse con un largo rodeo por la cuenca del Oxus. La religión budhista no se propagó directamente. En vez de entrar por las fronteras del Sur, penetró en el imperio por las del Oeste. En sus épocas de poderío y dominación pacífica, la China abrazaba la comarca del Tarim y comerciaba libremente con la cuenca del Oxus por los pasos del Pamir. Entonces seguían los comerciantes aquel famoso «camino de la seda» que también conocieron los mercaderes griegos, y por esta vía ó por otras de las alturas se introducían algunos productos preciosos del Asia meridional, al mismo tiempo que se transmitían las narraciones y leyendas de la maravillosa comarca del Ganges. Por aquí entraron también los peregrinos que propagaron los ritos del culto de Budha. Después de tres siglos de propaganda religiosa, se estableció definitivamente la nueva fe en la patria de Confucio, y en el año 65 de nuestra era vulgar recibió la aprobación oficial. Gustó el budhismo al pueblo chino por la pompa de sus ceremonias, los ricos ornamentos de sus templos, la poe-

sía de su simbólica flor del loto que se abre en medio de las aguas: gustó además porque ofrecía á los chinos la perspectiva del hermoso país del Occidente que hasta entonces había permanecido oculto por las nevadas crestas de las montañas. Sin embargo, en el fondo, el culto de Sakiamuni ó Budha alteró muy poco la vida de los chinos. Modificóse el ceremonial, pero quedó la misma esencia. Aparte de las imágenes religiosas, permaneció y se mantuvo la religión que consagraba los ritos en honor de los antepasados. Siguieron los conjuros de los espíritus malignos, y subsistió la observancia de las fórmulas, tradicionalmente transmitidas de siglo en siglo por los «hijos de Han».

Nunca se interrumpieron por completo las relaciones establecidas entre la China y el Indostán durante el período de la propaganda budhista, y desde aquella época consideraron los europeos que la China no estaba fuera de los límites del mundo. Estableciéronse las comunicaciones por mar entre la India y la China meridional, especialmente por el golfo de Tonkín. Ya dos siglos antes de la era vulgar, un emperador había enviado una escuadra á las islas del Sur, con orden de coger «la flor de la inmortalidad». Más tarde, otros buques enviados á hacer conquistas menos pretenciosas, fueron á Ceylán á buscar reliquias, libros sagrados y estatuas de Budha, y regresaron cargados de ricas telas, joyas y piedras preciosas que los chinos pagaban con sederías, porcelanas y vasos de esmalte. Seguían la misma ruta las embajadas, entre otras, la que los anales chinos relatan que vino del gran Tsin, es decir, de Roma, enviada por el emperador An-tun, Aurelio-Antonino, el año 166 de la era cristiana.

En el siglo VII, cuando después de una serie de desastres y revoluciones intestinas, el imperio chino recobró su poder y su fuerza expansiva, brillando con todo su esplendor, y en el preciso momento en que Europa se volvía bárbara, descendiendo al período de su mayor decadencia, fueron numerosos los viajes de exploración iniciados por China. El peregrino Hiuen-tsang, cuyo itinerario en el Asia central nadie más que Marco Polo pudo seguir luego, era un verdadero explorador, en el sentido moderno de la frase. Sus escritos, insertos en los anales de la dinastía Tang, tienen para la geografía del Asia central y de la India en la Edad Media una gran importancia, cuyo valor aprecian en toda su extensión los sabios europeos. Con la ayuda de los documentos chinos, estos sabios han podido rehacer,

con muy pocas vacilaciones, todo su itinerario, hasta por las «Montañas de Hielo», donde los viajeros se ven expuestos á los ataques de los «dragones», animales místicos que quizás simbolizan las tormentas de la nieve.

Como otros peregrinos budhistas de aquella época, Hiuent-sang dió la vuelta á las alturas del Tibet, donde apenas la religión budhista acababa de introducirse, y penetró en la India por las llanuras del Oxus y del Afghánistán. Veinte años después de su vuelta, en 667 y 668, los ejércitos chinos atravesaron el Tibet y el Nepal para bajar directamente á la India, donde se apoderaron de más de 600 villas. En esta época, el imperio chino comprendía, junto con los países tributarios, no solamente toda la depresión del Asia oriental, sino las vertientes exteriores de los montes y alturas que las rodean hasta el mar Caspio. En aquel período de la historia china fué cuando los misioneros nestorianos introdujeron el cristianismo en el imperio.

Los progresos del Islam en el Oeste del Asia y en las riberas del Mediterráneo, aislaron la China, haciendo imposibles durante mucho tiempo sus comunicaciones con Europa. Pero en las regiones del Norte, en medio de las estepas de Mogolia, las tribus guerreras se prepararon á la conquista, y merced á su marcha victoriosa hasta el Dnieper, enseñaron á los viajeros los caminos del mundo antiguo. Para defenderse contra las incursiones de los pueblos fronterizos del Norte, los emperadores de la China levantaron, reconstruyeron y fortificaron luego con muros paralelos, el prodigioso muro llamado la «Gran Muralla», que se extendía millares de kilómetros entre las estepas y las regiones cultivadas. Detenidos por esta barrera levantada entre dos naturalezas diversas y dos sociedades hostiles, los nómadas se dirigieron hacia el Oeste, donde se ofrecía ancho campo ante sus ojos, y paulatinamente acabaron todos los pueblos por hallarse en movimiento. En los siglos iv y v, un impulso general dirigió hacia Occidente las hordas conquistadoras que han recibido el nombre de Hunos. En el siglo xu, un movimiento análogo impulsó á los mogoles bajo el mando de un nuevo Atila. Ocupando las brechas de la Zungaria por donde se pasa con gran facilidad desde la vertiente oriental del Asia á su vertiente occidental, Jengis-Khan hubiera podido arrojarse desde luego sobre las comarcas del Oeste; pero no quiso dejar obstáculos á sus espaldas, y sólo después de haber franqueado la Gran Muralla y de apoderarse de Pekín, lanzó sus ejércitos al asalto de los reinos de Occidente. El Imperio mogol, el mayor

que jamás ha existido, se extendía desde las riberas del Pacífico á las estepas de Rusia.

Revelóse la existencia del pueblo chino á los europeos por estos invasores venidos del Oriente, con los cuales trabaron relaciones no sólo por los conflictos armados, sino también por medio de embajadas, tratados y alianzas contra el enemigo común, es decir, el Islam; y bajo el nombre tártaro de Catay, todavía usado por los rusos en forma de Kitai, designaron durante mucho tiempo el Imperio del Asia oriental. Emprendieron el camino enviados del papa y del rey de Francia para visitar al Gran Khan en su corte de Karakorum, en Mongolia; y reseñaron las cosas maravillosas que habían visto en aquellos lejanos países. Siguieron el itinerario de los embajadores, obreros y comerciantes europeos, yendo á probar fortuna á la corte de los Khanes mogoles, y uno de estos mercaderes, Marco Polo, fué en Europa el verdadero descubridor de la China. Desde entonces este país entró definitivamente en el mundo conocido y empezó á tomar parte en el concierto de la humanidad. Marco Polo alcanzó y recorrió la China por la vía de Occidente, siguiendo el primero los caminos que salen de las orillas del Mediterráneo. Colón, más atrevido, quiso alcanzar las riberas de Catay y llegar hasta las minas de oro de Cipango, navegando alrededor del globo en sentido inverso al camino que siguió el gran veneciano. Detenido en su camino por las costas del Nuevo Mundo, no pudo llegar al Japón ni á la China, aunque durante mucho tiempo sustentó y quiso imponer la creencia en su viaje al Asia oriental. Otros siguieron la empresa de circunnavegación empezada: y á España le cupo la gloria de llevarla á cabo. Magallanes, que estaba al servicio del emperador Carlos V, salió con una escuadra en 1519, descubrió el estrecho de su nombre; pero murió en el transcurso del viaje, y Elcano ó del Cano, su compañero, pudo regresar á España, después de doblar el cabo de Buena Esperanza al cabo de tres años y medio, dejando tras de sí la estela de su nao *Victoria* en toda la circunferencia del globo. Habíanse conquistado todos los mares, y así del cabo de Hornos como del de Buena Esperanza, los navegantes podían citarse y acudir á los puertos de la China. A pesar de la resistencia opuesta por el gobierno de Pekín á la entrada de los extranjeros, el Imperio quedaba virtualmente abierto. No habían transcurrido dos siglos y medio desde la conquista definitiva del Océano por los grandes navegantes, y ya la China y el Japón, visitadas por mercaderes europeos, se veían obligadas á

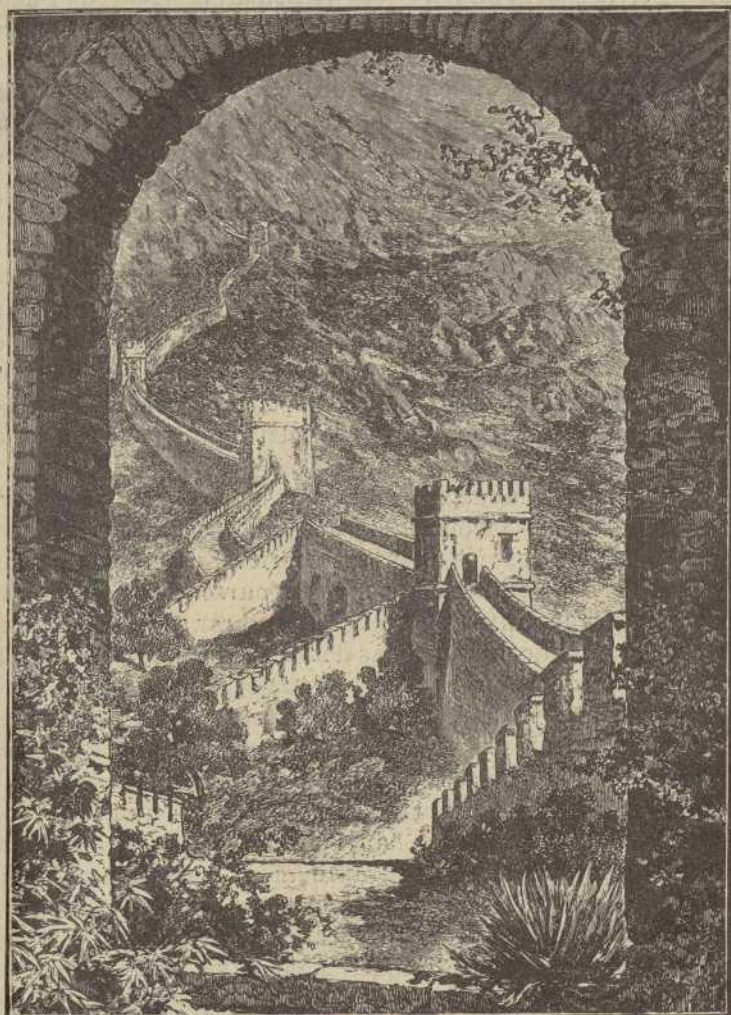
abrir literalmente sus puertos de comercio, y conceder pedazos de territorio en sus orillas donde las naciones de Europa plantaran su pabellón y construyeran ciudades, según los modelos occidentales.

El poder de los europeos se reveló recientemente en el territorio chino, en dos ocasiones, con la ocupación temporal de la capital y el saqueo de los palacios imperiales. Mejor aún se ha demostrado con el apoyo que los alia los franceses é ingleses han dado al gobierno chino contra rebeliones interiores. Conserve la unidad del Imperio, porque los europeos creen que así conviene á sus intereses; si tan sólo se cruzaran de brazos, la China se habría deshecho en dos ó quizás tres ó cuatro fragmentos, en el Mediodía, el centro, el Norte y el Occidente. Actualmente no parece correr riesgo alguno la integridad del Imperio asiático, por lo que á las naciones del Occidente de Europa se refiere. Pero Rusia ha crecido mucho en el Norte de la China, cayendo pesadamente sobre sus fronteras, y el Japón le impuso un fuerte escarmiento con una guerra tan rápida como victoriosa. Rusia se toca con el territorio chino en una extensión de cerca de 8.000 kilómetros, de los cuales más de la mitad pertenecen á territorios que antes dependieron de la autoridad del «Hijo del Cielo». Todo lo que Rusia se ha anexionado, perteneció á la China hace algunos años. La Transbaikalia fué territorio chino, así como todo el valle del Amour hasta los terrenos de pasto donde los tonguses del Norte mantienen sus rebaños de rengíferos. En la actualidad todo el territorio de la orilla izquierda, más extenso que el de Francia, forma parte integrante de Siberia. Finalmente la costa de la Mandchuria hasta las fronteras de la Corea fué declarada rusa, y sus puertos meridionales recibieron el nombre de «Golfo de Pedro el Grande». A no ser por el triunfo del Japón en la reciente guerra, Rusia habría devorado en pocos años más de media China.

Pero si la China vive en paz con los pueblos occidentales, la lucha entre el trabajo de la raza amarilla y el de la raza blanca, este conflicto que amenaza con levantar medio mundo contra otro medio, ha empezado ya en algunos puntos de la tierra, en los países nuevos donde los emigrantes europeos se encuentran con los asiáticos. En California, en las colonias australianas de la Nueva Gales del Sur, en Queensland y en Victoria, los obreros blancos deben proteger sus oficios contra la invasión de los obreros chinos, y las calles, las tiendas, las casas de campo y las minas se han visto con frecuencia ensan-

grentadas por asesinatos, producto del odio de raza. Esta guerra cuesta más vidas humanas que una batalla campal, y cada día adquiere caracteres de mayor encarnizamiento, y en proporción con el peligro que corren los obreros blancos. Hasta ahora éstos han ganado la partida en California y en las colonias australianas. Dueños de los Parlamentos locales, han podido vencer á los industriales, á los propietarios, á los contratistas, á todos aquellos á quienes interesa pagar cortos salarios, y conseguido votar leyes que dificultan considerablemente la inmigración de obreros chinos y hacen de ellos una clase separada, oprimida y sin derechos. Pero toda lucha tiene sus alternativas. Vencidos en un lugar, los obreros chinos pueden vencer en otro merced al apoyo de los capitalistas y de los Cuerpos legislativos y la entrada de los obreros de raza amarilla en las fabricas, en sustitución de los obreros blancos, significaría para éstos la miseria y la muerte. Además, no es necesario que los emigrantes chinos sean colocados en las manufacturas de Europa y de América, para que su trabajo haga bajar la remuneración de los obreros blancos. Basta que algunas industrias semejantes á las existentes en Europa, las de la lana y los algodones, por ejemplo, se establezcan en el extremo Oriente, y los productos chinos se venderán en Europa más baratos que los productos mismos de la localidad. Puede hacerse la competencia de un país á otro á través de los mares, y empieza á hacerse ya, en perjuicio de Europa. Bajo el punto de vista económico, tiene una importancia capital la aproximación definitiva de los dos grupos de naciones. Sin duda, tarde ó temprano se restablecerá el equilibrio, conformándose la humanidad con los nuevos destinos que le traza la toma de posesión de todo el planeta; pero durante el período del conflicto son de prever grandes desastres. Se trata de una lucha, en la cual se verán comprometidos más de mil millones de hombres. En el número de combatientes casi se igualan los mundos civilizados de Europa con América y el del Asia oriental. De una parte y otra, centenares de millones de individuos se presentan frente á frente, movidos por intereses opuestos, sin que puedan comprender las superiores ventajas de la solidaridad general. Esta oposición entre el Oriente y el Occidente no tiene su única razón de existencia en el antagonismo de los intereses inmediatos, sino que proviene además del contraste de ideas y de costumbres. Entre los chinos y los europeos no hay un ideal común; cada uno de ellos tiene un concepto del deber, si no

contrario, por lo menos diferente. Este contraste moral se encuentra entre las mismas naciones, en forma más ó menos cons-



La gran muralla. (Dibujo de Dosso.)

ciente. Se ha dicho con frecuencia que los occidentales miran hacia adelante, al paso que los chinos sólo miran hacia atrás. Es esta afirmación muy vaga, porque en todos los países del mundo la sociedad se divide en dos grupos: uno que se renueva

sin cesar trabajando para mejorar su destino, y otro que, asustado del porvenir, se refugia en la tradición. Las numerosas guerras civiles de la China, y en particular la moderna insurrección de los Taiping ó «Grandes Pacificadores», prueban por debajo de la gente oficial, fiel guardadora de las antiguas prácticas y que busca la edad de oro en los pasados siglos, se mueve una sociedad ardiente que no teme lanzarse en aventuras de lo desconocido. Aunque el gobierno chino haya conseguido durante muchos siglos mantener las formas tradicionales, y aunque los desastres consiguientes á las conquistas tártaras, á las rebeliones interiores y á la derrota que les hizo sufrir el Japón, han cambiado muy ligeramente el aspecto exterior de la sociedad, debe reconocerse que las compactas masas de los pueblos orientales quieren aprender ahora no tan sólo las fórmulas y prácticas industriales de la civilización europea, sino, antes que esto, una concepción nueva de la vida humana: quieren cambiar su ideal, del que depende su existencia.

¿Y no cambiará á su vez y al mismo tiempo el ideal de la raza blanca? Cuando dos elementos se acercan, los dos se modifican á la vez. Cuando los ríos unen sus corrientes, el que tiene las aguas puras se ve enturbiado por el de curso cenagoso, y las dos aguas corren juntas sin volver á recobrar su color primitivo. ¿Producirá el contacto de las dos civilizaciones la elevación de la una y el rebajamiento de la otra? ¿Significará el progreso del Oriente un retroceso para el Occidente? ¿Están destinadas las venideras generaciones á pasar por un período análogo al de la Edad Media, cuando se eclipsó la civilización del mundo romano mientras que los bárbaros renacían á la nueva luz? Ya los profetas de la desgracia han lanzado su grito de alarma. Después de haber recorrido durante largos años las provincias de la China, después de atravesar por todas partes grandes muchedumbres humanas, que los rodeaban como las olas del Océano, viajeros como Richthofen, Armand, David y Vasilyev, han vuelto asombrados de las formidables masas de gente que viven en el grande imperio. Se preguntan con horror qué harán estas masas cuando los conquistadores las disciplinen y se sirvan de ellas contra el mundo europeo. Quizás empezarán, bajo otra forma, las invasiones mogólicas, si al usar las mismas armas de las naciones europeas y más unidas que éstas, llegan á encontrarse bajo las órdenes de otro Jengis-Khan. Algunos autores aplauden el uso del opio que adormece á la nación china y

la impide tener conciencia de su fuerza. Si no fuera por el opio—dice Vasilyev—tarde ó temprano la China invadiría al mundo entero y ahogaría á Europa y América entre sus brazos.

Ya es tarde para separar de nuevo el Oriente del Occidente. A excepción del Tibet y de algunas apartadas regiones de las montañas, el Asia oriental forma parte del mundo. ¿Cuáles serán, para la humanidad entera, los resultados de esta suma de 500 millones de hombres al movimiento general de la historia? Muy grave es la cuestión. Nunca será demasiada la importancia que se dé al estudio del Oriente asiático y de esos pueblos de raza amarilla que tan interesante papel deberán desempeñar en el desarrollo de la futura civilización.

El Japón ya ha demostrado recientemente de lo que son capaces los hombres amarillos cuando despiertan á la vida moderna.

EL TIBET

I

Montes y mesetas.

Además del «Reino del Centro» abarca el Imperio Chino vastos territorios cuya extensión total es superior á la China propia. Son éstos el Tibet, los valles del Tarim, los de Kokonor, los altos valles inclinados hacia el Balkach, la Zungaria, la Mongolia, la Mandchuria y dos islas, Formosa y Hainán. Además, reivindicaba antes como países tributarios al Nordeste, la península de Corea, y en la vertiente meridional de la cordillera del Himalaya, el Nepal y el Butan, regiones que pertenecen al Indostán, por lo menos considerados desde el punto de vista geográfico. Cada uno de los países que reconocen la soberanía china, se distingue perfectamente de los restantes por el carácter y naturaleza de su suelo y por las instituciones y costumbres de sus habitantes. De todas estas regiones, el Tibet es la que en estos últimos tiempos ha sabido defenderse mejor contra las influencias exteriores. Hasta hace dos años aparecía lo mismo que fué la China en tiempos pasados, en un estado casi inabordable, representando la tradición, perdida en casi todos los demás reinos del Asia oriental. En 1904 una columna inglesa,

después de titanos esfuerzos, ha podido llegar hasta Lassa, capital del Tibet, imponiendo á la fuerza el protectorado de la Gran Bretaña.

Aplicase el nombre de Tibet no sólo á la parte Suroeste del imperio chino, sino también á más de la mitad del reino de Kaxemir ó Cachemir, habitado por pueblos de origen tibetano. Estas regiones del «Tibet pequeño» y del «Tibet de los Albaricques», así llamado por los jardines que rodean sus aldeas, consisten en profundos valles abiertos como trincheras entre los nevados montes del Himalaya y de Karakorum. Inclinadas hacia el Indostán, estas comarcas han ido encerrándose gradualmente en el círculo histórico de la península indostánica, mientras que el Tibet propio, el «tercer Tibet», ó el del Oriente, ha seguido otro rumbo.

Este Tibet comprende casi exactamente la mitad del vasto semicírculo de montañas que se extiende en un radio de 800 kilómetros al Oeste de la populosa China, desde los primeros promontorios mongoles del Tian-chañ hasta los pasos del Himalaya oriental, por donde corren hacia el Mar Indico el Tsaugb, el Saluen y el Meikong. La alta córdillera fronteriza del Kuenlun divide este semicírculo en dos partes, que ofrecen entre sí singular contraste. Hacia el Norte se hallan las cerradas cuencas del Tarim y de muchos otros ríos que van á perderse en las arenas; hacia el Sur se levanta la alta sierra del Tibet.

Si se prescinde de las irregularidades que á su periferia le han impuesto las fronteras políticas, es el Tibet en su conjunto una de las regiones naturales mejor limitadas del mundo antiguo. Apoyándose al Noroeste en las abruptas sierras que se extienden por los valles de Ladak y de Cachemir, el Tibet se ensancha gradualmente hacia el Sudeste y el Este entre las dos mayores cadenas del continente asiático: el Kuenlun y el Himalaya. Como ocurre en el Pamir, las dos grandes cordilleras que dominan al Norte y Sur la masa triangular del Tibet, son consideradas por los pueblos que viven en sus estribaciones como los «Techos del mundo», la «Escalera de los cielos» y el «Trono de los dioses». Parecen formar el límite de otra tierra, y la corona de nieves donde el sol se refleja aparece á lo lejos como un país encantado. Pero los raros viajeros que se aventuran á subir á sus alturas, hacen saber que es el país del frío, del hambre y de la nieve. Suspendida á cuatro ó cinco mil metros sobre el nivel de los valles adyacentes, la meseta del Tibet tiene su superficie ocupada, en más de la mitad de su extensión,

por cerradas cuencas, donde se extienden algunos lagos y pantanos, probablemente restos de mares interiores que antes desaguan por las brechas de las sierras limítrofes. A 1.200 kilómetros de distancia de los macizos occidentales, las tierras altas del Tibet se ven limitadas al Este por una quebrada sierra que se dirige del Sudoeste al Nordeste. Al Occidente de estas montañas, la cima se inclina hacia al Este y el Sudeste, dividiéndose en numerosas cadenas separadas por valles fluviales. Sin embargo, por este lado la cima es de acceso más difícil que en el resto de su contorno. La aspereza de las gargantas, la extensión de los bosques, la falta de población y, por consecuencia, de víveres y otros recursos, detienen á los viajeros en las fronteras orientales del Tibet; y á los anteriores obstáculos debe unirse ahora la mala voluntad de las autoridades chinas. Si durante el transcurso del siglo xix el gobierno tibetano consiguió mejor que ningún otro asiático continuar el aislamiento político de su pueblo, lo debió principalmente á la configuración y naturaleza de su territorio. La columna inglesa que recientemente ha llegado hasta el Tibet, ha sufrido los mayores padecimientos, siendo su expedición una hazaña heroica. Levántase el Tibet, como una ciudadela, en el centro del Asia; por ello sus defensores han podido impedir la entrada con mayor facilidad que la India, la China y el Japón.

Queda aún por explorar la mayor parte del Tibet y es muy difícil trazar con exactitud los itinerarios de los misioneros católicos que recorrieron el país cuando se podía entrar en él. Desde la primera mitad del siglo xiv, un monje del Friul, Odrico di Pordenone, iba de la China al Tibet y residía en Lassa. Tres siglos más tarde, en 1625 y 1626, el misionero portugués Andrade penetraba dos veces en el Tibet, donde era bien recibido por los prelados budhistas. En 1661 otros padres jesuitas, Grüber y d'Orville, iban de la China al Indostán cruzando por Lassa. En el siguiente siglo, el toscano Desideri y el portugués Manoel Freyra, visitaban, con otros varios, la capital del Tibet entrando por la India. Ya los capuchinos habían fundado en Lassa una misión católica bajo la dirección de Orazio della Penna, el cual permaneció durante veintidós años en el país. En esta época, el gobierno tibetano permitía la libre entrada á los extranjeros por los pasos del Himalaya, que vigila hoy con tanto celo. Un explorador laico residió durante muchos años en Lassa, y de allí marchó á China por el Kokonor para volver otra vez al Indostán por la vía de Lassa. Era este viajero el

holandés Van de Putte, hombre instruido y gran observador. Por desgracia, destruyó todos sus papeles y mapas temeroso de que pudiesen inducir á error por hallarse embrollados y confusos. Sólo quedan de él algunas notas y un mapa manuscrito, celosamente conservados en el museo de Middelburg y en Zelandia.

En los límites aproximados que indican los mapas actuales, y que seguramente se modificarán con trabajos futuros, la superficie del Tibet, comprendiendo la cuenca de Kokonor, se calcula aproximadamente en 1.700.000 kilómetros, ó sea más del triple de la superficie de Francia; pero si á ella se añaden varios territorios limítrofes independientes, con frecuencia considerados como tibetanos, y todos los distritos poblados por individuos de la raza Bod en Cachemir y en el Setchuén chino, se calcula que la superficie total del país pasa de dos millones de kilómetros.

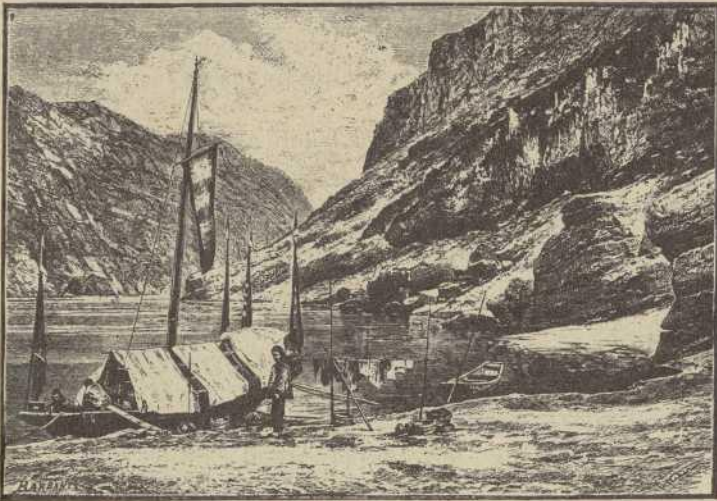
Sin contar la región montuosa del Tibet occidental, que forma parte de los Estados del maharaja de Cachemir, el Tibet ó Bodyul se divide naturalmente en tres regiones: las alturas lacustres del Norte, los valles elevados del Sur donde el Satley y el Tsangbó vierten sus aguas en dirección opuesta, corriendo al pie de la vertiente septentrional del Himalaya, y el Tibet Sudoriental cortado por las aguas y repartido en diferentes valles.

La región septentrional, que es la más vasta, pero también la menos poblada, se compone del conjunto de cuencas cerradas que limitan al Sur la prolongación oriental del Karakorum y se apoyan al Norte en el imponente Kuenlun. Esta cadena limítrofe de la altura, barrera que separa el Tibet de la cuenca del Tarim, debe considerarse, mejor aún que el Himalaya, como parte de la arista central del Asia.

Considerando el Kuenlun y sus prolongaciones orientales como una sola é idéntica arista, su extensión total, desde sus raíces en el Pamir hasta sus últimas ramificaciones entre el Hoang-ho y el Yang-tse-kiang, puede calcularse en cerca de 4.000 kilómetros. Es preciso añadir que alteran el sistema orográfico, dividiéndolo en gran número de cadenas, las numerosas brechas, cambios de formación, cruces de cortaduras, abruptas cumbres y dislocaciones de todos géneros que allí se observan. La mole, á la que los antiguos chinos dieron el nombre de Kuenlun, está formada por un grupo de enormes montañas que se elevan junto á las fuentes del Hoang-ho. Pero no

puede tomarse esta masa como nudo central del sistema orográfico. A medida que los conocimientos geográficos progresaron en dirección al Oeste, el nombre de Kuenlun (Kulkun, Kurkun) avanzó en el mismo sentido. Actualmente lo posee la cadena que los antiguos emigrantes indios de la Kaxaaria llamaban Aneuta, es decir, la «No iluminada», «la montaña del frío y de las sombras».

No tiene probablemente el Kuenlun cumbre alguna que se eleve á la altura de los picos superiores del Himalaya ni sique-



Alto Yang-tse-kiang. (Dibujo de Th. Weber.)

ra á los del Karakorum. Las observaciones hechas en las dos extremidades de la cadena, las noticias adquiridas acerca de las regiones del Kuenlun por los viajeros que personalmente las exploraron, y finalmente las indicaciones recogidas en los mapas y documentos chinos, inducen á creer que las montañas más altas de la tierra no se encuentran al Norte del Tibet. Hacia las fuentes de Cherchen-daria se levanta la masa de Tuguz-davan, donde el Kuenlun, propiamente dicho, proyecta algunos estribos y cumbres que bajan poco á poco hacia la depresión que ocupaba el antiguo Mediterráneo del Asia central. La cadena septentrional se llama del Altin-tag ó «Montañas de Oro», cuyos promontorios avanzan hasta las inmediaciones de Lobnor. Al Sur de esta arista, de cerca de 4.000 metros de altu-

ra, se desarrollan paralelamente otras dos cadenas, á la par del gran Kuenlun, que continúa su dirección normal del Oeste al Este hasta el Gurbu Naidyi, cerca de las fuentes del Yang-tse-kiang. Los mogoles de las llanuras de Chaidam dicen que esta cordillera de montañas es continua, y que los picos rebasan en varios lugares la línea de las nieves perpetuas. Si es inferior al Himalaya por la elevación de sus principales cimas, el Kuenlun, en cambio, le es superior por la altura media de su masa y por las brechas que cortan su cadena. Además parece ser mucho más antiguo; y como data de una época geológica en la cual el Himalaya no existía, es natural que sus cimas se hayan gastado ó segregado por el trabajo de las aguas y los vientos, que luego han esparcido sus residuos en los valles y las mesetas contiguas.

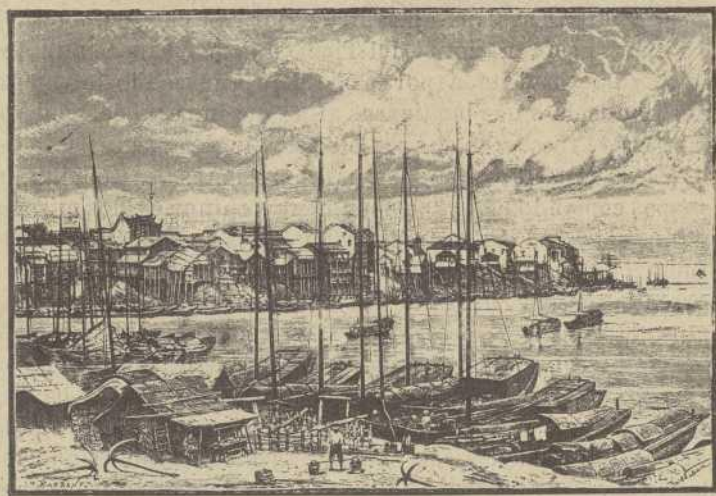
El Kuenlun carece de la variedad de aspectos y de la sublimidad de formas del Himalaya. Menos erizado de pirámides, menos lleno de cortaduras, se levantan sobre los estrechos oasis de su base y de las arenas del Gobi, como extenso contrafuerte salpicado de nieves. A pesar de su grande altura media, el Kuenlun no puede compararse con el Himalaya por la abundancia de nieves y de hielos. Sin embargo, llenan cavidades de la meseta enormes masas de hielo sin movimiento, y las fuentes termales producen capas heladas que se extienden á gran distancia. Los vientos del Norte que se estrellan contra las vertientes del Kuenlun, se han secado ya á su paso por el Asia septentrional, y llevan muy pequeña cantidad de vapores condensados. En cuanto á las corrientes atmosféricas que llegan del Océano Indico, casi todas descargan sus lluvias y nieves en el Himalaya y en las demás cadenas de montañas del Butan y el Tibet meridional. Le queda poca humedad al aire que pasa por encima de las crestas del Kuenlun. Los arroyos nacidos en los altos circos de la montaña son en su mayoría de escasa corriente y por uno ú otro lado se pierden en las arenas ó en los pantanos.

II

Ríos y lagos del Tibet.

El extremo occidental de la cadena situada al Norte de Cachimir tiene más abundancia de aguas corrientes que el Kuenlun propio. En esta región, el conjunto de aristas montañosas

y la meseta que las sostiene, tienen menores dimensiones que las del Tibet, y las nieves y los hielos abundan lo bastante para alimentar en la vertiente septentrional del Karakorum ríos considerables que atraviesan las quebradas del Kuenlun serpenteando después por las llanuras de Jotan y de Kaxgar. Así el Yarkand-daria, convertido en río caudaloso, atraviesa la mole del Pamir Sudoriental precisamente en el sitio donde se reúnen las prolongadas cadenas del Hindu-Kuch y del Kuenlun. Más hacia el Este, esta última cordillera tiene un desfiladero de



Confluencia del Han-kiang y del Yang tsé-kiang. (Dibujo de Th. Weber.)

3.000 metros de profundidad, por el cual pasa el Kara-kax, principal afluente del Jotan-daria. Este río nace en el Sur del eje principal del Kuenlun, y debe abrirse paso por una garganta de la cadena, después de recorrer el trayecto de un largo valle longitudinal; pero al Este de su corriente, hacia el Norte de las mesetas del Tibet, el Cherchen-daria aparece como el único río que tiene caudal suficiente para unirse con otros cursos de agua formando uno principal que se desliza á cierta distancia en las llanuras. Aunque son de escasa corriente, estos ríos han realizado, en el transcurso de los siglos, grandes trabajos de zapa, minando ó abriendo los caminos que conducen desde las mesetas del Tibet hasta los valles del Tarim. En ciertos lugares de la cadena limítrofe puede descenderse muy suavemente á lo largo de estos cauces, cuya pendiente no es mayor

que la de los caminos ordinarios en los países montuosos. Según afirman los indígenas del Jotan, hasta sería posible atravesar en coche el Kuenlun, por las suaves cuestas que tiene esta cadena. Uno de los geómetras indios enviados por Montgomerie pudo fácilmente hacer la ascensión del Jotan hasta la entrada de las tierras altas, situada á gran distancia detrás de la cadena, á 4 875 metros de altura. Otros pasos conducen á la meseta del lado de Oriente, ya que los zúngaros han realizado repetidas incursiones en el Tibet atravesando las estepas y desiertos que se extienden al Sur de Lob-nor. Los peregrinos mogoles que van á Lassa pasan también por este camino.

La meseta septentrional del Tibet, que permanece aún desierta, ó sólo es visitada por pastores, sigue siendo la región menos conocida entre las tierras altas del imperio del centro. Las aristas de rocas que surgen en estos lugares solitarios, los lagos y pantanos que ocupan sus depresiones, se señalan en los mapas copiando antiguos documentos chinos. Ni los mismos tibetanos conocen las tierras meridionales de esta fría y tempestuosa comarca. Únicamente los nómadas turcos y mogoles recorren la meseta buscando sitios para establecer sus campamentos en los *sang* ó pastos abrigados semejantes á los *pamir* de la cumbre que se desarrolla entre la cuenca del Amú y la del Tarim. Las tribus turcas, ordinariamente conocidas bajo el nombre de Hor ó Jor, viven al Oeste en la parte meridional de la meseta, entre el reborde de las montañas que dominan los valles de los altos afluentes del Indus y los afluentes del Tsangbo superior. Los nómadas mogoles Sok han dado nombres á casi todos los lagos y montañas del Tibet Norte-oriental. En su mayoría practican los ritos del chamanismo. Sin embargo, entre los tibetanos estas gentes son generalmente conocidas bajo el nombre de Jach-len ó «mahometanos», de donde quizá se deriva el nombre de Jatchi dado á la comarca. También se designa ésta como país de Hor-Sok por los nombres de los dos principales grupos de tribus en ella establecidos.

Entre los numerosos lagos esparcidos en la meseta de Jatchi, los de Namur, Ike Namur y Paja Namur, en la región occidental, son los más importantes, si se considera el trazado que de ellos publican los mapas chinos. El conjunto de aguas y de tierras parcialmente inundadas que se encuentran en esta cuenca lacustre, parece prolongarse del Sudeste al Nordeste á más de 200 kilómetros de extensión. Cualquiera que sean la forma y dimensiones de estas masas de agua, dibujadas al acaso se-

gún documentos dignos de poco crédito, positivamente sabemos que existe una cadena de cuencas lacustres ocupando del Noroeste al Sudeste gran parte de la meseta de Jatchi, paralela á la depresión por donde corre el Tsangbo. Unos se ven reducidos á pantanos cenagosos y cubiertos por una capa de cristales que los indígenas rompen para recoger la sal; otros son salados, otros tan solo salitrosos, pero la mayoría de los que tienen desagüadero conservan el agua limpia y pura. La altura media de esta región lacustre es de 4.500 á 4.800 metros. Sus vertientes son en general muy suaves, y lo mismo que en ciertos sitios del Pamir y del Kuenlun, podrían transitar por ellas los carros y los trenes de artillería.

Uno de los mayores lagos de esta región es el llamado Dangrayum ó la «Madre Dangra». Estréchase en su centro, de manera que forma dos lagos casi separados, y tiene más de 300 kilómetros de circuito. Los budhistas del país, y aun los de Lassa, emprenden con frecuencia una procesión en torno de este lago, procesión que suele durar de ocho á doce días, según la época del año. Hacia el Sur del lago se levanta una gran montaña, que ha recibido el nombre de Targot-yap, ó «Padre Targot», y éste y la Madre Dangra son, en opinión de los indígenas, los creadores de la tierra. A los grupos de montañas que se divisan á los alrededores, se les llama también las hijas de Targot y de Dangra. La *kora*, ó peregrinación completa alrededor de la montaña y del lago exige un mes de tiempo. Es uno de los actos que mayor eficacia tienen para obtener el perdón de los pecados ordinarios. Dos *kora* ó procesiones perdonan un homicidio, y hasta un parricida deja de ser culpable cuando ha hecho tres *kora* en torno del «Padre» y de la «Madre».

Al Este del Dangra-yum los lagos son más numerosos que en los restantes lugares de la meseta, y muchos de ellos desaguan sus sobrantes en dirección al Norte, donde, según se dice, se encuentra la mayor cuenca lacustre de la región meridional de la meseta, el Chargut-tso, á su vez tributario de uno de los grandes ríos que descienden hasta el Océano Indico. Menos extenso que el Chargut, el Tengri-nor, situado en el ángulo Sudoriental de la meseta de Jatchi, se encuentra ya en la zona del Tibet, explorada por los viajeros modernos, merced á la vecindad de Lassa, que dista sólo un centenar de kilómetros. Orientado del Suroeste al Nordeste, el Tengri-nor tiene 80 kilómetros de largo por 25 á 40 kilómetros de ancho. Un viajero que lo visitó en 1872 hubo de emplear catorce días en recorrer

sus orillas septentrionales. Esta masa de agua, de profundidad desconocida y en la cual se refleja un cielo casi constantemente azul, es el «Lago Celeste» por excelencia, como lo indican sus dos nombres: Tengri-nor en turco y Namtso en tibetano. Todos los años acuden millares de peregrinos que afrontan las dificultades del viaje y los bandidos de las inmediaciones para visitar el monasterio de Dorkia y otros conventos de los promontorios, desde los cuales la vista abarca las azuladas aguas y los nevados picos del Sur y del Sudeste. En esta región santa todo aparece con carácter maravilloso á los ojos de los devotos visitantes. Aquí la mano de un dios abrió la hendidura de una roca; allá, una pirámide de arcilla, hecha por el hombre, se ha partido para que vaya al cielo algún lama muerto en el éxtasis de la oración. Los fósiles de la roca son objetos sagrados, y con ellos cargan los peregrinos como reliquias de las «trescientas sesenta montañas», representación de otros tantos dioses que forman el séquito de la divinidad principal, el Ninyin-tang-la, eternamente cubierto de nieves.

III

Tibet meridional.

La región del Tibet, donde nacen el Satledy y el Tsangbo, es uno de los países sagrados de los bramanes y budhistas: esta veneración popular proviene sin duda alguna de la importancia geográfica que el país tiene. La divisoria transversal que une el Himalaya con el Gang-dis-ri, y por medio de esta cadena con toda la meseta del Tibet, no es únicamente el lugar obligado de paso entre los dos grandes valles que se prolongan á distancia entre diversas comarcas; es además como la raíz que une la meseta más vasta del mundo, el Tibet, á la cadena más alta, el Himalaya. Al Noroeste de la línea de separación se levanta el Tise de los tibetanos ó Kailas de los indios, cuya masa piramidal queda aislada de las demás montañas que forman la cadena del Gang-dis-ri. Cuando los indios ven de lejos su alta cresta, cuya forma se asemeja á la de una pagoda arruinada, se prosternan siete veces y otras tantas elevan las manos al cielo. Creen que es la morada del Mahadeo ó Gran Dios, el primero y más imponente de todos estos Olimpos, sobre cuya cima los pueblos han visto brillar la deslumbradora

luz de sus divinidades, en cada una de sus etapas sucesivas hacia el Occidente. Es el monte Meru de los antiguos indios, el pistilo de la flor simbólica del loto, que figura el mundo. Los lamas tibetanos no tienen menos adoración á la montaña sagrada que los yogis indios, y los más atrevidos emprenden una peregrinación de muchos días en torno del Kailas á través de las nieves, las cortaduras y las rocas. Al pie de esta montaña de cuatro caras, «de la que una es de oro, otra de plata, otra de rubies y otra de lapislázuli», se construyó el primer monasterio budhista de la meseta, en el siglo II antes de la Era Cristiana. Las leyendas indias, aunque varían en los detalles, concuerdan en que cerca del Kailas, y aun en su mismo seno, se encuentran las grutas misteriosas de donde salen los cuatro animales divinos, el elefante, el león, la vaca y el caballo (otros dicen el pavo real) símbolos de los cuatro grandes ríos, Sattledy, el Indus, Ganges y el Tsangbo. Estos caudalosos ríos, que en efecto siguen cuatro direcciones opuestas, nacen, si no en las vertientes de una misma montaña, por lo menos en un espacio que, de Norte á Sur, no tiene 100 kilómetros de extensión. El Alaknanda, el Karnali y varios otros ríos que afluyen al Ganges, río divino por excelencia, según los bramanes, nacen en la vertiente india del Himalaya, y el Indus recibe sus primeras aguas de las nieves septentrionales del Gang-dis-ri. Pero entre sus dos puntos extremos, separados uno de otro por dos contrafuertes, se abre la profunda depresión donde se forman y se deslizan en dirección contraria los dos ríos Sattledy y Tsangbo.

La divisoria del valle de doble vertiente, que constituye la línea de separación entre las dos cuencas y une en dirección transversal la cadena del Himalaya á la del Gang-dis-ri, tiene relativamente poca elevación. Al pie de los picos que se elevan á 2.000 metros como el monte Kailas y aún á 3.000 metros como el pico de Gurla ó Mandhata, las protuberancias del collado se confunden con las alturas inmediatas, distinguiendo con dificultad la arista de la cordillera. Conservando también el mismo nivel, los lagos y los estanques llenan las cavidades del valle, descendién dose de uno á otro por medio de suaves pendientes. Es probable que en una época geológica anterior, toda la depresión que en forma de media luna se extendía al pie de la vertiente septentrional del Himalaya estaba cubierta por las aguas, y los actuales lagos esparcidos por la cuenca, son restos de aquel gran lago de la antigüedad.

Por la mitad menos inclinada de la vertiente meridional del Tibet se extienden las aguas del Satledy. Ocupa su primera meseta, en las inmediaciones de la entrada, un lago, el *tso* Kongkio, formando una masa de agua sin desagüe, de gusto salobre como la de casi todos los lagos cerrados. En las inmediaciones se encuentran otros estanques de agua salada, pero los depósitos mayores del valle, el Mansaraur y el Rakus-tal, son lagos de agua dulce, unidos por un arroyo permanente que lleva al Satledy su corriente sagrada, pues el Mansaraur, ó sea el Manasa Sarovara de las leyendas indias, es el «lago formado por el soplo de Brahma». Millares de cisnes, venerados como seres casi divinos, se mecen sobre sus profundas aguas. A pequeños intervalos se ven varias casas de peregrinos, en las colinas inmediatas, pues á pesar de los peligros del viaje y del clima, no vacilan muchos piadosos ermitaños en detenerse durante algunos meses en estas terribles soledades. Los que mueren en el camino saben que sus cenizas serán depositadas en esta agua, «la más santa de la tierra», que es para ellos la recompensa suprema. Decíase antes que el Ganges nacía en el Mansaraur, y esta tradición se vió confirmada durante algún tiempo por las relaciones de los jesuitas y por el mapa de d'Anville. Pero Moorcroft hizo saber por primera vez que las fuentes del Ganges se encuentran en la vertiente exterior del Himalaya. En estas alturas se han dado sangrientos combates. En Diciembre de 1841 los chinos derrotaron á los Dogra de Cachemir, y los persiguieron hasta el Tibet indio.

Saliendo del Rakus-tal, que es el Lanagú Lanka de los tibetanos, el río Satledy, Satrodu ó Satradu, se seca algunas veces al final del verano. La corriente del río sólo es constante en la parte inferior del valle donde empieza á abrirse camino á través de los escombros. Este valle, situado á 4.500 metros de altura, es muy notable por sus manantiales termales, unos sulfurosos, otros incrustantes. Las aguas han arrastrado enormes cantos. En ciertos lugares sólo se ven los depósitos formados por los humeantes manantiales. Como en otras muchas regiones del Tibet, á pesar de no existir rocas volcánicas, se ven salir del suelo corrientes de vapores y humaredas sulfurosas.

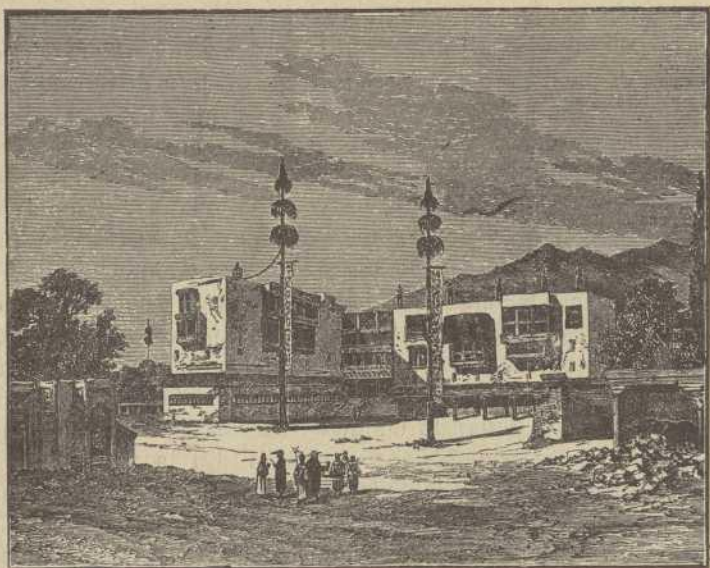
La pendiente general de la cuenca superior del Satledy apenas se advierte en todo el territorio tibetano. Cerca del sitio por donde el río pasa desde las gargantas del Himalaya á las llanuras del Indostán, el nivel de las mesetas que lo limitan á derecha é izquierda se mantiene á 4.500 metros, y la región conti-

núa desierta y desprovista de toda vegetación, excepto en los sitios abrigados. El Satledy ha abierto en estas mesetas de origen lacustre, un cauce de 400 y aun de 500 metros de profundidad, aunque sin alcanzar la roca viva del fondo. Cada afluente, lo mismo que el Satledy, se abre paso á través de los bloques y las arcillas, hallándose todo el territorio cortado por enormes torrentes. En ellos, ó en sus bordes, y hasta en los taludes de piedra, los escasos habitantes de la comarca han construido sus habitaciones transitorias ó permanentes. La ciudad principal del valle tibetano del Satledy, llamada Daba, está sobre un precipicio de cerca de 100 metros de profundidad, abierto en los estratos de piedra y arcilla que dominan el curso de un pequeño afluente del Satledy. En este lugar, las aguas y las nieves han tallado las paredes de la garganta en fantásticas formas de torres, baluartes, pirámides y agujas. Se ven grutas abiertas por la mano del hombre en las partes más sólidas de estos muros. Son las habitaciones y las granjas de los habitantes de Daba. Algunas casas de piedra de dos pisos, interrumpen en trechos con sus blancas fachadas la rojiza montaña, y hacia lo alto de la población el barrio de los lamas forma una especie de ciudadela cerrada por inaccesibles muros, á la que da entrada una sola puerta. En invierno, Daba queda completamente abandonada. Las nieves llenan la cuenca y las casas desaparecen debajo de los copos que el viento arrastra. En la primavera es preciso limpiar la entrada de las grutas de los restos de avalanchas ó del barro y las piedras que se mezclan con la nieve. Los aluviones que llenaron el vasto lago, pertenecen á las épocas terciaria y cuaternaria, y contienen muchos fósiles y huesos de grandes vertebrados.

Los indígenas señalaban antiguamente varios arroyos, que nacen al Norte del Gang-dis-ri, como las principales fuentes del Scind ó Indus, y le daban igualmente el nombre místico de Senge-jabad, «río salido de la garganta del León». Las exploraciones hechas posteriormente por los geómetras anglo-indios han demostrado que el verdadero Indus ó Indo es, entre aquellos ríos, el que nace más hacia el Este, cerca de la vertiente septentrional del Mariam-la. De todas las corrientes que se reúnen en el lecho común del Indus más arriba de su entrada en el reino de Kashemir, ésta es la más larga y abundante. El Gartung ó río de Gartok se une al Indus cuando aún corre por el territorio tibetano y casi le duplica su volumen.

Los fenómenos de sequía que desde la época lacustre, poste-

rior á la de los hielos, han convertido tantos lagos de agua dulce del Tibet en simples estanques de agua salada, y han cubierto de cristalizaciones de sal y salitre tantas cavidades de la meseta, también han secado muchos ríos y convertido en depósitos cerrados muchos valles, cuyas corrientes desaguan en el Indus. Véase de ello un notable ejemplo al Norte de este río, en el distrito de Radoj. En esta parte de la meseta, cuya altura media es de 4.200 metros, se extiende un valle paralelo al curso del



Monasterio búdhico. (Dibujo de Therond.)

Indus, siguiendo sus mismas inflexiones generales; se inclina primero hacia el Noroeste; luego, como el valle del Indus, cambia hacia el Oeste para buscar la garganta de la montaña y tomar luego la dirección normal hacia el Noroeste. Gran parte de este valle está lleno de agua. Pero el lago así formado, que parece uno de los *fiords* interiores de Escandinavia, se ensancha ó se estrecha, siguiendo la anchura de las cavidades ó el avance de los promontorios. Los desprendimientos ó quizá los aluviones que los torrentes laterales arrastran, han dividido el lago en tres depósitos de nivel distinto. El lago superior se llama No, nombre de una inmediata estación de caravanas. El lago central, 12 ó 13 metros más elevado que el inferior, es el *tso*

ó lago Moñalari, es decir, el «Lago de agua dulce de las Montañas». El lago inferior, de extensión más limitada, es conocido en el país bajo el mismo nombre, aunque la falta de salida de sus aguas le haya convertido en lago salino. Los exploradores anglo-indios han designado este lago con el nombre de Pangkong, tomado de una provincia de Cachemir, en la cual penetra el extremo septentrional de la cuenca lacustre. Algunas marcas de nivel y los bancos de ostras de agua dulce, fáciles de reconocer en los contrafuertes que rodean el Pangkong y en la garganta por donde sale el excedente de las aguas, prueban que anteriormente este lago tenía un nivel medio de 74 metros más alto con relación al actual, situado á 4.149 de elevación.

IV

El río misterioso.

El río tibetano por excelencia, que atraviesa las dos provincias centrales de Tsang y Ui, es el Tsangbo, es decir, «el Agua Santa». llamado con frecuencia en su curso superior Yaru-Tsangbo ó «Alto Tsangbo». Como el Indus y el Ganges, compárase el curso del río tibetano á un animal misterioso, dándole á veces el nombre de «Río del Pavo Real» ó «Río del Caballo». Según una leyenda, nace «en la boca de un corcel». La misma divisoria que por una parte envía sus arroyos de nieve fundida al Satledy, por otra alimenta el naciente curso del Tsangbo. Sus principales afluentes son los arroyos que descienden de los circos de hielo del Himalaya. Separado de la gran cadena del Karakorum por la sierra paralela de Jomorang, el Tsangbo superior sólo recibe por esta parte algunas corrientes muy escasas. Al convertirse en riachuelo, se desliza sobre una llanura poco inclinada, sobre cuya superficie se extienden sus aguas. Cerca del convento de Tadum, en el sitio donde el sendero de Mariam-la desemboca en el valle, se presenta ya navegable el Tsangbo, y remontan su curso buques cargados de mercancías. Sin embargo, nadie se atreve á entrar en sus aguas sin echar una moneda que las haga propicias. Ninguno otro río de la tierra tiene embarcaciones á esta altura, calculada á más de 4.300 metros. Más abajo, sigue el Tsangbo siendo navegable en grandes trechos de su curso por medio de balsas cubiertas de cuero. Pero luego cesa este movimiento, porque en los raudales

y en los bancos de arena se destrozarían todas las embarcaciones. Las altas mesetas, los promontorios de rocas que estrechan el cauce del río, han permitido á los tibetanos echar sobre él puentes colgantes; pero estas construcciones que el viento balancea son tan ligeras, que los viajeros prefieren los botes para pasar de una á otra orilla.

En su curso por el Tibet, recibe el Tsangbo muchos afluentes, venidos del Himalaya y del Tras-Himalaya por el Sur, y por el Norte del Gang-dis-ri y aun de las altas regiones de la meseta que domina aquellas sierras, pasando por las brechas de la cadena limitrofe. Uno de estos torrentes del Norte, el Namling, que tiene su origen en Jalamba-la, no lejos de Tengri-nor, atraviesa una de las regiones más curiosas del Tibet por sus manantiales termales. Dos *geysers* ó surtidores de agua sulfurosa brotan á intervalos, elevándose hasta una altura de 18 metros, y excepto en el verano, al caer el agua se hiela en torno del orificio, en una balsa de cristal cubierta de altas estalagmitas. La mayor parte de los lagos de esta cuenca fueron terraplénados por los aluviones ó se vaciaron por sus naturales desagüaderos. Sin embargo, quedan aún algunos de consideración, entre ellos el Yamdok ó Palti, que según d'Anville se dibuja en los mapas en forma casi regularmente anular, como un foso rodeando á una ciudadela. La isla, que algunas descripciones suponen ser una península, se eleva á más de 700 metros de altura sobre el nivel de los demás depósitos de aguas, los cuales se hallan á 4.114 metros de altura. Según Manning, el agua de este lago es ligeramente salitrosa; pero un viajero, que recorrió sus orillas septentrionales, dice haberla hallado perfectamente pura y potable. Se ignora si este lago misterioso, de gran profundidad, tiene comunicación por su parte occidental con el Tsangbo, del que está separado al Norte por la mole maciza del Jamba-la, ó si forma un depósito completamente cerrado.

Al Nordeste de este lago, el Tsangbo principal se une con otro «río santo», el Kichu, que riega el valle de Lassa. A corta distancia hacia abajo, en Chetang, distante cerca de 1.000 kilómetros de las fuentes del Tsangbo, empezaban en 1875 las regiones inexploradas. En este lugar, el pandita Nainosingh atravesó el río y vió que el valle se prolongaba hacia al Este en una extensión de 50 kilómetros para luego desaparecer al Sudeste entre las azuladas líneas de las montañas. Pero desde esta época, otro explorador anglo-indio, dirigido por el ingeniero Harman, pudo seguir en 1877 el curso del río hasta más

de 300 kilómetros agua abajo. Este viajero, cuyo nombre es sólo conocido por la forma abreviada de N-m-g, siguió primero el curso del Tsangbo hasta el extremo del valle que Nain-sing había visto de lejos. Pero luego se vió obligado á dar un gran rodeo por las montañas para salvar un profundo despeñadero donde penetran las aguas del río. Sin embargo, de nuevo pudo alcanzar su cauce á 32 kilómetros del punto donde lo había dejado y reconocer que allí describe una curva en dirección al Norte antes de volver á seguir su dirección normal hacia el Este y el Sudeste. En el sitio donde se detuvo el viajero N-m-g, vió abrirse al Sudeste una brecha en el contrafuerte de las montañas, por la cual, según le manifestaron los tibetanos, se deslizaba el Tsangbo para atravesar el país de los salvajes y luego una comarca perteneciente al gobierno británico.

En Chetang el nivel del valle del Tsangbo llega á 3.400 metros, y, sin embargo, á esta altura el río tibetano (cuya cuenca se extiende en una superficie de 200.000 kilómetros) puede comparar su masa líquida con la que arrastran ríos como el Ródano y el Rhin. Cuando Nain-sing lo vió, tenía sus aguas relativamente bajas, y, sin embargo, la anchura de 300 á 450 metros que da al río, su profundidad y la rapidez de su corriente permiten calcular el caudal del Tsangbo, en este período del año, en algo más de 800 metros cúbicos de agua por segundo. Pero las tierras que las aguas en crecida cubren durante los meses de Mayo, Junio y Julio, se extienden en algunos sitios hasta muchos kilómetros de su cauce ordinario, y el arrastre fluvial sube entonces á muchos millones de metros cúbicos, quizá á 20.000, si la crecida es solamente de cinco metros, según afirman los indígenas. El Tsangbo, que aún recibe más abajo del Chetang, en el Tibet oriental, un gran número de abundantes riachuelos, y que debe atravesar en esta parte de su curso una de las regiones más húmedas de la tierra, lleva una masa líquida enorme al Océano Indico, y, sin embargo, á juzgar por los mapas parece que este caudaloso río debería perderse, pues se ignora de qué gran río es tributario y se hace pasear su corriente desde la cuenca del Irawaddi á la del Brahmaputra. El viajero Francisco Garnier llegó hasta á aventurar la hipótesis de que en la parte occidental del Tibet existen montañas calizas agujereadas por cavernas parecidas á las que vió en la China y la Indo-China, y que este río, despeñándose por ellas á las profundidades de la tierra, se divide en varios brazos. No obstante, lo poco que se sabe de la geología del Tibet oriental

parece oponerse á esta hipótesis. Las rocas calizas sólo se encuentran en los confines del Yunnan, y el resto del país se compone de rocas cristalinas, revestidas por arcillas de la época de los hielos.

Sea lo que fuere, ningún explorador, ni los mismos indígenas interrogados por los viajeros, han seguido el curso inferior del Tsangbo más allá del punto adonde llegó el enviado de Harman, y, por lo tanto, los geógrafos sólo pueden aventurar hipótesis en esta cuestión de capital importancia. ¿Adonde va el «Agua Santa» cuando ha salido del valle del Tibet? En 1721 el misionero Régis, que mandó hacer el mapa del país por orden del emperador Kang-hi, afirma «que nada cierto se sabe sobre el lugar donde desemboca el río». Dijéronle solamente que el Tsangbo se dirige hacia el golfo de Bengala, «hacia Arracan ó cerca de la embocadura del Ganges en el Mogol».

Hace años que los hombres de ciencia y los viajeros discuten, sin ponerse de acuerdo, sobre el curso y desembocadura de este río. Los más creen que va á desaguar en el Brahmaputra, pero no puede decidirse la cuestión sin pruebas, hay que esperar á que los troncos de árboles, señalados con su numeración por la oficina topográfica de las Indias, hayan flotado desde las mesetas del Tibet hasta las llanuras de Bengala ó de Birmania. Esta región del Asia es aún más desconocida que el centro del Africa, donde por lo menos se puede distribuir el territorio entre las vertientes del Nilo, del Zambeze, del Níger y del Congo.

Los problemas del Tibet, que fueron quizá resueltos por los antiguos geógrafos chinos, se plantean de nuevo con todos sus misterios. La reciente expedición inglesa servirá para abrir las comunicaciones con el Tibet, y los salvajes Abor y los mandarines chinos de la frontera dejarán libre el paso de los exploradores que de la llanura suban á las mesetas, atravesando los bosques, los pantanos y las sierras.

V

Valles del Tibet oriental.

Al Norte de la depresión por donde se desliza el Tsangbo, la meseta del Tibet se ve cortada por las corrientes en innumerables valles. Soplando del golfo de Bengala, los monzones

del Sur pasan por las anchas brechas del Himalaya y remontan sin obstáculos hacia el centro de atracción que en verano forman las mesetas de Jachi. La vertiente oriental de las tierras altas recibe gran cantidad de lluvias que las corrientes atmosféricas arrastran desde el mar Indico. Mientras que la aridez del suelo, la rarefacción del aire, el ardiente calor del verano ó el intenso frío del invierno, hacen casi inaccesibles las mesetas, la comarca baja sólo puede recorrerse venciendo grandes dificultades á causa de la desigualdad del suelo, los contrafuertes y los precipicios, los torrentes y los ríos, los bosques y los pueblos salvajes que habitan sus partes despejadas. Oficialmente, la mayor parte de esta comarca depende del Tibet, y en ella hay centros administrativos ordenados como los de las provincias restantes; pero en realidad, muchas tribus de esta región conservan su independencia. Ningún ejército ha podido hasta ahora ocupar el país, dividido en innumerables y pequeñas cuencas: y si los pueblos salvajes ó medio civilizados que allí viven han reconocido la soberanía del Tibet ó de la China, se debe á su interés en poder comerciar con sus productos. No podía constituirse ninguna agrupación política de importancia en este laberinto de valles. No existe en ellos una gran llanura de aluvión donde pudieran formarse ciudades que fuesen el núcleo de verdaderos Estados.

Varios viajeros, y en particular los misioneros, han atravesado esta comarca á pesar de su difícil acceso; pero en su mayoría no han podido trazar el itinerario que siguieron, por lo cual durante mucho tiempo será aún desconocido el dédalo de estas montañas, quince veces mayor que el de los Alpes suizos.

Entre todos los ríos que bajan de las alturas tibetanas y que deben deslizarse entre profundos desfiladeros para salir de la región de las montañas y llegar á las llanuras bajas, el Lantzan es sin duda alguna el que atraviesa las más agrestes gargantas. En Yerkalo, donde el nivel de la corriente tiene 2.250 metros de altura, los muros de las rocas se levantan varios centenares de metros sobre el río, y en muchos lugares son casi perpendiculares. Al Sur de Atentzé, no se ha podido trazar sendero alguno en el interior de las gargantas, teniendo que subir á intervalos alturas de 450 á 600 metros sobre el Lantzan, desde las cuales se divisa el río como si fuera un pequeño arroyo. Las piedras arrojadas al precipicio, caen saltando de roca en roca hasta llegar al fondo del agua. Uno de estos desfiladeros, llamados por Cooper «de Hogg», en memoria de un amigo suyo,

es una verdadera hendidura que no tiene 20 metros de ancho, y en muchos lugares parece que se cierra enteramente. En la parte más estrecha de la garganta se ha colocado sobre el muro vertical un paso de madera sostenido por vigas oblicuamente apoyadas en la roca. Mal conservado, este paso carcomido permite ver á través de sus intersticios las agitadas aguas que saltan entre las rocas en el fondo del negro abismo. Cuando debe pasar una caravana por esta galería, salen algunos hombres á apostarse en el extremo opuesto para evitar que los viajeros que vienen en sentido inverso entren también en el paso. En muchos sitios del río, donde las gargantas ofrecen fácil acceso de una á otra terraza, se han lanzado puentes móviles, parecidos á las «tarabitas» de los colombianos y á las comunicaciones de «cuerda» que los pastores y contrabandistas del Duro establecen de una á otra orilla. Se reduce á una maroma hecha de fibras de bambú, dispuesta de un lado á otro de la garganta, teniendo suficiente inclinación para que por medio de un anillo, también de bambú, se pueda deslizar un objeto por su propio peso hasta la plataforma de la ribera opuesta. El viajero ó el animal que deben atravesar el río se sujetan al anillo por medio de fuertes correas, y en brevísimo tiempo pasan al lado opuesto. Para volver, es preciso subir á una plataforma superior de donde sale otra cuerda inclinada en dirección opuesta, y se repite el mismo procedimiento. El sistema de estos vertiginosos columpios varía en las diferentes regiones de la comarca.

VI

Clima de las mesetas del Tibet.—Fauna y flora.

Aunque los hielos hayan desaparecido de los valles y de los circos inferiores, retirándose hacia las cumbres, el actual clima del Tibet queda suficientemente explicado con el nombre de «Reino de las Nieves», que acostumbran á darle sus vecinos. Según Turner, los habitantes del Bhutan, lo llaman simplemente Pué-koa-xim ó «Nieve del Norte». Los pobladores de las llanuras, teniendo siempre á la vista las blancas cimas de los montes que se hallan en dirección al Tibet, creen que este país está constantemente ocupado por las nieves. Sin embargo, el aire, seco en extremo, que domina en las mesetas al Norte de

la doble arista del Himalaya, atenúa los efectos de la altura. Durante meses enteros no cae un solo copo de nieve, y si cae, pronto el viento arrastra las nubes á las hondonadas. En verano el sol funde la nieve. En el ángulo Sudoriental de Tibet, la zona de las nieves perpetuas empieza á la altura de 5.670 á 5.730 metros, es decir, á unos 900 metros más de elevación que el Mont-Blanc; y en algunos puntos, como en la garganta de Cayley, situada á 5.975 metros, Forsyth encontró la roca pelada. En las vertientes meridionales del Himalaya, las nieves arrastradas en espesas capas por los vientos, descienden de sus alturas y se hallan en sitios más bajos que en la vertiente septentrional ó tibetana, por lo cual se encuentran cerrados los pasos de estas montañas, cuando ya se ven libres gargantas más elevadas. Hasta mitad del invierno, puede irse de Cachemir á Yarkand. El aire es tan seco en algunas regiones del Tibet, que es preciso forrar de tela las puertas y los postes de madera de las casas para evitar que se partan, y muchos viajeros tienen la costumbre de untarse la piel con un barniz negruzco para librarse de los sabañones. Los animales que mueren en el camino de las mesetas, se secan paulatinamente, hallándose en algunos pasos muchas momias de caballos y carneros. Cuando muere una bestia de carga, los hombres de las caravanas tienen la costumbre de cortar su carne á pedazos, que colocan sobre los matorrales, á fin de que las siguientes caravanas encuentren provisiones en su camino.

Pero si no son muy abundantes las nieves en estas comarcas, cuya altura media es muy superior á la de los Alpes, no por ello su clima es menos duro. Muchos viajeros hablan de los terribles fríos que sufrieron, y del malestar que les causó la falta de oxígeno. En los pasos de las gargantas elevadas y de las crestas más altas, la rarefacción del aire hace muy penosos todos los esfuerzos, y no sólo los hombres, sino también los animales, sufren el «mal de la montaña». Frecuentemente caen asfixiados los camellos, «envenenados—dicen los escritores chinos—por los mortíferos vapores que exhala el suelo». En Febrero de 1870, salió de Lassa una caravana compuesta de 300 personas. En los temporales perdió 1.000 camellos de carga, y al llegar al término de su viaje habían quedado además 50 hombres en el camino. En invierno se hielan todos los ríos y los lagos, no sólo en las mesetas, sino en los valles inferiores. Es preciso bajar á 2.400 metros y hasta 2.100 metros del nivel del mar, para hallar los ríos libres. Durante los meses de Julio y

Agosto las caravanas encuentran con frecuencia helada el agua en los desfiladeros, y tienen que derretir el hielo para beber. Cuando enfría el ambiente una corriente atmosférica, al instante se hielan ríos y lagos. Los yaks (bueyes de carga del país), cuyos largos mechones de lana se cubren de cristales helados, tienen que andar con las piernas muy abiertas, cediendo al peso de esta masa de hielo. Cuenta Huc que atravesando sobre el hielo el Muru-usu, en la parte superior de la corriente, vió á lo lejos unos 50 objetos informes y negruzcos, alineados á través del río. Al aproximarse vió que eran toros salvajes, que al atravesar la corriente, se habían visto de pronto sorprendidos por los hielos. Se veían sus cuerpos en actitud de nadar. A través de los cristales transparentes, sólo quedaban al descubierto sus cabezas, adornadas de grandes cuernos, y las águilas y los cuervos les habían ya arrancado los ojos.

La irradiación del calor en el espacio, á través de esta atmósfera tan clara, contribuye eficazmente á enfriar la región de las mesetas, y para los viajeros el frío es más terrible, puesto que no encuentran para encender lumbre más que alguna hojarasca. Es preciso llevar siempre provisión de boñiga de yak; el *kieu* de los tibetanos. Por fortuna las noches son casi siempre tranquilas. Como el frío es uniforme, ningún centro llama las corrientes atmosféricas; pero durante el día, cuando el sol alumbra las mesetas y las hondonadas quedan en la sombra y por tanto expuestas al frío, levántanse fuertes ráfagas de viento que arrastran tras de sí nubes de polvo y ocasionan tormentas de que hablan con terror todos los viajeros. En ciertas regiones bajas, los labradores tienen la costumbre de inundar los campos á la entrada del invierno para proteger la tierra vegetal contra los vientos, y con este sistema logran mejores cosechas.

En conjunto, la meseta del Tibet, bien determinada por los altos contrafuertes y las cadenas limitrofes, se distingue por su clima seco y riguroso y las alternativas de calor y frío. Las lluvias y las nieves llegan en pequeña cantidad del Océano Indico. La fuerza de los monzones del Sur se desata en torbellinos y chubascos en los valles del Himalaya, y el contraalíseo superior se manifiesta únicamente en las alturas por las avalanchas de nieve que cae de las cimas del Kinchinying y demás gigantes del Himalaya. Sin embargo, la región del Tibet oriental, hacia la cual avanza en semicírculo el vasto golfo de Bengala, participa ya del clima de las Indias. Los vientos penetran en estas

comarcas por las brechas de las montañas, cuya altura es muy inferior á las del Oeste, y caen abundantes lluvias, especialmente en los meses de Agosto, Septiembre y Octubre. Todos los ríos que nacen en esta parte del Tibet, se alimentan más de estas lluvias que de las nieves. Durante los meses de Abril y Mayo, las lluvias son muy copiosas. Empiezan más pronto en las tierras altas del Tibet que en las llanuras bajas del Indostán, por causa del enfriamiento más rápido de las corrientes atmosféricas en las regiones elevadas y la condensación de los vapores, que es su inminente consecuencia.

La altura de las mesetas tibetanas, al Oeste de la provincia de Jam, es muy considerable para que la vegetación arborescente esté representada más que en las hondonadas; en las cavidades puestas al abrigo de los vientos, hállanse sauces, álamos y algunos árboles frutales, como únicos ejemplares de la especie. Fuera, sólo se ven arbustos retorcidos, cuya altura jamás excede á la del hombre. Sin embargo, los ламас jardineros han conseguido criar hermosos álamos alrededor del monasterio de Mangnang, en la provincia de Nari, á 4.104 metros de altura. En la mayoría de las mesetas expuestas al viento, cuya elevación excede de 4.000 metros, toda la vegetación consiste en algunas especies de gramíneas finas y duras como espartos, que llegan hasta el punto de atravesar el duro cuero de los pies de los camellos y bañarlos en sangre. Una planta fibrosa, con raíces como un árbol y tendido ramaje, el «yabayere», vive aún á la altura de 4.500 metros, y en algunas partes se le encuentra en lugares donde á causa del aire seco ó del suelo salitroso ya no crece la hierba. El pandita Nain-sing, vió sembrados de cebada á más de 4.640 metros, es decir, casi á la altura del Monte Rosa. Toda la cuenca del Ombo, en la cual se halla el lago de Dangra-yum, está llena de vegetación. En otras partes, los «sang» están cubiertos de «hierba fina como en las praderas de Inglaterra». En las regiones más frías que habitan los tibetanos, rara vez maduran los cereales, y los indígenas de estas regiones no tienen más alimento que la leche y la carne de sus ganados. Respecto á los valles de la vertiente Sudoriental del Tibet, como son mucho más bajos que las mesetas y reciben abundantes lluvias, están cubiertos de bosques inmensos. Esta parte del Tibet es de las que tienen mejor arbolado en el mundo. Uno de los grandes árboles de sus bosques, es el acebo espinoso, muy distinto de sus congéneres de Europa por el prodigioso desarrollo que adquiere. No se eleva tanto como el pino,

pero tiene el tronco de igual tamaño y le excede en riqueza y abundancia de ramaje.

Si las alturas tibetanas carecen de los bosques que cubren la vertiente meridional del Himalaya, en cambio contrastan singularmente con estas colinas del Mediodía por la riqueza de su fauna. Aunque desprovistas de arbolados, tienen gran multitud de animales salvajes y domésticos. El Tibet, que algunos zoólogos consideran como un centro particular de creación, posee una fauna especial muy rica en asnos, yaks, corderos diversos, antílopes de varias especies, gacelas y corzos. Nain-sing ha visto correr rebaños de 2.000 antílopes que, con sus agudos y relucientes cuernos, parecían regimientos de soldados con las bayonetas enhiestas. Estos animales, que algunas veces se encuentran en sitios desprovistos de toda vegetación, conocen perfectamente los pastos de la llanura, y los visitan sucesivamente, recorriendo cada año millares de kilómetros. Los hermanos Schlagintweit han visto yaks á 5.940 metros de altura, y las marmotas tarbagan abren sus agujeros en las arcillas á 5.480 metros de elevación. Las zorras, los chacales, los perros salvajes y los lobos blancos de lanoso pelo, como todos los cuadrúpedos del Tibet, se dedican á la caza, y en las inmediaciones del Tengri-nor se ve á los osos blancos, semejantes á los de las regiones polares, causar destrozos grandes en los rebaños.

En el Tibet oriental, la fauna es aún más rica que en las mesetas. Los búfalos aparecen en manadas, temerosos de los lobos y de las panteras; los gamos viven en los bosques de rápidas pendientes, á 2.600 metros de altura; los monos, las ardillas, los cerdos de raza pequeña, habitan los bosques de las regiones bajas, y los osos talan los campos de maíz. Comparados con la fauna de los mamíferos, los pájaros son raros, pero parece prodigiosa la altura á que se elevan, puesto que se encuentra el cucillo á 3.300 metros, la alondra á 4.500 metros y otras especies hasta 5.500 metros de altura. En el Tibet, fuera de los lugares de paso de las aves, los viajeros no han oído el canto de un pájaro.

Sobre sus cabezas sólo vieron aves de rapiña, águilas, buitres que destrozaban los cadáveres, y cuervos, tan notables como los cuervos polares, por el timbre metálico de su grito. En los bosques del Tibet oriental se encuentran faisanes. En ciertos parajes del Tibet se ven algunos lagartos y serpientes, hasta la altura de 4.630 metros, y aun en los lagos más eleva-

dos de la meseta abunda el pescado. Mientras que en los Alpes se encuentra á 2.130 metros el límite extremo de los peces, Schlagintweit ha visto en el *tso* Mogナルari, á 4.240 metros, varias especies de salmones que suben todos los años, como los salmones de mar, hacia el lago superior de agua dulce para depositar sus huevos. Según Nain-sing, abunda el pescado en el lago Kyaring, en los torrentes que allí desembocan, y en las aguas del Tengri-nor, á 4.570 metros. A mayor altura aún, ó sea á 4.647 metros sobre el nivel del mar, las truchas saltan por la superficie del lago Mansaraur cuando el viento arrastra hacia él las nubes de mosquitos. En los lagos salinos, los pescados de agua dulce viven como en su propio elemento.

Los tibetanos han domesticado muchos animales de los que habitan la comarca. Tienen el yak, que han cruzado con la vaca zebú de la India para producir el dzo, cuyas variedades difieren por el color del pelo, mientras que el yak salvaje es siempre negro. A la cuarta generación, vuelven estos animales á su especie primitiva. Aunque el yak se muestra siempre algo rebelde, es el animal de carga de los tibetanos y les acompaña en sus viajes á las mesetas. Sin embargo, en el paso de los desfiladeros más elevados, se emplean los carneros como bestias de carga, pues los yaks resisten menos el frío y la fatiga. Cada carnero lleva por término medio de 8 á 12 kilogramos de peso, y tiene por todo alimento las hierbas de las orillas del camino. Nain-sing llevó estos carneros de carga en su viaje de más de 1.600 kilómetros. Los caballos y los asnos sirven de monturas á los tibetanos, y son excelentes por su sobriedad y su resistencia. Pero el animal doméstico más precioso es la cabra famosa del Tibet, cuyo pachm ó pelo corto oculto por la lana exterior tiene mucho precio, pues sirve para la fabricación de los chales de Cachemira. Los perros tienen bastante talla y son muy fieros. No sirven para la caza, y sólo se les emplea para guardar las casas, los ganados, y especialmente los carneros de carga.

VII

Población del Tibet.

La gran masa de la población tibetana, dejando aparte los *Hor* y los *Sok*, es decir, los turcos y los mogoles de Jachi y los diferentes pueblos independientes de la provincia de Jam, per-

tenecen al mismo grupo de la raza llamada mogólica. Son hombres de baja estatura, anchos de espaldas y de pecho, que contrastan singularmente con los indios por el desarrollo de sus brazos y de sus piernas, pero teniendo como éstos las manos y pies finos y elegantes. En su mayoría tienen los pómulos salientes, el principio de su nariz muy hundido entre los ojos algo ocultos por los párpados, la boca grande con los labios pequeños, la frente despejada y los cabellos castaños. Como en Europa, se ven en el Tibet todos los colores de la piel, desde el blanco más delicado, entre los ricos, hasta el amarillo cobrizo en los pastores que viven á la intemperie. Tienen muy pronto arrugas, y no es raro verlas en las caras de los jóvenes. En muchos de los valles altos abundan los albinos. La lepra y la hidrofobia son enfermedades comunes en la meseta.

Los tibetanos forman un pueblo de buenas condiciones. Casi todos los viajeros que han penetrado en el país alaban su dulzura, su humildad, la franqueza de su palabra y de su conducta, su dignidad, sin ostentación entre los ricos, y sin esfuerzo entre los campesinos. Fuertes, valientes, alegres por naturaleza, amantes de la música, del baile y del canto, los tibetanos serían un pueblo modelo si tuvieran algo desarrollado el espíritu de iniciativa. Pero sin dificultad se dejan manejar por sus sacerdotes. Para ellos es ley todo lo que dicen los lamas. Hasta la voluntad de los residentes chinos, á los que miran como extranjeros, es escrupulosamente obedecida, y así se explica que una nación tan cortés y liberal, ha llegado á vigilar sus fronteras para impedir el paso á los viajeros. No son tan felices como estos tibetanos los pueblos más ó menos mezclados que viven en el Tibet oriental, en las fronteras de la China y lugares de paso de las tropas que los saquean y de los mandarines que los oprimen. Dicen de ellos que son falsos y cobardes. Entre los pueblos tibetanos de la meseta es preciso distinguir con cuidado los jampas y los jambas. Los jampas del valle alto del Indus se parecen á los tibetanos de Ladak. Son hombres de carácter siempre alegre, animado, que soportan con indecible igualdad de humor una situación que á otros parecería de miseria. Distínguense de los demás tibetanos en que son poco religiosos, y ninguno de su raza entra en las órdenes monásticas. Los jambas son inmigrantes de la provincia de Jam, al Este de Lassa. Mendigos religiosos viajan de campamento en campamento hasta Cachemira, y sólo algunos de ellos han abandonado la vida errante para dedicarse á la agricultura.

Desde hace mucho tiempo los habitantes del Bod-yul forman un pueblo civilizado. Es verdad que han conservado ciertas tradiciones de la edad de piedra en algunas ceremonias religiosas, puesto que sus altos sacerdotes emplean una «piedra del trueno» para afeitar la cabeza de los ламас. Esta edad de la historia humana continúa aún en las mesetas del Tibet, donde los pastores de los campamentos usan marmitas de piedra. También los cañones que el Gran Lama opuso recientemente á las tropas inglesas, tiraban contra éstas con proyectiles de piedra. Pero débese esto á su gran aislamiento; no ignoran la existencia del cobre y del hierro, y los que pueden hacerlo adquieren utensilios de estos metales. Por sus industrias y conocimientos, el pueblo tibetano pertenece al grupo de pueblos asiáticos más adelantados en la cultura humana. Desde algunos puntos de vista, la masa de la nación tibetana es aún más civilizada que los habitantes de muchas comarcas de Europa, pues en algunas partes del Bod-yul la lectura y la escritura se hallan muy difundidas, y hasta en las más pobres cabañas se encuentran libros que se venden á precio ínfimo. Merced al libre desarrollo de su lengua, los tibetanos han salido del período en que aun se encuentran los chinos. Se ha perdido el carácter monosilábico de sus idiomas, muy diferente de las demás lenguas del Asia. Mientras la lengua oficial, trazada hace doce siglos por los sacerdotes, se ha conservado en la escritura, la lengua hablada ha seguido la corriente de la vida, transformándose poco á poco en idioma polisilábico y diferente sentido.

Los dialectos tibetanos son numerosos y difieren mucho entre sí. Aunque los pueblos de origen bod se han extendido fuera de las actuales fronteras del Tibet, corriéndose al Oeste hacia Cachemira, al Sur hasta el Bhutan y al Este en la provincia de Sechuen, sin embargo hay muchos pueblos salvajes ó semicivilizados, que habitan ó recorren las regiones orientales y la meseta septentrional del Tibet, y pertenecen á diferentes razas, más ó menos mezcladas. En el Sur, los Michmi, los Abor y otros pueblos, están ligados por su origen con los habitantes del Assam. Otras tribus de la región Sudoriental del Tibet, los Arru, los Pa-i ó Guioñ, los Telu y los Remepu, hablan el melam, dialecto tibetano con mucha mezcla de palabras extranjeras. Los amdoan, que viven hacia el Nordeste en las inmediaciones del Kansu, conocen casi todos dos lenguas, la propia materna y el tibetano. Son viajeros y emigrantes, y se distinguen por su fácil inteligencia y su aptitud para diferen-

tes trabajos. Casi todos los lectores y los lamas de los centros de enseñanza, así como los empleados superiores del Tibet, pertenecen á su raza. Al Oeste de la provincia de Jam, en ambos lados de la frontera del Sechuen, existen varios pueblos medio salvajes, conocidos por los nombres de Lolo ó Kolo, Mantzé, Lisú, Si-fan y Guarung, que no tienen una significación concreta. Estos pueblos pertenecen á distintos grupos, y mientras unos hablan un dialecto tibetano, otros se sirven de idiomas de origen diferente. La mayor parte de los nombres con que los chinos y los tibetanos designan las diversas tribus de esta comarca, sólo pueden aceptarse con carácter provisional. Consisten en apodos vagos, y aun en expresiones injuriosas que los mismos pueblos rechazan con indignación. La influencia china se hace sentir más cada día en las inmediaciones del Sechuen y en las grandes ciudades del Tibet. Como está severamente prohibido á las mujeres chinas trasladarse á este país, todos los emigrantes del reino central que habitan ó recorren las mesetas tibetanas, mandarines, soldados ó negociantes, se acomodan provisionalmente con las mujeres indígenas, por lo que la población de los distritos de la frontera se compone ya en gran parte de mestizos, que, según su situación, se unen con los chinos ó con los tibetanos.

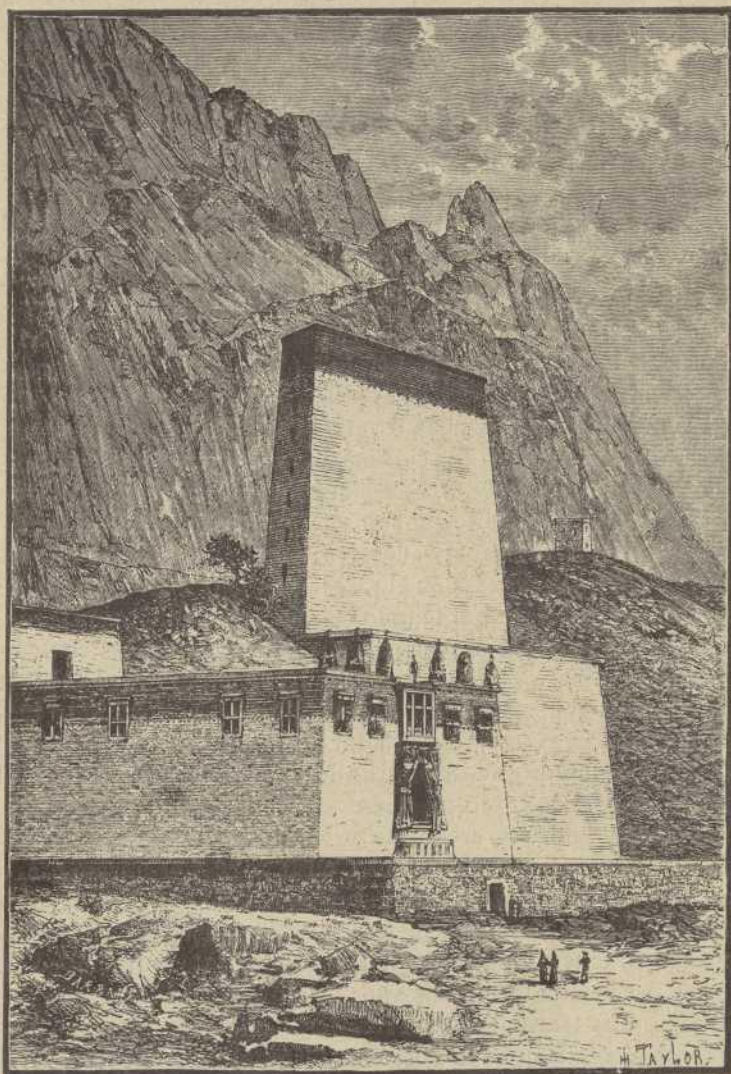
Los inmigrantes del Imperio chino no son los únicos extranjeros que viven en las ciudades tibetanas. Los nepalenses y los bhutaneses, venidos de la parte opuesta de las montañas, son muy numerosos en Lassa, donde se ocupan en labrar los metales, en la joyería, la fundición y la calderería. Viven en un barrio aparte y se distinguen por la práctica de ritos especiales. Sin embargo, en las grandes ceremonias locales se asocian á los demás budhistas. Muchos musulmanes, en su mayoría descendientes de los emigrantes de Cachemira, viven también en Lassa. Son los katchi, hermosos y varoniles tipos que llevan un turbante alto y una barba muy crecida, y hablan siempre con suma gravedad. Rígidos observantes de la ley de Mahoma, jamás pasan los umbrales de otros edificios religiosos que no sean sus mezquitas. Viven como un pueblo separado y jamás se casan fuera de su colonia. Tienen grandes almacenes de telas y, además, hacen el comercio de metales preciosos. En Lassa tienen un gobernador especial para administrarles justicia y, además, reconocen á los ministros del Dalai-lama, ó sea el Gran Lama, soberano del Tibet.

VIII

La religión.—El Gran Lama.

Es sabido que en el Tibet reside el centro de la religión que disputa el primer puesto al cristianismo por el número de sus partidarios. Los tibetanos son los budhistas más ardientes, aunque su culto, modificado por la influencia de los ritos anteriores, por el clima, el género de vida y las relaciones con los pueblos vecinos, sólo aparentemente se asemeja á la antigua religión de Chakya-uni. Hasta el siglo v (después de varias tentativas hechas trescientos años antes) los misioneros indostánicos no pudieron empezar la conversión del pueblo tibetano, cuyos ritos, análogos á los del taoismo chino, consistían entonces en hacer ofrendas y dirigir plegarias á los lagos, las montañas y los árboles, como símbolos de los poderes de la Naturaleza. Debieron transcurrir doscientos años antes de que el nuevo culto generalizara en el país la religión de Bon ó Pon-bo. En 698 se erigió el primer templo budhista. Cien años más tarde, en todas las regiones de la comarca, existían edificios religiosos y conventos, y la religión de Budha resplandecía en el Tibet como la «luz del sol». Fué aquél el siglo de oro del poder teocrático, pues según el historiador mogol Sanang-Setzen, «el respeto sin límites que inspiraban los sacerdotes produjo en el pueblo la felicidad de que disfrutaban los espíritus benignos». Sin embargo, no es de creer que los cultos anteriores al budhismo desaparecieran por completo, pues, según el mismo escritor, «olvidóse en seguida, como un sueño, el amor á los pensamientos rectos y los actos meritorios». Restablecido el dogma en toda su extensión al final del siglo x, pronto se fraccionó en varias sectas. Cuatrocientos años más tarde sufrió el budhismo tibetano una transformación religiosa. El monje Tsonjapa emprendió la revisión de la doctrina, formuló nuevos preceptos y modificó el ritual. Llámase á sus discípulos «Gorros amarillos» ó Gueluk-pa, y su culto predomina en el Tibet, mientras que la antigua secta de los «Gorros encarnados». Duk-pa, ha conservado su fuerza en el Nepal y el Bhutan. Para las dos sectas, así como para otras siete que existen en el Tibet, el rojo es uno

de los colores sagrados que se aplican á los templos y á los conventos. Según los cánones, los edificios religiosos, construidos



Monasterio de Xigatzé. (Dibujo de Taylor.)

generalmente en forma de pirámides, deben tener la fachada septentrional pintada de verde, la de Oriente de rojo, la del Sur de amarillo y la del Occidente de blanco.

Sus partidarios consideraron al reformador Tsonjapa como un «Budha vivo» que había encarnado en un cuerpo humano. No ha muerto aún, sino que transmigra de un cuerpo á otro bajo la forma de Jubilgan ó «Budha recién nacido», y se perpetúa como Taxi-lama en el santo monasterio de Taxi-lumpo, cerca de Xigatzé. Existe otro Budha vivo que comparte con el anterior la veneración de los tibetanos, pero le aventaja en poder político merced á su residencia en la capital y á sus relaciones directas con los ministros chinos. Es el Dalai-lama ó «Prelado del Océano». Cuéntase de diversos modos la historia de su elevación al trono de Budha; pero bien la haya obtenido en los siglos XVI y XVII, á consecuencia de una invasión de los mongoles, ó bien por un tributo afectuoso del emperador de China ó de un gran khan mongólico, es lo cierto que el rey eclesiástico de Lassa se ha clasificado entre las divinidades inmortales que de generación en generación renacen en si mismas. En la jerarquía del culto existe un tercer Budha vivo. Reside en Urga, Mongolia; y además hay otros varios conocidos, pues en el mismo Tibet es considerada como tal la abadesa de un convento situado en la orilla meridional del lago Palti.

Entre los budhistas tibetanos existen algunos místicos que, como los indios, se elevan á la abstracción de las teorías religiosas, siguen fieles á las antiguas doctrinas de los misioneros y tienen por fin supremo de sus deseos el libertarse de toda metempsicosis futura ó el obtener la perfección ideal mediante la destrucción de su propia materia, que les asegura el renacimiento en el seno de la inmutable divinidad. Los mismos doctores en budhismo clasifican á sus fieles en tres categorías: inteligentes, medianamente educados y vulgares. Estos últimos tienen el único deber de cumplir estrictamente y á la letra los deberes del ritual. Para el conjunto de los lamas y del pueblo, la religión es una magia y el culto sólo ofrece la ventaja de conjurar los malos espíritus.

Los tibetanos pasan la mayor parte de su tiempo haciendo conjuros y evocaciones en forma de plegarias. Las seis sílabas mágicas *Om-ma-ni-pad-mi-un*, que la mayoría de los comentaristas traducen «¡Oh, joya en el loto, amén!», pero que otros creen ininteligibles, constituyen la fórmula de oración usada con más frecuencia. A los niños mongoles ó tibetanos les enseñan antes que todo las palabras sagradas que poseen virtudes especiales y han de formar la plegaria para todo el resto de su vida. Importa poco que ignoren el origen ó la significación precisa

de estas palabras: basta saber que condensan el fondo interno de la religión y poseen la virtud de asegurar la felicidad de los creyentes. Tanto valor dan éstos á dicha plegaria, que á cambio de 150 millones de ejemplares impresos de su invocación, el sabio Schilling recibió de los lamas de Siberia un ejemplar de su inestimable libro sagrado. Encuéntrase la inscripción por todas partes, en las paredes de las casas, en los muros de los templos, al borde de los caminos, al lado de las colosales estatuas talladas por mano inexperta en la roca viva. Los «mané» ó paredones que limitan los caminos, están hechos con piedras, en cada una de las cuales se lee la frase sacramental. Se han constituido cofradías con el exclusivo objeto de grabar con enormes caracteres la santa inscripción en las piedras de las montañas para que al pasar al galope el viajero pueda leer las palabras de salvación. Todo el mundo lleva en el traje, al brazo ó al cuello, amuletos de oro, plata ú otro metal, que contienen la oración, junto con pequeños ídolos y reliquias, dientes, cabellos ó uñas de algún lama santo. Los korlo, ó «molinos de plegarias», empleados en todos los países budhistas menos en el Japón, no se hallan en parte alguna tan extendidos ni usados como en el Tibet. Allí se ha llegado hasta aplicar una fuerza natural, el viento ó el agua, para mover estos cilindros que á cada vuelta sobre su eje enseñan al cielo, que lo ve todo, las palabras místicas á que hacemos referencia. Lo mismo que los kirguises, los buriates, los tonguses y otros indígenas del Asia central y septentrional, tienen los tibetanos la costumbre de poner en las gargantas y desfiladeros grandes astas con banderolas que contienen la palabra santa, creyendo que cada vez que el viento hace ondular la tela, se renueva ó repite la oración. Se ve una de estas «lapchas» ó banderas en la cumbre del Gunxakar, á más de 6.000 metros de altura. Los peregrinos budhistas tienen además la costumbre de llevar algunos fósiles á las cimas de las montañas, y junto á ellos depositan además huesos y cráneos de cordero salvaje ú *ovis ammon*, atribuyéndoles la virtud de alejar los malos espíritus.

La mayoría de las imágenes doradas que los sacerdotes ponen en sus templos, simbolizan el espíritu por medio de Budha, la materia por medio de Dharma y la unión de los dos principios con Sanga. Son simples reproducciones que vienen haciéndose desde hace diez siglos de los ídolos que se ven en el Indostán, sin que tengan en sus caras línea alguna que recuerde el tipo tibetano, porque cada rasgo de su fisonomía ó cada forma espe-

cial oculta un significado simbólico que no se puede alterar. Existen otras imágenes de tipo tibetano, pero éstas sólo representan divinidades de orden inferior, y son hechas con manteca de color por los mismos ламас. Pero, si los grandes ídolos son indios, podría creerse que el conjunto de los ritos pertenece á la religión católica-romana. Hace siglos que los misioneros católicos notaron la gran analogía que existe entre las prácticas del budhismo y las ceremonias del catolicismo, y casi todos declaran que esta identidad del culto exterior es un artificio diabólico para remedar al Dios cristiano. Otros han querido probar que los sacerdotes budhistas, después de haber abandonado su antiguo ceremonial, se apoderaron sencillamente del ritual cristiano que pudieron estudiar en el Indostán. Ahora es ya conocida la gran herencia que estas dos religiones, relativamente modernas, recibieron de los antiguos cultos asiáticos, y se sabe cómo á través de los siglos ha podido continuarse ofreciendo á los nuevos dioses los mismos cultos que á los antiguos. Sin embargo, no deja de ser extraño que, por efecto de la evolución paralela de elementos tan distintos como lo son los reunidos en el Occidente y los del centro de Asia, las formas exteriores del budhismo y del catolicismo hayan podido mantener su semejanza, no sólo en el conjunto, sino hasta en los detalles. Los sacerdotes budhistas van tonsurados como los católicos. Llevan además trajes talares cubiertos de bordados de oro: observan el ayuno, practican ejercicios espirituales, se imponen penitencias y mortificaciones, confiesan á los fieles, piden la intercesión de los santos, y hacen largas peregrinaciones para visitar las reliquias. Como ocurre entre los sacerdotes católicos, el celibato es ahora ley, y fué antes acto meritorio entre los ламас. Junto á los templos se han fundado además comunidades de hombres y mujeres, cuyo principal objeto es conseguir la vida eterna. Hasta se asemejan en la disposición interior de los edificios sagrados. Lo mismo que las iglesias católicas, tienen los templos tibetanos altares, candeleros, campanas, relicarios, fuentes de agua lustral y vasos de agua bendita. Ofician los ламас con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, llevando la capa pluvial y la dalmática; saludan el altar hincando la rodilla ante las reliquias; entonan cantos, recitan letanías, dirigen á la multitud palabras en lengua extranjera, solicitan ofrendas para asegurar el reposo de los muertos; hacen procesiones, dan la bendición y pronuncian exorcismos. En torno suyo los monaguillos balancean el incensario suspendido por cinco cadenas,

y finalmente, los fieles dicen sus oraciones con el rosario en la mano.

Desde otros puntos de vista el clero budhista del Tibet, que se recluta principalmente entre los hijos mayores de las familias, se parece al clero católico, y si no al que existe actualmente, al que existía en la Edad Media. De él se deriva toda la ciencia. Las imprentas están instaladas en los monasterios. Aparte de los libros sagrados, el Kanyur y el Tanyur, impresos por vez primera á mediados del siglo XVIII en 337 volúmenes, tan solo publica los libros que están de acuerdo con la fe, diccionarios, enciclopedias ó libros de ciencias diversas, así como numerosos tratados que enseñan el arte de adquirir el poder de la magia. Los lamas, es decir, los «que no pueden ser adelantados», ejercen la justicia, y mediante los diezmos y el comercio se han apoderado de la fortuna del país. Aunque en sus principios el budhismo apareció como religión igualatoria, y se atrajo al pueblo con la abolición de las castas, es lo cierto que la dominación sacerdotal ha vuelto á constituir las. Los lamas mandan, y los creyentes obedecen. La unidad en la fe es completa en torno de cada monasterio. Si se convirtieran al cristianismo los lamas del Tibet, se convertiría todo el país, y todos los millones de budhistas que viven fuera de sus fronteras. Por este motivo, creen los misioneros cristianos que llegar á Lassa es «atacar al ídolo en su trono», y que triunfar «equivaldría á recoger el cetro del Asia alta». Allí todo está preparado de antemano para sustituir la religión del Oriente con la del Occidente. Para formar un clero indígena, la Iglesia tendría á su disposición legiones de lamas, acostumbrados á las reglas del celibato y la jerarquía. Para recibir sus órdenes monásticas, hallaría numerosos conventos budhistas, consagrados ya á la abstinencia, á la oración y al estudio. Para desplegar la pompa de su culto, encontraría templos en cuyo recinto se celebran desde hace mucho tiempo imponentes ceremonias. En ningún país del mundo se ha arraigado tanto el catolicismo como en las elevadas regiones de la América del Sur, habitadas por los quichuas. Y, según observa Markham, los Andes del Ecuador y del Perú fueron el Tibet del Nuevo Mundo por la industria, la alimentación, las costumbres y el traje de sus habitantes. Quichuas y tibetanos pasan con igual respeto por los collados de las montañas y ante los montones de piedras sagradas, recitando sus oraciones con la misma devoción.

Casi todos los sacerdotes tibetanos (al menos los de la región

central) pertenecen á la secta de los «Gorros amarillos», aunque quedan todavía algunos «Gorros encarnados», que en general viven muy despreciados porque no hacen el voto del celibato. La antigua religión de los Pon-bo ó Bon-pa, anterior al budhismo en el Tibet, no ha desaparecido por completo. Sus sacerdotes poseen aún varios conventos, especialmente en la región Sudeste y en el reducido reino de Pomi, al Occidente del Saluen. Creen en la existencia de dos grandes dioses, de diferente sexo, que han engendrado á los demás dioses, á los genios y á los hombres. Sin embargo, se han ido acercando al budhismo, del que en rigor forman una secta. Los montañeses de Ombo y de los alrededores del Dan-gra-yum, pertenecen quizá igualmente á la religión Pon-bo, pues no practican las mismas ceremonias de los demás budhistas tibetanos. La fórmula que recitan y escriben en sus ruedas de oraciones no es el *Om mini püni on*. Además, dan vueltas á la rueda, pasan las cuentas del rosario y hacen las procesiones en sentido inverso á la práctica ortodoxa. Finalmente, algunas tribus semisalvajes de los confines del Yunan, del Assam y de Birmania siguen aún el fetichismo, como ocurre con la población de los Lutze, que ha dado su nombre al Lutze-kiang ó Saluen. Veneran en particular los árboles y las rocas, donde viven espíritus malignos, y acuden á los *mums* ó hechiceros para conjurar á los genios malos, tocando el tambor ó quemando perfumes y blandiendo sus espadas

IX

Costumbres del Tibet.

La leche, la manteca y la harina de cebada forman los principales alimentos de los tibetanos de la meseta; pero, á pesar del primer mandamiento de Budha, que prohíbe matar á los animales, y del proverbio religioso, según el cual «comer carne de animales es lo mismo que comer carne de un hermono», la mayoría de los tibetanos, y los lamas inclusive, no dejan de hacer uso de las carnes en sus modestas comidas. Se contentan con despreciar á la casta hereditaria de los matarifes, que vive en barrios apartados de las ciudades. Los pastores y los cazadores no sienten escrúpulo alguno en sus comidas. El carnero del Tibet, «el mejor del mundo», procura uno de los alimentos

más comunes, y durante el invierno se hacen provisiones de carne, que se conserva entre hielo. Los cazadores persiguen á los animales salvajes y los matan con flechas, dardos y fusiles antiguos de mecha. Usan también lazos para cogerlos, en particular los gamos almizclados, cuya cavidad umbilical procura al comercio una substancia tan apreciada. El único animal respetado en el Tibet es el ciervo, «caballo de Budha». En las altas mesetas que dominan al Norte los valles del Tsangbo, la sangre líquida forma parte de la alimentación de los indígenas. Nain-sing ha visto varias veces á los pastores echarse al suelo para chupar la sangre que derramaban los animales degollados. Se despierta entre ellos esta afición á la sangre desde que están en la lactancia, pues en vez de sopas cocidas, las madres dan á sus tiernos hijos una mezcla de queso, manteca y sangre. Los caballos de estas regiones se alimentan también con carne y leche cuajada.

Los habitantes del Tibet, que son budhistas como los cinghaleses, los mongoles y los chinos, se distinguen sin embargo de los demás pueblos que siguen su religión por sus costumbres nacionales, que no ha podido modificar el culto. Los tibetanos del Sur, lo mismo que sus vecinos y afines de raza, los bhutaneses, practican todavía la poliandria, en su afán de no partir las herencias y de vivir bajo un mismo techo. El hermano mayor, en nombre propio y en representación de todos sus hermanos, se presenta en casa de los padres de la novia, y el matrimonio queda hecho al colocar en la frente de los cónyuges un trozo de manteca. Esta ceremonia tiene validez para toda la familia; y desde entonces todos los hermanos del novio son otros tantos maridos de la mujer. Como los sacerdotes no pueden acercarse á las mujeres, no asisten á esta ceremonia puramente civil. Los niños que nacen de estas uniones colectivas, llaman padre al hermano mayor, y titulan tíos á los demás hermanos, á menos que, consultada la madre, declare á cual de ellos pertenece la paternidad. Aseguran los viajeros que no se recuerda en el país que haya habido disputas entre los individuos de las familias poliandrias. Los hombres rivalizan en generosidad para procurar á su mujer el coral, el ámbar y los demás objetos con que adorna sus vestidos y sus trenzas. La mujer tibetana, muy respetada por todos, es una buena ama de casa, que cuida y ordena con gran celo. Ayuda á los hombres en las faenas agrícolas, apacienta los rebaños, y tanto el producto de su trabajo como el de todos sus hermanos, va al fondo común de la familia. Jun-

to á estos matrimonios poliándricos, algunos ricos que imitan las fastuosas costumbres chinas ó musulmanas, sostienen varias esposas, que viven bajo el mismo techo ó en casas separadas. Sin embargo, lo mismo la poliandria que la poligamia impiden el desarrollo de la población. No hay verdadera regla para el matrimonio en estas comarcas donde una parte tan considerable de sus habitantes profesa el más riguroso celibato. Hasta las mujeres que pertenecen á un grupo poliándrico, pueden buscar otro marido fuera de su familia.

La urbanidad es tan apreciada en el Tibet como en la China. Cuando se encuentran dos personas, se saludan varias veces enseñándose la lengua y rascándose la oreja derecha, y hasta llegan á ofrecerse fajas de seda, blancas ó de color de rosa, adornadas con bordados de flores y la frase sacramental. Las cartas y demás objetos que se envían van igualmente unidas á estas fajas «de felicidad». En Lassa y en las demás ciudades, las señoras elegantes llevan la cabeza adornada con una graciosa corona de perlas, de turquesas finas ó falsas, de conchas ó de plata. Pero, según noticias de Huc que los exploradores ingleses desmienten, tienen la costumbre de afearse el rostro dándose una especie de barniz negro, y tales es el poder de esta moda, que para no ponerse en evidencia ninguna mujer se atreve á salir á la calle sin ir pintada de este modo. Es muy probable que sea únicamente una precaución higiénica, usando un barniz que proteja la piel del aire extremadamente frío y seco del alto Tibet, que produce sabañones.

En este país están perfectamente determinadas todas las ceremonias. Hasta la forma y el color de los vestidos necesarios para todos los actos de la vida, están prescritos por una costumbre rigurosa. Durante el año que dura el luto, se abstienen los hombres de llevar trajes de seda, y las mujeres no usan alhaja alguna. Cuando muere una persona le arrancan los cabellos de la parte superior de la cabeza para facilitarle una transmigración feliz. La familia conserva el cadáver en la casa algunos días: durante algunas semanas, si se trata de un rico, y después los sacerdotes acuerdan si el muerto debe ser enterrado, quemado ó echado á la corriente de los ríos, ó si será preferible abandonarle sobre una roca para que sea presa de los perros y las aves de rapiña. En este caso obsérvase la costumbre de romper sus huesos y cortar sus miembros en pedazos, para apresurar el fenómeno de su conversión á los elementos primitivos. Luego, cuando los animales han devorado

el cadáver, recógenle sus huesos para arrojarlos al agua corriente. Con frecuencia conservan las falanges de los dedos para ensartarlas en los rosarios, y con los huesos de las piernas y los brazos hacen los lamas trompetas para llamar á la oración. Según los hermanos Schlagintweit, parece que la costumbre de hacer devorar los muertos ha desaparecido casi enteramente del Tibet occidental; pero en otros sitios de la comarca sigue practicándose por la generalidad de las gentes, excepto con los lamas que son enterrados en cuclillas casi siempre. En Kiangka, provincia de Jam, se llama al cementerio «Valle de la Degollación». Mientras los lamas leen las plegarias, un matarife corta los miembros del cadáver para facilitar el trabajo de los cuervos. Acostumbrados á las ceremonias fúnebres, estas aves de rapiña descienden en medio de la multitud. El más audaz tiene el privilegio de arrancar los ojos del muerto, y los demás se precipitan sobre él y se sacian con sus carnes. Cuando el cadáver ha quedado convertido en una masa informe, un lama rompe el esqueleto en pequeños fragmentos y lo tritura sobre una piedra plana, para que puedan devorarse con facilidad sus restos: operación siniestra, durante la cual el aleteo y los picotazos de los cuervos forman coro á la monótona cantinela del sacerdote. Sin embargo, en pocos países se profesa á los difuntos tanto respeto como en el Tibet. Se celebran grandes fiestas para honrar su memoria, y se invita á todos los transeúntes á los banquetes funerarios. De noche, se iluminan las casas, se encienden hogueras en las montañas, y á los fuegos de las alturas corresponden las brillantes luces de los templos, donde al son de los címbalos se cantan los himnos fúnebres.

X

Poblaciones del Tibet.

Según el misionero Orazio della Penna, de un censo oficial de la población tibetana, hecho por los «ministros reales», resultaron en el siglo x m 33 millones de habitantes en el Tibet, de los cuales 690.000 formaban el ejército. Hablando de esta estadística, cuyo primitivo origen es desconocido, Klaproth cree que se acerca más á la realidad el número de cinco millones de tibetanos. Los oficiales del estado mayor ruso dan la cifra de

seis millones, sin otra razón que la de ser el término medio entre los extremos de tres millones y medio y 11 millones, citados recientemente por varios geógrafos. Así, la población de la comarca se supone á razón de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado, aunque se sahe que está repartida con mucha desigualdad. La meseta de Jachi está casi despoblada: la provincia Sudoeste, el Hundes ó Nari, apenas cuenta escasos grupos de habitantes. La provincia de Jam, que ocupa la región occidental del Tibet, está poblada con mucha irregularidad, á causa de sus bosques, sus montañas y sus inaccesibles desfiladeros. En las dos provincias del Sur, Tsang y Ui, en las riberas centrales del Tsangbo y en los valles de sus afluentes, es mucho más densa la población.

Sabido es que Daba y la mayor parte de las «ciudades» y aldeas del valle alto del Satledy quedan desiertos durante una parte del año. Puling, que es la aldea permanente habitada en aquella comarca del alto Tibet, está situada á 4.255 metros de altura. Tsapranz, cabeza de distrito como Daba, y situada al Noroeste de esta última ciudad, y mucho más arriba de las aguas del Satledy, á 4.750 metros, queda abandonada durante el invierno, y sólo cuenta con 15 casas de piedra. El fuerte de Takla-jar, otra cabeza de distrito, se encuentra en la vertiente meridional del Himalaya, sobre la ribera derecha del Map-chu ó «Río Grande», que es el tronco principal del Karnali de los nepaleses. Dicho fuerte consiste en excavaciones y galerías abiertas en la roca á 250 metros de altura. Encierra grandes cantidades de provisiones, y se asegura que los cereales depositados en sus casamatas desde hace medio siglo, se encuentran en perfecto estado de conservación, merced á la atmósfera tan seca del país. Al Oeste del Takla-jar se halla el Sitling gonpa, gran monasterio del Hundes, célebre en el Tibet y en el Nepal por sus inmensas riquezas.

Excepto en la parte más baja que recorre el río antes de entrar en el Indostán, la cuenca alta del Indus está casi enteramente despoblada, como la del Satledy. Sin embargo, en esta comarca se encuentra la cabeza temporal de la provincia Sudeste del Tibet, la ciudad de Gartok, á orillas del río Gartung. Este lugar, cuyo nombre significa «Mercado elevado», es sin duda el campo de feria más alto del mundo. En Agosto y Septiembre se levanta al lado de las casitas de tierra ó adobes, toda una ciudad de tiendas, y por su forma revela cada una el origen de los mercaderes que las ocupan. Las viviendas de los

tibetanos, cubiertas con pieles de yak que conservan su pelo negro, contrastan con los pabellones blancos de los indios. mientras que los kaxgarios y otros turcos se distinguen por el vivo tono de los colores que tienen los fieltros de sus tiendas. En invierno la ciudad del «Mercado elevado» queda enteramente abandonada al viento y á las nieves. Los comerciantes han vuelto á sus hogares, y los escasos moradores descienden á Gargunza, lugar más abrigado, que se halla sobre el Gartung, en su confluencia con el Indus. Cerca del lago Mognalari, se encuentra Radoj, conjunto de cabañas agrupadas en torno de una fortaleza y un convento.

Sin embargo, la «sed del oro» ha conseguido poblar, por encima de la hondonada que ocupan las casas de Gartok y de Gargunza, algunos lugares de la meseta que por el Oriente domina el valle del Indus superior. Esta región, donde residen los que buscan oro, ha sido siempre conocida con el nombre de Sarthol ó «País del oro», lo que hace suponer que ya de antiguo se recogía allí este metal precioso. Los eruditos creen que es la maravillosa comarca, guardada por terribles grifos, donde buscaban el oro aquellas hormigas de que hablan Herodoto y las leyendas de la Edad Media. Se había abandonado hacía mucho tiempo la explotación de las arenas auríferas, á causa del rigor del clima, cuando á mediados del presente siglo se empezó de nuevo por cuenta del gobierno tibetano.

El lavadero de Tok-yalung es probablemente la colonia más alta de la tierra, habitada permanentemente, tanto en invierno como en verano. Según los panditas anglo-indios, se encuentra á 4.980 metros de altura; es decir, cerca de 200 metros más que la cresta superior del Mont-Blanc, en una región donde el aire es casi dos veces menos denso que al nivel del Océano. Precisamente en invierno es cuando más frecuentan los mineros este país de nieves y fríos continuos. Cuéntanse entonces hasta 600 tiendas ocultas en el fondo de hoyos abiertos en el suelo para abrirlas del viento y sólo visibles por sus conos de pelo negro. En verano redúcese á la mitad el número de las tiendas, porque entonces el agua de las vecinas fuentes es completamente salina y no puede beberse sin haberla purificado helándola.

En esta región de la meseta basta abrir el suelo para hallar sal y bórax por todas partes. Los restantes lavaderos de la meseta no son tan ricos como los de Tok-yalung. En conjunto, el oro extraído de las minas del Tibet occidental sólo re-

presentan unas 200.000 pesetas anuales y se envía al Indostán por medio del mercado de Gartok.

Las habitaciones más elevadas del valle del Tsangbo son paradas de postas ó conventos. Es demasiado riguroso el frío en estos sitios para que viva una población permanente. Sin embargo, en el valle empiezan á encontrarse aldeas, situadas á una altura doble que la del Simplón ó del San Gotardo. Tadam, capital del distrito de Dogthol, se halla á 4.323 metros sobre el nivel del mar. Yanglaché, ciudad mercantil donde se concentran los dos caminos del Nepal, el que va por Kirong y el que pasa por Nilam, se encuentra á 4.226 metros. Dingri ó Tingri, en el alto valle que se extiende desde el pie mismo del Gaurisankar, es una ciudad fronteriza que domina los pasos de la cadena del Himalaya, y su fortaleza está ocupada por una guarnición china de 500 hombres. Xigatzé ó Digarchi, capital de la provincia de Tsang, ocupa una posición relativamente baja en el país, pues se halla á 3.621 metros, en el valle lateral del Penang-chu. Encima de Xigatzé se elevan en forma de anfiteatro las casas y los templos de Tachi-lumpo ó «Gloria Exaltada», sobre una meseta rodeada de despeñaderos. Los muros de la ciudad santa, residencia de Budha vivo, el Tachi-lama ó Panchen-rimboché, es decir, «la Joya de la Inteligencia», tienen cerca de dos kilómetros de extensión y encierran más de 300 edificios que se agrupan en torno del palacio y de los monumentos religiosos. Habitan 3 ó 4.000 sacerdotes el monasterio de Tachi-lumpo, cuyos dorados campanarios y rojas paredes contempla con respeto el pueblo que vive en la ciudad de abajo y pulula en sus mercados.

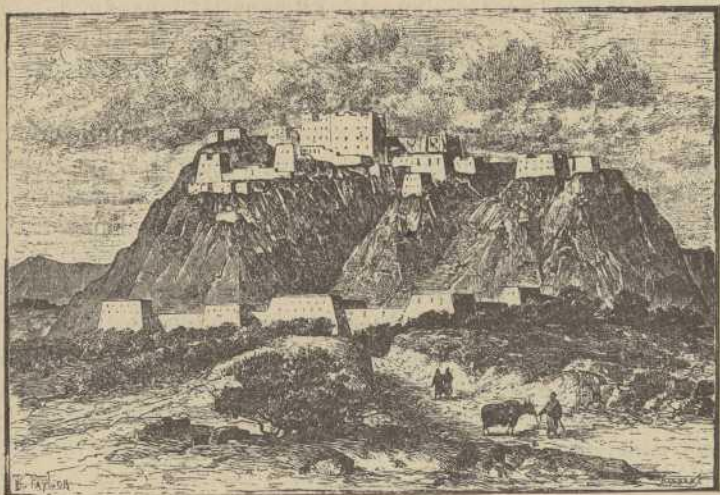
Los demás pueblos de esta región se reducen á grupos de modestas casas bajas, dominadas por soberbios edificios, que son á la vez palacios, fortalezas, templos y monasterios. Tal es, por ejemplo, la ciudad de Namling ó «Jardín Celeste», situada hacia el Norte, y la de Xakia-yong, al Sudoeste, en la base de un contrafuerte del Himalaya. Guianzé, situada al Sudeste, en el mismo valle de Xigatzé, es una ciudad importante como centro de comercio con el Bhutan y como pueblo industrial. Fabricanse en ellas telas de paño de mucho abrigo, suaves y flexibles, y está ocupada, como Tingri, por una numerosa guarnición china.

Lassa es á la vez capital de la provincia de Ui, capital del Tibet y metrópoli religiosa de todos los budhistas del imperio chino. Su nombre significa «Silla de Dios». Los mongoles la de-

siguan con el de Morke-yot ó «Santuario eterno». Calcúlase en unos 20.000 el número de sacerdotes que viven dentro de Lassa y en sus inmediaciones. Es quizás superior al de la población civil. Todos los años van á visitar los templos de la «Roma budhista» masas de peregrinos procedentes de todo el Tibet y de más allá de sus fronteras. En las dos anchas alamedas que conducen de la ciudad al palacio del Dalai-lama, vense constantemente multitudes de fieles con su largo rosario, mientras que los prelados de la corte, vestidos con magníficos trajes y montados en caballos ricamente enjaezados, pasan soberbios entre las gentes de á pie. El palacio de Potala, donde reside el soberano Lama es un conjunto de fortificaciones, templos y monasterios, dominados por una cúpula enteramente revestida de hojas de oro y rodeada de un peristilo cuyas columnas están doradas también. El actual edificio reconstituido en época de Kangui y lleno de tesoros regalados por los fieles del Tibet, de Mongolia y de la China, ha reemplazado el palacio que destruyeron los zúngaros en los comienzos del siglo XVIII. La «montaña de Budha» es desde el siglo VII de la era vulgar, el sitio de mayor veneración para toda el Asia oriental. Al declinar el día y cuando aún se proyecta sobre el azul del cielo el perfil de la montaña, suspéndense los trabajos en la ciudad y sus habitantes se reúnen en grupos sobre las azoteas, en las calles ó en las plazas para posternarse y entonar sus plegarias. Un sordo murmullo se eleva entonces de toda la población y sube hasta Potala. Extiéndese la ciudad al Sur de la «Montaña santa», sobre la orilla derecha del Kichu, uno de los grandes afluentes del Tsangbo. Aunque se encuentra á la altura de 3.565 metros (150 metros más alta que el mayor pico de los Pirineos), su latitud y su posición abrigada permiten abundante vegetación en sus alrededores, rodeando la ciudad magníficos jardines llenos de frondosas arboledas. Las calles de Lassa son anchas y rectas, y sus casas, hechas de piedra, ladrillo ó adobe, están casi todas blanqueadas con cal. Uno de los barrios de la ciudad tiene todas las casas construídas con cuernos de bueyes y de carneros, colocados en líneas sobrepuestas, que varían según su color y su forma. Estos tejidos de cuernos, cuyos intersticios se llenan de mortero, se presentan á una extremada variedad de dibujos y dan á las casas un aspecto fantástico.

Las aldeas de las cercanías de Lassa, lo mismo que la capital, tienen mayor importancia por sus monasterios ó *gonpa* que por sus talleres ó mercados. Durante la fiesta de año nuevo,

cuando los frailes entran en la ciudad á pie, á caballo, montados en borricos ó en bueyes y cargados con libros de oraciones y útiles de cocina, cúbrese de tiendas las calles, plazas y caminos. Por todas partes se ven frailes, que parece han sustituido á la población laica. Entonces todos los empleados abandonan el ejercicio de su autoridad en manos de los religiosos, quienes durante una semana son señores de la ciudad. Esta posesión dura seis días. Después de visitar el convento de Muro, en cuyos talleres tipográficos compran los libros santo, los lamas se



Lassa: Convento de Potala. (Dibujo de Taylor.)

retiran á sus conventos respectivos y la ciudad recobra su aspecto ordinario.

La mayoría de los *gonpa*, ó monasterios, se reducen á simples aglomeraciones de casas, con calles estrechas y tortuosas que convergen á un edificio central donde se hallan los altares y la biblioteca. Pero, entre los 30 conventos de los alrededores de Lassa, hay algunos que son verdaderos palacios por los regalos de varias generaciones de peregrinos. A seis kilómetros hacia el Oeste de la ciudad se halla el convento de Debang, habitado por siete ú ocho mil frailes. Más lejos, el convento de Prebung, ó de los «Diez mil frutos», recibe á los sacerdotes mongoles que van á contemplar la gloria del Dalai-lama y á oír de su boca, una vez al año, la explicación de los libros sagrados. Al Norte

de Lassa se encuentra el no menos célebre monasterio de Sera, habitado por 5.500 religiosos. Respecto al convento de Galdan, famoso por la permanencia de Tsonjapa, el reformista del budismo tibetano, se eleva á 50 kilómetros al Noroeste de Lassa, sobre una meseta que domina el valle de Kichu. Lo habitan más de 3.000 almas. Todos estos edificios poseen muchos ídolos dorados y gran cantidad de piedras y metales preciosos. El monasterio de Samayé, cuya fundación atribuyen los indígenas al mismo Sakia Muni, es el convento más famoso de cuantos existen en el Tibet, como también el más suntuoso. La alta muralla circular que lo rodea tiene dos kilómetros y medio de longitud. El interior del templo, cuyas paredes están cubiertas de magníficas inscripciones sanscritas, encierra gran número de imágenes de oro puro adornadas con piedras y telas preciosas, como también el tesoro del gobierno tibetano. Según la creencia popular, el superior de este convento tiene autoridad hasta más allá del sepulcro y puede premiar ó castigar á las almas de los muertos. El convento de Samayé se encuentra á dos kilómetros hacia el Norte de Tsangbo, á unos 40 al Oeste de la importante ciudad de Chetang, construida en la orilla meridional del río. Es el punto de salida de los negociantes que se dirigen hacia el Bhutan y el Assam. Hacia este punto se encuentra Chonayong, depósito y mercado de la frontera y ciudad donde los tibetanos llevan sal, lanas y bórax para comprar en cambio telas bastas, arroz, frutos, especies y materias colorantes de mucho valor.

En las regiones orientales del Tibet, cuya escasa población habita las estrechas gargantas de la montaña, hay pocas ciudades. La principal, que al mismo tiempo es capital administrativa de la provincia de Jam, se llama Chamdo, Tsiando ó Chamuto, nombre que significa «Dos caminos» é indica su situación en la confluencia de dos carreteras ó de dos ríos. En efecto, se halla en el punto donde se unen las dos corrientes que forma el Lantzán Kiang, ó sea el Meikong. Es una ciudad de bastante extensión y tiene también su gran convento habitado por un millar de frailes. Más hacia el Sur, en un valle tributario del Kinze Kiang, ó sea el «Río de las Arenas de oro», se encuentra otra ciudad algo importante: Kiangka ó Merkam, al Sur de la cual, en las riberas del Lantzán Kiang, se explotan abundantes salinas.

Sin agricultura casi y sólo con ganados y algunas industrias poco importantes, el Tibet no podría tener frecuentes co-

municaciones con el extranjero, aunque no estuviera rodeado de su actual barrera de aduanas comerciales y políticas. La principal industria del país consiste en los hilados de lanas y los tejidos de paños. Gran parte de las primeras materias, que abundan en el Tibet más que en país alguno, la emplean sus habitantes en fabricar paños de todas calidades, desde los más bastos hasta los más finos y delicados. El *chru* ó *pulu* rojo, destinado á los prelados, es un tejido fino y de consistencia que se vende á precio muy subido en los mercados de Tartaria y de China. La mayoría de los tibetanos, así hombres como mujeres, son muy hábiles en el punto á mano, haciéndose de esta clase todas las prendas de vestir que necesitan. Después de las industrias para las necesidades domésticas, los tibetanos se dedican principalmente á las que tienen por objeto el decorado de templos y conventos. Sus artistas revelan gran habilidad en la fabricación de estatuas, flores artificiales y adornos de manteca, que se colocan delante de los ídolos, y se emplean muchísimos obreros en la confección de velas de incienso destinadas á arder en honor de los dioses y de los genios.

A pesar de la sencillez de sus habitaciones y de la sobriedad de su género de vida, los tibetanos se ven obligados á pedir al extranjero algunas manufacturas; pero lo que les hace depender en absoluto de las regiones de la llanura, desde el punto de vista comercial, es el té. No pueden prescindir de este artículo y se ven obligados á dirigirse á su poderoso vecino, la Ghina, firmando tratados para obtenerlo. El té, mejor que las armas, ha sido para los chinos un instrumento de conquista. «Invitar los lamas á tomar té» es una fórmula proverbial que recuerda la compra de los soberanos del Tibet por los mandarines chinos. Así el gobierno de Pekín vigila con el mayor cuidado las vías comerciales del Tibet para impedir la introducción del té del Assam, que es menos apreciado que las hojas de desecho importadas de la China, y se vende á precio más bajo. Sin embargo, algunos atrevidos aventureros del reino independiente de Pomi han conservado su derecho de traficar libremente con la India; y todos los años importan desde el Assam considerables cantidades del artículo prohibido.

Los tibetanos han nacido comerciantes: todos trafican, frecuentemente sin división alguna de trabajo, y con todos los efectos que llegan á su poder. Cada casa es un almacén, cada lama sería un depósito. Todos los monasterios tienen su *garpon* ó jefe de comercio, á cuyas órdenes sirven toda una jerarquía de em-

pleados con numerosos animales de carga para transportar las mercancías. Las caravanas recorren todos los caminos del país, llevando por delante sus yak y sus carneros de carga. El camino más frecuentado es el que conduce de Lassa á la China por Tatsienlu y la provincia de Sechuen. Otra ruta para la China se dirige al Nordeste de Lassa por la Mongolia: otras descienden al Sur hacia el Assam y el Bhutan, al Sudoeste, hacia el Nepal, al Este hacia Gartok y Le. La caravana que sigue este último camino, probablemente el de mayor importancia por los artículos destinados á Europa, hasta hace poco tiempo sólo hacia un viaje cada tres años; pero hoy hace una expedición anual. Cargada de sederías, chales, azafrán y otras mercancías, la caravana sale de Le en el mes de Abril, y no llega á Lassa hasta Enero del año siguiente, utilizando sus diferentes etapas para celebrar ferias que duran algunas semanas. La caravana pasa la primera mitad del año en Lassa, donde adquiere té de la China, lanas y turquesas del Kuenlun, y llega á Le diez y ocho meses después de su salida. Los distritos por donde pasa deben proporcionarle gratuitamente 300 yak para el transporte de mercancías, así como cierta cantidad de víveres para los viajeros. En el límite de la frontera del Sur no se permite el paso de las caravanas hasta que el *zongpon* del lugar tibetano más próximo ha declarado «accesibles» los pasos. En circunstancias excepcionales, cuando la guerra ó la revolución estallan en las inmediaciones de las montañas, ó cuando se desarrollan en el Indostán enfermedades epidémicas, el mismo gobierno de Lassa se reserva la facultad de indicar á los comerciantes el momento favorable para emprender la marcha. Casi todo el beneficio del tráfico que se hace con el otro lado de las fronteras pertenece á los conventos; éstos absorben por medio de la usura todas las economías de los tibetanos para transformarlas en telas riquísimas, metales preciosos y adornos de todo género. La nación tibetana es muy pobre, aunque á su costa viven en la abundancia y la riqueza la numerosa tribu de los frailes.

XI

Gobierno del Tibet.

En apariencia, el gobierno del Tibet es puramente teocrático. El Dalai-lama, llamado también «Guialba-remboche» ó «Joya de la Majestad» y «Tesoro Soberano», asume todos los pode-

res; es á la vez el rey y el dios. Dueño de la vida y de la fortuna de sus súbditos, no tiene otra ley que su capricho. Sin embargo, consiente que sus decisiones ordinarias se rijan por las antiguas costumbres. Además, su misma grandeza le impide oprimir directamente al pueblo. Obligado á ocuparse únicamente de los supremos negocios espirituales del Estado, es reemplazado en el gobierno temporal por un virrey que el emperador de la China escoge entre tres grandes sacerdotes. Este administrador supremo es el «nomaján», á quien se supone un servidor humilde del gran lama. El nomaján dirige la administración, ya directamente, ya por medio de cuatro ministros llamados «kastak», y de 16 mandarines inferiores. Los demás empleados, elegidos entre la clase de los lamas, son nombrados por los ministros. Pero al lado del gobierno se encuentran uno ó dos «kirichai», residentes chinos que vigilan á los altos funcionarios tibetanos, y en circunstancias graves les comunican los deseos del emperador. Los asuntos del Tibet, en lo que se refiere á la política general y á la guerra, incumben al gobierno de Pekín, pero los intereses especiales del territorio y la policía local pertenecen á las autoridades de Lassa y de las diferentes provincias más ó menos independientes del Tibet. Todos los empleados civiles son tibetanos. Siguiendo las vicisitudes de la política, las intrigas de la corte y las disposiciones del pueblo, aumenta ó disminuye la influencia del soberano; pero ordinariamente se manifiesta de un modo decisivo, y los partidos opuestos deben apelar á los representantes del emperador de la China como árbitro supremo. Ocurren las crisis más graves en el gobierno del Tibet cuando el Dalai-lama «se despoja de su investidura humana para transformarse en niño», según dice el ritual cuando este potentado muere. Los «jutuktu», es decir, los prelados de mayor categoría, se reúnen en cónclave y pasan una semana entregados al ayuno y á la oración. Luego la suerte designa al futuro pontífice; pero siempre la embajada china interviene en esta suerte simulada. En 1792 la China regaló al cónclave la magnífica urna de oro de donde debe salir el nombre del nuevo señor, y desde entonces nunca ha resultado elegido un representante de las familias hostiles al imperio. Además, el Dalai-lama no puede ascender á su dignidad sin obtener un diploma en regla, firmado por el emperador de la China. Papa, rey y ministros, todos reciben de Pekín un sueldo anual. También les envían el sello de que se sirven, y los mandarines del Tibet llevan en el sombrero el botón, que es

distintivo de la dignidad conferida por el imperio. Por medio de una ingeniosa cominación la corte de Lassa vive satisfecha de su servilumbre á la China. Es verdad que cada tres ó cinco años debe enviar á Pekín una embajada solemne con presentes que constituyen una especie de tributo, pero estos regalos debe proporcionarlos el pueblo. En cambio recibe del «Hijo del Cielo» otros magníficos regalos, que naturalmente guarda. El tesoro del gran lama se aumenta todos los años con la suma de 250.000 pesetas, que sólo puede tocar en caso de guerra.

Ninguna ley limita la cantidad de los impuestos; la costumbre y el capricho de los mandarines los fijan. Todo el territorio pertenece al Dalai-lama. Los habitantes son sólo poseedores temporales, cuya permanencia tolera el verdadero amo. Asimismo, las casas y los muebles todos pertenecen al dueño universal. Los súbditos deben quedarle reconocidos si tan sólo se digna tomar parte de sus propiedades para los impuestos y los trabajos obligatorios. Cuando el amo los llama para ejecutar cualquier trabajo, nadie puede dejar de acudir. Una de las penas que con mayor frecuencia imponen los mandarines, es la expropiación total. Los reos deben abandonar sus tierras y sus casas y vivir bajo la tienda, yéndose á mendigar varias veces cada año por los distritos que se les designan. Estos chong-long, mendigos con autorización de la justicia, son tan numerosos que llegan á formar una clase del Estado. En sus procedimientos, los mandarines de poca categoría aplican con frecuencia la tortura, y pueden condenar á multas, cárcel y palos.

Las autoridades superiores, según su rango, tienen por costumbre, ó por orden del señor, el derecho de desterrar á los culpables, de cortarles los pies ó las manos, de sacarles los ojos y de condenarlos á muerte. Sin embargo, fieles observantes de los preceptos de Budha, los lamas se abstienen de matar á sus súbditos. Se limitan á dejarlos morir de hambre. En Lassa, el derecho de administrar justicia se saca á pública subasta en el monasterio de Debang, al principio de cada año. El lama que es bastante rico para comprar el destino queda proclamado juez, y armado con un bastón de plata sale en persona á anunciar á los habitantes de Lassa su nueva dignidad. Este acto provoca la huida general de todos los artesanos acomodados, porque el nuevo magistrado tiene el derecho, durante veintitrés días, de imponer multas á su capricho y de apropiarse de su producto.

Toda la población útil del Tibet debe formar una especie de

milicia nacional para la defensa del país; pero las únicas tropas permanentes que en él existen están compuestas de extranjeros, mandchures, mongoles y turcos, que el gobierno chino emplea preferentemente bajo el pretexto de que se mantienen con mayor facilidad, porque comen carne de caballo y de renGISero, aunque el verdadero motivo consiste en que, como extranjeros, no vacilarían en atacar á los tibetanos á la menor orden de sus jefes. Pocos hombres bastan para guardar; así es que la mayor parte de las guarniciones sólo cuentan con algunas decenas de soldados. Una mitad se encuentra en Lassa y la cuarta parte en Xigatzé. El resto guarnece á Tingri, Guiantzé y varios puestos de la frontera y de las ciudades situadas en los caminos principales, pues el gobierno chino ha comprendido perfectamente que, para dominar el país, debe conocer antes que los tibetanos las noticias que puedan favorecer las sublevaciones.

Este ejército del Tibet, armado con coraza y cotas de malla como en la Edad Media y con cañones pedreros, fué barrido hace dos años con la mayor facilidad por la columna inglesa que llegó hasta Lassa y que sólo constaba de unos 2.000 hombres.

El servicio del correo oficial se hace con una regularidad y rapidez notables. Los correos recorren en treinta días, y algunas veces en veintidós, y aun menos, el espacio de 1.300 kilómetros que separa Lassa de Gartok, mientras que ordinariamente los viajeros emplean dos meses para hacer el mismo camino. Los correos marchan día y noche, deteniéndose sólo para cambiar las monturas y tomar alimento. Para evitar todo accidente, acompañan á los correos dos jinetes, llevando de la brida dos caballos de repuesto, y así puede hacerse el viaje á galope tendido, excepto en los pasos más escabrosos de las montañas. A la salida, un mandarín sella los vestidos del correo para que éste no pueda desnudarse por el camino. Tan sólo el destinatario tiene autoridad para levantar estos sellos. Cuando los desgraciados correos llegan al término de su viaje, parecen espectros más que seres humanos. Los tarsun, ó paradas de postas establecidas regularmente en todas las etapas, sustituyen á las ciudades en las regiones desiertas.

TURKESTÁN CHINO

I

La cuenca del Tarim.

Aunque á mediados del siglo XIX el Turkeistán chino era una comarca completamente olvidada, tuvo en todos tiempos gran importancia como lugar de paso, pues los caminos de la China á las cuencas del Yaxartes y del Oxus, y aun los que conducen á la Persia y á la India, cuentan como necesarias etapas las ciudades situadas en la base oriental de las mesetas del Pamir. Se encontraron en este «Camino de la Seda», comerciantes griegos y chinos: en la Edad Media debieron detenerse en los oasis del Turkeistán chino, los misioneros budhistas, los mercaderes árabes, el gran veneciano Marco Polo y otros viajeros europeos, antes de reanudar su penosa marcha hacia Oriente por la región de las arenas, ó al Occidente por las desiertas mesetas. Pero habíanse olvidado las antiguas narraciones hasta el punto de creerse que la depresión recorrida por las aguas del Tarim y de sus afluentes formaba parte de la inmensa «meseta de la Tartaria» que se suponía ocupaba todo el interior del continente: fué preciso que los sinólogos publicaran en Europa los documentos chinos referentes al país de Thian-chañ Na-lu para que se conocieran en términos generales la verdadera forma de aquella gran cavidad abierta al Oriente del Pamir.

Uno de los hermanos Schlaghtweit, Adolfo, fué en el siglo XIX el primer europeo que penetró en la vega del Tarim por el camino de la India. En 1857 cruzó el Karakorum para descender á la llanura del Turkeistán oriental y llegó hasta Kaxgar; pero fué asesinado por orden del soberano Vali Kan, perdiéndose para la ciencia todas sus notas y colecciones. Ocho años después, Johnson visitó el Jotán y los desiertos vecinos, inaugurando así las expediciones inglesas que el interés comercial promovía. En 1868, Shaw, cultivador de té, obtenía del gobierno inglés una comisión para explorar las rutas comerciales de la llanura, mientras que Hayward recibía de la Sociedad Geográfica de Londres el encargo de visitar especialmente la re-

gión de las mesetas. Lo mismo que Adolfo Schlagintweit, perdió Hayward la vida en la empresa; pero Shaw, más afortunado, pudo recoger muchas noticias sobre el comercio del país, y llevarlas á la India para preparar un segundo viaje, siendo elegido como guía de una nueva expedición, ó más bien de una embajada oficial enviada á Yakub, soberano de la Kaxgaria. El enviado Forsyth, junto con el Dr. Henderson, no pasó de Yarkanda: pero tres años más tarde, volvía con mayor número de exploradores, Gordon, Biddulph, Trotter, Chapman, Bellevy y Stoliczka, y merced al sistema que adoptaron en la división del trabajo, pudieron visitar la fértil región de la llanura, desde el Sur al Norte, ó sea del Kuenlun al Thian-chañ, y escalar por el Oeste el «Techo del Mundo» hasta los valles superiores del Oxus. Por su parte, los rusos no permanecían inactivos. Ya Valijanof en 1853 y Osten Sacken en 1857, habían atravesado la cadena de los montes Celestes, para bajar á las llanuras de la Kaxgaria. En 1876, Kuropatkin siguió otro camino. Por el Terek-davan penetró en el Turkestan oriental y siguió hasta el lago de Karaxar la cadena del Thian-chañ, por la base de sus contrafuertes meridionales. Con sus esfuerzos y los de Regel, que ha continuado al Este el itinerario de Kuropatkin, es ya conocido para siempre el camino que los chinos siguieron constantemente en sus expediciones guerreras y mercantiles al Thian-chañ Nan-lu.

Según los límites recorridos por diversos exploradores ingleses y rusos, la superficie del Turkestan chino se calcula en cerca de 1.200.000 kilómetros cuadrados, espacio enorme en el que no puede contarse más de un millón de habitantes, según Kuropatkin. Forsyth evalúa el conjunto de aquella población sólo en 580.000 almas. Esta región, dos veces mayor que Francia, no cuenta, pues, en su semicírculo de 2.500 kilómetros, más habitantes que una sola ciudad europea de segundo orden, como Nápoles, Liverpool ó Glasgow. Y sucede esto porque el agua no abunda en el Asia central, y el desierto empieza donde las fuentes no corren. En torno del inmenso círculo de arena se ven las cumbres de los montes elevándose sobre la zona de las nieves, pero no todas las aguas que de ellas bajan llegan hasta el límite de los valles. Sin embargo, los arroyos de este anfiteatro de montañas se reúnen en número suficiente para formar una verdadera cuenca fluvial. Por la convergencia de sus valles y del conjunto de los afluentes, parece que el Tarim quiere convertirse en otro Indus: por ambos lados de las mese-

tas, cuya arista superior forma el Karakorum, nótase una especie de simetría en las vertientes; sin embargo, ¡qué diferencia entre las condiciones climatológicas de las dos comarcas!

Es probable que al Oriente del Jotán, ninguno de los torrentes que bajan por las poco nevadas cuencas del Kuenlun y del Altintag llegan hasta el depósito central de la cuenca, excepto el Cherchen-daria, el más caudaloso de los ríos que se unen al Tarim antes de entrar en el Lob-nor. Los arroyos que riegan el oasis del Jotán y forman el Jotán-daria, uno de los principales brazos del Tarim, tuvieron antiguamente gran celebridad en toda el Asia, que los llamaban los ríos del «Jaspe». Todos los cronistas chinos que hablan del país del Jotán, aseguran que el río de aquella comarca está formado por tres corrientes de agua, cada una de las cuales arrastra cantos de jaspe de especial color. Al Este, corre la «corriente del jaspe verde»; entre las dos pasa la «corriente del jaspe blanco»; la más occidental es la del «jaspe negro». Por lo menos dos de estos arroyos han conservado sus antiguos nombres bajo la forma turca de Urung-kax (jaspe blanco) y Kara-kax (jaspe negro). Este último es mucho más abundante. Nace en el país de Cachemira muy al Sur de la cadena del Kuenlun, en las altas mesetas que dominan los picos y las cimas relativamente poco elevadas que pertenecen á la arista del Karakorum. De esta región de las fuentes, cuya altura excede de 5.000 metros, el Kara-kax baja por una sucesión de raudales, cortando bruscamente las sierras y estribos que se oponen á su paso. En una extensión de más de 100 kilómetros lame la vertiente septentrional del Kuenlun hasta el portillo de Xa-i-dulá y por él sale hacia el Nordeste á la llanura del Jotán.

Al Oriente del valle superior del Kara-kax se encuentran la llanura que recorren los viajeros para ir de la cuenca del Indus á la del Tarim, en gran parte cubierta de sal y de otras cristalizaciones. El lago que allí existía en otro tiempo se ha vaciado ó secado paulatinamente, y los riachuelos que antes se deslizaban por el fondo lacustre se han visto reemplazados por las movibles arenas. A intervalos se abren profundos hoyos llenos de sufato de magnesia, blanco como los copos de nieve que arrastra el viento. Ocupan las más profundas cavidades pantanos de lodo salino, ocultos por témpanos de hielo, y hasta la altura de 5.400 metros se encuentran manantiales calientes rodeados por un círculo de concreciones calizas y otro círculo de agua helada. En una extensión de varios kilómetros cua-

drados, el suelo está lleno de pequeños agujeros en forma de embudo, de un metro de profundidad y doble diámetro, todos de una forma cónica regular perfecta. De algunos de estos embudos se ven salir, después de las lluvias, grandes masas de cieno y algunas veces brota de ellos el agua á borbotones. No cree Henderson que se trate de verdaderos volcanes de lodo, son quizá hundimientos del subsuelo de arcilla, que dejan llegar á la superficie las aguas de una corriente subterránea, después de las lluvias ó del deshielo de las nieves.

Al Oeste de la parte interior del Kara-kax se encuentran varios arroyos que se pierden en las arenas ó en los pantanos de Yaxil-kul, separados de las aguas del Kara-kax por un cordón de dunas. Estos arroyos tienen poca corriente para vencer los obstáculos y abrirse paso. Hállanse sus fuentes junto á las nieves del Karakorum, en la vertiente septentrional de las montañas que, continuando la cadena del Kuen'un, han descendido hasta el punto de que únicamente parecen estribaciones de la meseta. Están enteramente cubiertas de arcilla hasta la altura de 3.300 metros. Cuando las caravanas de yaks caminan por los senderos de estas montañas, levantan espesos torbellinos de polvo, á través de los cuales apenas se reconocen los viajeros. Más abajo las arenas rizadas por el viento cubren las colinas más avanzadas. El principal camino que va de la India al Turkeistán chino atraviesa esta sierra de montañas de arcilla por la garganta de Sanyu (5.060 metros) para evitar el gran recodo que el Kara-kax describe en dirección del Noroeste, al salir de las montañas. Es muy difícil el acceso de este paso, y por eso los indígenas han atribuido su formación al brazo del héroe Rustán.

En el ángulo Sudoeste del Turkeistán chino, nace otra corriente, la más extensa y quizá la más caudalosa de toda la cuenca del Tarin, es el Yarkand-daria, llamado con frecuencia Zarfxan ó el «Aurífero» Como el río de Samarcand, ó Samarcanda, arrastra en efecto fragmentos de oro entre sus arenas. Sus aluviones, más preciosos aún, fecundan los campos de Yarkand. Más de la cuarta parte de la población del Turkeistán oriental vive con los frutos y los granos que riega esta fecunda corriente. El Yarkand-daria, así como el Kara-kax, toma su origen fuera de los límites del Celeste Imperio. Una de sus fuentes brota en la vertiente de la garganta del Karakorum (5.550 metros), que ha dado nombre á toda la cadena. Siguiendo en primer término la dirección normal de todo el sistema orográfico de esta región

del Asia, el Yarkand-daria corre al Noroeste, paralelo al Karakorum y las cadenas más bajas que le acompañan al Norte, y aumenta su caudal con los numerosos afluentes que le envían los hielos de la vertiente meridional del valle. El Dapsang, soberbia montaña que entre los picos de la tierra no reconoce otro de mayor altura que el Gaurisankar, envía desde sus heladas cimas el agua que alimenta al río de Yarkand. En el sitio donde halla el torrente una puerta en los montes que le permite salir hacia la llanura, tiene ya un caudal de agua bastante considerable; pero al extenderse por el llano disminuye rápidamente



Tipos y trajes del Turkestán chino. (Dibujo de Ronjat).

te por la evaporación y por los canales de riego en que se distribuye. En la época de las grandes crecidas, el brazo principal, que pasa junto á Yarkand tiene de 60 á 140 metros de anchura y no puede valerse en sitio alguno. Es de notar que la curva descrita por el Yarkand-daria en el conjunto de su extensión, se parece á la del Kara-kax. Ambos ríos siguen primero uno de los valles abiertos al Nordeste entre las cadenas paralelas del río del Asia, y luego, replegándose al Norte y al Nordeste, corren hacia la región baja del antiguo meliterráneo de Gobi.

Los afluentes del Tarim, que descienden del Pamir, no tienen en la región de las nieves bastante extensión para convertirse en importantes ríos. Las montañas que los alimentan se levantan inmediatamente al Oeste de la llanura, como verda-

dero límite del mundo. Un antiguo documento chino da á estas cimas que limitan el Pamir la altura de 1.000 *li*, ó sean 500 kilómetros, expresión que sólo tiene el sentido de colocar los Tsungling entre las cumbres inaccesibles que se elevan «hasta los cielos». Estas «Montañas de las Cebollas», como las denominan muchos comentaristas, ó las «Montañas Azules», según la versión de Rémusat, forman los promontorios avanzados de una de las masas más altas del Asia, dominadas por el pico de Tagarma. La vertiente que tiene el Pamir por el lado de Oriente, es mucho más abrupta que su opuesta, por donde se deslizan los diversos riachuelos que forman el alto Oxus. Apenas formados por los deshielos de las cimas, entran los torrentes en la llanura, donde ávidos labradores los dividen en seguida en una multitud de canales de riego. Sólo un torrente del Pamir va á unirse al Yarkand-daria. Es el Kaxgar-daria, que nace en el «Valle Rojo» abierto entre el Altai y el Tras-altai, al pie del Kizil-ar ó «Collado Rojo»; su brazo principal es 1-10 de los dos Kizil-su (Aguas Rojas) que se deslizan en dirección opuesta, una hacia el mar Aral y otra hacia el Lob-nor. Con frecuencia se designa á todas las montañas del Pamir oriental con el nombre de Kizil-art. Shaw las ha oído también llamar Kizil-tag ó «Montes Rojos».

II

El Takla Makán.—Ciudades enterradas.

La proporción de los espacios desiertos y sin cultivo del Turkestán chino no puede aún determinarse de una manera definitiva, pero ciertamente es muy superior á las tierras cultivadas y habitadas. En casi todas partes, los terrenos cultivados sólo forman una banda estrecha de algunos centenares de metros, de algunos millares á lo sumo, que se extienden á lo largo de las aguas; y en su límite empieza el desierto, aún inexplorado en casi toda su extensión. Allí comienza el Gobi, aunque no se le conoce bajo este nombre en el Turkestán occidental, y el valle inferior del Tarim separa este desierto de los de la Mongolia. Al Norte del Jotán la región de arena toma el nombre turco de Takla Makán. Las dunas, que avanzan con oleaje parecido al de la mar, quedan expuestas en este sitio á toda la furia de los vientos del Norte, que las elevan á 60, á 100 y aun á 130 metros. Ninguno de estos montículos movibles del litoral de Euro-

pa alcanza la altura de los que se encuentran en las solitudes del Takla Makán. En los oasis, hasta el pie de los montes avanzados del Kuenlun, se anuncia la proximidad del desierto con las finas partículas de polvo que flotan en el aire y nublan el espacio, ocultando el color azul del cielo. No puede distinguirse bien el sol hasta algunas horas después de su salida, y algunas veces, cuando sopla el viento del Este, queda el astro velado hasta su puesta, y en el interior de las casas es preciso encender luz en mitad del día. Durante su viaje de un mes y medio por el país de Yarkand, no pudo Henderson distinguir una sola vez las grandes montañas á través de la bruma de fino polvo que flotaba en el espacio. Con frecuencia le fué hasta imposible ver los cerros inmediatos y formarse aproximada idea del aspecto general del país. Tan dañosa como la arena que los temporales arrojan en grandes masas sobre los campos de cultivo, es benéfico el polvo impalpable que los cubre, pues sirve de abono á las féculas comarcas del Jotán y del Turkestan oriental, reemplazando al estiércol. Aseguran los indígenas, probablemente con razón, que deben sus abundantes cosechas á la arena del desierto.

No están cubiertas de dunas todas las soledades del Turkestan chino. Sólo ocupan la región del Sur y del Sudeste, donde las arrojan los vientos del Norte. Entre estos desiertos los hay que son verdaderas estepas, semejantes á las de la cuenca del Aral: tierras amarillas y rojizas que se extienden en suaves ondulaciones como las olas del mar medidas por una ligera brisa. A lo lejos se ven blancas piedras, batidas por las arenas, que parecen edificios arruinados. Al pie del Kuenlun hay vastas extensiones de desierto que tienen el suelo pedregoso. Hace doce ó trece siglos, en tiempos que los caminos comerciales, ahora abandonados, atravesaban aquellas comarcas, los habitantes de las aldeas inmediatas enseñaban á los mercaderes de las caravanas la manera de hacer calzado de madera para los caballos y de envolver con cueros de buey los pies de los camellos, para que los animales pudiesen andar sobre estos cantos lisos. Los antiguos anales chinos hablan con terror de los campos de piedra y de los «ríos de arena». En el desierto que se extiende al Oriente del Lob-nor flotan los genios del mar, y los dragones tienen allí sus cuevas. Las peladas osamentas son los únicos jalones que marcan el camino. Cantan las arenas para burlarse del viajero ó para llenarle de espanto. A veces rugen como el trueno, ó lanzan estridentes silbidos, aunque no puede acer-

tarse de dónde salen estos ruidos extraños. Es muy posible que la imaginación de los viajeros, torturada por la fiebre, haya creado todos estos rumores; pero podría ocurrir también que las dunas del Turkestan chino entonaran la «música» de las arenas que han oído los exploradores del Sinaí, de las montañas del Afghanistan, de la Arabia y del Perú, y muchos naturalistas del litoral marítimo. No ha mucho el viajero Lenz, en el camino de Tinbuctu, oyó la música de las arenas calientes.

Es evidente que en los tiempos del poderío del reino del Jotán, las arenas no habían invadido la vasta extensión que ahora cubren. Sin embargo, en aquella época ya tenían los campos cultivados, el desierto por límite. Hablan los anales de un gran río, que corría hacia el Noroeste, al Occidente de la villa de Jotán, y se secó completamente; y de un personaje oficial, que nuevo Curcio de su raza, se ofreció en holocausto al dragón del río para que dejase aparecer de nuevo la corriente que regaba los campos y producía las cosechas. Pero al Nordeste del Jotán, los habitantes de otra ciudad llamada Ho-lao-lo-kia no pudieron alcanzar la misma gracia de los dioses, pues por haber rechazado á un enviado celestial, fueron condenados á morir bajo una lluvia de arena. La ciudad entera se vió enterrada, y desde entonces Ho-lao-lo-kia es sólo un montón de movable arena. Inútiles fueron todas las excavaciones hechas en la duna para sacar los objetos preciosos, por que siempre un viento furioso levantaba nubes de polvo para inutilizar el trabajo de los obreros. En otro sitio, según la tradición transmitida por Johnson, las arenas del Takla Makán enterraron en un solo día 336 ciudades. Dícese que los pastores conocen los lugares donde se levantaban las ciudades destruidas, pero lo ocultan para aprovechar solos las monedas de oro y los objetos preciosos que hallan entre los escombros. Johnson no pudo visitar más que una ciudad arruinada, en las inmediaciones de Jotán. En ella se encuentran de vez en cuando los trillos de té, que son objetos de comercio de algún valor, monedas griegas y bizantinas, y adornos de oro parecidos á los que todavía usan en nuestros días las mujeres del Indostán. De las ruinas de otra ciudad situada cerca de Kiria, se han sacado una imagen de Budha y una estatua de barro representando el mono Hanuman. El Turkestan chino es una de las regiones del mundo donde se conservan mejor las ruinas. Merced á la falta casi absoluta de lluvia, su aire seco, á la rareza de las nevadas que sólo caen una ó dos veces cada invierno, las murallas, cons-

truidas con adobes endurecidos al sol, se mantienen como hace 800 años, cuando fueron desmanteladas. Además, las arenas conservan perfectamente los edificios que cubren, y cuando se retira la duna de alguno de ellos, aparecen intactos, sin que nada les falte para recibir á sus habitantes.

III

Flora y fauna del Turkeistán chino.

Compréndese que bajo el clima seco del Turkeistán chino, la vegetación esté representada únicamente por un corto número de especies. No se ven en parte alguna prados ó floridas llanuras; tan sólo se encuentran cañas, hierbas altas en las orillas de los arroyos, algunos arbustos como el «yida», especie de olivo silvestre, tamarindos y álamos de 8 á 11 metros de altura. Esto constituye la flora espontánea de la cuenca del Tarim. El álamo es el árbol que más abunda en las inmediaciones de los ríos y arroyos. Repítense allí las mesetas de la «gran cuenca» de Utah en la América del Norte, donde se ven también, en las húmedas hondonadas, grupos de álamos ó *cottonwood*. El álamo de la Kaxgaria, llamado en el país *tograk* ó *tugrak*, es un árbol extraño, achaparrado, torcido, casi siempre de tronco vacío y con gran variedad en la forma y dimensiones de sus hojas. Bajo estos árboles el suelo es estéril, gris por el polvo y blanco por la sal; la savia de las ramas es también salina, y algunas veces se ven cristales de sal en las grietas de los troncos. Cuando el árbol cae, no se descompone; yace en el suelo hasta el momento en que lo cubren las arenas, mezclándose sus hojas con el polvo salino. En los desiertos, los arbustos crecen sobre pequeños montículos que se han formado gradualmente merced á la agrupación de raíces que retienen la arena, arrastrada de las inmediaciones por el viento. Sobre los restos de cada árbol muerto nacen otros nuevos, y poco á poco el montículo se convierte en un grupo de raíces que los indígenas cortan para combustible de sus hogares.

Merced al sistema de riegos, los jardineros y agricultores del Turkeistán chino tienen alrededor de sus habitaciones una flora de especies cultivadas, mucho más rica relativamente que la flora silvestre. Grupos de nogales dan sombra á las aldeas; todos los jardines del país del Jotán y de Yarkand tienen sus

filas de moreras. Los perales, manzanos, melocotoneros, albricigos, olivos y viñas enredaderas, cruzan su ramaje en los verjeles y producen excelentes frutos. Enrédanse á los árboles las cucurbitáceas de diversas formas, utilizadas para múltiples usos domésticos. Vense los melones por el suelo al lado del cáñamo, del algodón, ó de los cereales, como el arroz, la cebada ó el centeno. Las ciudades y aldeas desaparecen bajo los bosques de verdura. En las calles, enramadas de pámpanos y trepadoras, caen como guirnaldas de hojas, de flores y de frutos. Las azoteas de las casas están llenas de plantas odoríferas, y en los jardines se ostentan las rosas con sus variados matices. Hasta los álamos que crecen en estos oasis se distinguen de los que producen los bosques naturales. Algunos se desarrollan de un modo gigantesco, llegando á alcanzar hasta tres metros de circunferencia. El viajero que ha podido salvar las difíciles soledades del desierto, cree entrar en un lugar de delicias cuando penetra en estos umbrosos y aromáticos jardines.

En las riberas del Tarim y de sus afluentes, el reino animal silvestre es tan pobre en especies como el reino vegetal. Exceptuando los jabalíes y las liebres, son raros los cuadrúpedos en esta región. Sin embargo, el tigre, la pantera, el lince, el lobo, la zorra y la nutria se encuentran en las espesuras que cubren las orillas, mientras que el ciervo *maral* y el antílope habitan los sitios más abiertos. Ninguna especie de mamíferos es indígena en esta región del Asia central; todas se encuentran en los valles de los Montes Celestes. Los pájaros también son relativamente raros. Dos veces al año los pantanos de Lob-nor dan asilo á «millones» de aves de paso. En invierno, la fauna de este lago es muy pobre, pero desde el mes de Febrero empiezan á llegar nubes de pájaros rendidos de cansancio, que van á descansar sobre el hielo y entre los juncales. Si los pájaros no hallaran este oasis de verdura entre las llanuras y las desiertas montañas, quizá no podrían realizar su largo viaje de muchos millares de kilómetros. Además, durante su permanencia en las riberas del Lob no se les oye cantar; reina un triste silencio entre aquellas bandadas, en otras partes tan ruidosas.

En las inmediaciones del lago Lob-nor se ha visto recientemente el camello salvaje, animal de cuya existencia dudaban la mayor parte de los naturalistas, aunque los anales chinos los mencionan con frecuencia y los indígenas del Turkestan chino y de la Mongolia hablan de ellos á todos los viajeros. Actualmente se encuentran los camellos salvajes hacia el Este

del Lob-nor, en los desiertos arenosos de Kumtag. Pero pueblan las alturas del Altin-tag junto con los yaks y los asnos salvajes. Eran muy numerosos hace veinte años, pero ahora son muy raros desde que los cazadores del Lob-nor los persiguen hasta el desierto. Este animal es prudente en extremo; á sotavento olfatea al hombre á muchos kilómetros de distancia, y cuando se ve perseguido ó percibe la detonación de la pólvora, huye en línea recta durante horas enteras. Distinguen al camello salvaje del doméstico algunos caracteres anatómicos. Además, se diferencian en el color del pelo y en el tamaño. Los camellos salvajes son pepueños, comparados con los enormes animales que se ven en las caravanas.

Los caballos que se emplean en el país son pequeños, sobrios, vigorosos y dóciles, y proceden en su mayoría de los valles meridionales de las Montañas Celestes, y en particular de la provincia de Ak-su. Los yaks no pueden vivir en las llanuras, por lo menos durante el verano, á causa del excesivo calor; y sólo van á las ciudades del Turke-tán chino para destinarlos al consumo. Los corderos y las cabras que los pastores kirguises tienen en las vertientes del Pamir y del Tian-chañ, pertenecen á las mismas razas que los del Tibet y producen lanas extraordinariamente finas. Según Shaw, la «mejor lana del mundo» no procede del Tibet, sino de Turfan.

IV

Poblaciones del Turkestan.

Las poblaciones del Turkestan chino pertenecen evidentemente á razas muy mezcladas. Los antiguos nombres geográficos, y los hechos consignados en los anales chinos acerca del reino de Jotán en el momento de su conversión al culto budhista, autorizan á creer que, por lo menos, una parte de los habitantes del país procede de naciones de lengua «aria», como los afghanes y los persas de la vertiente opuesta al Hin-du-kux. Los héroes legendarios de la comarca, aquéllos en quienes los indígenas simbolizan su gloria y su genio nacional, son precisamente dos héroes «arios», Rustan y Afrasiab.

Las rocas, los desfiladeros, los precipicios, todas las maravillas de la Naturaleza, se atribuyen á algún hecho heroico de estos personajes míticos. Son como el Carlomagno y el Roldán

del Asia central, y en las leyendas del Turkestán chino suena su nombre con mayor frecuencia que el de Alejandro el Macedónico. «Hazret Sikander ó San Alejandro», de quien dicen que conquistó la China «para propagar el culto del Islam». En la actualidad, las únicas tribus del Turkestán chino que incontestablemente están relacionadas con los pueblos persas, son las de los galchas, hermanos de las que habitan los altos valles tributarios del Amu-daria. Como los restantes galchas del Turkestán ruso, son hermosos y varoniles, de noble semblante, porte distinguido, espíritu sencillito y recto, conservando sus tradiciones y en particular la adoración del fuego y del sol. Aunque desparramados en pequeños grupos entre los kirguises de lengua turca, todos los galchas han conservado el uso de su antiguo idioma. Híblase aún la lengua persa en el alto valle del Sarikol, uno de los afluentes del Yarkand-daria, distante más de 1.200 kilómetros de la frontera del Iran; pero esta pequeña población aria del alto valle, se vió há poco en peligro de desaparecer, cuando Yakub-kan la hizo emigrar forzosamente de la llanura de Kaxgar. También entre los «turcos» de la llanura, y en particular del pie de las montañas de Sanyu, hacia el ángulo Sudoeste del Turkestán ruso, se encuentran muchos tipos que recuerdan el llamado convencionalmente «ario». Los viajeros que han visitado á Yarkand notaron, viendo los transeúntes por la calle, que se distinguían poco de los ingleses, ya por su fisonomía regular, ya también por el color rosado de la piel. Shaw dice que los yarkandis se parecen más á los americanos, á causa de las líneas angulosas del rostro. Todos tienen abundante barba, mientras que los hombres de raza turca pura suelen tener muy poca.

Así como en los grandes golfos se arremolinan las corrientes, los pueblos de distintas razas, reunidos por causa del comercio, de la guerra, de la emigración ó de la conquista, se mezclan indefinidamente en esta vasta llanura que las tres mesetas más altas del mundo encierran en un semicírculo. Persas, árabes y tibetanos, kirguises y kalmukos, mongoles y turcos de varias tribus, indios y chinos, todos se han cruzado con los sartos ó taranchos del Turkestán oriental. Aun cuando ocurren grandes matanzas y son exterminados los habitantes de ciudades enteras, como en 1863 cuando la expulsión de los chinos, ó como en 1877 y 1878 cuando la reconquista del país por el ejército de los «Bravos», los odios entre los opresores y los oprimidos sólo coinciden en apariencia con los odios de raza.

Al mismo tiempo que los habitantes de Kaxgar execraban hace algunos años hasta el nombre chino, veíanse por las calles de sus ciudades muchos individuos, cuya fisonomía y cuya barba los declaraban hijos del imperio chino. Los únicos contrastes bien determinados que se observan en los pueblos del Turkestán chino, son los procedentes, no de la raza, sino del género de vida, de las ocupaciones y del clima. Los agricultores de la llanura, sea cual fuere su origen, y los pastores de las altas mesetas, forman las dos clases verdaderamente distintas del país. De estos pastores kirguises sale la mayoría de los dulanes, ladrones que habitan las grutas y los fuertes arruinados en las inmediaciones de los oasis.

En la región cultivada, los habitantes no se designan unos á otros por su nombre étnico, sino por el de la ciudad de su origen. Se llaman Jotani, Yarkandi, Kaxgari, Turfani ó Tarimtzi, según su lugar de residencia. Sin embargo, sienten una especie de patriotismo colectivo á causa de la comunidad de costumbres y condiciones políticas. En dirección del Sudoeste al Norte obsérvase una transición gradual en el aspecto de los habitantes. En una parte predomina la fisonomía de los arios; en la otra son más numerosas las caras mongólicas. Todas estas mezclas no han producido ciertamente gentes bien desarrolladas ni hermosas. La mayor parte de los ribereños del Tarim y de sus afluentes son horriblemente feos. Abundan más los leprosos en la región de la llanura que en las mesetas vecinas, hallándose uno por cada tres individuos en el país de Yarkand. En este país, donde tanto reinan los vientos y hay tanta luz y tanto polvo, abundan también las oftalmías.

La lengua del país se distingue apenas del dialecto turco hablado en Taxkent, aprendiéndola en pocas semanas los inmigrantes del Turkestán ruso.

La mayoría de los extranjeros que se establecen en la ciudad del Thian-chañ Nan-lu vienen de Fergana, y son usualmente conocidos con el nombre de Andiyani, á causa de que los caminos que siguen todos los emigrantes del Jotán convergen hacia la antigua capital Andijan. Los indios se encuentran sólo en los bazares de las ciudades principales, pero los hijos de Cachemira son más numerosos, y hay colonias de tibetanos del Baltistán que cerca de Yarkand cultivan el tabaco y los melones. Antiguamente los indios eran casi desconocidos, pues Yakub, «defensor de la fe» como el emir de Bojara, les había prohibido la entrada en el país. Pero desde que los chinos lo reconquista-

ron, han emigrado á la vertiente oriental del Pamir muchas familias israelitas del Turkeistán ruso. Los que habitan el Turkeistán chino, fervientes musulmanes, no acogen favorablemente á los extranjeros de otra religión. Bajo el reinado de Yakub aplicábase á los extranjeros, y en particular á los chinos, la ley de «conversión ó muerte». Tan sólo pudieron guardar sus supersticiones los kalmukos, cuya religión es muy confusa y tiene varios puntos de contacto con los ritos de los pueblos vecinos. Los habitantes de la Kaxgaria sienten invencible horror hacia los cristianos, católicos ó griegos, que colocan imágenes y estatuas en sus iglesias, mientras que consideran á los protestantes, iconoclastas como ellos, cual si fueran mahometanos de orden inferior, que descuidan la celebración de los ritos, pero que no por esto dejan de pertenecer á la gran familia del Islam. Son tan celosos del culto los Yarkandi, que lo mismo celebran sus ceremonias en el desierto que en las ciudades. A lo largo de los caminos más frecuentados hállanse pequeños espacios cuadrados que cercan filas de piedras. Su recinto es tan sagrado como el de las mezquitas, y delante de aquellas piedras se arrodillan los viajeros, tomando arena en vez de agua para hacer las abluciones del ritual. Sin embargo, las costumbres de estos hombres, tan rigurosos observantes de los ritos, son muy depravadas, y á millares se embrutecen con el uso del opio ó del «nacha», mezcla de extracto de cáñamo y de tabaco, que produce una horrible borrachera. Son muy raros en el país los casos de robos, y no se conocen otros hurtos que los que los comerciantes pueden ejecutar en sus operaciones mercantiles. Cuando los mercaderes de las caravanas pierden alguna bestia, dejan la carga á un lado del camino, sin temor de que se apodere nadie de ella, y á su vuelta la recogen con toda seguridad. Durante el mando de Yakub, el procedimiento contra los ladrones era muy sencillo y sumario. Se les advertía la vez primera; si reincidían se les apaleaba; al tercer robo se les cortaban ambas manos, y si aún les quedaban ganas de robar, pagaban el cuarto robo con la cabeza.

El Turkeistán chino es un país muy pobre, aunque algunos viajeros lo encuentran muy superior á la India desde el punto de vista del bienestar de sus habitantes. Las casas son de adobes sin blanquear los muros. El polvo penetra por todas partes y cubre los muebles toscamente fabricados. Raro es ver en las ciudades algunos restos de edificios adornados con porcelanas barnizadas y arabescos, como los monumentos de Samarcanda y de Bojara. Parece que la industria ha retrocedido, si

se juzga por las descripciones de los monumentos chinos y por los objetos que aparecen en las excavaciones de las casas enteradas bajo las arenas, consistentes en restos elegantes y preciosos de utensilios que no se encuentran ya en las actuales moradas. Los productos de la industria local, no ofrecen en su conjunto nada digno de atención. Fabricanse especialmente telas de seda, de algodón y de lana, tapices, zapatos y atalajes para las bestias. Aunque el país posee abundantes criaderos metalíferos, proceden del extranjero casi todos los utensilios de cobre y hierro, así como las telas de buena calidad. Actualmente Rusia es la nación que vende más mercancías y productos diversos á los habitantes del Turkestan chino. Las importaciones de la India representan un valor mucho más bajo. Deben atribuirse las causas de esta diferencia á la configuración del suelo y á las condiciones etnológicas. Mientras las caravanas que por el Norte recorren el camino de Rusia sólo tienen que cruzar un solo collado, las que vienen de las llanuras del Indus encuentran mesetas de más de 400 kilómetros de extensión y atraviesan varios puertos de más de 5.000 metros de altura.

Entre el lago de Karaxar y las fuentes del Kaxgar-daria ha encontrado Kuropatkin 13 pasos que utilizan las caravanas para entrar en el Thian-chañ y pasar por su prolongación occidental el Altai. Todas estas sendas de las montañas, que seguramente no son las únicas que conocen los indígenas, permiten el paso durante el verano á las monturas y bestias de carga, y aun sería fácil, según parece, transformarlas en carreteras, por lo menos la que conduce de Kaxgar al fuerte ruso de Narin por el Turugart (3.500 metros) y el collado de Terekti (3.840 metros). Sin embargo, sólo uno de estos caminos es practicable durante todo el año, el famoso Terekdavan ó «puerto de los Alamos», de 3.140 metros de altura, por el que desde los comienzos de la historia han pasado la mayor parte de los conquistadores del Asia central. Algunas veces, á mitad del invierno, la abundancia de las nieves impide á las caravanas aventurarse en los pasos sin llevar un guía. Entonces utilizan la ayuda de los sartlar, tribu de kara-kirguises, que vive en las inmediaciones del collado y se ocupa en los transportes desde una vertiente á la otra. Estos individuos poseen «yak» tibetanos, que pasean por el puerto haciéndoles pisotear la nieve y abren de este modo un sendero practicable para los caballos de la caravana.

La serie de oasis que rodea la depresión del Tarim, empieza

al pie de las montañas del Kuenlun central, donde se encuentra una ciudad que quizá no ha visitado ningún europeo después de Marco Polo y Benedicto de Goes. Es la ciudad de Cherchen, cuya posición sólo puede determinarse de un modo aproximado por las jornadas que la separan de Jotán, de Korla y de otras ciudades del Tibet. Poco accesible para los jotanis y los chinos, está situada sobre un torrente que baja hacia el Lob-nor, á la altura probable de unos 1.800 metros, pues en sus campos se cultiva el trigo y el maíz, pero no el arroz y el algodón como en el país de Yarkand. Los indígenas dijeron á Johnson que el pueblo tenía 500 casas, y á Prjevalski le aseguraron que sólo había 30.

Al Oeste de Cherchen se encuentran otras ciudades: Naya, Kiria, Chira y muchas poblaciones situadas al pie del Kuenlun, allí donde los arroyos de la montaña llevan bastante agua para regar las huertas. Sobre las márgenes de un río de más importancia se fundó la que es hoy capital de la provincia y antiguamente era la corte de un reino: Ilchi, llamada también Jotán como toda la comarca. La ciudad de Jotán ha sido citada con frecuencia por los escritores árabes y persas, merced á los gamos de las montañas vecinas que producen el precioso almizcle que en sus composiciones alaban los poetas orientales, ensalzando su perfume y su hermoso color negro. También esta ciudad es famosa en China bajo el nombre Yu-thian, á causa del «yu» ó jaspe que se encuentra en sus riachuelos, y á la que antiguamente se atribuían propiedades mágicas especiales. Una de las denominaciones chinas de esta piedra es «Verdad profunda», título evidentemente relacionado con las cualidades ocultas atribuídas al jaspe. El libro sagrado de los Ritos compara los sabios á la piedra «yu»: «El brillo moderado del «yu» simboliza la humanidad; su perfecta dureza es la sabiduría ó la prudencia; sus ángulos, que nada rompen, representan la justicia; cuando está suspendido figura la cortesía; al herirle produce un sonido de armonía indescriptible que representa la alegría; su brillo, cuando no tiene manchas ni defectos, es la rectitud; la relación exacta de sus ángulos figura la fidelidad; su misma substancia procede del arco iris». Los antiguos clasificaron esta maravillosa piedra del «yu» entre los jaspes. Marco Polo habla del «yu» diciendo que sus variedades pertenecen al jaspe y á la calcedonia. Es probable que las hermosas hachas de nefrita halladas en los sepulcros de la edad de piedra, no sólo en Asia, sino también en muchas comarcas de Europa, además

de ser apreciadas por su filo, la finura de su grano y su pulimento, se les atribuyeron las virtudes misteriosas que los antiguos griegos alababan más tarde en sus armas de bronce y los paladines medioevales en sus espadas de acero.

El nombre de Jotán, que se cree derivado de Kustana, significa en sanscrito la «Teta de la Tierra», quizá á causa de que el suelo es muy fértil en granos de todas clases. Una extraña leyenda habla, en efecto, de la leche que brotaba de la tierra para alimentar á un niño divino. Al principio de la era vulgar, Jotán era una ciudad muy importante, capital de un poderoso imperio. Los anales chinos dicen que, en tiempo de la dinastía Han tenía 85.000 habitantes y 30.000 soldados de guarnición. La población aceptó la doctrina de Budha que «le hacía feliz»; pero el país decayó rápidamente bajo la dominación de los sacerdotes, agrupados en jerarquías, como en la actualidad viven los del Tibet.

En un gran monasterio, distante 50 *li* del Sur de la ciudad, vivían en comunidad 3.000 religiosos. En otros sitios de la llanura se elevan 13 conventos de lamas, habitados por multitud de frailes. Los conventos pequeños eran innumerables. Cuando se celebraban procesiones para ir desde la ciudad á los templos de las inmediaciones, el rey marchaba descalzo delante de la imágen de Budha, y se presentaba delante del gran sacerdote con la cabeza descubierta, llevando en las manos flores y perfumes. Todos los habitantes del país eran muy ceremoniosos en sus relaciones personales. Se saludaban arrodillándose, y nunca abrían una carta sin haberla llevado antes á la cabeza para significar el respeto que inspiraba la persona que la había escrito.

La conquista del país por los chinos y las invasiones mongólicas quitaron á Jotán toda su importancia mercantil, aunque no quedó desierta como tantas otras ciudades y villas de la comarca. Si hubo de mudarse de sitio fué sólo para evitar la invasión de las arenas. En 1863 levantóse su población contra los chinos, asesinando á muchos de ellos. Fabricanse en ella utensilios de cobre, sederías, fieltros, telas de seda y lana, tejidos bastos de algodón y papel hecho con la fibra de la morera. La comarca de las inmediaciones produce, especialmente, seda y algodón, y las montañas que se elevan hacia el Sur contienen venas de varios metales, desde el oro hasta el hierro y el antimonio, hallándose además yacimientos de carbón y bancos de sal, de azufre y de salitre. Sin embargo, se explota tan sólo el oro.

En el ángulo Sudeste de la cuenca del Tarim hállase Sanyu, construída junto á un barranco que se pierde en el desierto. Se la considera sólo como una aldea por el desorden de sus construcciones, que se hallan esparcidas en una extensión de muchos kilómetros á lo largo de los canales de riego. Sin embargo, tiene muchos más habitantes que varias ciudades, y, según Johnson, cuenta con 7.000 casas. Kilian, situado al Oeste; Pialma, al Nordeste; Guma, al Norte, y Kargalik ó Posgam, al Noroeste, son también aldeas muy pobladas ó agrupaciones de



Yarkand: vista de una calle. (Dibujo de Pranishnikoff)

lugares que alguna vez reciben el título de ciudades. Forma esta región la parte más rica de la cuenca del Tarim y en ella se ha levantado la ciudad más importante de la comarca, la famosa Yarkand, á la cual suponen los escritores una población de más de 100.000 habitantes. Forsyth concede sólo 60.000, de los cuales 8.000 son de origen extranjero. El bazar, en donde se encuentran individuos de diversas razas y diferentes lenguas, está situado en el centro de la ciudad, convertido en vasto laberinto de estrechas callejuelas y tortuosos canales. Ciñe á la ciudad una gruesa muralla, flanqueada de torres cubiertas con tejados chinos y altas horcas, y se completa al Oeste con la fortaleza de Yangui-xar ó «Ciudad nueva», construída por los chinos para imponerse á los inquietos yarkandis. Casi todas las

ciudades del Turkestán chino tienen su Yangui-xar, compuesto principalmente de edificios oficiales y cuarteles.

El camino que une á Yarkand con la segunda capital, ó sea Kaxgar, se acerca al pie de las grandes montañas para atravesar la ciudad de Yangui-hissar ó «Castillo nuevo», cerca de la cual se hallan algunos insignificantes talleres metalúrgicos. Después de cruzar varios torrentes, que se pierden en las arenas impregnadas de sal, pasa el camino por una «Ciudad Nueva» ó Yangui-xar que vigila á Kaxgar como la otra ciudadela del mismo nombre amenaza á Yarkand. Kaxgar, situado á ocho kilómetros al Oeste, está rodeada por un grueso muro de tierra. En las inmediaciones se ven las ruinas de una ciudad que se dice fué destruída por Tamerlán. Kaxgar no tiene, como Yarkand, la ventaja de encontrarse en el centro de una región agrícola muy fértil; pero está mejor situada desde el punto de vista comercial, puesto que se halla en el camino del Fergana y en ella confluyen otras varias rutas de los Montes Célestes. Es á la vez un depósito comercial y un punto estratégico de primer orden, por lo cual no es extraño ver en las inmediatas colinas las fortificaciones construídas por los anteriores soberanos del país. Es una ciudad guerrera, la patria del héroe Rustán, según la leyenda. En las inmediaciones se encuentran algunas aldeas de bastante consideración, especialmente Taxbalk. Faizabad y Artux, célebre ésta por un mausoleo que visitan muchos peregrinos. En ellas se fabrican telas bastas, que se exportan anualmente por valor de dos á tres millones. Al Norte de Artux, los desfiladeros que conducen al Turkestán ruso fueron fortificados en tiempo de Yakub, quien construyó en ellos una poderosa ciudadela llamada Tax-kurgán ó «Monte de piedra», como tantas otras fortalezas del Asia central.

Al Oriente de Kaxgar se encuentra Maralbaxi, también fortaleza muy importante por hallarse situada cerca de la confluencia del Kaxgar-daria con el Yarkand-daria, en el cruce de los caminos que conducen á las ciudades principales de la cuenca. Tiene pocos habitantes y es casi nulo su comercio. Ux-Turfán, al Noroeste, lleva el título de ciudad aunque en realidad es un insignificante pueblecillo. Su fortaleza encierra 2 000 soldados, encargados de vigilar el camino que conduce al valle del Issik-kul por el puerto seco de Badal (4.500 metros). Este paso se encuentra obstruido en mitad del verano por las «nieves amarillas», así llamadas sin duda por los organismos microscópicos que contienen.

La ciudad más importante en la base meridional de los Montes Celestes es Ak-su (Agua blanca), plaza fortificada que se encuentra al pie de alta barrera por donde antes corría el riachuelo Ak-su, cuyo curso ha variado ahora, deslizándose 16 kilómetros más hacia el Oeste. Más allá de Ak-su todas las demás ciudades del Turkestán chino, como Bai, Sairam, Kucha, Xah-yar, Bugur, Korla y Karaxar se alejan del Tarim, que corre á más de 100 kilómetros hacia el Sur de los contrafuertes del Thian-chañ, en pleno desierto. Fundáronse naturalmente estas poblaciones á las salidas de los valles, donde las claras aguas de los torrentes podían conducirse con facilidad á sus huertas por medio de acequias. Pero no tienen importancia industrial ó comercial. Expiden alguna lana, gallinas y venden cuernos de ciervo, muy apreciados en China á causa de su gelatina preciosa.

En el bajo Tarim y en la cuenca del Lob-nor no existen pueblos, pero en cambio se encuentran numerosas ruinas de ciudades antiguas. Entre los cañaverales y malezas de un río que hay á tres jornadas al Sudoeste del Lob, se ocultan los restos de una ciudad llamada Kuku-nor, cuyos muros se divisan desde lejos entre los juncos. Allí acuden los pastores á visitar un templo donde reina una imagen divina, pintada de amarillo y que probablemente es una estatua antigua de Budha. Según refiere la gente del país, en la estatua y en las paredes del templo resplandecen las perlas, las piedras preciosas, el oro y la plata; pero nadie se atreve á tocar estas riquezas, temiendo verse herido por una mano invisible. La población actual de los «tarimtzis», compuesta de algunos centenares de familias, habita miserables chozas construídas con cañas; los barquichuelos y los aparejos para la pesca constituyen toda su fortuna. A los muertos se les deposita en una barca y se les cubre con otra, vuelta hacia abajo, formando así una especie de féretro, y se les deja, para que puedan pescar en el otro mundo, la mitad de un hilo de pescar, conservando el resto sus parientes como recuerdo. En medio de su pobreza, los habitantes del país ven satisfechas sus necesidades con los productos del lago, y cuando los visitó Prjevalsky no quisieron aceptar el dinero que éste les ofrecía.

LA MONGOLIA

I

El Kuku-Nor.—El lago Azul.

La región montañosa, próximamente de una superficie de 300.000 kilómetros cuadrados, que se extiende por el Nordeste del Tibet y en general se atribuye á esta provincia, forma en realidad un país completamente distinto. Bajo el punto de vista político depende más directamente del emperador de la China que del Dalai-lama, y por su comercio se halla más íntimamente ligada con la provincia china del Kansu que con la extensa región tibetana del Tsangbo. Una triple muralla de montañas separa al Sur las cuencas del Kuku-nor ó Koko-nor y del Chaidam de las regiones habitadas del Tibet, y por su pendiente natural se inclina esta comarca en la parte Noroeste hacia el Gobi y los territorios frecuentados por los mongoles. No obstante, este país, en que abundan las altas mesetas, los lagos y las montañas casi infranqueables, no puede considerarse como perteneciente á los desiertos del Gobi ó á las llanuras habitadas del Kansu, y debe ser objeto de un estudio aparte en cuanto la escasez de noticias geográficas lo permite.

Al Oriente del Lob-nor rompe las montañas del Altintag y del Chamen-tag un ancho portillo que une la depresión de Chaidam con las llanuras del Lob y del bajo Tarim. Más hacia el Este las aristas, pertenecientes también al sistema de Kuenlum, forman las avanzadas salientes de la meseta tibetana. Estas filas de montañas se extienden paralelamente, y entre ellas nacen los ríos del Tibet oriental: el Muru-usu, que después se transforma en el Kinxa-kiang y el Yangtze-kiang, el Latzan-kiang, que toma el nombre de Mekong y el misterioso Nap-chu, corriente que sirve de límite al Tibet propiamente dicho, y que se supone sea el Lutze-kiang y el alto Saluen. Estas sierras, así como los valles intermedios, se orientan fuera de la planicie en dirección del Noroeste y Sudeste, y en el mismo sentido se extiende la gran depresión del valle del Chaidam, que continúa,

por un lado, en el valle del bajo Tarim, y por otro en la región lacustre donde nace el Hoang-ho. Fácilmente se comprende por qué los antiguos geógrafos chinos repiten unánimes que las fuentes del Río Amarillo son las aguas del Lob-nor, que brotan nuevamente, porque en esta parte del Asia central se abre paso á través de las montañas y de la meseta de todo un sistema de llanuras y de altos valles.

Pero esta depresión transversal desde el Tarim hasta el Río Amarillo no impide que al Norte se alcen montes y sierras unidas á la meseta del Tibet por un terreno sumamente accidentado, á través del cual se abren paso las aguas del río chino, en desfiladeros tajados. Varios afluentes del Hoang-ho cortan este sistema de montañas, que puede llamarse sistema del Kuku-nor, tomando el nombre del lago que ocupa la región central. Por el Norte la cadena del Nan-chañ, que se extiende como del Oeste al Este, limita exteriormente por encima de las llanuras del Kansu mogol, todo el país del Kuku-nor y parece ser una prolongación de la cadena del Altin-tag. Al Oriente de la brecha del Chaidam, hacia las fuentes del Aszind, algunas de estas montañas alcanzan una altura que rebasa el límite de las nieves perpetuas, calculándose en unos 4.200 metros. Las cumbres más elevadas de esta agrupación miden una altura de 5.400 metros y en las estribaciones occidentales bautizadas por Prjevalski con los nombres de Humboldt y Ritter sólo se encuentran alturas de 3.300 metros. Al Sur del Nan-chañ que domina el Konkir (una de las «amnas» ó montañas sagradas de los tangutos) se eleva otra estribación, la de Chetri-chañ, limitada al Norte por el valle del Tatung-gol y al Sur por el lago del Kuku-nor. Finalmente, más allá de este mar interior, se ramifican en numerosas estribaciones, ricas todas en metales, otras montañas llamadas Kuku-nor meridional. Allí se recogía mucho oro en otro tiempo, pero desde la insurrección de los dungsos quedaron abandonados los lavaderos que había en los ríos.

El Koko-nor ó Kuku-nor, que ha dado su nombre á la provincia, es el *tso* Gumbum de los tibetanos, ó el Tsing-hai de los chinos, es decir, «el lago Azul». Forma, en efecto, un tranquilo estanque de un limpio color azul, «suave como la seda», contrastando con la delicada blancura de las nieves que en él se reflejan. Su forma es la de una elipse alargada de Oriente á Poniente. Según los indígenas, sus orillas deben medir próximamente de 350 á 400 kilómetros, porque un hombre á pie



puede dar la vuelta al lago en quince días y un caballo en una semana. El lago azul cubre probablemente una superficie de 5 á 6.000 kilómetros cuadrados, ó sea, diez veces la del lago Léman, y debió ser mas extenso en otro tiempo á juzgar por los antiguos ribazos que se ven en muchos sitios á gran distancia de la orilla actual. Alimentan este lago muchos afluentes, siendo el más importante el Bujain-gol, en la región occidental, pero todo su caudal no basta para compensar la evaporación.

No existe corriente de desagüe y el lago se ha hecho salado. En la parte Sudeste se eleva una is'a bastante grande, pues mide unos 10 kilómetros de contorno. Refiere la tradición que está cubriendo un abismo de donde brotaban las aguas del Kuku-nor. La inundación amenazaba sumergir toda la tierra cuando un ave monstruosa dejó caer la isla desde las alturas celestes para cerrar la boca del abismo. En esta solitaria isla se encuentra un convento habitado por unos 10 ламas, que quedan completamente privados de comunicación con la tierra firme durante el verano, porque no hay entonces embarcación que se atreva á aventurarse en sus aguas tempestuosas. Solo durante cuatro meses de invierno, desde mediados de Noviembre hasta fin de Marzo, pueden los monjes abandonar su prisión para ir á mendigar, cruzando la superficie helada del lago, y renovar sus provisiones de harina y de manteca. Las aguas del lago Azul son muy abundantes en pescados, y su fauna se compone de muchas especies, según cuentan los naturales del país. Prjevalski, sin embargo, no ha visto pescar ni pescó él mismo más que una sola especie de pescado de carne excelente, pero de huevos venenosos. Encuéntrase el lago á la altura de 3.200 metros, bastante superior al límite de la vegetación. En la estepa, por donde corre el agua pura, crecen espesos grupos de arbustos.

Véanse esparcidos por las concavidades de la planicie, al Oeste del alto Hwang-ho, muchos otros lagos, de menor importancia que el Kuku-nor. Pero el mayor de todos estos mares interiores ha desaparecido, ya que la llanura del Chaidam ó Tsaidam fué en otro tiempo el fondo de un vasto lago que ocupaba el espacio triangular limitado al Norte por el Nan-chañ, al Este por las moles del Kuku-nor y al Sur por el Burján Buda. Súrcala de Sudeste á Noroeste un río caudaloso, el Bayán-gol (Río Rico) ó Chaidam, cuya longitud mide quizás de 400 á 500 kilómetros y no bajará su anchura de 430 metros. Pero á medida que se aproxima al desierto va disminuyendo

poco á poco esta caudalosa corriente hasta perderse en los pantanos del Dabsun-nor, cerca de la brecha que unía en otro tiempo los lagos de Chaidam y del Lob. Cubren toda la parte oriental de la llanura del Chaidam salitrosos cenagales, de los que surgen eflorescencias parecidas á la nieve ó brillantes cristalizaciones. En la parte Noroeste, por el contrario, sólo se descubre arcilla dura ó un suelo pedregoso. Juncuales, en la región pantanosa, ó hierba en el terreno seco, es, poco más ó menos, toda la vegetación del Chaidam. Sin embargo, también se ven espesos matorrales de *nitraria scholeri*, que se elevan á más de dos metros, y cuyas bayas, dulces y saladas á la vez, constituyen uno de los alimentos más codiciados por los hombres y los animales de la comarca. Se recolectan en otoño y se usan mezcladas con harina de cebada. La fauna del Chaidam es tan poco variada como la flora, á causa quizá de los nublados de mosquitos que zumban en los cenagales, y de los que huyen pastores, rebaños y animales salvajes, refugiándose en las montañas de las cercanías. Hay entre los animales que cruzan con alguna frecuencia la llanura cierta especie de antílopes, lobos, zorras y liebres, y, según refieren los mongoles, vive el camello salvaje en los desiertos occidentales. Rara vez suelen verse en estas comarcas hombres que no sean cazadores ó pastores trashumantes, y, sin embargo, no sería difícil el cultivo de este suelo, merced al agua fertilizadora y abundante del Bayán-gol y á la relativa dulzura del clima, porque el Chaidam, en su parte superior, se encuentra á menos de 3.000 metros de altura y va inclinándose gradualmente hacia su límite occidental, donde quizá no llega á 1.000 metros. Prjevalski, al atravesar la llanura, vió á algunos mongoles sembrar trigo y cebada. Privados de sus provisiones ordinarias por la insurrección de los dunganos, se convirtieron forzosamente en agricultores. Grandes transformaciones debe registrar la historia de esta comarca, á juzgar por las ruinas de una ciudad antigua que aparecen en el centro de la llanura, próximas á la confluencia del Bayán-gol y de otro río. Han existido poblaciones sedentarias, donde hoy sólo dejan sus huellas los pastores.

La elevada estepa de Oduntala, al Norte de la cual se dividen las vertientes del Bayán-gol y del Hoang-ho, es una región sagrada para mongoles y chinos. En ella existen los lagos Yaring-nor y Oring-nor, que vierten el sobrante de sus aguas en el Río Amarillo. Ningún viajero europeo, moderno al menos, ha visitado este país de Sinsu-hai ó del «Mar Estrellado» Prje-

valeski pasó sin tocar su límite oriental en su primer viaje, y no pudo llegar á esta comarca por el lado opuesto en su segunda exploración. Todos los años, en el mes de Agosto, acuden los mongoles á rendir adoración á su dios, cerca de las fuentes sagradas. Bendecidos por los sacerdotes siete animales blancos, sin mancha alguna, un búfalo, un caballo y cinco corderos, adornados con cintas rojas, á modo de collares, reciben libertad y se pierden en las montañas, cargados con los pecados de la tribu.

II

Habitantes del Kuku-nor.

En 150.000 habitantes puede calcularse la población del país de Kuku-nor, y en unos 20.000 los que viven al Oeste del lago. No se encuentran campamentos próximos unos á otros más que en las llanuras situadas al Norte y al Este del lago Azul y en el valle Tatun-gol. La población es más densa cerca de la frontera china, hacia Donkir, viéndose perfectamente cultivados los distritos que no asolaron los dunganos. Los colonos chinos han penetrado ya en estos valles, cuyos aborígenes, tangutos y daldos, en nada se asemejan á los chinos, aunque hayan tomado de éstos la religión, el traje y las costumbres. Su dialecto, según Prjevalski, es «un conjunto de vocablos chinos, mongoles y otros desconocidos».

Las tribus más sedentarias se componen de mongoles, tristes representantes de su raza, oprimidos por los tangutos, sin energía para defenderse, obediéndoles silenciosamente, sin acordarse de que sus ascendientes fueron los dueños del país. «Arrancad los dientes á mis vasallos, hacedles andar á cuatro pies y parecerán vacas», decía un príncipe de Kuku-nor á un viajero. Los conquistadores tangutos de la comarca, pertenecientes en su mayor número á la familia de los *jara-tangutos* ó «tangutos negros», son, por lo general, hombres valientes y audaces que tienen completa conciencia de su fuerza. Tibetanos por su raza y por su idioma, como tales los consideran los chinos. Se les comprende en el nombre genérico de Si-fan y se diferencian notablemente de los mongoles en su fisonomía y sus costumbres. Tienen ojos negros y grandes, faz ovalada, sin pómulos demasiado salientes, barba negra abundante y nariz

recta ó aguileña. El mongol es pacífico, el tangut es belicoso. El primero ama el árido desierto, el espacio sin límites; el segundo prefiere los valles y las frescas praderas de la montaña. Aquél cabalga en el camello, éste camina acompañado del yak ó monta en él, atravesándole la nariz con un grueso anillo de madera. Hospitalario el uno, acoge de buena voluntad al extranjero; el otro le obliga á alejarse de su tienda ó le hace pagar caro el hospedaje. Los *jara-tangutos* son avaros y especuladores; el objeto de más escaso valor da origen entre ellos á regateos interminables. Se dedican de buen grado al robo y al saqueo. En grupos de unos diez hombres, suelen, durante algunos meses, llevar una vida de salteadores á expensas de las caravanas ó de los campamentos de los mongoles, pero al regresar á su país cargados con el botín, estos héroes no dejan de ir á pedir la absolución de las violencias cometidas ó de la sangre derramada. Acuden á las orillas del lago Azul, compran ó roban á los pescadores el pescado cogido y lo vuelven á arrojar al agua. Así acumulan buenas acciones que compensen los crímenes cometidos.

Como es lógico que suceda en un pueblo de salteadores, los jóvenes tangutos conservan todavía la costumbre de robar las mujeres que eligen para esposas. Pero estos raptos son simulados, y el raptor debe pagar á los padres un rescate análogo al «kalim» de los turcomanos y de los kirguises. No se practica la poliandria entre los tangutos como entre los tibetanos del Sur, pero está permitida la poligamia, y todos los ricos propietarios de rebaños cambian muy gustosos sus yaks y sus corderos por nuevas esposas. No se trata, sin embargo, á las mujeres como á esclavas. Ocúpanse éstas en las atenciones domésticas y en los rebaños; van y vienen con completa libertad y dedican gran parte del tiempo al cuidado de sus cabelleras, haciéndose trenzas y adornando sus tocados de vidrios, lazos, perlas y planchitas de metal. No viven en cómodas ni elegantes viviendas, pues la mayoría de los tangutos se albergan en unas tiendas negras tejidas con pelo de yak que tienen en su parte superior una abertura por donde sale el humo y por la cual penetra frecuentemente la lluvia. Los moradores duermen alrededor del hogar sobre montones de hierbas y malezas ó en el suelo desnudo, sucio, con las inmundicias y agua de la cocina.

Celosos budhistas, los habitantes mongoles y tangutos de la región del Koko-nor, observan puntualmente las ceremonias prescritas. Frecuentemente hacen procesiones alrededor de

los templos y sitios consagrados, y en gran número se unen todos los años á las caravanas de Lassa. Reside también en un convento de la comarca un Budha vivo, sin que el gobierno chino haya creído necesario mezclarse en la elección de este personaje; pues la gloria del lama de los tangutos está obscurcida por la del lama de los tibetanos, y los conventos de Koko-nor están sometidos al templo santo de *Potula*. Viven en tiendas gran número de sacerdotes, y hasta los mismos religiosos de las comunidades van errantes, muchas veces, de tribu en tribu. Cuando éstos mueren, se les conceden los honores de la sepultura, mientras que los simples fieles, con arreglo á la costumbre tibetana, son abandonados en el suelo para que sirvan de pasto á las fieras y aves de rapiña.

Los habitantes de las estepas del Koko-nor y del Chaidam, tienen, como única industria, el cuidado de sus rebaños, que suelen ser muy numerosos. Algunos propietarios poseen centenares de yaks y millares de ovejas. El precio de las mercancías se calcula por cabezas de ganado. Con animales vivos también ó con sus despojos pagan todos los objetos que les venden los chinos de Sining-fu y de Donkir en la frontera. Gracias á este comercio de harina, tabaco, tejidos, té y ruibarbo, el gobierno chino ha podido ir consiguiendo lentamente, ya que no someterlos á su poder, establecer al menos cierto derecho de soberanía sobre los indómitos tangutos de la comarca. Las caravanas de peregrinos mongoles que desde los confines de la Siberia se dirigen á las mesetas del Tibet y que se detienen en Koko-nor, han contribuido también á unir el país de los *jara-tungutos* con el mundo chino. La estación más favorable para el viaje es el otoño, cuando ya han cesado las lluvias estivales y todavía no han comenzado las tempestades del invierno. Así sucede que, al finalizar el verano, las caravanas mongolas acuden al Koko-nor, donde las cabalgaduras toman fuerzas para un penoso viaje de 1.600 á 1.700 kilómetros á través de montañas y precipicios. De Koko-nor y de Donkir, que es la ciudad china más próxima, las caravanas parten siempre á principios de Septiembre para llegar dos meses después á Lassa. Allí se detienen tres meses y vuelven á ponerse en marcha en Febrero acompañadas por los comerciantes tibetanos. Durante la insurrección de los dunganos, que devastó por espacio de mucho tiempo la Mongolia y la provincia de Kansu, se interrumpieron todas estas peregrinaciones religioso-mercantiles, y hasta el dala-lama hubo de abstenerse de enviar la embajada oficial que

conduce sus regalos, cada tres años, al emperador de la China.

Merced á las caravanas, los tangutos de Chaidam y del Koko-nor, en época de paz, se encuentran en relaciones frecuentes con los dos soberanos, espiritual y temporal, el da'ai-lama y el emperador. Puede considerarse como la capital de la comarca el monasterio de Cheibsen ó Chebsen, situado á 75 kilómetros al Norte de Sining-fu, sobre una roca dominando el Buguk-gol, pequeño afluente del Río Amarillo. Toda la provincia está dividida administrativamente en 29 «joxun» ó cantones, de los cuales cinco forman el país de Chaidam, 19 la región de Koko-nor y de los valles septentrionales, y las cinco restantes están situadas al Sur de Hoang-ho. En Sining tienen su residencia los funcionarios oficiales que entienden en los asuntos de los tangutos, cuando á éstos les conviene hacer intervenir en ellos al gobierno chino.

III

El Kansu mongol.

La zona de desiertos que se extiende, del Sudoeste al Nordeste, desde las arenas de Takla Makán, cerca de Yarkand hasta las elevadas mesetas que rodean la cadena del Gran Jin-gán, no es, como generalmente se supone, una región completamente uniforme por su aspecto, por su clima y su aridez. Si se considera región distinta, es debido solamente al contraste que existe entre sus llanuras y las altas montañas que las limitan por el Sur, Oeste, Norte y Este, y los campos cuidadosamente cultivados del Sudeste. Pero en esta inmensa extensión que ocupa una mitad del diámetro del Asia, se encuentra una gran variedad, y con falta de razón se han confundido algunos trozos de ella con el Gobi. Así vemos que la comarca de 500 kilómetros, próximamente, que separa el Nan-chañ de las montañas de Hami, no es un desierto en el sentido que suele darse á esta palabra. Es cierto que se confunde por una parte con las soledades del bajo Tarim y por otra con las formidables mesetas del Gobi oriental. También algunas de sus llanuras, cavidades paralelas de la depresión que llenaron en otro tiempo las aguas del Mediterráneo mongol, forman pequeños «gobi» ó desiertos intermedios, sin agua y sin vegetación, en los que se

arremolinan las arenas. Pero los ríos que descienden del Nanchañ y de las montañas próximas son lo bastante caudalosos para cruzarla hacia el Norte, entre márgenes cubiertas de vegetación, hasta llegar al pie de los promontorios donde comienzan los Montes Celestes. Los «desiertos» que recorren estos ríos no son las espantosas soledades del Takla Makán, en el Tarim ó las «Arenas Rojas» y las «Arenas Negras» del Turkeistán ruso. Casi por todas partes se encuentra el agua á muy escasa profundidad. Se la ve brotar en las hondonadas, y las hierbas crecen á larga distancia alrededor de estas fuentes. En algunos sitios la vegetación se extiende hasta perderse de vista, y en ella encuentran abundante pasto los rebaños de animales salvajes. Por todas partes el suelo es firme y cómodo para andar á caballo ó en carro. En esta comarca han podido establecerse hospederías, aldeas y hasta verdaderas ciudades con bazares y talleres, en las márgenes de las corrientes, rodeadas de árboles y de terrenos cultivados.

En los contornos y el relieve del Asia encontramos explicadas las causas de esta interrupción del gran desierto central. Al Sur de esta región corta la masa continental el golfo de Bengala, formando un semicírculo que mide unos 1.500 kilómetros de radio. Gracias á esta inmensa masa de agua que avanza entre las dos penínsulas gangéticas, el espacio que separa el Kansu del mar Indico queda reducido á la mitad, y los vientos que arrastran una atmósfera cargada de vapores marítimos, pueden conducir ésta hasta más allá del Kuko-nor y llevar alguna humedad. Además, los vientos que atraviesan las montañas del Tibet oriental, desde el estuario del Brahmaputra hasta las soledades de la Mongolia, no encuentran en su camino obstáculo semejante á los que se presentan en el Oeste, como es la enorme meseta del Tibet central con sus planicies uniformes de 4.500 y de 5.000 metros de altura y sus empinadas sierras de 7.000 metros. Las estribaciones montañosas de la provincia de Jam son menos elevadas que las del Oeste y presentan además muchos pasos ó collados, de modo que los vientos del Sur pueden precipitarse en los valles y ascender fácilmente hasta las montañas del Koko-nor. Los monzones del Sudoeste, que conducen á la cuenca del Brahmaputra una tan abundante cantidad de agua, no pueden perderla al surcar la cadena de Bayan-jara. Desde el mes de Abril hasta fines de otoño, llevan nieves y lluvia; la atmosfera no permanece clara y seca más que en el invierno. No es, pues, extraño que las nubes derramen, más allá

todavía del Nan-chañ, cierta cantidad de agua en forma de nieve ó de lluvia, y que puedan nacer verdaderos ríos en los montes, deslizándose hasta muy lejos por la llanura. Ninguno de estos ríos llega á confundirse con otros, yendo á morir en el mar; todos van á perderse en lagos ó en pantanos salitrosos, entre juncuales. El río Ngansi, que corre al Oeste en dirección del Lob-nor, se detiene y evapora en la cavidad del Jara-nor ó «Lago Negro»; el Az-sind, más importante, recibe las aguas de las Montañas Nevadas, únese después en el Norte de la Gran Muralla á otro río casi tan importante como éste, llamado el «Río de Oro» en documentos antiguos; comienza á empobrecerse poco á poco, se ramifica y gasta en varios pantanos, y va, finalmente, á perderse en los confines del desierto, en el Sogok-nor y el Sobo-nor.

Debido á la influencia de los monzones, que hacen brotar de este modo las aguas corrientes entre ambas mitades del Gobi, los chinos han conseguido conservar fácilmente una línea de comunicación con las regiones occidentales del Imperio desde Nan-chañ hasta los Montes Celestes. El camino natural seguido siempre por las caravanas y los ejércitos, es el que, á partir de Lancheu, en el gran recodo occidental del Hoang-ho, cruza las montañas que ocultan la cuenca del Koko-nor, desciende por la llanura del Norte, franquea la Gran Muralla por el desfiladero de Kiayu y se dirige hacia el oasis de Hami. En este punto el camino histórico se bifurca por ambos lados de la punta oriental del Tian-chañ. Mientras uno de los nuevos caminos penetra en la cuenca del Tarim, el otro gana la Zungaria para descender de nuevo por la vertiente occidental de los montes al mundo ruso, que ya se puede llamar Europa. Fácilmente se comprende cuánto interesa á la China poseer esta región relativamente fértil, que hubo de conquistar hace ya dos mil años y que divide la zona de los desiertos recorriendo el camino transversal de las orillas del Hoang-ho hasta las Montañas Celestes. Por esta razón, aunque situado fuera de la Gran Muralla y separado del valle del Río Amarillo por empinados montes, todo este país está unido á la provincia de Kansu, formando parte integrante del Imperio los distritos de Hami y de Piyán, que se le han agregado en el siglo último. Al Noroeste de un desfiladero que salva la cima de Usu (Usuling) á unos 3.000 metros de altura, se encuentra una especie de istmo de tierras habitadas, que en algunos parajes sólo alcanza la anchura de 50 kilómetros y que enlaza con el Kansu chino del Sudeste el

Kansu del Noroeste, al que puede llamarse «Kansu mongol» por los nómadas que lo recorren. La montaña por un lado, el desierto por otro, forman ese desfiladero que pone en comunicación los dos Kansu. Los restos de lo que fué la gran mole de arcilla, que se llama «gran muralla», y las fortificaciones sólidas de la China oriental, limitan la zona de los cultivos al Norte del largo desfiladero y de las primeras poblaciones situadas á la entrada del Kansu mongol. Más allá, el Imperio carece de barreras que oponer á sus antiguos enemigos los nómadas. Puede calcularse la superficie del Kansu exterior en 400.000 kilómetros cuadrados; pero es probable que en tan vasto territorio no exista un millón de habitantes, no habiéndose agrupado la población en colonias de alguna importancia más que en las ciudades del Sur y en los oasis situados al pie de los Montes Celestes.

En región de tal importancia, desde el punto de vista estratégico y tan disputada por las armas, la población ha de ser forzosamente de origen muy variado. Con frecuencia se han disputado la posesión del paso que separa el Gobi de las Montañas Nevadas, las tribus de raza turca, los uigur y los usun, los mongoles de diversas clases, los tangutos de raza tibetana y, finalmente, los chinos civilizados salidos de Oriente. Los guerreros nómadas realizaban rápidamente su deseo, destruyendo cuanto encontraban en sus excursiones, y refugiándose después en las estepas de la llanura ó en los valles de las sierras. Los chinos han sido más lentos, pero más tenaces. De trecho en trecho fundaban ciudadelas que bien pronto se veían rodeadas por colonias de labradores; poblaban poco á poco el país é iban trazando caminos á través de los desiertos. Los nómadas, en una nueva acometida, conseguían quemar las cosechas, destruir las fortalezas, saquear las ciudades; pero al regresar los chinos al país, en pocos años hacían reaparecer la red estratégica de caminos y fuertes. Así ha sucedido recientemente. Más de diez años ha durado la guerra entre mahometanos insurgentes y las tropas imperiales, quedando destruidas las ciudades del Kansu septentrional. La mayor parte de ellas fueron convertidas en montones de ruinas, pero lentamente se han reconstruido ó fundado otras nuevas, próximas al solar de las antiguas, merced á la inmigración de los agricultores chinos.

Los mongoles que recorren esta región de pastos, pertenecen en su mayoría á la gran familia de los Elot emparentada

con los kalmukos. Es sabido que hace mil quinientos años habitaban principalmente este país los usun, en los cuales se ha pretendido ver un pueblo de raza germánica y que se distinguían de todos los del Este, de nariz achatada y pómulos salientes, por sus ojos hundidos y su nariz recta. Estos hombres «con su cara de caballo» como les llamaban los chinos, han sido poco á poco rechazados hacia el Oeste por las tribus mongolas, refugiándose en los montes Thian-chañ y en los lagos del Tarim.

Las poblaciones de mayor importancia que se encuentran de Este á Oeste en el desfiladero que une los dos Kansu, son las ciudades amuralladas de Liangcheu, Kancheu y Sucheu, fundadas hace veinte siglos, en la época de la primera colonización. Las dos últimas son las capitales de las dos regiones de Kan y de Su, y reunido el nombre de ambas ha constituido el de la provincia. De todas las ciudades de la comarca, Kansu es una de las que han borrado por completo las huellas de la guerra civil, y sus casas nuevas brillan entre el verdor de los campos. Liangcheu es también una ciudad populosa y mercantil, y pocas poblaciones se encontrarán en la China más limpias y mejor conservadas; pero este aspecto de bienestar y de actividad sólo se encuentra en los barrios comprendidos en el último recinto de murallas. La mitad de la ciudad, ó sea la comprendida en la primera y segunda muralla, no es más que un montón de ruinas. Causa asombro ver desde las alturas la multitud de pequeñas fortalezas sembradas en la orilla de los arroyos, en los valles, en la cima de las colinas. Estas fortificaciones, de origen reciente, son las habitaciones de los naturales del país que regresaron después de la insurrección de los dunganos. Toman sus precauciones contra los nuevos desastres, esperando que, encerrados en estos reductos, podrán ver pasar, sin peligro, el torrente de los invasores. Sucheu, edificada junto al Tolai, fué en otro tiempo la encargada de defender el Imperio; pero en 1872, al volver á ocuparla los chinos, no quedaba en ella una sola casa. Sus muros se levantaban sobre un inmenso campo de ruinas, cuyo aspecto aparecía mucho más triste por no haber germinado todavía ni un árbol ni un simple arbusto entre estos escombros.

Inmediatamente al Oeste, al otro lado del río Tolai, se encuentra, en un estrecho desfiladero, la famosa Kiayu-kuan ó «Puerta del Jaspe», así llamada, porque da acceso al camino del Jotán, que es región adonde acuden los comerciantes chinos

para recoger tan preciosa materia. Pero esta puerta no señala, como generalmente se cree, el límite del desierto, pues en ambas orillas del camino se encuentran aún arbustos y malezas, no faltando tampoco las aguas corrientes y viéndose en las márgenes de los riachuelos álamos y sauces llorones. El primer viajero europeo que, dos siglos después de Marco Polo, ha cruzado el desierto por el Lob-nor y el Cherchen, fué el misionero portugués Benedicto de Goes que penetró en el Kansu meridional por la vía del Jotán, pero no pasó de Sucheu. Allí murió en 1607, y su compañero el armenio Isaac, que continuó el viaje hasta Pekín, no pudo salvar sus manuscritos. Sucheu es un gran mercado para las poblaciones mongolas de las inmediaciones, así como Ngansi, Kuacheu y Xacheu ó la «Ciudad de las Arenas» que se ve asediada por las dunas del desierto occidental. Hace quince siglos, cuando estaba en su apogeo el reino de Jotán, ninguna ciudad del Kansu gozaba la importancia que Xacheu, punto de reunión de las caravanas que habían de cruzar los campos pedregosos y cubiertos de arena en dirección Oeste hacia el Tarim.

En el camino de Hami eleva todavía sus torres, rodeada por altos árboles, la ciudad de Yuiminsian respetada por los dungsanos. Ngansi, ciudad avanzada en el camino que se dirige al Norte hacia el Thian-chañ, también se encuentra rodeada por alguna vegetación; pero quedó destruida casi por completo durante la guerra, y hoy sólo es un montón de ladrillos, ruinas de templos y fragmentos de ídolos. Los jardines, mal cuidados, no sirven para detener las arenas, y las dunas asaltan por algunos puntos las murallas. Al Norte, hacia el Thian-chañ, se extiende el desierto propiamente dicho, inmensa llanura «cuyo límite se confunde en el horizonte con un cielo violáceo»; pero los viajeros no temen aventurarse en esta región como sucede en otras, aunque sólo encuentran hasta llegar al oasis de Hami campamentos junto á los arroyos ó fuentes, y restos de ciudades demolidas. Por la parte de Oriente, más allá del Chukur-Gobi, se ven también algunas poblaciones que se han conservado y los restos de otras. Una de éstas debió ser la «ciudad de Etzina», de que habla Marco Polo y cuyo nombre nos recuerda también el río Az-sind.

Hami ó Jamil descrita por Marco Polo con el nombre de Camul, es una de las poblaciones que podrían calificarse de necesarias. Su posición geográfica lo indica. Saqueada ó destruida, tenía forzosamente que surgir de nuevo en el mismo sitio

ó en otro próximo. El oasis de Hami es etapa de descanso donde precisamente han de detenerse las caravanas y los ejércitos, á su entrada ó á su salida del desierto, para tomar fuerzas y hacer provisiones. Ningún vencedor, venga de Oriente ó de Occidente, podría llevar adelante sus conquistas sin establecerse sólidamente en el país de Hami y sin disponer de los recursos que en él se encuentran. No hay punto alguno en Asia que le aventaje como posición estratégica. Cerca de él la extremidad oriental de los Montes Celestes desciende hasta las arenas y pedregales del Gobi. Las fajas de vegetación que costean por uno y otro lado la caída de las montañas, son otros tantos caminos ya trazados: por un lado el «Camino del Sur» el Nan-lu, por el otro el «Camino del Norte» el Pe-lu. En estos campos está el punto en que convergen los caminos históricos. Por este motivo el nombre de Hami no cesa de resonar en la historia de Oriente; pero al parecer nunca ha llegado á ser una gran ciudad. Los terrenos laborables que la rodean no son bastante extensos para que pueda crecer en esta región una gran capital. Durante la última rebelión de los mahometanos, Hami sufrió mucho. Sus arrozales, sus viñedos y sus campos, que producen exquisitos melones, quedaron asolados.

Al Oeste del oasis de Hami, las dos ciudades de Piyán y de Turfán, actualmente muy decaídas, ocupan dos oasis próximos sumamente fértiles, y producen excelente algodón, sésamo, trigo y toda clase de frutas, especialmente uvas deliciosas, cuyas cepas crecen muy bajas para quedar defendidas de los vientos polares. Alzanse al Norte los acantilados pertenecientes á las montañas, ya bastante elevadas, del Thian-chañ. Los viajeros chinos han recorrido con alguna frecuencia esta región y han contado en varias formas sus maravillas, pero el único naturalista moderno que la ha visitado ha sido Regel. Pocos distritos habrá, sin embargo, en el Asia central más dignos de ser explorados, á juzgar por las curiosidades naturales de que nos hablan los anales antiguos. Entre ambas poblaciones se eleva un cono aislado, el Hocheu «Círculo del fuego», ú Hoyen-chañ «Montaña del hoyo del fuego», que hace unos diez siglos debió arrojar lavas, cenizas y torrentes de humo y al cual se dice acudían los indígenas para recoger el amoníaco. Entre otras montañas de la comarca los geógrafos antiguos mencionan un pico situado al Oeste de Turfán, compuesto de capas superpuestas, que son otros tantos criaderos de ágatas. En esta montaña sagrada, que mide «20 li de circuito», no se ve un árbol ni una

planta; toda su fama se debe á las mencionadas piedras preciosas y constituye un «osario de cien mil *lohan* que han conseguido la inmortalidad por sus virtudes». Turfán ó «la Residencia» es la última ciudad que reconquistaron los chinos en 1877, de los dunganos ó mahometanos rebeldes. Su fundación data de hace unos ciento cincuenta años. «Turfán la Vieja», que fué destruída hace cuatro siglos, estuvo situada á 50 kilómetros al Oeste. Se conservan murallas de 15 metros de altura que sirvieron en otro tiempo de habitaciones, con dos ó tres pisos de galerías abovedadas, en las que aún pueden apreciarse restos de su estructura interior, y que recuerdan las construcciones romanas. Algunas torres que se ven en las cercanías presentan el mismo estilo arquitectónico. Suelen encontrarse entre las ruinas, porcelanas y estatuillas búdhicas; en la Turfán vieja se ve un magnífico alminar y otras construcciones parecidas á las de Samarkanda, y no lejos está la mezquita de Mazar, «más sagrada que La Meca», y en la cual hay una capilla de origen nestoriano, según la tradición.

Algunas fortalezas construidas en este país por Yakub antes de la conquista de los chinos, han ido transformándose en aldeas y en ciudades. La más populosa es Taksun, al Oeste de Turfán; sus tierras, que rodean un gran lago salado, producen el mejor algodón de la comarca.

Las poblaciones de la vertiente septentrional de los Montes Celestes, hasta el valle de Urumtsi, pertenecen ó están agregadas como las de la vertiente meridional á la provincia de Kansu. Barkul, cuyo nombre nace del Kul ó lago Bar, que ocupa al Norte una depresión de la meseta, es el complemento de Hami desde el punto de vista estratégico, por ser la primera estación militar y el primer mercado que se encuentra en el camino de Hami á las llanuras zungaras. Así como las vías del Sur van á converger en el oasis de Hami, las del Norte se unen en Barkul, el Chinsi-fu de los chinos. Es una «ciudad muy grande», defendida por dos fuertes y rodeada de huertos y jardines. Uno de los tres collados que ponen en comunicación las dos ciudades, Koxetidavan, se encuentra á 2.734 metros de altura, ó sea de 1.500 á 1.700 sobre los oasis de la base; pero esta altura no es grande, comparada con la de los pasos ó puertos secos que se abren al Occidente en la cordillera nevada de Kongor-adzigan, y los viajeros no tienen más remedio que internarse en las regiones desiertas para franquear el promontorio extremo de los Montes Celestes.

Más hacia el Oeste, las sierras del Thian-chañ se aproximan; el plano en que descansan se estrecha, y la llanura, á modo de un inmenso golfo, avanza á lo lejos por el interior del sistema montañoso entre obscuras laderas cubiertas de bosques. En este anfiteatro se encuentra la célebre ciudad de Urumtsi, el Tihoa-cheu de los chinos ó el «Templo Rojo», que ya existía bajo la dinastía de los Han. Fué en otro tiempo la Bixbalik de los mongoles y turcos. Ha tenido gran importancia en varias épocas, y gracias á su buena situación se ha reedificado después de cada desastre. Como ciudad principal de los turcos, sirve Uigur de residencia á los príncipes poseedores del vasto reino situado al Sur y al Norte del Thian-chañ, designado, lo mismo que su capital, con el nombre de Bixbalik ó de «Pentápolis». Tal vez fué ésta la capital de uno de aquellos soberanos que los cronistas europeos del siglo XII apellidaban el «Preste Juan». En el siglo anterior la ciudad era muy populosa y ocupaba el primer lugar entre las colonias chinas del Kansu septentrional. Dícese que tenía 200.000 habitantes; pero los dunganos pasaron á cuchillo casi toda la población en la última guerra, y después fueron ellos á su vez exterminados. Se compone Urumtsi de dos barrios distintos: la ciudad vieja, habitada por comerciantes en la orilla derecha del torrente, y la nueva ó mandchúr en la izquierda.

A pesar de los desastres sufridos, Urumtsi mantiene hoy gran tráfico con la Rusia y comercia directamente con el Turkestán y la China oriental por la cuenca de un antiguo lago, donde todavía se conservan algunos pantanos y en cuyo centro existe el pueblo de Dabanxán.

Próximos á este paso se ven dos estatuas toscamente hechas que son muy veneradas. Lo mismo que Turfán, posee Urumtsi fuentes termales sulfurosas. También se dice que en las inmediaciones, sea debido á una causa volcánica ó á una hullera en combustión, existe un terreno ardiente conocido en el país con el nombre de «llanura incendiada». Las aves huyen de este paraje, cubierto de blancas efflorescencias en el verano, y que toma un matiz gris durante el invierno, lo que le hace destacarse entre las nieves. Más lejos, hacia el Oeste, hállase una sima de la que se apartan cuidadosamente hombres y animales, llamada «Foso de las Cenizas». Al Nordeste de la población el grupo principal del Bogdo-ola ó «Montaña de Dios», que se eleva á más de 4.000 metros y que aseguran se compone de conos con cráteres, parece, en efecto, una reunión de volcanes. Los

habitantes de la ciudad acuden todos los años á una de las alturas que dominan á Urumtsi, para ofrecer sacrificios á la montaña santa.

IV

La Zungaria y el Ili chino.

Sabido es que puede considerarse la Zungaria como una ancha puerta completamente abierta entre el mundo chino y el occidental. El antiguo golfo del «Mar Seco» que tuerce al Norte del Kansu mongol, avanza lejos hacia el Oeste, entre los promontorios meridionales del Altai y las cordilleras de los Montes Celestes, y después se ramifica en dos brazos por donde circularon las aguas en los tiempos geológicos, pero que se han convertido en dos vías históricas para la emigración de los pueblos y las relaciones mercantiles. El pasadizo oriental, entrada común de estas dos vías, está en gran parte salpicado de pantanos, y la citada depresión, que todavía conserva algún aspecto del antiguo mar, se parte en otras dos: una que se dirige al Noroeste y en la cual serpentea el río Ulungur, prolongándose más allá del lago del mismo nombre por el Irtix Negro; otra que toca por el Oeste las montañas de Katun y de Iren Jabirgán, pertenecientes al sistema de los Montes Celestes. La hondonada del Norte, á la que acuden los primeros afluentes del río mayor de Siberia, el Irtix-Obi, es en casi toda su longitud un camino muy cómodo, por la arcilla endurecida de las estepas. La hondonada del Sur es mucho más profunda. Forman su suelo terrenos blandos y ríos pantanosos, prolongándose por el territorio ruso. También por allí se puede hacer sin gran fatiga el viaje entre ambas vertientes por el camino de Lepsinsk á Urumtsi; las dos están á una altura media de 200 á 250 metros y se comunican por una amplia brecha, entre el Ala-tau zungaro y el Barlik, siendo temible solamente por los vientos que por ella se precipitan. El espacio que separa la cuenca del Irtix de la del Sur ó del Thian-chañ Pe-lu, está en parte ocupado por la sierra del Yair, por el Barlik y por los promontorios orientales del Tarbagatai y del Sauru, recortándose sobre las estepas como penínsulas en el Océano. Hay además otro paso más estrecho, pero más frecuentado que los del Norte á Sur, y en el se encuentra la ciudad de Chuguchak.

El nombre Thian-chañ Pe-lu, es decir, «Camino septentrional del Thian-chañ», que se da por oposición á Thian-chañ Nan-lu, «vía meridional» ó del Tarim, prueba que los chinos supieron apreciar la importancia de esta vía histórica, prolongación de aquélla que, á partir de la Puerta del Jade, ó Jaspe, cruza oblicuamente el Kansu mongol hasta Hami, Barkul y Urumtsi. Atraviesa la región de Este á Oeste un camino llamado Imperial, guarnecido de fuertes y colonias militares colocados de trecho en trecho, y llega á la meseta triangular limitada al Norte por la sierra del Ala-tau zungara, al Sur por los montes Boro-Joro. Desde allí ya no hay más que descender al Sur por el collado de Talki (1.909 metros), ó por otro paso inmediato, para penetrar en el rico valle de Kulya, situado ya en la vertiente occidental del Asia, y en comunicación con todos los caminos de la depresión aralo-caspiana. Estos caminos naturales trazaron de antemano la ruta que habían de seguir en sus invasiones los hunos, los uigures y los mongoles, y por ella pasaron los chinos para apoderarse de los distritos que todavía poseen en la vertiente occidental del Asia, y que son, por un lado, el valle superior del Irtix, y por el otro el del Ili.

Desde los primeros tiempos de la invasión en Siberia, aprendieron los rusos que el camino de China pasa entre el Altai y los Montes Celestes, puesto que buscaron en esta depresión el gran lago de Kitai, nombre que dieron á todo el imperio chino. No fué este, sin embargo, el camino que siguieron para ponerse en relaciones de comercio y amistad con sus vecinos del Sur. Como Pekín, capital del imperio, está situada bastante lejos del centro de la China, necesitaron los rusos buscar un camino aislado, el que atraviesa las frías mesetas de la Mongolia oriental á una elevación de más de 1.200 metros entre Kiajta y Pekín. Hoy reconocen que sería preferible para los cambios acudir directamente desde la Siberia occidental al «reino florido» por la Zungaria y el Kansu del Norte. Entre el puerto de Zaisan y Hankeu, que puede considerarse como el verdadero centro de la China, no encuentran los viajeros obstáculo alguno en una longitud de 4.350 kilómetros. Sólo 270 de estos son impracticables para carruaje, pero aun en este trozo hay muy buenos senderos para las bestias de carga. En este camino sólo se invierten ocho días por las soledades del Gobi. Por todas partes se van encontrando en cada etapa poblaciones sedentarias. De Tumen á Hankeu por Kiajta, la distancia es de 7.435 kilómetros, ó sea 3.000 kilómetros más que por el valle del Irtix Negro y el

oasis de Hami. Sabido es, por el relato de los viajeros, lo fatigosa que resulta la travesía por las mesetas. La duración del viaje calculada en 140 días por el camino directo, no es menor de 202 por el rodeo que acostumbran á seguir las caravanas al ir á Pekín. El camino, usado también por los comerciantes, que se eleva en los valles del Altai ruso hacia las gargantas de la frontera y vuelve á descender al Sur hacia Kobdo y Uliasutai para bordear por el Sur la base de los montes Jangai, es el más dificultoso de todos y el que cruza las regiones menos fértiles y más despobladas. Seguramente no será esta la vía que escoja el gran comercio internacional.

La China exterior, comprendida entre los Montes Celestes y el Altai, se divide naturalmente en dos regiones muy distintas, desiguales en superficie y en población y separadas por la arista de Boro-joro. Estas dos regiones son la Zungaria y la provincia del Ili. Las llanuras de la Zungaria, lo mismo que la mayor parte de las mongolas, son una monótona planicie de arcillas amarillas ó rojizas con algunos raquíticos arbustos por toda vegetación. Tan sólo á orillas de las aguas corrientes agitan sus escasos follajes entre juncales, los chopos y los álamos blancos. La uniformidad de esta comarca sólo se interrumpe en algunos parajes pintorescos ó agradables cerca de las altas montañas. Aunque el Altai chino ofrece este aspecto frío, y aunque las escarpadas alturas que miran al Mediodía se presentan desnudas y tristes, existen, sin embargo, bosques, prados y floridas laderas en algunos valles de la vertiente meridional, y se ven estrías de nieve que forman contraste á trechos con el matiz obscuro de las rocas y el verdor de los valles. Al Sur de la Zungaria, las cordilleras que la rodean, el Katun, el Boro-joro y el Talki, son mucho más pobladas de árboles que el Altai, merced á la posición septentrional de sus vertientes. En algunos sitios están completamente cubiertas de pinos. La región más pintoresca de la Zungaria es la del ángulo Sudoeste, en la cual se encuentra la depresión que llenan las aguas del Sairam-nor. No es este lago el más importante de la Zungaria. Mayores que él son el Kbi-nor, al Ayar-nor y el Ulungur; pero aseguran que es muy profundo. Los mongoles le dan el nombre de «Mucha Agua»; los chinos le llaman poéticamente «Lago de la Gran Tranquilidad». Abrese como un enorme cráter entre dos montes poblados de árboles, y su nivel es unos cien metros inferior al de Talki, por donde descende el camino imperial al valle del Ili. Se cree que el Sairam tiene un des-

agüe subterráneo que pasa por debajo de la brecha de Talki y forma las fuentes abundantes que riegan las campiñas de Kulya. De existir este fenómeno, sería análogo al que ocurre en el otro extremo de la Zungaria en el gran lago Ulungur ó Kizilbax, «lago de los salmones con cabeza roja», en el cual las aguas sobrantes van al río Kara Irtix en una corriente subterránea descubierta por Mirochnichenko.

Sabido es que el territorio de Kulya, ocupado hace algunos años por la Rusia, es una de las regiones más hermosas del Asia central. Comprende toda la parte oriental de los Montes Celestes con sus grandes montañas de 5.000 á 6.000 y hasta de 7.200 metros de altura; con sus valles, en los que se desbordan los ríos formados por los hielos; con sus vastas mesetas, tapizadas de fino césped; sus selvas de pinos y manzanos, y sus praderas, donde las aguas vertientes y los canales de riego permiten abundantes cosechas. El valle de Tekes, que en otro tiempo fué un lago, y los del Kunyes y del Kax, están poco habitados á causa de su elevación. Casi toda la población se ha agrupado en los campos que riega el Ili hacia la mitad de su curso, antes de penetrar en el territorio ruso y dar la vuelta al Nordeste para perderse en el Baljax.

Los zungaros, es decir, las «Tribus del Lado Izquierdo», dejaron de existir como nación y sólo se conserva su nombre en la comarca que fué centro de su poder en otro tiempo. Perteneciendo á la rama de los mongoles y al grupo de los elot ó de los «Cuatro Colores», llegaron á conseguir fundar un imperio independiente de la China. A fines del siglo xvii, cuando ya todos los otros mongoles habían sido dominados y divididos, los zungaros constituyeron un reino que en pocos años fué uno de los mayores del Asia. Su soberano llegó, según cuentan, á mandar un millón de guerreros; todo el país le estaba sometido, desde Hami hasta Baljax, y le pagaban tributo ciudades del Turkestán occidental como Kaxgar y Yarkand. Quiso conquistar el Tibet, y sus ejércitos, en tres ataques sucesivos, consiguieron en 1717 apoderarse de Lassa y de la fortaleza sagrada de Potala. Los dos ламas enviados por el emperador Kang-hi para estudiar y trazar el mapa del Tibet, se salvaron milagrosamente de la suerte de sus compañeros, que fueron conducidos á Zungaria amarrados sobre los camellos. Pero las disensiones y las guerras intestinas no permitieron al reino mongol sostenerse contra la China. Los zungaros destruyeron dos ejércitos chinos, pero en 1757 un tercer ejército triunfó en la obra de la recon-

quista. Todo el territorio fué recuperado á nombre del emperador Kienlong, y se pasó á cuchillo á todos los mongoles enemigos que no tuvieron la suerte de refugiarse en Siberia ó en el Turkeistán occidental atravesando los Montes Celestes. Un millón de individuos, hombres, mujeres y niños, perecieron en este desastre general de la nación. Hasta el nombre desapareció, y hoy sólo se encuentran vestigios de las familias zungaras entre las tribus de los kalmukos montañeses que les dieron asilo y con los cuales se mezclaron rápidamente por la comunidad de idioma y culto. Se reemplazaron las ciudades arrasadas con puestos militares y colonias de presidiarios enviados de todos los puntos de China y de Mongolia. Además, vinieron á establecerse espontáneamente en las regiones asoladas nuevas poblaciones. En 1771 los kalmukos de la rama de los turgutos errantes por las estepas del Volga, resolvieron huir del odioso espionaje del zar y penetrar en estas llanuras zungaras celebradas por la tradición nacional. De 300.000 kalmukos que salieron de las orillas caspianas occidentales, sucumbieron muchos miles durante la penosa marcha de ocho meses á través del río Ural, de los pantanos del Emba y de los desiertos del Turkeistán. Pero, según las narraciones chinas, el grueso del inmenso ejército de emigrantes consiguió llegar á las estepas que se extienden al pie de los Montes Celestes, del Tarbagatai y del Altai. Muchos otros mongoles, arrojados anteriormente por las victorias de los chinos fuera del imperio, se dejaron arrastrar por el contagioso ejemplo y se asociaron al movimiento de regreso hacia la patria de sus antecesores. Según esta versión, medio millón de hombres vinieron á poblar el espacio que se extiende desde el lago Baljach hasta los desiertos del Gobi, y el emperador Kienlong pudo alabarse de ser dueño de toda la nación mongola.

Pero la diferencia de razas y de religión, y más aún los odios suscitados por la opresión china, debían producir otras catástrofes. Un siglo después de la destrucción del imperio de los zungaros, las poblaciones agrícolas de la cuenca del Ili se sublevaron contra los mandarines chinos y los soldados manchures. Los dunganos, ó sean los mahometanos sedentarios de la comarca, descendientes, según sus tradiciones, de los soldados de Tamerlán, que se establecieron en el país cuando pasó el conquistador, y los taranchis, nombre con que se conoce á todos los colonos procedentes de las regiones del Tarim, emprendieron la lucha. Los cosacos kirguises de las estepas del Norte y

los kara-kirguises ó burutos de los valles del Thian-chañ no se vieron mezclados en el conflicto gracias á las ventajas de su vida nómada; pero entre los cultivadores del llano y sus señores de las ciudades, la guerra, sostenida con saña por una y otra parte, fué tomando de año en año un carácter más violento, y terminó en 1865 con una hecatombe general de chinos, mandchures y otros colonos militares llegados de Oriente. Sólo se perdonó á las mujeres jóvenes, pero haciéndolas esclavas. Puso término á la matanza la llegada de los rusos, á los cuales entregaron temporalmente los generales chinos el país de Kulya;



Dunganos y taranchis. (Dibujo de Pranishnikoff.)

pero cuentan que no quedaba ya en él más que una décima parte de su población anterior. De dos millones de habitantes en el distrito de Kulya, sólo quedaron 139.000 dunganos y taranchis en su mayoría, escapando de la muerte en Kulya y sus alrededores algunos chinos, mandchures y solones descendientes de colonos militares. Hoy los rebeldes mahometanos son los que temen la venganza de los imperiales, por lo cual, según el nuevo tratado que restituye Kulya á los chinos, Rusia conserva en el extremo Noroeste del país un territorio destinado á refugio de de dunganos y taranchis. Tales ventajas ofrece la cuenca del Ili por el clima, fertilidad y riquezas naturales que, á pesar de las espantosas matanzas de 1865, está más poblada esta región que la Zungaria del Norte, la cual no tiene doble población en una superficie cinco veces mayor.

En la Zungaria del Norte, es decir, en la cuenca del Ulungur y en las márgenes del Irtix Negro, no existen ciudades propiamente dichas. Han alcanzado alguna importancia dos lugares como puntos de descanso y de partida de las caravanas: Buluntojoi, caserío fortificado que poseen los chinos en la villa meridional del lago Ulungur, y Tulta ó Tultu, en un afluente del Irtix Negro, á la entrada de una brecha que conduce á la meseta del Kobdo; los comerciantes rusos han establecido allí un depósito para sus cambios con la Mongolia. El mercado más activo de la Zungaria es la ciudad de Chuguchak, situada en la base meridional del Tarbagatai, en la cuenca del río Emil, afluente del Ala-kul. Situada en la vertiente siberiana, á 18 kilómetros solamente del puerto de Bakti en la frontera, ofrece esta ciudad grandes ventajas á los comerciantes rusos para depósito de sus mercancías. En este paraje se encuentran tan defendidos contra los abusos de los mandarines como si estuvieran en territorio ruso. Además, Chuguchak está situado en el camino que desde hace dos siglos siguen las caravanas de Yarkand y de Kaxgar, que trafican con las ciudades de Siberia. Estos comerciantes, comunmente conocidos con el nombre de Bojaros, como procedentes de la «pequeña Bojaria», para trasladarse de la cuenca del Tarim á la del Obi habían escogido el camino de rodeo que atraviesa el Thian-chañ central, ciñe el Baljax y franquea el Tarbagatai para descender otra vez al valle del Irtix.

Siguiendo este itinerario, evitaban cruzar los grandes desiertos del Oeste y huían de los salteadores kirguises, y además no les faltaban los pastos para sus animales. A mediados del siglo pasado quiso el gobierno ruso cortar este comercio para monopolizarlo en otros caminos, y prohibió el paso á todos los viajeros que tomaban el de Tarbagatai, llegando hasta amenazar con pena de muerte á los importadores de ruibarbo. Pero ya se había hecho costumbre, y Chuguchak continuó siendo, y fué, más que antes, un punto de reunión para las caravanas.

Arruinada por la insurrección de los dunganos, Chuguchak va repoblándose lentamente con los colonos voluntarios y los deportados. La ciudad, gran aglomeración de pequeños edificios de tierra, se compone de diferentes barrios, y en cada uno de ellos habitan los inmigrantes de distinta nacionalidad, como chinos, mandchures, mongoles, kirguises y taranchis. Rodéanla jardines esmeradamente cultivados y se explotan en las inmediaciones unos yacimientos de hulla. La garganta de Jabarassu,

por la cual se comunica con Kokpekti y Semipalatinsk, es accesible á los carros, y junto á este camino se eleva una *carvasera* ó punto de etapa. Al Sur de Chuguchak, cerca de la frontera rusa, la fortaleza de Sarlitam protege el paso del río Emil y sus pantanos.

Al Oeste de Urumtsi, todas las poblaciones de la Zungaria meridional, Manas ó Kuitun, Karkara-ussu, Xijo y Yinbo, son plazas militares, pobladas por desterrados, como la mayor parte de las otras colonias situadas fuera de la Gran Muralla. Durante la ocupación del territorio de Kulya por los rusos, las plazas de la Zungaria meridional tuvieron guarniciones muy considerables, reuniéndose verdaderos ejércitos entre el Ebinor y el Sairam-nor para vigilar los pasos que ponen en comunicación la Zungaria con el valle del Ili. Hoy la colonización, propiamente dicha, aumenta de un modo notable en el país, sobre todo al Este de Manas, que es la región más fértil del territorio de la Zungaria situada al Norte del Thian-chañ. Para lo futuro prometen á los colonos una gran riqueza industrial la explotación del oro, de los yacimientos de carbón de piedra y sal, y, sobre todo, el lago de nafta, que se encuentra próximo á Xijo. Al Sur, pueden los chinos bajar sin fatiga á los campos de Kulya por la garganta de Talki y muchas otras brechas de la cordillera. Sin embargo, es evidente que el país, considerado geográficamente, pertenece á una región que no es la Mongolia, pues forma parte de la depresión aralo-caspiana, hacia la cual se dirige abiertamente al Oeste. Por este lado ningún obstáculo impedirá á los rusos penetrar en un territorio cuyo camino ya conocen.

Es sabido que en la cuenca del Ili los desastres de las guerras sólo han dejado en pie una ciudad importante, Kulya la vieja, llamada también Kulya la tártara. Encierra esta ciudad en su recinto cuadrado unos 10.000 habitantes, pero la rodean grandes barriadas ocultas á la vista del viajero por una faja de álamos. Aunque construída por los chinos, ofrece en su interior el aspecto de una ciudad del Turkestán ruso, y solamente dos ó tres edificios recuerdan por su arquitectura la presencia de los conquistadores orientales. Las casas de adobes con azoteas de arcilla se parecen á las viviendas de los uzbekos y de los sartos en los pueblos de la cuenca del Aral. La población es mahometana en su mayoría y las mezquitas son los edificios de mayor importancia. También reside en la ciudad una pequeña comunidad de chinos católicos, fundada después de la

destrucción del Imperio de los zungaros. Kulya la vieja es una población industrial. Se ven en ella molinos, fábricas de pastas alimenticias y de papel, espaciosos jardines bien cultivados y fértiles campos. La fabricación y exportación del opio quedó prohibida oficialmente en 1878. Cuatro años antes la superficie de terrenos dedicados á esta planta ocupaba más de 3.000 hectáreas, y el valor del opio exportado en Kulya para el Imperio chino pasaba de un millón de francos. Desde la confluencia del Kax y del Ili hasta 100 kilómetros más allá, se distinguen en la primavera por todas partes las flores rojas de las adormideras que brillan junto á las paredes grises de las casas de barro.

Al Oeste de Kulya la vieja, sólo se ha conservado el lugarejo de Suidun que habitan los labradores dunganos. Cerca de él no queda de Bayandai, ciudad que contó, según dicen, unos 150.000 habitantes, más que restos de paredes rodeadas de pequeños olmos. La ciudad que los mandchures fundaron en 1764 como capital del país, conocida por los diversos nombres de Kulya la nueva, Manchu Kulya, Ili y Hoi-yuan, es una fortaleza rodeada de fragmentos de ladrillos y de osamentas. Encuéntranse á continuación otras ciudades destruidas, Chinchahodzi, Alim-tu, Chimpanzi y Jorgos, con una elegante mezquita, Akkent, Yarkent y otras varias obstruidas por los escombros. Sus canales de riego se han convertido en lodazales. Sin embargo, se ve edificar alguna que otra casa entre sus ruinas. No es posible que un país tan favorablemente situado en la zona templada, al abrigo de los vientos polares, tan rico en aguas corrientes y en productos naturales, deje de recuperar su importancia. La provincia del Ili posee minas de oro, de plata, de cobre, de plomo, de hierro y de grafito. Tiene yacimientos de hulla explotados y otros mucho más extensos que esperan serlo. Las aguas termales brotan abundantemente en sus valles, y en ninguna región del Asia central se ven paisajes más grandiosos que á las orillas del Kax, en la cuenca del Tekes, al pie de los glaciales y de los montes sobre los cuales se enseñorea el Jan-tengri ó «Rey de los Cielos».

V

La Mongolia del Norte.—El desierto de Gobi.—La Gran Muralla.

Esta dilatada región, recorrida por los mongoles, es tan extensa ella sola como la China propiamente dicha; y como la mitad de todo el Imperio celeste si se agregan la Zungaria, las llanuras del Kansu Mongol y la cuenca del Tarim con el desierto del Takla Makán. Entre estas dos partes del inmenso territorio perteneciente al «Hijo del Cielo», el contraste es completo. Pocas regiones hay en nuestro globo que ofrezcan mayores diferencias por el clima, naturaleza del suelo y género de vida de sus habitantes. La China es uno de los países del mundo mejor cultivados, más industriales y ricos y de mayor número de poblaciones. La Mongolia denominada «exterior», es uno de los espacios menos habitados del planeta, y está separado de la China por extensos territorios completamente desiertos. No obstante, en algunos puntos, particularmente al Sudeste, la colonización ha unido el país á la China haciendo una «Mongolia interior» mucho más poblada que la Mongolia propiamente dicha, llamada por los chinos Tsaoti ó «Tierra de las Hierbas». Así se ha formado una zona intermedia que no pertenece á la Mongolia desde el punto de vista etnográfico, aunque geológicamente forme parte de ella, puesto que comprende las pendientes peñascosas que constituyen el pedestal de la meseta. El límite natural de la estepa está claramente marcado por un reborde de rocas graníticas cubiertas de lavas, que en suaves ondulaciones sobre ellas se han extendido á modo de inmenso estrata; pero las aguas han carcomido á trechos este reborde arrastrando también las lavas. De este modo han ido cercando la meseta los valles exteriores, penetrando en ellos los labradores chinos. La verdadera Mongolia interior comienza en la región de la meseta donde se depositan las aguas, que no encontrando salida al exterior forman charcas ó se deslizan en arroyos que al poco trecho se han evaporado ya.

Al levantar el gobierno chino una muralla no interrumpida entre la Mongolia y su país, no ha hecho otra cosa que establecer un límite visible entre dos regiones separadas ya por la na-

turaliza. A las diferencias del suelo y del clima corresponden otras entre ambas poblaciones: el contraste geográfico se completa con el etnológico. Este fenómeno ha tenido una importancia capital en la historia del mundo chino, y sabido es cómo ha influido también notablemente en los destinos de Europa. El movimiento de la lucha se ha dejado sentir hasta en el extremo de Occidente, traduciéndose ya en inmigraciones pacíficas, ya en invasiones guerreras.

Sin contar la importancia que tengan las desigualdades del suelo, puede afirmarse que la Mongolia y el Gobi, como regiones naturales, distan más de la China por las condiciones de su clima que por el relieve del terreno. Al Norte y al Sur de la Gran Muralla se ven llanuras y valles, mesetas y montañas, aguas corrientes y lagos, y hasta un río, el Hoang-ho, que pertenece igualmente á la Mongolia y á la China. Hacia la mitad de su curso se dirige este río al Norte, formando una gran curva, y separa el territorio de los ordos del resto de la Mongolia. En general, puede decirse que la Mongolia y el Gobi forman una gran meseta, ligeramente deprimida en el centro, que se va elevando poco á poco del Sudoeste al Nordeste. Su altura media, que en el Occidente viene á ser de 800 metros, pasa de 1.200 en la parte oriental. Limitan gran parte de su circuito cordilleras en las montañas: al Noroeste, el Altai y el Sayán; al Norte, el grupo de Munku-sardik, los montes Baikalianos y el Kentei; al Este, la sierra del Jingán; al Sudeste, las filas de montes estriados de nieve que dominan el llano de Pekín, y detrás los que atraviesa el Río Amarillo; finalmente, al Sur, las montañas que se unen á las cumbres del Nan-chañ y luego por medio de esta cadena al sistema del Kuenlun. Solamente al Oeste se abre la Mongolia hacia los desfiladeros zungaros y el lago del Tarim.

No es por el lado de la Mongolia por donde el Altai muestra sus más amenos valles y sus más pintorescos desfiladeros. En la vertiente meridional tienen los escarpados relativamente menor elevación á causa de lo altas que se encuentran las llanuras de su base. El límite de las nieves perpetuas está más elevado y pocas cimas (á no ser al Oeste, en el país de Kobdo), llegan á la altura de unos 2.600 metros. En esta región central del Asia, las corrientes atmosféricas más húmedas son las que vienen del mar más próximo, ó sea del Océano polar. Los vientos del Nordeste son los conductores de las lluvias, los que hacen brotar la vegetación, pero estos vientos no rozan más

que la vertiente septentrional del Altai; las faldas del Sur son estériles. En muchos parajes se nota un completo contraste entre ambas vertientes: en el Norte, bosques espesos; en el Sur, sólo algunos matorrales.

Las dos sierras principales que nacen del sistema del Altai en el territorio mongol, son el Ektag Altai y el Tannu-ola. El Ektag Altai que suele llamarse «Gran Altai», se extiende de Noroeste á Sudeste paralelamente al curso del Irtix Negro y del Ulungür. Algunas de sus cumbres pasan del límite de las nieves y de aquí su nombre Ektag, como el de Ak-tag ó «Montaña Blanca» en otros dialectos turcos; pero á trechos se hallan depresiones ó bajo collados que permiten á las caravanas de comerciantes rusos del Irtix cruzar sin fatiga la sierra para llegar á la meseta de Kobdo.

La cordillera oriental de la meseta de Kobdo, ó sea el Tannu-ola, continúa á gran distancia al Este del Altai, hasta las fuentes de varios ríos que se unen para formar el Selenga. Pevtzov afirma que las crestas del Tannu-ola pasan también del límite inferior de las nieves perpetuas; pero en muchos sitios alcanzan sus cerros muy escasa altura sobre los valles y mesetas de ambas vertientes. Vista la montaña, sobre todo por el lado del Oeste, parece de escasa importancia á causa de la elevación general del país, dividido en cuencas diferentes por muchas y altas cordilleras. Al Sur, la meseta que limitan los montes del Tannu mide una anchura media de 200 kilómetros y termina por el Sur en otra cordillera, el Jangai. Se alzan en esta cordillera nevados picos de 3.000 metros, sobre declives llenos de árboles y donde brotan abundantes fuentes. El Kinghai, queda separado del Altai-nuru por estepas surcadas de barrancos y cuya altitud viene á ser de 1.500 á 1.800 metros.

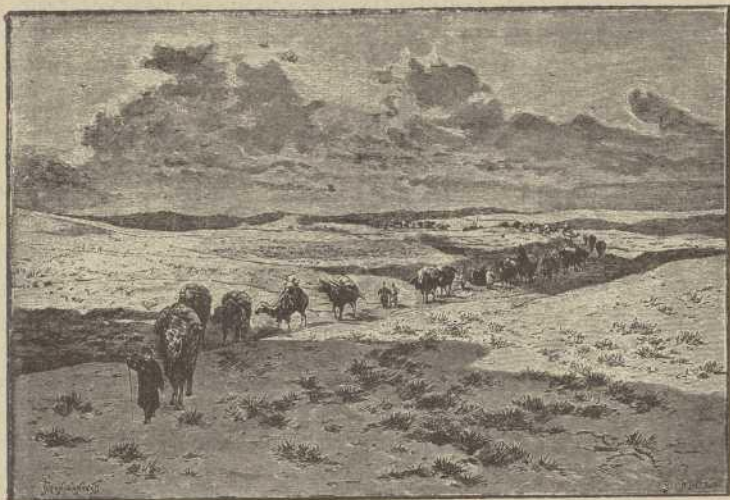
Todas las depresiones de la meseta, en el espacio que comprende el vasto cuadrilátero del Altai mongol, son cuencas lacustres. Uno de estos depósitos sin desagüe, próximo al nudo montañoso donde el Tannu se separa del Altai, es el Ubsa-nor, uno de los mayores lagos del imperio chino. Mide unos 3.000 kilómetros cuadrados y vienen á morir en él las aguas de un inmenso anfiteatro de montañas. Los restantes lagos de la meseta, salinos como éste, por no tener desagadero, son menores que el Ubsa-nor. Nace un río en las vertientes meridionales del Tannu-ola, en el lado opuesto á aquél en que se derraman los primeros arroyos del Selenga, que al principio se dirige hacia el Sudoeste como para verterse en el desierto, después costea

por el Noroeste la meseta montañosa del Uliasutai, y reuniéndose á los torrentes que por ella descienden, va á perderse con el nombre de Dsabgán, en los salitrosos pantanos, al Sur de las montañas que limitan la cuenca del Ubsa-nor. El lago de Kobdo ó Kara-su, esto es, «de Agua Negra» que recibe las del Ektag-Altai por el río Kobdo y por el Buyantu, pertenece á la misma cuenca, puesto que su desagüe se une al Dsabgán. A más de 1.000 metros de elevación, se encuentra el Kirguiz-nor, la hondonada más baja de la meseta de Kobdo. El lago de Kara-su está á 1.256 metros. A esta altura todavía se ven chopos y álamos á la orilla de las corrientes; más arriba escasean los árboles. La vegetación de estas regiones montuosas se parece á la que se ve en las estepas, blanqueando las eflorescencias salinas, excepto en los más bajos declives que están cubiertos de abundante césped gracias á la humedad.

Al Oriente de Tannu-ola el territorio mongol avanza hasta muy lejos por la vertiente del Océano Glacial, perteneciendo á la Mongolia la cuenca superior del Yenisei y la del Selenga, aunque éstas derraman sus aguas en los ríos siberianos. Los pastores nómadas de la «Tierra de las Hierbas» tratan de extender su dominio lo más lejos posible en toda la región de los pastos. Al Sur, el límite natural es el desierto; al Norte, los bosques y toda la zona intermedia, en cualquiera dirección que corran las aguas, la recorren sus ganados. Además el límite de los pastos y de los bosques que constituye la frontera natural de la Mongolia, coincide casi en todas sus partes con las estribaciones de las montañas. En la cuenca del Yenisei, los montes Sayán separan la Mongolia del territorio ruso, y el nombre de *taiga* ó «selva» que recibe la sierra principal, el Yerguik-targak, atestigua el contraste que presentan sus laderas onduladas por los pastos de la vertiente mongola. No están estos últimos sitios, sin embargo, enteramente desprovistos de vegetación arborescente. Agrúpanse los cedros de Siberia y los alerces en las pendientes, mientras en la orilla de los ríos crecen los álamos y los sauces. Nótese en esta comarca cierta transición de la naturaleza mongola á la siberiana. Sabido es que los diversos valles de los *Kem*, ó ríos que forman el Yenisei, convergen todos hacia un estrecho desfiladero, abierto en los montes Sayán, por donde penetra el río para serpentear de salto en salto hasta las dilatadas llanuras de la Siberia, marcando una serie de desfiladeros la verdadera frontera.

Bastante inclinada, en su conjunto, la parte mongola del

Yenisei, no puede tener cuencas lacustres. Pero al Este del valle superior del Selenga, la pendiente es más suave y las aguas se detienen formando lagos. Es el mayor el Koso-gol, lago sagrado que refleja en sus azuladas aguas la cumbre del Munkusardik con sus alerces, sus abruptas y rojizas laderas y su diadema de nieves. El Koso-gol no es un lago completamente cerrado como los de la meseta de Kobdo. El agua es dulce y se vierte por el cauce del Eke-gol, que va á unirse con las co-



Desierto del Gobi. (Dibujo de Pranishnikoff.)

rrientes de cien ríos en el lecho de Selenga. Esta depresión abarca todo el territorio semicircular que se extiende desde la extremidad meridional del Tannu hasta la mole del Kentei, grupo donde termina la sierra denominada por los rusos Yablonoviy Jrebet ó «Montaña de los Manzanos». Más hacia el Oriente puede considerarse la Mongolia Nordeste como perteneciente á la cuenca del Amor ó Amur. El Kerulen, paralelo al Onon, se precipita en un mar, ó «Dalai», que se unía en otro tiempo al Jailar. Este río es uno de los principales afluentes del Arguñ, que á su vez contribuye á enriquecer el Amur. En las grandes crecidas de primavera la corriente del Jailar hace refluir las aguas en el «Dalai», inundándose sus orillas y ribazos más bajos.

Al Sur de esta región de la Mongolia, cuya pendiente se va

inclinando hacia el territorio ruso, se extiende la zona desierta del Gobi, surcada por algunos caminos de caravanas, pero que en ningún sitio está habitada permanentemente. El Gobi ó «Desierto de Arena», el Xamo de los chinos forma la extremidad oriental de la zona de las tierras secas que cruza oblicuamente á todo el Antiguo Mundo, desde los montes Jingán hasta el curso del Senegal. Lo mismo que el Takla Makán del país de Jotán, el Kizil-kum y el Ak-kum del Turkeistán, los desiertos de Persia, de Siria, de Arabia y el gran Sahara africano, sufre el Gobi la influencia de los vientos secos, y es sumamente escasa la cantidad de agua que recibe de las lluvias. En invierno domina la corriente atmosférica del Nordeste, y este viento, que después de barrer la helada superficie del Océano polar, surca las regiones siberianas en una extensión de más de 3.000 kilómetros, y se estrella contra las pendientes del Sayán, no puede llevar humedad alguna á las mesetas mongolas. Es un viento glacial y secante que abriría la piel de los viajeros si éstos no adoptasen la precaución de cubrirse el rostro con máscaras de fieltro. Durante el verano cambia el viento. La corriente aérea varía de rumbo, arrastrada por el monzón del Sudeste; pero casi todas las nubes lluviosas que proceden del Océano Pacífico vienen á descargar en las faldas de las montañas y en los terrenos paralelos que separan la China propiamente dicha de las mesetas desiertas. Sin embargo, suelen caer algunos chaparrones durante el verano en el Gobi oriental y en las regiones arcillosas de la meseta, formando pantanos y lagos temporales que pronto se evaporan, no dejando otros vestigios que un polvo salitroso. Surcan entonces el suelo torrentes que duran un día, y en los hoyos que éstos forman es donde abren pozos los mongoles buscando un poco de agua cuando el suelo ha perdido ya toda apariencia de humedad. Ningún río permanente ha podido subsistir. Explicase la rapidez de la evaporación en las mesetas del Gobi por los fuertes huracanes del invierno y la alta temperatura en el verano. El Gobi, por lo frío, pertenece á la Siberia; por sus calores se asemeja á las Indias, y estos cambios de temperatura se efectúan á veces en el espacio de pocas horas. Basta un intervalo de medio día para que el termómetro sufra una oscilación de 40° centígrados.

Los excesivos fríos del invierno en Mongolia, que aún hace más crueles para el viajero el espantoso viento Noroeste que los acompaña, explican el error de los antiguos geógrafos, que atribuían á la meseta del Gobi una elevación doble por lo me-

nos de la que realmente tiene. Estas tierras no se levantan á más de 2.500 metros sobre el nivel del mar. En esta vasta y amarillenta planicie, donde serpentean las blanquecinas revueltas del camino, se ven algunos cerrillos y rocas aisladas; pero estas ligeras desigualdades del suelo no modifican en nada la monotonía del paisaje y sólo sirven para quitarle el carácter de grandeza, propia de todas las grandes llanuras, que se confunden á lo lejos con las brumas del horizonte. Después de caminar jornadas y jornadas á través del Gobi, siempre aparece el mismo cuadro: la tierra desnuda, y las malezas, los barrancos y las hileras de montículos, sucediéndose como las olas sobre la superficie ilimitada del mar.

El Gobi ó Xamo no merece en absoluto su nombre, pues no es un «desierto de arena». Sólo en ciertos parajes, en las hondonadas, se forman los *cha-ho* ó «ríos de arena», como los llamaba el monje budhista Fahian á fines del siglo iv. En las regiones bajas se encuentra alguna que otra duna; pero entre estos montecillos hay muchos que fueron al principio movibles y que las hierbas y los matorrales han ido consolidando gradualmente. Así sucede con los innumerables que hay en el borde oriental del Gobi, en las inmediaciones del Dolon-nor, viéndose algunos cubiertos de árboles grandes, como encinas, tilos y abedules. El suelo del Gobi, propiamente dicho, se compone en casi toda su extensión de rojizos pedregales, en los que abundan los guijarros de cuarzo, de ágata y de calcedonia. Se encuentra sal en las hondonadas, así como eflorescencias de salitre, conocidas por los mongoles con el nombre de «guchir» y buscadas por los camellos que se detienen para lamer ávidamente sus cristalizaciones.

Escasea mucho la hierba en la estepa, quedando al descubierto por todas partes el suelo amarillo, gris ó rojizo entre los grupos de las plantas. En los sitios arcillosos crece el «dirisu» de los mongoles, zarza de ramitas duras como alambres, que es también especie propia de las estepas arcillosas del Turkestán ruso. No se encuentran árboles ni arbustos, á no ser en algún paraje bien abrigado. Entre Kalgan y Urga, de un extremo á otro del desierto, en un espacio de más de 700 kilómetros, sólo se ven dos árboles achaparrados. Algunos raquíuticos olmos los contemplan los mongoles con respeto al plantar sus tiendas, sin atreverse á tocarlos por miedo á cometer una profanación.

El viento, aún más que la esterilidad natural del suelo, im-

pide el desarrollo de otras especies que hierbas bajas y flexibles. Desarraiga además las plantas secas y las hace rodar por la estepa como la espuma por la superficie del mar. En estas regiones, lo mismo que en las mesetas del Tibet, los nómadas no tienen más combustible que el excremento de los animales. Cuando los habitantes de un campamento ven llegar á alguien, amigo ó extranjero, se apresuran á enviarle una mujer con el «argol» ó excremento seco en cantidad bastante para el fuego de la noche. Así lo previenen las leyes de la hospitalidad.

La fauna del Gobi es tan pobre como su flora. Lo mismo que en Siberia, se encuentran las gazaperas del *langomys* ó liebre enana, animal del tamaño de una rata, tan curioso como cobarde, que se asoma á la entrada de su madriguera para ver pasar los viajeros y huye cuando se aproximan. Perseguidas por los lobos, las zorras y las aves de rapiña, estas liebres viven en continua alarma. El mayor de los mamíferos del Gobi es el «zeren» ó antilope *gutturosa*, sin rival quizás en la velocidad de su carrera. Aún después de herido mortalmente, ó con una pata quebrada, adelanta al caballo más corredor. Hay que valerse de la astucia para poder aproximarse á este animal, y para que caiga, la bala ha de dirigirse al corazón, á la cabeza ó á la espina dorsal. Los rebaños de antílopes se componen generalmente de 30 ó 40 cabezas; pero también se ven grupos de varios centenares y hasta de mil reses. Entre las aves del Gobi, las más numerosas son el buitres, que sigue á las caravanas para comer á sus expensas, y los cuervos, que se precipitan sin temor sobre las gibas de los camellos, picoteándoles hasta hacer brotar la sangre. En las estepas cubiertas de hierbas vuelan las alondras. Pulula una multitud de patos entre los juncos de los lagos y pantanos; pero no pudiendo resistir los grandes fríos, al llegar el invierno emigran hacia la China meridional. En primavera se les ve levantar el vuelo en grandes bandadas, queriendo cruzar la meseta. Rechazados por el viento frío, tornan de nuevo á las llanuras inferiores, donde se les reunen los que emigran del Sur cada vez en mayor número. Luego, cuando el tiempo es más benigno, levantan todos juntos el vuelo, obscureciendo el cielo y vuelven á las aguas natales.

Hállase limitada hacia el Oriente la meseta del Gobi por altos montes, cuyas vertientes todavía no se han explorado por completo; pero se sabe que forman una prolongada cadena sobre las llanuras de la Mandchuria y los terrenos inferiores de

las estepas, que reciben el nombre de Gobi oriental ó pequeño Gobi. Esta cadena es el Jingán, que se dirige por el Norte hasta el Arguñ, obligando primero á este río y después al Amou á torcer su curso hacia las filas de montañas paralelas del Stanovoi. Según Fritsche, ninguna de sus cumbres mide más de 2.500 metros ni llega al límite de las nieves perpetuas.

En su conjunto la cadena que rodea la meseta no presenta al Occidente más que cimas redondeadas y laderas sin vegetación arborescente; pero al otro lado, al menos en la región Sudeste, se muestran fértiles valles entre los contrafuertes de los montes. Desde las alturas que rodean las mesetas ó desde el borde de ésta, que en algunos puntos termina bruscamente como el alero de un tejado, se puede apreciar el contraste de ambas naturalezas. Al Norte y al Oeste sólo se distinguen las prolongadas ondulaciones de la estepa monótona y desnuda; al Sur y al Este va la vertiente descendiendo en escalones, con sus rocas, bosques, valles y desfiladeros, dividiéndose á lo lejos las llanuras en que serpentean los ríos y desaparecen á trechos entre los árboles.

Las sierras, cubiertas de lava en algunos sitios, que limitan la meseta del Gobi al Norte de Pekín, se extienden por el Sudoeste, recibiendo diversos nombres chinos y mongoles, y acompañan al Hoang-ho en la parte más septentrional de su curso. Este conjunto montañoso es conocido generalmente con el nombre de In-xañ. El Mar Amarillo, que penetra profundamente en la tierra por el golfo de Pechili, envía al In-xañ cantidad suficiente de lluvias para que su valle se cubra de hierbas, de arbustos y de árboles corpulentos. Embellece la pradera de un verde tan brillante como el de los Alpes, una multitud de flores de variados matices; crecen en los terrenos peñascosos los nogales, las encinas y los albérechigos, con los espinos, los groselleros y otros arbustos, y más arriba la zona forestal comprende árboles de la mayor altura conocida, como los álamos blanco y negro, el arce, el olmo, el aliso, el serbal y el ciruelo salvaje. En su conjunto, la flora del In-xañ guarda mucha analogía con la de la Siberia; pero los chinos, en algunos parajes, han talado por completo las laderas y en muchos valles sólo se ven troncos arrancados y secos.

Recorren los antílopes en numerosos rebaños los pastos del In-xañ, particularmente en las inmediaciones de los monasterios budhistas, porque los lamas mongoles, como los del Tibet, prohíben verter la sangre de estos animales. También hay una

especie de corderos en las montañas del In-xañ mezclados con los rebaños de antílopes y á veces con los de animales domésticos. Probablemente sería fácil domesticarlos, pero los mongoles se limitan á cazarlos. Los naturales del país aseguran que el tigre y la pantera viven con otras fieras en determinados valles del In-xañ. Toda la región montañosa que sirve de barrera entre la China y la Mongolia, es por excelencia el país de las leyendas y de los cuentos fantásticos, y, por tanto, aquí, más que en otra parte, deben los viajeros atenerse únicamente á sus observaciones personales. Sobre una de sus montañas, dicen los mongoles que se eleva un elefante petrificado. Otra cima es el trono, según ellos, de Jengis-Khan, y en profundas y grandes cuevas de la montaña están amontonadas grandes cantidades de plata, que pueden verse, con permiso de los genios, por la cerradura de una puerta mágica. Estas riquezas están reservadas para un héroe.

Al Sur del In-xañ y de la curva septentrional del Hoang-ho se encuentra otro pedazo de la Mongolia. Por el aspecto de su suelo y por sus poblaciones pertenece la meseta de los Ordos á la misma región que el Gobi, por más que los separe el ancho valle del río Amarillo con sus fértiles campiñas y sus pueblos de chinos. Los escasos habitantes del país de los Ordos denominan á éste «pradera gris» para distinguirlo de las «praderas verdes» que ocupan el fondo de los valles.

A excepción de algunos raros oasis no se ve otra cosa por todas partes que la arena y el azul pálido del cielo. Ni una planta, ni un animal, excepto los lagartos grises ó del mismo color de la arena, que apenas se distinguen sobre el suelo, surcado en todos sentidos por leves huellas. Hacia el centro de la meseta se encuentra el pantano del Dabsun-nor, inmenso depósito de sal gema mezclada con eflorescencias de nitro, y al cual rodea un cordón de montículos. En muchos sitios el aspecto de este suelo engaña, y el viajero que se aventura á pasar sobre esta corteza salitrosa corre el peligro de desaparecer en el fango que encubre. Lo mismo que otros desiertos, los viajeros creen oír voces en medio de las espantosas soledades. Son gritos, según dicen, proferidos por los chinos que mandó degollar allí Jengis-Khan en una batalla y que imploran la compasión del caminante ó le maldicen. Cuenta la leyenda, que el viento á veces levanta la arena, dejando al descubierto vasos de plata que los viajeros no han de tocar si no quieren morir en castigo de tal profanación. Según otras narraciones, estas dunas son restos

de una muralla de arena que Jengis-Khan, á quien la imaginación popular lo atribuye todo en este país, levantó para variar el curso del río Amarillo. Se cree que el conquistador murió en el territorio de los ordos. Sus restos, dicen, están encerrados en dos cajas; una de plata y otra de madera, y las guarece una tienda de seda amarilla. Los miembros de su familia fueron enterrados en derredor suyo, pero á una distancia de 10 kilómetros, como demostración de respeto. Todas las tardes debe ofrecerse en sacrificio un cordero y un caballo á los manes del «Supremo Soberano».

Encuéntrense ciudades arruinadas en el territorio de los ordos. Se ve en medio de las arenas una ciudad cuyas murallas midieron más de ocho kilómetros de longitud y 15 metros de espesor; sus pozos están cegados, y casi toda ella enterrada en la arena. Actualmente una gran parte de la comarca, fuera del valle, está completamente desierta; los rebeldes dunganos destruyeron hasta los campamentos de los ordos mongoles, y los animales domésticos abandonados se volvieron salvajes. Los bueyes y las vacas perdieron el aspecto estúpido adquirido en la servidumbre y reconquistaron sus primitivas costumbres en plena vida libre. Sufrieron estos animales una transformación completa en el espacio de dos ó tres años. Al ver al hombre huían velozmente y había que cazarlos casi con tanto trabajo como al antílope. Los camellos y los caballos vivían en piaras en la estepa; pero las ovejas desaparecieron devoradas por los lobos. Hoy no visitan el país de los ordos más que comerciantes que toman en él sus cargamentos de regaliz, una de las plantas características de esta región de la Mongolia.

Más allá del Río Amarillo, las arenas de los ordos se dilatan al Oeste por una región aún más terrible y más desprovista de vegetación. Este es uno de los parajes del Gobi más temible para los viajeros por la falta de agua y de pastos, y por los torbellinos de arena que levantan las tempestades. El desierto del Trans-Ordos, que así se llama; se extiende sin interrupción hasta las riberas del As-zind y las estepas del Kansul mongol. En todo este espacio de más de 500 kilómetros de anchura, sólo se ve arena, pedregales en la proximidad de las montañas, y arcillas salitrosas, donde crecen las quebradizas matas del «saksaul», y los espinosos vástagos del «suljir» productor de unos granos menudos que los mongoles transforman en una especie de harina. En la cavidad más profunda del desierto del Trans-Ordos, á 940 metros de elevación, se encuentra el lago

salado de Yaratai-dabasu completamente rodeado de capas salinas, en una zona que se extiende á más de 50 kilómetros de distancia. La cristalización es tan pura en algunos sitios que la sal parece una masa de agua. Los mismos cisnes se engañan á veces y se precipitan en bandadas sobre esta agua imaginaria, volviendo inmediatamente á levantar el vuelo y revelando su cólera con fuertes graznidos.

El verdadero límite entre el territorio mongol y la China propia estaba antiguamente indicado por la «Gran Muralla» que sigue además por el Oriente hasta el golfo de Liao-tung, al extremo septentrional del mar Amarillo. El Uen-li-chang-ching ó «Gran muro de las Diez mil *li*» (pues este es el nombre que ordinariamente le dan los chinos) no tiene el enorme desarrollo de 5.000 kilómetros, que algunos han supuesto y que habría igualado á la octava parte de la circunferencia terrestre, sino que su longitud total viene á ser de unos 3.300 kilómetros, contando todas las sinuosidades de la construcción y los dobles y triples muros edificadas en varios sitios, especialmente al Norte de las provincias de Pechili y de Xañsi. Dando á la muralla tan sólo una altura media de ocho metros y un espesor de seis, se ve que este trabajo prodigioso representa un volumen de cerca de 160 millones de metros cúbicos. Compréndese que la Gran Muralla, junta con el Gran Canal, sean citados como los trabajos de mayor consideración debidos al esfuerzo humano.

Cuando el emperador Xi Hoangti, hace veintiún siglos, envió millones de obreros á la frontera mongólica para que levantasen el muro «de los Diez mil *li*», perecieron en la empresa centenares de millares de individuos: pero ciertamente su trabajo tuvo gran importancia bajo el punto de vista militar, y, durante muchos siglos, los Hiungnu, antepasados de los mongoles, viéronse obligados á detener sus expediciones guerreras al pie de la muralla que limita su territorio. Los centinelas de las torres, escalonados en la muralla, señalaban prontamente las avanzadas de la caballería enemiga, y el ejército corría á guardar los pasos naturales. Cada puerta tenía su guarnición, y en sus inmediaciones se construía un pueblecito que servía de mercado á las poblaciones limítrofes y les trazaba de antemano el camino que debían seguir en sus estepas. Al abrigo de las murallas, pudieron los chinos dar mayor cohesión á su unidad nacional, y concentrar sus fuerzas para entrar después en relaciones permanentes con el mundo exterior más allá del Thian-xañ y del Pamir. Cuando el muro «de los Diez mil *li*», forzado

y roto definitivamente por Jengis-Khan, hubo perdido todo su valor estratégico, había protegido al Imperio durante catorce siglos.

Tal como existe en la actualidad, la Gran Muralla pertenece á diversas épocas. Bajo el clima variable de la Mongolia, donde se pasa bruscamente de los grandes calores á las heladas, pocos años bastan para arruinar las construcciones ordinarias. Dificilmente podrá afirmarse que quede un solo trozo de la época de Xi Hoangti, aunque, según las crónicas, al construirse, se dictó pena de muerte contra todo obrero que en la mampostería dejase una grieta por donde pudiera entrar la punta de un clavo. Casi toda la parte oriental de la muralla, desde la península de los Ordos al mar Amarillo, se construyó en el siglo v de la era vulgar; y bajo la dinastía de los Ming, en los siglos xv y xvi reedificó dos veces el doble muro que protege al Nordeste la llanura de Pekín. No datan de épocas anteriores al siglo xiv ninguno de sus trozos que tienen cierto valor arquitectónico por la regularidad de las hiladas de ladrillo y el hermoso revestimiento de granito. Modificábase el trazado de la muralla según los cambios de reinados, los caprichos de los gobernadores y las vicisitudes de las guerras de frontera. A veces se abandonaba una parte de las líneas y se consolidaba otra. Así puede explicarse la gran diferencia de construcciones en todo el trayecto que recorre la Gran Muralla. En tanto que al Norte de Pekín la muralla se halla en estado de perfecta conservación, en muchas regiones del Oeste, hacia los límites del Gobi, es sólo una pared de tierra, y en espacios considerables han desaparecido hasta los vestigios. Las puertas que se elevan en el desierto son los únicos restos que quedan del antiguo muro de defensa. Sin embargo, aun á gran distancia de la capital, los constructores elevaron sus líneas de fortificaciones hasta las crestas de las montañas, á 2.000 metros de altura, y no se detuvieron ante los precipicios. La muralla salta ó rodea todos los obstáculos, sin dejar al enemigo ni un sendero de cabras. Sabido es que al Norte de la Mongolia, en la región transbaikaliana, hay otras murallas, atribuidas por la leyenda á Jengis-Khan, que recuerdan también las guerras seculares entre los pueblos agricultores y sus nómadas vecinos.

VI

Los mongoles.

Los mongoles, de quienes los chinos tuvieron que guardarse con tan grandes obras de defensa, han sido siempre un pueblo sin cohesión nacional. Pudo un conquistador reunirlos en un solo ejército; pero, vueltos á sus estepas, se dividieron otra vez en tribus, y gracias á las disenciones interiores de estos diferentes grupos, pudieron los chinos triunfar de los jaljas, de los e'ot, de los zungaros, mientras que á su vez Rusia dominaba á kalmukos y buriatos. Además, el nombre de los mongoles se ha dado, durante los dos siglos de su dominación política, á muchos pueblos de razas diversas, es decir, á todos aquéllos que compartieron las victorias y las conquistas de Jengis-Khan y de sus sucesores, penetrando por una parte en el Imperio chino, y por otra hasta el centro de Europa. Aún después de la extinción de la familia de Jengis-Khan, el gran Imperio de Tamerlán, cuya capital era Samarcanda, y que representó un reflujo del mundo occidental asiático hacia las regiones de donde habían salido los conquistadores orientales, se atribuyó igualmente á los mongoles. Más tarde, se dió el nombre de «Gran Mongol» á Baber y á sus sucesores en el trono de Dehli, aunque no tuvieran un solo mongol en sus ejércitos, y no tuvieran más derecho á su título que el orgullo de una descendencia muy lejana. Respecto al Imperio zungaro, que se fundó hacia el siglo xvii, era en realidad de origen mongol, pero no llevó sus fronteras más allá de la región de las llanaras y mesetas del Asia central.

Durante la Edad Media, los mongoles se confundieron con los tártaros ó tatas. Esta tribu, que en el siglo xii habitaba los valles del In-xañ, fué el pueblo insignificante que, en el caos de las naciones en lucha, acabó por dar su nombre á los mongoles, á los mandchures, á los turcos y á todas las tribus nómadas y guerreras del Asia y de la Europa oriental. Nunca se envanecieron Jengis-Khan y los suyos con el nombre de tata ó tártaros, perteneciente sólo á una tribu de una de las siete naciones mongólicas. Habían tomado como título de honor el de Mongoles Azules «porque el azul es el color santo del cielo» y

porque eran los dueños de la tierra. Lo que produjo la inmensa nombradía de los tártaros fué que en general formaban la vanguardia de los invasores mongólicos, y que su nombre se prestaba á una combinación de palabras mitológicas con el tártaro de los infiernos. Actualmente el nombre de tártaros sólo se da de una manera general á los mongoles, así como á sus vecinos los mandchures; y como designación especial únicamente se aplica á los pueblos de origen turco que se hallan en Siberia, en el Thian-xañ y el Pamir, en el Turkeistán, en el Cáucaso y en la Rusia de Europa.

Antes del período de sus conquistas, las tribus mongólicas habitaban únicamente las regiones septentrionales y orientales del extenso territorio hoy conocido bajo el nombre genérico de Mongolia. Todos los ríos y lagos de la comarca son venerados como dioses, y varias leyendas se refieren á los montes, todos los cuales tienen el nombre de kan ó rey. En la extremidad Nordeste del dominio de los antiguos mongoles, viven ahora los solones mandchures y diversas tribus mongólicas, más ó menos mezcladas, que dan numeroso contingente á las colonias militares establecidas por los chinos en las regiones occidentales del imperio. Los jaljas, así llamados, como los mismos mongoles, por el nombre de uno de sus antiguos jefes, pueblan particularmente las estepas septentrionales. Cerca de sus parientes de raza, los buriatos, que han pasado á ser súbditos de Rusia, están los tsajar, cuyas ocho tribus recorren las estepas inmediatas á China, la parte Sudeste de la meseta y fueron especialmente encargados por el gobierno imperial de proteger la frontera contra los mongoles del Norte. Los ordos, casi exterminados por completo, habitaban la península fluvial á que dieron su nombre; y al Este acampan los elotos, más ó menos mezclados con los pueblos de origen turco y las hordas kalmukas del Altai y del Thian-xañ. Finalmente, en la cuenca superior del Yenisei viven los urianhai ó donva y los dorjat, pueblos originarios de Turquía, pero muy mezclados con los mongoles. En general, los pueblos mongólicos se dividen en mongoles orientales ó jaljas, mongoles occidentales ó elotos, y mongoles siberianos ó buriatos; pero la única división verdadera es la de las «Joxun» ó «Banderas», pues según las vicisitudes de las guerras y las alianzas, las diferentes tribus se reúnen en confederaciones más ó menos poderosas.

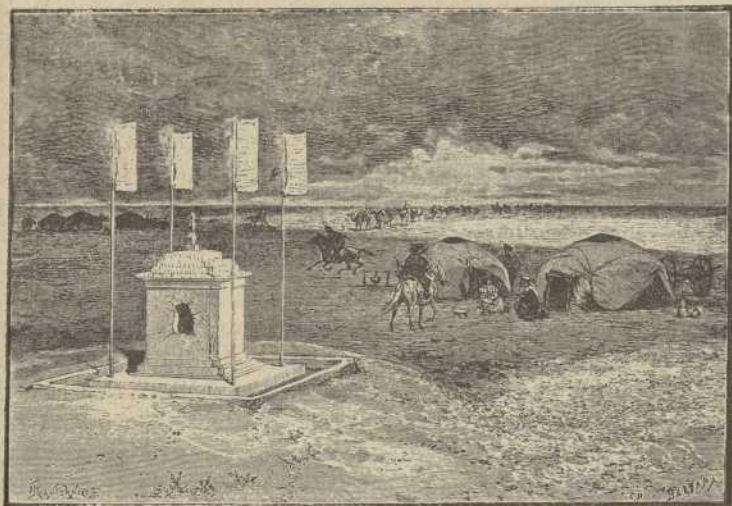
El tipo nacional se ha conservado con mayor pureza entre los jaljas, los cuales se atribuyen gran superioridad sobre los

demás mongoles por tener entre ellos las familias de los «Tait-si», que descienden de Jengis-Khan. Pero aunque los etnólogos emplean ordinariamente las palabras «raza mongólica» como términos genéricos de todas las naciones del Asia oriental, ocurre precisamente que el tipo jalja es, de todos los del extremo Oriente, el que menos se parece al de los «mongoles» descritos por los autores. El jalja no es amarillo, sino moreno. Sus ojos no son oblicuos como los del ostiako ó del chino, sino abiertos como los del europeo. Sin embargo, tiene la cara ancha y aplastada, los pómulos salientes, el cabello negro, la barba poco poblada y todos los caracteres distintivos que en general se atribuyen á aquella raza. Como es muy común en Mongolia la costumbre de arrancarse los pelos de la barba, no hay que atribuir á la Naturaleza lo que es un efecto de la moda. Por conducto de los mongoles empezaron los europeos á conocer á los pueblos orientales, y como es natural, se fijaron especialmente en estos invasores extranjeros, cuyo rostro ofrecía mayor contraste con el tipo de belleza aceptado en Occidente. Así cuanto mas extraño les parecía un semblante, más asiático y mongol era á sus ojos. Por igual razón en China se designa con frecuencia á todos los europeos con el nombre de «Bárbaros de cabello rojo».

Los mongoles tienen mediana estatura y constitución robusta. Acostumbrados á sufrir temperaturas extremas, resisten bien muchas fatigas que matarían á la mayoría de los europeos. Permanecen sin quejarse durante quince horas á caballo ó en camello; pero se lamentan de tener que andar cien pasos fuera de su «yurte», porque no tienen costumbre de caminar y además se avergüenzan de que los vean á pie. Pero en Mongolia, donde el caballo es tan útil y apreciado, no todos los habitantes disfrutan la felicidad de poseer uno. En ciertos distritos el caballo es animal de lujo, que tan sólo se ve junto á la tienda de los nobles; pero en las regiones más afortunadas de la Mongolia, donde cada nómada tiene su corcel, se ve siempre á éste correr al galope por la llanura y pasar de igual manera los pocos metros que separan su «yurte» de la de su vecino. Despreciando toda clase de ejercicio á pie, el mongol no baila; pero se ha perfeccionado en el arte de domar los potros más rebeldes, lanzarlos al galope y ejecutar montado los juegos más peligrosos. En las carreras de caballos mongólicos no asisten tantos espectadores como á las de Europa, pero es mayor el número de actores que toman parte en ellas, pues no hay jinete joven ó en pleno vigor de la edad que no se honre de figurar entre los con-

currentes. En 1792, con motivo del renacimiento de un Budha mongólico, se disputaron el premio de las carreras 3.732 caballos.

Es digno de extrañeza que estos atrevidos domadores de caballos, estos descendientes de los conquistadores del Asia, hayan descendido tanto desde el punto de vista político, y no ejerzan hoy influencia alguna en el mundo antiguo. Considerados en conjunto, hasta son cobardes, pues han huido por millares ante las indisciplinadas hordas de los dunganos, cuya audacia



Tumba de un lama en el desierto de Mongolia. (Dibujo de Franishnikoff.)

crecía con el terror de sus enemigos. Nación vencida, deshecha y dispersa, tiene perfecta conciencia de su debilidad. Gran diferencia hay entre la humilde actitud que observan los mongoles actuales ante los viajeros rusos que atraviesan la «Tierra de las Hierbas», y la de Kuyuk-kan respondiendo al legado del Papa, el monje Juan de Plan Carpin: «Yo soy la Justicia de Dios. Tengo el derecho de matarte si me resistes y la prueba de este derecho es que tengo poder para ejecutarlo. ¿Acaso, siendo sólo un hombre, podría hacer estas cosas, si Dios mismo no me prestase su brazo?» Todos los edictos de los kanes mongólicos se daban en nombre y por la «voluntad del cielo inamovible». Antes de Carlyle y otros teóricos modernos, habían encontrado la fórmula del poder estos emperadores asiáticos.

Además, la energía con que los mongoles intervinieron en la historia del mundo no procedía únicamente de su valor, de su disciplina y de su ambición conquistadora, sino también de su espíritu natural de equidad y de los progresos que habían realizado en punto á civilización. No eran los mongoles aquellos bárbaros que nos pintan las crónicas de la Edad Media. Tenían el privilegio de ser más libres que la gran mayoría de los pueblos que vencieron en su triunfante marcha. Con arreglo á lo preceptuado en el «yassak» ó libro de las leyes, debían reunirse anualmente para celebrar el «thoi» ó día del festín, y se obligaba á los príncipes á comparecer ante la asamblea para responder de toda violación de derecho, de toda falta cometida en el desempeño de su gobierno, pudiendo destituir á sus jefes una asamblea de guerreros. Trataban á las mismas naciones que sometían, con una consideración no usada en tales casos por los conquistadores musulmanes ó cristianos. «A caballo se ha conquistado el Imperio—decía un consejero de Jengis-Khan—pero no se le puede gobernar á caballo.» Con su notoria equidad dirimían los soberanos mongoles las cuestiones entre sus súbditos de todas razas é idiomas, y en las concesiones que hacían de tierras libres de impuestos, figuraban nombres correspondientes á todas las nacionalidades del Imperio. Profesaban también una tolerancia religiosa extraordinaria con asombro y escándalo de los misioneros católicos. Musulmanes y cristianos se confundían en el desempeño de los cargos de cortesanos y generales de los kanes. Los nombres de Juan, Nicolás, Jorge y Marcos, aparecen en las listas de los grandes personajes del Imperio mongólico.

Agotado su vigor por los esfuerzos y rebajados moralmente por las demasías de la guerra, no tardaron los mongoles en volver á la barbarie. Es indudable que han conservado en su mayoría la rectitud, la equidad, la benevolencia para el extranjero y la cordialidad para con sus iguales á los que dan siempre el calificativo «de compañeros»; pero se han hecho extremadamente perezosos, extraordinariamente sucios y voraces hasta inspirar repugnancia. Han admitido la esclavitud; muchas familias que descenden de prisioneros de guerra están condenadas á guardar los rebaños de los jefes de tribu y sus dueños se han arrogado sobre ellos el derecho de vida y muerte, sin que por esto los consideren como seres inferiores, ni dejen de tratarlos con benevolencia en sus relaciones ordinarias. Verdad es que no han pensado nunca en dividir las praderas

de pastos, que son propiedad de todos, como el aire del cielo y el agua de los lagos, pues una vez utilizados vuelven al acervo común. Pero á los mongoles que no poseen rebaños, ¿qué les puede importar este derecho á la posesión temporal del campo y esta libertad de recorrer las estepas? Los nobles y los ламас, propietarios del ganado, son en consecuencia los verdaderos propietarios del suelo. El gran sacerdote de Urga posee un territorio poblado por 150.000 habitantes que son sus esclavos.

Pocos mongoles siguen el ejemplo de los chinos en lo referente á la agricultura. La única ocupación de casi todos se reduce á cuidar los animales, que son camellos, corderos de ancha cola, caballos y reses vacunas. Cuando se encuentran los mongoles, comienzan siempre por pedirse noticias de sus ganados, que para ellos tienen más importancia que la familia. No comprenden que la Providencia pueda abandonar á los hombres hasta el punto de privarles de animales domésticos, y no dan crédito á los viajeros rusos cuando éstos les dicen que no poseen camellos ó corderos. Los mongoles podrían disponer de tiempo sobrado para dedicarse á trabajos útiles, puesto que la custodia de los rebaños está confiada principalmente á las mujeres y á los niños; pero hasta la fabricación de los enseres domésticos, sillas de montar, arneses, armas, trajes bordados, telas para las tiendas y cuerdas de pelo de camello, queda casi siempre á cargo de las mujeres. Los mongoles se ven obligados á pedir á los rusos los frutos y mercancías que les son más precisos. El té les es muy necesario: no beben nunca agua fría por creerla malsana. La infusión de té es su bebida habitual, tomando también el kumis, la leche de burra y muy á menudo el funesto aguardiente de los rusos. Su alimentación es casi exclusivamente animal, y acompañan con una pasta de harina la carne de cordero, de caballo ó de camello. En su mayoría miran con verdadero horror las carnes de aves y pescados.

El idioma de los mongoles, parecido á las lenguas turcas con las que tiene muchas raíces comunes, se divide en dialectos muy diversos. Los жалжас, los буряты y los элөтс, no pueden comprenderse unos á otros. Mézclanse en estos dialectos palabras de distinto origen, términos manchures, chinos, tibetanos y turcos que han corrompido el puro lenguaje mongol en las inmediaciones de las fronteras. Hace veintiún siglos que el mongol sabe escribir, porque se apropió los caracteres ideográficos de los chinos; pero no ha poseído un alfabeto original hasta principios del siglo x. Durante el período de la conquista, cuan-

do los mongoles se encontraron de repente en contacto con las poblaciones del Asia central, necesitaron usar una escritura más conocida que la suya para entablar relaciones con sus vecinos, y adoptaron el alfabeto de los turcos uigures. Por fin llegó á prevalecer una escritura nacional inventada en 1269 por un lama á quien se dió por recompensa el título de «Rey de la Fe». Estas letras han servido para toda la literatura mongola actual, que se reduce á colecciones de leyes y ordenanzas, diccionarios, calendarios y sobre todo obras religiosas. Los mongoles escriben con un pincel en tablillas de madera pintadas de negro y las espolvorean con arena ó ceniza. Los libros litúrgicos están escritos en «enerkak» ó tibetano, idioma que se hizo sagrado para los mongoles desde su conversión al budhismo, como lo fué el sanscrito para los tibetanos en determinada época de su historia. Los sacerdotes mongoles, que desean conocer en religión algo más que un vano ceremonial, necesitan aprender el tibetano. El Tibet es la Tierra Santa de los mongoles. Creen al dalai-lama de Lassa como superior en divinidad al «tara-nat-lama» de la Mongolia. Sin embargo, este último está igualmente considerado como un «Burjan» ó «Budha vivo», que viene reencarnándose bajo diversas apariencias desde mediados del siglo xvi. En cada muerte sucesiva se ve obligado á ir al Tibet á realizar su transformación, y allí va á buscarlo solemnemente una embajada de sacerdotes que lo trae convertido en un niño. En otro tiempo el pontífice de la Mongolia residía cerca de la frontera china, en Kuku-Joto; pero fué asesinado en un conflicto que surgió sobre cuestiones de etiqueta con el emperador Kanghi, y por disposición soberana, tuvo que ir á renacer á Urga, en la Mongolia del Norte. Desde entonces hay obligación de enviar con anticipación los nombres de los «Budhas» elegibles al tribunal de relaciones extranjeras de Pekín.

Las principales divinidades mongolas, como las de los tibetanos, son de origen indio; pero las hay también nacionales y no son menos veneradas, aunque no se las concede un sitio tan preeminente en el santoral mongol. Tal es, por ejemplo, el dios Yamandaga ó «Rostro de Cabrón», al que representan con cabeza de este animal ó de buey, con una corona de cráneos humanos, vomitando llamas y llevando en sus veinte manos otros tantos miembros arrancados ó instrumentos de muerte. Está pintado de azul oscuro y su esposa de azul claro. Hay otros dioses vengadores, ó demonios, que son imágenes domés-

ticas, y á veces toscas muñecas de madera ó de trapos como las de los samoyedos. Están poseídos los mongoles de gran celo religioso. No hay trabajo á que no se sometan ni penitencias que no se impongan para alcanzar el perdón de sus pecados. Llevan su fervor al extremo de dar la vuelta exteriormente á sus templos midiendo el suelo á cada paso con el cuerpo, sobre el polvo ó el barro. Lo mejor de su fortuna pertenece á los ламас. Los templos y conventos que se levantan en territorio mongol son otras tantas demostraciones de la generosidad de los fieles. Los ламас que viajan pidiendo limosna en nombre del «Viejo Budha» son bien acogidos en todas partes. Su alforja bendita se llena pronto de lingotes de oro y plata y no tardan en regresar seguidos de una caravana de animales cargados con donativos para la construcción del templo. Los sacerdotes son los verdaderos dueños de la comarca, los únicos que, sin necesidad de trabajar, tienen asegurado su bienestar, bastándoles para ello acudir en horas fijas al templo cuando los llama el sonido del caracol marino. El número de los mongoles que se libran de la miseria ó de la esclavitud, entrando en las órdenes religiosas, es muy superior al de todos los sacerdotes de los demás países del mundo, incluyendo el Tibet. Dícese que constituyen un tercio de la población los ламас ú «hombres blancos», esto es, afeitados. No hay familia que no tenga por lo menos uno de sus individuos en el clero. En muchos distritos la mayoría de los padres destinan todos sus hijos á vestir los trajes amarillos y rojos de los ламас y no conservan más que uno para el vulgo de «hombres negros» ó cabelludos, que perpetúan la raza y apacientan los ganados. En ningún país se observan tan cuidadosamente las prácticas religiosas. Los chinos fronterizos podrán robar en el peso y falsificar la mercancía, pero no dejarán de envolverla con un papel donde estén escritas las palabrases de tibetanos y mongoles, *Om mani padmé um*, y presentarán al viajero la cuenta más disparatada, encabezándola con la misma invocación. El gobierno chino, que se ocupa muy poco de los bonzos de la China propia, protege el lamaismo mongol concediendo rentas á la mayor parte de los conventos. La política constante de la dinastía mandchúr consiste en aumentar el número de los ламас para evitar el aumento natural de población y hacer que los monasterios sustituyan á los antiguos campamentos de sus enemigos hereditarios. Esto, no obstante, subsisten los odios nacionales basados en la diferencia de costumbres y en la oposición de intereses. Las cajas de los comer-

cientes y prestamistas chinos recogen casi todos los ahorros de las tribus mongolas para pasar á las manos de los ламас.

Aunque extraordinariamente poblados los conventos de la Mongolia, donde se cuentan hasta 10.000 individuos pertenecientes á todos los grados de la jerarquía sacerdotal, no encierran toda la muchedumbre religiosa de la comarca. Gran número de ламас viven con sus propias familias; otros vagan sin rumbo fijo. Hay mágicos, independientes de la religión oficial, que gozan también de prestigio en muchas tribus y á éstos se acude para librar á los rebaños del «mal de ojo», para asegurar el buen tiempo, hacer que llueva, guiar las nubes y el viento, señalar el camino que debe seguirse en un viaje, curar á los enfermos, hacer enfermar á los sanos y también para hacer «que las almas cambien de sitio en el cuerpo humano». Lo mismo que en el Tibet, las mujeres, y sobre todo las viudas, se dedican también á la vida contemplativa; pero no son bastantes en número para constituir comunidades propiamente dichas. Desde fines del siglo último los desterrados y los colonos chinos han propagado el cristianismo en algunas tribus de Mongolia.

Refiéjanse en sus costumbres las diversas influencias mandchúr-china, tibetana ó turca, á que han estado sometidos los mongoles. Los mandchúr les impusieron, como á los chinos, la obligación de rasurarse la cabeza, dejándole una coleta, y han hecho prevalecer á mediados del siglo xvii la monogamia, siendo así que los mongoles, como sus vecinos mahometanos, podían antes tener varias esposas. En Mongolia, lo mismo que en China, los padres deciden de antemano el matrimonio de sus hijos, cuando los astrólogos les afirman que con éste se realiza una venturosa conjunción de astros. Se paga allí el precio de la compra, como entre los kirguises, y el novio mongol hace un simulacro de rapto como el turcomano. Las mujeres ilegítimas, que tolera la costumbre, se compran como en China, y sus hijos no tienen los mismos derechos que los de las esposas legítimas. Los entierros se efectúan con arreglo á la moda china cuando se trata de príncipes ó princesas. El cadáver queda enterrado en el ataúd, ante el cual ofrece la familia los sacrificios. Si es un prelado el muerto queman el cadáver, y sobre sus cenizas construyen un túmulo ó amontonan piedras, mientras que si son pobres ламас ó individuos del pueblo los que mueren, quedan abandonados en el suelo y devorados por las fieras, según la costumbre tibetana. Los perros acuden á olfatear á los mendigos viejos y enfermos que se dejan caer sin fuerzas en las

puertas de las tiendas, y forman parte de los cortejos fúnebres, siguiendo á los cadáveres cuando los sacan de los campamentos. Los cuervos encuentran abundante pasto en estos restos, y rara vez abandonan las mesetas de la Mongolia traspasando el límite de la Gran Muralla. Los chinos denominan estas aves Taze-kuantsaé ó «sepulcros de mongoles».

La parte de la «Tierra de las Hierbas» que suele llamarse «Mongolia interior» para no confundirla con la Mongolia exterior, y se extiende al Norte de los desiertos del Gobi, es ya, como hemos visto, china en más de su mitad. En otro tiempo la «Gran Muralla» era su verdadero límite. La frontera etnográfica coincidía con bastante exactitud con la línea de separación política, y al mismo tiempo con la delimitación geológica que forman las rocas cristalinas. Pero los chinos salvaron hace tiempo el muro que los encerraba, ocupando en la vertiente meridional de la meseta todos los valles fértiles y los sitios favorables al comercio. El conjunto de tierras, conocido con el nombre de Kouvei ó «Fuera de Puertas», es ya país chino, y con razón ha sido incorporado recientemente á la China propia, formando parte de las dos provincias de Xañsi y de Pechili. Fué el punto de partida para esta colonización de «Fuera de Puertas» la construcción de algunos fuertes, donde deportaban en tiempo del emperador Kanghi á los criminales y los reos políticos. A esta emigración forzosa se unió poco á poco la colonización voluntaria, que ha ido creciendo, desde mediados del siglo XIX. Uno de los principales motivos de la inmigración en el territorio mongol es la tolerancia de que disfrutaban los cultivadores de la adormidera. Mediante el pago de una multa de 80 francos próximamente por hectárea, el labrador chino siembra el grano prohibido y puede obtener el opio en buenas condiciones. Es verdad que todos los años acuden los mandarines haciendo publicar á son de *tamtam* unos pregones prohibiendo dicho cultivo, pero este paseo no tiene otro objeto que cobrar el mencionado impuesto que equivale á un soborno. Hormiguea la población en estas comarcas. Aun en la China propia no se encuentran muchas regiones donde las ciudades ofrezcan mayor animación, el comercio más actividad y los caminos mayor movimiento de viajeros. Al descender de la meseta de la Mongolia, asombra el contraste. A las sombrías soledades suceden los ricos cultivos, los pueblos de agradable aspecto y las bulliciosas muchedumbres.

En este conflicto de razas las dos nacionalidades evitan con-

fundirse. Mientras que en la Mandchuria los chinos se asimilan rápidamente á los indígenas, imponiéndoles su idioma y sus costumbres, con gran dificultad logran modificar á los mongoles. Así que los colonos chinos se establecen en un terreno, cuya propiedad continúa siendo de los indígenas, éstos levantan cuidadosamente sus tiendas y las trasladan á los terrenos incultos para permanecer con sus caballos y sus rebaños alejados del roce de la civilización. Además, las faenas agrícolas les están prohibidas, porque en su calidad de soldados del emperador deben estar siempre dispuestos á partir al primer aviso y vivir únicamente de su paga y del producto de sus rebaños. Muchas tribus se dejan empujar paulatinamente hacia el desierto, prefiriendo esto á adoptar el género de vida de la raza invasora, y consideran como una afrenta las alianzas que alteran la pureza de su sangre mongola. Sin embargo, la acción lenta de los chinos que viven en el territorio de «Fuera de Puertas», ha concluido por transformar las tribus mongolas más próximas, influyendo en sus usos y costumbres. En algunas de estas tribus abundan los mestizos de colonos chinos y madres mongolas, y se les designa con el nombre de *erlitza*. Sobre todo los *tzajar*, ó sean las «gentes del país limítrofe», casi se han convertido en chinos. Les parece de buen gusto imitar las costumbres del Celeste Imperio y prefieren la vida de las grandes ciudades á la salvaje libertad de sus compatriotas.

Para asegurar la posesión tranquila de la Mongolia, el gobierno chino no ha usado hasta ahora de otros medios que dividir la raza en tribus enemigas y halagar la vanidad de los jefes, haciéndoles emparentar, por medio de casamientos, con la familia imperial. Los principes, descendientes casi todos de Jengis-Khan, ó, por lo menos, pretendiendo serlo, usan diversos títulos hereditarios, equivalentes á los de rey, duque, conde ó barón. Se reservan su autoridad para los asuntos locales de escasa importancia, pero tienen el deber de transmitir á las autoridades chinas todos los negocios graves, dependiendo, en realidad, del gran sacerdote de Urga y enorgulleciéndose con el calificativo de «Discípulos del santo del Gran Kureñ». Reúnense anualmente bajo la presidencia de uno de los suyos, constituyendo una asamblea general que elige este jefe, pero cuyo nombramiento debe ser confirmado por el gobierno central. Sus resoluciones no tienen fuerza legal mientras no sean sometidas al gobernador chino y obtengan la debida aprobación.

El emperador, soberano y juez á un tiempo, destituye al jefe

que le desagrada; pero exige, por costumbre, que el sucesor ha de pertenecer á la familia del príncipe destronado. La independencia es allí una palabra vana, puesto que los jefes están pensionados, variando su sueldo, á voluntad del emperador, entre 750 y 20.000 francos anuales. Lejos de aumentar las rentas del tesoro chino, la Mongolia le cuesta sumas de gran importancia, porque el impuesto pagado por los nómadas en camellos y en caballos se destina á los príncipes y á los ламас. Es cierto que en épocas determinadas los vasallos envían solemnes embajadas con presentes al «Hijo del Cielo», pero éste devuelve generosamente su valor en sedas, trajes y alhajas. Los mongoles no están directamente obligados á pagar ningún tributo á la China, pero sí á prestar el servicio militar. Desde la edad de diez y ocho á la de sesenta años todos los hombres forman parte de la caballería imperial. Con frecuencia los príncipes se olvidan de pasarles revista y de inspeccionar su número y estado, y el ejército mongol tiene una existencia ficticia. Todo lo más que se podría reunir de él sería una décima parte.

El país de los жалас, que ocupa más de la mitad de la Mongolia exterior, se divide en cuatro kanatos, que son: del Norte ó Тухету, del Este ó Тсетien, del Centro ó Сайноин y del Oeste ó Yesaktu. Las tradiciones prohíben á las diversas tribus traspasar los límites de estos kanatos en las emigraciones anuales. En la Mongolia del Sur y del Este el país se divide del mismo modo entre los suniutos, гокиктенос, баринос, найманос, кортсинес y картсинес, учумсинес, униотес, яаротес, туметес, ахжанарес, дурбанес y los ocho departamentos de los тајајарес. Las divisiones administrativas del país coinciden con las militares. Cada agrupación de 150 soldados forma un escuadrón; seis escuadrones, un regimiento; un número indeterminado de regimientos que varía, según las provincias, constituye un жoxун ó «bandera», división que corresponde á la agrupación natural de una tribu. La reunión de varios жoxун recibe el nombre de аймак ó cuerpos de ejército, que varían mucho en número é importancia.

Agrúpanse naturalmente las ciudades más importantes de la Mongolia en la región Sudeste, ó sea en la de «Fuera de Puertas» que habitan los chinos. Existen, no obstante, algunos pueblos en la parte septentrional de la Tierra de las Hierbas, que no dejan de tener importancia como puntos donde convergen los caminos, y como centros mercantiles. Una de éstas es la ciudad de Kobdo, situada á más de 1.200 metros de elevación.

sobre una meseta del Altai mongol, cerca de la orilla occidental del gran lago de Kara-su, es el depósito de los mercaderes rusos que vienen de las minas del Altai y del valle del alto Ir-tix. Al Este de Kobdo, en la misma meseta montuosa del Altai chino, pero á mayor distancia, existe otro centro mercantil, Uliasutai. Ambas ciudades presentan igual disposición; un recinto amurallado donde reside el gobierno y se encierran los soldados, y un barrio abierto «maima-cheñ» (barrio para la compra y venta), donde viven los comerciantes chinos. Los mongoles han establecido alrededor de los jardines sus viviendas, que aparecen diseminadas.

La verdadera capital de toda la Mongolia del Norte es la ciudad de Urga, el *Ta-kureñ* de los mongoles, es decir, «El Campo Grande» ó «Recinto Sagrado». Está situada en la vertiente siberiana de la Mongolia, en la cuenca del río Tola, cuyas aguas van por el Orjon á confundirse con el Selenga para perderse luego en el lago Baikal. Extiéndese al Norte una serie de colinas de pendientes suaves revestidas á trechos de abetos, y enfrente se destacan las escarpadas laderas de una verdadera montaña de 600 metros de altura, el Jan-ola ó «Monte Imperial», á cuyo genio se hacen todos los años sacrificios solemnes. La superficie que ocupa Urga es bastante dilatada. El «kureñ», propiamente dicho, que encierra uno de los tres palacios del *Yenson-tampa*, ó «Budha vivo» de la Mongolia, se extiende en un espacio de dos kilómetros al Norte del Tola. Es un laberinto de patios y callejones donde 10.000 lamas han plantado sus tiendas ó construido casuchas de barro dominadas cúpulas de los templos. En este recinto se encuentra también una especie de Universidad donde se cursan las facultades de medicina, teología y astrología. La ciudad mercantil ó «maima-cheñ», está al Este del «kureñ»; allí es donde residen los comerciantes chinos, en número de 4.000 aproximadamente, y donde acampan las caravanas rusas con sus camelleros. En este barrio se oye el lenguaje comereial, mezcla de mongol y de varios dialectos de China y de Siberia. Hay finalmente, otro barrio, el del consulado ruso, que sirve de almacenes para el té y otros productos. Parte de la llanura se ha transformado en un magnífico jardín que cultivan los chinos. Cada tres años, en el mes de Septiembre, se celebra una feria en Urga, á la que acuden de toda la Mongolia, y entonces acampan en el llano 200.000 individuos.

Karakorum, antigua capital del inmenso Imperio de los mongoles, está situada en la misma cuenca fluvial que la mo-

derna ciudad de los jaljas. Suele extrañar el ver que la residencia principal de los soberanos mongoles haya podido permanecer durante dos tercios de siglo en medio de las monótonas llanuras de la alta cuenca del Selenga, y que no haya sido inmediatamente trasladada á otra región más amena, á las márgenes de un río caudaloso ó á una llanura fértil; pero los soberanos mongoles necesitaban vivir en la estepa natal, desde donde pudieran realizar con facilidad sus frecuentes excursiones á las llanuras de la China por un lado, y á las del Asia occidental por otro. A principios del siglo xiv, terminada que fué la obra de la conquista, al dividirse aquel vasto Imperio en dominios de Oriente y Occidente, no hubo razón para que Karakorum continuara siendo la capital y heredasen su importancia otras ciudades como Pekín y Samarcanda. Las crónicas chinas del siglo vii de la era vulgar, hablan ya de Holin ó Jorin (*Karakuren*) ó «Campo Negro». Quizás Jengis-Khan estableció allí uno de sus principales campamentos; pero no llegó á considerarse como capital del Imperio hasta 1234, que fué cuando Oktai-Khan hizo edificar sus murallas. Longjumel y Rubruquis vieron en ella al khan Mongol en todo su esplendor, en la época en que lo rodeaban los aventureros de todas las naciones, budhistas, mahometanos y cristianos. Un jardinero de París, Guillaume, embellecía sus verjeles adornándolos con fuentes elegantes, de las que brotaba el vino, la leche, el kumis y la cerveza, cayendo en recipientes de plata. Aparte de esto, Karakorum no llegó á ser nunca una gran ciudad. Los muros, según los documentos chinos, medían cinco *li* ó sea dos kilómetros de circuito, y tres millas según Marco Polo, componiéndose la mayor parte de este espacio cerrado de palacios y templos en anchurosas plazas. Fuera de este recinto existían dos ciudades distintas, el «*mai-ma-cheñ*» de los chinos y el bazar de los musulmanes; pero estos barrios no tenían, al parecer, gran importancia. «La ciudad es inferior al barrio de Saint-Denis de París», decía Rubruquis. No es, pues, de extrañar que, abandonado por los khanes, el «Campo Negro» haya desaparecido inmediatamente. Durante mucho tiempo los nómadas jaljas fueron los que únicamente conocían el sitio donde estuvo la antigua capital.

Al Oriente de Urga, la región que recorren los ríos Kerulen y Jailar, no cuenta ciudades populosas, sino aldeas que tienen alguna importancia por ser capitales de aimak y sitios de reunión para los traficantes. Los más concurridos de estos mercados son Kerulen y Jailar, que toman los nombres de los ríos á

cuyas márgenes están situadas. El movimiento mercantil de estas aldeas favorece á los conventos budhistas que hay entre ellas.

Por un efecto natural, la gran actividad mercantil se ha dirigido al Sur de la Mongolia, donde los chinos «devoradores de tártaros» se han establecido en numerosas colonias y han fundado sus ciudades industriales. Uno de estos mercados de la Mongolia meridional es la ciudad de Sarchi. Al Oriente, Kueihua-cheng ocupa uno de los escalones inferiores de la meseta, junto á una pequeña corriente que desciende al Sudeste hacia Hoangho en el paraje en que este río, bordeando el territorio de los ordos, se encamina al Sur, Kueihua-cheng es Kuku-Joto ó «Ciudad Azul» de los mongoles, mercado donde afluye la vía comercial de Uliasutai, de Kobdo y de la Zungaria. Como todas las ciudades mongolas, Kuku-Joto es doble; tiene su parte militar y religiosa y su parte mercantil, separadas ambas por plazas y jardines.

Hasta fines del siglo XVIII fué la «Ciudad Azul» residencia del gran lama de la Mongolia, que hoy reina en el palacio de Uрга. En Kuku-Joto reside todavía un «jubilgán», y en esta ciudad se hallan las principales universidades búdicas de la Mongolia. En las escuelas y conventos de la ciudad sagrada se reúnen 20.000 estudiantes y lamas. Debe Kuku-Joto su principal importancia al tráfico de ganados; consistiendo su industria en la explotación de canteras de mármol y minas de hulla, en el curtido de pieles y en el tejido de pelo de camello. Casi todas las cuerdas de pelo de camello que se expiden á los mercados de Londres y New York, proceden de Kuku-Joto. Se ha calculado que representan anualmente el esquiteo de 200.000 camellos. La ciudad Azul es el principal depósito de las mercancías destinadas á Tien-tsin que salen de la ciudad china de Kalgán ó la «Puerta» en la Gran Muralla exterior. También se hace el comercio del té en pasta entre Hankou y la Siberia.

Todavía existen ruinas de bastante importancia al Este de la ciudad, próximas al borde de la meseta que domina los valles de la Mongolia interior. Son las de Jara-Joto ó «Ciudad Negra» y de Tsangan-Joto ó «Ciudad Blanca» antiquísima la primera, y construída la segunda á principios del siglo XIV para servir de capital al Imperio mongol. Esta última es la que visitó Marco Polo y que llamó Chagán-nor. En el mismo distrito, á 50 kilómetros al Este de Tsagán-Joto, se encuentra la al-

dea china de Sivantze, capital de las misiones católicas en la Mongolia.

Nó cede en importancia á Kuku-Joto la ciudad de Dolon-nor, situada á más de 1.200 metros de elevación, en el ángulo Sudoeste de la meseta, donde comienzan algunos cerros á indicar el principio de la cordillera del Gra-Jingán. Domina esta ciudad algunos de los pasos más practicables que bajan de la «Tierra de las Hierbas» hasta las playas del mar Amarillo. Debe su nombre, que significa «Siete Lagos» á los que ya desaparecieron cegados por las arenas del desierto. Los chinos la denominan Lama-miao ó «Sepulcro del lama», en memoria de un templo que hizo edificar allí el emperador Kanghi. No está amurallada, pero como todas las ciudades de la meseta se compone de dos barrios distintos, el de los templos y el de los bazares. Aunque Dolon-nor está poblada principalmente por chinos que acuden con el afán de enriquecerse á expensas de los sencillos pastores mongoles y es ante todo una ciudad comercial, no por esto carece de industrias. En ella se construyen con mucha habilidad estatuas y adornos de toda clase, en cobre dorado ó en hierro, para los templos y conventos de la Mongolia. Ejemplo es la magnífica imagen de Budha, de más de 10 metros, que se admira en el gran templo de Urga, y que, hecha en Dolon-nor, se transportó á través del Gobi.

A unos 40 kilómetros al Norte del Dolon-nor se halla la solitaria población de Xangtu ó la «Corte Superior» que sustituyó á la «Ciudad Blanca» y á Karakorum como residencia de los kanes, y donde Kublai erigió el palacio de mármol y el de bambú descritos por Marco Polo. Debe el nombre que ordinariamente le dan los mongoles de «Ciudad de los Cientos ocho templos», á los edificios religiosos que en ella se veían en otro tiempo, tan numerosos como los volúmenes sagrados del Kanyur y como las cuentas del rosario. Pero dichas construcciones se convirtieron en ruinas, y la doble muralla que rodea estos restos aparece cubierta de hierbas y matorrales. Todas las viviendas que han reemplazado á la ciudad, se reducen á un pequeño monasterio, fuera de la ciudad antigua, y algunas tiendas de mongoles á orillas del río. Al Norte y al Oeste de Xangtu, se ve un espacio cerrado por muros llenos de hierbas, que mide unos 12 kilómetros cuadrados de extensión, probablemente el maravilloso parque de que habla Marco Polo. Pero nada queda ya de las fuentes y ríos artificiales, praderas y florestas que describe el ilustre viajero veneciano.

Mucho más extenso era el parque de Yehol en la región baja de la Mongolia interior. Poblado de animales salvajes, comprendía en sus millares de kilómetros cuadrados, todos los valles y los cerros que se extienden desde la meseta mongola hasta la empalizada de la Mandchuria. Allí pastaban 10.000 caballos blancos, sin mancha alguna, que debían entregarse como tributo al emperador Kanghi, reservándose la leche de las mejores yeguas para los individuos de la familia imperial y otros privilegiados, únicos que podían beberla.

El templo principal de esta residencia es igual al que se eleva en Lassa sobre la montaña de Potala. A unos cien kilómetros al Este de Yehol, se encuentra Paku ó Pingchuen-hien, calle de huertas y jardines de ocho kilómetros de longitud que puede considerarse como el centro de la industria sericícola en la Mongolia interior. Hada ó Chifeng-hien, situada mucho más al Norte, en la cuenca del río Xara-muren, es también una ciudad mercantil muy frecuentada por los negociantes de pieles, que compran allí las de tigre y de otros animales. Al llegar á ella ya se encuentra el viajero en los confines de las regiones del Norte, poco pobladas, aunque existen en ellas algunos monasterios. En esta parte de la Mongolia interior hay un «yeyen-suma» ó templo de Budha vivo, donde viven más de 5.000 religiosos.

VII

La Mandchuria.

La Mandchuria, ocupada por Rusia hace pocos años, fué la causa principal de su guerra con el Japón. Separan al Sudeste el territorio manchúr de la Corea, montañas y terrenos desiertos. Las aguas del mar Amarillo bañan al Sur la provincia de Laotung; pero al Oeste, por el lado de la Mongolia, no hay frontera natural que limite la Mandchuria. En otra época marcaban unas «valladas de sauces» la línea de separación entre esta parte del territorio mongol y la Mandchuria meridional; pero hace ya mucho tiempo que desaparecieron estas barreras. Los indígenas muestran algunos grupos de árboles, restos, según ellos, de las plantaciones hechas en épocas de Kanghi; pero es imposible descubrir plan alguno de demarcación en estos bosquecillos de ambos lados de la antigua frontera en las dos pro-

vincias mandchures de Mukden y de Guirin. Es probable que estas barreras de árboles y estacas, construidas en otro tiempo por chinos, japoneses y coreanos, no tuviesen importancia estratégica alguna porque nunca ha sido posible su defensa; mejor puede creerse que formaban una especie de recinto religioso protegido por los genios de la comarca. Antiguamente las diversas incursiones de las tribus mandchures y mongolas por ambos lados de la frontera natural que forma el Gran Jingán, trazaron la frontera convencional entre la Mongolia y la Mandchuria. Pero esta oposición de unas tribus á otras ha perdido por completo su importancia, pues lo mismo mandchures que mongoles han tenido que retroceder ante los chinos, que no cesan de avanzar de Sur á Norte y constituyen ya la parte más numerosa de la población. Probablemente sólo una duodécima parte de los habitantes de la Mandchuria pertenecerá á la raza que le dió su nombre.

El territorio mandchúr se divide, naturalmente, en dos vertientes opuestas: una que desciende al Norte hacia el Amur y sigue á este río en su dirección al mar de Ojotsk; otra que mira al Sur dirigiendo sus aguas á los golfos del Liaotung y la Corea. Separa estas vertientes un suelo poco elevado que va á unirse por el Este con la meseta mongola, por las estepas de suave pendiente del Gobi oriental, presentando en muchos parajes el mismo aspecto que la «Tierra de las Hierbas». En sus dilatadas soledades hállanse depresiones donde se estancan los arroyos sin salida que bajan de las cumbres del Jingán. Pero en ambos lados de esta divisoria se nota una gran diferencia entre la Mandchuria del Norte, que forma parte del mundo siberiano, y la del Sur, que por su clima, cultivo y habitantes pertenece á la China.

Visto el Gran Jingán por el lado oriental desde las márgenes del Nonni, parece más imponente que desde el Oeste, donde su base queda confundida con la elevada meseta mongola. En esta cordillera hay volcanes, activos en otro tiempo, que elevan sus conos sobre las profundas gargantas, pobladas de corpulentos árboles, y socavadas poco á poco por los afluentes del Nonni. También se alzan en las llanuras surcadas por este río otros antiguos conos de erupción cubiertos en otros tiempos por las aguas de los lagos que desaparecieron. En el valle del río Udelín, tributario del Nemer, que afluye á su vez en el Nonni, entre Merguen y Tsitsijar, se ve una agrupación de cerros de origen volcánico, designado por los mandchures con el nom-

bre de Uyun-Joldongui ó los «Diez Oteros». En 1720 conmovieron el suelo fuertes terremotos, á los que siguió á principios



Jefes de bandera manchures. (Dibujo de Franishnikoff.)

del año 1721 una violenta erupción que duró más de un año. Los cinco enviados imperiales que en diferentes épocas visitaron esta región ardiente, describieron con toda exactitud los fe-

nómenos de la erupción. No están hechas con tanta precisión las descripciones relativas á la aparición del Monte Nuovo en la orilla septentrional del golfo de Nápoles como las de los observadores chinos del Uyun-Joldongui. Sobre la hendidura del suelo, por donde brotaron vapores y lavas, se elevaron dos conos, de los cuales el mayor mide más de 250 metros sobre la llanura, y su cráter tiene más de un kilómetro de circunferencia. Arrojó aquel volcán cuatro corrientes de lava á muchos kilómetros de distancia, y una de ellas detuvo en su curso al río Udelin, transformándolo en vasto lago: otra avanzó entre las aguas formando una larga escollera entre torbellinos de vapor que tardaron meses en desvanecerse.

Al Norte de la cuenca, donde el Nonni recoge sus primeras aguas, existe una zona montañosa que liga la cadena del Gran Jingán de Mongolia con la llamada ordinariamente por los rusos Pequeño Jingán, y que es el Dause-alín de los mandchures. Esta región montañosa que las sirve de unión, tiene diferentes nombres mongoles, mandchures y chinos. Entre Merguen y Aigun atraviesa á estas montañas un camino bastante frecuentado. En el punto más alto del camino, junto á un sitio despejado que cercan espesos bosques, hállase un templo chino donde se reúnen los viajeros de todas las comarcas del imperio que van á adorar sus ídolos. Los guardianes del santuario, desterrados del «Reino Florido», cuidan de favorecer á los viandantes, guiándoles por los senderos peligrosos á veces é inaccesibles en la primavera cuando las nieves se derriten y caen fuertes lluvias.

La principal cadena de la Mandchuria es la del Xan-alín, llamado generalmente por los chinos Changpei-xañ ó «Montaña Blanca Larga» á causa del brillo de sus piedras calizas y su corona de nieves. Las cumbres más altas hacia las fuentes del Sungari, miden de 3.000 á 3.600 metros de elevación, rebasando el límite de las nieves perpetuas. En su conjunto esta cordillera se desarrolla con bastante regularidad del Nordeste al Sudeste, desde la confluencia del Amur y del Usuri hasta el promontorio Liaoti-xañ, en medio de las aguas del mar Amarillo. En esta enorme distancia de cerca de 1.500 kilómetros, la cordillera principal cambia frecuentemente de nombre y tiende diversas ramificaciones entre los valles; pero conserva la dirección normal paralela á la de las demás grandes cordilleras de la comarca, ó sean al Oeste el Jingán y al Este el Sijote-alín del litoral ruso. Dícese que la Larga Montaña Blanca es de origen

volcánico y que en su centro existe un lago formado por un antiguo cráter, cuyos ribazos tienen 800 metros de altura. Los poetas mandchures, y el célebre emperador Kienlung entre ellos, ensalzan el Changpei-xañ, considerándolo como la patria sagrada de sus antecesores, á la par que la región más hermosa del mundo por sus pradéras, bosques, fuentes y ríos, por el aire que en ella se respira y por la claridad de su cielo. Las cadenas de menor importancia que se elevan sobre las llanuras entre el Xan-alin y el Jingán, están orientadas en sentido casi igual al de las demás elevaciones y repliegues del suelo en esta parte del Asia oriental.

Los dos ríos principales de la Mandchuria, aunque muy desiguales en caudal, se asemejan por la simetría de sus valles respectivos. Se desarrollan en sentido inverso y trazan ambos una semicircunferencia de asombrosa regularidad. El alto Nonni, rama principal del Sungari, corresponde al Xara-muren, que es el Liao-ho, y el bajo Sungari reproduce la curva del Liao-ho marítimo. Entre los dos avanza la meseta del Gobi oriental, cubierta de «tierras amarillas» y sembrada de estanques sin desagüe, deshaciéndose gradualmente sus últimos escalones al extenderse en valles divergentes.

Sabido es que el Sungari ó «Flor de Leche»—llamado así por el color de sus aguas—se considera entre los mandchures y los chinos como el río principal de la cuenca que forma con el Amur. Por la orientación de su valle parece el Sungari el río más importante, aunque probablemente el Amur le supere en longitud y en caudal de agua. Sólo en verano es aquél más abundante que su rival al derretirse la nieve de las Montañas Blancas. El limo que arrastra, y que hace perder la transparencia á las aguas del Amur, pasado el punto de confluencia, le da cierta superioridad por el reflejo blanquecino que presta á sus aguas. En ciertos parajes tiene más de dos kilómetros de anchura entre sus orillas cenagosas, donde las golondrinas anidan á millares. En tiempo de crecidas, el Sungari es un mar agitado cubierto de islas, donde se refugian á bandadas ánades, cisnes y patos. En el laberinto de canales que forman aquéllas se pierden las lanchas buscando la verdadera orilla.

Como vía histórica para atravesar el continente, tiene el Amur más importancia que el Sungari, puesto que por él han llegado las embarcaciones de los rusos hacia el Océano Pacífico y por él se une la Siberia oriental con el resto del imperio; pero atraviesa verdaderos desiertos en comparación con los valles

que baña el Sungari hacia la mitad de su curso. El movimiento mercantil es mucho mayor en el río mandchúr, pues los barcos difícilmente se abren paso por entre las flotillas ancladas junto á las ciudades más populosas. El Sungari es navegable lo menos en una longitud de 1.500 kilómetros para los buques de un metro de calado, desde la ciudad de Yiren hasta la boca del Amur. También es navegable el Nonni ó Sikiang para barcos de aquel calado hasta Tsitsijar, así como el río Kurka ó Mutanho, que se une al Sungari en Sansing. Pero el tráfico de estas vías fluviales no puede tener más que una importancia local. El gran rodeo que hace el Sungari en dirección Oeste entre Yiren y Sansing, retarda tanto el transporte de mercancías que casi todas las expediciones se hacen directamente por tierra.

El Xara-muren ó «Río Amarillo», que nace en las mesetas de la Mongolia y costea al Sur la desierta meseta en que descansa la base oriental del Jingán, sólo es navegable en épocas de crecidas, más abajo del sitio donde se interna con el nombre de Liao-ho en la provincia completamente china del Liaotung. En la parte inferior de su curso tiene profundidad bastante para admitir buques de unos tres metros de calado, y á favor de la marea, que suele subir hasta tres metros y medio, pasan la barra de Liao-ho y llegan hasta el puerto de Yinkoa. Los aluviones del río han ido formando la llanura á expensas del golfo del Liaotung. Desde los tiempos históricos se sabe que las tierras avanzaban, pues según la tradición, la ciudad de Ninchuang estaba situada en la misma embocadura del Liao-ho. Indudablemente de siglo en siglo ha ido creciendo con esta invasión la distancia que la separa del mar, y se encuentra hoy rodeada de terrenos pantanosos que gradualmente se van haciendo buenos para el cultivo. Los acarreos del río, ayudados quizá por una elevación general del terreno, han sembrado el fondo del golfo de Liaotung de bancos é islotes que hacen muy peligrosa su navegación. La cuenca del Liao-ho ha tenido en todo tiempo gran importancia como vía histórica. Por ella descendieron los mandchures hacia el litoral del mar Amarillo para invadir la China, y sirvió de camino á los ejércitos chinos que subieron al Norte hacia el Sungari y la frontera de Corea. En todas épocas, los emperadores han hecho vigilar cuidadosamente la cuenca del Liao-ho, viéndose en ella, cerca de la ciudad de Mukden, restos de murallas y fortalezas con cierta importancia estratégica.

La Mandchuria ofrece muy variado aspecto con sus desiertos, praderas, campos y espesos bosques. El espacio de 100.000 kiló-

metros cuadrados que se extiende al Este del Gran Jingán, desde el Xaramuren hasta el pie de los contrafuertes del Dause-alin, depende de la Mongolia, y á veces suele recibir el nombre de Gobi oriental. La elevada muralla que al Sudoeste forma el Xan-alin, detiene los monzones impregnados de lluvias que vienen del Pacífico, reteniendo sus vapores. Bajo esta corriente aérea, privada de humedad, que sólo alterna con los vientos del Nordeste, aún más secos, el suelo ha de ser forzosamente árido, y las aguas que en él se derramen sólo pueden dar origen á canchales salitrosos. Entre esta región de las estepas y aquella en donde los monzones vierten libremente sus aguas produciendo una poderosa vegetación, se observan todas las transiciones de clima y de terreno. En la cuenca del Sungari hay dilatadas praderas parecidas á las que se ven á orillas del Amur. Crece en ellas la hierba hasta unos tres metros de altura, confundiendo con el follaje de los arbustos, y es necesario abrirse camino con el hacha ó seguir los senderos que trazan las fieras. Las montañas del Norte son verdes hasta la cumbre: los valles están cubiertos de bosques y tal es la frondosidad de las encinas, olmos y sauces, que se puede caminar durante horas enteras á su sombra sin que penetre un rayo de sol por entre la tupida bóveda de ramaje. Desde algunas elevadas cumbres se contempla un mar de verdura que se pierde á lo lejos dilatándose de valle en valle y de montaña en montaña hasta confundirse con el horizonte. Tan espléndida es la vegetación en determinados sitios de la cuenca del Sungari, que puede competir con la del archipiélago malayo. En la Mandchuria meridional, donde la agricultura aprovecha casi todas las tierras fértiles, la vegetación arborescente es menos espesa que en la cuenca del Sungari, terminando en cresta ó en peladas pirámides gran parte de las montañas del grupo que avanza entre la bahía de Corea y el golfo de Liaotung, y viéndose también alguna que otra duna en la playa de las bahías.

Tanto la Mandchuria china como la rusa constituyen, por su flora y su fauna, una zona de transición entre la Siberia oriental y la China propia. Árboles, arbustos y plantas bajas análogas á las europeas, dan á estas regiones un aspecto que recuerda el de Europa, contribuyendo á ello los frutales, los cereales, las legumbres y otras plantas cultivadas que se ven alrededor de las viviendas. Abundan también mucho las fieras en la Mandchuria, allí donde la Naturaleza conserva su primitivo carácter. Ocu'tanse las panteras entre espesos matorrales; el

tigre real ó el «señor» como allí le llaman, recorre todavía la comarca persiguiendo con frecuencia á los indígenas hasta las mismas aldeas, y la raza de estos formidables felinos no parece próxima á desaparecer, á juzgar por el número de pieles que se venden anualmente en los pueblos de la Mandchuria, algunas de las cuales miden tres metros de la cabeza á la raíz de la cola. Los lobos del país son también muy temibles, refiriéndose que en algunos parajes de la Mandchuria atacan con frecuencia á los hombres. A veces se ven bandadas de estas fieras cruzar corriendo por medio de un rebaño sin ofender á los corderos, pero arrojándose sobre el pastor. Son muy comunes en varios distritos otras especies de animales salvajes como jabalies, osos, zorros, gatos monteses y garduñas. En las selvas del Norte los cazadores persiguen á los gamos, ciervos y ardillas, y encuentran martas cibelinas con cuya piel adornan los mandchures sus sombreros. Por las estepas occidentales vagan manadas de antílopes. Aún, en nuestros días, á pesar de la invasión pacífica de los colonos chinos, la Mandchuria es el país por excelencia de los cazadores, y lo mismo que en los antiguos tiempos de constante lucha con las fieras, se considera la caza como un acto religioso. El que no sabe cazar es un impío. Las aves, que en su mayoría pertenecen á especies semejantes á las europeas de Occidente, son muy numerosas, así como los pájaros cantores. Viven multitud de cuervos junto á las casas de los mandchures, que los miran como representantes de sus abuelos, y diariamente les ofrecen sacrificios que estas aves devoran con alegres graznidos. Los ríos de la Mandchuria son también ricos en peces, viviendo poblaciones enteras de la pesca. En el Sungari, más abajo de Sansing, los salmones son tan abundantes y corpulentos que los pescadores utilizan su piel para hacerse trajes de verano, que sus mujeres adornan con bordados. Estos «hombres con piel de pescado», llamados «yupi-tatze» por los chinos, son goldos de raza tongusa como los del Usuri y los del litoral ruso.

Los manchures actuales reconocen como antecesores suyos á los niuchi; pero sólo una de aquellas tribus, residente en un valle de la larga Montaña Blanca, ha usado el nombre con que hoy se conoce á toda la nación. Excepto algunas tribus tongusas que vagan errantes por las márgenes de los ríos, como los solonos, dauros, goldos, manegros y orochones, no existen ya en Mandchuria nómadas ó tung-tatze (tártaros del Este), así llamados por oposición á los si-tatze (tártaros del Oeste). El país se ha convertido en chino. Hasta en el valle superior del Non-

ni, modificados lentamente los mandchures por la influencia china han abandonado la vida errante, viven en «fanzas» como los inmigrantes del Sur, poseen tierras de cultivo que generalmente arriendan á los chinos, y hablan el chino con los extranjeros. Entre todos los mandchures, los solonos son los que mejor han conservado sus primitivas costumbres. No son adoradores de Budha ni tienen más sacerdotes que los «chamanes», que hacen sus exorcismos y sortilegios alrededor de las piedras sagradas. Queman sus muertos y guardan sus cenizas en sacos de piel colgados en las ramas de los árboles que el viento balancea. Los dauros, que tienen hoy fama de ser los más valientes, pero también los más crueles entre los mandchures, son, por el contrario, servientes la naistas y cada familia tiene un sacerdote dedicado á su servicio.

A causa de esta mezcla de razas, que ha producido hombres más corpulentos y fuertes que los de la China central, existe un gran parecido entre los invasores chinos y los que todavía se denominan indígenas, siendo tal la semejanza que es necesario interrogar á los mismos individuos para saber si son chinos ó mandchures. Ni aun en la forma de los pies puede distinguirse á las mujeres de las dos razas, porque hay muchas de ambas razas que no quieren someterse á la tortura de la compresión. Entre todos los habitantes del Norte del imperio, los mandchures se distinguen por su cortesanía, benevolencia y cordialidad con los extranjeros. Aunque descendientes de los antiguos conquistadores de la China, tienen el buen gusto de no alabarse de ello ante los «Hijos del Cielo», no pareciéndose en esto á sus hermanos de raza, ó sean los insolentes mandarines chinos, enorgullecidos por la posesión del mando.

Los solonos, los dauros y otros mandchures del Norte, son alegres, dispuestos, valientes, como los tonguses de Siberia, y se asemejan también á los japoneses en la facilidad con que se asimilan las ideas de los demás y se adaptan al cambio de costumbres. Las diferencias producidas por la diversidad de religiones son menos importantes aún que las de razas en la Mandchuria.

Los mahometanos, que en ciertos parajes constituyen el tercio de la población, habitan generalmente aldeas ó barrios aislados, verdaderos clanes, y siendo de raza china no se mezclan para nada con sus compatriotas de otras religiones; el emperador sufraga los gastos de sus casamientos y entierros. Desde el punto de vista militar, están agrupados los mandchu-

res en ocho tribus, designadas por los nombres de Paki ú «Ocho Banderas». Antes de 1873 no usaban sus guerreros más armas que el arco y la flecha, siendo más aptos para la caza que para las expediciones guerreras. Todos los años deben satisfacer una especie de tributo, consistente en 2.400 ciervos y determinado número de martas cibelinas. Hasta en el ejército se ha mezclado con el chino el elemento mandchúr, ingresando en él multitud de inmigrantes del Xañtung al efectuarse la conquista, y designándose á estos colonos militares con el nombre de Tsi-yen ó «Gentes de las Banderas».

No tardaron mucho en desaparecer los rasgos originales de la raza mandchúr. Su idioma tiende también á acabarse en breve plazo. Los niños mandchures que frecuentan las escuelas acuden casi todos á los establecimientos chinos, donde estudian los cuatro libros de Confucio y el «Libro de las Ceremonias». En el país mandchúr, hasta los nombres de las localidades se conocen bajo la forma china. Probablemente hubiera desaparecido ya el mandchúr como idioma escrito, si no mereciera un estudio especial por ser del mismo origen la familia imperial de China. Está considerado como una de las lenguas clásicas del imperio, y los que aspiran á ocupar los altos puestos del Estado tienen forzosamente que aprenderla, y su conocimiento es casi indispensable para los sabios que se dedican al estudio de la literatura china. Desde que la dinastía mandchúr gobierna el imperio, ó sea desde 1644, se han traducido al idioma de los conquistadores las obras chinas más importantes, y estas traducciones permiten resolver las dificultades que ofrecen los originales. El mandchúr es un lenguaje sonoro y de fácil comprensión, merced á la regularidad de sus formas y de su sintaxis.

Por su clima templado y la fertilidad del suelo, posee la Manchuria meridional gran variedad de productos agrícolas. Los chinos crían cerdos y cultivan el trigo, la cebada, el maíz, el mijo y otros cereales. Entre las plantas leguminosas cosechan especialmente «guisantes amarillos», de los que extraen el aceite para los usos domésticos, transformando sus residuos en pasta, que se aprovecha en China para abonar los campos. A pesar del frío riguroso de los inviernos y merced al calor del verano, obtienen además los colonos cierta clase de índigo, y cultivan el algodón y la vid; pero las cepas de esta última sólo quedan al aire libre durante el verano, pues desde fines de Octubre á principios de Abril están cubiertas con paja. Los labra-

dores plantan morales y encinas para criar diversas especies de gusanos de seda, que además de producir la preciosa fibra, son muy apreciados, pues se los comen como golosina de gusto exquisito. A semejanza de los habitantes de la Mongolia, los chinos de la Mandchuria no hacen gran caso de los edictos que prohíben el cultivo del opio, viéndose en todas partes campos de adormideras. Además, el tabaco mandchúr, sobre todo el de los alrededores de Guirin, es el preferido en todo el imperio. Los japoneses introdujeron en la Mandchuria el uso del tabaco, de donde pasó á la China en la época de la conquista, siendo al mismo tiempo los primeros fumadores del imperio. Algunos colonos chinos del valle de Usuri cultivan también el jengibre, que llaman los mandchures *orotha* ó «la primera de las plantas». En Mandchuria, como en China, se cree que ninguna otra tiene, como ella, la virtud de restablecer las fuerzas del hombre y curar sus enfermedades, y por esto se vende á peso de oro, y sólo los ricos pueden comprarla. Antiguamente monopolizaban los mandchures la recolección del jengibre, y con el principal objeto de impedir que los mandzis penetraran en las selvas donde más abunda, se construyeron las barreras de sauces. Hoy, por el contrario, los mandzis son los únicos que recogen la preciosa raíz, ya como cultivadores, ya como «cazadores de plantas».

En la margen derecha del Helung-kiang ó «Río del Dragón Negro», como los chinos denominan al Amur, por el color obscuro de sus aguas, sólo tiene la Mandchuria una ciudad, Aigun ó Aijun, muy superior en población á las demás de todo el valle del Amur. Extiéndese por la orilla del río, en una longitud de nueve kilómetros, comprendiendo sus huertos y arrabales. Sus caseríos, rodeados de árboles, y las agrupaciones de sepulcros de las inmediaciones forman una larga serie de construcciones siguiendo el río hasta llegar al pueblo de Sajalin, colocado frente á la ciudad rusa de Blagovexchensk, á unos 40 kilómetros al Norte de Aigun.

Aigun se relaciona con el resto del imperio por medio de la población de Meryen, situada en la alta cuenca del Nonni, en una región muy fértil, aunque desprovista de arbolado.

El valle superior del Sungari, más próximo á la China y en latitud más meridional que la provincia de Tsitsijar, está mucho más poblado, y tiene por capital á una gran ciudad, Guirin, que disfruta de admirable situación. Rodéala un anfiteatro de altos cerros poblados de árboles, y se extiende por las orillas

del Sungari, que en este lugar mide 300 metros de ancho, corriendo sus aguas por entre malecones y casas de madera sostenidas por pilares que forman un verdadero bosque. Designanla los chinos con el nombre de Chuan-chang, ó el «Astillero», porque allí se construyen *champanes* y otros barcos para la navegación del Sungari. Es la ciudad gran depósito de madera de construcción, que exporta por el río en grandes balsas. Explótanse minas de oro en las inmediaciones, que origina violentas riñas y homicidios, castigados con singular crueldad por las autoridades chinas.

En la vertiente meridional de la Mandchuria está la capital de tres provincias mandchuras, equivalente á Pekín por su rango administrativo, la ciudad de Mukden, ó sea el Xinyang ó Fungtien-fu de los chinos, situada en medio de campos sumamente fértiles, aunque sin árboles, y regados por un afluente oriental de Liao-ho.

En los alrededores de Mukden se dió recientemente la gran batalla entre rusos y japoneses, que decidió la suerte de la guerra en favor de estos últimos. No le dan sus habitantes el nombre mandchúr de Mukden ó «Florecente»; ordinariamente la llaman Tsin ó King, esto es, «Capital», y se la considera como ciudad sagrada, por haber residido en ella los antepasados de los actuales emperadores. Se conservan sus calles con mucho más esmero y aseo que las de Pekín, y se componen, como éstas, de tiendas, á las que concurre el público formando un cordón no interrumpido durante todo el día. En la parte Norte se extiende el gran barrio industrial de Pekuan (Barrio del Norte), donde se refinaba antes el oro importado de la Corea.

En el siglo XVIII los emperadores de la China no se desdeñaban de ir en peregrinación á Mukden, la ciudad sagrada por su dinastía. Después, cada diez años se llevaba á Mukden la «Sagrada Faz», ó sea el retrato del emperador, solemnizando mucho la expedición y prohibiendo todo tráfico durante la ceremonia, á no ser por fuera del camino.

Al Sur de Mukden se halla cerca del mar una de las regiones más pobladas y en que más abundan las ciudades. Vese á lo lejos Liao-yang, antigua capital, rodeada de murallas y dominada por su alta pagoda, famosa por sus fábricas de muebles y de ataúdes; más hacia el Sur, en un distrito rico en plantíos de algodones, está Haichung, conocido por las fuentes termales de sus alrededores; después se encuentra Niuchuang, cir-

cuida de extensas barriadas y sin río que pase por debajo de sus puentes.

El puerto del Liao-ho se encuentra á 44 kilómetros al Sudoeste, entre la populosa ciudad de Tienchuang-tai y la embocadura del río. Abierto al comercio europeo, pero cerrado por los hielos durante cuatro ó cinco meses al año, este puerto es de los que han visto aumentar su tráfico con más rapidez.

El puerto de Port-Arthur, creado modernamente por los rusos, tiene un valor extraordinario como posición militar. El sitio de dicha plaza por los japoneses ha sido recientemente uno de los hechos militares más notables. El Japón, dueño de Port-Arthur, ve asegurada su influencia en China de un modo irresistible.

La parte que mira al mar Amarillo tiene algunos puertos que frecuentan los juncos ó buques de cabotaje, como Pitzevoa, Tchang-ho y, sobre todo, Tayang-ho, situado en la boca del río del mismo nombre, cerca de la frontera de la Corea. Las embarcaciones de poco calado remontan el río unos 20 kilómetros hasta la ciudad mercantil de Takuxañ, cuyos vastos almacenes domina una montaña cubierta de pinos con dos templos en su cima. Takuxañ es la ciudad marítima por donde se exportan los productos de Siuyen, antigua población mandchúr famosa por sus canteras de mármol. La ciudad de Funguang-xañ, centinela de la frontera coreana, tiene también comunicación con el mar por Takuxañ y Tayang-ho. Tres veces al año se encuentran en esta población los mercaderes de la China y de la Corea para cambiar sus productos.

La «Puerta de la Corea», situada algunos kilómetros al Sur de Funguang-xañ, no es un arco triunfal digno de la entrada de un gran reino, sino una puerta cochera abierta en un muro y que por lo regular no usan los peatones ni los carros.

Al Oeste del Liao-ho, la supuesta «muralla de sauces», límite ficticio de la Manchuria, sólo deja á la población china una estrecha faja de terreno entre las montañas y la llanura. Singminton, en el camino de Mukden á Pekín, es un mercado muy concurrido. La ciudad de Faku-miñ ó «Fila de Sauces», guarda una «puerta» de Mongolia, el «Pas» Grande, que pone en relación directa el mundo civilizado con los Kortzin y los Korlos en el Gobi oriental. Aun menos imponente la puerta de Faku-miñ que la Puerta de Corea, se compone de unas estacas entre las cuales tienden una cadena durante la noche. Kuangning, situada al pie de las montañas que han recibido su nom-

bre, es una antigua ciudad, célebre en los anales de la dinastía mandchúr, pues guarda los sepulcros de los Liao, que reinaron en la China desde el siglo x al xi. De mayor importancia es Kingcheu-fu, que dista 20 kilómetros del ángulo Nordeste del golfo de Liaotung, porque no lejos de allí es donde se reúnen todos los productos de la Mandchuria, que luego siguen el litoral hasta la puerta de la Gran Muralla, en Xañhai-kuan. Oculta por las dunas que la rodean, no la ve el viajero hasta penetrar en ella, y es una de las ciudades más agradables del Imperio. Sus calles están muy pobladas de tiendas, y tiene un puertecillo próximo al que acuden muchos juncos. La ciudad más notable de la región es la que guarda la entrada meridional de la Mandchuria, en la extremidad de la Gran Muralla, al pie de los promontorios que los chinos designan con el nombre de «Montaña de la Tristeza» ó «Montaña de la Alegría», según la dirección de su viaje al partir ó al regresar á su patria. Esta plaza fronteriza, Xañhai-kuan ó «Puerta entre el Mar y la Montaña» se compone de tres ciudades distintas, separadas por murallas con puertas. La central es la mercantil, la más populosa; la del Este, oficial y militar, es menor y no tan animada, y la del Oeste, llamada también Ninghai, es residencia habitual de los inmigrantes chinos. Rodea las tres ciudades una muralla casi arruinada que se une á las dos de ladrillo, con torreones, que suben por la montaña de escalón en escalón hasta llegar á la altura de 1.200 metros. Más hacia el Mediodía está la «Gran Muralla» por excelencia, construida en la época de los Ming, aunque algunos trozos se suponen de época anterior. Por el lado del mar, se prolonga esta pared en unos cinco kilómetros, paralelamente á la orilla: se abre más adelante para formar una ciudadela y termina en una escollera contra la que se estrella el oleaje. Junto á una brecha abierta en la muralla hay un pequeño templo, conmemorando los sufrimientos porque tuvieron que pasar los desventurados trabajadores que construyeron la célebre muralla. Según la leyenda, una mujer, al descubrir el cadáver de su esposo entre otros infelices muertos en el trabajo, se suicidó golpeando con su cabeza el muro, y éste se deshizo, enterrando en sus escombros á la fiel viuda junto al cadáver de su esposo. «Aquella mujer es venerada (dice una inscripción del templo), pero el emperador Tsin será execrado eternamente.»

LA CHINA

I

El Imperio de Enmedio.—Sus religiones.

El nombre de «China» con que los europeos de Occidente designan el Imperio continental del Oriente asiático, no lo emplean sus habitantes. La dinastía de los Tsin, que con su nombre han dado origen probablemente al uso de la palabra india china, hace cerca de quince siglos que dejó de reinar sobre las llanuras del Hoang-ho y del Yangtzé-kiang. No menos desusado es entre los chinos el epíteto de «Celeste» atribuido á su Imperio. El vocablo Tien-hia, ó «Bajo el Cielo» de que se han servido sus poetas, se refiere al mundo en general, y no exclusivamente á la China. En lenguaje usual, los chinos llaman á su patria Chung-kuó, que quiere decir «Imperio de Enmedio» ó «Imperio Central», denominación que viene quizás de la preponderancia que lentamente fueron alcanzando las llanuras centrales sobre los Estados inmediatos; pero también pudiera atribuirse esta denominación á la creencia común á todos los pueblos del mundo de que su país es efectivamente el centro de las tierras habitables. Los chinos no se limitan, como las naciones de Occidente, á contar cuatro puntos cardinales en su horizonte, sino que añaden un quinto punto, el medio, y este medio es la China.

¿Dónde nació la primera civilización que con tan varios elementos ha llegado á constituir la gran nación china? Esta se daba á sí misma en otro tiempo el nombre de «Cien familias» y señalaba al Noroeste, indicando que más allá del Hoang-ho existe la región de donde bajaron los primeros grupos de colonos para expulsar ó dominar en las llanuras fluviales á otros pueblos menos civilizados.

Las poblaciones de la China, lo mismo que las de Europa, han tenido su edad de piedra, y en las colecciones del Asia oriental se encuentran instrumentos y objetos de todas clases

análogos á los de los períodos paleolítico y neolítico del Occidente.

Los chinos han dividido las edades anteriores á la civilización actual en tres épocas correspondientes á las de nuestros arqueólogos: «Fu-hi, dicen, fabricó armas de madera: las de Thin-ming eran de piedra, y las de Chi-yu de metal»; pero aún después de conocidas las armas de hierro, siguieron atribuyendo á las flechas de piedra un valor simbólico, y en manos del soberano se miraban como insignias del poder real.

La nación china ha pasado por una serie de progresos que corresponden á otros análogos en las naciones civilizadas de las demás partes del mundo; pero han sido más breves sus primeras evoluciones. Todavía se encontraban en plena barbarie los habitantes de Europa hace cuatro mil años, cuando los chinos escribían ya su historia. A pesar de la pobreza de estilo y de pensamiento; á pesar del fárrago de repeticiones de que está llena la colección de los anales chinos, es el monumento histórico más auténtico y completo que la humanidad posee. Por la antigüedad de las crónicas y la verdad de su relato, ningún otro pueblo tiene un tesoro comparable al que los historiadores chinos legaron al suyo. En él se encuentran consignados, tanto los sucesos políticos, como los fenómenos naturales. Y, sin embargo, aunque adelantados desde hace tantos siglos, distingüense los chinos entre todos los pueblos civilizados por la estructura aún rudimentaria de su lenguaje, permaneciendo bajo este concepto en un período de desarrollo correspondiente á nuestra época protohistórica de los arjos y los semitas. Todos sus dialectos se componen de un número muy corto de palabras monosílabas, que sólo expresan una idea general y no adquieren sentido determinado sino cuando entre todas forman la frase. En la oración se van colocando unas tras otras y entonces hacen oficios de nombres, adjetivos, verbos y partículas. La gramática se reduce á una sintaxis. La pobreza de vocablos de que adolece su idioma, obliga á los chinos, como á todos los pueblos que usan lenguas monosilábicas, á cambiar el sentido de la palabra, según la entonación con que se pronuncia. Esta variedad de pronunciaciones, unida á la pobreza de palabras, hace difficilísimo el idioma. Además su escritura se compone de unos 44.000 caracteres diferentes.

Los misioneros budhistas que convirtieron los chinos á su religión, intentaron en vano reiteradas veces introducir en el país alguna de las escrituras fonéticas del Indostán derivadas

del alfabeto sanscrito. También han empleado los misioneros cristianos el alfabeto latino para escribir cantos, plegarias y versos piadosos que los convertidos aprenden de buena voluntad, explicándoles antes su significación. Pero las letras de los alfabetos fonéticos, tan útiles para el lenguaje usual, no pueden servir para la lengua verdaderamente literaria del país, sino añadiendo puntos, trazos, guiones, acentos y signos que son más difíciles de entender que los caracteres actuales.

Tres religiones existen en China: budhistas, taoístas y discípulos de Confucio. Por deber de su rango, el emperador profesa las tres religiones y cumple puntualmente con lo que disponen los tres ritos. Aseméjanse estos diferentes cultos en el fondo mucho más de lo que podría suponerse en vista de las ceremonias, y más aún, con la lectura de las obras doctrinales. El «yu-kiao», religión de los chinos ilustrados, designada habitualmente con el nombre de Confucio, ha nacido del antiguo culto nacional. El taoísmo ó «tao-kiao», por su parte, olvidándose por completo de las elevadas doctrinas de su fundador, ha retrocedido á las supersticiones antiguas y casi se ha transformado en magia; finalmente, el budhismo ó «fu-kiao». á pesar de su origen extranjero, ha penetrado por completo en la corriente de las ideas nacionales y se han aceptado sus ritos.

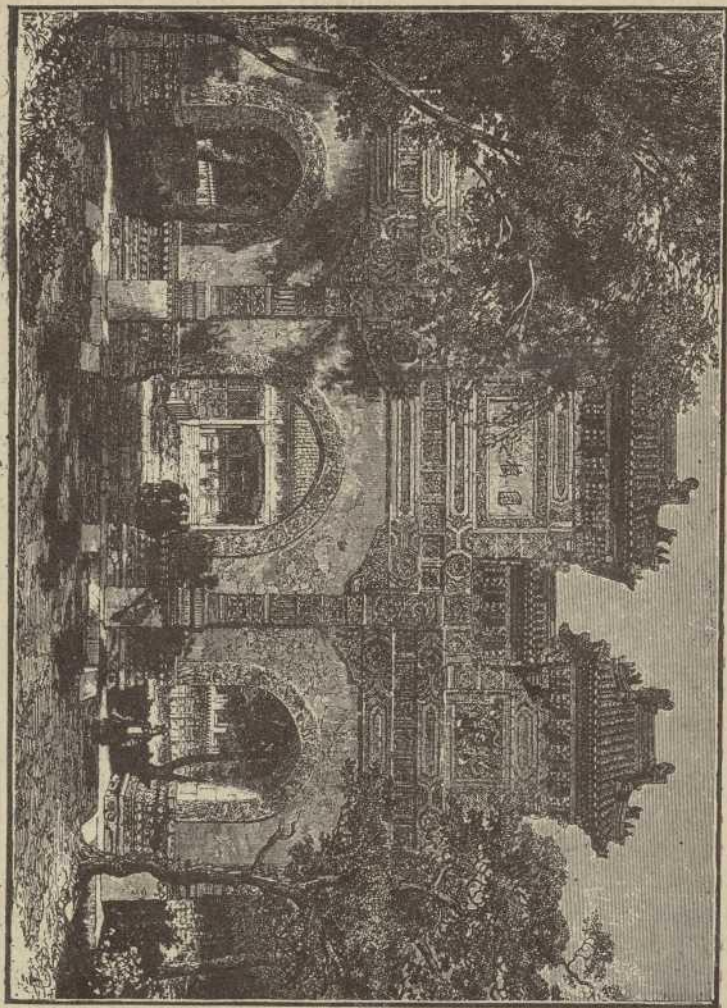
Casi nada de sobrenatural se encuentra en el culto de Confucio, á pesar de que este elemento tan importante papel suele desempeñar en casi todas las religiones: «¿Cómo he de pretender averiguar—dice Confucio—las cosas del cielo, cuando es tan difícil formarse una idea exacta de lo que ocurre en la tierra?» «¿Aún no has aprendido á vivir—dice á uno de sus discípulos—y ya piensas en lo que te podrá suceder después de la muerte?» Hombre mesurado como ninguno, llegó á ser Confucio el modelo de su nación. Moderados por naturaleza y por costumbre, sin fervor religioso y aficionados á mantenerse siempre en un término medio, los chinos se han visto reflejados en el sabio del Xañtung, y poco á poco ha ido éste elevándose al primer puesto en la memoria de su pueblo. La exactitud de los documentos históricos que dejaron sus discípulos y el género de vida que él hizo no han permitido adornar su existencia con mitos y milagros. Si no lo han convertido en un dios, su autoridad ha ido creciendo de siglo en siglo. Cuatrocientos años después de su muerte, era sólo honrada su memoria con el título de *kung* ó «duque»; ocho siglos después, bajo la dinastía de los Tang, fué nombrado el «primer santo» y se adornó su estatua con el tra-

je y diadema de los reyes. Reinando los Ming, la última dinastía china, fué declarado «el más santo, más sabio y más virtuoso director de los hombres». Al morir el sabio, se estableció una colonia de discípulos cerca de su sepulcro, declarándose vassallos de su familia. Otros fieles que no podían realizar una peregrinación tan larga como la que necesitaban emprender para visitar el lugar sagrado, construyeron en sus ciudades sepulcros simbólicos. Edificáronse en honor suyo 1.600 templos, y por último, se le reconoció solemnemente como «Señor de la nación». Nunca ha habido hombre que, sin ser considerado como un dios, haya inspirado tanto respeto. Cuando el emperador Hoangti, sintiendo celos por la gloria de los soberanos de otras épocas, ordenó la destrucción de los antiguos libros, y particularmente el famoso Xuking ó «libro de los Anales», compilado por Confucio, se arrojaron á las llamas, siguiendo á las venerandas obras del maestro, 460 letrados.

A pesar del culto de Confucio, han quedado muchas supersticiones populares para conjurar todos los genios que pululan en torno de los hombres y amenazan su existencia. Estas prácticas constituyen el *feng-xui*, que no por ser un culto irregular tiene menos importancia en la vida de la nación. El *feng-xui*, esto es, «viento y agua», es, según los chinos, «invisible como el viento, y como el agua, no puede cogerse». Pero esto, no obstante, se puede definir como el conjunto de ceremonias por las cuales el hombre conquista la voluntad de los espíritus que pueblan los aires y las aguas, es decir, la Naturaleza entera, desde los astros que caminan por el espacio hasta las almas errantes de los que murieron. Dos principios gobiernan el mundo, según los doctores chinos. El *yang*, ó principio masculino, corresponde al sol y preside el año durante la estación de los calores; es el de los presagios venturosos, el que hace crecer las plantas, los animales y los hombres. El *yin*, ó principio hembra, es el representado por la luna en el cielo y reina sobre la tierra en la época de los fríos; es el de los funestos augurios y anuncia la muerte. Nada puede existir, sin embargo, sin que se mezclen el principio de la muerte y el de la vida. Todo nace y se desarrolla merced á esta unión, y el que llegase á comprenderlos enteramente sería inmortal. En toda mansión china se ve la imagen de un tigre llevando el *taiki* ó cuadro donde se representa al *yang* y el *yin* uniéndose y compenetrándose dentro de un círculo mágico y rodeados de trazos de diversos tamaños que figuran ser los puntos cardinales y la Naturaleza

entera. Estos trazos son los famosos diagramas que sirvieron para escribir el *Yiking* ó «Libro de las Transformaciones», atribuido á Fohi y cuyo misterioso sentido tanto ha dado que pen-

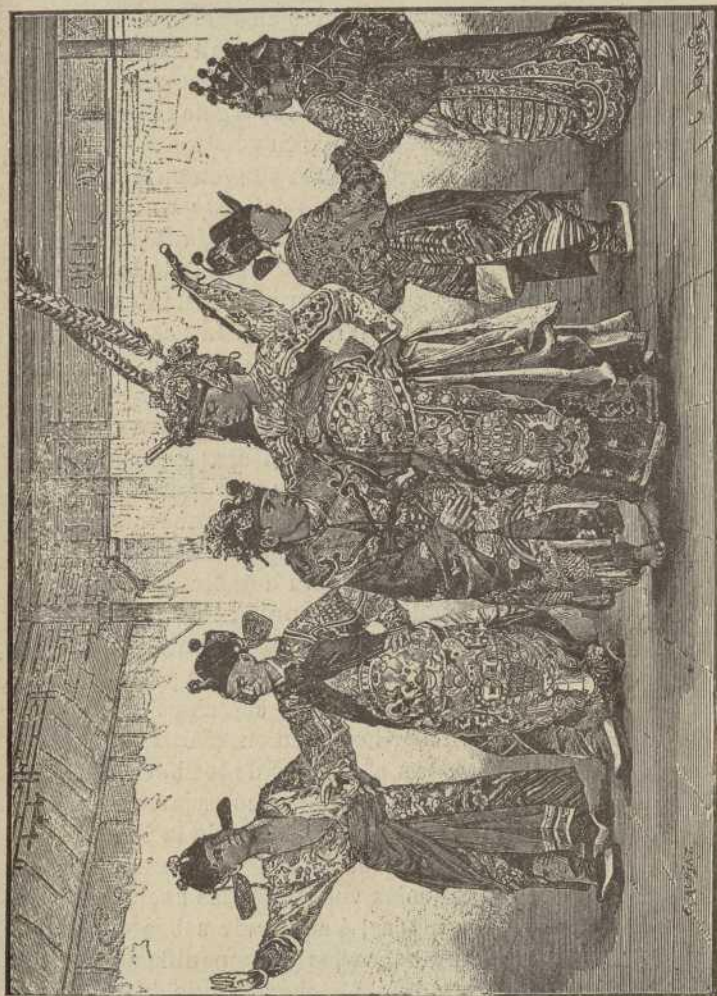
Templo de Confucio en Pekín: interior de los jardines. (Dibujo de Thérond.)



sar á los eruditos chinos y europeos. La biblioteca de Pekín contiene millares de comentarios de esta obra.

Los observadores fieles del *feng-xui*, deben usar toda su vida las prácticas de los conjuros. Los manes de los antepasados va-

gan entre los seres que llenan la tierra y los espacios aéreos en torno de la vivienda del chino y pueden influir favorable ó desfavorablemente en el destino de los vivos. A manera de otros



Grupo de actores de tragedia chinos. (Dibujo de Ronjat.)

pueblos, reconocen los chinos en el hombre tres almas distintas: una racional, que reside en la cabeza; otra pasional, que habita en el pecho, y otra material, cuyo sitio es el bajo vientre. De estas tres almas ó «huen», las dos primeras pueden quedar fijas, al morir el individuo, en la lápida conmemorativa y

en el sepulcro; pero la tercera huye por el espacio buscando otro cuerpo donde residir, y puede ejercer terribles influencias sobre sus parientes si éstos se descuidan en el cumplimiento de sus deberes piadosos. Los «huen» de los niños son más terribles que los otros, porque habiendo fallecido en estado de imperfección natural, es más difícil apaciguarlos con un culto regular. En la puerta de las casas y de las tiendas se queman perfumes que tienen la virtud de impedir la entrada á estas almas funestas y, en general, á toda clase de espíritus malignos.

Para la elección de sepulcro es más conveniente que para ningún otro acto ajustarse á las reglas del *feng-xui*. Por muy piadosos que sean sus parientes, si el alma del difunto se encuentra expuesta á las influencias funestas, tratará indudablemente de vengarse, traduciéndose su enojo en innumerables calamidades que afligirán á la familia imprudente. Los espíritus buenos ó malos «que se transforman en nubes», caminan incesantemente junto al suelo, y es muy esencial para todos los que trabajan en la superficie terrestre saber edificar los sepulcros y las casas, trazar los caminos, canales, canteras y pozos, de tal modo, que se favorezca el vuelo de los buenos genios y se evite el contacto de los malos. Como es difícil conocer todos los procedimientos que se han de seguir respecto á ese mundo infinito de genios, siempre que acaece un desastre se atribuye á la incuria ó á la ignorancia de los que profesan el *feng-xui*. En toda la China se ven con frecuencia minas y canteras que las autoridades locales mandaron cegar, porque las poblaciones se quejaron de su funesta influencia en las cosechas. Originanse pleitos entre vecinos por haber hecho en sus fincas respectivas algunas obras que interceptan el camino de los buenos espíritus. Es, pues, muy importante para ellos aconsejarse de quien sepa interpretar las misteriosas indicaciones de la Naturaleza, determinar las condiciones favorables de los vientos y de las aguas y convertir en influencias ventajosas las nocivas. Es suficiente, á veces, plantar un árbol ó construir sobre una eminencia una torre con techos cornudos y campanillas para que toda la comarca quede bajo el bienhechor influjo de una feliz conjunción de elementos. El Norte, de donde provienen los vientos polares, es también el lado de los malos genios; los buenos, acuden impelidos por el viento del Mediodía. Créese, generalmente, que las curvas sinuosas de los ríos y las suaves laderas de las colinas favorecen la prosperidad de una comarca, mientras que las bruscas revueltas y las rocas verticales son

una amenaza constante para las poblaciones vecinas. Conviene huir de la línea recta, que es la que siguen los malos genios; todo debe moverse con suaves ondulaciones como los vientos y las aguas. Por este motivo, al construir sus casas los chinos, levantan y redondean los aleros de los tejados. Con este procedimiento se desvían de la casa las malas influencias y van éstas á perderse en el espacio. Suele ocurrir á veces que las reglas del *feng-xui* están en perfecto acuerdo con las de la higiene. Así los chinos de Hong-Kong elogiaban á los médicos ingleses por haber hecho plantar filas de árboles entre un cuartel y unos terrenos insalubres, con arreglo á los preceptos de «los vientos y las aguas». En cierto modo, el *feng-xui* constituye los rudimentos de la ciencia natural en China, pues según los profesores, comprende el estudio del orden general de las cosas, de sus proporciones numéricas, de su vida íntima y su forma externa. Cuando ven los chinos al ingeniero europeo romper el suelo con zanjas rectilíneas, construir puentes oblicuos, horadar al sesgo las montañas, sentar inflexibles rieles de acero cruzando las calles de sepulcros, no pueden dominar su espanto. La ruda oposición hecha á los extranjeros cuando emprendieron la construcción de ferrocarriles en China, no fué tanto porque el gobierno temiese que los europeos se hiciesen dueños poco á poco del país, como por el tradicional respeto con que miran los chinos á la tierra que los sostiene, no pudiendo acostumbrarse á los procedimientos que usan nuestros ingenieros.

La religión fundada por Laotzé, que en sus primeros tiempos contrastaba en absoluto con la religión nacional de Confucio, ha concluido por volver á las supersticiones antiguas, y confundiéndose casi con las prácticas del *feng-xui*. Laotzé, en contraposición á Confucio, no estudiaba el pasado de la nación china para descubrir el modelo á que debería ajustar su conducta en el porvenir. Buscaba la verdad pura y no inquiría precedentes en la historia de los emperadores. Sin cuidarse de los espíritus buenos ó malos, ni de los manes de los antepasados, pretendía indagar la razón de las cosas, y su lenguaje, en cuanto puede adivinarse en el texto obscuro de Taote'-king, recuerda el de los filósofos del Occidente. Para Laotzé «la materia y el mundo visible no son otra cosa que manifestaciones de un principio sublime, eterno é incomprensible», al cual denomina Tao, es decir, «la vía, el camino de la salud». El hombre que sepa dominar sus pasiones podrá librarse, según él, de las sucesivas metempsicosis y llegar, desde su primera existencia.

á una dichosa inmortalidad por medio de la meditación. Tal fué la doctrina del gran místico y de sus inmediatos sucesores; pero, desfigurada al poco tiempo, los monjes taoístas pretendían poseer el secreto de la inmortalidad y preparaban elixires y brebajes para conquistarse el favor de los emperadores. La religión del Tao se confundió paulatinamente con la magia, y de la doctrina de Laotzé sólo quedó el nombre. Los sacerdotes taoístas, que en su mayoría guardan el celibato como los ламas budhistas, son los nigrománticos de la China, los que hacen girar las mesas y conjuran ó evocan los espíritus. No tienen dogma que los una y no constituyen un cuerpo religioso, siendo unos, verdaderos «chamanes» como los que viven entre los tonguses, y otros, astrólogos ó decidores de la buena ventura. Por lo regular, las personas cultas desprecian el taoísmo; y, sin embargo, los mandarines se ven obligados á practicar determinadas reglas de este culto, y aun en presencia del emperador se mezclan con el rito nacional ceremonias taoístas. El gran sacerdote del taoísmo, ó «doctor celeste», que pretende descender en línea recta de Laotzé, cobra un sueldo del Estado á cambio de amuletos, objetos piadosos y oraciones escritas en papel rojo ó verde que se reparten por toda la China.

La religión budhista, más fiel á su antigua doctrina que el culto del Tao, ha sabido conservarse mejor. Aunque extranjero por su origen, ha llegado el budhismo á ser, por lo menos en apariencia, la religión nacional en China, aunque bajo una forma que la aproxima extraordinariamente al culto primitivo de los genios y los manes.

La religión mahometana tiene también importancia en China, pues cuenta con unos 20 millones de fieles. Los misioneros cristianos de las diversas confesiones han hecho grandes propagandas en el Imperio; pero los chinos adoradores de Jesús forman el grupo religioso más exiguo, pues no llegan, ni con mucho, á un millón.

II

Costumbres de los chinos.

Es difícil juzgar en general las costumbres de los chinos y señalar el verdadero sitio que los «hijos de Han» ocupan entre las naciones civilizadas. La mayoría de los viajeros los ha juz-

gado en son de burla. Apenas hablan de los «Celestes», como se les llama por ignorancia, que no pongan de relieve su lado ridículo ó exageren sus defectos. Tan general es esto, que la mayoría de los occidentales se imagina siempre al habitante de las riberas del río Azul en forma de *chino de biombo*, con extraños y afectados movimientos y la eterna sonrisa en la boca. Los misioneros toman en serio al pueblo chino, por estar con él en incesante contacto y por los peligros que corren con mucha frecuencia; pero su carácter religioso les hace ver por todas partes el pecado, y generalmente suelen pintar á los chinos que se mantienen «paganos» como unos seres degradados y llenos de vicios.

Es natural que, comparándose con los «bárbaros occidentales», los chinos se atribuyan cierta superioridad, si no en la industria, por lo menos en la verdadera civilización; y si comparásemos sólo la apariencia exterior del pueblo, quizá se le podría conceder el primer sitio que reclaman. En parte alguna es más general que en China la urbanidad y la cortesía: en ninguna otra se dirige á las muchedumbres con mejor éxito un llamamiento hecho en nombre de la dignidad humana. Los chinos son naturalmente reservados, atentos, benévolos, y reina entre ellos gran fraternidad. «Todos los hombres de los Cuatro Mares son hermanos», dicen. Los viajeros europeos han podido cruzar de un extremo al otro las provincias más pobladas del imperio sin haber sufrido un acto de grosería, ni visto siquiera un gesto descortés. Verdad es que en otras provincias se tropieza muchas veces con la curiosidad indiscreta de las turbas, mas para hacerse respetar basta ponerse bajo la protección de un anciano. Entre la muchedumbre que circula por las calles de las grandes ciudades chinas, jamás se encuentra un borracho. Es necesario visitar las «concesiones» europeas, los puertos abiertos al comercio extranjero, para ver actos violentos en los que los chinos no toman parte alguna. El carácter chino se muestra con mayor ventaja en las escuelas. Puede afirmarse que nunca turban los discípulos el orden casi religioso de las clases, ni desatienden el trabajo que les señalan. Muéstranse allí lo que serán más tarde en la vida: dóciles, inteligentes, laboriosos é infatigables, y aunque tienen una seriedad superior á sus cortos años, no por eso dejan de aparecer alegres y contentos. En lo que el chino parece inferior al europeo es en su escasa iniciativa individual. Para salvar las dificultades de la vida sabrá ingeniarse como el europeo y alcanzar un porvenir,

pero en la lucha por la vida no abandona sus rutinarias costumbres, y cuenta más con su resistencia pasiva que con su audacia para vencer el destino. Por regla general los chinos no sienten grandes ambiciones, como lo atestiguan los refranes populares y los preceptos comunes de la moral. No les gustan las aventuras ni las bruscas alternativas de la vida. Pocos pueblos tienen menos cantos heroicos, ni conmemoran con mayor constancia las artes de la paz, y en particular el trabajo del labrador que tranquilamente ara la tierra. «Cuando salimos germinaban las plantas; cuando volvimos se habían ya secado. ¡Largo es el viaje y corto el alimento! ¡Cuánta desgracia inmerecida desde que me llamaron á las armas y tuve que abandonar el arado!» Tal es la letra que melancólicamente entona el labrador chino al ir soldado, en vez de las bélicas estrofas de cantos de Occidente.

Sabido es que en la sociedad china la idea de familia se ha constituido mucho más sólidamente que en las comarcas de Occidente. La nación entera, que antes fué designada por el nombre de «Cien familias», se considera como formando una sola, en la cual los lazos sociales se convierten en deberes de los hijos para con los padres. Toda la moral china se basa en el respeto filial, y el gobierno es sólo la extensión de la autoridad paterna, viniendo á representar en cierto modo un resto paleontológico del antiguo concepto patriarcal de la sociedad.

El chino no comprende como el europeo la moral de la libertad, la que concede á cada individuo su valor propio é independiente de la sociedad que le rodea. Solamente á la familia se le atribuye un poder político en el Estado. En tiempos antiguos, cuando se consultaba al pueblo, se contaban los sufragios por familias; y hoy, al tratarse de cuestiones municipales, sólo emite voto el jefe de cada familia. Cualquier otro sistema de votación parecería un crimen, porque el padre, soberano en su casa, es considerado como depositario de las ideas y los sentimientos de todos los suyos. Puede enorgullecerse con las virtudes de la familia y solicitar su debida recompensa; pero es también responsable de sus faltas y sobre él recae su castigo. Las grandes acciones del hijo ennoblecen al padre y á toda su línea de ascendientes, como los crímenes del mismo hijo degradan á todos sus abuelos. Estas costumbres patriarcales, que atribuyen á los padres una autoridad absoluta y obligan á los hijos á tenerlos una subordinación sin límites, están profundamente arraigadas en China y producen consecuencias desconocidas

en los demás países. Un golpe que dé el hijo á su padre ó á su madre, se considera como parricidio y el reo es condenado á muerte. En las comarcas pobres se ha visto con frecuencia á jóvenes sufrir la pena capital en sustitución de criminales ricos que estaban sentenciados. Tolérase tal costumbre para permitir que las víctimas ganen algunos miles de pesetas para sus familias. La ley sólo exige que se expie el crimen y le importa poco el nombre de la víctima; la justicia queda satisfecha cuando se ha cortado una cabeza. Los que se prestan á morir así á manos del verdugo, aparecen como buenos hijos y su sacrificio es sublime.

En los funerales de los padres exige la costumbre que los hijos manifiesten públicamente su dolor. El hijo mayor, principal heredero y jefe ya de la familia, ó en defecto de éste el sucesor ó hijo adoptivo, debe encerrar una de las almas del muerto en la tablilla conmemorativa de sus virtudes, quemar incienso en su obsequio y facilitarle el camino de la eternidad, proporcionándole abundante cantidad de dinero y barras de plata, así como vestidos, caballos, criados y barcos, todo de papel, en representación de lo que el muerto podrá necesitar en la otra vida.

El luto dura tres años para los padres y veintisiete meses para los personajes oficiales, habiéndose visto á hijos que, durante todo este tiempo, han velado en su casa el cadáver, durmiendo de noche sobre una estera de junco al pie del féretro.

Durante el luto, los chinos no pueden comer carne ni beber vino; les está igualmente prohibido presentarse en público ni desempeñar cargo oficial alguno. Si el difunto no se había anticipado á adquirir el féretro, en forma de tronco de árbol, que decora la mayor parte de las casas chinas, el hijo mayor debe comprar uno de tanto coste como lo permita el estado de su fortuna, citándose como ejemplos dignos de elogio los casos en que algunos hijos se han vendido como esclavos para comprar á sus padres una caja lujosa. Requiere, además, la costumbre que se lleven los restos de los muertos á su país natal; pero como sería difícil hacer una á una estas expediciones, generalmente se espera reunir cierto número de muertos para formar con ellos un convoy. Así, además de los cementerios y de los caminos ornados de sepulcros, véanse en muchos sitios, y principalmente en las alturas, necrópolis interinas, ciudades mortuorias que sólo encierran urnas funerarias y ca-

jas preciosamente adornadas con pinturas de flores, pájaros é instrumentos de música.

Es sabido que los chinos que mueren en el extranjero reclaman igualmente el envío de su cadáver á su patria, y que con este objeto las sociedades de socorros mutuos á que pertenecían los fallecidos llegan hasta á fletar buques para llevar la fúnebre carga. Colócanse en un templo especial las tablillas conmemorativas de los antepasados y de los infelices que murieron sin hijos, para tributarles los últimos honores. Todos los años, en el mes de Mayo, las gentes vestidas de blanco, en señal de riguroso luto, llevan á las tumbas y á los templos mortuorios, flores, frutos y otras varias ofrendas, que muy pronto devoran los pájaros ocultos en los árboles vecinos.

En estos parajes sagrados, donde á veces se reúnen millares de individuos pertenecientes á todas las clases de la sociedad, no hay distinciones de rango; únicamente los ancianos pueden reclamar cierta preeminencia. Casi todos los labradores y obreros conocen la historia de su familia, subiendo de generación en generación hasta los siglos remotos, y no sólo recuerdan los nombres de sus abuelos, sino también los actos que les hicieron acreedores á la memoria de la posteridad. Se sienten inmortales al leer en la historia de sus antepasados. Por esta causa, los que no tienen familia, se creen fuera de la sociedad. La principal causa del desprecio que los bonzos inspiran á los demás chinos, consiste en que rompieron los lazos de la familia ó fueron vendidos cuando niños á los conventos, y esto hace que apenas los consideren como hombres.

Es costumbre que sean muy cortas las ceremonias para el entierro de los niños, de los adultos solteros, de las mujeres ilegítimas y de los esclavos. Por lo regular, los pobres echan los cadáveres de sus hijos á los ríos ó á los muladares, ó los ponen á las puertas de sus cabañas, donde los enterradores van á recogerlos. A la vista de estos cadáveres abandonados, varios viajeros extranjeros han atribuido á la nación china la práctica del infanticidio, especialmente de las niñas. Pero nunca la opinión pública autorizó estos crímenes, ni el gobierno los amparó, como algunas veces se ha dicho. En la sociedad casi patriarcal de la China, considérase á los hijos, con la riqueza y la longevidad, como las «tres felicidades» de los padres de familia. No obstante, en ciertas provincias los pobres dejan á sus hijos á la puerta de los hospicios. El infanticidio de niñas es común en algunos de los distritos más poblados cercanos á Amoi, donde los

padres tienen la costumbre de ahogar á los recién nacidos en un cubo de agua fría. Estos asesinatos sólo deben atribuirse á



Un general chino. (Dibu o de Ronjat.)

la extremada pobreza, y quizás por esto los mandarines no los persiguen, limitándose á condenarlos en edictos que nadie lee. Saben los padres que la imposibilidad de dotar á sus hijas las

condenaría á la miseria ó á la deshonra, y por esto las dan la muerte, prefiriendo evitarles los infortunios de la vida, si antes no han conseguido venderlas como esclavas ó para mujeres futuras de algún niño de la vecindad. En estos casos, su precio en venta viene á ser de unos 10 francos por cada año de edad. Sabese además, que los misioneros católicos y protestantes recogen gran número de niños, destinados á aumentar la importancia de sus congregaciones, pero siempre subsiste la primera causa, la miseria, y ésta no deja de causar víctimas. En las aldeas del distrito de Amoi se perpetra el infanticidio claramente, siendo considerable la superioridad numérica de los hombres sobre las mujeres.

Es raro que los padres vendan á sus hijos; pero en cambio se destinan muchas niñas á la servidumbre. Las familias ricas tienen gran número de su propiedad. Formúlanse de un modo solemne los contratos de venta, generalmente en la calle, bajo la «mirada del cielo». La esclavitud de las mujeres es sólo temporal, porque su propietario debe buscarlas marido, y al casarse quedan libres en su nueva familia. Los hombres esclavos pueden también exigir, antes de cumplir los treinta años, que su dueño les proporcione mujer, y al convertirse en padres de familia sólo transmiten la esclavitud á parte de sus hijos. Las hembras quedan en libertad, pero los hijos permanecen esclavos hasta la cuarta generación. Generalmente se trata á los esclavos como á los demás criados de la casa, por lo cual los extranjeros no los distinguen de los hombres libres. Tienen derecho á instruirse en las escuelas, á presentarse á los exámenes, á entrar al servicio del Estado, y entonces su propietario debe permitirles su liberación y la de su familia. Respecto á las mujeres casadas, los maridos sólo pueden venderlas para esposas de otros, pero no como esclavas.

Existe en China un signo material que atestigua el estado de inferioridad en que se encuentra la mujer, y este signo es la mutilación de los pies que deben sufrir millones de mujeres, aún las que se dedican al trabajo. Según Lockhar, empezó á practicarse esta costumbre el año 925; pero debió extenderse con mucha lentitud cuando Marco Polo y otros viajeros de la Edad Media no la mencionan. Actualmente se halla tan arraigada, que en las provincias del Norte de la China, casi todas las mujeres la siguen, aunque hayan de trabajar la tierra ó de llevar carga.

La mutiación de los pies de la mujer es para los chinos

un signo distintivo de «buena sociedad», y ninguna joven puede aspirar á una casta superior si no se ha sometido á la tortura que imponen los jueces de la belleza femenina, transformando su pie en una «azucena de oro». Los mismos padres que censuran la costumbre, la practican con sus hijas para no exponerlas al celibato. A la edad de cinco ó seis años se ciñen con vendas los pies de las niñas, para doblar los dedos, levantar el talón y detener el desarrollo de los músculos y á que el zapato debe ser en forma de triángulo para que el pie parezca más pequeño y sólo tenga siete centímetros y medio de largo. La atrofia del pie alcanza también á la pierna, quedando la epidermis pegada al hueso, sin vestigio de pantorrilla. Ya definitivamente mutilada, la mujer no puede levantar un peso ni dedicarse á ningún trabajo fuerte. Le es imposible andar con soltura sino con pasos cortos y rápidos, balanceándose, ayudada por los brazos. Es el paso que los poetas comparan á las ondulaciones del sauce movido por el céfiro. Compréndese bien que esta enfermedad aumenta la dependencia de la mujer obligada á no abandonar nunca su casa. Sin embargo, en los campos las mujeres mutiladas trabajan sin aparente fatiga al lado de sus maridos.

Al constituirse la familia china, las leyes y la costumbre establecen con toda precisión la inferioridad absoluta de la mujer como hija y como esposa. Después de haber reverenciado á sus padres, debe reverenciar á su marido. «Si me caso con un pájaro—dice un canto popular—deberé volar con él; si me caso con un perro, seguiré su carrera; si me uno con un montoncillo de tierra, me sentaré á su lado para mirarle.» Todos los actos simbólicos de los esponsales y del matrimonio, recuerdan á la mujer que la mayor de las virtudes es la sumisión. Cualquiera que sea la conducta del marido para con ella, debe resignarse y obedecer en silencio, no pudiendo quejarse ante sus padres ni ante el magistrado para obtener justicia. A lo sumo, podrá ir al templo á colgar cabeza abajo una figurilla de papel que represente á su marido, y pedir á la «diosa de la Misericordia» que vuelva á su sitio el corazón de su esposo.

La esposa debe ser «como la sombra y como el eco». Cuando el marido escoge entre sus esclavas una ó más mujeres suplementarias, la esposa debe acogerlas con benevolencia y vivir en paz con ellas. Sólo el marido tiene derecho á divorciarse, y sin acudir á los jueces puede expulsar á su mujer bastándole acusarla de estar enferma ó ser charlatana. Sin embargo,

cuando está cansado de la mujer, prefiere por lo común deshacerse de ella vendiéndola mediante un contrato, con el que la sociedad nada tiene que ver. Finalmente, no ha desaparecido por completo de las costumbres públicas, la del suicidio de la viuda sobre la tumba de su marido. No se escoge para estos casos la pira ardiente de las viudas indias, sino el opio, el hambre, el ahogarse, el estrangularse ú otro medio parecido que permita á la esposa china ir á reunirse con su esposo. Anuncian su resolución anticipadamente, y de todas partes acuden los parientes, los amigos y curiosos para aplaudirla y fortalecerla. La mujer no cree tener otra existencia que la derivada de su marido, y si disfruta cierta libertad y el marido no abusa de sus derechos absolutos, débese todo á lo tranquilas que son las costumbres. Por una especie de galanteria nacional, fuera de las ciudades se elevan arcos de triunfo en honor de las doncellas y las viudas honradas. Los chinos conceden monumentos á sus mujeres á cambio de su libertad.

En la sociedad elegante de la China, acompañan al matrimonio y demás actos de la vida un sinnúmero de ceremonias, consideradas como indispensables, aunque sea desconocido su sentido simbólico. Es preciso advertir que *li* ó «ceremonial» de los chinos se refiere á las costumbres y á cuanto diferencia el hombre civilizado del bárbaro. El chino que respeta la tradición tiene deberes que cumplir en cada fiesta civil ó religiosa, en cada una de sus visitas ó sus recepciones. Sabe el número de saludos ó de genuflexiones que debe hacer; mide el largo del paso, la inclinación de cabeza, el parpadeo de los ojos, el timbre de la voz, la amabilidad de la sonrisa. Confucio, que sirve de modelo á toda la nación, se divertía en su tierna infancia saludando á sus camaradas con todo el ceremonial de las personas graves, les invitaba á sentarse cediéndoles respetuosamente el primer sitio, se prosternaba con ellos é imitaba los ritos que se celebran al hacer los sacrificios en honor de los antepasados. Un chino tiene derecho al título de *sabio* cuando entre sus conocimientos no falta el del ceremonial religioso y civil. «Todas las virtudes se derivan de la etiqueta» ha dicho el mismo Confucio.

Las muchas revoluciones que han agitado la China, pueban que debajo de esta masa formalista de letrados, que se divierte repitiendo máximas ó pintándolas en las paredes de las casas, se agita una muchedumbre más preocupada por los intereses positivos de la vida que por el cumplimiento de las ceremonias

simbólicas. La guerra civil, que en la segunda mitad del siglo anterior devastó toda la región central del Celeste Imperio, ha demostrado la gran influencia que en éste ejercen las sociedades secretas, y también ha puesto de relieve las profundas modificaciones que han sufrido «los hijos de Han», hombres que no forman una nación inmóvil y petrificada en la adoración de su pasado, como se ha dicho con frecuencia. Los hechos han desmentido la vulgar equivocación que confunde el chino con el mandarín.

III

Cuenca del Pei-Ho: el Pechili.

La provincia de Pechili con una población tres ó cuatro veces más densa que las mejores naciones de Europa, está bañada al Oriente por las aguas del mar, y la limitan con bastante precisión por el Norte y el Oeste las abruptas pendientes que sirven de contrafuerte á la masa de las mesetas mongólicas. La costa marítima tiene un desarrollo de unos 500 kilómetros, desde la desembocadura del río mandchur, el Liao-ho, hasta el río de Pekín ó sea el Pei-ho. Ocupan la comarca una porción de lagos y pantanos, y vense por todas partes correr las aguas sin cauce propio, careciendo de la pendiente necesaria para verterse en el golfo. Ocurre con frecuencia, durante varios años seguidos, que se transforman en lagos las llanuras de Tientsin y de todo el Pechili central. Algunas veces la inundación ocupa un área de cerca de 15.000 kilómetros cuadrados, cubriéndola con una capa de agua que varía entre 50 centímetros y metro y medio de profundidad. Construídas las ciudades y las aldeas sobre montículos ó alturas aisladas, parece que flotan en este inmenso diluvio. En las crecidas de los ríos Pei-ho superior, Ven-ho, Tsu-ho, Huto-ho y Vei-ho, no pueden las aguas entrar pronto en el cauce del Pei-ho inferior, y se esparcen por la llanura. Quedan destruídas las cosechas y condenados al hambre los habitantes. No puede navegarse por los ríos porque se desmoronan las márgenes originando bancos. Los lechos cambian de sitio y los canales se ciegan. Así el Vei-ho, que antes formaba la parte septentrional del Gran Canal entre Tientsin y el Yangtzé, dejó de ser navegable hace poco tiempo.

Los desgraciados labradores de esta región del Pechili, ex-

plican las inundaciones por la cólera de un dragón negro y verde, que sólo se aplaca con ofrendas, mientras que los europeos las han atribuido á una depresión del suelo. Pero esta hipótesis no descansa en ninguna observación concreta, y la mayor parte de los hechos justifican mejor la suposición contraria, ó sea de un levantamiento del terreno, por el cual explican los sabios chinos la rapidez con que se llenan las orillas del golfo de Pechili. Desde luego aparecen con toda evidencia estas oscilaciones del suelo como origen inmediato de la inundación que periódicamente aflige al bajo Pechili. Los desastres causados por las inundaciones han hecho emigrar á parte de los habitantes del Pechili inferior. De esta región proceden los centenares de miles de colonos que en nuestros días pueblan la Mongolia interior y la Mandchuria, perdiendo buena parte de sus habitantes muchas ciudades y entre ellas Pekín, capital del imperio.

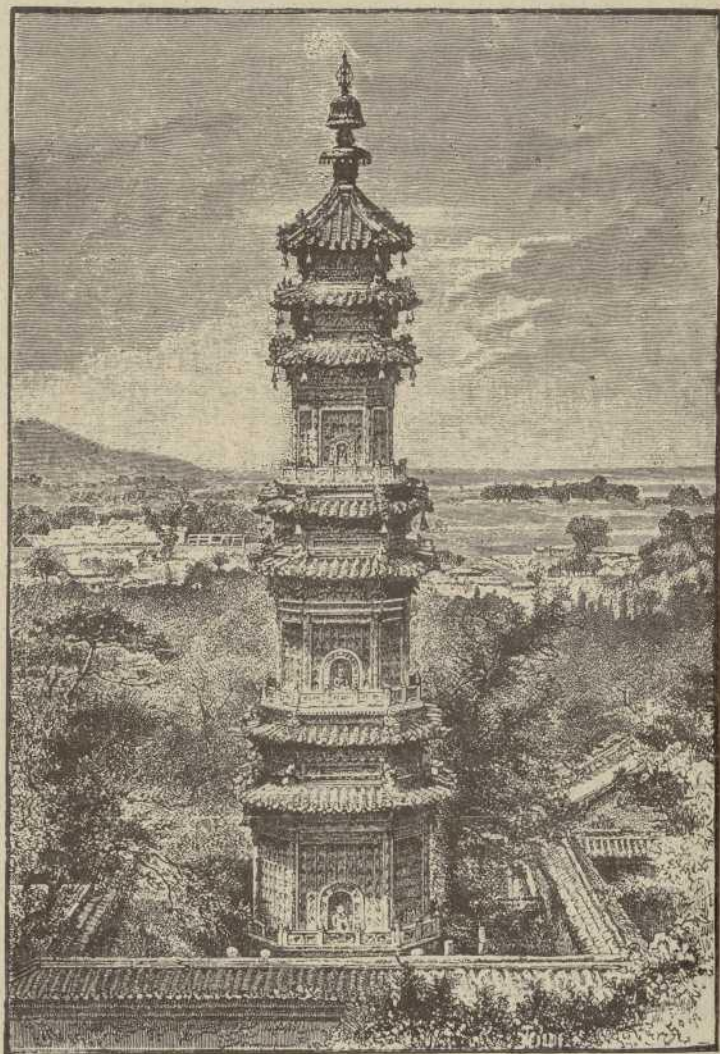
Es ya sabido que el nombre de Pekín ó Peking, que generalmente se pronuncia Peting ó Betzing, significa «Residencia del Norte», en oposición á la ciudad de Yingtien, Kiangning ó Nan-king, que es la «Residencia del Sur». A principios del siglo xv, un emperador de la dinastía Ming dió á la capital el nombre de Pekín, que es como se conoce en Europa. En China sólo tienen noticia de él las personas instruídas. El pueblo la llama Kingchen ó «Residencia». Su nombre oficial, que tiene igual significación, es Kingtu, y finalmente, en los mapas chinos hállase el de Chuntien. Pocas ciudades han cambiado de nombre con tanta frecuencia como Pekín. Aparece por vez primera en la historia con el de Ki; más tarde, convertida en capital de un principado, se llamaba Yen, ó sea «Golondrina», término que usan aún los literatos. Entre sus diversas denominaciones, se introdujo en la Edad Media en Europa la voz turca de Kan-balik ó «Ciudad de los kanes», que le dieron los conquistadores del Norte y que Marco Polo repitió á sus compatriotas. Destruída Pekín en varias ocasiones, ha cambiado de situación casi tantas veces como de nombre, viéndose en sus alrededores, y sobre todo hacia el Norte, restos de sus antiguas torres y murallas.

El gran rectángulo de Pekín se eleva en medio de un llano de 37 metros de altura, y no lejos al Sudeste de los elevados cerros, últimos contrafuertes de las montañas que limitan por el Sur la meseta mongólica. Atraviesan la ciudad dos arroyos, pero no baña sus murallas río ninguno. El Pei-ho, que es el ca-

mino del comercio y del abastecimiento de la capital. dista de ella por el Oriente más de 20 kilómetros. Al Oeste y á 15 corre el Ven-ho, río más caudaloso aunque no tan útil para la navegación. Actualmente se elevan en su orilla izquierda anchos diques para impedir que la corriente inunde la llanura de Pekín. A la salida de la región montuosa se ve cerca de la ribera una vaca de hierro, que según la tradición local, muge cuando el agua empieza á subir de nivel de un modo alarmante. Dos veces consecutivas mandaron los emperadores abrir un canal derivado del Ven-ho más arriba del solitario cerro de Xiking, para llenar los canales de Pekín y alimentar los que sirven á la navegación; pero otras tantas debieron mandar cegarlo á causa del desbordamiento de sus aguas que se precipitaban sobre la ciudad. Vénse aún los restos de las gigantescas esclusas antiguamente construídas al principio del canal. El Ven-ho ha cambiado con frecuencia de cauce al pie de las colinas, pues en las llanuras inmediatas existen muchos puentes de mármol sobre los abandonados cauces, sin que bajo ellos corra una gota de agua, excepto en la estación de las lluvias. La superficie de Pekín, es de 6.341 hectáreas, es decir, las cuatro quintas partes de la de París dentro del recinto fortificado; pero dista mucho de hallarse habitada esta área tan espaciosa. El distrito imperial y las residencias de los príncipes llenan grandes extensiones de terreno con sus jardines, kioscos y desiertos palacios. El barrio chino ocupa una superficie triangular que tiene por lado mayor unos 1.600 metros, del Este al Oeste, y el resto que encierra las murallas consiste en grandes é incultas praderas alternadas con pantanos, antiguos cementerios y jardines. Allí están también los parques que pertenecen á los templos del Cielo y de la Agricultura, así como una porción de edificios arruinados. No parece posible que esta ciudad cuente el mismo número de habitantes que otros grandes centros de la China. Lejos de igualar á Londres, como antes se creía, apenas llega á su octava parte.

Pekín se compone de dos ciudades, separadas por una elevada muralla. La ciudad septentrional, que forma un cuadrado casi perfecto, es la «tártara» ó «mandchúr», llamada también «interior». La ciudad meridional, extendida del Oeste al Este y más recogida de Norte á Sur, es la «china» ó «exterior». Antiguamente era sólo un arrabal, que se cercó de murallas á mediados del siglo xvi. Los muros, aún bien conservados y de imponentes proporciones, forman una enorme masa de tierra revestida de ladrillos, de 15 metros de altura, que termina en una

plataforma del mismo ancho, por la cual pueden andar carros. A cada 200 metros de distancia salen hacia afuera cuadrados to-

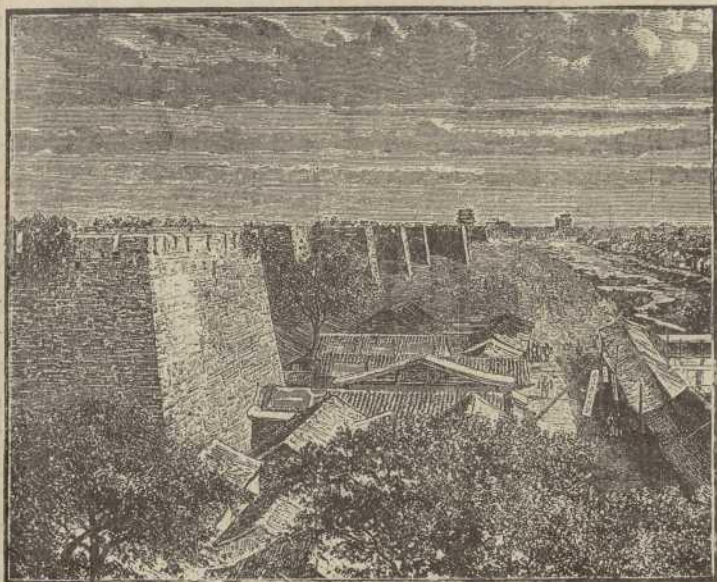


Pekín: Palacio de Verano. (Dibujo de Barclay.)

reones de 20 metros de elevación. Además, los cuatro ángulos del recinto están guarnecidos con baluartes aspilleros de cuatro pisos, y sobre las bóvedas de las puertas se alzan pare-

des con triples techos de tejas barnizadas. Rodea la muralla un foso que sirve á la ciudad de alcantarilla y la separa de inmundos arrabales y miserables chozas.

No es Pekín la ciudad china más poblada, pero sí la más activa por su comercio y su industria. Más parece un gran campo de ferias que una población de importancia. Sus irregulares plazas están llenas de carros y de tiendas; en sus tortuosas ca-



Vista general de las fortificaciones de Pekín. (Dibujo de Taylor.)

lles, por donde pasan con trabajo los vehículos, hay, en vez de aceras, hundidos senderos que se convierten en arroyos de lodo cuando llueve ó en depósitos de polvo en tiempo seco. La multitud se agrupa frente á las tiendas llenas de banderas y rótulos ó cruza las calles en desorden. Los almacenes ocultan las fachadas de las pequeñas casas donde viven los comerciantes, y sólo á gran distancia se divisan de vez en cuando algunos grupos de árboles de los jardines. Las alcantarillas están descubiertas, utilizando para el riego sus aguas nauseabundas. En una de las encrucijadas más concurridas, junto al «Puente de las Lágrimas», está instalado el verdugo á todas las horas del día junto al siniestro banco, donde sus ayudantes extienden á las

víctimas que debe inmolar, y tiene á mano las jaulas de bambú que han de recibir las cabezas de los ajusticiados, cuya sangre riega el suelo.

La ciudad tártara está construida con más regularidad, pero no es más hermosa que la china, exceptuando la parte contigua á las legaciones extranjeras y las anchas vías con arcos de triunfo y puentes de mármol, adornados de animales simbólicos. Antiguamente, los descendientes de los conquistadores mandchures, considerándose como de raza superior, daban buen ejemplo á los demás habitantes de Pekín. Así, en la ciudad tártara no se encuentran tabernas ni casas de prostitución. Por sus calles no transita ninguna procesión fúnebre ni se transporta cadáver alguno venido de la ciudad china. Por las antiguas leyes ningún mandchúr podía habitar la ciudad exterior, ni tener en su casa á un inquilino de la raza vencida; pero desde hace mucho tiempo no se cumplen estas prohibiciones. Se han mezclado las razas, y aunque los mandchures, de sangre más ó menos pura, habitan casi todos en la ciudad de su nombre, se han instalado en ella gran número de chinos que acaparan todo el comercio. En ambas ciudades viven algunos millares de mahometanos que se dedican á las artes mecánicas, perteneciendo á su religión casi todos los obreros en metales. Los cristianos indígenas tienen el monopolio de la relojería, que les enseñaron los misioneros del siglo XVIII.

En el centro de la ciudad tártara hay una tercera ciudad, igualmente cercada de murallas, con cuatro puertas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. Es el distrito «amarillo», el lugar sagrado de la ciudad, y encierra el único edificio que existe en todo el imperio cubierto de tejas amarillas, ó sea el palacio imperial, que por sí solo forma una ciudad aparte, inaccesible á todos los súbditos. Ocupan la mayor parte de su terreno un lago artificial, extensos bosques y umbrosas alamedas. Alzanse allí dos cerros; el más elevado, que domina la ciudad, se llama Mei-xan, la «montaña del Carbón». Según una leyenda popular, este monte está formado por la mano del hombre, y reposa sobre una enorme masa de carbón acumulada allí para poder resistir un largo sitio. Desde la cumbre de las colinas del Noroeste se divisa la llanura de Pekín, y la capital aparece como un inmenso jardín cuadrado, en cuyo centro se eleva el monte del Carbón con sus paseos y sus kioscos. Las casas bajas de la ciudad aparecen como líneas negras, verdaderas manchas en medio de la vegetación.

Casi rivalizan en extensión con el palacio imperial dos templos: el del Cielo y el de la Agricultura, situados en la parte meridional de la ciudad china, y rodeados ambos de árboles seculares. Los recintos de los dos parques tienen varios kilómetros de circunferencia. El templo del Cielo, con sus dos tejados superpuestos y gradería de mármol, eleva su ancha rotonda adornada de ricas porcelanas y maderas talladas, cuyos colores azul, rojo y dorado contrastan singularmente con el fondo verde. El templo de la Agricultura es algo menor, aunque más alto, y está cubierto de tejados superpuestos, rodeándolo un verdadero bosque de pilares tallados que adornan sus balcones y escaleras. Cerca de él se halla el campo donde el emperador y los príncipes iban todos los años, en la época de la siembra, á guiar el arado de marfil y oro invocando las bendiciones del Cielo y de la Tierra; pero desde las entradas triunfantes de europeos y japoneses en la capital, ha caído en desuso esta costumbre. Los demás santuarios donde se celebran los ritos solemnes de la religión nacional, ó sean el templo de la Tierra y los del Sol y la Luna, se encuentran contiguos á las murallas exteriores de la ciudad tártara. También junto á las fortificaciones, pero en su parte interior y cerca del Templo de los Literatos, se eleva el antiguo Observatorio de los misioneros jesuitas, con sus curiosos instrumentos astronómicos de bronce, contruídos por los chinos, cuyos adornos representan simbólicos dragones.

Como centro de comercio, no tiene Pekín la importancia de que gozó en tiempo de Marco Polo, cuando «no había día del año en que no entrasen 1.000 carretas llenas de la seda con que se tejen las telas de oro y los tisús». Sin embargo, es todavía enorme el tránsito de carruajes, de convoyes de caballos y mulas por el camino de Pekín á Tungcheu, que es puerto en el Pei-ho. Además, la capital está unida á este puerto por un canal navegable de unos 25 kilómetros de extensión, por el que suben las barcas cargadas de vino, opio y otros productos. Esta navegación es muy penosa á causa de las cinco esclusas del canal, cuyo paso obliga al transbordo de las mercancías. Una de estas esclusas está situada en el puente de las «Ocho-li» (Pali-kao), célebre por la victoria que allí alcanzaron en 1860 los aliados anglo-franceses sobre los chinos. Ordinariamente, se ve el puerto de Tungcheu lleno de embarcaciones, por cuyas cubiertas se puede atravesar el río, y desde este puente movable hasta Tientsin, forman los buques interminables filas. Desde el

principio de Diciembre hasta el de Marzo, ó sea por término medio durante unos tres meses, detienen los hielos la navegación, haciéndose por tierra el comercio entre Penkín y Changhai. Es malo el estado de los caminos, habiendo únicamente algunas carreteras empedradas en las cercanías de la capital. La única calzada moderna, se dirige hacia el Palacio de Verano; otra más antigua, que va hacia el Sudoeste, conduce al célebre puente llamado Luku-kiao, construido sobre el río Yungting-ho, pero dista mucho de ser ahora la magnífica construcción que describió Marco Polo diciendo que tenía 24 arcos. Este puente se arruinó en el siglo xvii; el monumento actual, gigantesco modelo chino adornado con dos elefantes y 230 leones de mármol, se construyó en el reinado del emperador Kan-ghi. Casi todos los caminos que llegan á Pekín se hicieron en tiempo de la dinastía Ming.

La principal industria en los alrededores de Pekín es la jardinería. Al Sudoeste de la ciudad hay 18 aldeas, comprendidas todas bajo el nombre general de Fenghai, cuyos habitantes surten de legumbres, frutas y flores los mercados de Pekín.

El parque más grande cercano á Pekín se llama Nanhaitzé ó «Mares del Sur». Está situado al Mediodía de la ciudad, separado de ésta por una llanura algo pantanosa y ocupa un espacio tres veces mayor que Pekín, ó sea de 190 á 200 kilómetros cuadrados. Su muro exterior, enlazado con las murallas modernas que protegen á Pekín, tiene 65 kilómetros de circunferencia. En los claros de sus bosques existen aldeas, campos y colonias militares. Más célebre que el dilatado parque de Nanhaitzé, es el de Yuang-ming-yuan ó «Jardín espléndido», conocido de los europeos por el nombre de «Parque del Palacio de Verano». Sabido es que en 1860 saquearon esta residencia los soldados europeos que en Pelikiao acababan de derrotar al ejército chino. Los que primero penetraron en el palacio pudieron creerse en un museo al encontrar mil objetos preciosos por su materia ó su trabajo, jaspes, oro, plata y laca, dispuestos en estanterías semejantes á las que guardan las colecciones en Europa. Perdiéronse gran número de aquellas curiosidades, rotas, repartidas al azar ó fundidas en lingotes, al paso que otras más escogidas pudieron conservarse para los museos de Europa. Repartiéronse entre los soldados, proporcionalmente á su grado, los lingotes de oro y plata; pero dícese que no pudo descubrirse el tesoro principal. Desde que el palacio y demás

construcciones inmediatas fueron entregados al saqueo y al incendio, quedaron arruinados y así continúan, excepto uno de los palacios reconstruido por la emperatriz madre. Algunos edificios se libraron del desastre general, entre ellos los bonitos pabellones de estilo italiano, contruidos á mediados del siglo XVIII por los misioneros católicos, que se ven todavía en el parque oriental. También se han conservado perfectamente los monumentos más preciosos de la arquitectura china, edificados por Kienlung en el parque de Vanxu-xañ, tales como los kioscos, pagodas, templos, puentes y arcos de triunfo, cuyas curiosas esculturas de mármol blanco brillan á través del obscuro follaje de los pinos.

La mejor obra de este vasto museo arquitectónico, es un templo de ocho metros de altura y 19 de circunferencia, todo él de bronce. Sin embargo, lo que atrae más la atención en esta comarca es el bosque solitario que cubre las laderas del Hiang-xañ, monte de 300 metros de altura, desde cuya cumbre se divisa el gran lago de los jardines, los templos, las pagodas revestidas de luciente porcelana, los puentes reflejados en el agua, y en el lejano horizonte el gran cuadro de los muros de Pekín, envuelto en los vapores que despide la ciudad. En la parte septentrional del grupo de cerros á cuyo pie se encuentra el Palacio de Verano hay manantiales de aguas sulfurosas, que los chinos frecuentan hace mucho tiempo. Hállanse estos baños en el camino del célebre santuario de Miaofeng-xañ, hasta cuya cima llegan en palanquín los peregrinos ricos que no pueden subir sus penosas cuestas. Junto á la cumbre de la montaña donde está el santuario, enseñan los monjes chinos un muro, desde cuya parte superior—dicen—se precipitan los jóvenes que se suicidan por amor filial, esperando que su muerte asegure á sus padres larga vida. La mayor parte de los conventos budhistas esparcidos por la llanura de Pekín, más numerosos que los conventos de las regiones más católicas de España é Italia, están arruinados, viéndose por el suelo, expuestas al sol y á la lluvia, sus imágenes de bronce ó de barro.

La vegetación silvestre empieza á envolver estos edificios, aunque en sus patios y jardines crecen todavía los árboles sagrados, es decir, los pinos, castaños de la India y sóforas, entrelazando sus flores y su ramaje con las esculturas de los templos. El monasterio mayor y más célebre, cercano á la capital, es el Hoang-szé ó «Convento Amarillo», al Norte de la ciudad, donde tiene su residencia un «Budha viviente». A alguna dis-

tancia al Oeste, en el camino del Palacio de Verano, se eleva el templo de la «Campana grande», donde se halla, en efecto, colgada de una imagen en forma de dragón, una de las mayores campanas del mundo. Tiene ocho metros de altura y 54.000 kilogramos de peso. En ella está admirablemente grabado un libro entero de liturgia budhista, compuesto de 35.000 caracteres.

Sobre un cerro al Oeste de Pekín y del Ven-ho existe un convento budhista de los que mayor importancia tienen en China. Es el Tsietai-sze, desde el cual se domina el espléndido panorama de los cerros inmediatos, igualmente cubiertos de kioscos y de conventos. Tsietai-sze era el retiro favorito de Kienlung, hallándose en sus jardines varias planchas de mármol con versos compuestos por aquel emperador.

Los alrededores de la capital están atestados de monumentos de mármol, la mayor parte sepulcros de familia, rodeados de bosquecillos de pinos y enebros. Casi todos tienen la forma de gigantescas tortugas, cuya concha sostiene una lápida cubierta de inscripciones. Las sepulturas, pertenecientes á individuos de familias nobles, están adornadas con colosales leones de bronce ó de madera. A intervalos se encuentran hermosos paseos adornados con idénticos simulacros. Las «tumbas de los Ming», llamadas Xisan-ling, es decir, «las Trece fosas», se encuentran á unos 40 kilómetros de Pekín, en un aislado círculo de las montañas de Tienxu, donde se penetra por un desfiladero que termina en un bello pórtico de mármol. Entre estas tumbas llama la atención la del emperador Yung-le, rodeada de pinos y encinas como las otras y situada al extremo de un ancho paseo adornado con estatuas de mármol que representan 12 sacerdotes ó guerreros, y 12 pares de animales: elefantes, camellos, leones, caballos, fabulosos unicornios y el mítico «kilín». Estas imágenes, puestas unas en pie y arrodilladas otras, están talladas en un solo bloque de piedra. Algunas tienen más de cuatro metros de altura. Cerca del sepulcro se ve el templo de los sacrificios, edificado sobre 60 columnas de madera de laurel *nanmu*, cada una de las cuales tiene 13 metros de altura y tres de circunferencia. El cadáver del emperador está en el fondo de una larga galería, abierta debajo de alta pirámide natural de la montaña.

Tientsin ó el «Vado del Cielo» es el puerto de todo el Pechili y de la Mongolia y la Baikalia rusa. Esta ciudad disfruta de muchas ventajas. Está situada en una región extremadamente

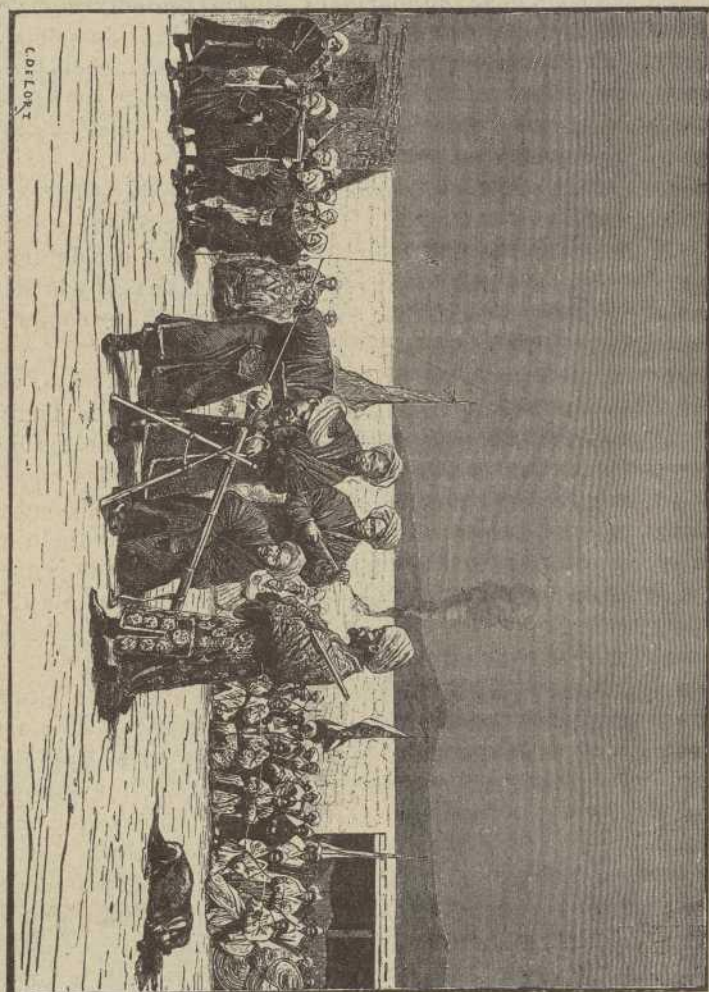
fértil, en la inmensa llanura cubierta de algodón y mijo, junto á un río navegable, y en el punto de reunion de varios caminos naturales formados por los ríos de la comarca. Su única dificultad consiste en que el suelo tiene el nivel bajo y pantanoso, y está expuesto á las inundaciones. Merced al desarrollo de su comercio exterior, ha podido Tientsin aumentar su población hasta superar la de la capital del Imperio. Desde mediados del presente siglo, casi ha quintuplicado el número de sus habitantes que, según las memorias consulares, se eleva hoy á un millón.

Unos kilómetros más abajo de la ciudad está el barrio europeo de Tzejulin ó «Bosquecillo de Bambúes», que no tiene ningún carácter chino. Es una pequeña ciudad occidental por el trazado de las calles, la arquitectura de las casas y la distribución de los almacenes. Casi todos los europeos que comercian en Tientsin tienen sus habitaciones en esta población. La misma ciudad china ha variado paulatinamente de aspecto, viéndose en ella grandes edificios europeos. Las calles de Tientsin son más anchas que las de Sanghai y Cantón, donde los hombres hacen todos los transportes, mientras que en las ciudades del Norte se sirven de carretas tiradas por mulos ó bueyes. Tientsin es el puerto donde se firmó en 1860 el Tratado que, por vez primera, concedió á los europeos el derecho de penetrar libremente en el interior de la comarca; y en ella se notan, mejor que en las demás ciudades del Imperio Central, las señales exteriores de su desarrollo industrial.

Al Norte de Pekín se encuentran varias ciudades situadas en la carretera que conduce á Yehol por la puerta de la Gran Muralla llamada Kupei-kou (antigua puerta del Norte). En el camino de la Mandchuria se halla Yungping-fu, que aunque es la capital administrativa, no tiene gran importancia como centro de población. Al Oeste de Kupei-kou por la parte de Mongolia, no es accesible la llanura del Pei-ho más que por la Kuan-kou ó «Puerta de la Barrera». El paso Kuan, generalmente llamado Nan-kou ó «Puerta meridional» por una aldea que se encuentra al pie de la rampa donde está la puerta, tiene gran valor estratégico, pues por él han pasado todos los invasores de la llanura: desde aquel sitio Jengis-Khan vió á sus pies la capital de la dinastía vencida.

En los valles altos de los afluentes del Ven-ho, hay varias poblaciones notables que sirven de intermediarias á Pekín y á la llanura baja del Pechili para su comercio con la Mongolia

y las posesiones rusas. La más populosa é importante de estas ciudades es Kalgan ó Changkia-kou, situada junto á una de las puertas de la Gran Muralla como lo indica su nombre mon-



Ejercicios de tropas chinas. (Dibujo de Delort.)

gol. El barrio militar, ceñido por los fuertes y los cuarteles, está apoyado en la misma muralla, que en este siglo faldea las altas montañas que se dirigen hacia el Norte. La población comercial se encuentra cinco kilómetros más hacia el Sur, en el mismo territorio chino. Las casas de los europeos, misioneros

protestantes y mercaderes rusos, están esparcidas por los campos vecinos, huyendo de las nauseabundas calles de la ciudad china. Es también una población muy frecuentada por los chinos y mongoles la de Siuan-hoa, situada á la entrada de la garganta por donde pasa el camino de Pekín á Kalgan. Fué capital del Imperio bajo la dinastía mongólica, conservando las fortificaciones de aquella época, sus arcos de triunfo y sus grandes parques, y lo mismo que Tatung-fu, situada más hacia el Oeste dentro de las montañas, ocupa una posición magnífica para convertirse en ciudad industrial.

En la parte meridional de la provincia hay gran número de ciudades, y fertilizan la comarca diversos afluentes del Ven-ho y del Pei-ho. Entre ellas, la mayor es Paoting-fu, que se comunica con la capital por Tsocheu, y es elegida, con preferencia á Pekín, para capital de provincia y residencia oficial del virrey. Paoting es una ciudad construida con gran regularidad, mejor cuidada que la capital del Imperio y esencialmente mercantil. Abunda en sus campos el mijo y están muy bien cultivados, lo mismo que todo el territorio de Pechili cerca del Paoting. En Hoangtu-hien hay antiguos templos erigidos en honor del fabuloso Yao y su madre, rodeados de gigantescos cipreses. Hacia el Sudoeste se encuentra Chingting, la «inmensa ciudad de murallas grandes y hermosas», situada cerca de la montañosa frontera del Xensi. En ella se ejercen ciertas industrias, aunque ha decaído mucho su importancia. Con el hierro del Xañsi fabrican sus obreros las imágenes de Budha que se venden en el Norte de China. Los ídolos de bronce que tienen sus templos se cuentan entre los mejores del Imperio. Uno de ellos tiene 24 metros de altura. Más al Sur, está la ciudad de Taiming, uno de los mercados del Hoang-ho.

IV

Península del Xañtung.

Es el Xañtung una región geográfica completamente distinta del resto de China. Forman este país de los «Montes Orientales»—pues tal es el significado de las palabras Xañtung—dos aislados grupos de montañas y de cerros, uno de los cuales avanza entre el golfo de Pechili y el verdadero Mar Ama-

rillo, estando perfectamente limitado al Oeste por las dilatadas llanuras que los acarreos fluviales han formado, reemplazando á un antiguo mar. Por allí ha corrido durante largos años el Hoang-ho, depositando sus aluviones desde el Norte hasta el Sur de la península de Xañtung.

Esta región de la China tiene una población aún más densa que la de Bélgica. Entre los centenares de ciudades que se levantan en el Xañtung, las más pobladas son las situadas en las llanuras aluviales de Occidente y las que fertiliza el río Amarillo y sus afluentes en la vía antes navegable del Yun-ho ó «río de los Transportes». Pero también en estas ciudades corren mayor peligro los campos y los hombres. Las inundaciones han destruído muchas de ellas, cambiando en pantanos sus hermosos campos. Fueron otras saqueadas por los rebeldes *taiping* ó los ladrones *nienfei*, dispersándose sus habitantes en las ciudades fortificadas ó en las regiones menos accesibles de la montaña. Pasado el desastre se pueblan de nuevo con rapidez, se reedifican las casas de adobe, vuelven á alzarse barracas y en ellas se aglomeran los negociantes. Así Tungchang, cuyo núcleo está formado por una ciudad amurallada de escasa importancia, se ha convertido por sus extensos arrabales en uno de los centros más populosos del Celeste Imperio, cuyo dedalo de callejuelas recuerda á Sanghai ó Tientsin. Tungchang, situada á orillas de un canal, es una de las más antiguas de la China, apareciendo con mucha frecuencia su nombre en los anales del Imperio. De ella salió la dinastía Tchey, fundada por el heroico Vang «de cara de dragón y hombros de tigre». Al Norte de Tungchang se hallan Lintsing y Chungkia-keu, igualmente castigadas en otra época por la insurrección, pero que está renovada y en prosperidad su comercio. Chungkia-keu es un mercado de primer orden para las transacciones entre el Pechili y las provincias del centro. Además comercia con la Mongolia, según lo atestiguan las caravanas de camellos que cruzan sus calles.

Tsinan, el Xinangli de Marco Polo, capital hoy de la provincia, se halla igualmente situada en el terreno de aluvión, al Oeste de las montañas. Sus campos, sumamente fértiles y llenos de conos aislados que fueron volcanes, se inclinan suavemente hacia el río Amarillo, que se desliza á siete kilómetros al Norte de la ciudad por el antiguo lecho del Tatsing-ho. Tsinan es tan grande como París, pues tiene 42 kilómetros de circuito y se la considera como una de las ciudades chinas mejor cuida-

das y construídas con más regularidad. Distínguese además por albergar en su recinto el mayor número de habitantes que profesan religiones diversas. Los mahometanos ascienden á 20.000, viviendo además en ella 12.000 cristianos católicos. Una de las principales industrias de Tsinan consiste en la fabricación de sedas, en las que sobresalen las tejidas con capullos de un gusano silvestre que se alimenta con hojas de encina. También hace Tsinan gran comercio con la falsificación de piedras preciosas. A cinco kilómetros al Este de la capital del Xañtung se encuentra un cerro que encierra mineral de hierro en parte magnético. Tsinan tiene el puerto de Lokao sobre el río Amarillo.

Taingan-fu, ciudad de los templos, en la cual termina la prodigiosa escalera de la montaña santa del Tai-xañ, está asimismo en la cuenca del río Amarillo, sobre un afluente del Taxan-ho ó Van-ho que atraviesa una región minera muy rica en hierro y en carbón. En ella reposan los peregrinos que acuden de toda la China á visitar los templos, y que pasan muchas veces de 70.000. El templo principal, erigido en honor de la montaña, ocupa una gran extensión al Norte de la ciudad, en medio de un parque de diez hectáreas, cuyos árboles fueron plantados, á partir del siglo x, por varios emperadores. Están cubiertas las paredes del santuario con una curiosa pintura panorámica, representando un cortejo imperial de época antigua, con elefantes blancos y camellos. Hacia la llanura del Sur, cerca de los terrenos pantanosos que cruza el Gran Canal, está colocada la ciudad de Yencheu-fu, la más importante del Sudoeste del Xañtung. Recuerda sus pasadas glorias una inscripción colocada sobre la puerta occidental de la ciudad. Esta tierra es la más clásica del Imperio, pues en las páginas de los antiguos anales se leen los nombres de sus ciudades, sus montes y sus ríos. A 20 kilómetros al Este de Yencheu se encuentra la célebre ciudad de Kiufao, patria de Confucio, cuyos pobladores son casi todos descendientes de este sabio, llevando su nombre las cuatro quintas partes, ó sean unos 20.000 individuos. En su mayoría son hombres fuertes y robustos; pero no se sabe que ningún individuo de esta familia, tan numerosa y respetada, se haya distinguido en las 80 generaciones pasadas desde que su primer antecesor dictó las leyes morales del Imperio. El principal templo de la ciudad, erigido en honor de Confucio, es uno de los más vastos y suntuosos que existen en China, y en él se ven inscripciones que datan de todas las di-

nastías desde hace dos mil años. Los vasos, bronce y maderas esculpidas que adornan sus galerías, constituyen un verdadero museo de arte chino, y en los parques inmediatos viven magníficos árboles seculares siempre respetados. Junto á la puerta del palacio se enseña el tronco nudoso de un ciprés que se supone plantó Confucio, y en las habitaciones particulares del príncipe de la familia se ven muchos objetos preciosos que pertenecieron al gran moralista, tales como urnas, trípodes y manuscritos. Las fincas de este personaje, que son feudo directo del emperador, comprenden más de 66.000 hectáreas de terreno. Cuando los rebeldes Taiping entraron en Kiufao, respetaron el templo, el palacio y sus tesoros, y sabiendo que el mandarín que lo guardaba pertenecía á la familia del filósofo, respetaron su vida.

Cerca del templo se eleva el alto montículo funerario, que probablemente ha dado á la ciudad su nombre de Kiufao ó «Cerro redondo», en el cual está enterrado Confucio. En torno suyo se extiende la dilatada necrópolis de su familia. Vense también en estas inmediaciones los sepulcros de algunos emperadores y grandes personajes anteriores á Confucio. Finalmente, hacia al Sudoeste, junto á la pequeña ciudad de Tsiu-hien existe otro cementerio, oculto entre un bosque sagrado de encinas y cipreses, donde se entierran desde hace veintidós siglos los descendientes de Meng-tze ó Mencio, el más célebre discípulo de Confucio. En China podrían estudiar los fisiólogos lo que en vano buscan en Europa, familias que se han conservado durante más de dos mil años. Quizá será porque los matrimonios se hacen siempre cruzando sangre distinta, pues en el Celeste Imperio está absolutamente prohibida la unión de dos individuos que lleven el mismo apellido.

La antigua capital del Xañtung, llamada Tsingcheu-fu, está situada en la vertiente septentrional de los montes, junto á un valle paralelo al Hoang-ho que va directamente al golfo de Pechili. Todavía conserva cierta importancia, aunque haya perdido su antiguo esplendor. Es una de las capitales del islamismo en la China oriental, albergando varios millares de mahometanos que cultivan el estudio de la lengua árabe. Las comarcas vecinas están muy pobladas, alcanzando en ellas la industria gran desarrollo.

La población de Vei, que es el centro más importante del Xañtung, no tiene rango de capital, siendo sólo un *hien* ó ciudad de tercer orden; pero colocada en excelente situación

en medio de la llanura que separa las dos cordilleras de la provincia, tiene comunicaciones fáciles con los dos extremos Norte y Sur de la península. Vei-hien es el depósito general de las sedas, tabacos, carbones, hierros y salitres de la comarca y por allí se exportan todas estas mercancías á Kiaying y demás puertos del litoral.

En el interior de la parte más septentrional de la península existe la ciudad de Hoang-hien que desempeña el mismo papel que Ven-hien como depósito y mercado. De ella parte un camino que se dirige al Poniente hasta el puerto de Lungkeu, donde se hace mucho comercio con la Mandchuria. Hacia el Norte se une por otro camino con la gran ciudad de Tengcheu, abierta desde hace tiempo á los extranjeros. Eran entonces las aguas bastante profundas y hasta la ciudad llegaban los juncos cargados de mercancías. Hoy no pueden entrar ni lanchas, teniendo que fondear muy lejos los buques de alto bordo. Por esta causa han trasladado sus oficinas los comerciantes extranjeros al ancho y profundo puerto de Yentai ó «Humareda», así llamado por la costumbre antigua de encender allí hogueras que sirviesen de aviso cuando se acercaban piratas japoneses. Llámase vulgarmente esta ciudad Chefú, como el promontorio del mismo nombre que al Noroeste protege la rada, dominándola con un monte cónico de 300 metros de altura. Al pie del promontorio se ha establecido el puerto, que está abrigado así de los vientos del Norte. Chefú, que era una aldea á mediados del siglo x x, figura hoy entre las grandes ciudades del Xañtung y es uno los puertos más agradables para los europeos. Las demás ciudades marítimas situadas á la extremidad oriental de la península, ó sean Vei-hai-vei, cuyo puerto es excelente, Yungching y Xitau, sólo tienen importancia por el comercio local entre Xañtung y la Corea.

En la vertiente Sur de la costa del Xañtung, que mira hacia la mar, no abundan las ciudades y los puertos mercantiles como en la vertiente septentrional. Una de las más pobladas de aquella región es Laiyang, cuyas murallas baña un río que desemboca en el puerto de Tingsi. Al Sudoeste se encuentra Tsimi, mercado de productos agrícolas. Como á 50 kilómetros al Sur se eleva un cerro lleno de templos y galerías subterráneas, donde se encuentran piedras preciosas que los sacerdotes venden en las ferias y peregrinaciones. Tsimi, Kaomi, Kiaochou y demás ciudades de la comarca, exportan sus productos por los puertos de la gran rada interior, llamada también de Kiaochou, aunque

la ciudad de este nombre haya quedado muy lejos de la costa á causa de los terrenos de aluvión que han hecho retirarse el mar.

En el Xañtung meridional, cuyas aguas van á perderse en los pantanos que reemplazaron á la antigua boca del Hoang-ho, existe la importante ciudad de Yicheu, donde vive una numerosa colonia de musulmanes. Las últimas ondulaciones de los «Montes Orientales» desaparecen junto á Yicheu. Uno de estos cerros es sagrado y se venera tanto como el Tai-xañ.

V

Cuenca del Hoang-ho ó «Río Amarillo».

Comprende la región de desagüe del Hoang-ho que se llama «Río Amarillo» en el Tibet y el centro del imperio, un espacio calculado en 1.500.000 kilómetros cuadrados, ó sea tres veces la superficie de Francia. Sin embargo, sólo forma la segunda cuenca de China, y aun en otras ciudades fué algunas veces cuenca tributaria, puesto que sus aguas dejaban de correr hacia el Océano para unirse en parte con las del Yangtzé-kian. Aunque por la extensión de su cuenca, su longitud y su caudal es muy inferior á aquel gran río, tiene el Hoang-ho bastante importancia para formar junto con el río Azul un dilatado sistema hidrográfico, con fisonomía propia desde sus orígenes hasta su delta, y distinto carácter por la marcha de sus aguas, los cultivos de sus orillas y las costumbres de sus ribereños. Para significar este contraste, los chinos han simbolizado en los dos ríos los dos principios que, según sus creencias, dividen el mundo, es decir, el *yang*, principio macho, y el *yin*, principio hembra, ó sean el cielo y la tierra. El Hoang-ho es el río hembra. Está dedicado á la tierra y se le designa con el color amarillo que los habitantes de las «tierras amarillas» juzgaron el color terrestre por excelencia.

Es esta parte de China la que se designa con el título de «Tierra Amarilla», suelo el más fértil del Imperio, cuya fecundidad se celebra desde hace cuatro mil años, conservando siempre su fuerza productora.

Entre todas las regiones del Celeste Imperio, no hay ninguna donde fuese más aventurado el pretender apreciar la población probable que en las provincias del Hoang-ho, porque en

ellas nació la insurrección mahometana, se sostuvo la guerra civil y ocurrieron grandes desastres naturales como inundaciones y sequías, que junto con los crímenes de los hombres, contribuyeron á exterminar á los habitantes. Sábese, sin embargo, que se colonizan rápidamente las regiones devastadas, y desde la introducción de la patata, viven muchas colonias de labradores en los altos valles, antes inhabitados.

Gomi, la ciudad más alta que hay en las riberas del Hoang-ho, se halla á 2.400 metros sobre el nivel del mar, en el límite extremo de los terrenos que, á pesar del clima, cultivan los agricultores tangutos. Más allá sólo se encuentran bosques llenos de faisanes azules. Al Este del Kuku-nor, en la orilla izquierda del Sining-ho, que se une al río Amarillo en Tatung, se encuentra Sinin-fú, capital del Kansú superior y residencia de las autoridades que administran los intereses de los tangutos y mongoles del lago Azul. Su población urbana es casi enteramente china. Es una ciudad inmensa, aunque sus muros encierran muchas ruinas y gran parte de su comercio se ha trasladado á Donkir, situada á unos 40 kilómetros hacia el Oeste en la frontera del Kuku-nor. Bajan á Donkir los tibetanos orientales y los Si-Fan ó Fantze para comprar los efectos que necesitan y vender ruibarbo, cueros, lanas, ganados y mineral. Allí se organizan las caravanas que deben hacer la peligrosa travesía de las altas mesetas. En la población de Donkir se hallan representadas todas las razas de la China occidental. Las transacciones mercantiles no son siempre pacíficas, puesto que los comerciantes van armados y las menores disputas se cambian con facilidad en ruidosas batallas. Los budhistas, tibetanos y mongoles, tienen al país de Sining-fú por lugar sagrado. Allí nació el reformador Tsonjapa, y en la comarca existen varios conventos que disfrutaban fama de santidad. El monasterio de Kunbum se halla al Sur de Sining, sobre una meseta cubierta de bosque cerca del profundo valle por donde se desliza el río Amarillo. Antes de estallar la insurrección mahometana, vivían en este convento 4.000 ламas; pero los bárbaros Si-Fan lo saquearon en 1872 y 1874, y en la actualidad apenas cuenta 2.000 frailes. La Universidad de Kunbum tiene cuatro escuelas consagradas al estudio de los misterios, de las ceremonias, de las oraciones, y del arte de curar las «cuatrocientas cuarenta» enfermedades humanas. Consiste uno de los principales remedios en la hoja de un árbol sagrado, especie de saúco que crece delante del portal del gran templo, y en opinión de los fieles contiene en cada

una de sus hojas la imagen de Budha y diversos caracteres del santo alfabeto tibetano. En la época de las grandes festividades se reúne en los templos inmensa muchedumbre de peregrinos tibetanos, mongoles y chinos para contemplar las estatuas y los elegantes adornos, hechos con manteca, figurando cuadrúpedos, pájaros y flores, y que luego se consumen en una espléndida iluminación nocturna.

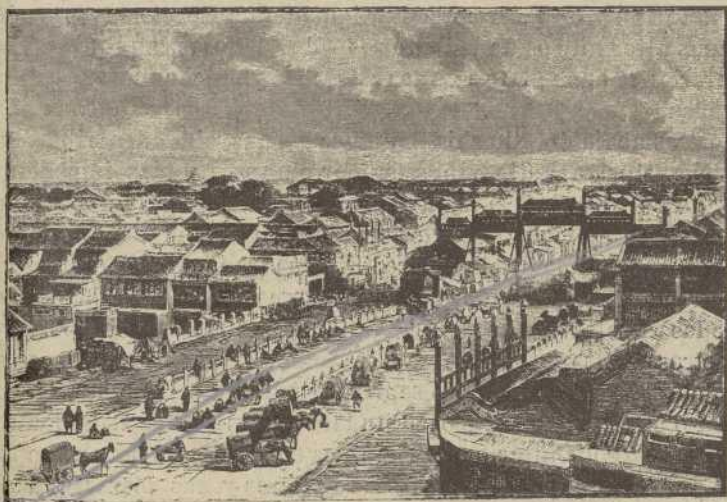
• Al Norte de Sining-fu y de la población de Chungpe-hien,



Pekín: calle de las Legaciones. (Dibujo de Taylor).

igualmente situada en las riberas del Sining-ho, se encuentran otras ciudades sobre el camino histórico que por los montes del Kansú conduce á la Gran Muralla. La ciudad amurallada de Lancheu-fu, punto de donde parte el camino que une al Celeste Imperio con sus posesiones exteriores de Occidente, se ha mantenido intacta, merced á sus fuertes murallas, de las invasiones de los dunganos y sirvió de asilo á innumerables fugitivos. Oficialmente es la capital del Kansú, aunque en ella reside el virrey tres años y luego otros tantos en la ciudad de Sucheú, junto á la puerta del Jaspe. Lancheu-fu está colocada en la convergencia de todos los caminos del Hoang-ho superior, sobre la margen derecha del río, que tuerce más abajo en dirección al

Norte para describir la gran curva alrededor de la península de los ordos. La llanura es ancha y fértil, pero hacia el Sur se ve un largo promontorio que avanza hasta las puertas de la ciudad y tiene en su cima varias torres cuadradas. Hacia el Norte, por el lado opuesto del río, se elevan algunas montañas de piedra de 600 á 900 metros de altura, destacando redondos contrafuertes llenos de kioscos edificadas en medio de la vegetación. La ciudad carece de edificios notables, siendo sus 40.000



Pekín: calle principal. (Dibujo de Taylor.)

casas otras tantas barracas de madera; pero las calles están adoquinadas con mármol ó granito y se conservan muy limpias. Pocas ciudades chinas ofrecen su agradable aspecto. Aunque situada á tanta distancia del litoral y de los puertos mercantiles abiertos á los occidentales, es Lancheu-fu una de las ciudades del Reino Central que más han intentado imitar las industrias europeas.

La población disminuye gradualmente más abajo de Lancheu-fu, en las orillas del río Amarillo, que corre en dirección al Norte. La ciudad mercantil de Chongñei, situada en la ribera izquierda del Hoang-ho, en la base oriental del Ala-xañ, se apoya en la Gran Muralla, junto á una de las puertas que dan al desierto y donde las arenas invaden las fortificaciones. Más abajo se encuentra la aldea de Kinkipao, que fué otra de las for-

talezas de los mahometanos, y sus antepasados las ocuparon más de mil años consecutivos, sin que el gobierno chino intentara jamás desalojarlos de ella. Ninghia, capital de esta parte del Kansú, está edificada en el sitio donde la Gran Muralla deja de seguir la orilla izquierda del río y pasa á la derecha para formar el límite Sur del territorio de los ordos. Como depósito entre la China y la Mongolia, desempeñó Ninghia en tiempos pasados un importante papel, llegando á ser la capital de un reino en los siglos x y xi. Arruinada por Jengis-Khan, se reedificó luego, y hoy mismo le dan imponente aspecto sus pagodas y sus altos muros de ladrillo rodeados de fosos, aunque en su interior se encuentran calles estrechas y muchas casas abandonadas.

Más abajo de Ninghia hállanse varias ciudades ribereñas casi exclusivamente habitadas por chinos. La más importante es Boatu, situada á siete kilómetros de la orilla izquierda, entre fértiles campos rodeados de aldeas también de labradores chinos. La ciudad tiene un recinto cuadrado de más de tres kilómetros por cada lado, hace gran comercio con los habitantes de las mesetas y posee varias fundiciones de metal. A 50 kilómetros al Este se encuentra otra ciudad recientemente construída, cerca de la ribera septentrional. Llámase Chagan-kuren ó el «Recinto Blanco». Fundáronla los chinos al despoblar-se la Mongolia interior y es la única en el imperio por su limpieza, sus calles anchas, sus casas regulares y sus plazas con arboledas. Chagan-kuren, situada cerca del recodo Nordeste que forma el río Amarillo alrededor de la península de los ordos, es una de las ciudades que prefieren las caravanas para atravesar el Hoang-ho. Al Sur de la Gran Muralla, en el sitio donde el río entra en la China propia para limitar las dos provincias del Xensi y del Xañsi, la «Frontera occidental» y el «Occidente Montuoso», encuéntrase el paso de más importancia en el desfiladero que desde lo alto de una peña domina la ciudad fortificada de Paoté. En ella tiene el río sólo 400 metros de anchura.

Las ciudades construídas al Sur de la península de los ordos, sobre el camino frecuentado entre los dos recodos del Hoang-ho en Lancheu-fu y en Tung-kuan, han tomado mayor incremento que las poblaciones del Norte, situadas en los límites del desierto. Las principales etapas de este camino del Sur, en el valle del King-ho, son Pingliang-fu, Kingcheu y Pincheu. Esta última está rodeada de árboles frutales, especialmente manzanos, que producen los mejores frutos de su especie en

China. Merced á sus murallas, estas ciudades resistieron á los insurrectos musulmanes, aunque vieron saqueados sus campos; pero después de la victoria definitiva que obtuvieron los chinos, obligaron á los prisioneros á reedificar las aldeas, reparar los caminos y restablecer los cultivos. En las inmediaciones de Pincheu hay una cueva que encierra la imagen de Budha tallada en la misma roca. Es la más grande y famosa de la China central. Ante esta enorme efigie, de 17 metros de altura, se hallan las de dos discípulos suyos la mitad más pequeñas. Al Sur, la principal ciudad que hay en el valle del Vei-ho es la de Kuncheu, perdida, por decirlo así, en un inmenso recinto del que forma parte un cementerio. Más abajo del mismo río, se encuentra la ciudad administrativa de Fuchang-hien. Sobre un cerro inmediato hay otro Budha, que, con la diestra extendida, bendice los campos. Más al Mediodía, y en las orillas de un afluente del Vei-ho, eleva sus pagodas y las cúpulas de sus templos la gran Tsingcheu, por encima de las copas de los castaños y nogales. Está formada por un grupo de cinco municipios con un jefe común, aunque cada uno de éstos tiene su recinto particular ceñido de altas murallas. Tsingcheu hace gran comercio de té, tabaco é indigo, y sus artesanos tejen ó bordan sedas y trabajan los metales. De Tsingcheu parte un sendero muy frecuentado que sube hasta un collado de 1.392 metros de altura sobre la divisoria que separa las cuencas del Hoang-ho y del Yangtzé-kian y que los mapas designan con el nombre de Pei-ling, desconocido en el país.

Singan-fu es la capital del Xensi, y antiguamente lo fué de todo el reino central, bajo el nombre de Siking ó «Residencia occidental». Es todavía una de las mayores ciudades del Imperio, pues tiene seguramente más habitantes que Pekin, y quizás sólo Cantón la supera. Está situada en el centro de una llanura donde se reúnen el Vei-ho, el Kiug-ho y algunos ríos de menor importancia. Su fuerte muralla almenada forma un cuadrado perfecto, orientado á los cuatro puntos cardinales, y en la mitad de cada lado, que tiene 11 kilómetros de longitud, hay una puerta monumental adornada con pabellones superpuestos. Hace miles de años que es Singan-fu una ciudad mercantil de primer orden, merced á su céntrica situación y á la fertilidad de su «tierra amarilla». Tiene almacenes repletos de mercancías de mucho valor; pero en cambio no conserva ningún edificio curioso de la antigüedad. Unicamente se recuerda en el barrio mandchúr el lugar que ocupó el palacio de los

Tang, emperadores que reinaron en el siglo VII hasta principios del X.

El Xensi septentrional, límite del país de los ordos, es una de las comarcas chinas menos conocidas, pues excepto los misioneros, no la ha visitado ningún viajero europeo. Sábese, sin embargo, que tiene ciudades mercantiles, como Fucheu en el valle del Lo-ho; Yángan-fu, situada más hacia el Norte, en una región donde abundan el carbón y los manantiales de petróleo, y Yulin-fu, construida en una de las puertas de la Gran Muralla, vecina á las estepas mongólicas. El alto Xañsi es más accesible y mejor conocido que el Xensi del Norte. Lo han recorrido varios ingenieros de minas y comerciantes europeos para estudiar sus productos, considerándolo como comprendido en el círculo de atracción del puerto de Tientsin.

En este territorio está situada Taiyuán-fu, capital del Xañsi, abrigada al Noroeste por una cordillera, primer peldaño de las mesetas escalonadas del Xañsi. Riegan sus campos las aguas del Fuen-ho, que desciende al Sudoeste hacia el río Amarillo. Taiyuán no es tan grande como las demás capitales de provincia, pues el rectángulo de su recinto exterior tiene sólo 15 kilómetros de desarrollo y encierra vastos espacios desiertos.

Tiene, como Pekín, su barrio tártaro, separado de la ciudad china por altas murallas, y se han dividido sus distritos, imitando los de la residencia imperial. Así, en el parque del gobernador hay estanques, pagodas y una «montaña de carbón», como en la «Ciudad Amarilla». Antiguamente tuvo Taiyuán gran fama por la fabricación de armas; pero esta industria ha perdido su importancia, por más que el gobierno tenga allí un arsenal y una fundición de cañones. Los alrededores de Taiyuán están bien cultivados, pareciendo verdaderos jardines muchos de sus campos. En ellos se produce la mejor uva de China, que convierten en buen vino, por el procedimiento que les enseñaron los primeros misioneros católicos.

En la cuenca de Taiyuán hallanse situadas al Sur y al Sudoeste de la capital las ciudades mercantiles de Kieukao y Chihien. Ping-yao-hien es el mercado desde donde se expiden al Honán los productos del país. Taiku-hien y Changlan-chin son ciudades muy ricas, donde viven algunos opulentos banqueros del imperio, que mantienen relaciones con San Francisco, Londres y Marsella. En estas ciudades del Xañsi encuentran los anticuarios los mejores bronce y vasos que ha producido el arte chino.

El suelo de las mesetas no basta para alimentar la población, por lo que ésta se ayuda con la industria y los productos de la emigración periódica. Todas las ciudades y aldeas tienen una industria especial, ya sea de tejidos, de hierro ó de papel. Ocúpanse también muy activamente en la explotación de las minas de hulla para el consumo local. Aunque los habitantes del Xañsi son muy avaros cuando emigran, preséntanse generalmente corteses, atentos y hospitalarios, mientras que los del Xensi gozan de la reputación contraria.

Ping-yang-fu está situada sobre el Fuen-ho, en una llanura arenosa menos fértil que la cuenca de Taiyuán. Antiguamente era una de las ciudades más importantes del Xañsi, pero la destruyeron los taiping, hasta el extremo de que en sus mismos arrabales, protegidos por altas murallas, no quedó un solo edificio en pie. Cuéntase Ping-yang entre las ciudades santas de China y es una de las más antiguas del mundo. A unos tres kilómetros al Sur se encuentra el sitio donde existió la capital del imperio en tiempo de Yao, hace más de cuarenta y dos siglos.

Cerca de este sitio se eleva un templo, antes muy rico, consagrado á la memoria de los tres emperadores sagrados: Yao, Chun y Yu. Según la leyenda del país, Yao está enterrado en una cueva de los montes que se alzan al Este de la llanura de Ping-yang. Esta cueva es inaccesible á causa de los vapores mefíticos que exhala, y se dice que en su extremidad existe un lago sobre cuyas aguas está suspendido el féretro de oro y plata del célebre emperador, por medio de cadenas de hierro sujetas en las rocas.

Varias de las ciudades más importantes del Xañsi, como Pucheu-fu, Kiai-cheu, Nganyi-hièn y Yuenching, están situadas en el ángulo Sudeste de la provincia, hacia el recodo del río Amarillo. De esta región se extrae la sal que surte el Xañsi y gran parte del Xensi, Honán y Kansú. El principal pantano salino, generalmente llamado Lutsvun, se extiende por la orilla septentrional de un lago de 30 kilómetros de largo, dominado al Sur por los altos contrafuertes del Fungtiao-xañ. Este yacimiento de sal es el más abundante que existe en el mundo y se explota sin interrupción desde hace cuatrocientos años.

Más abajo de Tung-kuan se ven escalonadas las ciudades y las aldeas á lo largo de ambas orillas del Hoang-ho, siendo muy densa la población en este fértil valle y en los campos que riegan sus afluentes. Es la parte de China que lleva especialmen-

te el nombre de «Flor del Centro». La ciudad de Honán-fu ó «Sur del Río», nombre de la capital y al mismo tiempo de la provincia, ocupa, como Singan-fu, uno de los sitios que antiguamente fueron metrópoli del Imperio, pues junto á ella, sobre el río Ho, existió Loyang, que era residencia imperial entre los siglos III y VII de la era vulgar, bajo las dinastías Vei y Tang. La tradición afirma que allí vivía también el fabuloso Fo-hi. Honán-fu está edificada cerca de la orilla septentrional del Lo-ho, que corre paralela al río Amarillo, separando los dos valles una línea de cerros de 150 metros de altura. A causa de su situación en el centro del Imperio, llaman los chinos á la ciudad de Honán «el Ombligo del mundo». En esta ciudad no hay ningún monumento notable, pero en los cerros inmediatos se ven los templos más antiguos de la China, que encierran valiosos objetos artísticos. Al Sur de Honán se halla la montaña sagrada de Sung-xañ, con algunos monumentos religiosos tallados en la roca viva.

Kaifung-fu, capital del Honán, que los chinos designan con su antiguo nombre de Pien-leang, está tan ventajosamente situada como Honán, aunque las crecidas del Hoang-ho y de su afluente el Pien son su amenaza constante porque el río rompe muchas veces los diques é inunda los campos vecinos. Aunque siempre están ocupados millares de obreros en reparar los diques, se ven con frecuencia las murallas de la ciudad rodeadas de un verdadero mar. En 1541 quedó destruida por completo por sus propios defensores, porque rompieron los diques para ahogar un ejército rebelde que los sitiaba, pero no supieron luego desviar las aguas, echándolas á su antiguo cauce y perecieron casi todos, mientras que los enemigos tuvieron tiempo de salvarse. A pesar de haber sido Kaifung-fu la capital del Imperio con el nombre de «Residencia Imperial» desde el año 1280 hasta el 1405, no conserva monumento alguno de su pasada grandeza y hoy es sólo una ciudad mercantil, que más bien parece una feria que una población regular. Hállanse reunidos en ella los judíos; formando la única comunidad israelita de importancia que existe en el Imperio. Sus individuos ejercen las profesiones de joyeros, cambistas y banqueros, como sus hermanos de Occidente.

VI

Cuenca del Yangtzé-kiang ó «Río Azul».

La cuenca del Yangtzé-kiang comprende tres octavas partes del territorio de la China propia, y su población se calculaba en 200 millones antes de la terrible guerra civil. Aunque el Estado chino no se fundó en la región que fertiliza el río Azul, sin embargo encontró siempre en ella sus principales recursos para afirmar su poder y convertirse en el mayor Imperio del Asia oriental.

El Yangtzé es el más importante de los dos grandes ríos chinos. Generalmente se le llama sólo el Ta-kiang ó «Gran Río». Sus aguas son amarillas por causa de los aluviones, como las del Hoang-ho; pero así como se compara este último río con la Tierra, «principio hembra», cuyo color simbólico es el amarillo, el Yangtzé, según los comentaristas es «Hijo del principio macho», es decir, del Cielo, y en consecuencia le cuadra perfectamente el nombre de río Azul, color del cielo, que le dieron los antiguos misioneros y hoy se le da en Europa.

Desde que las insurrecciones y las guerras asolaron la cuenca del Yangtzé-kiang, ha disminuido considerablemente el número de sus grandes ciudades, así como el de los habitantes que las poblaban. Sin embargo, encuéntranse allí todavía algunas que deben contarse entre las primeras del mundo. Como es natural, sólo en las regiones fértiles y mercantiles han podido desarrollarse estas vastas aglomeraciones.

Batang, la principal ciudad del territorio del Sechuen, denominado comunmente Tibet oriental, ha quedado reducida á un pequeño caserío, á consecuencia de los terremotos ocurridos en 1871, que se sintieron durante varias semanas. Hoy tiene algunos centenares de casas nuevas, construidas en una fértil llanura regada por un afluente oriental del Kinxa-kiang, en sitio donde brotan abundantes fuentes termales. Constituyen la mitad de su población lamas que habitan un magnífico monasterio de áureo tejado, sobre el cual pululan millares de aves ofrecidas por los fieles de Batang, que significa «parada de posta», no tiene más importancia que la de servir de etapa en el gran camino central de la China á Lassa. Viven en ella mu-

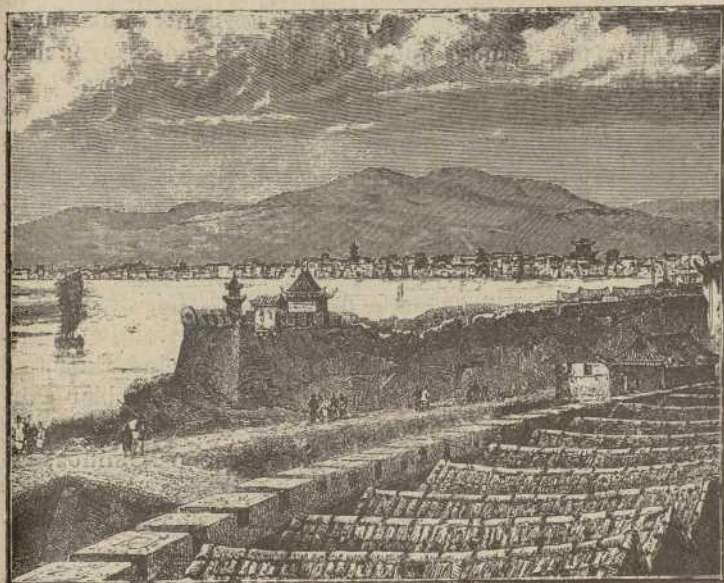
chos tibetanos, regidos per magistrados de su país bajo la vigilancia de una guarnición china, y se dedican al comercio, vendiendo á los mercaderes procedentes del Este almizclo, bórax, pieles y oro en polvo, á cambio de panes de té y objetos manufacturados. En las vecinas montañas vive la tribu independiente de los Yendi. Litang, otro mercado en el camino del Tibet á Chingtu-fu, es una de las ciudades más miserables del mundo. Está situada en una depresión de las mesetas altas, en la cuen-



Puerta Tciene-meme, en Pekín. (Dibujo de Taylor.)

ca del Ki-chu, que descende al Sur hacia Kinxa-kiang, y casi se encuentra en el límite superior de la vegetación, á 4.088 metros de altura. En sus campos no se ven árboles ni cereales. A duras penas crecen los nabos y las coles, lo cual no impide que haya sido este país la cuna de la monarquía tibetana, y que en su fastuoso convento, cuyo techo está revestido con hojas de oro, vivan actualmente 3.500 lamas. La ciudad de Tatsienlu, 1.500 metros más baja que Litang, está en un hermoso valle que riega un afluente del Min, y goza de una situación muy ventajosa para el comercio. Allí se encuentra la aduana para los productos procedentes del Tibet. Tiene guarnición china y

habitan su mejor barrio muchos mercaderes budhistas ó mahometanos del Xañsi. Sin embargo, la ciudad y el país pertenecen nominalmente á un rey mantzé, cuyo dominio se extiende hasta el Sur del territorio de los Lolo. Las mujeres chinas no pueden atravesar el territorio de este rey para ir al Tibet oriental. Sin embargo, hállase gran número de ellas en Tatsienlu, cuya población tibetana se compone de mestizos, más parecidos á los europeos que á los chinos. Las mujeres tienen extraordi-



Vista de Singan-fu. (Dibujo de Th. Weber.)

naria pasión por las alhajas, adornándose con láminas de plata cincelada que mezclan con sus collares de piedras y vidrios de colores. En lo alto de la cabeza llevan dos grandes discos del mismo metal, y desde éstos baja el cabello como una diadema sostenida por telas cubiertas de planchuelas de plata. En Tatsienlu tienen su principal residencia las misiones católicas llamadas del Tibet.

El río de Tatu-ho pasa más abajo de Tatsienlu por una enorme garganta abierta entre dos abruptas paredes de 200 metros de altura, y baña los muros de Luting-chao, primera ciudad situada fuera de los países tibetano y mantzé. Luego se une con otras corrientes para formar el Tung-ho, afluente principal

del Ming-kiang, y más caudaloso que él. En todas épocas pueden remontar las embarcaciones el Min hasta Kiating-fu, ciudad que domina la unión de los dos ríos. Kiating es un gran mercado del Sechuen, expidiéndose desde allí á toda la China la *peila* ó cera blanca que producen los gusanos de Ning-yuen, situada á 300 kilómetros al Sudoeste. Alrededor de la ciudad hay muchas fuentes salinas. Yacheu-fu, situada al Noroeste en el camino del Tibet á Chingtu-fu, recibe las telas de seda amarilla. Yacheu es la ciudad donde se prepara casi todo el té en panes, usado en el Tibet, y en sus tierras se cultiva un arbusto de té de hoja más gruesa que la del Este. Es además Yacheu la principal plaza fuerte y depósito militar de la frontera.

Chingtu-fu, capital del Sechuen, sigue siendo, como en tiempo de Marco Polo, una «ciudad noble y rica», aunque desde aquella época se ha visto varias veces devastada y arrasada. Kublai-kan exterminó casi toda su población consistente en más de un millón de habitantes, según dicen los anales. La actual ciudad es de origen moderno. El palacio imperial, que es quizá su edificio más antiguo, data del siglo xiv. Las murallas y casi todos los edificios se construyeron á fines del siglo último, después de un gran incendio que destruyó la ciudad. Su actual recinto, de forma muy irregular y ceñido de muros bien conservado, tiene 20 kilómetros de extensión, sin comprender los vastos arrabales que se prolongan á lo largo de los caminos. Pocas ciudades cubren tan dilatada superficie. Como todas las demás capitales de provincia, se compone Chingtu de dos ciudades, una tártara y otra china, siendo esta última la más rica y poblada. La capital del Sechuen es el «París de la China», ó sea la ciudad más elegante y bonita del Imperio. Sus calles son anchas, alineadas, regulares, bien adoquinadas y provistas de cunetas. Adornan las casas fachadas de madera bien talladas, y desde las puertas pueden verse los patios interiores, con sus tapices multicolores y sus floridos jardines. En la ciudad y en los arrabales abundan arcos de piedra arenisca roja, adornados con graciosos relieves que representan animales fantásticos y escenas de la localidad. Los habitantes de Chingtu visten con limpieza y elegancia, y tienen la reputación de ser los más cortesés del Imperio y de interesarse mucho por las artes y las ciencias. Los almacenes están llenos de objetos preciosos, y las librerías se ven muy concurridas.

La llanura cuyo centro ocupa Chingtu, es un inmenso jardín de los mejor cultivados del mundo, en el cual la corriente

de los «Cuatro Ríos», ó sean el Min y sus afluentes, se divide en canales de agua cristalina, ramificados en innumerables cauces que atraviesan los verjeles, arrozales y huertas. Además de la capital, cuéntanse en esta llanura 18 ciudades más, que tienen la categoría de cheu ó de hien, otros muchos pueblos abiertos ó fortificados y varias aldeas cuyo número de habitantes es superior al de muchas ciudades. Es muy probable que en esta superficie, que no pasa de 6.000 kilómetros cuadrados, vivan más de cuatro millones de habitantes. La importancia agrícola de la llanura ha convertido á Chingtu-fu en gran depósito de géneros. Además, esta ciudad es también industrial, teniendo millares de tejedores, tintoreros y bordadores. A unos 60 kilómetros hacia el Sodoeste, al pie de las montañas que limitan la llanura, se halla la ciudad de Kiung-cheu, célebre por sus fábricas que producen el mejor papel de la China. Su población se compone de inmigrantes del Fokien, y es muy temida á causa de su carácter turbulento. Chingtu es lugar de tránsito del comercio entre el valle del Yangtzé-kiang y el Tibet por un lado, y por el otro del Sechuen septentrional y el Kansú, por Kuan-hien ó «Ciudad de la Puerta», junto á las gargantas del alto Min. En el valle superior se encuentra Sungpan, ciudad situada en la frontera de las dos provincias y célebre por su mercado. Su población, que se compone en gran parte de mahometanos, es enorme á pesar de su elevada situación á 2.986 metros de altura sobre el nivel del mar.

Hacia el Nordeste hay otro camino que conduce desde Chingtu al valle alto del Hañ-kiang, atravesando sucesivamente varias cadenas de cerros y de montañas. Según los anales del Imperio, se abrió esta ruta hace veintitrés siglos, para unir los dos reinos de Tsin y de Xu, es decir, la China del Norte y el Sechuen, que estaban regidos por distintos gobiernos. Se conoce por el nombre de «Camino del Buey de Oro», porque según la tradición, para buscar en la montaña los bueyes milagrosos, cuyo alimento se transformaba en oro, el rey de Xu, por consejo de otro soberano, mandó hacer el camino que debía facilitar la conquista de su reino.

La vía de Chingtu-fu á la cuenca del río Amarillo se completó seis siglos más tarde, abriéndose la que á través del Tsinglong va de Hañchung-fu á Singán, hecha por un emperador del Sechuen, llamado Liupi, especie de Hércules de las leyendas chinas.

Las regiones del Kinxa-kiang chino no pueden compararse

con la cuenca del Min-kiang en la importancia de sus ciudades. Sin embargo, en esta parte del Sechuen se sabe de una muy notable que ningún viajero moderno ha visitado, pero que vió probablemente Marco Polo. Es Ning-yuen, capital del hermoso valle de Kienchang, cuyo río se dirige al Sur para unirse con el Yalung á poca distancia de la confluencia de este río con el Kinxá-kiang. Créese que Ning-yuen es el Caidu del viajero veneciano. Los chinos hablan de esta ciudad y de sus alrededores como de un paraíso. No la olvida jamás quien ha visto el maravilloso contraste de su rica llanura con las ásperas montañas que la rodean.

La importante ciudad de Sucheu está situada en la confluencia del Min con el río de las «Arenas de Oro», y es el principal depósito de los productos que del Yunán pasan al interior de la China. En sus tiendas se hallan objetos raros, y entre sus artífices se cuentan muchos escultores y grabadores de piedras preciosas. Fabricanse en Sucheu esterillas muy finas al par que sólidas. Cerca de la población, y en ambas márgenes del río, se encuentra el mejor carbón mineral de toda la cuenca del Yangtzé-kiang. Más abajo, en la orilla izquierda, está Lucheu, sobre la confluencia del Fusung, la cual exporta la renombrada sal mineral que proviene de las salinas del Tsuliu-ching, «Pozos de agua corriente», situadas á un centenar de kilómetros al Noroeste. Divísase desde lejos la «Ciudad de la Sal» á causa de sus altos andamiajes levantados en las riberas del río, en las laderas y hasta en la cima de las colinas, ofreciendo el mismo aspecto que las chimeneas de las ciudades manufactureras de Europa. Esta curiosa comarca comprende un espacio de más de 10 kilómetros de extensión, cuyo suelo está lleno de agujeros de muchos centenares de metros de profundidad para la extracción de la sal. Hay pozos de exploración que alcanzan á 850 metros de profundidad.

Chung-chen es el gran mercado del Sechuen oriental. Ocupa una situación muy pintoresca en la orilla izquierda del Yangtzé sobre la confluencia del río navegable de Hatau, Paho ó Kialing, cuyos afluentes riegan dilatados terrenos desde los confines del Kuku-nor. Es esta ciudad el depósito de todos los productos del Sechuen y un importante centro del comercio, en particular de sedas, tabaco, aceite y almizcle. Se hacen en ellas más negocios que en la misma capital del país de los «Cuatro Ríos», viniendo á ser el Sanghai de la China occidental. Tiene, como las ciudades europeas, una Bolsa ó Lonja donde se

cotizan todos los productos del país. En ella hay también fábricas para purificar la plata, cuyos crisoles funden diariamente lingotes por valor de más de 100.000 pesetas. Sin embargo, esta ciudad es muy inferior á la de Chingtu-fu en cuanto á su limpieza y al ornato en los edificios. Es un punto de tránsito, y sólo se distingue por la animación de sus calles y callejuelas y el número de *champanes* y barcos anclados en sus riberas. Se compone en realidad de dos ciudades: Chung-cheng en el ángulo occidental del afluente, y Limin ó Kiangpé en el oriental. Tiene además un vasto arrabal situado en la orilla derecha del Yantgzé-kiang.

Al Norte de Chung-cheng existe la ciudad de Ho-cheu, que tiene gran comercio, merced á su situación junto á la triple confluencia de los ríos que forman el Pa-ho. En los cerros inmediatos se encuentran capas de tierra, comestible que utilizan en tiempo de hambres, amasándola en pequeños panes que se cuecen sobre las brasas y se envían á los vecinos mercados.

Más abajo de Chung-cheng se encuentra el importante mercado de Fucheu, ciudad situada en la confluencia de un gran río, que domina la entrada del Kungtan y, por consiguiente, á toda la región navegable de la provincia de Koeicheu; la principal vía mercantil entre el Sechuen y el Kiangsi sigue el curso de este río. La mayor parte de los buques se detienen al pie de los raudales que han dado el nombre de Kungtan á la ciudad y á su río; y sólo pueden subir algunas chalanas ó barcas planas hasta Koeiyang, capital de la provincia de Koeicheu. Encuéntrase situada esta ciudad junto á las fuentes del río, y por medio de collados no muy altos se comunica con las cuencas del Si-kiang y del Yuen, afluente del lago Tungting. Así, pues, son relativamente fáciles las comunicaciones de esta parte de la China, aunque en las inmediaciones se encuentran algunos de los grupos montañosos menos explorados del Imperio. En ellos viven algunas tribus de miaotzes convertidos al catolicismo. En una garganta de estas montañas, cerca de Ngan-xun, hay un arroyo que forma una cascada ó salto de muchos centenares de metros. La región del alto Koeicheu es probablemente una de las comarcas donde más abunda el mercurio, y en muchos sitios las rejas de los arados arrancan del suelo pedazos de cinabrio.

La hermosa ciudad de Koeicheu-fu no está en la provincia de este nombre. Se llama así por la enredadera silvestre que

abunda en ella y de la que se extrae probablemente la canela china. Se halla situada en el Sechuen, sobre la orilla izquierda del Yangtzé, y domina la entrada de las gargantas cuya salida custodia la ciudad de Ichang en el Hupé. Rodean á Koeicheu extensos campos de adormideras que producen el opio más apreciado en China, y es el lugar más interior del país abierto directamente al comercio extranjero.

Las grandes ciudades del Hunán no están situadas en las orillas del río, sino que se encuentran en el interior, en los caminos comerciales que comunican la cuenca del Yangtzé con la del Si-kiang. El río Yun, que desemboca en la bahía Sudoeste del lago Tunting, forma una de las grandes vías de navegación y se enlaza por medio de un canal con uno de los afluentes del río de la Casse; para trasladarse los barcos de una á otra vertiente sólo tienen que pasar una exclusiva cerca de la ciudad de Koeiling. Sin embargo, este camino se halla poco frecuentado por ser muy penoso, y la mayor parte de los barcos del bajo Yuen sólo llegan hasta Chacheu-fu, principal mercado del Hunán occidental. Más abajo se encuentra Changte-fu, construída sobre el Yuen á 60 kilómetros más abajo de los primeros raudales. En cualquier época del año pueden llegar á ella los barcos de mayor calado, considerándose esta suntuosa ciudad como depósito de las mercancías destinadas á una parte del Koeicheu y al país de los Miaotzé.

Mayor importancia tiene Siangtan, mercado del Hunán oriental, ciudad que, sin ser la capital, es la primera de la provincia y se considera como una de las metrópolis de la China. Como su nombre indica, está situada junto á un raudal del río Siang, de fácil paso para los buques, y en sus muelles se ven anclados millares de champanes de 25 á 30 toneladas de carga. La ciudad amurallada se extiende cinco kilómetros por la orilla izquierda; pero la vida mercantil se encuentra en los inmensos barrios exteriores á lo largo de los caminos. Disfruta Siangtan el privilegio de encontrarse casi en el centro del Hunán oriental, que es la parte más rica de la provincia, y merced á su río, es etapa obligada de los viajeros y depósito de las mercancías que van y vienen entre las provincias centrales y meridionales. El gran triángulo que forman las ciudades de Chung-chen, Hañkou y Cantón, tiene por centro á Siangtan. Además, la rutina comercial ha hecho de esta ciudad el depósito de las medicinas y drogas de toda clase que en considerables cantidades se consumen en China. Como ocurre en las de-

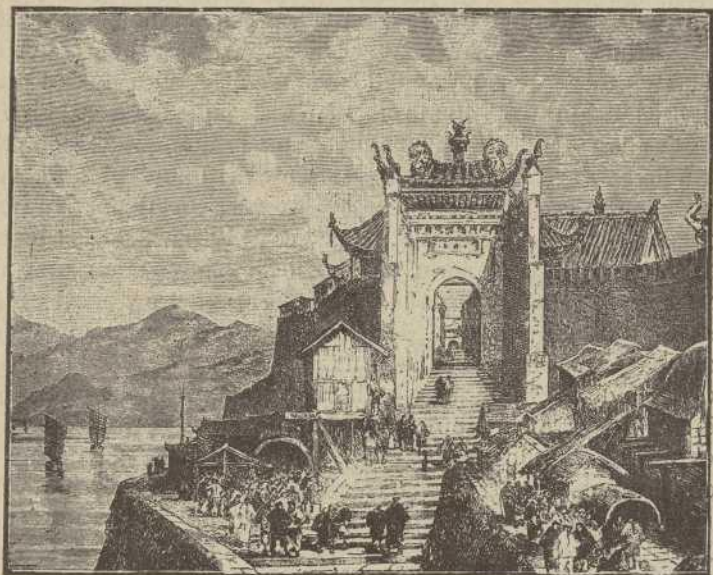
más ciudades del Imperio, casi todos los negociantes ricos y los banqueros, es decir, los *judíos* de la China, proceden del Xañi. En los cerros inmediatos se ven sus bonitas casas de campo rodeadas de árboles. Con la apertura de los puertos al comercio extranjero y con la introducción de los vapores en el río Azul, va disminuyendo la relativa importancia de Siangtan, la cual ha quedado fuera de las grandes vías mercantiles.

Changxa, que es la capital de la provincia, está situada sobre el Siang, á mitad del camino entre Siangtan y el lago Tungting. No tiene la extensión ni la importancia comercial que Siangtan, aunque es mayor su recinto. Enfrente, y en la falda de un cerro, se halla el colegio de Yolo, uno de los más célebres de la China, donde estudian aisladamente más de 1.000 jóvenes de veintidós á veinticinco años, limitándose á consultar á los profesores cuando tropiezan con dificultades en sus trabajos. De la poderosa aristocracia territorial del Hunán, enriquecida por el comercio, proceden gran parte de los mandarines de todo el Imperio. Más abajo de Changxa hay un contrafuerte de granito cortado por el Siang, y que contribuye á la importancia industrial de la comarca, sirviendo su piedra para hacer sillares y sus detritus para las alfarerías de Tungkuán, de donde salen las tejas barnizadas de varios colores, cubiertas de extraños dibujos, que sirven para decorar los tejados de los templos y los edificios particulares del Hunán y sus provincias limítrofes. Más abajo se encuentra Siangyin, que puede considerarse como el puerto superior del lago Tungting. Esta ciudad tiene cierta importancia como punto de escala y de depósito. Sin embargo, no es tan considerable como podría suponerse atendiendo á su admirable situación en el punto donde se unen las dos vías mercantiles del Yangtzé y del Siang. Todo el movimiento de los cambios se dirige al mercado de Hañkou.

Hañkou tiene grandes ventajas como ciudad mercantil, por encontrarse en la mitad del curso fácilmente navegable del Yangtzé y en la confluencia del Hañ-kiang, vía comercial que conduce á las orillas del Hoang-ho y del Xensi. Hasta puede afirmarse que Hañkou, es decir, la «boca del Hañ», domina geográficamente el curso del río Siang y toda la cuenca del Tungting. En esta ciudad se cruzan las grandes rutas navegables del Este al Oeste y del Norte al Sur del imperio. Así, pues, Hañkou es el centro del comercio de la China, por lo cual no debe extrañar la gran importancia que ha adquirido entre los mer-

cados del mundo. El único inconveniente que tiene esta población consiste en hallarse expuesta á las inundaciones del Yangtzé; cuando los diques ceden á la presión de las aguas, se inundan las calles y los habitantes se refugian en los cerros inmediatos ó en montículos artificiales que parecen islas en medio del mar.

Hasta cuando están bajas las aguas se divisa desde lo alto del «cerro de la Pagoda» tanta agua como tierra firme, y pa-

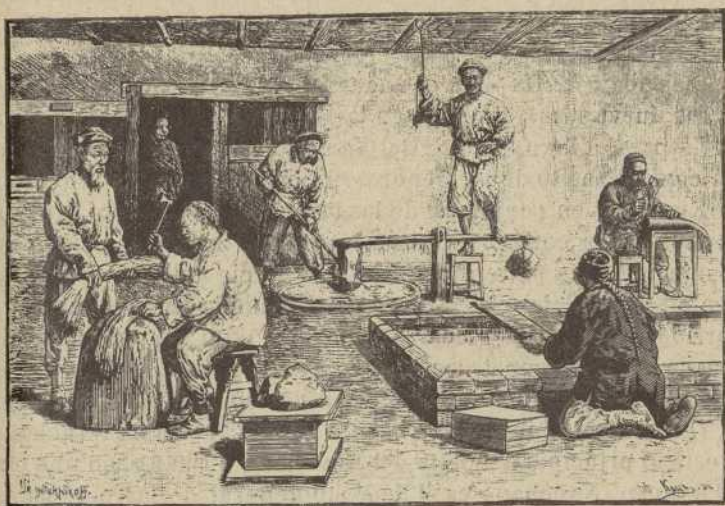


Una puerta de Sanghai. (Dibujo de Th. Weber.)

rece una comarca que empieza á flotar sobre un diluvio, á causa de los numerosos ríos que cruzan la llanura, las filtraciones de las aguas y los lagos esparcidos por las hondonadas. Los buques que se dirigen al Oeste hacia Xasi, dejan el curso del Yangtzé, que forma un gran recodo hacia el Sur, y pasan directamente cruzando la cadena de lagos, unidos entre sí por medio de canales con diques de piedra. De esta manera abrevian las dos terceras partes del camino.

De todas las ciudades del interior, es Hañkou la que tiene mayor colonia extranjera. Existe en ella un magnífico barrio de casas europeas de dos pisos, separado del río por un vasto espacio libre lleno de árboles, que domina con su masa regular

las construcciones chinas y ofrece singular contraste con las barracas puestas sobre pies derechos en Hañyang-fu. Se han realizado enormes trabajos para levantar el suelo de la concesión europea sobre el nivel de las inundaciones y construir el muro de defensa, de 15 metros de altura, al que los ingleses han dado el nombre de *bund*, palabra persa importada de su imperio indio. Hañkou es el principal mercado de té que existe en China. Puede afirmarse que la colonia extranjera depende de las oscilaciones comerciales de este producto. Todo el mundo se



Fabricación del papel en China. (Dibujo de Pranishnikof.)

pone en movimiento al llegar las primeras hojas de té; animanse las fábricas y factorías; llegan los vapores al pie del muelle; día y noche se encuentran llenas de gentes las calles y plazas del barrio europeo. Esta actividad dura tres meses, precisamente en la estación más calurosa y dura del año. La excitación se convierte en fiebre al final de Mayo, cuando los vapores destinados á Londres acaban de completar su cargamento, porque empieza la lucha de velocidad entre los buques, premiando al vencedor, no sólo con la vanidad del triunfo, sino con la recompensa de un doble flete. Pero en cuanto se han embarcado las últimas cajas de té, se restablece el silencio en las factorías, y en el barrio europeo quedan únicamente algunos empleados y escribientes.

Los comerciantes chinos, únicos que merecen este nombre, pues los extranjeros son tan solo comisionistas, envían directamente los tabacos, pieles y demás mercancías del país, y hasta exportan el opio indígena que se mezcla con el de la India para venderlo luego á los consumidores del Celeste Imperio. Los rusos, que compran el mejor té y el más inferior, han hecho de Hañkou el centro de sus operaciones para la compra y la «fabricación» de los panes ó ladrillos de té, y á causa de la competencia que hacen á los ingleses, éstos se han visto obligados á hacer sus provisiones en el gran mercado del Hañ, en vez de esperar que les llevaran el género á los puertos de Sanghai ó de Fucheu.

Más abajo de Hañkou se encuentra Kiukiang ó la «Ciudad de los nueve ríos», fundada en la estrecha península de piedra que separa el lago Poyang del Yangtzé. Tiene cierta importancia como tránsito de los géneros que proceden de la provincia de Kiangsi y en particular de las tabacos y el té negro, que en opinión de los comerciantes extranjeros es harto apreciado en la misma China para que con su comercio puedan obtenerse grandes beneficios en Europa. Vese también en Kiukang un barrio europeo, protegido como el de Hañkou por un fuerte dique de moderna construcción. La provincia de Kiangsi ó «el Oeste del Río», que tiene á Kiukiang como puerto avanzado en el Yangtzé y Uching, sobre el lago Poyang, se llama Nanchang y está al principio del delta del Kia-kiang ó Chang, en una fértil llanura. Nanchang es el depósito general de las porcelanas que se fabrican al Este del lago Poyang, en el valle del Chang-kiang, y sobre todo, en las inmediaciones de Kingte-cheñ. En el siglo XVIII existían más de 500 fábricas de porcelana en torno de esta última ciudad, que siempre se ve rodeada por una espesa humareda negra de día é iluminada por las llamas durante la noche. Entonces había en ella más de un millón de habitantes ocupados en las fábricas, pero actualmente su población ha disminuído mucho. La porcelana de Kingte-cheñ sigue siendo muy apreciada en China y es objeto de un gran comercio. Sin embargo, esta porcelana, que durante muchos siglos no tuvo rival en el mundo, es ahora muy inferior á las de Europa, tanto por la pasta como por la forma y el dibujo. Los fabricantes de Kingte intentan en vano competir con los extranjeros.

Nanking, capital del Kiangsu, la «Corriente del Río», y residencia del virrey de Kiang-nan ó sea de las provincias de Kiangsu y Nganhoei, fué antiguamente metrópoli de toda la Chi-

na. Durante mucho tiempo, fué esta ciudad la más populosa del mundo, y hasta cuando se trasladó á Pekin la residencia imperial, la ciudad de las orillas del Yangtzé siguió siendo su rival por el número de habitantes y su más importante industria y comercio. En 1853 fué declarado Nanking residencia del jefe del Estado, es decir, del «rey Celeste» ó el soberano de los taiping; pero poco tiempo duró el nuevo imperio, y tras dos largos años de terrible asedio, fué tomada la ciudad en 1864 por el ejército imperial; todos sus defensores perecieron, siendo arruinadas sus casas. Sin embargo, después de algunos años de paz, el nuevo Nanking pudo volver á contarse entre las grandes ciudades de la China, aunque en el espacio encerrado por sus inmensas murallas de 30 kilómetros de extensión, se hallan todavía campos y ruinas en las cuales se persigue á la chocha, al faisán y hasta á la caza mayor. El gobierno ha establecido cerca de la capital del Kiangsu un arsenal, y la iniciativa particular implanta importantes manufacturas de los tejidos de algodón que bajo el nombre de nankines sirvieron antiguamente de modelos á los fabricantes europeos. También proceden de esta ciudad los mejores rasos chinos. Nanking ó Kiangning-fu, como oficialmente se la llama, ha recobrado su rango de metrópoli del bien decir y de las bellas letras, recibiendo anualmente más de 12.000 jóvenes, que acuden á ella para sufrir los exámenes.

La actividad comercial del Kiangsu se concentra principalmente en la ciudad de Chingkiang, situada al Este de Nanking, en la orilla derecha del Yangtzé-kiang, y frente á la boca meridional del río de los «Transportes». Comunica con Sanghai por medio de canales naturales y artificiales, y se halla en el cruce de varios importantes caminos. A estas circunstancias ventajosas debe su actual prosperidad después de los grandes desastres que sufrió en el siglo xix. En 1842, el ejército inglés alcanzó allí la victoria que le permitió imponer á la China el tratado de Nanking, pero al entrar en Chingkiang lo encontró sembrado de cadáveres, pues sus defensores manchures habían degollado á sus mujeres é hijos antes de suicidarse para no caer en manos de los odiosos «bárbaros del pelo rojo». Los taiping se hicieron dueños de la ciudad en 1853, pero cuatro años más tarde la ocuparon los imperiales, pasando á cuchillo á todos sus habitantes, y, lo mismo que en Nanking, sólo dejaron en ella ruinas y escombros donde buscaron asilo algunos infelices. Sin embargo, el comercio ha levantado

á Chingkiang de tal manera, que hoy es el segundo puerto de China para la importación de mercancías extranjeras, aunque sus exportaciones sean casi nulas, exceptuando las que hace á los demás puertos del litoral.

El puerto que hoy tiene mayor movimiento comercial en China es el de Sanghai, el más inmediato á la entrada del «Gran Río». En toda el Asia sólo es inferior al puerto de Bombay. Sin embargo, cuando los ingleses eligieron en 1842 el sitio que ocupa para establecer sus factorías, parecía difícil que consiguieran hacer de la ciudad del Hoang-pu una rival de Cantón y de Amoi. Es verdad que Sanghai, como puerto de la importante ciudad de Sucheu y del rico distrito que la rodea, ya tenía muchas relaciones comerciales, y además la gran ventaja geográfica de dominar la entrada del río navegable que atraviesa todo el Imperio del Este al Oeste; pero fué preciso luchar con las grandes dificultades del suelo y del clima, consolidar y levantar los terrenos, cortar los canales, secar los pantanos, purificar el aire infecto, y además limpiar el canal y marcarlo con boyas para la seguridad de la navegación. Se ha logrado algún tanto sanear el suelo, teniendo en cuenta la humedad que allí existe; pero queda por hacer la parte más importante de las reformas, que es limpiar la peligrosa barra del Hoang-pu ó «Río de las Aguas Amarillas», donde se encuentra situado Sanghai. Dicho obstáculo ha aumentado en los últimos años. Los buques varan en los bancos de arena, y los vapores de mucho calado renuncian á subir á la ciudad.

En la orilla del río, al Norte de la ciudad amurallada de los chinos, están los edificios europeos. La «concesión» inglesa es la «colonia modelo y por su gobierno autónomo resulta la verdadera república del Hoang-pu». El territorio situado al Norte del río de Sucheu, cedido á los americanos, se reunió al inglés en 1863, y desde entonces toda la parte occidental de los alrededores, en torno del hipódromo, está llena de construcciones europeas. Más de 100.000 chinos habitan la concesión inglesa. En ella se han establecido también muchos comerciantes franceses para evitar la vecindad de los ruidosos barrios chinos, y escapar al poder absoluto de su cónsul, á quien se han conferido derechos casi dictatoriales. Al Sur de la ciudad china se extiende el barrio de Tongkatu, y hacia el Este, en la orilla opuesta del río, se halla Puntung, llamado «Europa chica» por el número de chinos cristianos que lo habitan. Los campos que rodean á Puntung están protegidos contra las inundaciones del mar y

de las aguas corrientes por el mismo sistema que se sigue en Holanda, existiendo en el lado del Océano cinco diques concéntricos á lo largo del litoral.

Aunque no tiene Sanghai la importancia de Hañkou para el comercio del té, tiene la bastante para enviar tan preciado género á Inglaterra y á los Estados Unidos en grandes cantidades; así como también es muy considerable el comercio de seda que hace con Inglaterra y Francia. Pero su principal movimiento consiste en la importación del opio, que alimenta la navegación del Sanghai, manteniendo muchos buques en las aguas del río Hoang. En los depósitos ó almacenes que hay á orillas del río de Usung se desembarcan los cadáveres de los chinos muertos en el extranjero. Radican en Sanghai cinco líneas de vapores destinados al servicio del río, y pertenecen á sus compañías mercantiles muchos buques de cabotaje: es la única ciudad china que tiene en su barrio de Puntung, á la derecha del Hoang-pu, astilleros para la construcción de barcos mercantes con obreros indígenas é ingenieros europeos. Cruzan la ciudad los tranvías en todas direcciones, y en los alrededores hay magníficos paseos que rodean el hipódromo y van hasta el «Hervidero» ó sea el Bubbling-well de los ingleses y el Hai-yan (Ojo del mar) de los chinos. Consiste en una fuente que exhala gas hidrógeno sulfurado. Más allá, se encuentran anchos caminos adoquinados que se extienden á unos 10 kilómetros de distancia, hasta las casas de recreo de los comerciantes chinos y extranjeros, pero el gobierno no ha permitido continuar estos caminos hasta las ciudades del interior.

En el inmenso jardín que rodea á Sanghai, cortado por numerosos canales de desagüe, se encuentran barriadas y aldeas muy pobladas. Una de éstas, que se distingue desde lejos por su pagoda, es Zikavei, que puede considerarse como dependiente de Sanghai, del que dista ocho kilómetros al Sudoeste. En ella está instalado el colegio de los jesuitas, fundado en el siglo XVII, y que merced á los donativos de los Estados Unidos, tienen actualmente un Observatorio meteorológico provisto de muy buenos instrumentos. Los jóvenes que cursan en este colegio pueden presentarse á los exámenes del mandarinato como los estudiantes de las escuelas indígenas. En la península semilacustre que separa el delta del Yangtzé del golfo de Hangcheu, se encuentran las importantes ciudades de Nansiang, Kiating, Lutien, Taitsang, Sungkiang, Kiahing y Hucheu. Esta última es célebre por la manufactura de telas finas, y durante mucho

tiempo fué el centro de fabricación de seda. En sus inmediaciones se halla Nantsin, principal mercado de gusanos de seda del Imperio. En la gran aldea de Azé, situada á unos 30 kilómetros al Sur de Kiating, se prepara el hermoso color verde marino llamado *lo-kao*, que los tintoreros de Europa en vano han pretendido imitar. Las islas del Yangtzé se hallan tan pobladas como la tierra firme. En la de Tsungming existen multitud de pueblos y aldeas, protegidos de los temporales marítimos por medio de espesas vallas de bambú.

En el rico territorio del Kiangsu meridional ocupa el primer lugar por su población y su industria la famosa ciudad de Sucheu, la «grande y noble» Suyu, que admirado describía Marco Polo. No tiene ahora esta ciudad «sesenta millas de circuito», ni sobre sus canales cruzan los «seis mil puentes de piedra, suficientemente elevados para permitir el paso de las galeras», ni se encuentran en sus calles y en sus barcos chinos bastantes para «conquistar el mundo». Pero la Venecia china, reedificada después del saqueo que sufrió de los taiping, ha vuelto á adquirir su antiguo comercio, y sus pobladores siguen distinguiéndose por su inteligencia y buen gusto. «Todo lo hermoso procede de Sucheu; cuadros, esculturas, *tamtams*, sederías y mujeres», dice un proverbio. Otro asegura que «para ser feliz es preciso nacer en Sucheu y vivir en Hangcheu». Sin embargo, aún falta mucho para reparar los daños causados por la guerra civil. Sucheu no rivaliza ya con Pekín en la belleza de sus libros, y ha perdido también la superioridad de que disfrutaba por sus sedas. El «Gran Lago» ó Ta-hu, que se extiende al Oeste de Sucheu, es un verdadero mar interior, donde viven multitud de pescadores que navegan á lo largo de sus costas.

Hangcheu-fu está situado cerca del extremo oriental de la gran bahía de este nombre, á la boca de un río navegable. Hangcheu tuvo siempre gran importancia á causa de su buen clima y su suelo fértil. Fué la capital del Imperio meridional que resistió más tenazmente á los conquistadores mongoles, y de aquella época conservó mucho tiempo el nombre de Kingtze, con que en la Edad Media la conocieron los viajeros árabes y europeos. Marco Polo dedica á Kingtze (Quinsay) palabras de admiración que no le inspiró ninguna otra ciudad china. En sus viajes por el Asia oriental, nada le asombró tanto como «la nobilísima ciudad, sin duda la más noble y la mejor que existe en el mundo». Sin embargo, da de ella ciertos detalles que debieron justificar la incredulidad con que Europa acogió la re-

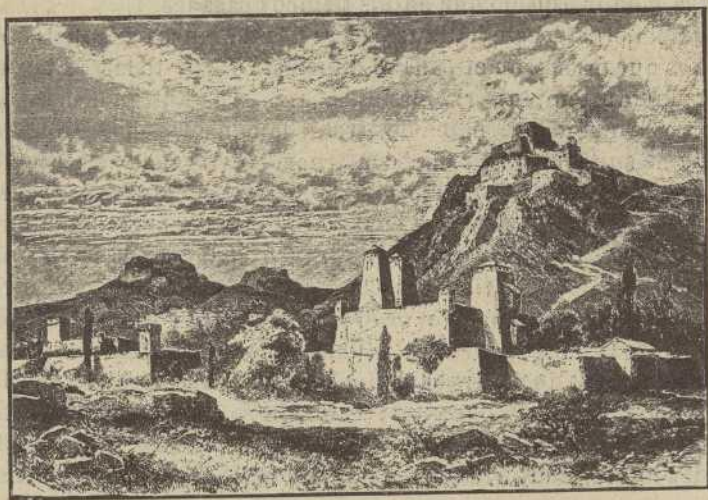
lación de sus viajes. Según él, tenía 100 millas de circunferencia, 1.600.000 casas, 3.000 baños, 12.000 puentes de piedra, suficientemente elevados para permitir el paso de los barcos y cada uno de ellos custodiado por 10 hombres. Los 12 gremios de obreros tenían cada uno 12.000 casas dedicadas á su industria. Los demás viajeros hablan de Quinsay en términos parecidos. Oderico de Pordenone la llama «la mayor ciudad del mundo»; Ibn Batuta cuenta que se necesitan tres días de marcha para atravesarla de un extremo á otro. Es evidente que esta ciudad, que todavía tiene 20 kilómetros de circunferencia, ocupa menor espacio que en los tiempos pasados.

Hacia el Sudoeste hállanse los restos de muros y construcciones que formaron el palacio imperial, y por todas partes se encuentran templos arruinados. Los autores antiguos hablan de un gran lago que había dentro de la ciudad, y hoy se halla fuera de su recinto; pero las construcciones de todas clases que se elevan en sus islas y sus orillas, tales como las pagodas, kioscos, sepulcros, torres y casas de recreo, casi vienen á formar un barrio de la ciudad. El Si-hu ó «Lago Occidental» no conserva su forma primitiva. Esta masa de agua era casi circular, excepto en su parte de Occidente, donde las olas, movidas por los vientos marinos, habían formado un banco ligeramente curvo, que el trabajo del hombre ha convertido en la «calzada de los seis puentes». También se ha unido al continente una gran isla por medio de diques y puentes de mármol. Todos los promontorios é islotes están rodeados de muelles. Estas construcciones bizarras, que se reflejan en el agua junto con los bosques vecinos, pertenecen á la mejor época de la arquitectura china, y han dado cierta celebridad á las orillas del Si-hu por la elegancia de sus formas, el brillo de sus colores y la gran variedad con que adornan el paisaje. Por la hermosa vista del lago, lo agradable de la vida y la bondad de los habitantes, merece Hangcheu-fu el nombre de «Paraíso» que le dan los chinos. Un proverbio muy vulgar dice: «El cielo está arriba y Sucheu y Hangcheu abajo». Los mismos extranjeros, aun estando poco acostumbrados al gusto de los adornos simbólicos chinos, hablan todos del Si-hu y sus islas como sitio maravilloso donde el arte se ha combinado felizmente con la naturaleza. A Hangcheu como á Chingtu-fu, se le ha dado el nombre de «París del Oriente». Es la ciudad alegre por excelencia, donde los mismos mandarines más linajudos y celosos de su dignidad se divierten como los demás ciudadanos. La fa-



bricación de sederías constituye la primera industria local. Se ocupan en los tejidos de seda 60.000 personas, y en las vecinas ciudades de Hucheu, Kiahing y pueblos inmediatos hay más de 100.000 obreros dedicados al mismo trabajo.

En el lado meridional de la bahía se halla otra importante ciudad, Xaoching, centro mercantil é industrial de una fértil llanura, probablemente la que tiene en el mundo mayor densidad de población. En todas las regiones de aluvión de la China se han hecho enormes trabajos para consolidar y secar el

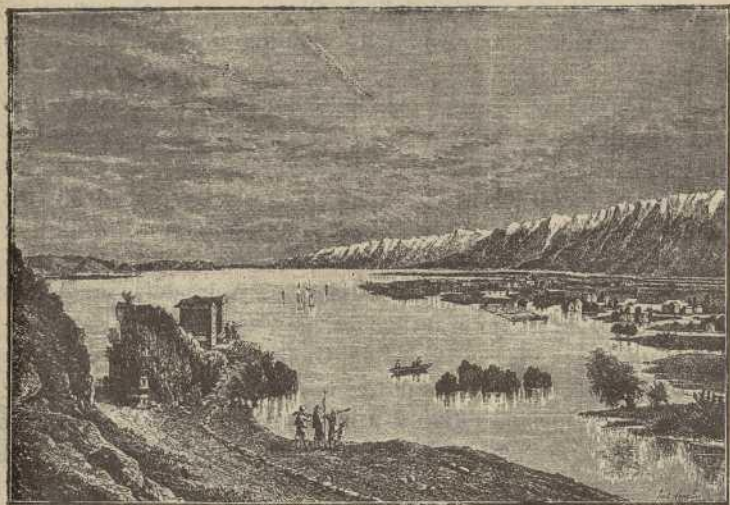


Kansú: Pueblos fortificados cerca de Lancheu. (Dibujo de Th. Weber.)

suelo, pero en parte alguna se encuentran obras hidráulicas parecidas á las que limitan la orilla meridional de la bahía de Hangcheu. Allí han construido los hombres el viaducto más largo de la tierra; hasta después del desarrollo de la industria moderna, no han trazado los occidentales un solo camino comparable al que los chinos construyeron en la provincia de Chekiang hace más de mil años. El viaducto ó «puente» de Xaoching tiene 144 kilómetros de longitud, y se compone de unos 40.000 pilares rectangulares, sobre los cuales va un camino de metro y medio de ancho. Entre las ciudades de Ningpó y Yuyao se ha extraído de la montaña de Taying, en una altura de 500 metros, toda la piedra para la construcción de este viaducto; y todavía se cortan cantos para columnas y estatuas, que

se exportan hasta el reino de Siam. En el extremo oriental del puente se eleva una fortaleza hecha con piedra roja, que defiende la ciudad de Tsinhai en la embocadura del Yung-kiang ó río de Ningpó.

En la orilla septentrional de la bahía del Chekiang existe una ciudad amurallada que se llama Kampú, pero se cree que la antigua ciudad de este nombre, Ganfu ó Kampú, que Marco Polo designa como puerto marítimo de Quinsay y su vecina comarca, quedó sepultada en el mar, que en estos parajes inva-



Lago de Tali. (Dibujo de Paul Langlois.)

dió las tierras. En ninguna otra bahía del litoral chino, remonta con más violencia ni causa más daños la ola de marea.

La cuenca del Tsientang ó «Río Verde», cuyo extremo oriental protegen las dos ciudades de Hangcheu y Xaoing, era á mediados de este siglo una de las comarcas más ricas y pobladas de la China, y quizá sigue siendo aún la más hermosa por la belleza de sus paisajes y el brillo de su vegetación. En ninguna parte del Imperio hizo tantos estragos la guerra civil como en ella. Sólo pudieron librarse de las matanzas y del hambre un 3 por 100 de sus habitantes. Pero ahora se va repoblando rápidamente, y exporta de nuevo seda, té, las frutas de Kiucheu y los apreciados jamones de Kinhoa. La ciudad de Lanki (Nanchi), es el centro mercantil de esta cuenca,

cuya superficie casi llega á los 40.000 kilómetros cuadrados.

Las 29 capitales, *cheu* y *hien* que se encuentran en la cuenca del Tsientang, son accesibles en la época de la crecida para los buques que surcan el río; pero los de mayor calado no pueden remontar el río Tsientang hasta la ciudad de Hangcheu y se detienen en Chapu. Los champanes grandes, adornados con dos enormes ojos en la proa y pintados de blanco como en tiempo del viajero Oderico de Pordenone, no pasan de la entrada de la bahía. El puerto principal de la comarca se halla en el extremo oriental de la península, sobre el río Yung, que desemboca en la rada formada por la gran isla de Chusán. Allí se encuentra el límite natural del mar Amarillo y de los deltas meridionales donde termina la boca del Yangtzé-kiang y la bahía de Hangcheu. La ciudad de Ningpó, ó de las «Olas pacíficas», forma una península en la confluencia de dos ríos navegables y en el punto de unión de los canales que conducen á todas las ciudades del Chekiang y del Kiangsi, siendo como el guardián de la rica comarca que se extiende por el Oeste hasta el Gran Río. Reune esta población las más ventajosas condiciones, buen fondeadero, abundantes provisiones y facilidad para la defensa, siendo la más importante bajo el punto de vista estratégico. Esta ciudad es una de las más notables del Chekiang por la belleza de sus alrededores, favorecidos por el clima y la fertilidad del suelo. Hacia el Sudoeste se divisa una línea de azules montañas muy pobladas de bosques, y una de sus gargantas, llamada «Valle nevado», es célebre en todo el Oriente por sus contrafuertes de rocas blancas, sus arboledas y sus ruidosas cascadas. Debajo de estas alturas se extienden los campos, clásicos en la historia de la agricultura china, que, según la tradición, cultivó el emperador Chun hace cuarenta siglos, empleando un arado tirado por un elefante. Ningpó es una ciudad muy ilustrada, tiene varias bibliotecas particulares, una de ellas con más de 50.000 volúmenes y la cual pertenece á una familia cuyos individuos guardan una llave cada uno. La industria local está muy desarrollada, exportándose hasta el Japón los muebles incrustados ó de laca, los tapices y las esteras de esparto que se fabrican en Ningpó.

En el país inmediato encuéntranse varias ciudades importantes, tales como Yuyao, Tsek-yé, y grandes aldeas muy pobladas. La ciudad de Tinghai, situada en la orilla meridional de la gran isla de Chusan, ó «Montaña del Buque», es capital de todo el archipiélago, que cuenta con más de un millón de

habitantes. Entre este grupo de islas, famosas por su producción de las mejores «naranjas mandarinas», hay una isleta que frecuentan los peregrinos budhistas para visitar los famosos monasterios de Puto, consagrados á Kuan-yin, diosa de la misericordia y patrona de los marineros. Dícese que el nombre de Puto se deriva de Potala, templo sagrado de Lassa. El primer santuario de la isla, que databa de principios del siglo x, se construyó sobre una gruta donde entraba mugiendo el agua del mar, para convertirse en blanca espuma. Existen en la isla 100 monasterios, que habitan 2.000 religiosos. Hay la costumbre de respetar religiosamente todas las plantas y los animales de la isla. La pesca constituye la gran industria insular. Los habitantes de Chusan, que descienden de piratas, han conservado un carácter muy independiente. En 1878, todavía rechazaron á los soldados chinos que iban á imponerles un tributo.

VII

Vertiente oriental del Nan-xañ, Chekiang meridional y del Fokien.

Esta parte de la China es una de las que tienen límites mejor marcados. El Chekiang meridional se divide naturalmente en dos distritos, que bañan las aguas del Taicheu y del Vencheu; así como el Fokien se halla también fraccionado en diferentes regiones, que corresponden á las cuencas del Min y de los otros ríos que desembocan en las costas de Amoi y Suateu.

El aislamiento relativo en que han vegetado los pueblos del Fokien, ha contribuido á mantener su fisonomía peculiar. Desde ciertos puntos de vista, los habitantes de esta provincia se diferencian de los demás del Imperio. Hablan por lo menos cinco idiomas distintos, sin relación alguna con la lengua oficial, y tan opuestos que no se entienden las gentes de las diferentes comarcas.

Existen todavía en el Fokien, así como en la provincia de Cantón y en el archipiélago de Chusan, pobladores despreciados que se suponen ser restos de los antiguos autóctonos del país. Estos indígenas viven muy aislados, y en algunos distritos como el de Fucheu no pueden ser propietarios agrícolas, ni siquiera habitar la tierra firme. Sus cultivos se limitan á la

posesión de algunas flores ó legumbres plantadas en un cesto que colocan en la proa de sus embarcaciones. Viven constantemente sobre el agua, paseándose de puerto en puerto ó estando al ancla en las bahías, expuestos á la intemperie. Por fortuna suya estos seres son casi anfibios, aprendiendo á nadar desde su infancia. Los mismos niños de pecho llevan siempre una calabaza ó están atados á un trozo de madera para que puedan flotar si caen en el río. Tienen hasta sus templos ambulantes, servidos por sacerdotes taoístas, que como ellos viven sobre el agua ó intervienen en sus matrimonios y festividades religiosas dedicadas á los «Nuevos Reyes». La religión budhista y los ritos de Confucio no han penetrado aún entre estos pueblos flotantes. La casta indígena vive condenada á la ignorancia, pues sus hijos no pueden concurrir á los exámenes públicos, y es necesario que pasen tres generaciones para que á los descendientes de estos barqueros, tolerados en las ciudades y aldeas como barberos ó portadores de palanquín, se les permita vivir definitivamente entre los demás chinos.

Para designar á estos parias se usan varios términos despreciativos, pero no existe ningún nombre etnológico que los distinga de los demás chinos del Fokien. La palabra *tankia* con que suele llamárseles es más bien un insulto.

Fucheu-fu, capital del Fokien y puerto principal de la costa Sudeste entre Sanghai y Cantón, es una de la grandes ciudades del Imperio. Sus alrededores son muy pintorescos y de ellos se deriva quizá su nombre, que ordinariamente se traduce en el sentido de «Región feliz». La ciudad dista 56 kilómetros de la boca del Min, y está situada lejos del mar, junto á la confluencia del río con otro procedente del Sudoeste. La ciudad amurallada de Fucheu, donde viven los mandarines, el pueblo y 10.000 descendientes de los mandchures, está situada al Norte del Min, á tres kilómetros de la orilla, ocupando el espacio intermedio un gran arrabal donde se ha concentrado toda la actividad mercantil. Allí se agrupan los diversos gremios de industriales y comerciantes, ocupando una calle cada uno de ellos. En la parte opuesta, ó sea en la orilla meridional, se extiende otro arrabal muy poblado, llamado Nantai. En medio del río Chungcheu hay una isleta, igualmente poblada de casas, y todo el río está cubierto por la ciudad flotante de los champanes, divididos en barrios y calles por donde cruzan los botes de los mercaderes. Los dos brazos del Min que rodean la isla del Chungcheu están unidos por puentes de granito. El

puede de los «Diez mil años», Vencheu-kiao, que se supone fué construido en el siglo xi, tiene 400 metros de longitud y está sobre 40 estribos desigualmente espaciados. El camino está empedrado de grandes losas de granito, algunas de ellas de 15 metros de largo. Varias se han hundido hasta el fondo del río, formando algunos canales que los barcos no pueden pasar. Unicamente los botes de poco calado cruzan el puente de los «Diez mil años». El barrio europeo está situado en el arrabal de Mantai, teniendo sus casas dispersas entre los sepulcros chinos en la ladera de una colina que domina la ciudad. El comercio de exportación casi se reduce al té.

Amoi, puerto meridional del Fokien, abierto al comercio extranjero, es uno de los más importantes del mundo. Está situado en una isla, que con los islotes que la rodean, debió formar parte del continente. Junto á los muelles de Amoi pueden anclar buques de gran porte. Cuando á principios del siglo xvi empezaron los portugueses á recorrer las costas de la China, desembarcaron en Amoi, que era ya el gran puerto del Fokien. La colonia europea, que se halla establecida en la pequeña isla de Kulang-su, distante 600 metros de Amoi. Junto á la población europea se ha edificado un barrio chino, mejor cuidado que la ciudad de la orilla opuesta. El comercio de Amoi tiene casi igual importancia que el de Fucheu y consiste principalmente en la importación del opio y la exportación de azúcar y té. En Amoi se embarcan también gran número de emigrantes, existiendo gran movimiento de viajeros entre su puerto y el de Singapur. Amoi es una de las ciudades chinas que más se distinguen por su espíritu emprendedor, y cuenta con diques de carena donde se reparan, no sólo los champanes y barcos de vela, sino hasta los vapores de 2.000 toneladas. La isla principal se compone en gran parte de estéril granito, pero en cambio parecen hermosos jardines los campos de las populosas ciudades de Changeu y de Tungan.

VIII

Cuenca del Si-kiang. Provincias del Kuangsi y del Kuangtung.

Esta parte de la China, cuya mitad Sur está dentro de la zona tropical, se distingue del resto del Imperio por las condiciones de su clima, las producciones de su suelo y la historia

de sus habitantes. Durante el período histórico, la cuenca del Si-kiang estuvo separada con frecuencia de la monarquía del Norte, y á mediados del siglo XIX estalló en ella la formidable rebelión de los taiping. La provincia de Kuangtung, relativamente á su población (que es la vigésima parte de todo el Imperio) ejerce gran influencia sobre la política del país y su capital, la más poblada de la China, disputa á Pekín su preponderancia. Mientras que la «Residencia del Norte» vigila el territorio de las mesetas mongólicas de donde salían antiguamente todas las invasiones, la «Ciudad Oriental», casi india por su clima, mantiene las relaciones entre la tierra china y las islas y penínsulas que baña el mar Indico.

El río llamado Si-kiang ó «Río Occidental», es muy caudaloso merced al monzón del verano, que produce grandes lluvias en la vertiente meridional del Nan-xañ. Se calcula que anualmente caen dos metros de agua sobre la provincia del Kuangtung. El Si-kiang se une con el Pekiáng, ó «Río del Norte», que es una de la más importante de todas las rutas históricas del imperio, pues sin ella toda la región del Mediodía quedaría separada del Reino Central. En el delta que forma la unión de estos dos ríos, vive una gran población casi anfibia, pues lo mismo subsiste en tierra que en el agua. Las familias que viven sobre el agua se ocupan en diferentes industrias, además de la pesca. Los labradores mismos residen en su bote, anclado junto á sus tierras. Es muy natural que esta región sea el centro de todo el comercio del imperio y que, en época de revueltas, los piratas se hayan establecido en el dedalo de canales del bajo Si-kiang. Allí, armados, podían esperar el paso de las embarcaciones, ocultándose detrás de las puntas de arena ó de los cañaverales. Mucho trabajo costó á los buques de guerra europeos limpiar esta región de los piratas que la infestaban.

La ciudad de Cantón está situada casi á igual distancia de los dos extremos del delta formado al Oeste por el Si-kiang y el Pekiáng, y al Este por las ramificaciones del Tungkiang. Los anales chinos hablan de Cantón desde hace veintitrés siglos. En aquella época tenía el nombre de Nan-vú-cheng ó «Ciudad guerrera del Sur», y merecía con justicia este calificativo á causa de sus frecuentes revueltas. En el año 250 de la era vulgar consiguió expulsar á los chinos del Norte, proclamándose independientes durante unos cincuenta años. A principios del siglo X, Cantón fué capital de un Estado autónomo, sólo unido al imperio por el pago de un tributo anual; pero sesenta años más tar-

de la conquistó de nuevo el fundador de la dinastía Ming y resistió á los tártaros durante más de un año. En el sitio de la ciudad murieron más de 700.000 cantoneses, y al rendirse fué entregada al saqueo y convertida en un montón de ruinas. Cantón ó Kuangcheu-fu es una de las ciudades más chinas del Reino Central, aunque se halle situada en sus confines meridionales, frente á las islas malayas y á las penínsulas indias. Comparada con las demás ciudades del imperio, á las que excede en población, las aventaja asimismo por la originalidad de su aspecto y su típico carácter de capital china. No tiene, como Pekín, las anchas calles llenas de polvo, ni las casas en forma de tienda que recuerdan la cercanía de las estepas mongólicas, ni se hace notar, como Sanghai ó Hañkou, por los nuevos barrios donde casas, muelles, barcos y personas son todos europeos. Muéstrase hoy Cantón tal como existía hace más de quinientos años, cuando por vez primera la visitaron los europeos. En esta ciudad, «única en el mundo», se ve en primer término su barrio flotante, en el que están anclados innumerables barcos de todas clases, formando islotes ó manzanas como las casas de tierra firme, separadas por canales que los juncos y champanes recorren sin cesar. Aunque en este sitio tiene el río más de un kilómetro de anchura, desaparece á la vista, oculto por la numerosísima flota donde vive una animada población de comerciantes, industriales, fondistas y dueños de establecimientos de recreo. Construida la ciudad propiamente dicha en la orilla septentrional del Chu-kiang, está rodeada de murallas, y contiene, á la usanza china, otro muro interior que la divide en dos ciudades diferentes. En su recinto, de algunos kilómetros de extensión, viven apiñados sus habitantes. Las calles son estrechas y tortuosas; las planchas doradas y barnizadas que llevan los nombres de las tiendas, estrechan aún más la vía pública. En muchos sitios hay toldos de estera, quedando calles y almacenes en una sombra discreta, por la cual transita la turba silenciosa, que sólo se detiene de vez en cuando para dejar el paso libre á algún palanquín. Fuera de la ciudad se extienden los dilatados arrabales por ambas orillas del río, y enfrente, en la ribera meridional, se encuentra la ciudad de Honán, en la isla de su nombre, mientras que en otra isla del Sudoeste se halla Fati, el «Campo de Flores», habitado por jardineros que cultivan con especial cuidado los árboles enanos y las plantas trepadoras. Dominan el conjunto de casas bajas de la ciudad las pagodas y las torres á prueba de incendio, donde los prestamistas guar-

dan sus depósitos. La capital del Kuangtung es una de las ciudades más insalubres de la China. Existen en ella miles de ciegos y de leprosos. En pocas ciudades domina un tipo más opuesto al ideal de belleza. Los residentes ingleses, que son los más numerosos y ricos de la colonia extranjera, han convertido su barrio, situado en la isla de Xamin, en una bonita población, más saludable que la china, provista de paseos y calles de árboles. Cantón es la primera ciudad del Imperio chino respecto á la producción industrial; sus obreros hilan seda, tiñen y aderezan telas, fabrican papel, vidrio y barnices, trabajan marfiles y maderas, construyen muebles preciosos, funden metales, producen porcelanas, refinan azúcares, y en una palabra, crean los mil y un objetos conocidos bajo el nombre de «artículos de Cantón», que se expiden al interior de China. Las obreras indígenas han perfeccionado el arte del bordado y no tienen riva en el mundo para combinar colores, dibujar con elegancia y acabar bien los trabajos. Cantón es el gran depósito de sedas del Mediodía de China, como Hangcheu lo es del Norte. Casi todo el comercio de la ciudad se encuentra en manos de negociantes indígenas, quedando los europeos de Xamin convertidos en simples comisionistas.

Por las factorías pulula una clase especial de corredores que no son ingleses ni chinos. Un adagio popular muestra á la vez la vida penosa de las montañas del Oeste y la corrupción de la gran ciudad meridional. Dice así: «Anciano, no vayas al Se-chuen; joven, no vayas á Cantón.»

Hoang-pu (Whampoa), primer puerto de Cantón en el río llamado de las Perlas, es también una gran ciudad de cuatro kilómetros de extensión, situada junto á las islas que rodean la bahía. Aunque se halla junto á un barrio europeo, ha conservado toda la originalidad, así como toda la suciedad china. Forma una aglomeración de casitas de bambú en forma de jaulas, que domina una famosa pagoda. Sus talleres de construcción, diques de carena y vastos depósitos, han hecho de Hoang-pu una de las escalas que más frecuentan los buques ingleses. Pero gran parte del comercio de Hoang-pu se hace secretamente por los vecinos canales ocultos entre los cañaverales. En ellos van de noche á buscar los contrabandistas los fardos de opio que los comerciantes ingleses les envían. A trechos véanse por la orilla del río antiguas torres construídas en época ignorada para defenderse de enemigos cuyo nombre se ha perdido.

Los comerciantes ingleses, á quienes no bastaban los mercados que en China les habían abierto sus buques de guerra, se apoderaron de una isla en la costa, fuera de la línea de las fortificaciones chinas, llamada Hong-Kong, nombre cantonés de Hiang-kiang, isla del «Arroyo Perfumado». Hong-Kong pertenece á los ingleses desde 1841, y con su trabajo han hecho de ella uno de los sitios más frecuentados del extremo Oriente. Esta isla, cuyas rocas de granito y basalto ocupan una superfi-



Interior de una granja china en la provincia de Canton. (Dibujo d'Adrien Marie.)

cie de unos 83 kilómetros cuadrados, forma como un mundo reducido que tiene sus montañas, valles, bosques, corrientes, playas, caletas pedregosas, puertos y archipiélagos de islotes y escollos.

El canal, que al Oeste separa á Hong-Kong del continente, tiene 2.500 metros de anchura. Cuando los nuevos dominadores ocuparon la isla, sólo contaba ésta unos 2.000 habitantes entre pescadores y agricultores. En la actualidad se encuentra en la ribera septentrional de la isla, junto á la rada formada por el estrecho, la gran ciudad de Victoria, llamada por los chinos Kuantailu ó «Camino de los Cinturones». En la entrada de todos los valles se ven pob'adas aldeas y cubren sus

promontorios bonitas casas de campo, rodeadas de bosques de pinos, higueras y bambúes. Serpentea por los montes un ancho camino hasta llegar á la cumbre más alta de la isla, que tiene 539 metros, y desde allí se divisan los muelles de Victoria y las tranquilas aguas de la bahía que surcan los buques de guerra y mercantes. Esta ciudad inglesa, recientemente fortificada, tiene las calles limpias, las casas sólidamente construídas al estilo europeo, aunque más bellas á causa de los terrados y galerías cubiertos de flores, y los jardines llenos de arbustos en un clima meridional. En los primeros tiempos de la colonización inglesa, se tenía por malsana á Victoria; pero ahora se ha convertido en verdadera estación sanitaria para los ingleses que viven en el extremo oriental de Asia, aunque el aire sólo se renueva con facilidad en la parte de la isla que recibe las brisas del mar. Por desgracia, está situada Hong-Kong en la zona de los huracanes. El tifón de 1874 destruyó más de 1.000 casas, echó á pique 33 buques y centenares de champanes y causó muchos millares de víctimas.

La colonia portuguesa «Cidade do Santo Nome de Deus de Macao», llamada Ngaomen por los chinos, está situada al Oeste de Hong-Kong, en la parte del estuario correspondiente al río de las Perlas. No está oficialmente separada de la China. El gobierno de Pekín nunca ha reconocido el dominio absoluto de Portugal sobre esta península, de la cual recibe el impuesto de 500 tael^s ó 3.700 pesetas anuales, fijado por el emperador Kang-hi. Sin embargo, la antigüedad de su posesión, que data del año 1557, y las enérgicas medidas adoptadas por el gobernador Amaral en 1849, han hecho de Macao una tierra verdaderamente portuguesa. La parte de la ciudad que los europeos ocupan tiene el aspecto de un pueblo de la Extremadura portuguesa con sus casas regulares, pintadas de rojo ó amarillo y adornadas con pesados balcones, y sus grandes conventos convertidos en cuarteles. La llamada población portuguesa, á la que debe añadirse una guarnición de 1.400 hombres, se compone casi únicamente de mestizos; y ni con mucho constituye la mayoría de los habitantes, pues los chinos ocupan el principal distrito, y sobre ellos pesa todo el trabajo de la colonia. También han invadido el barrio portugués ó Praia Grande, en la cual les está vedado construir casas, pero no comprar las de sus antiguos señores lusitanos. Los chinos las habitan sustituyendo el altar de la Virgen con el ara de sus antepasados. Durante cerca de tres siglos tuvo Macao el monopolio del comercio que

se hacía entre Europa y el Imperio chino, pero al abrirse al comercio los demás puertos perdió la ciudad portuguesa sus privilegios, hasta el punto de que sus mercaderes sustituyeron el antiguo comercio por el tráfico de carne humana. Los «barracoos» (almacenes de Macao) se convirtieron en depósitos de *culís* ó trabajadores capturados ó vendidos en las islas y en el litoral, que luego se enviaban al Perú y á las Antillas bajo el nombre de trabajadores contratados. Las reclamaciones del gobierno de Pekín acabaron en 1873 con este odioso tráfico, y desde entonces los contratos de los emigrantes ofrecen alguna mayor garantía de verdad. Además, la mayor parte de los compromisos se celebran ahora en el territorio chino de Hoangpu. Macao debe á sus casas de juego la notoriedad que ahora tiene entre las demás ciudades del extremo Oriente. Macao es famoso en la historia de la literatura. Comoens vivió en ella diez y ocho meses, en 1550 y 1560, y se pretende que allí escribió parte de las *Lusiadas*. En un jardín llamado el «Parque de Tórtola Blanca» hay tres piedras unidas que forman una especie de gruta y que, según la tradición, servía de retiro al poeta.

Además de Inglaterra y Portugal, otra nación europea ha puesto el pie en el territorio chino. Alemania posee desde hace pocos años el territorio de Kiao-Tchéou, desde el cual quiere ejercer cierto protectorado sobre la provincia de Chañ-toung, llave del «Río Amarillo». Pero hasta ahora el Imperio alemán no ejerce ninguna influencia, detenido en sus deseos ambiciosos por el gran triunfo de los japoneses, dominadores moralmente de toda el Asia Oriental.

IX

El Yunán.

Esta provincia, la más rica por sus metales y una de las más importantes por sus productos vegetales, es la menos unida con el Imperio del centro, pues si bien una parte del Yunán pertenece á la cuenca del Yangtzé-kiang, precisamente es la región más montañosa, menos poblada y más difícil de recorrer. Riegan la mitad occidental del Yunán los dos grandes ríos de la Indo-China, el Saluén y el Mekong, mientras que la vertiente meridional se inclina hacia el Annam, echando sus aguas en el

golfo de Tonkín por medio del Hungkiang ó «Río Rojo».

Puede considerarse el Yunán, en conjunto, como un plano inclinado del Noroeste al Sudeste. Comarca minera por excelencia, ya exportaba el Yunán metales labrados antes que los chinos hubiesen penetrado en el país. Los aborígenes tenían minas y fábricas en todas partes. El hierro es el metal más común en esta región, y casi en toda la provincia se explotan yacimientos de minerales muy ricos, utilizándolos para objetos de toda clase de hierro y acero. Abunda también la provincia en mineral de cobre, siendo el deseo de recuperar esta fuente de riqueza el motivo principal de haber hecho tan colosales esfuerzos el gobierno chino para reconquistar el Yunán á los mahometanos. Abundan también mucho los «lavaderos de oro» y las minas de carbón. Pocas provincias chinas podrán transformarse como el Yunán el día que tenga fáciles vías de comunicación.

Aunque los chinos dominan el Yunán desde hace más de dos mil años, todavía no han conseguido unificar sus diversos elementos de población. Las regiones montañosas están aún habitadas por tribus independientes, y muchas de las cuales son blancas, y si no tuvieran la nariz achatada y poca barba, recordarían el tipo europeo por la regularidad de sus facciones, la agilidad de su cuerpo y el equilibrio de sus facultades. Las mujeres, coquetas y joviales, están más desarrolladas que las chinas. No se han sujetado á la moda de llevar los pies comprimidos, y en los campos trabajan al lado de los hombres, viéndose las siempre alegres y dispuestas á dejar la labor para entregarse al canto ó á la danza. Desde este punto de vista, contrastan singularmente con la timidez y seriedad de las chinas, que se creerían comprometidas sólo con que un extranjero les dirigiera la palabra. Las mujeres de las tribus llamadas Lolo, tienen la reputación de ser las más hermosas de la provincia, por lo cual muchos chinos eligen allí sus esposas legítimas. En todas las tribus de Lolo la desposada abandona la casa conyugal al día siguiente de la boda, y sólo vuelve á ella cuando ha sentido los primeros síntomas de la maternidad. Si resulta estéril, queda disuelto su matrimonio. Al ver el peinado de una mujer puede saberse si es soltera, casada sin hijos ó madre. Las solteras llevan una gorrita azul bordada con vivos colores y terminada en cinco puntas con un cascabel de plata en cada una: las casadas que tienen un hijo se ciñen el cabello con un cordón rojo, y aumentan los cordones á medida que tienen más

hijos. Es costumbre en la tribu considerar al segundo hijo como primogénito, sea hombre ó mujer.

Las tribus de los Lisu viven independientes en los montes lejanos, y es ya tradicional en ellos hacer cada veinte ó treinta años una expedición para robar los territorios de sus vecinos chinos de las llanuras. Como algunos pieles rojas de la América del Norte, los lisu anuncian á sus enemigos las salidas de estas expediciones, enviándoles un bastón con cortes simbólicos y adornos de plumas, cuya significación misteriosa y temible explica el portador. El día señalado se presentan en el sitio que designaron, é inspiran tal terror á los colonos chinos, que casi siempre los vencen sin más armas que sus arcos y flechas empapadas de acónito. Los lisu se apoderan de las mujeres y de los niños para venderlos como esclavos en Birmania, y roban además las sederías y las joyas, incendiando luego las casas de sus enemigos. Sin embargo, los mandarines niegan al gobierno la existencia de tan peligrosos vecinos y hasta prohíben pronunciar su nombre. Anunciaron hace años al gobierno imperial que habían destruido estas tribus, y ahora no quieren desmentir sus despachos oficiales. En tiempo de paz los lisu son muy hospitalarios, y se distinguen de los pueblos limítrofes por su buena armonía y lo unidos que están. La tierra pertenece á todos, instalándose cada familia donde le acomoda para hacer sus cultivos. Trafican con las tribus vecinas, y por su conducto reciben los *exoris* lindas conchas de las Maldivas con que adornan y cubren por completo los sombreros de sus mujeres. Como moneda corriente usan las pepitas de oro que recogen en las arenas del Lutzé-kiang. No adoran á Budha, ni han permitido la entrada en sus territorios á los sacerdotes tibetanos, conservando el culto chamanista. Hay entre ellos hechiceros y brujos que emplean sortilegios para atraer á los genios del bien, y tocan el tambor para alejar de las fuentes, los montes y los bosques á los malos espíritus.

La única ciudad de alguna importancia que la China posee en la cuenca del Irauadi es Momesa, que está situada en una extensa llanura de arrozales y rodeada de abruptos montes; los viajeros ingleses la consideran como la puerta Sudoeste de la China, figurando así en todos los proyectos de ferrocarriles.

Otra ciudad importante es Tali, que en tiempo de Marco Polo se llamaba Carayan y era capital de los «siete reinos» y una de las mayores ciudades de la China meridional. Las tribus de las inmediaciones la llaman todavía la «ciudad santa». En época

reciente adquirió de nuevo el rango de capital por haber residido en ella el monarca mahometano Tuvenhsia, designado en las proclamas árabes dirigidas á los Estados vecinos por el nombre de sultán Solimán. Cuando en 1873 las tropas imperiales entraron en Tali, degollaron á más de la mitad de sus habitantes, que ascendían á 50.000, y su general envió á Yunán-fu 24 grandes cestos llenos de orejas humanas. Fueron incendiados sus arrabales y la ciudad casi destruida, quedando los campos vecinos de tal modo despoblados, que hoy no tienen sus aldeas ni la tercera parte de los habitantes que entonces había. Tali es célebre por su lago. Este lago, conocido bajo el nombre de Erh-hai, tiene unos 50 kilómetros de largo y se extiende de Norte á Sur en semicírculo, de nueve á diez kilómetros de ancho. Los parajes más hondos alcanzan á unos cien metros, pero su fondo es muy desigual y aparecen algunas islas hacia el lado de Poniente. Abunda el pescado en el Erh-hai y en los ríos y arroyos que recibe. Los pescadores de Tali se valen de ciertos pájaros para coger los peces. Salen temprano, por la mañana, moviendo gran ruido á fin de despertar á las aves pescadoras que duermen en las espesuras de las orillas, y dejan sus barcas á merced de la corriente, tirando al agua pequeñas bolas de arroz. Los pescados suben del fondo del río para coger la comida, pero se la disputan los pájaros, que acaban por coger á los peces, dejándolos en los barcos y recibiendo luego parte de la presa que les abandonan los marineros.

Yunán-fu, otra ciudad importante de esta región, es rectangular, como casi todas las ciudades chinas, y encierra un espacio de seis kilómetros cuadrados, pero no está todo él edificado. Sus arrabales exteriores carecen de importancia. El origen de esta ciudad es muy antiguo. Los comentaristas la señalan como el Yachi de Marco Polo. En la cima de un montículo, situado al Nordeste, se levanta un templo todo él construido de cobre. Además de la manipulación de metales, tiene Yunán-fu otras industrias. Se fabrican en ella tapices, mantas, fieltros y una tela especial llamada «satén del mar de Oriente», que algunos han supuesto tejida, por lo menos en parte, con telas de una araña del Yunán meridional. Esta tela, muy sólida y de color negro mate, tiene gran aceptación en el país.

X

Isla de Hainán.

Esta gran isla es una dependencia administrativa de la provincia de Kuangtung, y sin duda alguna pertenece al mismo período de la historia terrestre que el vecino continente. La península, que avanza desde la tierra firme al Norte de Hainán, viene á formar una isla parecida á la que existe en la otra parte del estrecho. El canal que separa las dos tierras, uniendo al mar de China con el golfo de Tonkín, no tiene gran anchura ni profundidad, siendo una simple depresión superficial. De una á otra orilla, este estrecho, llamado «canal de los Juncos», tiene sólo 20 kilómetros de ancho. Por su forma general y por la dirección de la principal cordillera de montañas, la «isla del Sur de la Mar» (que esto significa la palabra Hainán), atestigua su comunidad de origen con la vecina masa continental.

La isla de Hainán es, naturalmente, muy rica. En sus montañas abundan minas de oro, plata, cobre, hierro y otros metales; en los valles y llanuras de la vertiente oriental hay varios manantiales de aguas termales, y las laderas de los montes están cubiertas de bosques, abundantes en maderas de construcción, tan raras en el resto de la China. Estas altas regiones están aún habitadas por animales salvajes, hallándose el rinoceronte, el tigre, el mono de una especie parecida al orangután, el ciervo y la gacela. Más abajo, en la falda de las colinas, así como en las llanuras, se extienden los bosques de cocoteros, nogales y palmeras. La isla de Hainán posee también el insecto *coccus pela*, que produce la cera blanca. En los mares de sus inmediaciones abunda mucho el pescado, teniendo, además, la ostra de las perlas y la tortuga, cuya concha es muy apreciada en el comercio.

Al hablar de los habitantes del Hainán, comparan la isla los autores chinos á un círculo rodeado por dos anillos concéntricos. En el centro viven los aborígenes; en la extremidad los chinos, y en la zona intermedia los indígenas civilizados. Las diversas tribus refugiadas en los valles del interior se conocen bajo los nombres de Li. Algunos de ellos viven casi desnudos y duermen en el suelo de las cuevas ó en pequeñas chozas cu-

biertas de paja. Se dividen en numerosas tribus, hostiles entre sí, que se diferencian en el traje, el armamento y las costumbres. Los nautong llevan los cabellos recogidos sobre la frente; los kac-miau se peinan con pedazos de bambú en forma de cuernos; los bam-miau usan todavía la ballesta. Los li civilizados, á cuyas aldeas acuden los comerciantes, han recibido el nombre de «li maduros». Los invasores chinos forman ahora la raza dominante y habrían tenido mayor aumento si los piratas, que antes abundaban en estos sitios, no hubiesen hecho frecuentes incursiones en la isla.

Kiungcheu es la capital, y al mismo tiempo la ciudad más importante de la isla. Está situada en la parte de Hainán más próxima á tierra firme. En ella desembarcan los inmigrantes y los mercaderes chinos, y tiene los depósitos de los productos de la isla que se exportan á Hong-Kong y á Cantón. Además de la capital existen en diferentes puntos de la isla otras ciudades importantes. Tingán, situada sobre el Ta-kiang, al Sudoeste de Kiungcheu, es un gran mercado agrícola del interior. Linkao y Tancheu, en la costa noroccidental, están rodeadas de plantaciones de azúcar. Aicheu, hacia el Sur, trafica con las islas Filipinas, las de Sonda y la Indo-China; y Vancheu y Lo-hui, son las principales ciudades de la costa oriental, que mira hacia el Océano.

XI

Isla Formosa.

Esta isla del mar de China tiene alguna mayor extensión y más habitantes que la isla de Hainán, y forma una dependencia del continente. Formosa perteneció siempre á China, pero recientemente ha pasado á poder del Japón, después de la guerra victoriosa y rápida que éste sostuvo con el Celeste Imperio. Entre Formosa y el continente se extiende el grupo de islas conocidas con el nombre español de *Pescadores*.

Los primeros navegantes europeos que visitaron esta isla, al principiar el siglo xvi, admirados por la belleza de sus campos llamáronla Formosa, ó sea «Hermosa». Ninguna otra isla del mar Océano merece mejor este nombre, por lo menos en su vertiente oriental, pues en la occidental las montañas son muy escarpadas y rojizas. De la cordillera central salen á derecha é

izquierda contrafuertes y cañones laterales que difieren entre sí por su altura y aspecto. Desde la cordillera principal hasta los promontorios marinos, hay infinidad de picos, cimas, agujas y murallas. A intervalos vense rocas blancas aisladas ó sobrepuestas. La verdura de los bosques llena los valles, y las cascadas brillan en el fondo negro de los despeñaderos. Vense muchas aldeas entre los bosques de bambúes y de palmeras. Los árboles llegan hasta la ribera del mar, y las mismas playas, cortadas por las olas en mil fantásticas formas, se hallan cu-



Uchang: Torre de la Grulla Amarilla. (Dibujo de Taylor.)

biertas de vegetación. Las algas extienden sus largas cintas sobre las aguas, y en la punta de los escollos crecen los lirios formando ramilletes. Explícase la gran riqueza de la flora de Formosa por la proximidad al continente y la superposición de varias zonas de diverso clima en las laderas de las montañas. Probablemente no tiene la isla «Hermosa» una sola especie vegetal ó animal que no sea originaria del continente; sin embargo, los exploradores han descubierto algunas formas desconocidas hasta ahora en otros lugares.

Formosa conserva varias tribus autóctonas y la mayoría de los indígenas salvajes son hombres grandes, vigorosos y muy ágiles. Sin embargo, los viajeros europeos no han confirmado lo dicho por antiguos autores chinos sobre su velocidad en el

andar, mayor que la de los lebreles, y que les permite coger la caza corriendo. Según ciertos autores, marchan de un modo especial, que recuerda el movimiento del gorila y de otros cuadrumanos superiores. Tienen los brazos largos, los pies enormes, y al andar apoyan sólo la mitad anterior del pie en el suelo como si fueran de puntillas. Muchos de estos salvajes tienen la mirada hosca, y algunos parecen locos por sus ojos saltones, movedizos y desmesuradamente abiertos. La lepra es común en ciertas tribus, cuyo contacto rechazan con cuidado las demás. Las enfermedades de la piel desfiguran á muchos habitantes del interior y además destruye su dentadura el uso constante del betel. Como todos los salvajes, dan más importancia á los adornos que al traje. Hombres y mujeres usan brazaletes de cobre, collares y cinturones de vidrios toscos, placas de hueso y cascabeles. Los hombres agujerean sus orejas para colgar cilindros de caña adornados con dibujos y terminados por el lado de la cara con un fleco de lana roja. Todos los indígenas siguen la costumbre de pintarse la piel. El adolescente que marcha en una expedición contra los colonos de la llanura, á su vuelta recibe la primera marca ó adorno en la frente; pero no tendrá dibujo en la barba hasta que haya cortado la cabeza á un enemigo.

En algunas tribus, cada guerrero lleva escrita su historia en su cuerpo, y además en la cara y el pecho tiene mil arabescos y dibujos de plantas y animales. Las mujeres, á quienes está encomendado el sacerdocio del taraceado ó pintado, se adornan de igual manera que los hombres. Al celebrarse un matrimonio, la novia, que el marido compra, debe picarse la mejilla, y en algunas tribus se arrancan los dientes incisivos y los caninos. Los hombres sólo se arrancan una muela. La costumbre es la única ley que rige entre los song-fan. Carecen de culto público, pero todas las mañanas, al rayar el alba, van aisladamente á un sendero vecino á consultar su suerte á un ídolo negruzco, y según el augurio que reciben, disponen sus ocupaciones durante el día. Cada indígena debe enterrarse en el mismo sitio donde muere, y si la defunción ocurre en la casa que habita, se cava su sepultura debajo del lecho, enterrándole con sus armas, algunos alimentos y una sartén.

Taiuán ó Thaiuán, nombre de la capital que se da en chino á toda la isla, está situada á alguna distancia de la orilla. Fué construída después de haber expulsado á los holandeses, primitivos ocupadores de la isla, por cuya razón tiene un aspecto

completamente chino, hallándose rodeada por un muro almenado de 10 kilómetros de circunferencia, que encierra extensos campos de cultivo, jardines y pagodas. Dicha ciudad tiene cierta reputación por los trabajos de filigrana que en ella se ejecutan, y hace bastante comercio á pesar de la poca profundidad de su bahía. Los buques europeos anclan á más de tres kilómetros de distancia de la barra de Anping; llévanse las mercancías á la playa por medio de «catamaranes» ó balsas de bambú, parecidas á las que se usan en las costas de Coromandel en la India. Están rodeadas de un tejido flexible, sostenido en el centro por toneles vacíos, donde se acomodan los pasajeros para evitar que los barra el oleaje; sobre una hembra de madera se coloca el palo que sostiene una estera de bambú que hace papel de vela.

Hacia la parte central de la isla, y en la vertiente del Oeste, se encuentra la ciudad de Changhoa, principal mercado del alcanfor. El puerto de Tamsui, situado cerca de la punta Noroeste de Formosa, ha adquirido mayor importancia, á pesar de su clima insalubre, merced á los comerciantes europeos allí establecidos. Antiguamente era el principal puerto de salida del alcanfor, pero se han talado los árboles de los bosques inmediatos á la costa, y hay que llegar á los valles altos, donde se vive en continuo conflicto con los indígenas. Por tal motivo ha disminuído considerablemente el comercio de este preciado artículo.

Aunque el puerto de Kelung está situado á 50 kilómetros al Este de Tamsui, en la costa septentrional de Formosa, se le considera como si formase parte de esta ciudad y constituye una sola escala para los buques extranjeros. Los indígenas afirman que antiguamente ambos puertos estaban unidos por medio de una galería subterránea, y en las inmediaciones de ambas ciudades existen algunas cuevas que son entradas de este túnel misterioso.

Kelung exporta carbones, algunos de clase superior. No se explotan el petróleo ni los ricos yacimientos de azufre de las inmediaciones. Los promontorios é islotes vecinos á Kelung, compuestos de estratos de roca de singular dureza, han tomado diversas formas fantásticas. El choque de las olas ha destruído las capas inferiores que son muy blandas, formando cavernas y arcos abiertos en las rocas. La mayor parte de las islas parecen gigantescos hongos, con ancha superficie en su copa y pequeña circunferencia en su base. Sobre un cabo

que al Este domina la entrada del puerto, se ven las ruinas de las fortificaciones españolas.

El grupo meridional de San-nan ó Saki-sima, que, según los antiguos mapas chinos formaba parte de Formosa, está unido á esta isla por una línea de islotes y escollos. Son islas mon-



Mujeres de la provincia de Fókian. (Dibujo de Ronjat.)

tañosas, pequeñas y poco pobladas de indígenas. Algunos de éstos viven todavía en estado salvaje.

Hacia el Oeste del estrecho del Fokien, las Panghu, ó islas de los Pescadores, tienen gran importancia como punto de escala y lugar de depósito entre Formosa y el continente. Calcúlase su población en 180.000 individuos, especialmente ocupados en la pesca y en el cultivo del arroz y del mijo. Pero la producción es insuficiente para el consumo, que suplen con las importaciones de Formosa. En invierno soplan á veces vientos tan duros que arrancan de cuajo las plantas. El archipiélago tiene por capital á la aldea de Makung



Trajes de Corea: un palanquín. (Dibujo de A. Marie.)

COREA

I

Situación y extensión.

La península coreana que se destaca del continente asiático entre el mar Amarillo y el mar de Japón se parece mucho á Italia, y como ésta, se halla separada de la masa continental por el Taipei-xañ ó «Gran Montaña Blanca» de la Mandchuria, que equivale á los Alpes. Tiene, además, sus Apeninos, que se extienden del Norte al Sur, formando la espina dorsal de la península. También, como en Italia, la mitad más animada del país se encuentra en la vertiente occidental de las montañas que forman la región del centro y del Mediodía. Allí se desliza tranquilo el Tibet coreano ó sea el Han-kiang, y se encuentra Seul, moderna capital de la península asiática. En Corea como en Italia, la costa oriental se presenta uniforme y casi sin irregularidades,

mientras que la del Oeste tiene grandes golfos y bahías, islas y pequeños archipiélagos, extendiéndose á lo largo de esta orilla el mar más animado por la navegación.

Como en la mayor parte de los países del extremo Oriente, los europeos dan á la Corea un nombre que sus naturales no le aplican. Llamábase antes Korié un pequeño principado de los varios en que se dividía el territorio; pero los japoneses y los chinos extendieron la dominación á toda la península, bajo las formas de Kaokiuli (elegancia exquisita), Korai ó Kaoli. A fines del siglo xiv estos Estados se reunieron en un solo reino bajo la alta soberanía del emperador de la China, y entonces la península se llamó oficialmente Chaosien (Tsiosen), es decir, «Serenidad de la mañana», á causa de su posición geográfica al Oriente del Imperio. Sin embargo, este nombre existía antes de la formación de la unidad coreana, pues ya se cita en el siglo xiii, aplicándolo á uno de los Estados de la península. Su dominación poética indica perfectamente la situación de la Corea entre la China y el Japón. Mientras que este último país es el Imperio del «Sol Naciente», para los continentales la Corea es la tierra «serena», iluminada por la luz de la mañana.

La Corea es uno de los países menos conocidos, á pesar de su situación entre dos mares muy frecuentados, y de hallarse á la vista de todos los navegantes. Sus mismas costas, que se deberían estudiar con gran cuidado para seguridad de los marinos, no se conocen exactamente, pues sus mapas contienen varios contornos hipotéticos. Hasta el siglo xvii creyeron los geógrafos europeos que la Corea era una isla, representándola como tal en los mapas. Su forma peninsular no se conoció hasta que los misioneros de Pekín enviaron el mapa, hecho según documentos coreanos y chinos, que en Europa reprodujo d'Anville.

Los marinos japoneses estudian muy cuidadosamente las costas de la Corea y son los únicos que la conocen bien. Han sondeado y medido gran parte de los innumerables canales del archipiélago, cuyos islotes y peligrosos bancos, que cubre el mar al Sudoeste de la península, se hallaban agregados á la tierra firme en los antiguos mapas y así empiezan á destacarse las islas, islotes y promontorios de esta ignorada región. Merced á sus trabajos puédesse calcular la superficie de la Corea en unos 337.700 kilómetros cuadrados, ó sea casi la mitad de España.

No puede afirmarse que se desconozca por completo el in-

terior de la península, puesto que desde la costa se divisan las montañas, se reconocen los valles y las llanuras, y además el mapa d'Anville, copiado por los modernos, está tomado de buenas fuentes de origen coreano. Sin embargo, no se ha precisado aún la dirección de las cordilleras, el curso de los ríos ni la situación de las ciudades, y hasta ahora ningún verdadero explorador ha confirmado ó rectificado los trabajos anteriores.

La Corea forma un apéndice de la vertiente china del Asia, pero también se encuentra muy cerca del Japón, por lo cual forzosamente debía ser disputada por los dos Estados vecinos y fué objeto de la reciente guerra chino-japonesa, tan funesta para los chinos. Desde entonces vive Corea bajo el protectorado del Japón. Antes que los principados coreanos se reunieran en un solo reino, la península formaba diferentes Estados, cuyos límites cambiaron con frecuencia. Los territorios del Norte, más cercanos á la China, debían naturalmente propender hacia el reino florido, cuyos emperadores intervinieron varias veces en los asuntos interiores del país. Por su parte, los coreanos del Sur, conocidos en la historia bajo el nombre japonés de Kmaso ó «manada de osos», sufrieron durante muchos años la dominación de los insulares del Japón, y en diversas épocas hicieron frecuentes incursiones en las islas de Kiusiu y Hondo, donde llegaron á establecerse. En el siglo XIII, los ejércitos de la regente Zingu conquistaron por vez primera la Corea. A últimos del siglo XVI el célebre dictador japonés, conocido por el apodo de Taikosama, que llegó á imponerse á los nobles feudales de su país, concibió el proyecto de conquistar la China. Era gran admirador del reino de Portugal, que á pesar de sus reducidas dimensiones, había logrado anexionarse el Imperio de la India, y resolvió igualar con sus empresas las del pequeño rey de Occidente. Después de haber solicitado inútilmente la alianza del soberano de Corea, empezó por conquistar esta península, tomando pretexto de los antiguos derechos que el Japón tenía sobre el país de los Kmaso. Saqueó sus provincias, hizo tributario á su rey, y hasta dejó una guarnición permanente en el territorio coreano. Se había iniciado otra expedición con iguales felices resultados, cuando murió Taikosama. La isla Tsu-sima quedó definitivamente en poder de los japoneses, y desde aquella época hasta la mitad del siglo XIX la Corea se reconoció feudataria del Japón, y todos los años enviaba sus respetos y sus tributos por mediación del príncipe de Tsu-sima. Según una antigua leyenda, que los

anales japoneses no confirman, el tributo anual de la Corea consistía al principio en 30 pieles humanas. Luego fueron sustituidas por cierta cantidad de arroz, tejidos y plantas medicinales.

Los libros chinos y japoneses sólo ofrecen un cuadro incoherente y vago de la Corea, y por su parte el gobierno coreano desea que la historia de su país permanezca en la sombra y el silencio. Sus libros se refieren únicamente á la historia antigua de la Corea, pues está severamente prohibido publicar, ó escribir siquiera, memorias relativas á los sucesos modernos y á los príncipes de la dinastía reinante. Sin embargo, por costumbre la mayor parte de las familias nobles consignan en registros secretos los sucesos contemporáneos, aunque se abstienen en absoluto de formular juicio alguno sobre los actos de los ministros ó de sus agentes subalternos. Saben muy bien que una palabra imprudente les costaría la vida. Los documentos geográficos son aún más raros que los históricos. Es evidente que los coreanos siguen la constante tradición de mantener entre los extranjeros la más completa ignorancia de su país, el cual bien merece ser conocido por sus grandiosas montañas, sus hermosos valles y sus variados productos.

II

Montes de la Corea.—Fauna y clima.

Aseguran unánimemente los misioneros y exploradores que el interior del país es muy montuoso. En todas las regiones de la península sólo se encuentran montañas, peladas unas y cubiertas otras de impenetrables bosques que limitan el horizonte con sus picos, sus pirámides ó sus crestas. Todos los valles son estrechos y se comunican por medio de agrestes precipicios; sólo existen reducidos llanos en las inmediaciones de las costas. Por las descripciones de los marinos se sabe que el conjunto del relieve de la península forma un plano inclinado hacia la ribera oriental. Por esta parte húndese rápidamente la tierra en el mar del Japón, siendo muy profundas las aguas que bañan las rocas del litoral. La costa es regular, poco accidentada y se desarrolla en una extensa curva convexa desde el golfo de Broughton hasta el extremo meridional de la Corea. La vertiente inclinada hacia el mar Amarillo tiene la pendiente me-

nos pronunciada que la opuesta y baja gradualmente hacia un mar de poco fondo, ceñido por una indecisa línea de costas



Mandarines coreanos. (Dibujo de E. Ronjat.)

llena de islas é islotes que cambian de aspecto á la menor oscilación de su nivel.

Algunas islas del litoral son de origen volcánico. La de Ollon-

to. Llamada Matsu-sima por los japoneses y Dagelet por los europeos, forma un cono cuyo pico tiene más de 1.200 metros de elevación, mientras que sus taludes entran en el mar á más de 700 metros de profundidad. Según cuenta una leyenda coreana, las plantas, animales y seres humanos de esta isla perdida en el mar del Japón, son de colosales proporciones. En estos mismos lugares sitúan varias leyendas el «Reino de las mujeres» y el de los «Hombres de dos caras». El gobierno de Seul prohíbe á sus súbditos hacer el viaje á Matsu-sima. Sin embargo, algunos colonos atrevidos han ido á cultivar sus valles, sin miedo de encontrar gigante alguno. De sus bosques han sacado los japoneses gran parte de las maderas que sirvieron para construir las casas de Genzan-sin, en el litoral coreano.

La fauna salvaje comprende osos, zorras, jabalíes, tigres y panteras, y entre los más importantes artículos de comercio de los coreanos se cuentan las pieles de estos animales. En ciertos distritos, los tigres atacan á los indígenas hasta dentro de las aldeas. Circulan alrededor de las casas, y algunas veces saltan sobre los techos de paja, que destruyen para penetrar en el interior. Se le caza en invierno, cuando la nieve está medio helada y tiene bastante solidez para resistir el peso del hombre, aunque cede á las pesadas patas del tigre. Entonces este animal quiere en vano salir de la nieve y se le acomete con la lanza ó el cuchillo. Los caballos coreanos, generalmente importados de la isla Quelpaert, son pequeños como los *poncis* de Escocia. Para montar se utilizan también los toros, que tienen mucha fuerza. Abundan los cerdos y los perros, aunque á estos últimos no se les utiliza para la caza ó custodia de las casas y ganados. Son en extremo cobardes, y sólo sirven para comer su carne. Mientras que en la China se usa excepcionalmente la carne de perro para la alimentación pública, en Corea forma uno de los manjares más delicados. Los mares que bañan las costas de la península abundan en toda clase de pescados, cogiéndose allí una especie de raya, cuya piel, que se llama «galuchat», sirve para forrar las vainas de los sables.

Aunque está bañada por las aguas del mar, la Corea tiene igual clima que la China continental y la Mandchuria, á causa de la poca profundidad del mar Amarillo y del golfo de Pechili. Estas aguas interiores se calientan ó enfrían rápidamente, según las estaciones, y, por tanto, ejercen muy poca influencia en la regularización del clima anual.

III

Habitantes, religión y costumbres.

Tiene Corea, según los escasos datos oficiales, unos siete millones y medio de individuos; pero á juzgar por el unánime testimonio de los coreanos, este cálculo está muy lejos de ser exacto, por el interés que los habitantes tienen en pasar inadvertidos y sustraerse de este modo al pago de las contribuciones y al trabajo forzoso.

Se calcula de 10 á 15 millones la población coreana, repartidos muy desigualmente, porque las regiones montañosas del Norte están casi desiertas, al paso que la población es más densa en las fértiles regiones del Sur, donde el suelo produce abundantes cosechas de arroz. En casi todas las provincias se construyen nuevas aldeas, caseríos y casas de campo; los cultivos invaden sin cesar los antiguos terrenos estériles y en los bosques los colonos obligan á las fieras á refugiarse en el interior. En la misma costa oriental, fría, estéril y pedregosa, es muy densa la población, pues en muchos sitios se tocan las aldeas hasta formar como una sola gran ciudad. En las inmediaciones de todas las costas se nota incesante movimiento de barcos de pesca y de transporte.

El número de nacimientos es considerable en la Corea, pero también lo es el de defunciones causadas por diversas enfermedades, entre las que merece mencionarse el *suito*, es decir, «agua y sol», especie de elefantiasis desarrollada en los distritos agrícolas, donde la alimentación es insuficiente. Las viruelas hacen más estragos en Corea que en la China, pues más de la mitad de los niños sucumben á su ataque; y, finalmente, la práctica de provocar los abortos, que es casi general, contribuye á reducir el desarrollo de la población. En conjunto se considera saludable el clima de la Corea, donde abundan los centenarios, según lo demuestran las estadísticas oficiales de las pensiones concedidas por el Estado á los ancianos.

En general, los coreanos son de estatura algo más alta que los chinos y los japoneses. Son robustos é infatigables y se les considera como excelentes obreros en los puertos dominados por el comercio japonés. Entre los coreanos existe gran varie-

dad de tipos, hallándose desde el vulgarmente llamado mongólico, hasta el de los europeos y los malayos. Muchos coreanos tienen el pelo castaño claro y los ojos azules, á diferencia de los demás habitantes del extremo Oriente. Al ver muchos distritos de la Corea se creer a que estaban poblados por europeos, si los trajes y el idioma no recordaran su proximidad al Océano Pacífico. En Corea no siguen las mujeres la moda china de comprimirse al pie. En tiempo de Matuanlin existía una tribu de los han, que tenía la costumbre de aplanar la cabeza de los niños por medio de piedras, al paso que los pueblos del litoral, más en contacto con los japoneses, seguían la de éstos: de pintarse el cuerpo.

Los coreanos carecen de tradiciones. Unos dicen que sus antepasados descendían de una vaca negra que vivía en las orillas del mar del Japón; pero las tribus aristocráticas se atribuyen un origen más elevado, pues aseguran proceden del sol. Los diversos dialectos coreanos no ofrecen entre sí grandes diferencias, lo cual hace suponer que los elementos étnicos de la nación se han fundido hace mucho tiempo en una sola raza. Su idioma difiere esencialmente del chino y del japonés, siendo una lengua polisilábica y aglutinante.

La influencia china prepondera largamente en la civilización de Corea. En época en que esta península servía de intermedia entre la China y el Japón, los coreanos adoptaron las costumbres y las instituciones del Imperio del Centro. La Corea copió servilmente la administración y las prácticas oficiales de China, haciéndose aún más tributaria bajo el punto de vista intelectual; pero el pueblo conservó sus costumbres que en muchos casos ofrecen un singular contraste con las chinas. Mientras que en el Imperio «grande y puro» se considera á la nación entera como si formara una sola familia, cuyos individuos pueden alcanzar las más altas dignidades del gobierno, la nación coreana se halla dividida en verdaderas castas. Por debajo del rey y de la familia real se encuentran los nobles, descendientes de antiguos jefes de tribu que disfrutaban los privilegios de la fortuna y el poder. La nobleza civil, más instruída en los secretos de las ciencias y las letras chinas, tiene el monopolio de los grandes empleos. La nobleza militar ocupa el segundo rango, pero se considera de mejor alcurnia que los procedentes de familias «sin raíces». Los nobles inspiran tal respeto, que los jinetes plebeyos deben bajar del caballo si los encuentran á su paso. Apenas se les puede interrogar, ni mirar siquiera; no pa-

gan impuestos, no prestan servicio militar, y en su inviolable morada pueden dar asilo á sus protegidos. Existe otra clase de seminobles, compuesta de secretarios, traductores, intérpretes y empleados secundarios, que forman la transición entre los grandes y los plebeyos, ó sea los mercaderes, industriales y artesanos. Forman otra casta muy distinta los labradores, pastores y cazadores, que constituyen la masa del pueblo. Finalmente vienen las castas despreciables, divididas en varios grupos que nunca se confunden. Figuran entre estos parias los carniceros, curtidores, herreros y los bonzos ó sacerdotes; aunque entre éstos se encuentran con frecuencia hombres de ingenio, dispuestos para todo, y cuyos servicios son indispensables á los individuos privilegiados. Hay además una capa inferior de la sociedad, compuesta por los siervos que pertenecen á la corona, á los nobles ó á los plebeyos. Tienen el derecho de libertarse por la compra, y pueden casarse con mujeres libres para que sus hijos entren en la clase de libertos. Generalmente se les trata con benevolencia, y se confunden con los demás obreros. Todas las castas y corporaciones tienen gran espíritu de solidaridad, adquiriendo de esta manera la consideración y el respeto de los demás grupos. Los mozos de carga especialmente, han llegado á constituir un Estado dentro del Estado. Tienen sus reglamentos y códigos, y jamás acuden ante los mandarines en demanda de justicia, que ellos mismos se administran. Si alguna vez llega su corporación á ser víctima de una injusticia, abandonan en masa el país, con lo cual se suspende el comercio y no queda más remedio que aceptar sus condiciones para obtener su regreso.

La religión oficial es el budhismo, introducido en el país á fines del siglo iv de la era vulgar. Además, los literatos profesan el racionalismo de Confucio, que copiaron de sus colegas chinos; y no ha desaparecido aún por completo el antiguo culto de los espíritus. También se encuentran en Corea algunos restos del culto del fuego. En todas las casas se conserva el rescoldo de la lumbre, y si se apagase se creería que acababa la fortuna de la familia. En los cambios de estaciones y otros importantes períodos del año, se renueva la lumbre de un brasero sagrado, encendiendo fuego virgen por medio de la frotación de dos trozos de leña.

El cristianismo cuenta en la Corea con algunos prosélitos. Cuando el dictador japonés Taikosama conquistó la península, concedió el mando de su primer cuerpo de ejército á un prínci-

pe católico que á su nombre propio de Konisi Yukinaga añadió el portugués de Don Agustín. Desde aquella época profesaron la religión extranjera gran número de indígenas practicando los ritos de su culto. A pesar de esto son muchos los misioneros católicos martirizados y asesinados en Corea.

Lo mismo que en China, es permitida la poligamia. Los ricos la aprovechan, dejando siempre á su primera mujer el gobierno de la casa; pero es raro que los hombres del pueblo tomen más de una esposa. Los matrimonios no se celebran con las grandes ceremonias simbólicas de los chinos. El novio paga un precio de compra y se lleva en propiedad á su mujer, á la cual puede tratar como tenga por conveniente. La mujer coreana carece de nombre y de existencia legal. No tiene responsabilidad, y no puede ser castigada ni juzgada por la ley sino en época de rebeliones. Además, es raro que los maridos maltraten á sus mujeres, aunque éstas tienen menos libertad que las chinas. Exceptuando las labradoras que trabajan los campos y las vendedoras ambulantes, las coreanas permanecen siempre encerradas en su habitación. Jamás salen durante el día, y se creerían deshonradas si se las viera antes de ponerse el sol. Sin embargo, para que la reclusión continua no altere su salud, les es permitido pasear de noche, cuando ha terminado el trabajo de los hombres y éstos regresan á sus hogares. A las nueve en verano, y más temprano en invierno, se hace una señal para indicar que las calles de las ciudades pertenecen á las mujeres. Los hombres entran en sus casas, y cuando se han retardado y tropiezan con mujeres, deben pasar al otro lado de la calle tapándose la cara con el abanico. Obrar de otra manera, sería faltar en absoluto á la buena educación. La mayoría de los viajeros que han visitado la Corea declaran que nunca han visto mujeres con la cara descubierta, y, sin embargo, afirman que en general son bonitas y de agraciado rostro. El viajero cita varios casos de coreanas que se suicidaron porque los extranjeros las tocaron con un dedo.

Ordinariamente las ceremonias fúnebres no son más solemnes que las nupciales. Las gentes del pueblo se limitan á depositar los cadáveres en una caja ó envolverlos en un sudario, enterrándolos sin pompa alguna; pero los ricos y nobles siguen el ritual chino de los Cheu, que en la misma China ha dejado de usarse á causa de sus grandes exigencias. El luto de la familia es de tres años, durante los cuales el hijo se considera como muerto para la sociedad, haciendo renuncia de todos

sus empleos y ocupaciones ordinarias. La etiqueta le prohíbe hasta responder á las preguntas que se le dirigen. Debe vestir de blanco, ocultar su cara bajo un gran sombrero y llevar siempre un abanico ó un ancho velo que le oculte de los que pasan á su lado. Los misioneros católicos se han servido de este traje sacramental para viajar sin ser preguntados por los mandarines, pudiendo hacer así «la propaganda en las almas». Tres veces al día, en una hora determinada, el hijo debe prorrumpir en sollozos. Es raro que las viudas nobles vuelvan á casarse. La que toma marido antes de haber dejado transcurrir los tres años de luto, es castigada con las mismas penas impuestas á los mandarines prevaricadores. Se reputan sus hijos como ilegítimos, y éstos no pueden presentarse en los exámenes que habilitan para el ejercicio de las funciones civiles y administrativas.

Puede afirmarse que los ritos chinos que han entrado en el fondo de las costumbres nacionales, no han conseguido, sin embargo, modificar el carácter del pueblo. Los coreanos son menos astutos y más valientes que los hijos del Han. Su hospitalidad no tiene límite. Honestos, sencillos y buenos, conceden pronto su amistad y confianza, pero sienten vivamente las injurias. Son graves y reservados delante de los extranjeros, pero abandonan fácilmente su carácter serio con los amigos, y bailan y se divierten como salvajes, según los califican los chinos. Los mandarines coreanos quieren igualar á sus congéneres de la China en la nobleza y elegancia de modales, pero carecen para ello de la educación necesaria y dejan descubrir su falta de cultura en cuanto concluyen las ceremonias oficiales. En la Corea no se celebran las funciones dramáticas á que tan aficionados son los chinos y japoneses, quizá á causa de la relativa pobreza de su literatura; pero los coreanos adoran la música y les entusiasma el sonido del violín.

Los coreanos se alimentan con arroz como los chinos, por lo cual cultivan especialmente esta planta en grandes estanques que llenan con el agua de los arroyos y de los ríos. Siembran además otros cereales, como el trigo, el mijo y el maíz; producen legumbres de todas clases, y en las huertas de las aldeas tienen la casi totalidad de árboles frutales propios de los climas templados de Europa y Asia.

Durante los primeros siglos de la era vulgar aventajan los coreanos á los japoneses en la mayor parte de las industrias, pero en nuestros días son muy inferiores á sus antiguos disci-

pulos. Su única superioridad consiste en la fabricación de ciertas armas y en la de papel preparado con la pulpa de la *brussonetia papyrifera*. Los indígenas saben tejer y teñir el algodón, pero no trabajan la lana, y en invierno la sustituyen vistiéndolo dos ó tres superpuestas. Su manufactura nacional son los enormes sombreros, de un metro de ancho, que distinguen á los empleados, y que se hacen principalmente en la isla. Quel-paert con fibras de bambú pintadas de amarillo ó barnizadas con laca negra. Los más elegantes se distinguen por las figurillas de plata en que terminan y que representan grullas ú otros pájaros. Las casas del país y aun los llamados palacios, consisten en barracas de adobe, sobre pilares ó pies derechos y cubiertas con tejados de paja de arroz. En las ciudades, los mejores edificios se parecen mucho á los japoneses, tanto por su construcción como por su mueblaje. En las ventanas no hay cristales. El suelo está tapizado con esterres, y al entrar en las casas se sigue la costumbre japonesa de dejar los zapatos á la puerta. La miseria es general por considerar deshonoroso el trabajo, y los hombres de las clases superiores cuentan como únicos medios de subsistencia la usura y el robo de toda especie.

El rey de Corea es señor absoluto de sus súbditos, quienes le adoran con verdadero culto. Pronunciar el nombre que el soberano ha recibido de su predecesor, constituye un delito de lesa majestad. Su persona es intangible, y hasta después de muerto se le debe enterrar sin que le profanen manos ajenas. En cambio es inestimable el honor que confiere el acto de ser tocado por el monarca. Los que han tenido tal privilegio, adornan con una cinta de seda la parte de sus vestidos santificada por la mano del señor. Basta una señal del soberano para que el ministro que cae en desgracia se suicide por medio del veneno. Aunque, á imitación de lo que sucede en China, el rey tiene á su lado un censor oficial, este personaje está sólo encargado de elogiar todos sus actos. En la capital existe una escuela de dibujo cuyos alumnos deben ocuparse exclusivamente en pintar el retrato del monarca. Sin embargo, este poder absoluto y sin límite de los reyes, es más ficticio que real, por lo que á los nobles se refiere, pues como ocurría antes con los daimios en el Japón, son los nobles los que mandan, y el rey nunca se atreve á disminuir ni alterar siquiera sus privilegios.

Imitando el rey de Corea al emperador de la China, guía el arado en un campo, cuya cosecha debe servir para ofrecer los sacrificios prescritos por el ritual. La reina es la gran sacer-

dotisa en los sacrificios que se hacen al genio de la seda, y aunque esta industria tiene en Corea poca importancia, cría gusanos en su palacio para que sus imitadores reciban la protección del cielo. En la corte de Seul se hacen sacrificios públicos, como en Pekín, en honor de los manes de Confucio, utilizando en estas ceremonias rebaños de carneros y de cabras, que consideran sagrados y que los particulares no pueden criar. A la muerte del rey se suspende la vida social durante veintisiete meses. En este tiempo se prohíben los matrimonios, los sacrificios, los entierros y hasta se cierran los tribunales de justicia, porque debe respetarse la vida de los hombres y de los animales. Como ocurre en China, los descendientes de un rey de Corea pierden un grado de nobleza á cada generación. Algunos hay que han llegado á ser esclavos.

Después del soberano, el *favorito* es el principal personaje del reino. Es elegido entre los nobles ó los ministros. Por su conducto se distribuyen las gracias ó los castigos, y sin su concurso no se puede adoptar ninguna resolución importante. El consejo superior del Estado se compone de nueve individuos divididos en dos categorías: hay tres ministros de primer orden llamados *jefe del gobierno civil*, *gobernador justo de la izquierda* y *gobernador justo de la derecha*, y seis ministros de segundo orden.

Según las disposiciones vigentes, todos los mandarines deberían pertenecer á la clase de literatos, no pudiendo ascender sin haber sufrido los tres exámenes en idioma chino; pero hace mucho tiempo que no se cumplen tales disposiciones, ni se observan siquiera las formas externas. Las funciones y los honores se conceden al mejor postor, y los inspectores encargados de denunciar las prevaricaciones, venden fácilmente su silencio. El código penal, como todas las demás instituciones, está copiado del modelo chino, aunque la natural dulzura de los coreanos ha modificado sensiblemente su rigor. Con frecuencia se concede la libertad provisional á los criminales para que asistan á las fiestas de familia ó del año nuevo. La concesión de honores á los ancianos es en Corea, como en China, una institución pública. En época determinada, los septuagenarios son invitados á un banquete que les da el rey, mientras que la reina á su vez convida en sus propias habitaciones á una representación de las viudas fieles y doncellas virtuosas del reino. En todos los pueblos deben existir pósitos ó graneros para atender á la subsistencia de los pobres en tiempo de pe-

nuria. Pero estas hermosas disposiciones se observan tan poco como las máximas de los libros clásicos, y el pueblo se encuentra oprimido, vejado, lleno de impuestos y continuamente amenazado por el hambre y la miseria. Durante el hambre de 1877 y 1878 perecieron un millón de coreanos, y hasta algunos guardas de palacio sucumbieron por falta de alimento.

Antes de que los japoneses ejercieran su influencia en el país, el ejército coreano estaba armado con lanzas, sables y fusiles de mecha copiados de los portugueses en el siglo xvi. Actualmente el gobierno importa fusiles japoneses, y los fabrica según su modelo. Hay en Seul instructores japoneses que amaestran á los soldados de la guardia y hasta han adquirido del Japón cañoneros modernos. En casos de apuro, el gobierno llama á los cazadores de tigres de los montes y los organiza en milicias.

IV

• Ciudades de la Corea.

La capital y residencia del monarca, llamada Hang-yang es más conocida bajo el nombre de Seul, que significa «capital». Es una ciudad grande, irregularmente construida y rodeada de murallas que tienen nueve kilómetros de circunferencia. Su población se calcula entre 100.000 y 150.000 habitantes. Está muy bien situada en la falda meridional del Hoaxañ, al Oeste de la cordillera del Kuan-ling que la protege contra los vientos fríos del Nordeste. Al Sur la rodea un brazo del Han-kag que se cruza por un puente de piedra. Hacia el Noroeste se ensancha el río y después de varios bruscos recodos forma el delta del Po-hai, confundiendo sus aguas con las del golfo de Pechili. Por dos brazos comunica el río de Seul con el mar; uno, situado al Sur, y otro al Norte de la gran isla Kanghoa, pero sólo permiten el paso de los buques durante la marea alta, y éstos deben detenerse á 20 kilómetros más abajo de Seul. La capital no tiene más edificios notables que su vasto palacio y su academia, donde se reúnen 500 estudiantes.

Los alrededores de Seul están protegidos por cuatro ciudades fortificadas, una de las cuales cuenta entre 15 y 20.000 habitantes. En sus inmediaciones se encuentra el sitio real de Sou, que es á la vez lugar de recreo y panteón de los reyes co-

reanos. Allí están enterrados los monarcas en cajas de oro, según cuenta la voz pública. En 1868 algunos aventureros americanos y alemanes, que se habían introducido secretamente en el país, proyectaron robar este panteón, pero fueron descubiertos á tiempo y rechazados por los labradores de las inmediaciones. A consecuencia de este hecho, el gobierno de los Estados Unidos quiso intervenir paseando el pabellón por el río de Seul y destruyendo á cañonazos algunas fortificaciones.

La antigua capital Sunto, que los japoneses destruyeron á últimos del siglo xvi, ha tomado recientemente gran importancia como ciudad mercantil. Está situada más cerca del mar que Seul, y por tanto son más fáciles sus comunicaciones. En la parte meridional de la isla existe Taiku, mercado principal de la región. Celébranse allí dos grandes ferias anuales, donde se cambian los productos y mercaderías que los japoneses llevan de Fusán. Según la geografía oficial de Corea, el reino tiene 106 ciudades amuralladas.



El Fozí-Yama: vista de las campiñas al Suroeste. (Dibujo de Schrader.)

EL JAPON

I

El archipiélago japonés.

Aunque el Japón está formado por millares de islas é islotes, su superficie es muy reducida en comparación con la que ocupa la inmensa China, de la que parece una dependencia geográfica. El Japón, que sólo representa 13 centésimas partes de la superficie del globo, es uno de los países más curiosos de la tierra, por su naturaleza, sus habitantes, su historia, los acontecimientos que allí se desarrollan y la inmensa preponderancia que acaba de adquirir en Asia con sus rápidas victorias, asombro de Europa. Entre todos los pueblos que existen fuera de Europa, América y Australia, el Japón ha sido el único en acoger con buena voluntad la civilización del Occidente, trabajando para asimilarse todas sus conquistas morales y mate-

riales. Para esto no ha tenido, como otros pueblos, la desgracia de perder su independencia, ni de que otra nación victoriosa le haya impuesto por la fuerza sus costumbres. Tampoco el ascendiente de una religión extranjera lo ha agrupado como un rebaño bajo la voluntad de sus predicadores. Los japoneses son libres en política y en religión, y más como discípulos voluntarios que como súbditos entran en el mundo europeo, copiando sus ideas y sus costumbres. Al paso que los chinos, orgullosos de su antigua civilización, y desconfiados de los bárbaros extranjeros que bombardearon sus ciudades y quemaron sus palacios, sólo aceptan las doctrinas de Occidente después de muchas vacilaciones y bajo la presión de los sucesos políticos, los japoneses muestran un entusiasmo juvenil por transformarse en europeos, de igual manera que antes quisieron convertirse en chinos. Desde el punto de vista de los conocimientos científicos y de los progresos industriales, el Japón pertenece ya con derecho al grupo de naciones que tienen la civilización «occidental» ó «aria».

El archipiélago japonés forma un conjunto geográfico perfectamente limitado, componiendo sus islas en conjunto un eje meridional y tres curvas que se suceden del Nordeste al Sudoeste. La región meridional de la isla Yeso, junto á la bahía de los Volcanes, el macizo de las montañas de Nikko en la isla Grande, y el grupo central de las alturas de Kiusiu, forman los nudos de enlace de estas diferentes líneas, y precisamente en los mismos puntos de unión se encuentran los focos volcánicos más activos del archipiélago. Las tres curvas de las Kuriles, Hondo y Riukiu, dibujan las orillas de los más profundos abismos conocidos del Océano; pero hacia el Oeste sólo están separadas de tierra firme por ligeras depresiones del suelo. El Japón casi toca al continente por la isla Sakalina, y por Kiusiu y la isla intermedia de Tsu-sima se acerca á la Corea, sin que la sonda baje á más de 100 ó 120 metros en el canal marítimo. Sólo entre el canal de Tartaria y los dos estrechos de Tsu-sima, el mar del Japón descende á gran profundidad, y cerca del cabo Kozakof, al Nordeste de la Corea, se han encontrado fondos de 2.690 metros.

Sin contar los encadenados archipiélagos de las Kuriles y Riukiu, el Japón propio se compone de cuatro grandes islas: Yeso, ó la «Tierra de los Bárbaros»; Hondo, Sikok, ó «las Cuatro provincias», y Kiusiu, ó las Nueve comarcas», además de innumerables islas é islotes, que se unen á la vecina costa por

medio de istmos submarinos, ó que se levantan como volcanes sobre las aguas más profundas. Los geógrafos japoneses han contado 3.850 islas. Los japoneses dan á su país el nombre de Oho-ya-sima ó sea «Ocho grandes islas», contando á Sado, Tsusima, Oki é Iki en el mar del Japón y Avadzi en el mar interior, pero no incluyen á Yeso, que antes era para ellos una tierra extranjera. La isla mayor, que los japoneses llaman Hondo ú Hontsi (Tierra principal), Tsiudo (Tierra central) y Naitsi (Tierra interior ó continente), es más conocida de los europeos por el nombre de Nipón (Ni-hon), que pertenece á todo el grupo, y significa «Sol Naciente» por estar situada al Este del Imperio chino y de todo el mundo antiguo. Los marinos acostumbran á designar bajo el nombre de «Extremo Oriente» al Japón y al litoral chino, mientras que denominan «Far West ó Extremo Occidente» á la costa americana del Pacífico y la California. Así, pues, pasa por el centro del Océano la línea convencional que divide el mundo en dos mitades, indicadas por el grado 180 al Este y al Oeste, bien sea de la isla de Hierro, de París ó de Greenwich. Los días empiezan en Yedo nueve horas y un tercio antes que en Madrid, y seis ó siete después de San Francisco, pero los días son los mismos en el Japón y en la Europa occidental. Cuando se atraviesa el Pacífico con dirección á América se cuentan dos días como uno solo, al paso que se salta un día del calendario al hacer el viaje en dirección contraria.

Muchos son los nombres poéticos que se dan al archipiélago. Se le llama «Ribera pacífica», «Tierra del valor», «Tierra del honor y la cortesía», la «Gota de agua solidificada», el «País entre el cielo y la tierra». Los japoneses eruditos y los poetas llaman á veces á su país Fusang ó Fusang-kueh, aludiendo al misterioso país situado al Oriente del mundo, que los antiguos autores chinos describen diciendo que abunda en todo género de maravillas. Prescindiendo de si los orientales han conocido ó no la existencia del Nuevo Mundo mil quinientos ó dos mil doscientos años antes que los europeos, es evidente que el nombre de Fusang se aplicaba especialmente á una comarca fabulosa donde los árboles alcanzan la altura de muchos millares de codos y producian fruto una sola vez cada nueve mil años. Viviendo al Oriente de la China y al lado del Océano que les parecía sin límites, los japoneses pudieron creer que el país de Fusang era el suyo propio, cuando cesaron por completo sus relaciones con los chinos. Además el nombre de Fusang se aplicaba á una fantástica morera cuyo tronco se endurecía sin ce-

sar hasta ser indestructible, por lo cual compararon este árbol con su patria, que siempre triunfó de todos los peligros y venció á sus contrarios.

Marco Polo sólo trajo á Europa, como noticia de las islas del Sol Naciente, el nombre de Cipango ó Cipang, transformado en Yi-pon-kue por los chinos, en Zipang por los malayos y en Japón por los europeos. También habló de las maravillosas riquezas del país, de sus palacios cubiertos de tejas de oro y pavimentados con lingotes del mismo metal. Sabido es que Cristobal Colón creyó haber encontrado esta tierra afortunada cuando se acercó á las costas de Cuba; pero hasta medio siglo más tarde, y veinte años después del viaje de circunnavegación de Magallanes en 1543, los primeros navegantes portugueses Méndez Pinto, Diego Zamaito y Borralho llegaron á la isla Tanega, al Sur de Kiusiu, llevados por un temporal. Fueron perfectamente recibidos. Se establecieron relaciones comerciales entre Malaca y el Japón, y hasta se celebraron matrimonios entre los extranjeros y las hijas de algunos ricos indígenas. Pero los misioneros acompañaron luego á los marinos, y no pasó un siglo sin que estallara la guerra religiosa. Los cristianos fueron expulsados ó asesinados, y únicamente se aceptó á los comerciantes holandeses para que traficasen con el Japón en su factoría, ó barrio judío de De-sima, junto á Nagasaki, á condición de que antes escupieran y pisaran un Crucifijo. Aunque se hallaban relegados en este pequeño islote, al extremo Sudeste del archipiélago japonés, los holandeses empezaron á estudiar la historia natural del país y las costumbres de un pueblo que les concedía tan poca hospitalidad, produciendo obras que figurarán siempre entre los más preciosos documentos que se conservan sobre el Nipón.

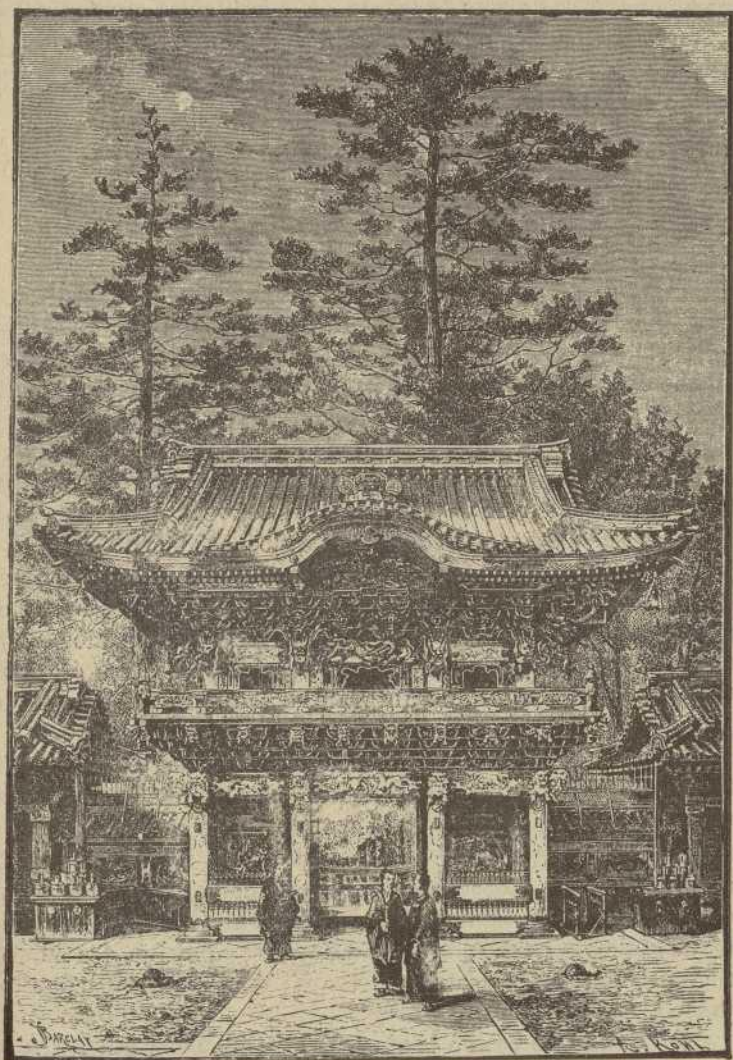
Verificada la revolución que abrió á los europeos las puertas del Japón, extranjeros é indígenas colaboran activamente en la obra de exploración de la comarca. En el litoral, la marina japonesa se dedica á levantar planos especiales para la recalada de los puertos. Los geólogos y mineros estudian el relieve de la isla y la naturaleza de las rocas, existiendo ya mapas generales del Nipón que representan el país con suma exactitud.

II

Islas Kuriles.

La cordillera de montañas, en parte sumergidas, que forma las islas Kuriles, se desarrolla en una extensión de 650 kilómetros con asombrosa regularidad. Está separada de Kamchatka por un estrecho de 13 kilómetros de ancho y 18 metros de profundidad, empezando allí la serie de las «Mil islas» (traducción del nombre Tsi-sima que le dan los japoneses) por el grupo volcánico de Sumxu, al que sigue por el Sur la prolongada y montuosa isla de Paramuxir. Al Sur de Paramuxir se extiende un ancho brazo de mar que comunica el Océano Pacífico con el mar de Ojotsk; y las islas que se suceden al Sudoeste, Onnekotán, Haramukotán, Siaskotán, Matua, Raxua, Simusis y otras de menor importancia, son las cimas de montes sumergidos en las profundidades del Océano. Las islas que forman una sola cadena, sólo interrumpida por estrechos canales, empiezan de nuevo con la isla Urup, que el piloto holandés Vries visitó en 1643 tomando posesión de ella en nombre de la Compañía de las Indias. Sigue luego Yeturup, ó Yetorofu, la más considerable de las «Mil Islas» porque ocupa casi la mitad de la superficie total de las Kuriles. Tiene sus grupos montañosos, sus cordilleras y sus penínsulas como si fuera un pequeño continente. Kunasiro es una de las islas Kuriles que más se acerca á la de Yeso y tiene también bastante extensión. Se proyecta á lo lejos en la bahía que forman las dos puntas orientales de Yeso, y aún queda unida á esta isla por una línea de bajos, hacia los cuales la misma Yeso despide una lengua de arena desplegada en forma de penacho. El mar de las Kuriles sólo se ha explorado en parte para el servicio de la navegación y la pesca, por lo cual se tienen pocas nociones de su geografía. Abunda en volcanes apagados, pues se cuentan por lo menos 13 montañas que han vomitado lava. El más alto de estos volcanes se llama Alaid ó Araido; está siempre cubierto de nieve y, según diversos cálculos, tiene de 3.300 y 4.480 metros de altura. Se levanta al Noroeste de Paramuxir, algo afuera de la cordillera de las Kuriles. Quizá conservando el recuerdo de algún cataclismo volcánico, refieren los habitantes de Kamchatka que antiguamen-

te estaba situado aquel volcán al Sur de la península, pero que de resultas de una disputa con los demás montes de fuego se



Nikko: pórtico de un templo. (Dibujo de Barclay.)

marchó al mar, dejando su corazón, es decir, un islote de roca, en el profundo lago que substituyó á la montaña fugitiva. Existe un volcán activo en cada una de las islas de Paramuxir, La-

ramukotán, Siaskotán, Ikarma, Tsirimkotán, Raikok, Matua, Tsirpoi y Kunaxir. La de Yeturup tiene dos probablemente. En Onnekotán hay tres conos de erupción, y también puede afirmarse que en las cimas de la gran curva insular existen otros cráteres que han vomitado lava. Los terremotos son muy frecuentes en este archipiélago, habiendo sido causa del naufragio de varios buques.

III

Isla de Yeso.

Esta isla es también muy montuosa. Las puntas más altas de la isla pertenecen á la cresta que empieza á orillas del estrecho de La Pérouse con el promontorio Soya, y se desarrolla paralelamente á la costa oriental de Yeso en dirección del Sudeste. El Tokatsi-take y otras cimas principales de Yeso alcanzan 2.500 metros de altura, y sólo distan unos 50 kilómetros de las orillas del mar de Ojotsk. Desde allí divergen hacia el Noroeste, el Sudoeste y el Sur, los *betz* ó ríos más considerables, ó sean el Tesiho, el Naka-gava, el Isikari y el Tokatsi. También Yeso tiene muchos volcanes. En la región oriental, al Sur de la península que tiene el volcán de Itasibe, existen los dos Akan, es decir, el O-Akan ó «Akan macho» y el Me-Akan ó «Akan hembra», situados junto á un gran lago que ellos mismos formaron, reteniendo sus aguas con una barrera de escorias.

También el Tarumai y el Yusu-dake, al Norte de la bahía de los volcanes, reflejan sus penachos de humo en las aguas de las cuencas lacustres, y avanzando por el Noroeste hacia el interior, se encuentra el Siribetz-take, que rivaliza con el Risiri, situado al Noroeste por la regularidad geométrica de su cono de erupción, aunque está apagado. Los geógrafos japoneses mencionan además el volcán de Siari-yama en los montes septentrionales de la isla, y el Ivanai en la costa occidental, junto al puerto de su nombre.

Formando un grupo peninsular entre los pantanos los lagos y el mar, el Utsiura ó Komaga-take domina como un faro la entrada del golfo llamado «Bahía de los Volcanes», á causa de los humeantes cráteres que lo rodean. Al extremo de Yeso está el Yezán, en cuya cima se ve un ancho cráter desportillado que indica á los marinos la proximidad de Hakodate. Al

Nordeste de esta ciudad se encuentra el Usino-yama ó «Montaña del Buey», que eleva sus dos picos abiertos «como los cuernos de un toro», y es también un volcán, aunque está en reposo de tiempo inmemorial y la vegetación ha invadido ya sus lavas y las escorias.

Finalmente, al Norte de la entrada occidental del estrecho de Matsmai ó Tsugar se levantan las dos pirámides de lava, ahora cubiertas de pinos, llamadas Oho-sima (Isla grande) y Kosima (Isla pequeña). El Yezan no arroja lava desde tiempo inmemorial, pero todavía exhala torrentes de barro sulfuroso, que á veces hacen saltar enormes peñascos de su mismo cráter. Esta tierra se mueve continuamente y salen vapores de todas sus hendiduras. Las paredes multicolores del enorme embudo, constantemente minadas por el vapor saturado de ácido sulfúrico, se descomponen y ceden. Cambia todos los días el aspecto del cráter, y en sus ruinas se ve trabajar á los obreros que recogen el azufre mezclado con el fango.

IV

Isla de Hondo.

La mayoría de las montañas de la Isla Grande, ó sea de Hondo (Tierra Principal), se elevan en líneas paralelas de diferente longitud, siguiendo la dirección del Norte-Nordeste al Sur-Surdeste hasta convertirse aquí y allá en macizos por las ramificaciones laterales, los eslabones transversales y las masas volcánicas. Las más altas cumbres del Japón, y desde luego casi todas las que exceden de 2.000 metros de altura, son volcanes cuyas lavas se han extendido en diversas épocas sobre los granitos y esquistos que forman el esqueleto del Archipiélago; las cenizas que vomitan los cráteres y que los vientos esparcen sobre toda la isla, han contribuido con los aluviones á formar las tierras de las llanuras, que las corrientes de los ríos mueven y alteran. En su conjunto, el país es muy accidentado y ofrece una serie de valles y de alturas. La superficie total de los llanos, no llega á formar la octava parte del país. Sin embargo, casi todas las cimas son anchas y las cuestas de fácil acceso. No tienen los montes japoneses las paredes escarpadas de la región alpina; faltan casi en absoluto los yesos y las calizas que se abren en paredes verticales, y además la abundancia

de las lluvias y la natural riqueza de la vegetación, dan á los paisajes japoneses una línea de horizonte graciosamente ondulada, con valles poco inclinados, anchas y despejadas llanuras y ríos que serpentean formando anchos tornos. De vez en cuando se hallan elevados picos continuamente cubiertos por estrias de nieve. En algunos lugares la nieve se cristaliza hasta formar heleras en miniatura.

El Nantai-san, uno de los picos más elevados de esta is'a (2.540 metros), es una de las montañas sagradas del Japón, y antiguamente no se podía subir á ella sino en determinada semana del verano, y después de haber hecho riguroso ayuno en los templos de los valles inferiores. Llena el profundo circo formado al pie del volcán un tranquilo lago, el Tsiusenzi cuyas orillas están pobladas de grandes árboles, y deja salir sus aguas por un torrente que desciende formando cascadas en las rocas de lava. Cerca de este lugar se encuentran monumentos funerarios de los siglos xvi y xvii, con sus airosas columnas que se destacan entre una hermosa vegetación. Une este lugar sagrado con las orillas del bajo Tone-gava, un bosque de 70 kilómetros de extensión: quizá no haya en el mundo paseos comparables á las espléndidas calles de árboles de aquella región de templos.—«Quien no ha visto Nikko no puede decir «neko» (maravilloso)»—afirma un proverbio japonés. Su proximidad á Tokio permite á sus moradores y aún á los extranjeros, desde 1870, visitar frecuentemente estos famosos sitios. Desde Mayo hasta Octubre, Nikko semeja uno de los lugares más atractivos de Suiza por la muchedumbre que visita sus montes, sus bosques y sus puras aguas. En cambio, al llegar el invierno, queda desierto á causa de la nieve.

El Fuzi ó Fusi es la montaña sagrada por excelencia, el protector de la comarca, cuyo nombre se escribe en estilo poético de manera que signifique el «Monte Sin-igual.» Ordinariamente se le designa con los caracteres «Empleado próspero», pero aun antes de la introducción de los signos ideográficos, se llamaba á aquel monte Fuzi á causa del arbusto que cubre las laderas con sus ramas entrelazadas y sus racimos de cárdenas flores. El monte Fuzi, antiguamente adorado por la secta budhista de los Yama-buzi, figura en casi todos los objetos de origen japonés, libros, abanicos, lacas, telas, porcelanas, tapices y muebles de toda especie, pero los artistas lo dibujan ó graban de una manera convencional. puesto que para dar idea de sus dimensiones lo representan con mas inclinación y adelgazan

el cono en forma de aguja; cuando por el contrario la gran montaña tiene suaves declives y la curva regular de su perfil se le-



Nikkō: Temp'lo budhista. (Dibujo de Barclay)

vanta poco á poco para formar el cono final, que domina todas las tierras inmediatas, y en sus laderas se marca bien escalonada la vegetación de diversas latitudes. A su pie se encuentra



una campiña ricamente cultivada. Siguen luego los grandes bosques, y encima de éstos hay monte bajo y arbustos, antes llenos de monos, que según la leyenda tenían á su cargo la custodia de la montaña. Durante diez meses del año la cima está cubierta de nieves, que se destacan sobre el fondo azul ó gris del cielo y á veces se confunden con el espacio aéreo en líneas indecisas. El Fuzi es 1.000 metros más alto que las demás cimas volcánicas del Japón, descollando sobre todos los montes inmediatos, que á su lado parecen muy pequeños. Su forma es casi redonda: tiene 150 kilómetros de circunferencia en su base, y por el lado de Poniente le rodea el ancho valle del Fuzi-kava. Según la tradición, apareció el Fuzi el año 285 de la era antigua, en el espacio de una hora, al mismo tiempo que se formaba el lago de Biva. Prescindiendo de la erupción descrita en esa forma exagerada, es evidente que el volcán guarda largo reposo después de cada paroxismo. Desde el año 799 sólo ha estado seis veces en actividad. Su última erupción data del año 1707 y duró dos meses. Entonces se abrió una hendidura en la falda meridional, formándose el cono parásito del Hoyei-zan, que tiene 2.865 metros de altura. Sobre los campos de las inmediaciones cayó una capa de ceniza de tres metros de espesor, desaparecieron pueblos enteros, y hasta más allá de Yedo, á 96 kilómetros de distancia, estaba obscuro el cielo por las nubes de polvo que el viento conducía y que llegaron á orillas del Pacífico. Desde este año fatal se han vuelto á construir las ciudades y aldeas, formando de nuevo una cintura en torno de las primeras vertientes de la montaña. En el sitio que ocupaban los antiguos templos se han erigido otros nuevos, adonde acuden multitud de peregrinos, de 15.000 á 20.000, y suben anualmente al santuario construido al pie del último escarpado. Para hacer la ascensión los japoneses se visten de blanco á fin de espantar, dicen, á las águilas de la montaña, que suelen atacar á las gentes vestidas de colores oscuros. Al llegar cerca del cráter, beben en la «Fuente de Oro» y en la «Fuente de Plata», y á una señal del guía tañen las campanas y se inclinan para adorar al sol. Al bajar del volcán, un sacerdote pone un sello en sus vestidos en recuerdo de la expedición, guardándolos como reliquia para transmitirlos á sus herederos.

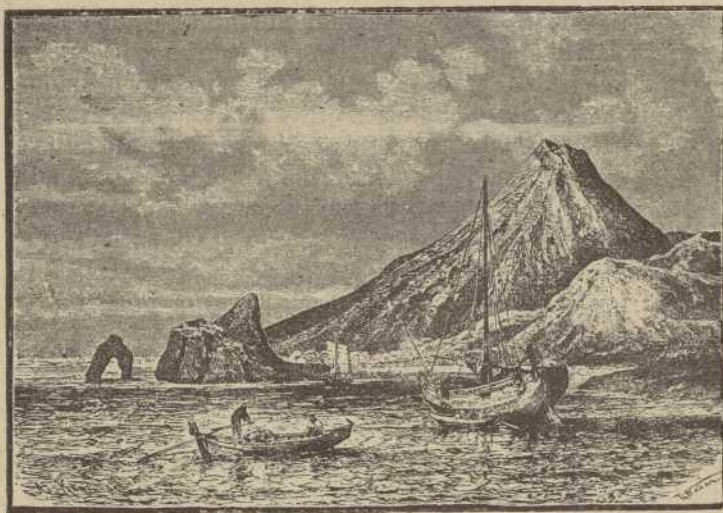
Tan famoso casi como el Fuzi es en la isla Honda el lago Biva ó «de la Guitarra». Afirma una leyenda que este mar interior se formó en el momento en que surgía el Fuzi; pero mucho antes de la pretendida formación del Biva existía en la comar-

ca una «mar dulce» ó Avo-umi, cuyo nombre, contraído en Aomi y Omi, se ha aplicado á la provincia que rodea el lago. En esta cuenca han ocurrido sin duda alguna varias erupciones volcánicas. En el año 82 de la era vulgar surgió en la parte septentrional del lago la isla de Tsikubu-sima, que hoy ocupan los santuarios del culto sinto más venerados en el Imperio. Existen además otros islotes de igual origen, que pueblan grandes bandadas de cuervos marinos. La superficie del lago se halla á un centenar de metros sobre el nivel del mar, y sus aguas alcanzan la máxima profundidad de 85 metros. Por el volumen de su masa líquida es el Biva muy inferior al lago Lemán, al cual suele compararse porque casi tiene la misma superficie. Lo mismo que este lago de Ginebra, está rodeado el Biva de montañas, cultivadas unas y cubiertas otras de bosque. Son muy pintorescas, y en cada punto del paisaje se admira un nuevo cuadro. En otoño, cuando los vientos del Norte han arrastrado las pesadas nubes del monzón de verano, puede admirarse el hermoso espectáculo de estos montes, con sus tintas verdes, azules, violáceas y rojas, formando armónico y maravilloso cuadro, y transformándose incesantemente según las cambiantes de la luz y las sombras. Al Este de la cuenca se levanta la más alta cima de este círculo inmenso, el Ibuki-yama ó «monte que vomita hiel», así llamado porque los antiguos japoneses lo creían refugio de los genios del mal. Al Oeste se encuentra la famosa montaña Hiyei-zan, en cuyos conventos budhistas vivían á mediados del siglo xvi más de 3.000 frailes. Eran los dueños de la comarca: se reunían en el templo de Kimon ó «Puerta del Diablo» y oraban día y noche, tocando un tambor y una campana para contrarrestar las malas influencias de Ibuki-yama y proteger la ciudad de Kioto, situada al pie meridional de la montaña. La región vecina al Biva y á su desaguadero, el Yodo-gava, ha sido la cuna de la nacionalidad japonesa, conservando grandes recuerdos históricos que añaden un encanto más para los viajeros que la visitan. Los rojizos nubarrones del Occidente, dice la leyenda, reflejan en los cráteres la sangre hirviente de cuantos han perdido la vida en las batallas de la patria.

V

Mar interior ó Seto-utsi.

El tortuoso brazo de mar que separa el «continente» ó sea la isla grande de las islas meridionales, consiste realmente en una sucesión de furdos y cuencas parciales ó «nada», reunidas

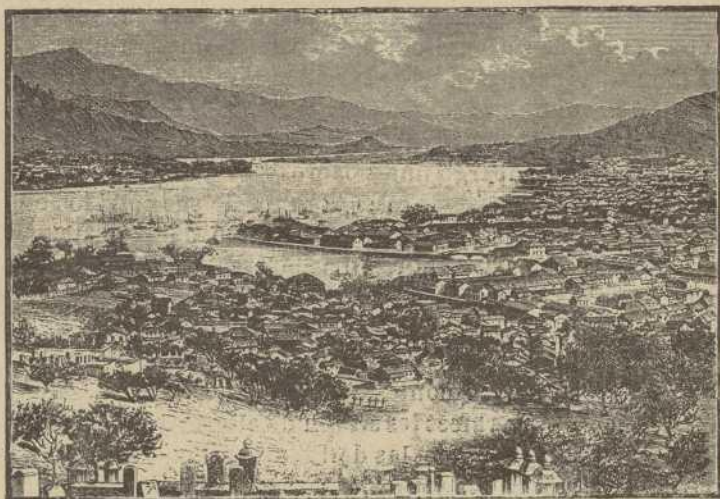


Cabo Horner: vista tomada desde Kagosima. (Dibujo de Th. Weber.)

en un vasto mar interior de 400 kilómetros desde el Este al Oeste. Este Mediterráneo ó Seto-utsi está lleno de islas é islotes que lo cubren, y limitan por todas partes su horizonte. Navegando en sus tranquilas aguas, entre tierras cubiertas de árboles que sucesivamente ocultan y descubren el lejano horizonte de los montes, se ven á cada paso encantadores cuadros de infinita variedad. Estas costas sólo pueden compararse con las de Noruega, pero con el cielo de Italia y la vegetación de las islas malayas. Según la leyenda, en remotos tiempos los divinos esposos Isanagui é Isanami se sentaron sobre el puente de los cielos que sostienen pilares de nubes, para contemplar las luchas de los ejércitos de las aguas. El dios mojó la punta de escarlata de su lanza en el Océano, y al caer las gotas, formó

cada una las verdes islas que hoy existen. La primera fué la hermosa Avadzi, que cierra la entrada oriental del mar Interior.

Considerado geográficamente, el Mediterráneo japonés consiste en una simple depresión que el trabajo de las aguas ha formado. Sus mayores profundidades no alcanzan á 50 metros, ascendiendo sólo á la mitad el espesor medio de su masa líquida. La entrada occidental, conocida con el nombre de Simono-seki ó «Barrera inferior» tiene sólo 10 metros, profundidad que



Nagasaki: vista general. (Dibujo de Taylor.)

necesitan actualmente los grandes buques, que sin ayuda del vapor no podrían entrar en su estrecho canal, verdadero río marítimo sembrado de rocas y que cruzan peligrosas corrientes. Existen otros tres canales de acceso para el mar interior: el de Bungo, entre Kiusiu y Sikok, y los dos situados al Norte y Sur de la isla Avadzi. El del Norte se llama estrecho de Tomogassima, ó sea «las dos Islas Amigas», y lo prefieren ordinariamente los buques á causa de su proximidad á las ciudades de Hiogo y Osaka, y de hacerse sentir menos sus corrientes; en cambio los marinos temen el pasaje de Naruto, entre Avadzi y Sikok, por ser el más peligroso de los mares japoneses. Como la marea que penetra en el mar interior no puede extenderse libremente, se retarda siempre en los bajos ó en torno de los promonto-

rios. Al propagarse rápidamente el flujo en el libre espacio del Océano, tropieza con estas aguas situadas á diverso nivel, produciendo remolinos muy peligrosos para las embarcaciones del país. Los marineros japoneses los describen de igual manera que los marinos del Norte representaban antiguamente el Maelstrom. Según sus noticias, que los modernos navegantes europeos no confirman, existe un remolino de muchos kilómetros de circuito, que da rápidas vueltas en espiral hasta conducir los objetos á su punto céntrico, donde absorbidos desaparecen en el fondo de un abismo.

La isla de Sikok limita al Sur el Mediterráneo japonés en más de la mitad de su longitud, y consiste en una protuberancia de montañas esquistas que se extiende irregularmente del Este al Oeste. Aunque es relativamente poco elevada la cordillera mayor de Sikok, pues su pico más alto sólo llega á 1.400 metros, forma sin embargo una poderosa barrera interpuesta entre las dos vertientes de la isla. Algunos de sus collados están á 1.000 metros de altura. Sobre el zócalo de esquistos se elevan algunos conos volcánicos. Las laderas de los montes en las inmediaciones de los ríos están cubiertas de bosques de árboles aromáticos, cuyo aspecto parece de las regiones tropicales, exceptuando algunos distritos en que los ignorantes labradores han descuajado los montes, dejando el terreno libre á los helechos, cuyo tallo y raíces les sirven de alimento.

Las rocas de Kiusiu como las de Sikok, están alineadas de Norte á Sur, siguiendo la dirección de la isla, y consiste principalmente en esquistos cristalinos de diversas clases, y sobre ellas se han aglomerado traquitas, tobas y depósitos de lignito. También existen bocas volcánicas con sus conos de escorias y cenizas, algunas de las cuales se hallan aún en actividad periódica ó constante. En el centro de la isla está el Aso-yama, volcán activo en cuyas laderas se explota el azufre y el alumbre. El Aso-yama consiste en un cono de poca elevación, pero su cráter tiene las prodigiosas dimensiones de los volcanes lunares: es de 16 á 24 kilómetros de ancho, y sus paredes, que en el interior son casi verticales, tienen de 200 á 300 metros de altura.

En la vasta llanura que forma el cráter viven más de 10.000 personas, que ciertamente no imaginan hallarse sobre un volcán. Al Este de Nagasaki se encuentra la península de Simabara, compuesta de un solo cerro, cuya prolongada falda se inclina suavemente hacia el mar. Su cono es el célebre Unzen-

san ó «Pico de las Fuentes termales», cuyo enorme cráter en 1638 se tragó millares de cristianos, cuando fué vencida la rebelión de los conversos católicos, que entonces eran muy numerosos en esta comarca del imperio. Hace más de un siglo que el volcán permanece tranquilo, aunque siempre flotan en su cima ligeras nubes de vapor sulfuroso. Antes estos vapores eran nubes tan densas que los pájaros huían de la montaña á muchas millas de distancia. Por innumerables hendiduras escapaban gases y corrientes de lodo, y en la estación de las lluvias hervía todo su suelo como si fuera una masa líquida. La erupción del vecino volcán de Miyi-yama y el desborde subsiguiente de enormes masas de agua, costaron la vida á más de 50.000 personas.

Al Sur de la isla Kiusiu existe un grupo de volcanes llamado Kiri-sima ó «Isla de las Nieblas», á causa de los vapores sulfurosos que exhalan.

La península limitada al Occidente por la pintoresca bahía de Kagosima, es una de las regiones más curiosas y bellas del archipiélago. Sobre la prolongada punta que se encorva delante del golfo, se alza el enorme pico Kaimon ó «Puerta del Mar», el cabo Horner de los mapas europeos. Ningún otro volcán del Japón le excede en belleza de forma y regularidad de perfil; es menos obtuso y más esbelto que el Fuzi-san, aunque no alcanza la cuarta parte de su elevación, y para ser célebre sólo necesitaría tener á su pie una ciudad populosa.

El golfo de Kagosima, abierto al Este de la «Puerta del Mar», encierra el célebre volcán de Mi-take, cuyo desquebrajado cono forma por sí solo la isla Sakura-sima ó de los Cerezos; en la costa opuesta se ve su falda cubierta de campos y bancales cultivados, en donde crecen los árboles de sebo y los naranjos; dominan aquella zona de vegetación taludes grises por cuyas grietas hace un centenar de años todavía se escapaban densos vapores.

Forman el recortado archipiélago, que hacia el Sudoeste continúa las tierras del Japón, rocas de esquisto. Varias de sus islas son mesetas de toba cortadas á pico por el choque de las olas, ó conos de escorias abiertos por torrentes que extienden su blanca línea sobre el verde fondo de las laderas. Uno de estos escarpados conos es el Ivoga-sima, verdadero Strómboli de los mares japoneses, de cuyo cráter salen nubes de vapores blancos durante el día, y rojizos por la noche. Antiguamente los marinos japoneses osaban acercarse á esta montaña ardiente, en la cual oían los continuos gritos de los genios del mal. Sin

embargo, un hombre de valor se atrevió á explorar la morada de los espíritus de las tinieblas, y halló en ella importantes depósitos de azufre que hicieron la fortuna del príncipe de Satsma. En las inmediaciones hay varios islotes volcánicos que surgieron del fondo del mar en diversas épocas. Las dos islas mayores del grupo, llamadas Tanega-sima y Yakuno-sima, tienen las bocas enteramente apagadas, pero la serie de islotes que se prolonga hacia el Sudoeste en dirección paralela á la cordillera principal de las Riukiu, se encuentra aún en su periodo activo. Naka-sima ó la «Isla del Pináculo», Suva-sima ó «Isla Arquimedes», Yoko-sima ó la «Ogle» y una de las dos islas «Cleopatra» son volcanes activos, así como sigue siéndolo Ivo-sima, faro natural de los buques que van desde Corea ó del Xantung hacia la gran Riukiu. Como prolongación de los islotes de lava siguen hacia la punta septentrional de Formosa varios escollos de probable origen volcánico.

El grupo de islas vecinas á Kiusiu, es decir, la Siunanguto y el pequeño archipiélago de islas Cécille ó Linschoten, pertenece geográficamente al grupo de las Riukiu. Su nombre significa «País de la Piedra preciosa» ó «del Coral transparente». Forman una media luna regular, cuya curva se desarrolla desde Kiusiu hasta Formosa con el mismo radio que la formada por la isla grande del Japón, y constituye el reborde exterior del «Mar oriental» ó Tunghai de los chinos. Probablemente son restos de una tierra montuosa que antes unía el Nipón con el continente asiático, y actualmente se divide en archipiélagos secundarios, entre los cuales los dos de mayor importancia, situados á mitad de camino entre Kiusiu y Formosa, constituyen el antiguo reino de Riukiu, departamento del Japón. El Nansan ó Sak-sima, «Isla de la Avanzada», que es el más meridional de los «Tres San», pertenece también al Japón.

Merced á la elevada temperatura de las aguas de la corriente que baña las Riukiu, todas las islas están rodeadas de arrecifes madreporicos semejantes á los del mar del Sur, y como éstos, se abren delante de las bocas de los ríos por impedir el agua dulce su formación. En muchos lugares de las orillas, los arrecifes se alzan bastantes metros sobre el nivel de las aguas, lo cual debe atribuirse á un levantamiento del suelo. En la bahía de Nafa, la meseta de madreporas se extiende algunos kilómetros más allá de las orillas, terminando en paredes tan abruptas que la sonda no puede indicar con anticipación al navegante el peligro que le amenaza. Los restos de corales que

las olas arrastran mezclados con la arena y las conchas, forman sólidas rocas cuyo volumen aumenta todos los años.

Las islas Goto, que frecuentemente ha utilizado el gobierno japonés para lugar de destierro, están separadas de las Kiusiu por un estrecho brazo de mar lleno de escollos.

VI

Terremotos y corrientes.—Clima.

País volcánico por excelencia, tanto el «continente japonés» como las islas que de él dependen, se ve con frecuencia atormentado por terremotos que probablemente ocasionan la presión de los vapores encerrados bajo la parte superficial del suelo. Durante el período histórico, ocurrieron las conmociones más violentas en las comarcas del archipiélago donde se encuentran los principales cráteres activos. Por esto se han sentido las mayores oscilaciones en la llanura de Tokio, inmediata al Fuzi y regada por los ríos que descienden del Asamaya. Dícese que en el gran terremoto que en 1854 destruyó gran parte de Yedo, perecieron 100.000 personas. Los edificios contruidos con mayor solidez resisten menos las oscilaciones del suelo que las casas ligeras; pero por otra parte tienen la ventaja de que no los derriban los huracanes, calamidad también que aflige al Japón.

Bañado por las aguas del mar, y hallándose en una atmósfera saturada de vapores oceánicos, no tiene el Japón el duro clima de las costas continentales, de las que le separa el mar de Corea. Al paso que Pekín, situado fuera de la influencia del mar, tiene los inviernos glaciales de Upsala y los veranos del Cairo, Tokio ni sufre los rigores del frío ni los del calor. El holandés Vries observó por vez primera en 1643 la corriente oceánica que los japoneses llaman Kuro-sivo ó «Corriente Negra», que, por su marcha y su influencia sobre el clima, corresponde al Gulfstream del Atlántico septentrional. Pasa muy cerca de las costas orientales de las Islas grandes, y sus tibias aguas, que han atravesado los estrechos de Malasia y de Filipinas, arrastran una corriente de aire más templado que el del vecino continente. Su temperatura media, dos ó tres grados más baja que la del Gulfstream, oscila entre 23 y 27 grados centígrados.

y excede en seis la temperatura media del mar en aquellas latitudes.

Durante el verano, cuando el monzón del Sudoeste mueve los mares, las aguas de la «Corriente Negra» chocan directamente contra las tierras de Kiusiu, Sikok y costas meridionales de la Isla grande. En invierno los vientos polares rechazan sus aguas, alejándolas del litoral japonés para dirigir las hacia el Nordeste. La velocidad media de este río marítimo es muy desigual, por depender de la velocidad del viento. En invierno el Oya-sivo, ó corriente glacial que viene del Norte, llena de hielos las orillas orientales de la isla de Yeso, y en todas las estaciones lleva cetáceos, pescados y moluscos de las latitudes septentrionales, contribuyendo de esta manera á la alimentación de los japoneses.

Merced al moderador influjo del mar en verano y en invierno, el período de los grandes fríos se retarda hasta Febrero y el de los grandes calores hasta Agosto. El mes de Septiembre es siempre más caluroso que el de Julio. Pero á pesar del ventajoso contraste que para el Japón ofrece su clima, comparado con el continental de la China, el archipiélago está también sujeto á las influencias generales que determinan el enfriamiento de las regiones orientales de los continentes, en beneficio de sus regiones occidentales. En igual latitud, la temperatura del Japón es cuatro ó seis grados más fría que la de Europa. En todas las comarcas del archipiélago, contando también la isla de Kiusiu, se conocen las nieves y los hielos. En el centro de la Isla grande han existido á veces capas de nieve de más de un metro de espesor, que durante muchos días han cubierto los campos, y en la isla de Yeso el termómetro baja hasta 16 grados bajo cero.

VII

Flora y fauna del Japón.

La abundancia de lluvias, la relativa moderación de los inviernos y el calor húmedo de los veranos imprimen á la flora del Japón una riqueza y un vigor extraordinarios. Puedense transplantar sin peligro los árboles más corpulentos, aunque se deje muy poca tierra junto á las raíces y se les corten todas las ramas. Muchos vegetales que han desaparecido de la China

desde la época terciaria, se conservan todavía en el Japón. Millares de especies vegetales procedentes del archipiélago malayo, la Indo-China, los valles de Himalaya, la Corea, la Manchuria y hasta la América del Norte se han propagado por medio de semillas que los pájaros ó las aguas llevan, y en el Japón encuentran los elementos de vida necesarios. Allí no existen arenales ni praderías. La *hara* ó «Prado de los montes» ofrece una mezcla de hierbas, plantas leñosas y helechos. Donde quiera que los cultivos no han uniformado la vegetación, existen grandes árboles, arbustos y plantas leñosas mezcladas con hierbas y lianas, y en un solo campo se encuentran centenares de especies diferentes. No existe jardín más florido que el campo natural de las comarcas japonesas. Las flores tienen más viveza de colores que en Europa, pero menos perfume. En los meses de Junio y Julio los árboles floridos ofrecen un aspecto desconocido en Occidente, y cuando se marchitan las hojas al acercarse el invierno, sus tintas rojas de variados matices simulan una segunda eflorescencia. Bajo su manto de otoño, los bosques del Japón son aún más bellos que los de la América del Norte, tan celebrados por su riqueza de colores.

Todas las plantas cultivadas del archipiélago, exceptuando el tabaco y las patatas, proceden del Asia, puesto que de allí han recibido los insulares su agricultura, ó por lo menos los adelantos del arte. El arroz, la morera, el algodónero y el arbusto de té, se han aclimatado en el Japón, como la mayor parte de los árboles frutales de la zona templada. Los nogales, castaños y encinas se mezclan junto á las aldeas con las plantas que producen grandes frutos como los higos *caquí* y los naranjos. Pero la humedad del clima agranda las frutas en detrimento de su sabor, y por esta causa los huertos japoneses producen proporcionalmente frutos muy inferiores á los de Europa y los Estados Unidos. Merced al clima esencialmente marítimo de las plantas japonesas, pueden éstas introducirse fácilmente en Inglaterra, Francia y demás regiones de la Europa occidental expuestas á la influencia del mar.

En el Japón se han cultivado hasta los desfiladeros de las montañas, por lo cual quedan ya pocos animales montaraces que antes los poblaban. Entre los carnívoros sólo hay dos especies de osos. Una de ellas vive en la isla de Yezo y se parece al oso de California. La otra especie se encuentra con alguna frecuencia en los distritos montañosos de la isla principal. Son más pequeños y se distinguen de sus congéneres por tener los

labios colgando. Hay pocos lobos y se distinguen de los de Europa en tener menor tamaño. En las regiones meridionales del



Campeſinos japoneſes. (Dibujo de Sirouy.)

archipiélago existían además perros salvajes, parecidos al «dingo» de Australia. Las zorras son también más pequeñas que las del continente, pero abundan mucho y son muy atrevidas. Lle-

gan á entrar en las poblaciones acechando los gallineros, y con frecuencia visitan los pequeños tabernáculos de los campos don-



Habitantes de Tokio con el traje tradicional. (Dibujo de Sirouy.)

de se depositan víveres para Inari, dios de los arrozales. Por eso se le representa siempre acompañado de dos zorras hechas de madera ó piedra. Según la superstición popular, este animal

puede convertirse en mujer, y bajo la forma de una joven se presenta á los viajeros para extraviarlos. También el tejón se convierte en mueble ó utensilio de cocina, para burlarse de las cocineras. Al gato se le atribuyen algunas de estas virtudes mágicas.

Hay una especie de monos, llamados saru, de cola rudimentaria y cara encarnada, muy parecidos á los monos de Berbería, que habita la isla grande del Japón hasta el estrecho de Tsugar. Vense además jabalíes de cierta especie, antílopes, ciervos, varias clases de roedores, nueve de murciélagos y varios cetáceos, que completan la serie de los mamíferos japoneses.

En el Japón hay menos pájaros de lo que podría suponerse á causa de su vecindad con la China. En conjunto, la ornitología japonesa se parece á la de la Europa templada, con ejemplares de todas sus especies. Pero el pájaro cantor por excelencia del Japón, que llega á valer hasta 2.000 pesetas, el ototoguisu, no es el ruiseñor, sino que pertenece á la familia de los cuculillos.

Hablan las leyendas de dragones monstruosos combatidos por los héroes de los antiguos tiempos, pero en nuestros días sólo existen culebras inofensivas, y los únicos animales venenosos del archipiélago son un trigonocéfalo que los japoneses cazan para prepararlo como medicamento, y un bicho del género de las cucarachas. Uno de los reptiles más extraños del país es la salamandra gigante llamada «sanzio uvo», que se alimenta con peces, ranas y lombrices. En la actualidad existen pocas, viéndose algunos ejemplares como objetos raros en los museos. Viven en el Japón muchas especies de insectos. Las islas del Extremo Oriente son una excepción de la ley común de pobreza de la fauna y la flora en las tierras insulares. La fauna marítima comprende al Sur las especies de las islas Filipinas, y al Norte las de Kamchatka; es muy rica, puesto que se mezclan ambas zonas en el Japón central y en Yezo. Han perecido ciertas especies de cetáceos, así como otros animales cuya piel era muy buscada. Pueblan las aguas de Kuriles grandes animales marinos como las focas, pero los japoneses no han imitado aún el sistema americano de pesca empleado en las islas de Bhering y Pribilov. Abundaban antes los castores en las orillas de las Kuriles, pero han desaparecido completamente de Simuxir y otras islas. Hay además un animal, pescado ó cetáceo, que los pescadores japoneses llaman kamigiri, á causa de una aleta cortante que lleva en el lomo. Es un arma triangular

afilada como un cuchillo, de la que se sirve en sus combates con la ballena, en los que siempre sale vencedor.

Comparados con los pueblos europeos, los japoneses tienen muy pocos animales domésticos. Los caballos indígenas abundan más en el Tosan-do que en las otras provincias, pero fueron importados de Corea. Son pequeños, poco elegantes, malos, y tienen el vicio de morder, pero fuertes y de mucha resistencia. La mayoría de los caballos que se presentan en las carreras de Yokohama son de origen mongol. Como los agricultores cultivan pequeños trozos de terreno, no necesitan el auxilio de los animales, por lo cual los bueyes y las vacas son raros en los campos y de ellos se carece por completo en algunos distritos. Además, la alimentación de aquellos animales es muy cara por la mala calidad de los pastos, y hasta época muy reciente no se ha comido su carne. Desde el siglo VIII de la era vulgar estaba prohibido el uso de la carne, considerando viles los oficios de carniceros y curtidores, clasificándose los individuos que los ejercían entre los *hi-nin*, ó «no hombres», así como los cómicos y los mendigos. Hasta los tiempos modernos no se ha empezado á hacer uso de la carne y la leche, y por consecuencia no hubo ganados en los campos. También se ha querido aclimatar á las corderos y las cabras, pero con escaso resultado por la excesiva humedad del clima. Los asnos sufren también mucho á causa de las prolongadas lluvias del verano; en cambio los cerdos europeos prosperan admirablemente. Los importadores de conejos de Europa hicieron un buen negocio merced á la pasión del juego que tienen los japoneses, porque éstos compraban conejos y hacían apuestas sobre su fecundidad. Hubo animal que se vendió en muchos miles de pesetas.

VIII

Ainos y japoneses.

La población actual del Japón, exceptuando las islas exteriores, las Kuriles, Yeso y Riukio, es una de las más homogéneas que existen en el mundo. En esto el Japón aventaja á todos los países europeos. Desde la bahía de Kagosima hasta la de Avomori, es decir, en el espacio de 10 grados de latitud, todos los individuos tienen igual idioma, las mismas costumbres, y

plena conciencia de su nacionalidad común. Pero aunque los japoneses estén fundidos hoy en un solo pueblo, no es probable que pertenezcan á una misma raza, y ciertamente no tienen relación alguna con los aborígenes del país.

Los anales más antiguos, así como la tradición, hablan de primitivos habitantes salvajes, llamados «bárbaros orientales», yebis ó maojin (hombres peludos), que poblaban el Norte de la isla grande. Eran los ascendientes de los ainos. No hay pruebas directas que señalen á los japoneses como hermanos civilizados de aquellos bárbaros del Norte, y su único lazo de parentesco está determinado por los cruces de raza entre los individuos de los territorios limítrofes, en el curso de algunos siglos. Ahora no existen yebis en la parte septentrional de la isla, porque los conquistadores japoneses los exterminaron en el siglo xv.

Bajo el nombre de Adma-Yebis, algunos se mezclaron con la población civilizada del Norte, y entre los habitantes del país se reconocen por sus facciones, como todavía se encuentran á veces las armas de piedra de que antes se servían. En el Norte del Hondo, las mujeres, que son el elemento conservador de las razas, han guardado mejor que los hombres el tipo aino.

En la península de Oga-sima, casi cerrada á todo movimiento colonizador, los japoneses se parecen más á los aborígenes de las Kuriles. Considérase que hasta los mismos habitantes de la llanura de Yedo tienen en las venas sangre de aquella raza. Actualmente los ainos puros se hallan confinados en Yeso, las Kuriles del Sur, y, como ya dijimos al hablar del Asia rusa, en el extremo meridional de la isla de Sakalina.

Según ciertos autores, la palabra ainos, como la mayor parte de las denominaciones de los pueblos, significa simplemente «hombres». Aquella pobre nación, de la cual sólo queda un resto despreciado, creyó que habitaba el centro del mundo y que por sí sola constituía toda la humanidad. «Dioses del mar, dice una canción antigua, dioses del mar, abrid vuestros divinos ojos; por doquiera que se extienda vuestra vista, resuena la lengua aina.» Pero esta palabra «hombres», que los ainos se aplicaban con orgullo, la interpretaron los japoneses, según su propio idioma, y una de las etimologías que le dieron, hizo del nombre aino, inó, ó sea «perro». Además, una tradición que parece indicar cierto parentesco por cruzamiento, afirma que los bárbaros del Norte descienden de un perro y una princesa.

japonesa. Los aleutianos se atribuyen con orgullo igual ascendencia, y aun añaden que durante mucho tiempo tenían cola y cuatro patas, pero que fueron provistos de manos y tuvieron el rabo cortado en castigo de sus pecados.

Todas las tribus bárbaras de Yeso dan distintas versiones de su origen; pero en general los ainos se niegan á responder á las preguntas sobre sus antepasados, por considerarlas de mal agüero. A falta, pues, de pruebas precisas, se deben clasificar los ainos entre los pueblos que más se les asemejan. La mayoría de los autores dicen que los ainos, vecinos de los japoneses, los chinos y los mandchures deben clasificarse entre los pueblos mongólicos del Asia oriental, señalando, además, las semejanzas que tienen con los japoneses, por su corta estatura, el tinte claro de su piel, el color de sus cabellos y de sus ojos, y muchas veces por la prominencia de sus pómulos.

Es evidente que el tipo ordinario de los ainos se separa por completo del de los japoneses; tienen la piel más blanca, la frente más despejada y más alta, el encéfalo mayor y superior á los de todas las demás razas, la nariz saliente, los ojos grandes, negros y de suave mirada. Además, lo que principalmente distingue á los ainos de sus vecinos del Asia oriental, es la abundancia de su cabellera, y por esto se les conocía bajo el nombre de «kuriles peludos». Los anales japoneses los describen como bestias salvajes, con crines y barbas de cuatro pies de largo. El primer aino, dice la leyenda, fué amamantado por un oso y se cubrió de pelo que ha transmitido á sus descendientes. Sin embargo, el cuero cabelludo de los ainos está menos poblado que el de los japoneses ó los europeos, aunque cada cabello es una tercera parte más grueso que el de éstos, lo cual hace aparecer una abundancia, que no existe en realidad. Además, gran número de ainos tienen verdaderas placas de pelo en diversas partes del cuerpo, especialmente sobre los omoplatos, y su vello tiene cuatro centímetros de largo por término medio. Los ainos se muestran muy orgullosos de su gran barba, que les distingue de los demás hombres. La consideran como sagrada, y por nada en el mundo se deciden á cortarla.

Los ainos no aprenden á leer y escribir, exceptuando muy contados jóvenes que asisten á las escuelas de Tokio; pero en cambio tienen excelente memoria y son hábiles calculistas, llevando sus cuentas por decenas y unidades con la ayuda de bastones marcados con rayas, ó de cuerdas con nudos semejantes á los *quipos* del Perú. Sus utensilios de madera adorna-

dos con dibujos, atestiguan su habilidad y gusto. Tienen el sentimiento musical muy desarrollado, y cantan sus aires melancólicos con voz penetrante. Los instrumentos de cuerda que usan están fabricados con tendones sacados de las ballenas que mueren en la costa. Los ainos son cazadores y pescadores, llevando una vida muy dura. Persiguen los osos, ciervos y zorras, y cazan los grandes cetáceos, exceptuando la ballena, casi por gratitud, porque en primavera este animal arroja á los golfos de la costa bandadas de arenques. Cuando encuentran un oso pequeño en su madriguera, lo llevan á la aldea y una de sus mujeres le da de mamar durante seis meses. En otoño celebran una gran fiesta: en ella lo matan y se lo comen, y en el momento de sacrificarle cantan: «Te matamos oso, para que pronto vuelvas convertido en aino.» Sobre un palo plantado al pie de la cabaña se clava su cabeza para que proteja la casa donde estuvo hospedado. De igual manera se colocan los cráneos de los ciervos envueltos en hierbas, dejándolos algunas veces en el mismo bosque donde fueron muertos. Estas son las principales ceremonias religiosas de los ainos; pertenecen al mismo grupo de pueblos de la Siberia oriental. Los ainos estiman mucho la compañía de los animales, y en casi todas las aldeas al lado de las casas tienen grandes jaulas de bambú donde encierran osos y águilas, que cuidan con verdadero culto. También se ha hecho sentir entre ellos la influencia de las religiones japonesas, aunque es probable que todas se deriven de igual fuente. Los ainos adoran el sol, la luna, los astros, la «mar que los alimenta y el bosque que los protege», y veneran todas las fuerzas de la Naturaleza, los *kamui* ó genios celestiales y terrestres, que también se encuentran en la antigua cosmografía japonesa y en la de la Siberia oriental. Invocan además al conquistador japonés Yositsune, vencedor de sus antepasados, porque la leyenda dice que fué muy clemente con los vencidos. Como los sintoístas del Japón, profesan devoción profunda hacia los manes de sus antepasados. Destruyen la casa del muerto quemándola ó arrasándola, y luego construyen otra igual á la que antes existía. Cuidan mucho los palos y otros objetos plantados delante de las tumbas, y con horror rechazan las proposiciones que les hacen los extranjeros de comprarles los cráneos de sus difuntos. Además, es muy sencillo el ritual de su culto. Ofician ellos mismos, sin tener más ceremonias que bailes y libaciones de *saké* ó aguardiente de arroz, no habiendo entre ellos ninguna casta de sacerdotes.

En las tribus de ainos hace de jefe ordinariamente el individuo de la tribu que posee más armas y cráneos de osos, sin otra preeminencia que la de decidir las controversias que en ellas se suscitan. Pero si la opinión pública le acusa de haber cometido injusticia, es destituido y reemplazado por la misma persona ofendida por él. Se permite la poligamia, celebrándose ordinariamente los matrimonios entre personas de próximo parentesco. La mujer trabaja más que el hombre, pero no es considerada como su inferior. Guarda la casa, que cuida con gran limpieza, y en los intereses comunes del matrimonio tiene parte igual á la de su marido, que la consulta para cualquier negocio que emprende. Llevan los signos de nobleza en las marcas que su madre les puso en la piel. A los cinco años empiezan á pintarles el cuerpo, y concluyen cuando son núbiles, ostentando falsos bigotes, lunares, y una serie de arabescos en manos y brazos, hechos por medio de sebo que introducen al picarles la piel.

Los ainos, que á mediados del siglo xvi eran aún independientes de los japoneses, y temidos de ellos, ocupaban la parte septentrional de la Isla grande, y se encontraban con sus vecinos del Sur, en la ciudad de Akita, donde cambiaban sus productos. Pero hace ya mucho tiempo que han desaparecido del Sur del estrecho de Tsugar, y hasta de las costas meridionales de Yeso, habiendo sido empujados gradualmente hacia el Norte. De nada les han servido, en las luchas contra los japoneses, sus flechas envenenadas con jugo de acónito y sus corazas de corteza ó planchas de madera. Honrados, buenos, activos, con valor individual, aunque temerosos del Gobierno hasta la superstición, no tienen por desgracia fuerza moral ni recursos materiales para sostener la lucha por la existencia contra sus dominadores. Con el auxilio de las armas de fuego, que á ellos les están prohibidas, los japoneses persiguen la caza hasta el interior de los bosques. Los pescadores japoneses van á ejercer su industria delante de las cabañas de los ainos, mientras que éstos carecen de redes y barcos de vapor para explorar las aguas á mayor distancia. No teniendo más compañeros que sus perros amarillos para ayudarles á conducir los trineos ó arrastrar las barcas, no pueden dedicarse á la cría de ganado, y en cuanto á agricultura sólo saben plantar algunas legumbres junto á sus casas. Visten fuertes y groseras telas que sus mujeres fabrican con corteza de árbol, y durante la estación fría cubren sus trajes con forros de piel. Los invasores

del país no los maltratan directamente, pero los engañan con frecuencia, y aunque el Gobierno los protege pidiéndoles un pequeño tributo á cambio de regalos de más valor, se hallan desmoralizados por la miseria, la borrachera y todos los males que de ésta se derivan. Además, son verdaderos esclavos de los dueños de barcas á causa de las deudas que con ellos han contraído. Algunos colonos japoneses de la isla de Yeso han adoptado las costumbres de los ainos, pintándose el cuerpo. En cambio muchos indígenas siguen la civilización japonesa, se



Mujer y hombres ainos. (Dibujo de E. Ronjat.)

casan con hijas de esta raza civilizada, hablan el japonés con más ó menos corrección, y lentamente contribuyen á que se pierdan el idioma, las costumbres y el nombre de la nación «Cabelluda».

La nación japonesa que actualmente ocupa todo el archipiélago del Sol Naciente, es de raza mezclada, teniendo los ainos muy escasa proporción. Las leyendas aseguran que los japoneses tienen por ascendientes á 300 jóvenes y 300 doncellas que el emperador Tsin-hoangti envió á los mares orientales en busca de la flor de la inmortalidad. También se ha creído que los habitantes del Japón procedían de Malasia. Es evidente que la corriente ecuatorial del Pacífico y el Kuro-sivo han podido arrastrar barcos extraviados, y de esta suerte conducir pobladores desde los archipiélagos del mar del Sur y de la

Malasia; pero ningún documento histórico hace alusión á estas inmigraciones antes de la llegada de los buques europeos.

El plebeyo japonés tiene las facciones del asiático oriental y su tez amarillenta. La aristocracia de sangre pura tiene naturalmente la piel más blanca, el cuerpo más esbelto y menos pesado y las facciones enteramente distintas del plebeyo. Su cabeza es más larga, la frente más elevada y la cara en forma de óvalo. Los pómulos son poco salientes, la nariz aguileña, no tan grande la boca, los ojos pequeños y en apariencia oblicuos



Barqueros japoneses. (Dibujo de Pranishnikoff.)

por desaparecer bajo el arco de los párpados provistos de largas pestañas. Los pintores, cortesanos del poder, han admitido este tipo como ideal de la belleza. Se sirven de él para representar á los dioses y los héroes, y lo exageran cuando dibujan mujeres. Aunque estas imágenes sean convencionales, tienen cierto valor, porque revelan la gran diferencia que separa los dos elementos constitutivos de la nación. El tipo noble se encuentra principalmente en Kioto y en las comarcas del Japón vueltas hacia el Océano Pacífico, de lo que se infiere que pertenecen á una raza de conquistadores procedentes de las islas orientales. En general, la cara de los japoneses no corresponde á las ideas occidentales sobre la belleza. Son tipos aceitunados, caras romboidales, frentes afeitadas y caídas hacia atrás, por lo cual parecen feos á la mayoría de los extranjeros. Sin embargo, entre

las mujeres se nota cierto encanto en la fisonomía; tienen la sonrisa graciosa y la mirada dulce; algunas se parecen mucho á las europeas. Las japonesas de Kioto y de toda la región meridional de la Isla Grande, gozan de gran fama entre los indígenas y extranjeros por su belleza. Hay jóvenes barbilampiños entre los nobles samurais, que tienen todo el aspecto de mujeres de raza blanca.

Los habitantes de Riukiu forman la transiciones entre el tipo «polinesio» del Japón y el de la cara casi malaya de los habitantes de Formosa. Sus ojos son ligeramente oblicuos, tienen el color aceitunado y recogen sus cabellos en lo alto de la cabeza en forma de moño. Su barba es más poblada que la de los habitantes del centro del archipiélago, quienes á su vez tienen más pelo que los chinos. Entre todos los japoneses, quizá los de Riukiu son los que tienen la fisonomía más dulce, la mirada y la sonrisa más graciosas y las maneras más elegantes.

A pesar de su diversidad de origen, todos los japoneses son de estatura pequeña, variando entre 150 y 155 centímetros por término medio. Las mujeres son proporcionalmente más pequeñas y tienen los tobillos y muñecas finos y elegantes. Los hombres del pueblo suelen ser vigorosos, anchos de espalda, muy hábiles y resistentes para el trabajo. Durante horas enteras andan con paso muy igual llevando enormes pesos, y ni siquiera se detienen para pasarlos de un hombro á otro. Al subir por una montaña, el mozo de carga japonés jamás se detiene ni retarda su marcha para respirar ó calmar las palpitaciones del corazón. El palafrenero acompaña al caballo de su amo, que va al galope por la llanura, y el oficial de caballería, al frente de sus tropas, lleva siempre á pie á su ordenanza, que sigue todos los movimientos del caballo. Los acróbatas japoneses son muy ligeros y hábiles. Apenas se encuentran personas obesas, exceptuando las dedicadas á combatir en público, entre las cuales, por una especie de atavismo, se desarrolla de manera muy marcada el tipo mongol. Los artesanos y labradores son bien proporcionados. Unicamente se nota que inclinan las rodillas hacia adentro quizá por la costumbre que tienen las japonesas de llevar sus hijos á la espalda atándoles los pies hacia fuera. Esta costumbre hace que también ellas tengan el cuerpo inclinado antes de la vejez. Entre los japoneses de raza aristocrática se nota el pecho hundido, por lo cual suele atacarlos la tisis como á los malayos y polinesios. La circunferencia del tórax es menor en el japonés que en el europeo, y su es-

tómogo sale siempre fuera de las costillas. Se ha observado que en el Japón se envejece pronto. Es raro hallar hombres ó mujeres que á los treinta años de edad no tenga ya la cara arrugada. Su juventud se revela únicamente por la animación de los ojos y la blancura de los dientes. La causa de esta precoz decrepitud puede atribuirse al abuso que los japoneses hacen de los baños calientes.

La principal enfermedad de la población, y especialmente de los hombres, es la anemia. Son contados los individuos que no la sufren, y quizá exceptuando los adolescentes, de cada cinco personas se hallan cuatro anémicas. Esta pobreza de sangre debe atribuirse á la alimentación, compuesta casi exclusivamente de arroz y desprovista de albúmina y grasas. La misma causa explica el predominio de otra enfermedad de la zona tórrida, el *beriberi*, llamado en japonés *kakke*, especie de descomposición de la sangre que sólo ocurre durante la monzón del Sudoeste.

IX

Costumbres japonesas.—Lengua, literatura y religiones.

Ya no es obligatorio el uso del traje nacional; antes al contrario, las clases de literatos y negociantes, arrastrados por la manía imitativa, han tenido la desventurada idea de vestir el traje europeo, que les sienta muy mal, aunque tiene la ventaja de introducir costumbres más igualatorias, puesto que es casi idéntico para los ricos y los pobres, mientras que antes la diferencia de telas, dibujos y colores de los vestidos establecían las diferencias de clase en el pueblo japonés. Antiguamente regían severos reglamentos para el corte y color de los trajes que debían llevar los hombres y mujeres de toda clase y categoría; pero sus disposiciones se referían sólo á los detalles, puesto que el kimono ó vestido debía ser igual para todos. Ordinariamente se usan telas de algodón. La gente del pueblo y los tenderos sólo sacan sus trajes de seda en las grandes ocasiones, y los ricos los llevan todos los días con el adorno de su escudo de armas. El kimono de las mujeres sólo se distingue del de los hombres por ser más largo y de colores más vivos. Las mangas, que son muy largas, sirven de bolsillos y suelen estar llenas siempre de cuadernos de papel que usan como pa-

ñuelos y servilletas. Una falda entre los nobles y un pantalón para los plebeyos, completan el traje. Cuando hace frío, se usan varios trajes, poniendo uno encima de otro. Si llueve, la gente del pueblo evita el agua con capas de paja ó de papel encerado. Como sombrero se lleva una especie de paraguas de papel impermeable ó una rodela de bambú atada con cuerdas á guisa de barbuquejo. Exceptuando los mozos de carga y los corredores, que calzan sandalias de paja, los demás japoneses usan los *hata* ó *gueta* con gruesas suelas de madera. Son zapatos peligrosos, que les obligan á andar con gran cuidado y aun les producen enfermedades nerviosas. El lodo de las calles impide á los elegantes el uso de la bota europea, y en el interior de las casas suelen ir siempre descalzos.

El peinado de los japoneses, hombres y mujeres, es obra de gran paciencia. Los hombres se afeitan la parte superior de la cabeza y forman un moño untado con aceite de camelia sobre el hueso occipital, sujetándolo por medio de un tubo de cartón barnizado. Las mujeres dejan un pequeño rizo ó tupé sobre la frente y dividen su cabellera en dos bandas, reunidas luego por detrás á un moño postizo sujeto por un peine de coral y cruzado por una tira de seda y varias agujas de plata y coral. Requiere por lo menos medio día para hacer este peinado, por lo cual las mujeres que se dedican al trabajo sólo pueden peinarse una ó dos veces por semana, y para conservarlo duermen sobre una estrecha almohada de madera donde apoyan el cuello, sin que la cabeza toque á la cama. El tocado de las japonesas se completa dándose polvos de albayalde en la cara y en el cuello, carmín en las mejillas, negro en los párpados, una hoja de oro en los labios y una tintura negra en los dientes, restos de la primitiva afición á los salvajes adornos multicolores. Las mujeres de la nobleza y aun las del pueblo han abandonado casi por completo la costumbre de pintarse el cuerpo. El gobierno, por su parte, ha prohibido también entre los hombres el uso de este antiguo adorno, y les ha impuesto además el uso del vestido europeo. Antiguamente los jefes japoneses se pintaban la piel mucho más que la gente del pueblo; en nuestros días ocurre lo contrario, cubriéndose de dibujos sólo aquellos pobres que por su oficio deben siempre andar casi desnudos.

El pueblo japonés, producto de diversos elementos étnicos, es muy difícil de describirse. Así como ha querido tomar el aspecto europeo vistiéndose á la moda extranjera, también se

apropia las ideas y modales de los pueblos civilizados, y merced al dominio que sobre sí ejerce, aparece muy distinto de como es en realidad. Por eso es muy peligroso cuando prepara una venganza. Exceptuando quizá ciertas tribus salvajes del Nuevo Mundo conocidas por su impasibilidad, no existen en el mundo hombres que sepan disimular mejor que los japoneses sus alegrías y sus amarguras. Son en extremo reservados, observan las opiniones ajenas, y no hablan sin meditar mucho sus palabras. Delante de los europeos estudian sus gestos y miradas, y entre sus funcionarios existen muchos que usan anteojos con cristales azules ó negros para que su interlocutor no pueda adivinar su pensamiento. Entre ellos mismos, los japoneses son muy sobrios en sus movimientos. Moderan todos los gestos de indignación, cólera ó disgusto; su dolor es tranquilo, y jamás agitan los brazos en señal de desesperación ni imploran el auxilio de la divinidad alzando los ojos al cielo. Han aprendido de los europeos la manera de saludar, y ahora tienden la mano, pero no la estrechan. Es hasta raro que la madre bese á su hijo por mucho que le quiera. Aun en los mismos enfermos del cerebro se encuentra esta reserva: en el Japón jamás se enfurecen los locos.

Los japoneses que ocupan altas posiciones sociales no se muestran orgullosos con sus inferiores; antes al contrario, siempre parece que quieren como disculpar esta posición con su arrogante soberbia que tanto abunda entre los empleados occidentales. La costumbre que los japoneses tienen de inclinarse cortésmente para saludar, acaba por imprimirles un carácter natural de deferencia, y las líneas de su rostro conservan el reflejo de su bondad. Minados por el último dolor, los enfermos mismos conservan la mirada dulce y la palabra insinuante. A esta natural amabilidad, todavía mayor en las mujeres, agregan los japoneses el ejercicio de las virtudes domésticas, es decir, la sobriedad, el orden, la previsión y el buen sentido. Las jóvenes que se unen con los europeos, según es costumbre en el país, por medio de un matrimonio, cuya duración de meses ó años se marca de antemano, los atraen casi siempre por los cuidados y bienestar que les rodean, la limpieza de su casa y el orden en su vida íntima. Causan extrañeza á los viajeros europeos la alegría y tranquila resignación de los trabajadores más miserables. El japonés se acomoda á todo, acepta alegre las fatigas y privaciones, á pesar de que no puede atribuirse su resignación á la falta de un ideal superior. La

rapidez con que las artes y ciencias europeas se introducen en el país, prueba el vivo deseo de sus habitantes de aceptar todas las innovaciones del progreso.

El honor es una de las primeras cualidades nacionales que impulsan á los japoneses por la vía del estudio y el desarrollo del país. Les basta creer que deben civilizarse, para que así lo efectúen. La práctica del *harakiri* ó *sappuku* (el suicidio), que desde tiempo inmemorial se había introducido entre los nobles, prueba la fuerza de voluntad que desplegaban para reivindicar su dignidad personal. Cuando el gobierno daba la orden á un noble de abrirse el vientre para evitarse una muerte deshonrosa, ó cuando la futura víctima se quería sacrificar voluntariamente para vengarse de un enemigo, el acto se realizaba siempre con gran formalidad, no habiendo ejemplo de que ningún suicida exhalara una queja en el momento fatal, delante de sus amigos reunidos para verle morir. Los anales recuerdan el nombre de algunos héroes que con el vientre abierto tuvieron fuerza de voluntad bastante para componer versos ó escribir su testamento con su propia sangre. Y sin embargo, estas gentes no disponían imprudentemente de sus vidas. Cuando no se trata de casos de honra, bien ó mal entendida, es extremadamente raro que ocurra en el Japón un suicidio, pues los que se sienten oprimidos por el mal y el dolor buscan el silencio y la obscuridad como remedio de sus penas. Los japoneses tiemblan menos que nadie, lo mismo hombres que mujeres, cuando deben poner á prueba su valor. La historia de los 47 ronin, que vengaron el asesinato de su señor y luego se suicidaron, está en labios de todo el mundo, y aun hoy en día los habitantes de la capital cuidan con piadoso respeto el sepulcro de estos valientes. Además la historia de las guerras modernas prueba que el valor de los japoneses en vez de disminuir se ha aumentado, y recientemente sus ejércitos han asombrado al mundo venciendo á Rusia con una rapidez y una tenacidad pocas veces vista. Su ejército y su marina, de casi reciente creación, dan mucho que estudiar á los caudillos de las naciones más guerreras.

Aunque los japoneses reconocen la superioridad europea en la ciencia y en la industria, saben que en ciertos puntos de vista son más civilizados que sus maestros los extranjeros. La masa del pueblo tiene un nivel moral superior al de los occidentales por su sobriedad, su dignidad personal, su respeto mutuo y benevolencia recíproca, así como comprender las bellezas

de la Naturaleza. Al último labrador del reino le seduce la majestad y el encanto de los paisajes. Cuando construye su cabaña de madera, cuida de situarla junto á un arroyo, cerca de un grupo de árboles, descubriendo un hermoso horizonte, y casi siempre la adorna con flores. En el Japón está prohibido profanar la Naturaleza, situando las casas en mal paraje. Durante el verano, encuéntranse por doquiera grupos de hombres del pueblo, viajeros mejor que peregrinos, que visitan las comarcas más celebradas. Antiguamente las mujeres no podían asistir á estas romerías, pero ahora se las encuentra, vestidas de blanco, en compañía de los hombres.

La principal acusación que se hace á los japoneses, y que ellos mismos reconocen en sus escritos, es la de no tener gran perseverancia. Pero este severo juicio no puede aplicarse á la masa activa é industriosa de la nación, sino en todo caso á las nuevas generaciones aristocráticas y elegantes que se han civilizado á la europea con demasiada prontitud.

La lengua japonesa, así como los conocimientos científicos y las instituciones del país, está mezclada con varios elementos extranjeros. El *yamuto*, idioma originario, no tiene relación alguna con el chino; es una lengua polisilábica aglutinante, que la mayoría de los autores procuran asimilar á las lenguas uralo-altaicas, aunque hasta ahora se hayan encontrado muy pocas semejanzas entre los dos elementos de comparación, tanto en la disposición de las frases como en el vocabulario. El antiguo japonés ha transmitido á la lengua moderna su armoniosa sonoridad, comparable á la del italiano ó de algunas lenguas de Polinesia, y además sus sílabas llanas, sus reglas eufónicas y su sintaxis.

Los habitantes del Nipón tienen dos medios de escribir su idioma. Emplean los caracteres ideográficos chinos, que antiguamente aprendieron junto con los rudimentos de la civilización, y por ello tienen la gran ventaja de poder leer el chino como su propia lengua. Pero este conjunto de signos ideográficos requiere tal suma de estudios que es preciso consagrarles toda la vida. En las escuelas elementales del Japón, los niños sólo aprenden unos 3.000 caracteres; pero nadie puede pasar por hombre instruido si no conoce de 8.000 á 10.000, y aun este enorme fárrago forma sólo la tercera ó cuarta parte del Diccionario. Es, pues, natural que desde los orígenes de su civilización, los japoneses hayan buscado el medio de facilitar la lectura. Actualmente tienen los japoneses siete silabarios distin-

tos, de los cuales se inventaron seis en el país. El silabario que usualmente se emplea es el *Kata-kana* ó «escritura lateral», así llamada porque se coloca junto á los caracteres chinos para expresar su pronunciación exacta. Además, la escritura



Bonzos en oración. (Dibujo de A. Neuville.)

hira-gana ó «unida» y cursiva, se usa para la correspondencia, canciones, comedias y literatura popular. Además, gran parte de palabras técnicas ó abstractas que diariamente entran en el japonés, proceden de los idiomas europeos, y el inglés va reemplazando al chino para dar al idioma del Nipón los nuevos términos que necesita.

Desde el siglo VIII es muy importante el movimiento literario del Japón, si no por el valor, á lo menos por el número de libros. En ellos se encuentra todo género de producciones: la poesía, el drama, la comedia, la historia y las ciencias natura-



Cantores populares japoneses. (Dibujo de Ronjat.)

les, hasta el punto de poderse afirmar que la evolución intelectual del Japón ha marchado paralela del todo á la del Occidente. En los conventos de bonzos se copiaban los manuscritos antiguos, se recogían las crónicas y se escribían las obras de teología y metafísica. En los siglos XII y XIII se celebraban *cortes de*

amor en los castillos feudales de los nobles japoneses. Los guerreros literatos y los trovadores ambulantes escribían novelas caballerescas y recitaban poesías líricas. En el siglo xvii ocurre el renacimiento literario del Japón; luego vienen los enciclopedistas. Actualmente, á las demás obras hay que añadir los periódicos y folletos políticos. Respecto á la literatura europea, se introdujo en el Japón hacia la mitad del siglo xviii, cuando se formaban sociedades secretas para traducir libros holandeses.

También desde el punto de vista religioso, el pueblo japonés atraviesa actualmente una época de visible transformación. La mayoría de los japoneses instruidos, y aun los habitantes pobres de las ciudades, sienten ó afectan completa indiferencia por las diversas religiones de origen nacional y de procedencia extrañera. Sin embargo, raros son los que no conservan algunas prácticas, porque la influencia de las mujeres se hace sentir por la educación de la familia en el conjunto de la sociedad. Lo mismo que en China, coexisten en el Japón tres cultos, y un mismo individuo puede practicar á la vez los ritos de las tres religiones. El más antiguo es el sintoísmo, verdadero culto nacional. En sus santuarios del «Camino de los Genios» se refugiaron los japoneses retrógrados que pretendían impedir la invasión de las ideas, costumbres, prácticas y lengua de la China. Su Biblia es el Koziki ó «Historia de las cosas de la antigüedad», la obra más antigua é importante de la literatura japonesa. El confucianismo es sólo una moral; pero el budhismo es á la vez una metafísica y una religión de sentimiento, que consuela de las miserias de la vida y enseña la esperanza de la felicidad y el reposo de ultratumba. Según los tiempos, lugares y personas, estos elementos pueden mezclarse diversamente sin oposición, y sólo por causas excepcionales y bajo la presión de sucesos políticos, han producido guerras religiosas. Primitivamente, los japoneses, como los chinos, coreanos y otros pueblos de Siberia, no tenían más divinidades que las fuerzas de la Naturaleza, á las cuales asociaban las almas de los muertos y los ocho millones de genios que vuelan por el aire ó corren por la tierra. No era posible vivir en paz con esas infinitas legiones de espíritus, sin ofrecerles continuos donativos. El jefe de familia, en representación de todos los suyos, podía alejar á los espíritus malos y conciliarse con los buenos hablándoles como si fueran simples mortales y convidándolos á sus comidas y á sus fiestas. Esta antigua religión de los ante-

pasados, asociada á la de los genios ó *kami* y á las fuerzas de la Naturaleza, prevalece todavía en el Japón bajo el nombre chino de *sinto*. Su culto sólo pide á los fieles la pureza del espíritu y del alma, y sus ceremonias se celebran generalmente al aire libre, en los sitios más majestuosos, donde se alzan los *miya* ó *yasiro*, santuarios consagrados á los genios, que encierran el espejo de cristal, símbolo de la pureza y de la adivinación mágica. A los padres de familia ha reemplazado una casta hereditaria de sacerdotes para celebrar los ritos. Invocan los genios en nombre de la muchedumbre que les lleva ofrendas, y en su honor efectúan *matsuri*, ó sean pantomimas y representaciones teatrales. Por uno de esos contrastes tan comunes en la historia, la revolución de 1867, que hizo entrar al Japón en el concierto de la civilización europea, coincidió con el renacimiento del espíritu nacional. Mientras que los japoneses se acercaban á los occidentales por la ciencia y la industria, declaraban de nuevo como culto oficial del Imperio la antigua religión animista de *sinto*. Pero las ceremonias fúnebres que antes alcanzaban tanta importancia en este culto, van perdiendo su carácter hierático. Hubo un tiempo en que á la inhumación de un príncipe ó un grande se hacían sacrificios humanos, porque sus mujeres, criados y caballos debían acompañarle en el sepulcro. En 1644 fué preciso prohibir á los servidores de los daimios que se suicidaran sobre el cadáver de su señor, disponiendo que, como en China, se sustituyeran las víctimas con figurillas de barro, que se colocaban en las fosas ó en las urnas de los muertos. Los japoneses han conservado la costumbre de escoger sitios muy pintorescos para enterrar los cadáveres ó depositar sus cenizas; en el valle más hermoso del Japón, en medio de los admirables bosques de Nikko, mandaron construir sus espléndidos mausoleos el dictador Yeyas y uno de sus sucesores.

La moral de Kosi ó Confucio, introducida en el Japón con todo el ceremonial chino hacia el siglo vi de la era vulgar, ejerció preponderante influencia en la política, en la administración y en las instituciones sociales, aunque no tiene ninguno de los caracteres de una verdadera religión. Los *seido* ó «salas santas» no son templos, sino lugares de reunión de los literatos, y el gran *seido* de Suruga-dai, en Tokio, se ha convertido en biblioteca de obras europeas, chinas y japonesas. El budhismo ha conservado su predominio religioso sobre gran parte de la población, á pesar del secuestro de algunos conventos, la

venta de campanas para convertirlas en moneda y el cambio forzoso de varios templos en santuarios sintoístas. El culto de Budha, llamado «Chaka» en japonés, se introdujo en el Japón á mediados del siglo vi, según afirman algunos autores, en momentos en que pudo identificarse con los progresos de Occidente, porque llevaba consigo la escritura, las ciencias y las artes. Además sedujo al pueblo por la pompa de sus ritos, por los dogmas de la transmigración y la redención final, por la infinita variedad de sus santos y sus dioses, entre los cuales se apresuró á incluir todos los manes de los grandes hombres venerados por el pueblo. Desde aquella época, el budhismo japonés se fué alejando de su lugar de origen apenas mantuvo comunicación alguna con el budhismo del continente, y se dividió en muchas sectas, de las cuales unas pretenden conservar la pureza de la antigua fe y otras se han transformado apoyándose en nuevas revelaciones.

El cristianismo tuvo en antiguos tiempos muchos prosélitos en el Japón meridional, pero en la actualidad quedan muy pocos. En 1549 San Francisco Javier desembarcó en la isla Kiusiu, y poco tiempo después hacía rápidos progresos el culto de *Yaso* ó Jesús, en el que los japoneses sólo vieron en un principio una secta del budhismo. Los jesuitas fundaron un seminario en Funai, y treinta años después de los primeros ensayos de conversión, se contaban ya más de 300 iglesias y 150.000 fieles. Un príncipe japonés, celoso de su nueva fe católica, se vanagloriaba de haber quemado en su feudo más de 3.000 monasterios y conventos bonzos y dirigía una embajada para ofrecer su homenaje de fidelidad al «Grande, Universal y muy Santo Padre del mundo entero, el señor Papa». La imprudente respuesta de un piloto español, que naufragó en las costas del Japón, hizo cambiar de conducta al dictador Taikosama. «¿Cómo tu soberano ha podido apoderarse de tantas comarcas en el mundo?—preguntó un ministro al español». «Por las armas y la religión—respondió el marino.—Nuestros misioneros preparan el terreno, convirtiendo las naciones al cristianismo, y luego vamos nosotros para reducirlos fácilmente á nuestra autoridad.» Inquieto por ver surgir una nueva potencia al lado de la suya, en 1587 publicó Taikosama el decreto de expulsión de los jesuitas y lo llevó á efecto diez años más tarde, crucificando á todos los misioneros que encontró. Sin embargo, á pesar de las persecuciones, muchos cristianos conservaron su culto y los martirios se repitieron en diversas épocas.

X

Poblaciones del Japón.

El rigor del clima, la densidad de las nieblas y la falta de luz solar han impedido el establecimiento de colonos agrícolas en las Kuriles y en el gran cuadrilátero formado por la parte septentrional de Yeso. El interior de la isla Yeso se halla también casi despoblado, y los grupos de cabañas llamados ciudades, como Soya, á orillas del estrecho de La Pérouse, frente á Sakalina y Sibetz, y Nemoro, frente á la isla de Kunaxir, son chozas de pescadores. La población urbana más importante se ha concentrado en las ciudades de la región Suroeste, donde la temperatura es menos rigurosa y los recursos de toda clase más abundantes que en la del Norte. Sapporo, capital de la isla, está situada en una ancha llanura de aluvión, que riegan el río de Isikari y sus afluentes. Es una ciudad que el Kaitakusi ú «Oficina de Colonización» ha fundado recientemente. Hecha según el modelo americano, tiene también su capitolio. En ella han establecido varios profesores de los Estados Unidos una escuela de agricultura, con viveros y granjas modelos, y se han distribuido tierras á un millar de soldados con sus familias. Sin embargo, Sapporo no es tan importante como la ciudad pescadora de Isikari, situada en la embocadura del río de su nombre. que los salmones recorren en crecido número.

En la costa situada al Oeste de Isikari se encuentra Otaru, puerto de la capital, con la que se enlaza por un camino de hierro. También ejerce la industria de la pesca, cuyo producto exporta hasta la China. Anualmente se secan cerca de seis millones de kilogramos de salmón y centenares de miles de kilogramos de arenques, que utilizan como abono para las tierras. Hacia el Suroeste se halla, en otra ensenada, Ivanai, puerto por donde se exporta el carbón de piedra de las minas inmediatas. Mucho más poblada se halla la costa que mira al Mediodía; allí se encuentran Saru, que tiene minas de hulla; Yubuts, punto de reunión de los pescadores japoneses, y la aldea de Mororan, situada á orillas de la profunda bahía de Yedomo, cuya barra tiene ocho metros de agua en marea baja. Allí se embarcan los pasajeros que atraviesan la bahía de los volcanes para ir desde

la isla á la península de Osima y á la ciudad de Hakodate, construída en semicírculo sobre un istmo de arena que se extiende por una de las radas más vastas y seguras del mundo.

La ciudad de Hakodate está abierta al comercio extranjero desde el año 1854. Su puerto, desde el cual se divisan en días claros las montañas de la isla principal, ha crecido mucho desde mediados del siglo XIX. Su población se ha quintuplicado, viviendo en ella algunos extranjeros con los japoneses y los ainos. Los balleneros que recorren el mar de Ojotsk la han hecho su cuartel general. Todos los años la visita una flotilla japonesa de guerra, pero á pesar de todo el verdadero comercio exterior es poco considerable, porque los vapores indígenas han quitado á los buques extranjeros casi todo el transporte de mercancías. Uno de los principales objetos de exportación de Hakodate es el kampu ó «col de mar», alga comestible que se arranca en tiras de 6 á 12 metros de largo, y que se deja secar sobre las piedras antes de enviarla á los puertos de la Isla Grande y de la China meridional. En la falda del cerro de 350 metros de altura, que domina la entrada de la rada y el istmo de Hakodate, se ven hermosas casas de campo. En la costa occidental de Yeso, está Yezasi, ciudad populosa; en la entrada occidental del estrecho de Tsugar se halla Matsmay, ó Fukuyama, la ciudad más meridional de Yeso, que ha perdido su importancia con la desaparición del régimen feudal. Hoy no es como antes lugar de residencia de una pequeña corte, y carece de las ventajas comerciales que los tratados han concedido al puerto de Hakodate. Además su fondeadero es malo, y los buques sufren mucho cuando domina el viento del Sur.

El extremo oriental de la Isla Grande, ó sea Hondo, está muy poco poblado. Como Yeso, carece de arrozales, y recibe del Mediodía parte de sus provisiones. Así, pues, hay pocas ciudades en esta región, y sólo se encuentran numerosos grupos de habitantes en el valle del Kitakami, que ya pertenece á la zona del cultivo del arroz. Avomori, situado al Sur de la ancha bahía que corta el Norte del continente, es el último puerto del Hondo y tiene cierta importancia por el movimiento de pasajeros para Hakodate. Más considerable es Hirosaki, antigua capital de un vasto principado; pero es preciso recorrer más de 120 kilómetros para encontrar otros centros de población, ó sean Kubata, cerca de la boca del Mimono-gawa en el mar del Japón, y Morioka en el curso superior del Kitakami. Los productos de las ricas minas de cobre que se explotan en

esta cuenca fluvial, se transportan en chalanas al puerto de Isinomaki, situado en la embocadura del río junto á la bahía de Sendai. La ciudad de Sendai, rodeada de arrozales, ha dado su nombre á esta parte del litoral, aunque dista 15 kilómetros de la costa, pero tiene una estación de verano: la aldea de Sihogame (Sivo-kama), situada en una de las ensenadas más pintorescas, frente á un archipiélago de islas cubiertas de pinos y criptomerias.

Al Sur de Sendai se encuentran seguidas las ciudades de Nihonmats, Fukusima y otras en el valle del Abukma, enriquecido por la cría de los gusanos de seda. Hacia el Oeste, en la vertiente del mar del Japón llamada el «Paraíso» y bañada por el Mogami-gava, se encuentran las ciudades más pobladas de Yonezawa, Yamagata, que desde lo alto de un cerro domina el valle, Tsurugaoka (la antigua Sionai) y Sakata. La ciudad de Wakamats está situada en la misma vertiente, al Oeste del lago Inabasiro y junto á las fuentes termales de Higasi-yama que brotan de una grieta volcánica. Los bosques de las inmediaciones contienen muchos árboles de barniz que se aprovecha para la fabricación de la laca. Cerca se encuentra también una de las fábricas de porcelana más acreditadas del Japón. El torrente ó *gava* de este distrito, se confunde en los campos de Nihigata con el río procedente de Sibata y con las corrientes laterales de otro *gava* más caudaloso llamado Sinano ó «Río de Mil Osos», cuyo sinuoso valle está en general orientado de Sur á Norte. Esta comarca produce gran cantidad de seda. Sus ciudades más pobladas son muy mercantiles, como Matsumoto en la parte superior del valle, y Odziya y Nagaoka en los campos bajos del río.

Nihigata, ó sea «Estanque nuevo», debe gran parte de su importancia á su situación en el enlace de las vías comerciales, y á orillas de un río que surcan buques de vapor. La ciudad está cruzada de canales y rodeada de paseos, como una ciudad holandesa. Es una de las más limpias del Japón y de las que tienen mayor número de escuelas. Nihigata, como la mayoría de los centros más poblados de la vertiente fría de la isla, se distingue de las situadas en el Este y el Mediodía por los tejados voladizos de sus casas, debajo de los cuales pueden resguardarse los transeúntes del sol y de la lluvia en verano y de las abundantes nieves en invierno. Nihigata es uno de los puertos del Japón abiertos al comercio extranjero, pero por mar efectúa muy pocos cambios á causa de la barra que cierra

la entrada del río. Por tal causa prefiere enviar á Tokio por los detestables caminos de la montaña casi todos los productos de su rica llanura, como lacas, arroz, sedas, té, cáñamos, jengibre, índigo, carbón y asfalto. Teradomari, ciudad situada á 50 kilómetros hacia el Sudoeste, quiso reemplazar á Nihigata como puerto de expedición, apropiándose su principal río, el Tsikuma ó Sinano-gava. Desde las dunas cubiertas de pinos que separan á Nihigata del mar, se divisan en tiempo sereno



Un templo japonés. (Dibujo de E. Therond.)

las montañas de la isla Sado, antes de gran importancia por las minas de oro y plata que hacía muchos siglos se explotaban cerca de su capital Aigava.

Alrededor de la gran bahía que el largo promontorio de Noto protege por el Oeste, se encuentran algunas ciudades mercantiles como Uvots, Sin-minato, Toyama y Takaoka, enriquecida con la industria del bronce. Hacia el Sudoeste se eleva la gran Kanezava en medio de feraces campos, á ocho kilómetros del mar. También es ciudad manufacturera, célebre por sus bronces cincelados, sus porcelanas pintadas y sus tejidos.

En sus cercanías se encuentran los centros industriales de Komats y Mikava. Takayama y otras ciudades del interior tie-

nen más importancia como mercados de productos agrícolas.

Al Sur de las ricas llanuras de Sendai y en toda la parte montañosa del litoral que la carretera principal rodea al Oeste, no hay centros importantes de población. Mito, ciudad en decadencia que sólo tiene la industria de los mármoles, es la primera que se encuentra en esta costa, entre los aluviones que el Naka-gava ha depositado á su desembocadura en un antiguo golfo hoy transformado en lago. Aglomérase la población en la fértil llanura que riegan las aguas del Tone-gava y sus afluen-



Aldea japonesa. (Dibujo de G. Vuiller.)

tas, al Noroeste de Tokio, siendo esta parte del Japón la que produce mejores sedas. Las dos ciudades de Takasaki y Mayebasi son famosas por su industria sericícola. La región de lagos, pantanos y tierras medio inundadas que recorre el bajo Tone-gava es un país muy insalubre para que sea tan poblado como los campos superiores. Su principal ciudad es Diosi, situada junto á la boca del río. Tiene además un puerto muy concurrido en el extremo septentrional de la bahía de Yedo, el de Fnababase, considerado antes, por sus casas de juego, como el Mónaco del Japón.

Tokio, capital actual y la ciudad más populosa del Japón, es la antigua Yedo, ó sea la «Puerta de la Bahía». Su actual nombre, sinónimo del chino Tonkin ó «Capital del Este, data

de 1869, desde que fué residencia del mikado. Hasta fines del siglo XVI sólo había en aquel territorio algunos grupos de cabañas de pescadores, cuando Tokugava-Yeyas, fundador de la última dinastía de los Siogunes, mandó levantar en ella un castillo. Uno de sus sucesores dió orden á todos los daimios de residir en Yedo durante seis meses del año, y de dejar allí sus familias y gran parte de sus criados, con lo cual pronto se agruparon en torno de la colonia feudal multitud de nobles, soldados, empleados y servidores. Al mismo tiempo se concentraba en la ciudad nueva todo el comercio de la bahía de Yedo, que ya era considerable. A mediados del siglo XIX, que fué la época de su mayor prosperidad, la ciudad tenía de un millón á millón y medio de habitantes, contando los 800.000 soldados y criados de los daimios.

La superficie de Tokio viene á ser igual á la comprendida dentro del recinto fortificado de París. Está situada en playas de arena y á la boca del Sumida-gava, confundido con el Yedo-gava, que es una rama del Tone-gava. Por el Sur, el Oeste y el Norte, rodean la ciudad algunos cerros de poca altura. En su centro hay una meseta rodeada de murallas grises y un foso de seis kilómetros de circuito, donde se halla el On-siro ó «Castillo noble», que después de haber sido residencia de los Siogunes lo es ahora del Mikado. Las antiguas casas de los daimios que rodean el castillo, se han transformado en ministerios, oficinas y escuelas. Fuera de esta población central, á su vez rodeada por murallas y canales, se extiende la verdadera ciudad. Hacia el Este se halla la parte más animada del barrio comercial. Allí se encuentra el «puente del Sol Naciente» ó Nipón-basi, considerado como el centro de los caminos del Japón, pues á partir de él se cuentan las distancias de todos los caminos del Imperio. En la parte más mercantil de Tokio está el arrabal de Ginza ó «de Plata», cuyo aspecto recuerda el de las ciudades europeas. Sin embargo, la gran mayoría de las 250.000 casas de Tokio están construídas al estilo japonés. Tienen los tejados de tejas negras con rebordes blancos, puestos sobre enormes pilares que se tapan con tabiques de paja y madera armados en forma de puertas corredizas. De día, todas estas casitas están abiertas, viéndose los *Kamidama* ó imágenes sagradas y las inscripciones en honor de los antepasados, puestos sobre un altar. En un país como el Japón, donde tan frecuentes son los terremotos, estas casas de bambú y cartón con bastidores cruzados son menos peligrosas que las construcciones de piedra, aunque la menor

chispa puede incendiarlas en un momento. Por este motivo se dice que las casas sólo duran seis años. «El fuego es la flor de Yedo», afirma un proverbio local. Al resonar el primer grito de alarma, los habitantes encierran los objetos de valor en almacenes de adobe con ventanas de hierro, contruidos de trecho en trecho en previsión de un desastre.

Puede afirmarse que Tokio se compone de un centenar de aldeas y caseríos, que extendiéndose en todas direcciones han acabado por confundirse, aunque dejando espacios vacíos que ocupan los jardines, bosques y campos. En la ciudad no hay monumentos notables por su arquitectura; pero los muros del castillo contruidos con enormes cantos ciclópeos y dominados á distancias iguales por torres en forma de kioscos que se elevan á 30 metros sobre los anchos y profundos fosos, ofrecen un aspecto imponente. Los *yasiki* ó palacios de los antiguos daimios son construcciones bajas rodeadas de paredes con pórticos de madera labrada. Más curiosos y mejor decorados son los templos budhistas, que ascienden á un millar en la ciudad y particularmente en el barrio de Asakusa ó «Hierba de la mañana», donde se halla el templo del dragón de oro dedicado á la diosa Kuannon. Es el santuario de la capital más frecuentado y venerable por los antiguos recuerdos que conserva. La colina meridional de Siba y la septentrional de Uyenó, en las inmediaciones de la ciudad, dominan la gran extensión de casas y edificios sagrados, y en sus cumbres están erigidos templos y sepulcros célebres por sus magníficos adornos de madera, por la majestad de los *torii* ó pórticos y el tamaño de las campanas. Sobre estas colinas se han establecido los museos. Uno es de historia natural, otro de monumentos del arte japonés, y una colección etnográfica muy valiosa para el estudio de los pueblos salvajes de Yeso y de las Kuriles. Los parques de los alrededores, plantados al final del siglo xvi, se cuentan entre los más hermosos del Japón, que tan bellos los tiene. Alrededor de los templos crecen los arces japoneses, al lado de los pinos y las criptomeras. Las azaleas y camelias ostentan sus flores junto á los finos tallos del bambú. También son umbrosos sitios de recreo los cementerios, uno de los cuales, situado junto á Siba, contiene los sepulcros y retratos de los 47 Ronin. Imitando á las capitales europeas, se fundó en Tokio un jardín botánico que hoy es ya uno de los más curiosos del mundo. Esta ciudad carece de plazas públicas ó sitios céntricos donde pueda reunirse la gente. Como antes el pueblo no participaba de la vida

política, exclusivamente reservada á los nobles, tampoco tenía sitios de reunión. El foro es inútil donde no hay ciudadanos. Las recientes revoluciones del Japón van modificando algo el plano de las ciudades.

En Tokio reina gran animación. Hay en él más de 25.000 kurumas, cochecillos tirados por un hombre, que van y vienen incesantemente por las anchas calles del castillo á la playa. Los canales que atraviesan la ciudad baja están cubiertos de embarcaciones que depositan su carga en los almacenes. El Sumida-gava, cruzado por cinco puentes que unen á Tokio con el gran arrabal de Honyo, desaparece en muchos sitios bajo la gran cantidad de juncos y barcos de recreo que lo cubren. La bahía, protegida por fuertes levantados sobre islotes artificiales, tiene poco fondo en las inmediaciones de Yedo, donde sólo pueden navegar los juncos y los remolcadores. El verdadero puerto se halla hacia el Sur, delante del arrabal de Sini-gava (Río del Tráfico), y los grandes buques de vapor y de guerra se detienen delante de Yokohama. Junto á la estación del ferrocarril, construida al Sur de la ciudad, se ve la gente en grupos tan grandes como en las estaciones de Europa; y cerca de este lugar está situado el barrio de la «Concesión europea», el Tski-dzi, donde viven algunos comerciantes extranjeros. El camino de hierro, así como los fuertes de la rada, se ha construido en parte sobre un dique junto á la orilla del mar, de donde procede el nombre del barrio, que significa «terraplén». Más de media ciudad está fundada sobre terrenos que en el siglo xi cubría el mar. Tokio es el centro principal de las industrias, aunque sus productos no igualen á los de la antigua capital Kioto. Tiene fábricas de sedas y otros tejidos, manufacturas de lacas, mayólicas, porcelanas y esmaltes, vastos talleres de construcción y de maquinaria; y además surte de mercancías y productos de toda clase á las ciudades situadas al Este del lago Biva. Es también la metrópoli del Japón para la literatura. Su universidad es la escuela superior del Imperio, y su escuela de ingenieros es notable, no sólo por su distribución y elegancia, sino también por la riqueza de sus colecciones y las facilidades que para el estudio encuentran los alumnos. La biblioteca principal contiene verdaderos tesoros.

Yokohama es una ciudad que se ha convertido en arrabal de Tokio, con la que está unida por un ferrocarril de 30 kilómetros. Era en otro tiempo una aldea de pescadores, que los tratados con los europeos designaron como punto de partida de

las líneas marítimas, trazándose sus calles á través de los pantanos y arrozales del litoral. La nueva ciudad cubre una vasta extensión de terreno, y los negociantes de Europa, América y China establecidos en ella hacen gran comercio de productos del país como té, sedas, arroz, alcanfor y lacas, cambiándolos por las manufacturas de Occidente. Al Sur de Yokohama está la bahía de Yokoska convertida en arsenal de la marina de guerra japonesa. En otra parte de los arrabales exteriores, cerca de la ciudad fortificada de Sakura, se encuentra un campo militar, con su polígono, cuarteles y arsenales.

La bahía que forma el litoral entre Yokohama y Yokoska es la de Kanazawa. Junto á la playa, y en paraje delicioso, se encuentran un caserío que en el siglo XIV contenía la mejor biblioteca del Imperio. A 24 kilómetros al Sudoeste de Yokohama, junto á la ribera oriental de la bahía de Sagami, se ven los restos de la ciudad de Kama-kura, construída según la leyenda en el sitio de un antiguo lago, y convertida en capital del Nipón durante todo el siglo XII y principios del XIII. Hoy es una aldea en tanto que se engrandece la vecina Tokio. Por todas partes se encuentran restos del antiguo esplendor de Kamakura. Hay más de 100 templos arruinados, muchos palacios, innumerables sepulcros, uno de ellos dedicado á la memoria de 8.300 héroes que se suicidaron al mismo tiempo. Cerca de Kamakura se levanta el célebre Daibutz ó «Gran Budha» en el que los fundidores japoneses respetaron el tipo indio, dándole admirable expresión de dulzura y majestad. Esta estatua de bronce tiene 13 metros de altura, y encierra en su interior un pequeño templo budhista. El peinado de la imagen representa los caracoles que, según la leyenda, subieron sobre la cabeza de Budha para preservar su pelado cráneo de los rayos del sol. Cerca también de Kamakura está la isla sagrada de Yemo-sima, unida durante la marea baja á la tierra firme por una lengua de arena. Es un lugar que frecuentan mucho los peregrinos, y al que acuden los extranjeros para admirar el magnífico panorama que ofrecen sus encantadoras orillas y el nevado cono del Fuzi-san.

Odovara y Numadz, situadas respectivamente al Este y al Oeste de la península de Idzu, están en el camino del Tokai-do. Tienen cierta importancia como puertos de cabotaje, y desde ellas se exportan los productos de la fértil región del Fuzi-san. Al Sur de Hakone, de su lago y de sus visitadas termas, se encuentra Atami junto á una ensenada, donde hay también fuentes termales. Al Norte del Fuzi está la rica llanura y la ciudad

de Kofu (llamada hoy Yamanasi-ken), que es el mercado regulador de las sedas. En las inmediaciones de las costas del golfo de Tohotomi-nada, se encuentran sucesivamente las ciudades de Sidzuoka, Hamamatz y Toyobasi.

Nagoya (actualmente Aitsi-ken), está construída con perfecta regularidad en la hermosa llanura de aluvión que invade la bahía de Ovari. Es la cuarta ciudad del Japón por el número de sus habitantes, que al mismo tiempo se distinguen por su iniciativa ó industria, ocupándose en la fabricación de tejidos de lana y seda, esmaltes y porcelanas. Kuana (Kavana) y Atsuda, visitadas con frecuencia por su proximidad á un famoso santuario sintoísta, sirven de puertos á la capital del Ken y á otras ciudades de la llanura como Yonayi, Kasamats, Yifu y Ohoyaki. La ciudad de Tsu en la orilla occidental de la misma bahía de Ovari, es también un puerto marítimo que frecuentan los juncos. De allí procede la porcelana azul llamada de Ovari y que se usa en todo el Japón. Más lejos, en la península que tuerce al Sur de la bahía de Ovari en el país de Ise, se halla la importante ciudad de Yamada, cerca de la cual se elevan los santuarios de Yeku y de Nai-ku, muy famosos en el culto sintoísta y visitados anualmente por millares de peregrinos.

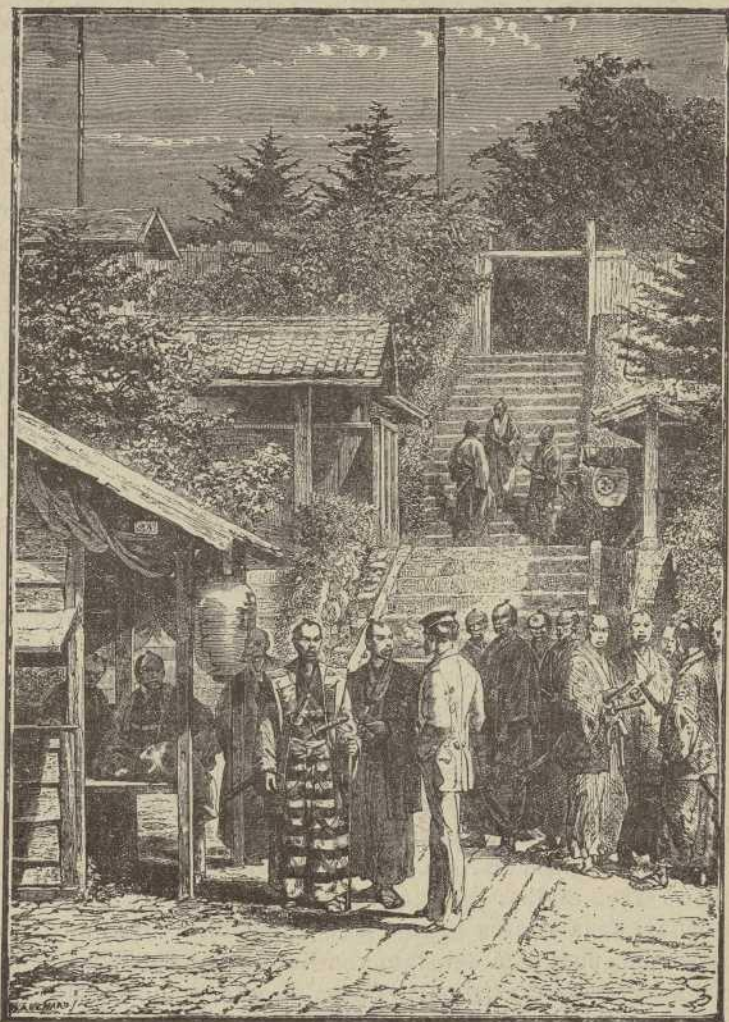
Vakayama, situada en la embocadura del Yosino-gava, al Norte del estrecho del Mar Interior, es una población considerable por su comercio, y famosa, además, por la belleza de los paisajes inmediatos, la fertilidad de sus campos y la abundancia de sus frutos. En su mismo valle se encuentra la ciudad monástica de Koya-san, en la cual se cuentan 370 templos y conventos budhistas. Antiguamente era el asilo donde se acogían todos los criminales y personas sospechosas del país. Las maderas esculpidas, pinturas y lacas de Koya, pertenecen á la mejor época del arte japonés, y los bosques sagrados que rodean los templos tienen tal magnificencia, que una de las especies de coníferas más majestuosas del Japón ha recibido el nombre de «árbol de Koya».

La cuenca del Yodo-gava comprende el lago de Biva rodeado por «mil ochocientas aldeas», y en ella se encuentran las ciudades de Kioto, Nara y Ohosaka, que forman la región histórica por excelencia del Japón. La ciudad de Kioto, ó sea la «Capital», se llama también Miako ó «Residencia», Saikío ó «Capital del Oeste», y Heianzio ó «Castillo de la Paz y la Tranquilidad». Ha perdido su antiguo rango entre las ciudades japonesas. Hoy es sólo una de las tres residencias imperiales, y

la última en cuanto al número de sus habitantes. Después de haber sido capital del Imperio durante más de once siglos, la reemplazó Yedo en 1868 á consecuencia de la revolución que á la vez alteró el Gobierno, la administración, la política exterior y las costumbres nacionales. Su población se ha reducido más de la mitad, quedando barrios enteramente desiertos. A pesar de ello, la histórica Kioto sigue siendo la ciudad de la belleza, la elegancia y la cortesía. Si no es superior á la nueva capital por su importancia industrial, lo es ciertamente por la bondad de sus productos. En su recinto se encuentran los mejores obreros japoneses para la fabricación de las sederías, bordados, telas recamadas de toda especie, esmaltes, porcelanas, bronce artísticos y otros objetos de metal. Al Este de la ciudad existe desde hace muchos siglos el arrabal de Avata, célebre por sus familias de alfareros de origen coreano. No tienen fábricas, sino que individualmente preparan la pasta, la tornean, adornan y euecen, por lo que alcanzan á imprimir á sus obras de arte un verdadero sello de originalidad y perfección. Pocas ciudades del Japón pueden compararse con Kioto en cuanto á la regularidad y limpieza de las calles, orientadas todas y cruzadas en ángulo recto como se ve en las ciudades americanas. Kioto está situada en una dilatada llanura muy fértil, que además de otros productos, da el mejor té del Imperio. Se completa con cierto número de ciudades que dependen de ella por su industria ó comercio. Nara, que es una de las ciudades antiguas y primeras residencias imperiales del Japón, tiene admirables bosques sagrados y un parque poblado desde hace un millar de años por ciervos mansos que los visitantes regalan con golosinas, y cuyos cuernos sirven para fabricar pequeños objetos que se conservan como amuletos. En uno de los templos más ricos de Nara existe la estatua de bronce del Dai-butz ó Gran Budha, que tiene 16 metros de altura y pesa 450 toneladas. Es la estatua más grande y una de las más antiguas del Japón, pues data del siglo VIII. Kioto está unida por ferrocarril á su puerto marítimo de Ohasaka, que, como en las otras dos capitales, tiene el rango de *fu* ó sea «ciudad imperial».

Ohasaka es la segunda ciudad del Japón por el número de sus habitantes y la primera por su comercio con el interior del país, por cuyo motivo debe figurar entre las principales del reino del Sol Naciente. Está colocada cerca de la entrada oriental del Mediterráneo japonés, al Norte de Sakahi, al que ha reemplazado como puerto importante. Ocupa una situación

central en la Isla Grande y tiene un río navegable por donde le llegan los productos de una poblada y fértil llanura. Además



Yedo: antiguos guardas de una legación europea. (Dibujo de A. Neuville.)

es la ciudad que distribuye el arroz, las algas marinas, el pescado y la madera á toda la región meridional del Japón y en ella se prepara el mejor *saki* ó aguardiente. Es, por último, ciudad industrial, fabricando varios objetos que los japoneses

compraban antes á los europeos y que ahora producen con ventaja. Los «artículos» de Ohosaka se exportan al extranjero en grandes cantidades, enviando todos los años millones de abanicos.

Es Ohosaka la «Venecia japonesa». Crúzanla en su parte baja varios ríos y canales que atraviesan en todas direcciones centenares de puentes. Otro barrio sube en suave cuesta hacia el Noroeste, donde se halla el castillo, cuyos muros de granito, medio arruinados, impresionan por sus dimensiones y permiten contemplar desde ellos el panorama de la ciudad con las cintas de plata de sus canales. Algunos templos de Ohosaka tienen fama general en el Japón, como por ejemplo el de Si-Ten-nozi ó de los «Cuatro Dioses Celestes», que se eleva al Sur de la ciudad y da su nombre á un extenso barrio que suele considerarse como ciudad aparte. Hay otro templo, situado junto á la playa en el camino de Sakahi, dependencia industrial de Ohosaka, antiguo santuario sintoísta que los pescadores frecuentan. Tiene piscinas sagradas donde viven tortugas y peces que la piedad de los fieles alimenta. El principal movimiento de la gente se nota al extremo opuesto de la ciudad, donde se halla la estación de los ferrocarriles de Kioto y de Hiogo, centro de donde acuden viajeros y mercancías del Japón meridional.

La antigua ciudad de Hiogo, situada al pie de un promontorio, da con frecuencia su nombre á la moderna población de Kobe, que está en la orilla opuesta de un río seco. El promontorio que domina á Hiogo protege hacia el Sudoeste el puerto de Kobe, de fondo bastante para que los buques se amarren junto á la orilla. Puede considerarse su rada como antepuerto de Ohosaka, puesto que el comercio marítimo de esta ciudad no tiene otra salida.

En la orilla septentrional de la Isla Grande, junto á la bahía de Wakasa, se encuentran las dos ciudades de Tsuruga y Obama, que corresponden á las de Ohosaka y de Hiogo, con las cuales se comunican por el lago de Biva y los collados inmediatos, siendo los puertos septentrionales del istmo.

Al Oeste del istmo, cuyo centro ocupa el lago de Biva, casi todas las ciudades están situadas en la orilla del mar Interior, ó por lo menos en la vertiente meridional de la península, que es la más fértil y poblada. Sin embargo, en la septentrional se hallan también algunas ciudades muy animadas. En el extremo occidental de la bahía de Wakasa se encuentra Yura, rodeada de bosques de naranjos que producen los mejores frutos

del Japón Allí se ve la «tercera maravilla» de la comarca, ó sea un puente natural de rocas, que avanza lejos dentro del mar. La hermosa ciudad de Matsuye ó Simane-ken está pintorescamente situada en la orilla de un lago (Sinzino-ike) de agua salitrosa, que comunica con el mar por medio de un estrecho canal.

Al Oriente de Ohosaka se encuentra el animado puerto de Hirosima, que separa del Naitsi las dos grandes islas de Kiu-siu y Sikok. La ciudad está situada, como Ohosaka, en el extremo septentrional de una bahía semicircular y junto á las bocas de un río que serpentea por una fértil llanura. Forma otra «Venecia japonesa» con los innumerables canales de sus calles, los puentes que los cruzan y los barcos que los recorren en todas direcciones. En una de las islas que surgen en la bahía, delante de Hirosima, visitan los peregrinos una de las «tres maravillas del Japón» ó sea el templo sintoista de Itsku-sima ó «Isla de la Luz» consagrado á tres divinas vírgenes que salieron de la espada rota del dios de los vientos. El santuario conserva algunas antiguas esculturas en madera muy curiosas; pero lo mejor de la isla son sus inmensos bosques siempre respetados. Hasta 1868 estuvo prohibido comer carne, y enterrar cadáveres en la isla sagrada. Los sacerdotes, peregrinos, fondistas y pescadores que forman la población de la isla, iban á enterrar sus muertos al vecino continente. Los individuos que formaban el fúnebre cortejo no podían regresar hasta pasados cincuenta días, y luego permanecían otros tantos encerrados en una especie de lazareto. Todavía está hoy prohibido cultivar la tierra santa de Itsku-sima. La gente vive en ella con las provisiones que todas las mañanas conducen desde tierra firme multitud de barcas, y entonces acuden á las orillas millares de ciervos domesticados que van también á recoger su parte de víveres.

Más allá de Hirosima se encuentra la ciudad industrial de Ivakuni, célebre por sus fábricas de papel, sus esteras y sus tejidos. Está situada en la orilla occidental de la bahía. Ocupan las radas siguientes otras ciudades de menor importancia, hasta el lugar donde se abre el paso de Simoni-seki que limita al Norte la ciudad del mismo nombre, extendida en estrecha línea entre las colinas llenas de árboles y el mar. Es la Constantinopla del Bósforo japonés, aunque sólo ocupa un rango secundario entre las ciudades del reino. En las vecinas orillas se producen algas comestibles.

Todas las ciudades importantes de la isla Sikok están en la costa ó en sus inmediaciones, y merced á su activo comercio, se desarrollan rápidamente. En su mayoría miran hacia la Isla Grande sobre los estrechos que se pueden atravesar en pocas horas. La fuerza de atracción de Kioto y de Ohosaka ha llamado especialmente los habitantes hacia las costas septentrionales de la isla, y en ellas se encuentran, del Este al Oeste, las ciudades de Tokusima, Takamats, Marugame, Imabar y Matsuyama. La ciudad de Uvazima se encuentra en las orillas del estrecho que separa Sikok de la isla Kiusiu. Kotsi, capital del poderoso principado feudal de Toza, es la única ciudad de la orilla meridional que mira al mar y la más activa por la inteligencia é industria de sus habitantes, figurando como el centro de fabricación del papel que se consume en todo el Japón.

La grande y populosa isla de Kiusu ó sea «Nueve comarcas», está vuelta hacia el Sur y al Oeste. Se halla frente á la China y al Océano meridional por donde debían llegar los buques europeos. En la costa oriental de Kiusiu sólo hay la importante ciudad de Miyasaki, y en las orillas del Nordeste, junto al mar Interior, se encuentran las dos considerables agrupaciones de Usuki y Nakats. La ciudad de Oita-ken ó Funai, donde los misioneros católicos fundaron la primera comunidad cristiana, ha perdido su antigua importancia, y lo mismo ha ocurrido á Kokura, situada al Sur de la entrada del mar Interior, frente á Simono-seki.

Las dos ciudades gemelas de Fukuoka y Hakata, separadas por la boca de un pequeño río que desagua en su pintoresca bahía, concentran todo el comercio de la costa Noroeste de Kiusiu. Situada en la parte Sur, Fukuoka es el asiento de la administración y la nobleza, mientras que en Hakata viven los comerciantes é industriales. Fabricanse allí tejidos de algodón y seda. Sus templos, así como algunos antiguos edificios de tejados planos ó azoteas, que se ven en las inmediaciones de las dos ciudades, eran los únicos edificios de piedra existentes en el Imperio antes de su última revolución. Hay caminos muy frecuentados que ponen en comunicación la doble ciudad con los populosos centros de Kurume y Saga, situados al Sur junto á la bahía de Simabara.

Nagasaki, ó Cabo Largo, es célebre en Occidente por haber sido la única ciudad del Japón que el gobierno dejó medio abierta al comercio extranjero después de la expulsión de los portugueses en 1623. Pero ahora ha perdido su antigua importancia;

aunque su puerto ó más bien su furdo sea excelente, Nagasaki exporta una pequeña cantidad de productos agrícolas, efectos industriales, lacas, nácar, porcelanas esmaltadas; pero algunas ciudades vecinas, como Fukabari, le quitan parte del comercio de la comarca. Por sus recuerdos históricos, es Nagasaki una de las ciudades japonesas que el viajero europeo contempla con mayor interés, ofreciendo hermosa vista su bahía, á pesar de los fuertes que coronan todos sus promontorios. Las colinas inmediatas tienen 300 metros de altura, y se desarrollan en verde anfiteatro alrededor de la bahía con campos bien cultivados en sus laderas y poblados bosques en sus cimas. A su entrada se ven numerosas islas, entre ellas la de Takaboko ó «Alta Lanza», llamada por los holandeses Papenberg ó «Monte de los padres», en memoria de los misioneros y conversos japoneses que en 1622 fueron despeñados desde su escarpada cumbre al mar. En la parte alta de la ciudad se enseña también el sitio donde en 1597 fueron crucificados 26 sacerdotes. El estrecho islote artificial de Desima, en forma de abanico, donde los negociantes holandeses vivían antiguamente encerrados como en rigurosa cuarentena, está hoy unido al continente, y los edificios que les sirvieron de cárcel quedaron destruidos en un incendio. En el interior de la ciudad existe aún el barrio donde estaban confinados los comerciantes chinos. En la aldea de Inasa, vecina á Nagasaki, existen talleres de construcción de buques. Al Sur, fuera del furdo ó ría, se hallan varias islas, una de ellas la de Taka-sima, que tiene minas de carbón bien explotadas.

En el interior de la comarca se halla la ciudad de Kumamoto, agrupada junto á un antiguo castillo de inclinados muros y altos baluartes cubiertos por galerías y azoteas donde crecen árboles de alcanfor. Esta ciudad es la más central y poblada de la isla, aunque hay pocas aldeas en sus inmediaciones y carece de puerto. En la parte meridional de la isla está el famoso principado Satma, «patria de los hombres de inteligencia y de corazón». Carece de ciudades importantes, pero sus aldeas abundan y se hallan á corta distancia unas de otras, sucediéndose á lo largo de la costa ó en sus inmediaciones. La famosa Kagosima, cuyo castillo bombardearon los ingleses en 1864, se extiende por la orilla occidental de la bahía, frente al hermoso volcán insular ó «Pico Noble» de Sakura. Es una ciudad de escaso comercio, y cuya principal industria consiste en la imitación de las porcelanas llamadas «Satzma antigua».

Kadziki está mejor situada en el ángulo Noroeste de la bahía, como ciudad mercantil. Su puerto es menos expuesto á los temporales y recibe con facilidad los productos de los fértiles campos del Norte. Sus tabacos se venden como producto de las Filipinas.

Los habitantes de Riukiu, esparcidos por las numerosas islas del Archipiélago, viven en su gran mayoría en pequeñas aldeas situadas á orillas de las ensenadas. Las únicas ciudades dignas de este nombre se encuentran en la Isla mayor del grupo central, ó sea Okinawa-sima. Nava ó Nafa es el puerto más frecuentado de todo el archipiélago, á pesar de los arrecifes de madréporas que rodean las inmediaciones del fondeadero, y ocupa una pequeña bahía perfectamente abrigada. Uno de los mejores caminos empedrados del Japón atraviesa un pintoresco valle, entre dos colinas llenas de árboles, y sube desde Nafa hacia la capital de las Riukiu, que es Siuri. Esta ciudad está colocada sobre una meseta que domina los dos mares. Su nombre Siuri significa «Aldea principal», y está rodeada de hermosos árboles.

Además de las Riukiu y otras diversas islas que naturalmente dependen del archipiélago principal, se tiene como formando parte del imperio del Sol Naciente, otro grupo de islas situadas en medio de las soledades oceánicas, á 1.000 kilómetros de distancia directa hacia el Sur-Sudeste de Kioto. Estas tierras aisladas son las que en Europa se designan con el nombre de archipiélago de Bonin, por corrupción de la palabra japonesa Munín ó «Islas sin hombres». Hoy están habitadas y justo es que vuelvan á tener la denominación de Ogasavara que se les dió á fines del siglo xvi, cuando el príncipe Sadayori fué arrojado á ellas por un temporal y las ocupó en nombre de su gobierno, dándoles el nombre de su familia. Antes las había descubierto el marino español Villalobos, que recorrió estos parajes en 1543.

Estas islas están situadas entre los grados 26 y 28 de latitud Norte, fuera de la corriente fría, disfrutando, por tanto, de un clima tropical más caliente que el de las Riukiu, que se hallan á igual distancia del Ecuador. Los bosques que las cubren están formados por árboles de la zona tórrida, consistiendo en su mayoría en palmeras, pandanos, árboles de areca, de sagú, y una especie parecida al cocotero; véanse también grandes helechos, pero en vano se ha buscado el árbol del alcanfor. El que mayores dimensiones alcanza es una especie de morera, cuyo tron-

co tiene más de cuatro metros de circunferencia. El suelo, formado por cenizas volcánicas descompuestas, es muy fértil y produce toda clase de cereales japoneses, caña de azúcar, plátanos, piñas y árboles de sebo y de cera; en los valles abundan las setas comestibles. Los habitantes no hallaron cuadrúpedos indígenas, pues los corderos, cabras, cerdos, gatos y perros que hay en estado salvaje, descenden de los animales domésticos que los primeros navegantes dejaron en las islas. Entre las piedras se ven algunos reptiles inofensivos, y en los bosques anidan pocos pájaros. Cuando los primeros viajeros llegaron á las islas, no tenían miedo del hombre y se dejaban coger con la mano. En las bahías abundan los cetáceos, pescados, tortugas y crustáceos.

XI

Alimentos.—Agricultura.—Arte y ciencia.

Aunque gran parte del Japón está cubierto de montañas y las regiones del Norte son demasiado frías para atraer grandes centros de población, ésta es mucho más densa en el Imperio del Sol naciente que en muchos países de Europa. En el Nipón propio, es decir, en las «Ocho islas», se cuentan más de 100 habitantes por kilómetro cuadrado. Desde la revolución de 1868, en que se hizo un censo regular, el aumento es muy considerable. Ascendiendo á unas 300.000 personas por año, se culcula en 37 millones su población. La superioridad del sexo masculino sobre el femenino es de un 3 por 100, mientras que en los países europeos ó civilizados á la europea, los censos virídicos que se han hecho hasta ahora acusan la misma proporción á favor del sexo femenino.

El género de vida que hacen los japoneses explica cómo su comarca puede alimentar una tan numerosa población. La tradición nacional reconoce cinco plantas sagradas que son el arroz, el trigo, la cebada, el maíz y los guisantes. Dicen que el dios del viento, hermano del Sol, retiró estas plantas del cuerpo de la diosa del «aire» y las plantó en el suelo del Nipón meridional. El arroz ocupa el primer lugar entre las cinco plantas, y proporciona el principal alimento de los indígenas: cada persona consume al día, por término medio, 1.200 gramos de arroz, y sólo 300 gramos de las demás legumbres, pastas y frutos. Puede

afirmarse que los pobres casi nunca comen carne. Así, pues, toda la tierra de labor, ha de utilizarse para la producción de los alimentos. El agricultor establece arrozales donde quiera que puede crecer la planta, hasta en las laderas de las montañas, donde sólo puede impregnarse de agua el suelo merced á pesados y grandes trabajos de irrigación. Los demás cereales se siembran en tierras inadecuadas para el arroz, y los japoneses las cultivan con gran cuidado y economía de espacio, poniéndoles abonos animales y regándolas hasta con las aguas sucias de la casa. Sin embargo, también dedican una parte del suelo al cultivo de las plantas industriales como la morera, los árboles de cera, barniz y papel, el índigo y el jengibre. Prestan especial atención al cultivo del arbusto de té, cuyos productos aprecian mucho los compradores americanos, que prefieren este té acre y áspero á los té de la China. En algunos distritos de las islas meridionales, la facilidad de la exportación ha dado cierta importancia al cultivo de los naranjos.

Los japoneses son excelentes agricultores, ó más bien, jardineros. Cultivan sus campos en igual forma que las huertas de Europa; no dejan en ellos crecer la hierba y utilizan todo lo que puede servir de abono, llegando hasta importar con este objeto enormes cantidades de pescado de la isla de Yezo.

Antiguamente el suelo pertenecía al Estado, considerándose á los labradores como colonos hereditarios. Esta posesión del terreno transmitida de padres á hijos, les daba cierta independencia, colocándolos como clase social, después de los nobles, y por encima de los mercaderes y artesanos, á pesar de su mayor riqueza. Las últimas revoluciones que han modificado todo el orden social del Japón, han reformado igualmente el régimen de la propiedad. Los labradores son propietarios absolutos del suelo, mediante el pago de una contribución de dos y medio por ciento. En términos generales puede afirmarse que el derecho japonés sobre la posesión de las tierras se ha calcado sobre el derecho romano.

Aunque la principal industria de los japoneses consiste en el cultivo del suelo para su consumo, es al mismo tiempo el país más industrial de toda el Asia, y sus manufacturas se exportan á todos los países del mundo. Entre los japoneses existen admirables alfareros y las aldeas que habitan en nada se distinguen de las otras. Cada familia forma un taller, y hay un horno común para todos los vecinos. En la fabricación de bronce, cada artista forma una pieza completa, es decir, la funde,

cincela, colorea con óxidos y la incrusta con metales preciosos ó con nácar, coral ó perlas. Hace también muchos siglos que los obreros japoneses conocen el arte de tejer telas de hilo y de seda, y con sus brocados de oro y de plata se hacen admirables colgaduras ó vestidos de gran lujo. En un templo de Nara se conservan cajas de laca que tienen diez y siete siglos de antigüedad y prueban la altura de los japoneses en esta industria. Las lacas japonesas de buena época, fijadas sobre cobre ó madera del pino *retinispora*, y adornadas con oro, plata ó nácar, forman los objetos más preciosos que encierran los museos. Las más estimadas son del siglo xvi, tiempo que corresponde al renacimiento de Occidente. Las lacas de buena calidad suenan como metal y son casi indestructibles.

Igualmente son notables los pintores y decoradores japoneses. Distingúense estos artistas por la armonía de los colores, la sobriedad de los adornos, la gracia, naturalidad y variedad del dibujo. Todos los objetos de la Naturaleza, como flores, ramajes, hojas, insectos, pájaros, pescados y cuadrúpedos, se representan con mucho carácter, gran atrevimiento de líneas y mucha facilidad de ejecución. En un momento traza el artista japonés el cuadro de grandes composiciones decorativas, cuyo conjunto resulta perfectamente armónico, sin que jamás eche mano de la repetición de formas. Todo el mundo aprende el dibujo, y ordinariamente todos los japoneses manejan el pincel. Los artistas, que son buenos observadores, tienen especial talento para reproducir las facciones y las actitudes características de los individuos, y su ironía caricaturesca ataca, no sólo á los despreciables bonzos, sino hasta á los poderosos, que suelen representar bajo figuras de animales, como zorras, monos ó jabalíes.

El rápido progreso del movimiento literario prueba el aprecio que se hace de la instrucción pública en el reino del Sol Naciente. No se publican en Europa obras científicas de importancia que al momento no sean traducidas al japonés. La educación es esencialmente democrática, porque todos los individuos, de cualquier clase que sean, pueden recibir la enseñanza en los establecimientos públicos. Según la ley, debe existir una escuela elemental para cada 600 habitantes, y completan la organización del sistema docente los colegios secundarios y especiales, las Academias artísticas, los Conservatorios industriales, la Universidad de Tokio y varias escuelas superiores científicas. Hasta las cárceles se han transformado en escuelas

regulares, en las que sirven de maestros los presos políticos. La parte del presupuesto destinada al ministerio de Instrucción pública forma uno de los gastos principales del Estado, y, fuera de la acción del gobierno, se distingue entre todas las demás la nación japonesa por su generosidad con las escuelas. Así se comprende los grandes y prodigiosos adelantos realizados por el Japón en pocos años; la inmensa influencia que ejerce en Asia y el cuidado que inspira á las potencias europeas. En los primeros tiempos de su revolución civilizadora llamaron de Europa profesores é ingenieros. Ahora, estos instructores extranjeros son cada vez más escasos. Los japoneses se bastan para continuar solos su camino.

El moderno Japón quiere vivir con sus propias fuerzas, y sólo acepta al indiscreto y molesto extranjero como un enemigo necesario. «El porvenir de un pueblo se encuentra en sí mismo—escribe un autor japonés—como el águila se encuentra en el huevo.»

FIN DE ASIA

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
ASIA.	
I.—Estructura maciza.—Vasta extensión.....	5
II.—Meseta central.—Montes gigantes.....	6
III.—India.—Indo-China.....	8
IV.—Iran.—Arabia.—Asia Menor.....	9
V.—Tourán ó Gran Estepa.....	12
VI.—Siberia.....	13
VII.—China y Japón.....	13
VIII.—Climas.....	15
IX.—Razas y religiones de Asia.....	16
X.—Emigraciones y relaciones de Asia y Europa.....	23
XI.—Relaciones entre Europa y Asia.....	29
ASIA RUSA.—Siberia.	
I.—Yermak Timoleief.—La Siberia.....	33
II.—Clima.—Sequedad de la Siberia.....	34
III.—El Irtych.—Ob.—Ural.—Altai.....	35
IV.—Angara-Yenisei.—Baikal.....	38
V.—Lena.....	40
VI.—Río Amour y provincia del Litoral.....	42
VII.—Isla Sakhalina.....	44
VIII.—Kamtchatka.....	45
IX.—Diversas razas.—Costumbres, religiones, etc.....	45
X.—Ciudades de Siberia.....	71
TURKESTAN RUSO.	
I.—Dos países del mismo nombre.—Turkeistán siberiano y Turkeistán turco.....	72
II.—Los montes Celestes.—El Pamir.....	73
III.—Llanuras del Turán.....	75
IV.—El Balkach.—El Issik.....	76
V.—El Sir.—El Amou.—El Ouzboi.—El Aral.....	78
VI.—Turanios.—Iranios.—Eslavos.....	80
VII.—Ciudades.....	97

	<u>Páginas.</u>
VIII.—Bokhara y Karateghin.....	102
IX.—Khiva.....	103
X.—Turkestán de los Afghanes: Badakchan, Koundouz, KhouIm.....	104
 CAUCASIA.	
I.—El Cáucaso y el Anti-Cáucaso.....	105
II.—El Rion.—El Koura y el Araxe.....	107
III.—Clima.....	110
IV.—Pueblos y lenguas.....	110
V.—Los tcherkesses.—¡Plaza á los eslavos!.....	111
VI.—Georgianos.....	114
VII.—Turcos.....	115
VIII.—Armenios.....	115
IX.—Usos y costumbres del Cáucaso.....	116
X.—Población y ciudades de la Caucasia.....	137
 ASIA MENOR Ó TURQUÍA ASIÁTICA.	
I.—Nombre.—Extensión.....	139
II.—Armenia y Anatolia.—Ararat y Taarus.....	140
III.—Clima.....	144
IV.—Turcos.—Griegos.—Armenios.—Kurdos.....	146
V.—Islas griegas.—Mitilene, Chio, Samos y Rhodas...	148
VI.—Chypre.....	150
VII.—Turcos y griegos.—Sus costumbres.....	151
VIII.—Kurdos y armenios.....	158
IX.—Ciudades.....	167
X.—Pais de Eufrates.—Mesopotamia.....	168
XI.—Eufrates y Tigris.—Chatt-el-Arab.....	170
XII.—Pueblos y ciudades.....	173
XIII.—Siria.—Libano.—Anti-Libano.....	175
XIV.—Jordán.—Mar Muerto.....	176
XV.—Pueblos de Siria y Palestina.....	180
XVI.—Ciudades.....	187
 ARABIA.	
I.—Mar Rojo.—Golfo Pérsico.....	190
II.—El Dahna.—Los Nefud.—Nedjed y Tehama.....	192
III.—Los árabes.—Universidad de su lengua.....	194
IV.—Hedjaz y Asir.....	197

V.—Yemen.—Aden.—Hadramaout.—Ahsa.—Nedjed y Omen.....	202
VI.—Camellos, caballos y hombres.....	204

PERSIA Ó IRAN.

I.—Meseta de Iran ó de Eran.....	210
II.—Elburs.—Demavend.....	211
III.—Lago de Ourmia.....	213
IV.—El Farsistan.—Gourmsir y Sarhadd.....	213
V.—Desiertos de la meseta.....	214
VI.—Los persas.—Su lengua.....	215
VII.—Ciudades.....	220

PAÍSES SEPARADOS DEL IRAN.

AFGHANISTAN.

I.—Hindo-Kouch.—Hilmend y Hamoun.....	224
II.—Los afghanes ó pachtanah.....	226
III.—Ciudades.....	228
IV.—Kafiristan.—Dardistan.....	229

BALOUTCHISTAN.

I.—Baloutchistan ó Brahuistan.—Brahuis y Balutchis.	230
---	-----

INDIA.

I.—Grandeza de la India.....	234
II.—Himalaya.—Karakorum.....	236
III.—Indus, Penjab ó Cinco ríos.....	238
IV.—Ganges y Brahmaputra.—Assam.—El delta colé- rágeno.....	240
V.—Dekkan.—Ghates.—Inmensas lavas.—Ríos exce- sivos.....	246
VI.—Climas de la India.....	251
VII.—Los Arias.—Sanscrito, pali, ourdon.—Idiomas dra- vidianos.....	252
VIII.—Religiones y castas.....	260
IX.—Ciudades.....	262
X.—Estados independientes.....	267
XI.—India portuguesa.....	270
XII.—India francesa.....	271
XIII.—Ceylán.....	272
XIV.—Islas Laquedivas.....	278
XV.—Islas Maldivas y Tchagos.....	278

INDO-CHINA.

I.—Presión de la India.—Presión de la China	280
II.—Costas, montes, ríos.....	281

INDO-CHINA INGLESA.

I.—Birmania.....	283
II.—Iraouaddi.—Salouen.....	284
III.—Los mayamas ó birmanes	286
IV.—Ciudades.....	287
V.—Colonia de los Estrechos y península de Malaca...	288
VI.—Pulo-Pinang.....	288
VII.—Singapour.....	289
VIII.—Islas Andaman y Nicobar.....	290

SIAM.

I.—Siam: el Menan.....	291
II.—Thai, chinos y laocianos.....	292
III.—Ciudades.....	295

INDO-CHINA FRANCESA.

I.—Ex imperio de Annam.....	297
II.—El Mékong.....	298
III.—Baja Cochinchina.....	300
IV.—Cambodge	303
V.—Annam.—Annamitas.....	304
VI.—Tonkin.—El río Rojo.....	306
VII.—El Monte.—El Bosque.....	308
VIII.—Tonkineses.....	310

EL IMPERIO CHINO.

La China y el resto de la Tierra.....	311
---------------------------------------	-----

EL TIBET.

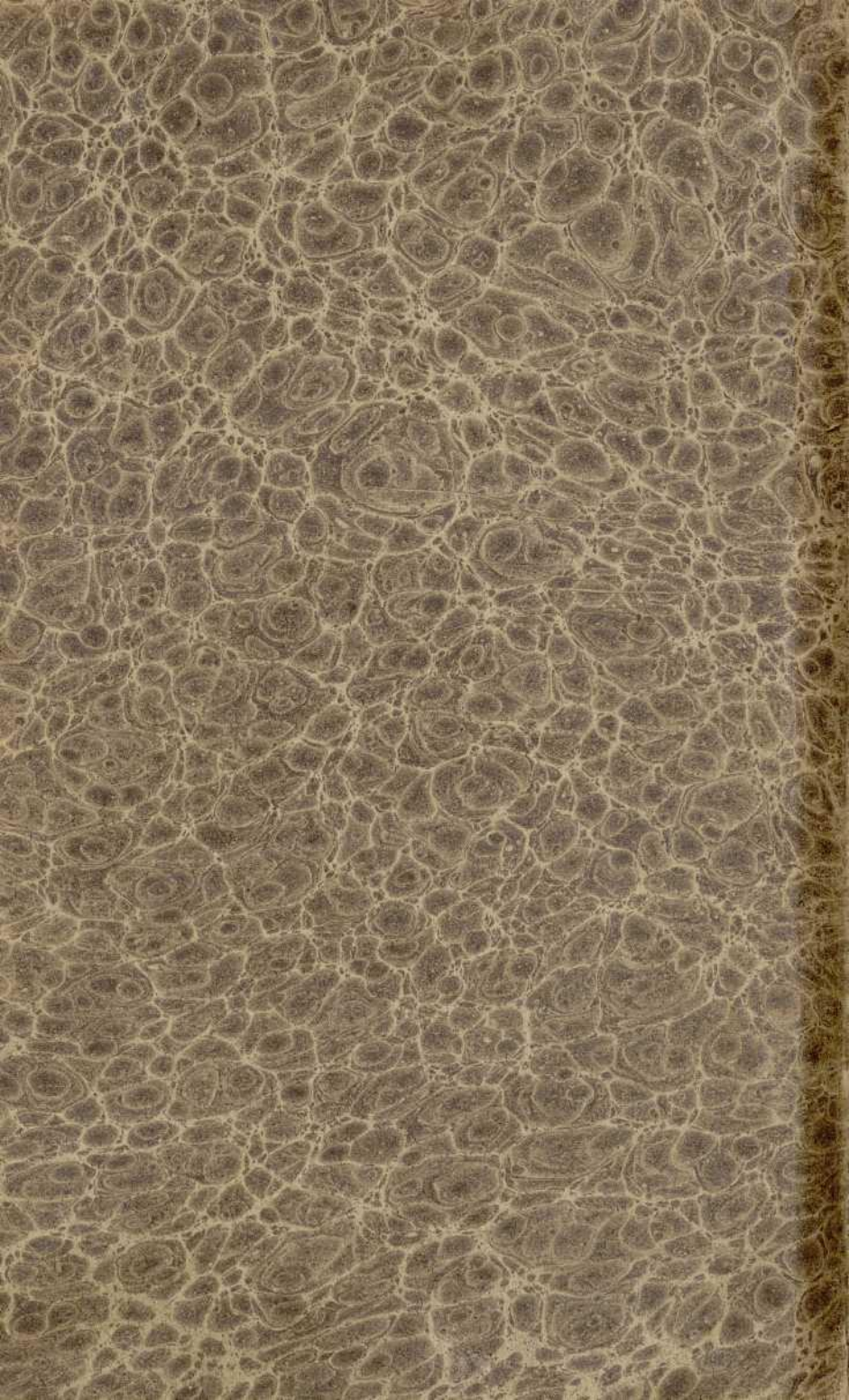
I.—Montes y mesetas.....	323
II.—Ríos y lagos del Tibet.....	328
III.—Tibet meridional.....	332
IV.—El río misterioso.....	337
V.—Valles del Tibet oriental.....	340
VI.—Clima de las mesetas del Tibet.—Fauna y flora...	342
VII.—Población del Tibet.....	347
VIII.—La religión.—El Gran Lama.....	351
IX.—Costumbres del Tibet.....	357

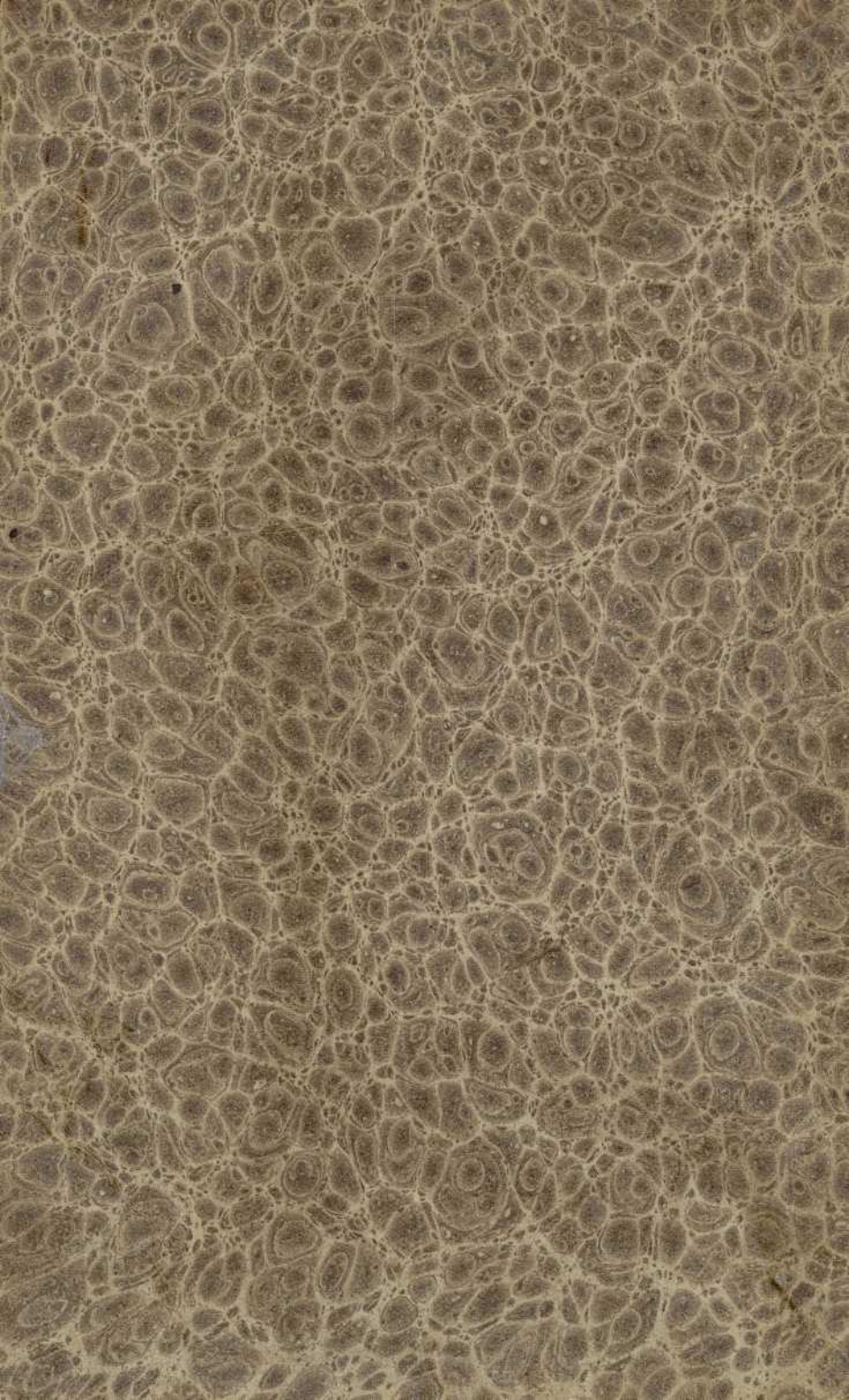
	<u>Páginas.</u>
X.—Poblaciones del Tibet.....	360
XI.—Gobierno del Tibet.....	368
TURKESTAN CHINO.	
I.—La cuenca del Tarim.....	372
II.—El Takla Makán.—Ciudades enterradas.....	377
III.—Flora y fauna del Turkeistán chino.....	380
IV.—Poblaciones del Turkeistán.....	382
LA MONGOLIA	
I.—El Kuku-nor.—El lago Azul.....	392
II.—Habitantes del Kuku-nor.....	396
III.—El Kansu mongol.....	399
IV.—La Zungaria y el Ili chino.....	408
V.—La Mongolia del Norte.—El desierto de Gobi.—La Gran Muralla.....	417
VI.—Los mongoles.....	430
VII.—La Mandchuria.....	446
LA CHINA.	
I.—El Imperio de Enmedio.—Sus religiones.....	460
II.—Costumbres de los chinos.....	468
III.—Cuenca del Pei-Ho: el Pechili.....	477
IV.—Península del Xañtung.....	489
V.—Cuenca del Hoang-ho ó «Río Amarillo».....	494
VI.—Cuenca del Yangtzé-kiang ó «Río Azul».....	503
VII.—Vertiente oriental de Nan-xañ, Chekiang meridional y del Fokien.....	523
VIII.—Cuenca del Si-kiang, provincias del Kuangsi y del Kuangtung.....	525
IX.—El Yunán.....	531
X.—Isla de Haimán.....	535
XI.—Isla Formosa.....	536
COREA.	
I.—Situación y extensión.....	541
II.—Montes de la Corea.—Fauna y clima.....	544
III.—Habitantes, religión y costumbres.....	547
IV.—Ciudades de la Corea.....	554
EL JAPÓN.	
I.—El archipiélago japonés.....	556
II.—Islas Kuriles.....	560

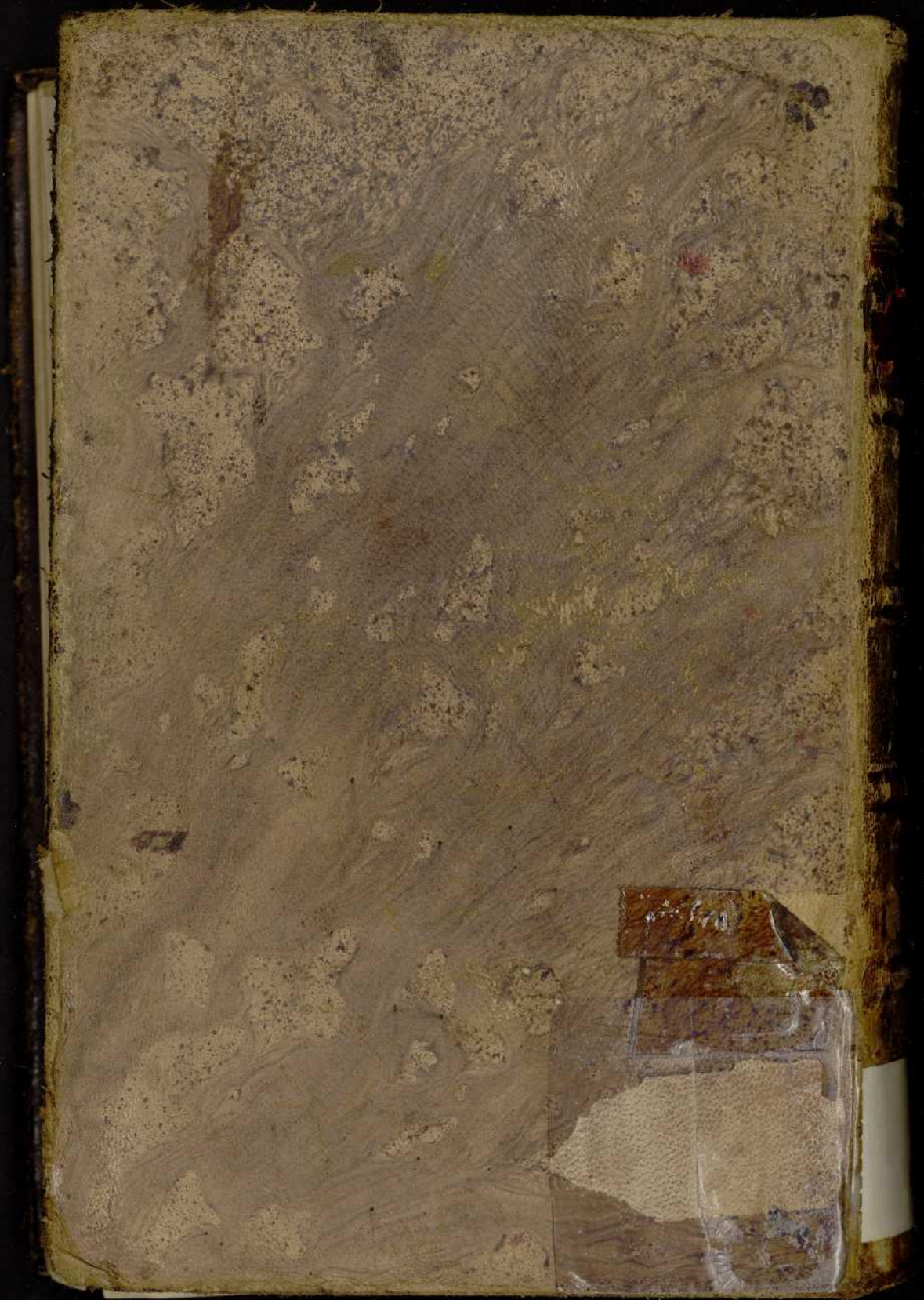
	<u>Páginas.</u>
III.—Isla de Yezo.....	562
IV.—Isla de Hondo.....	563
V.—Mar interior ó Seto-utsi.....	568
VI.—Terremotos y corrientes.—Clima.....	573
VII.—Flora y fauna del Japón.....	574
VIII.—Ainos y japoneses.....	579
IX.—Costumbres japonesas.—Lengua, literatura y reli- giones.....	587
X.—Poblaciones del Japón.....	597
XI.—Alimentos.—Agricultura.—Arte y ciencia.....	614



104
~~587~~
568









RECLUS.

GEOGRAFIA
UNIVERSAL



2



C
609